

GIUSEPPE RICCIOTTI

VIDA DE JESUCRISTO

CON INTRODUCCIÓN CRÍTICA E ILUSTRACIONES

PROLOGO Y REVISION POR EL

DR. RAMÓN ROOUER VILARRASA, PBRO.

Profesor de Metafísica de la Universidad de Barcelona y Miembro del Consejo Nacional de Investigaciones Científicas



EDITORIAL LUIS MIRACLE, S. A. BARCELONA

ÍNDICE DE CAPÍTULOS	73
La pecadora innominada (§§ 341-342)	37
Ministerio ambulante de Jesús (§§ 343-345)	37
La tempestad serenada y el energúmeno de Gerasa (§§ 346-348).	38
La hija de Jairo. — La mujer con flujo de sangre. — Los dos ciegos (§§ 349-351).	
(88 349 351). Envío de los doce Apóstoles (§§ 352-354).	38
Muerte de Juan el Bautista (§§ 355-356).	38
Jesús expulsado de Nazareth (§§ 357-359).	39
Jeons expansion de Hazaretti (38 357-359).	39
El dia de las parábolas.	40
La parábola (§§ 360-361).	40
Objeto de las parábolas (§§. 362-364).	40
Las parábolas del reino (§§ 365-371).	40
Desde la segunda Pascua hasta la última fiesta de los Tabernáculos.	415
La primera multiplicación de los panes (§§ 372-375)	415
Jesús camina sobre las aguas. Discurso acerca del pan vivo (§§ 376-383).	418
El paralítico de Bezetha (§§ 384-386)	421
La «tradición de los ancianos» (§§ 387-388)	430
Jesús en Fenicia y en la Decápolis. Segunda multiplicación de los panes	
(§§ 389-391)	431
El signo del cielo. El fermento de los fariseos. El ciego de Bethsaida	
(§§ 392-394)	434
En Cesarea de Filippo (§§ 395-399).	430
Rectificaciones mesiánicas (§§ 400-401)	441
La transfiguración (§§ 402-404).	443
El endemoniado epiléptico (§ 405)	447
Últimos días en Galilea (§§ 406-412).	448
De la última fiesta de los Tabernáculos a la última fiesta de la Dedi-	
cación	455
La cuestión cronológica y geográfica (§§ 413-415).	455
A la fiesta de los Tabernáculos (§§ 416-423).	457
La mujer adultera (§§ 424-427)	464
El ciego de nacimiento (§§ 428-431).	468
El buen pastor (§§ 432-434).	472
Expansión del reino de Dios en Judea (§§ 435-437).	475
El buen Samaritano (§§ 438-440).	477
Marta y María. El Padre Nuestro, Parábola sobre la oración (§§ 441-443).	480
Curación de un endemoniado y calumnias de los Fariscos. Mas bichaven-	483
turados que la madra de leste se mante la mante la mante de la	473
Jesús invitado a comer con un Fariseo. Invectivas y admoniciones	485
(§§ 447-449). Cuestiones financieras. La suprema expectación (§§ 450-452).	489

El signo de contradicción. Urgencia del cambio de ment La mujer baldada y el hombre hidrópico. Cuestiono (§§ 455-459)	e (§§ es co	455 onvi	3-45 vial	4). es.
Desde la última fiesta de la Dedicación hasta el último vi	aje p	or]	lude	ea.
En la fiesta de la Dedicación (§§ 460-461).	´. •			
Jesús en la Transjordania (§§ 462-463).				
Condiciones para seguir a Jesús (§ 464).				
La oveja y la dracma perdidas (§ 465)				
El hijo pródigo (§§ 466-469)				
El mayordomo infiel. El rico epulón (§§ 470-472)				
Desde el último viaje por Judea hasta la semana de Pasió:	n.			
Los diez leprosos. Vicisitudes del reino de Dios (§§ 473-476	i) .			
Cuestiones matrimoniales. Jesús y los niños (§§ 479-483) .			
Un rico se presenta a Jesús. Consideraciones sobre la riquez	a (§§	484	-48	7).
Los trabajadores de la viña (§ 488)				
La resurrección de Lázaro (§§ 489-493) .				
Jesús en Efraim y en Jericó (§§ 494-498)				•
La parábola de las minas y los talentos (§§ 499-500).				
El convite de Bethania (§§ 501-502)	•			
La semana de Pasión: El domingo y el lunes				
La entrada triunfal en Jerusalem (§§ 503-507)				
Unos griegos quieren ser presentados a Jesús (§§ 508-509) .			
La higuera maldita (§§ 510-511).	٠			
La semana de Pasión: El martes y el miércoles				
La autoridad de Jesús. Parábola de los dos hijos (8 512)				
Parábola de los viñadores homicidas (§ 513)				
El tributo al César (§ 514).				
Los saduceos y la resurrección (§§ 515-516)				
El máximo mandamiento. El Mesías hijo de David (8 515	Δ.			
El elenchos contra Escribas y Fariseos. La ofrenda	de	la	νi	da
(§§ 518-522)				
El discurso escatológico (§§ 523-529)				
La parábola de las vírgenes. El juicio final (§§ 530-531).				
El miercoles. La traición de Judas (§§ 532-534).				
La semana de Pasion: El jueves .				
Los preparativos de la última cena (§ 535).				
La cuestion cronologica (88 #96.#40)				
Denuncia del traidor (§§ 541-543)				

LA HIJA DE JAIRO. — LA MUJER CON FLUJO DE SANGRE. — LOS DOS CIEGOS.

349. Cruzado de nuevo el lago, Jesús tornó a Cafarnaum, donde le acogió la multitud, porque todos le esperaban (Lucas, 8, 40). Más ansiosamente quizá que ninguno le aguardaba un judío notable, archisinagogo (§ 64), llamado Jairo, quien, sabiendo que Jesús llegaba, corre y cae a sus pies y le ruega encarecidamente, diciendo: «¡Mi hijita está agonizando! Ven, pues, impón las manos sobre ella para que se salve y viva» (Marcos, 5. 22-23). El relato de Lucas no es tan vivido, pero añade el detalle de que la muchacha moribunda era unigénita y de unos doce años.

Sin más, Jesús se pone en camino con el angustiadísimo padre, seguido, naturalmente, de mucha multitud que se apiña en torno al taumaturgo, quien le empuja, quien le aclama, quien le suplica, quien le besa el vestido, quien trata de abrirle paso. Mientras avanza de esta manera, Jesús de pronto se detiene, se vuelve y mirando a su alrededor pregunta: ¿Quién me ha tocado? Ante la inesperada interrogación todos permanecen perplejos, no sabiendo, en verdad, lo que Jesús quiere decir. Pedro y los discipulos que le rodean expresan en palabras el motivo de la perplejidad: Maestro. las turbas te aprietan y oprimen (Lucas, 8, 45). Pero la explicación de Pedro no explica nada. El maestro replica que ha sentido emanar virtud de sí al ser especialmente tocado por alguien. Mas he aquí que una pobre mujer llégase, temblorosa, a postrarse ante Jesús y refiere a la gente lo que ha sucedido.

La mujer sufría pérdidas de sangre desde hacía doce años y había sufrido mucho por parte de muchos médicos, y después de haber consumido toda su hacienda no había conseguido alivio alguno, sino más bien había ido peor. Esta franca información de Marcos es discretamente sos-

layada por el médico Lucas, ya sabemos por qué (§ 137).

En rigor, los remedios contra aquella molestia eran muchos y los rabinos, que a menudo actuaban también de médicos, nos han conservado una buena lista de oportunas recetas (v. Shabbath, 110, a). Por ejemplo, un remedio muy eficaz era el de hacer sentar a la mujer enferma en la bifurcación de un sendero haciéndole tener en la mano un vaso de vino. Alguien, llegando de improviso a sus espaldas, debía gritarle que cesase el flujo de sangre. Otro remedio, y absolutamente decisivo, era el de tomar un grano de cebada encontrado en la cuadra de un mulo blanco. Tomándolo un día, el flujo cesaría por dos, tomándolo dos días cesaría por tres, y tomándolo tres días se obtendría la curación completa y para siempre (1).

⁽¹⁾ Parece, sin embargo, que los mismos rabinos no tuvieron siempre se ciega en estas recetas, ya que encontramos en la Mishna una sentencia como esta: El mejor de los médicos merece la Geheuna (Qiddushin, sv., 14).

Otras recetas exigían el empleo de drogas raras y costosas, y en conse-

cuencia grandes gastos por parte de la paciente.

La mujer que acudió a Jesús quizá las hubiera experimentado todas, ya que había consumido toda su hacienda, quedándose siempre con su mal. Perdida toda fe en la medicina, la enferma halló su medicina en la fe. Aquel Jesús de quien tanto se hablaba en aquellos lugares estaba, sin duda, en condiciones de curarla, y ella concibió tanta fe en él, que andaba diciéndose: Si toco aún sólo sus vestidos, seré salvada. No pretendía la confiada mujer tocar precisamente la persona del profeta, sino sólo su vestido, o incluso la orla o franja (hebr. sīsith, plural sīsijjoth; griego χράσπεδον; Vulgata, fimbria; Mateo, 9, 20) que todo israelita observante debía llevar en los cuatro ángulos de su manto conforme a las prescripciones de la Ley (Números, 15, 38 sigs.; Deuter., 22. 12). Sostenida por tal fe, la mujer había tocado a escondidas la orla del vestido de Jesús y al instante se había sentido curada.

El médico, obtenida la curación, aprobó la medicina elegida por la enferma, ya que, volviéndose a ella, dijo: Hija, tu se te ha salvado. Vete

en paz y quédate sana de tu mal.

350. El incidente de la mujer estaba solventado y Jesús podía continuar su camino hacia la casa de Jairo, cuando he aquí que precisamente de la morada vienen a anunciar al desgraciado padre: Tu hija ha muerto; no incomodes más al maestro. Jesús oye el anuncio y. como continuando el discurso sobre la fe dirigido a la mujer, añade al padre: No temas. Cree solamente y será salva. Llegan en breve a casa de la muerta y Jesús no permite entrar sino a sus discípulos predilectos, Pedro. Juan y Santiago, y a los padres de la jovencita. Ya se han reunido los flautistas y planideras de ritual en las ceremonias fúnebres, pero Jesús declara no ser necesarios: ¡Por que alborotais y llordis! La muchachita no murio, sino duerme. Los concurrentes hallan la broma de pésimo gusto al lado de un cadáver y contestan con escarnios. Los padres están desconcertados, vacilando entre la realidad de los hechos y las firmes palabras del invocado taumaturgo. Jesús les hace entrar, con los tres discípulos, en la cámara de la muerta, una vez que han salido todos los extraños. Quedan dentro cinco seres humanos enternecidos, a más de uno que ya no es ser humano y de otro que es más que ser humano. De fuera llega el confuso rumor del gentío. El más que humano se acerca a quien ya no lo es. le toma la mano ya fría y pronuncia dos solas palabras. El discípulo del testigo Pedro nos ha conservado en su originario sonido estas dos palabras que él oiría repetir muchas veces a su maestro: Telita quini, es decir: Muchacha, ¡levantate! El efecto de estas dos palabras es descrito así por el evangelista médico: Y retornó el espíritu de ella, y se levantó al instante, y (Jesús) ordenó que se le diese de comer. Y quedaron fuera de si los padres de ella; pero él les prescribió no decir a nadie lo acaecido. Esta prescripción respondía a la norma seguida por Jesús y que ya señalamos

(§ 300), mas los ya serenados padres, con toda su buena voluntad, sólo podrían observarla en mínima parte, ya que hablaba elocuentemente de lo ocurrido la presencia en su casa de aquella hija que todos habían visto partir para ultratumba y que luego había vuelto. Tanto es así que el práctico Mateo concluye el razonamiento diciendo que se propaló la fama de esto en toda la región.

¿Cuál sería el final de la muchacha resucitada? Como tenía doce años, estaba en edad de casarse (§ 231), y quizá a poco se desposaría, tendría hijos y nietos, pero al final volvería establemente a aquel mundo de ultratumba ya visitado por ella durante algún tiempo. Sobre este caso parecen no haber fantaseado mucho los escritores apócrifos ni las leyendas tardías, mientras en cambio trabajaron abundantemente en torno a la mujer del flujo de sangre. En los apócrifos Hechos de Pilatos, vii, la mujer es llamada Bep(z)ving, o Verónica (§ 193). Según voz referida por Eusebio (Hist. Eccl., VII, 18), era una pagana nativa de Panias, o sea de Cesarea de Filippo (§ 395 y sigs.), y de vuelta a su patria hizo erigir en la puerta de su casa un monumento de bronce representándose a sí misma arrodillada ante Jesús. A los pies de éste brotaba una planta exótica que curaba toda suerte de enfermedades. Eusebio vió el grupo sobre el terreno y se limita a afirmar: Dicen que esta estatua reproduce la imagen de Jesús. Es muy probable que el grupo representara originariamente alguna divinidad pagana curadora de males y que más tarde la leyenda cristiana la interpretase como dice Eusebio. Según una noticia de Sozomeno, el grupo debió ser derribado después por Juliano el Apóstata.

351. Las enseñanzas taumatúrgicas de la fe no habían concluído con la mujer curada y la resurrección de la joven. Al salir Jesús de casa de lairo comenzaron a caminar detrás de él dos ciegos, dos de aquellos infelices que debían abundar en la Palestina antigua no menos que en la moderna. Aun hoy los ciegos de Palestina se unen a menudo por parejas para avudarse, mal o bien, entre sí, y muestran, como los demás mendigos, la tenacidad en pedir acreditada por estos dos. Al oír contar los recentísimos milagros, en ambos brilló una luz de esperanza, y haciéndose acompañar hasta Jesús comenzaron a seguirle, gritando con inquebrantable constancia: ¡Ten piedad de nosotros, hijo de David! Dada la norma prudencial seguida por Jesús (§ 300), aquel apelativo no podía, por el momento, serle grato, porque se trataba de un apelativo mesiánico usado habitualmente para designar al gran Esperado, y resultaba, además, mayormente peligroso a causa de la efervescencia suscitada en el pueblo por los milagros. Jesús no se para ni se vuelve al oír aquel incesante grito, mas no por ello el grito cesa. Jesús entra al fin en la casa en que mora, sin duda en Cafarnaum, y los dos le siguen incluso dentro de casa.

Después de todo, la tenacidad de los dos ciegos era fe, precisamente aquella fe poco antes loada y recomendada por Jesús a la mujer enferma y a Jairo. Además, en el interior de una casa el apelativo mesiánico no

era ya peligroso, así que Jesús accedió a entrar en discusión con los dos implorantes. Su primera y acaso única pregunta versó sobre la fe: ¿Tenéis le en que puedo hacer eso? Los dos ciegos, naturalmente, contestaron: Sí, Señor. Entonces Jesús tocó sus ojos diciendo: Según vuestra fe, (tal) os suceda. Y los dos vieron. Entonces Jesús ordenó con toda energia—el evangelista emplea la palabra estremecerse, ἐνεβριμήθη (Mateo. 9. 30)—que no hablasen con nadie del hecho; pero aquéllos, al salir de allí con luz en los ojos y en el corazón, hablaron del hecho en toda la comarca.

¿Fué una verdadera desobediencia? Varios eruditos protestantes lo han estimado así, mientras antiguos Padres lo han juzgado un irrefrenable impulso de gratitud. Quizá los antiguos conocían el corazón humano mejor que los modernos

MISIÓN DE LOS DOCE APÓSTOLES

352. En medio de estos episodios que señalamos continuaba la actividad varia de Jesús en Galilea, tal como ha sido resumida por Lucas (§ 343). En el intervalo, la afluencia de gente crecía y, no obstante la cooperación de los doce, las preocupaciones crecían desmesuradamente. Y Jesús, viendo la multitud se apiadó de ellos, porque estaban exhaustos y abatidos como ovejas sin pastor (v. Números, 27, 17). Entonces dice a sus discipulos: «La mies (es) mucha, pero los obreros pocos; rogad, pues, al dueño de la mies para que envie obreros a su mies». Y llamados cerca (de él) los doce discipulos suyos, dióles potestad sobre los espíritus impuros para arrojarle fuera y para curar toda enfermedad y toda dolencia (Mateo, 9,36-10,1). Investidos, pues, de tal autoridad, los doce fueron enviados solos sin su maestro, a guisa de cuerpo volante, para una misión particular y con normas muy precisas.

La misión consistía en anunciar que se había avecinado el reino de Dios, como ya hicieran Juan el Bautista y también Jesús hasta entonces, pero el cuerpo volante era enviado a zonas aun no alcanzadas por aquéllos. Sin embargo, fué prescrito que tales zonas perteneciesen a tierra de Israel, porque a Israel antes que a todas las demás gentes había sido prometida la «buena nueva» de la salvación por los antiguos profetas. Así, los doce no debían encaminarse hacia los países de los gentiles ni samaritanos, sino volverse a las ovejas descarriadas de la casa de Israel. A fin de demostrar la verdad de su anuncio, y en fuerza de la potestad recibida, debían curar enfermos, limpiar leprosos, arrojar demonios y hasta resucitar muertos. Era, en suma, la misión de Jesús, que pasaba de uno solo a doce, pero para el mismo objeto y con los mismos métodos.

Fambién las normas prácticas eran las mismas seguidas hasta entonces por Jesús y se pueden resumir en una total despreocupación de los temas políticos, de los medios financieros y de las preocupaciones económicas.

El anuncio del reino de Dios debía ignorar en absoluto los reinos humanos, ya que no tenía conexión alguna con ellos.

Las finanzas espirituales en las que se basaba el crédito del reino de Dios eran los medios demostrativos de su solvencia, es decir, curar enfermos, limpiar leprosos, expulsar demonios y resucitar muertos; pero así como los banqueros a quienes se confiara este crédito lo habían recibido sin pago. también ellos sin pago debían comunicarlo: gratuitamente recibisteis, gratuitamente dad (Mateo, 10, 8).

Las preocupaciones económicas quedaban igualmente prohibidas a los nuncios del reino de Dios, salvo para lo rigurosamente indispensable.

En fin. los nuncios debían ponerse en viaje de dos en dos, como ya solían los emisarios del Sanhedrín, tanto por ayuda como por vigilancia mutua, y en sus peregrinaciones habían de distinguirse en varios aspectos de los demás viajeros.

353. En primer lugar, los caminantes ordinarios se servían posiblemente del asno, clásico medio de transporte en Oriente. De todos modos, en el acto de la partida proveíanse de vituallas, de monedas de oro y de plata guardadas en el turbante o en el cinturón, de una túnica de repuesto para protegerse mejor del frío o mudarse tras un aguacero, de sólidos borceguíes para andar bien por caminos escabrosos, de un nudoso bastón en forma de maza para defenderse en peligrosos encuentros y de una alforja de viaje donde se guardaban otras menudas provisiones o las que se fueran adquiriendo por el camino. Esta alforja era sobre todo importante para los que viajaban a efectos de colectas religiosas, porque tales colectas rendían buen producto en Oriente, incluso entre los paganos. Una inscripción griega encontrada en la zona oriental del Hermón (§ 1) recuerda que un tal Lucio de Aqraba, que andaba colectando fondos en nombre de la diosa siria Atargate, llevaba a casa después de cada viaje, setenta alforjas colmadas.

Pues bien: precisamente la falta de estos adminículos debía distinguir de todos los demás viandantes a los doce enviados de Jesús: No os procuréis oro ni plata ni cobre en vuestro cinturón, ni alforja de viaje, ni dos túnicas, ni borceguíes, ni bastón (Mateo, 10, 9-10). A estas prescripciones, Marcos (6, 8-9) añade la de no proveerse de alimentos (pan), pero en cambio permite llevar sandalias y también el bastón solamente (1).

⁽¹⁾ Sobre la doble divergencia (§ 147) se ha escrito mucho, incluso demasiado. Se ha querido distinguir la sandalia, más ligera, del borcegut, más pesado y trabajado, como también se ha supuesto que el bastón permitido en Marcos fuera para apoyarse en el camino, difiriendo del bastón prohibido en Marco, que sería el construído en forma de maza para defensa personal. La doble distinción es ciertamente posible; pero aun no aceptándola por parecer demasiado sutil, la susodicha divergencia no debía razonablemente suscitar tanto estrépito, a no ser entre los adoradores de la letra material. Quien, por el contratio, tenga en cuenta la dependencia de los evangelistas de la catequesis primitiva (§ 110) preferirá tal vez la explicación propuesta, conforme a los principios de San Agustín, por Maldonado: Contratis autem verbis eamdem uterque (evangelista) sententiam eleganter expressit. Uterque enim non Christi verba (y esto va contra los adoradores de la letra material), sed sensum exponens voluit

Ni siquiera del alojamiento habían de preocuparse los doce. Llegados que fuesen a un grupo de casas, debían informarse de algún cabeza de familia digno y de buena fama y luego permanecer en su casa sin cambiarse a otra. El albergue de caravanas (§ 242), con su constante vaivén, era lugar inadecuado para aquellos mensajeros del reino de Dios que sólo debían ocuparse de asuntos espirituales y en ningún modo de negocios políticos o comerciales.

Su precioso tiempo debía ser empleado todo en su misión. Es casi seguro que también a estos doce, como más tarde a los setenta y dos discípulos (§ 437), les fué prohibido perder su tiempo en «saludar» a cuantos encontrasen en el camino (Lucas, 10, 4). En Oriente, el «saludo» entre caminantes, sobre todo si se encontraban en lugares solitarios, podía prolongarse horas y horas, hablándose de todo un poco en señal de confianza y casi como deber de buena educación. Aun hoy, el beduíno que acude por primera vez a la taquilla de una estación ferroviaria se cree obligado a preguntar primero al expendedor de billetes si está bien de salud, si sus hijos crecen satisfactoriamente, si los rebaños o la cosecha marchan bien, y sólo después de estas y otras muestras de buena crianza pide el billete para el tren. Los enviados del reino de Dios debían prescindir de semejantes convencionalismos, valiendo para ellos la norma Maiora premunt.

Si algún pueblo no acogía a los enviados del reino o les prestaba escasa atención, debían alejarse sin formular reproches, pero testimoniando, a la vez, que la responsabilidad de su alejamiento recaía sobre aquella gente. A tal efecto, apenas salidos del poblado los apóstoles habían de ejecutar el acto simbólico de sacudir de sus pies el polvo recogido en aquel lugar, como polvo de tierra pagana no merecedor de ser llevado al sacro territorio de Israel.

354. Recibidas estas instrucciones, los doce partieron para la misión. Es probable que a la vez, pero por separado, partiese también Jesús (v. Mateo, 11, 1). La misión no pudo durar más que pocas semanas, a comienzos del año 29 (§ 355). Tampoco se nos comunica su resultado y sólo se nos dice, en general, que los misioneros, predicando el «cambio

significare Christum apostolis præcepisse ne quid haberent, præter ea, quæ essent in præsentem usum necessaria. Este significado común a los dos evangelistas habria sido expresado, según Maldonado, por, Mateo con la fórmula: «No toméis siquiera un bastón», porque incluso un pobre cualquiera poseia al menos un bastón, y por Marcos con la fórmula: «Tomad sólo un bastón», porque cuando no se tenía más que aquello se tenía solamente lo necesario, conforme a la exclamación de Jacob: «Tenía conmigo (sólo) mi bastón» (Génesis, 32. 10) (in Math., 10, 10). Aceptando esta explicación, se podrá discutir cuál de las dos fórmulas, que expresan el mismo sentido, está literalmente más cercana a la empleada por Jesús, pero en todo caso esta divergencia de forma constituve un buen ejemplo para demostrar que los evangelistas se hallaban inmunes de aquel servilismo verbal que les fué atribuído por la Reforma piotestante y que los mismos críticos radicales recientes no reconocen (§112). En conclusión, habrá de darse la razón a San Agustín cuando, tratando de semejantes discrepancias verbales cutre los evangelistas, afirmaba: Una sententia est, et tanto melius insinuata, quanto quibusdam verbis. manente veritate. mutata (De consensu evangelist., 11, 27, 61).

de mente», expulsaban muchos demonios y ungían con óleo muchos enfermos y (los) curaban (Marcos, 6, 13). Su predicación del reino de Dios fué, pues, acompañada, como en Jesús, de signos milagrosos. Como tales son indudablemente presentadas las curas aquí aludidas, aun estando en conexión con la untura de óleo. La unción de óleo tenía entonces alta importancia como medicamento usual (§ 439), pero, en este caso, el contexto muestra claramente que su empleo no era el realizado en la terapéutica común, sino en otra más espiritual y alta, que a lo sumo se servía de aquella unción como de un símbolo material. Análogamente el acostumbrado lavado del cuerpo había sido usado por Juan—y también por los discípulos de Jesús—para simbolizar la limpieza espiritual del «cambio de mente» (§ 291). Más tarde, en el cristianismo plenamente instituído, aquella unción de óleo se convertirá en rito particular y estable (Jaime. 5, 14-15).

MUERTE DE JUAN EL BAUTISTA

355. Hacia la época de la misión de los doce ocurrió la muerte de Juan, tal vez entre febrero y marzo del año 29. Si había sido recluído en la prisión hacia mayo del 28 (§ 292), habían ya pasado unos diez meses, pero hubicran transcurrido muchos más sin aportar cambios de no surgir un caso imprevisto. Antipas, en efecto, se entretenía de buena gana con el venerado prisionero y en realidad no quería su muerte (Marcos, 6, 20, griego). Deseábala, en cambio, Herodías. Uno y otra por motivos que ya sabemos (§ 17). En el choque entre los dos, prevalecieron la astucia y el rencor femeniles.

Herodías, que estaba al acecho, eligió, para obrar, la ocasión en que Antipas festejaba su cumpleaños. A la fiesta, muy solemne, habían sido invitados los personajes notables de la corte y de toda la tetrarquía, gente, en su mayor parte, autorizada y adinerada, pero provinciana y ansiosa de hallarse al corriente en materia de conocer y admirar los últimos refinamientos de la alta sociedad metropolitana. La ocasión era oportunísima para Herodías, ya que había preparado el medio de asombrar a aquellos provincianos y a la vez obtener lo que deseaba. Tenía consigo a Salomé, hija de su verdadero marido, el de Roma, muchacha que había aprendido en la alta sociedad de la urbe a bailar admirablemente y a ejecutar danzas de que aquella gente tosca no tenía la menor idea. La madre estimuló el amor propio de la muchachita y ésta, puesta en el caso para que se la requería, comportóse de modo magnífico.

Introducida en la sala donde se celebraba el magno festín en el momento oportuno, es decir, cuando el vino y la lujuria habían nublado ya los cerebros, la bailarina, merced a sus ágiles piernas movidas en todos los sentidos, produjo en los presentes, harto aturdidos ya, un verdadero delirio. Antipas se sintió con razón enternecido. Con semejantes espectáculos,

su Corte se mostraba verdaderamente al día, superior a las demás orien tales, puesto que sólo en ella se celebraban exhibiciones que únicamente en la Corte del Palatino y en algunas de las más aristocráticas insula de Roma era posible admirar. Tal fué el entusiasmo del monarca que, ha-

ciendo acercarse a la danzarina, aun jadeante y sudorosa, le dijo: Pídeme lo que quieras y te lo daré. Y añadió, para mayor solemnidad, un juramento: Cualquier cosa que me pidas te la daré, hasta la mitad de mi reino (Marcos, 6, 23).

Entre los frenéticos aplausos de los invitados y las maravillosas promesas del monarca, la bailarina volvió a ser inexperta mozuela, y se habría tal vez equivocado; pero precisamente este momento delicado había sido previsto por la redomada madre, que la había dado consejos oportunos. La joven recordó aquellas sabias advertencias en medio de su desorientación v. recobrándose al punto, cruzó co-



Fig. 60. - LA REGIÓN DESÉRTICA DE MAQUERONTE

rriendo la sala para ir a aconsejarse de su madre que tenía su banquete en la sala reservada a las damas: «Madre», le dijo, «el rey está dispuesto a darme hasta la mitad de su reino y lo ha jurado públicamente. ¿Qué pediré?» (Marcos, 6, 24). La redomada mujer comprendió que su marido había caído en la trampa y que por tanto ella había vencido. Volvióse, pues, a la bailarina, y entre caricia y caricia, le dijo resueltamente: «Deja todo lo demás, que no tiene valor, y pide una cosa sola: la cabeza de Juan el Bautista (Ibíd.). La adúltera, para sentirse segura en su adulterio, necesitaba los servicios de una proxeneta y de un verdugo, y confiaba estas nuevas incumbencias a su inconsciente hija. Esta también ahora se portó admirablemente. Y tornando de prisa al rey, pidió(le), diciendo: «Quiero que mc des al instante, sobre una bandeja, la cabeza de Juan el Bautista». Y, aunque afligidísimo el rey por los juramentos hechos y por (la presencia de) los comensales, no quiso darle una negativa. Y enviando luego el rey un verdugo.

ordenó traer la cabeza de él (de Juan). Y partiendo (el verdugo), le decapitó en la prisión y llevó su cabeza en una bandeja y la dió a la muchachita, y la muchachita la dió a su madre (Marcos, 6, 25-28). La aflicción del tetrarca al sentirse ligado por el juramento hecho en presencia de los invitados, no impidió que todo transcurriese del modo más natural posible, como si sólo se tratara de satisfacer el capricho de una niña anhelosa de un fruto maduro que pendiera de un árbol. Así como entonces se mandaría a un criado que arrancase el fruto para la niña, así ahora se envió al verdugo para que cortase la cabeza de Juan y la ofreciese a la bailarina. Y de manos de la bailarina, a quien no interesaba semejante cosa, pasó la cabeza, aun sangrienta y caliente, a las manos de la madre, a quien interesaba muchísimo. Según una noticia tardía, dada por San Jerónimo, la adúltera desahogó su odio contra el Bautista perforándole la lengua con un puñal, como hiciera Fulvia con la cabeza de Cicerón (Adv. Rufinum, III, 42). Más tarde, los discípulos del mártir lograron recuperar su cadáver y le dieron sepultura (1).

356. Los evangelistas no mencionan el lugar del martirio, pero, según Flavio Josefo (Ant. Jud., xviii, 119), la prisión y el suplicio sucedieron en Maqueronte. Allí, pues, tuvo lugar también el infame festín,
ya que de la narración evangélica resulta claro que el prisionero estaba
a pocos pasos de los comensales, razón por la cual lo pedido por la bailarina pudo ser ejecutado inmediatamente. La circunstancia no debe extrañarnos: si bien Maqueronte era una fortaleza que servía de baluarte
contra los árabes nabateos — Plinio (Natur. hist., v, 16, 72) la llamaba la
fortaleza más aguerrida de Judea, después de Jerusalem —, tenía el carácter
de una de aquellas construcciones a la par recias y cómodas que Herodes
el Grande había levantado en diversos lugares de sus dominios. Flavio Jo-

⁽¹⁾ Si ningún crítico moderno hubiese negado la autenticidad de este relato evangélico, habriamos experimentado una grata sorpresa. Pero no ha lugar, porque la historicidad del episodio ha sido negada, si bien por muy pocos y con pretextos que se reducen a lo siguiente: habría sido indecoroso que una princesa herodiana danzase en un festín; y la decapitación del prisionero ordenada durante un banquete habría constituído un acto de crueldad inaudita e inverosimil, luego todo el relato es falso y artificioso. Es sin duda muy caballeresco defender el decoro de las princesas herodianas, pero, con todo, el que busque los hechos reales optará por creer a Flavio Josefo cuando relata, si bien con cierta repugnancia, las torpezas de esas princesas, tal como - para citar un solo ejemplo - la de la hermana de Herodes el Grande, llamada también Salomé (v. Guerr. jud., 1, 498; Ant. jud., XVI, 221 y sigs.). En cuanto a la crueldad de ordenar una decapitación en un festín, baste — aun prescindiendo de citar escritores de temas orientales -- recordar a Cicerón cuando cuenta de L. Flaminino, hermano de T. Flaminino, idéntico hecho: Cum esset consul in Gallia, exoratus in convivio a scorto (¡nótese la persona!) est, ut securi feriret aliquem eorum, qui in vinculis essent damnati rei capitalis. Lo cual fué cumplido, pero mihi... neutiquam probari potuit tam flagitiosa et tam perdita libido, quæ cum probro privato coniungeret imperii dedecus (De senectute, XVII, 42). El mismo relato, con algunas variantes, es repetido por Plutarco (Flaminino, XVIIII). Si esto sucedía entre los romanos, con mucho más motivo podía suceder entre los orientales. Herodoto (1x, 108-113) narra, atribuyéndolo al persa Jerjes, un relato sumamente cruel, aunque diverso, en el que aparece una promesa hecha con juramento por Jerjes, también a una mujer, ofreciéndole concederle todo cuanto pidiera. También esta vez el juramento fué cumplido, aunque a disgusto.



Fig. 61. - EL MAR MUERTO

sefo, que la describe con detenimiento (Guerr. jud., vII, 165 y sigs.). dice, entre otras cosas, que Herodes construyó en medio del recinto fortificado una casa regia, suntuosa por la grandiosidad y hermosura de sus habitaciones, proveyéndola además de muchas cisternas y de toda clase de almacenes. Allí, pues, cabía habitar con mucha holgura, y precisamente por aquel entonces Antipas podía permanecer en Maqueronte por propio interés, para vigilar más de cerca a los árabes nabateos, con los que se hallaba en conflicto a causa del repudio de su legítima esposa (§ 17).

Hoy, el afortunado viajero que logra llegar hasta el emplaramiento de Maqueronte no encuentra más que desolación y aridez. De la antigua construcción, circundada de una vasta zona totalmente desierta, sólo queda un cono enterrado, truncado por arriba. En la cumbre se ven cimientos de antiguas torres. Al pie se abren amplias cavernas, acaso las antiguas cisternas de la fortaleza, que hoy sirven para albergar en invierno los rebaños de los beduínos nómadas.

Fué en una de aquellas cavernas, o muy cerca de allí, donde Juan el Bautista pasó varios meses prisionero, esperando. De improviso, una noche llegó a aquel subterráneo, después del prolongado alboroto de un lejano festín, un verdugo empuñando una espada. El prisionero comprendió, des-

nudóse el cuello y alargólo. Un relámpago, un golpe seco y el hijo de Zacarías y de Elisabet había dejado de existir.

Hoy, el solitario beduino a quien el viajero se dirige en el desierto



Fig. 62. - El río Jordán

para obtener orientación, señala el lejano cono truncado de Maqueronte y pronuncia con temor su nombre árabe: al-Mashnaqa (patíbulo o lugar de ejecución). Dijérase que brota de aquel cono, como de un volcán, un vaho pestilente que esparce en torno la desolación. La arista del cono se proyecta hacia abajo, en dirección a occidente, y sirven de fondo a la perspectiva el Mar Muerto y la región de Sodoma.

JESÚS EXPULSADO DE NAZARETH

357. Algún tiempo después llegaron a Antipas noticias de Jesús, presentándole como un predicador extraordinario que conmovía a los súbditos galileos del tetrarca. El recuerdo de Juan el Bautista estaba reciente y la actividad e índole moral del profeta muerto poco atrás eran

muerto poco atrás eran muy semejantes a las del profeta recién aparecido, de lo que el supersticioso Antipas dedujo la conclusión de que Juan había resucitado y de que, asumiendo la forma de Jesús, obraba milagros. Otros eran también de esta opinión, confundiendo el anunciador con el anunciado, sin que faltasen los que optaban por considerar a Jesús como Elías o algún otro antiguo profeta (Lucas, 9, 7-8). Desde aquel día Antipas sintió la curiosidad de conocer personalmente a Jesús, acaso para averiguar qué rasgos concretos había asumido Juan al resucitar (Ibíd., 9).

Jesús, por el contrario, no tenía desco alguno de encontrarse con el rey adúltero y asesino de Juan. Coincidía aquella época con el envío de

los doce, y mientras éstos debían desenvolver su misión en una zona amplia, Jesús se reservó otra más restringida, pero más difícil. Partiendo de Cafarnaum después de resucitar a la hija de Jairo (cf. Mc., 6, 1), Jesús quiso hacer una tentativa especial y personal en Nazareth, sabiendo que en el pueblo donde había crecido existían contra él vivos resentimientos. No había sido así al principio, ya que apenas regresado Jesús de Judea le habían dispensado jubilosos recibimientos sin duda también en Nazareth (§ 299); mas luego el humor de sus paisanos había cambiado. En ello debía influir bastante la arrogancia de aquellos parientes que, según ya vimos, eran adversos a Jesús (§ 344); pero lo que más profundamente había herido el amor propio de sus paisanos era la preferencia concedida por Jesús a Cafarnaum, convertida en un momento dado en su residencia habitual (§ 285).

Las rivalidades pueblerinas y el orgullo de las localidades más míseras eran tan corrientes entonces como hoy. La exclamación despectiva de Nathanael respecto a Nazareth constituye una prueba de ello (§ 279). De aquí que los nazaretanos no perdonasen a Jesús su abandono del lugar, tanto más cuanto que en la preferida Cafarnaum había obrado milagros extraordinarios, de los que hablaba toda Galilea. ¿Acaso faltaban en Nazareth enfermos que curar, lisiados que restablecer, ciegos a quienes devolver la vista? ¿Por qué, pues, privar al pueblo propio, tan despreciado, de beneficios que le hubiesen dado gran renombre? Esta acrimonia pueblerina debía incluso levantar una barrera moral contra la predicación de Jesús. Ya que él desdeñaba a su pueblo, su pueblo desdeñaba su doctrina.

A esto se debía la tentativa personal de Jesús en Nazareth. Su estancia allí debió durar unos cuantos días, en espera de ocasión propicia para obtener buenos efectos. Es presumible que se alojara en casa de su madre, de donde saliera hacía más de un año (§§ 270, 282). Pero la actitud de sus convecinos se mostró desde luego tan hostil que hubo de inspirarle poca confianza, pues si bien algunos le acogieron cordialmente y todos sin distinción hablaban de los milagros realizados poco antes por él en los pueblos del contorno y convenían en que predicaba de modo extraordinario, muchos se preguntaban qué motivo había para tomar su doctrina por oro puro.

¿Acaso no era él el hijo de José el carpintero? ¿No era su madre aquella María conocida por todos? ¿Y no tenía por hermanos a Santiago. José, Simón y Judas? ¿No eran sus hermanas conocidísimas en la población? (§ 264). Y toda ella era gente vulgar, que no se elevaba en nada sobre el nivel corriente. ¿De dónde había él tomado, pues, su doctrina? ¿No podía ser todo mero efecto de la impresionabilidad de quienes no le conocían y no le habían visto, como le vieron los de Nazareth, primero niño y luego muchacho, y adolescente y joven como todos los demás? Estaban, sí, los milagros; pero también sobre ellos cabía discusión.

Estaban, sí, los milagros; pero también sobre ellos cabía discusión. Quien hace milagros los hace en todas partes, en su pueblo y fuera de él, entre amigos y entre desconocidos. Y de ser admisible una preferencia.

sin duda lo sería en favor de los amigos y del pueblo propio. Pero aquel extraño nazaretano donde no operaba milagros era precisamente en Nazareth. O sea que equivalía a un médico que supiese curar a los extraños y no a sus parientes ni a sí mismo.

358. El parangón hizo fortuna en el pueblo y pasó de boca en boca con la petulancia de las pequeñas localidades. Los más fogosos hallaron el modo de increpar públicamente a Jesús, diciendo: ¡Médico: cúrate a ti mismo! Las cosas que oimos sucedidas en Cafarnaum, hazlas también aqui, en tu patria (Lucas, 4, 23). Jesús respondía tratando de iluminar y de convencer y les amonestaba recordando que nadie es profeta en su tierra. Hizo también milagros curando enfermos, aunque en número escaso, no porque el lugar se llamase Nazareth en vez de Cafarnaum, sino por la incredulidad de ellos (Mateo, 13, 58). Faltaba en efecto lo que poco antes, en el día de la fe, había triunfado con la hija de Jairo, con la mujer

en el día de la fe, había triunfado con la hija de Jairo, con la mujer del flujo de sangre y con los dos ciegos (§ 349 y sigs.).

El choque final se produjo cuando Jesús realizó la prueba solemne y casi oficial de convencer a sus coterráneos, lo que sucedió en la reunión sabática de la sinagoga, acaso el único sábado que pasara Jesús en Nazareth durante aquella estancia. Los adversarios de Jesús debieron acudir a la reunión en son de desafío. Se respiraban vientos de batalla. Jesús no faltaría a la reunión y aquello ofrecía buena oportunidad para llegar a una explicación total con él y acosarle.

Jesús intervino, en efecto, y la reunión se desenvolvió normalmente, con arreglo a las normas que ya señalamos (§ 66 y sigs.). El discurso instructivo posterior a la lectura de los «profetas» estuvo a cargo de Jesús. No es arriesgado suponer que el archisinagogo invitase a pronunciar el discurso precisamente al discutido paisano para darle ocasión de exponer su pensamiento. Dirigiéndose, pues, Jesús al púlpito destinado al orador, le fué entregado el libro del profeta Isaías, y abriendo el libro encontró el lugar donde estaba escrito: «El espíritu del Señor sobre mí: por eso me ungió para dar la buena nueva a los pobres, me envió a anunciar libertad a los presos y a los ciegos vista, a liberar a los oprimidos, a anunciar un año grato al Señor» (1). Y cerrando el libro, devolviólo al ministro (2) y se sentó. Y los ojos de todos, en la sinagoga, estaban fijos en él. Y comenzó diciéndoles: «Hoy se ha cumplido esta escritura (que acaba de resonar) en vuestros oídos (Lucas, 4, 17-21).

Tal fué el principio del discurso de Jesús. El resto no se ha conservado. De cierto el orador se aplicó ampliamente a sí mismo el pasaje leído, demostrando con apelaciones a sus obras que él realizaba plena-

⁽¹⁾ El pasaje se halla en Isaías, 61, 1-2 (y 58, 6), pero en el texto griego de Lucas se cita según la versión de los Setenta, que diverge en algunos puntos del hebreo. En la lectura, Jestis recitó sin duda el texto original hebreo como era de rigor en la liturgia sinagogal (§ 67)

⁽²⁾ El ministro de la sinagoga, o hazzan (§ 64).

mente la antigua profecía mediante el anuncio de la «buena nueva». La demostración fué eficaz y también Jesús se mostró esta vez como teniendo autoridad (§ 299), y todos quedaron admirados. Pero en la misma base de la admiración estaba el incentivo del escándalo. ¿No era aqué! el humilde hijo del carpintero? Puesto que había obrado en otros sitios tantos milagros, por él mismo citados en su discurso, ¿por qué no los obraba también entre sus paisanos? Las preguntas, sólo meditadas dentro de la sinagoga, se formularon en voz alta al salir fuera (1). Los oyentes discutieron en pro y en contra, el orador fué directamente interpelado, y se le invitó una vez más a contestar las preguntas esenciales, recordándole sobre todo su calidad de nazaretano. ¿Quería verdaderamente ganar las gentes de Nazareth a su doctrina? Pues que ejecutase allí mismo, en la plaza pública, los milagros demostrativos, y entonces todos se entregarían a él en cuerpo y alma. ¡Médico: cúrate a ti mismo!

La contestación de Jesús fué la misma de días precedentes: que tuviesen cuidado de no hacer verdadero para Nazareth el dicho de que nadie es profeta en su patria; que para él, Nazareth valía tanto como Cafarnaum o cualquier otro pueblo israelita, y que si le rechazaban de un lado podría dirigirse a otro. Agregó que en tiempos del profeta Elías moraban en Israel muchas viudas y sin embargo el profeta fué enviado por Dios a una viuda no israelita; que en el tiempo del profeta Elíseo vivían en Israel muchos leprosos y sin embargo el profeta fué enviado por Dios al leproso Naaman, que era sirio (Lucas, 4, 25-27).

359. La respuesta de Jesús era una amonestación, pero sus mal predispuestos oyentes la consideraron una provocación despreciativa. ¿No declaraba con franqueza que no necesitaba Nazareth y que estaba pronto a preferir cualquier otro lugar, incluso no israelita? ¿De dónde tanto orgullo en el hijo del carpintero? ¡Que aprendiese de una vez a tener gratitud hacia el lugar que le había criado! Puesto que él repudiaba a Nazareth, Nazareth debía repudiarle a él. Era preciso alejarle inmediatamente de allí, y alejarle de tal modo que no le quedasen ganas de volver (2).

(1) Supone el autor que lo que sigue ocurrió fuera de la sinagoga, lo que es contrario al texto de Lucas (4, 28-29): Y se llenaron todos de ira en la sinagoga al oir estas cosas, y levantándose le echaron de la ciudad. (Nota del Revisor.)

⁽²⁾ Ya indicamos que la escena es narrada únicamente por Lucas al principio de la actividad de Jesús en Galilea, mientras los otros dos sinópticos la sitúan al final de aquella actividad (§ 299). La serie cronológica de estos últimos es aquí preferible a la de Lucas, quien muy bien puede haber fundido en una sola escena dos distintas estancias en Nazareth. Que la expulsión violenta del pueblo sucedió tras largo ministerio en Galilea lo acredita con claidad el hecho de que la discusión de los nazaretanos se apoya en los milagros ya cumplidos por Jesús en Cafarnaum. Ahora bien: tales milagros no habían ocurrido todavía al principio de la actividad en Galilea, cuando Jesús acababa de regresar — y solo muy pocos días antes — de Jerusalem. Por eso, empleando aquí lo que San Agustín dice de mismo Lucas en otras ocasiones, se podría concluir: Lucas... hoc praooccupasse intelligitur et ipse ex occusione, ul ibi narrate quod multo post factum est... Non autem hoc ordine ista narrata quo gesta sunt, et alibi iam probavimus, et hoc ipso loco non quilibet alius, sed idem Lucas hoc probat (De consensu euangelist, 11, 44, 92).

El furor estalló de pronto, como siempre ocurre entre turbas excitadas. Aun se discutía junto a la sinagoga cuando se levantaron gritos contra el indigno nazareno: ¡Fuera el insolente! ¡Muera el traidor! — Los poco favorables a Jesús se alejarían, temerosos; los otros le arrojaron fuera de la ciudad y le condujeron hasta la cima del monte sobre el que estaba construída su ciudad, a fin de precipitarle abajo. Y él, atravesando por medio (ἐιελθών ἐιὰ μέσου) de ellos, se iba (Lucas, 4, 29-30).

¿Por qué no se ejecutó el proyecto? No se nos dice. Quizá en el último instante los paisanos adictos a Jesús, recuperando algún valor, intervinieron para impedir de algún modo el odioso crimen; quizá los mismos facinerosos, al llegar el momento decisivo, volvieran en sí contentándose con la amenaza ya dirigida. Pero no queda excluído que la superioridad dominadora probada en aquella circunstancia por Jesús subyugase a la turba, permitiendole en el momento crítico substraerse a ella. Tampoco se nos informa acerca del lugar preciso donde ocurrió la amenaza. Hoy se señala un pico llamado Gebel el-Qafse, que domina desde una altura de 300 metros el valle de Esdrelón y que en el Medioevo había recibido el nombre de Saltus Domini, mientras hoy se le designa normalmente como el «Monte del precipicio». Pero el lugar presenta el grave inconveniente de estar a unos tres kilómetros de la antigua Nazareth, distancia verdaderamente excesiva para una multitud excitada resuelta a una ejecución sumaria. En el área del antiguo pueblo no podían faltar accidentes del terreno que se prestasen muy bien al violento propósito. Se ha pensado, no sin vero similitud, en una protuberancia de unos diez metros situada junto a la iglesia moderna de los católicos griegos, la cual parece haberse levantado precisamente junto al emplazamiento de la antigua sinagoga. La piadosa reflexión cristiana pensó más tarde en lo que debió experimentar María en aquella hora, y una capilla situada en dirección del Saltus Domini recibió en el Medioevo el nombre de Santa María del Temblor (1) en recuerdo del temor sufrido por María cuando vió a su hijo en peligro.

⁽¹⁾ El nombre, en italiano, es atestiguado en 1345 por Nicolás de Poggibonsi (Libro d'Oltramare, 1, 268).

EL DIA DE LAS PARABOLAS

LA PARÁBOLA

360. Durante este período del ministerio en Galilea, probablemente el mismo día que precedió a la tempestad serenada (§ 346), tuvo lugar la amplia enseñanza mediante parábolas que se puede designar prácticamente como «día de las parábolas».

Cierto que ya antes había empleado Jesús algunos elementos parabólicos en sus discursos (cf. Mc., 2, 17, 19, 21, 22: etc.), incluso en el Sermón de la Montaña (Mateo, 5, 13-16; 6, 22 y sigs.: etc.), pero aquél fué un día consagrado particularmente a la verdadera parábola, como resulta de las breves introducciones previas de los tres sinópticos (Mateo, 13, 1-3; Marcos, 4, 1-2; Lucas, 8, 4; cf. Marcos, 4, 35). Parece también casí cierto que los evangelistas han procedido aquí como con el Sermón de la Montaña, es decir, que en ocasión de este día refieren algunas pronunciadas por Jesús en otras ocasiones (Mateo), o viceversa transfieren a otros sitios parábolas de este día (Lucas) (§ 317). Sin embargo, existió indudablemente un núcleo histórico de parábolas pronunciadas en aquel preciso día, y su material fué repartido con cierta elasticidad por cada evangelista (1).

La parábola es un género literario que consiste en servirse de una ficción absolutamente posible y verosímil, para ilustrar una determinada verdad moral y religiosa. Es, pues, muy semejante a la fábula, pero difiere en que la fábula hace intervenir o hablar seres inanimados o irracionales, v por tanto es históricamente imposible, y además no se propone un fin edificante. Ambos géneros han sido de índole popular en todos los pueblos donde han florecido. La plebe ha encontrado siempre un medio fácil y diáfano para recibir y transmitir la sabiduría dispersa, mediante una aproximación de situaciones morales teóricas a las situaciones reales humanas de todos los días, iluminando así lo abstracto impalpable a través de lo concreto tangible. Este método, aunque predilecto de la plebe, es más

⁽¹⁾ Esta elasticidad de repartición o distribución, y precisamente a propósito de las parábolas evangélicas, se afirmaba ya en un escrito atribuído a San Agustín: Nonnumquam sane alius evangelista contexit, quod diversis temporibus dictum indicat. Non enim omnimodo secundum rerum gestarum ordinem, sed secundum suæ quisque recordationis facultatem, narrationem quam exorsus est ordinavit (Quæstiones septemdecim in Matth., q. xv).

filosófico de lo que parece a primera vista: sabido es que Sócrates, precisamente para oponerse a los sofistas, recurría de buen grado a la parábola y al parangón. Es más, desde el principio y para definir su oficio de maestro, empleaba una especie de parábola cuando decía que continuaba en el campo moral la profesión que en el campo fisiológico ejerciera su madre, la comadrona Fenaretes: la mayéutica del espíritu (1).

En substancia, pues, la parábola es un parangón. Se comprende, empero, que según la finura conceptual de los diversos autores y oyentes de tales parangones, la parábola puede ser más o menos desarrollada y hasta cabe que tome algunos aspectos de alegoría. Por ejemplo, la profesión de un maestro de escuela puede ser sencillamente parangonada a la de un jardinero, y entonces se tendrá una parábola; pero si el parangón desciende a detalles minuciosos y en las plantas jóvenes del jardín se quieren simbolizar los discípulos del maestro y en las flores y frutos las promociones y premios, en la fatiga del azadonaje los cuidados de la enseñanza, en las podas los castigos, y así sucesivamente, el parangón se convierte en simbólico, es decir, se transforma en una parábola alegórica. En fin, si sin nombrar nunca la escuela, y sólo sobreentendiéndola, se habla únicamente de plantas, flores, azadas y podas, se tendrá una alegoría pura, o sea una metáfora continuada. Y como es difícil y raro mantenerse largo tiempo en la pura alegoría (un célebre ejemplo lo constituye la oda O navis, de Horacio, que trata de la República simbolizada en una nave), así desde la mera parábola se desemboca fácilmente en el campo alegórico empleando algunos elementos simbólicos.

Las parábolas de Jesús obedecen a estas normas genéricas (2).

⁽¹⁾ La mayéutica — ayudar a dar a luz los conceptos — sigue a la ironia. Ambas constituven las fases del método socrático. (Nota del Traductor.)

⁽²⁾ Semejantes normas genéricas, evidentes y confirmadas por la experiencia, habían sido va expresadas, después de Aristóteles, por Quintiliano: Habet usum talis allegoriæ frequenter oratio, sed raro totius: plerumque apertis permixta est... Illud vero longe speciosissimum genus orationis, in quo trium permixta est gratia: similitudinis (esto es, la parábola), allegoria et translationis (es decir, la metáfora) (Inst. orat., viii, 6). No valdría la pena el recordar normas tan conocidas si no hubiesen sido negadas con vehemencia respecto a las parábolas de Jesús. Ya nos referimos al trabajo de Jülicher sobre las parábolas evangélicas (Die Gleichnisreden Jesu, 2 vols. 2.4 ed., 1910) juzgado «definitivo» por Loisy (§ 211). Cánones fundamentales de este trabajo son: que la parábola y la alegoría constituyen géneros literarios que se excluyen recíprocamente y no pueden mezclarse en modo alguno; que la parábola es siempre clara y no necesita explicación, mientras la alegoría es siempre obscura y necesita ser explicada: que la alegoria no es género popular sino de doctos y eruditos (precisamente lo contrario de lo que afirma Quintiliano: Ceterum allegoria parvis quoque ingeniis et cotidiano sermoni frequentissime inservit). De esos canones, pues, se saca la conclusión de que Jesús. por dirigirse al pueblo bajo, habló siempre en parábolas, con exclusión precisa de todo elemento alegórico, de modo que si en las parábolas se encuentran hoy elementos alegóricos han sido añadidos por los evangelistas y la primitiva tradición eclesiástica, debiendo ser eliminados para llegar de nuevo al pensamiento auténtico de Jesús. Tales cánones, en realidad, habían sido ya desmentidos desde los tiempos de Menenio Agrippa, de Abimelech (Juec., 9, 8-15) y aun anteriores. Pero quien los formuló lo hizo impulsado por razones practicas. Se necesitaba un pretexto cualquiera para desarticular las parábolas de Jesús transmitidas en los evangelios, para hacer una selección de los trozos descompuestos y para rechazar tos que no se ajustasen a teorías preconcebidas. Además de esto, se aducían como justifica-

361. La antigua literatura hebraica había cultivado el género parabólico conocido con el nombre de mashāl, término, sin embargo, que comprendía también otras formas aparte de la verdadera parábola. Como era de esperar, los rabinos anteriores y contemporáneos a Jesús empleaban la forma parabólica más o menos mezclada con las demás formas análogas. En lo sucesivo tales formas se utilizaron cada vez más; pero desde mediados del siglo 11 d. de J. C. en adelante se abandonó su uso. Por entonces murió Rabbi Meir y con él, según con razón se dijo, murió la parábola. Se le atribuían, en efecto, hasta tres mil, que siempre tenían como protagonista la zorra. Desde entonces, la forma parabólica quedó entre los rabinos como estereotipada, convencional, falta de energía y viveza.

En Jesús la parábola es otra cosa: sencilla y precisa, fundada en las realidades más humildes, pero reflejando con claridad los más altos conceptos, comprensible para los ignorantes y a la vez fuente de reflexiones para los doctos. Literariamente carece de todo artificio y sin embargo supera en fuerza de sentimiento a los más elaborados trabajos literarios. No aturde, sino persuade; no sólo vence, sino convence. Entre los italianos la voz parábola ha dado origen a la voz parola, paiabra (1). ¿Querrá tal vez esta derivación indicar que la parábola de Jesús es la palabra más alta surgida del hombre y a la par la más baja procedente de Dios?

OBJETO DE LAS PARABOLAS

362. Las parábolas de Jesús tienden a presentar el reino de Dios, es decir, el de los cielos. En el Sermón de la Montaña Jesús había hablado de los requisitos morales necesarios para entrar en aquel reino; pero ahora, transcurrido cierto tiempo, era preciso dar un paso más hacia adelante y hablar de aquel reino en sí, de su índole y naturaleza, de los miembros que lo constituían, del modo cómo sería actuado y establecido. También en este aspecto la predicación de Jesús siguió un método esencialmente gradual.

La razón de esa gradación radica en la importantísima circunstancia histórica que ya señalamos (§§ 300-301), verdadera clave de la actitud de Jesús en su vida social, es decir, en la ansiosa espera en que vivían los judíos de un reino mesiánico-político. Hablar a aquellas turbas de un reino de Dios, sin explicaciones y aclaraciones, significaba hacerles imaginar un rey celestial omnipotente, circundado de falanges de hombres armados y, aun mejor, de legiones de ángeles combatientes, que llevarían a Israel, de victoria en victoria, al pleno dominio de la tierra, haciendo

ción motivos que, presentados por los eraditos, daban la impresión de una burla (§ 364, nota). Hoy, Jülicher y Loisy son seguidos aún en ese terreno, por la misma razón práctica, pero sólo por algún raro rezagado.

⁽¹⁾ Como en casi todos, por no decir todos, los idiomas romances. (Nota del Traductor.)

«dueño y señor» de las naciones paganas a aquel pueblo hasta entonces hollado por todos los paganos, y reduciendo a éstos a la condición de escabel de los pies de aquél (§ 83). Y era a tales turbas delirantes a las que Jesús debía hablar del objeto del delirio que las enloquecía, y ello de tal modo que a la vez las atrajese y las desengañase: el reino de Dios debía llegar, sin duda; es más, había empezado a realizarse; pero no era el «reino» de ellos, sino el de Jesús, totalmente diverso. De aquí que la predicación de Jesús debía a la vez mostrar y no mostrar, abrir los ojos a la verdad y cerrarlos a los sueños fantásticos. Se precisaba, por lo tanto, una extrema prudencia, porque Jesús, en este punto, se internaba en un terreno volcánico que podía entrar en erupción de un momento a otro. Esta amorosa prudencia hizo que Jesús se sirviese de la parábola.

La parábola, en efecto, es clara, pero a la vez obscura, y elocuente sin dejar de ser reticente. Para quien la contempla con ánimo sereno y no preocupado, es clara y elocuente, mientras para quien la escrute con ojo turbio v ánimo prevenido no dice nada, si es que no dice lo contrario de lo que quiere decir. No es, pues, tiniebla, sino luz, y luz misericordiosamente adaptada a ojos que se encuentran en condiciones especiales. Pero tales ojos deben ser puros, no hallarse enfermos, como más tarde San Agustín experimentaria en sí mismo: ægris oculis odiosa est lux, quæ puris est amabilis.

Mas aun en el caso de que la parábola no fuese comprendida, quedaba un recurso. Las parábolas de Jesús se pronunciaban en público, ante gentes unas bien, otras mal dispuestas, a fin de que las puertas del reino se abriesen para todos. El velo de las parábolas lo imponían apremiantemente la prudencia y la misericordia; pero quedaba siempre la posibilidad de rasgar aquel velo substrayéndose al ambiente público y dirigiéndose en privado al autor de las parábolas. Jesús, al querer verdaderamente difundir su reino, no se habría negado a hablar sin parábolas siempre que se le consultara particularmente, puesto que entonces las razones prudenciales que moderaban la predicación pública no existían y el velo podía ser suprimido.

363. Así sucedió en realidad. Un día no precisado los discípulos se acercaron a él y le preguntaron: ¿Por qué les hablas en parábolas? (Mateo, 13, 10). Esta pregunta y la consecuente respuesta de Jesús son transcendentales, pero para evaluarlas es preciso tener presente que pregunta y respuesta no tuvieron lugar el día de las parábolas, sino mucho más tarde, cuando Jesús había pronunciado muchas parábolas y los discípulos observado que sólo producían escaso efecto entre la multitud (1). Además,

⁽¹⁾ El diálogo es insertado por los tres sinópticos a continuación de la parábola del sembrador, que sue sue la primera del día de las parábolas; pero, como justamente indican los comentadores modernos, aquí se sigue el orden lógico, no el cronológico. Al iniciarse la enseñanza por parábolas, los evangelistas añaden oportunamente a continuación de la primera el diálogo que proyecta luz sobre todas. Pero el diálogo no tuvo lugar ni aquel día ni después de la primera parabola, tanto porque Jesús dicho día habló desde una barca, de frente a la

va antes de aquella pregunta los discípulos se habían dirigido en privado a Jesús para pedirle explicación de parábolas enunciadas en público (Mateo, 13, 36; 15, 15), o bien Jesús, espontáneamente, se las había explicado a solas (Marcos, 4, 34). A la pregunta de los discípulos, Jesús contestó: Porque a vosotros os es dado conocer los misterios del reino de las cielos, y a ellos no les es dado. Porque a quien ya tiene le será dado y andará sobrado; empero al que no tiene, también lo que tiene le será quitado. Por esto les hablo en parábolas, porque viendo no ven, y oyendo no oyen ni comprenden; y en ellos se cumple la profecia de Isaias, que dice: «Óyendo oireis y no comprendereis; viendo vereis, pero no percibireis. Porque el corazón de este pueblo tornose endurecido y con los oidos dificilmente oyeron, y cerraron sus ojos no sea que perciban con los ojos, ni con los oídos oigan ni con el corazón comprendan, y se conviertan, y yo les curen. Bienaventurados vuestros ojos porque ven y vuestros oidos porque oyen..., etc. (Mateo, 13, 11-16). Esta contestación no iba dirigida sólo a los apóstoles, sino también a los demás deseosos que estaban con ellos (Marcos, 4, 10, griego) y habían formulado unidos la pregunta. La diferencia entre los deseosos y los demás oyentes consistía en que a los primeros les era dado conocer los misterios del reino en forma diáfana, y a los otros únicamente bajo el velo de las parábolas, diferencia que era sólo consecuencia del buen deseo de los primeros, quienes interrogando en privado a Jesús obtenían la supresión del velo parabólico, mientras los demás permanecían envueltos en él porque no habían deseado apartarlo. Con todo, las puertas del reino estaban abiertas a todos y su umbral quedaba representado por las parábolas.

Aun cabía preguntar por qué sólo los de mejor deseo cruzaban aquel umbral, en virtud de su buen querer; pero con esto se habría planteado una cuestión bien diferente y más elevada, puesto que se pondría a debate el principio ya enunciado a Nicodemo: Quien no haya nacido de... Espiritu, no puede entrar en el reino de Dios (§ 288).

364. Todo esto queda bastante claro en el texto del diálogo según Mateo, salvo un punto que veremos en seguida. Por el contrario, el texto de los otros dos Sinópticos, ambos más breves, ofrece una dificultad particular, especialmente el de Marcos, que reza así: A vosotros os ha sido dado (el conocer) el misterio del reino de Dios. Empero para los (que están) fuera, todo sucede en parábolas, a fin de que «viendo vean y no perciban, y oyendo oigan y no comprendan, no sea que se conviertan y les sea perdonado (el pecado) (Marcos, 4, 11-12). Se ha discutido infinitamente aquel para que ((va)), que introduce la cita anónima de Isaías, con el propósito de concretar si tiene un valor final e intencional, o no. La cuestión

multitud congregada en la ribera, de modo que los discipulos no hubiesen podido hacerle aquella delicada pregunta en privado (v. Marcos, 4. 10), como porque después de una primera v. sola parábola no procedía preguntar por qué hablaba en parábolas. Este es uno de los mulchos casos en que los evangelistas distribuyen la materia con independencia del orden de los acontecimientos.

debe resolverse mediante el cotejo de los otros dos Sinópticos y sobre todo de Mateo, más amplio que ninguno.

Jesús, en su respuesta, después de distinguir entre los deseosos y los demás, apela a lo que ya había sucedido durante el ministerio del profeta Isaías y cita sus palabras. Pero la cita, en el texto actual de Mateo, responde a la versión de los Setenta (sin duda empleada por el traductor griego de Mateo), mientras Jesús citó, indiscutiblemente, el original hebreo, que dice así: Y (Dios me) dijo. Ve y dirás a ese pueblo: «Oyendo oid, pero no (sea) que comprendais, y viendo ved pero no (sea) que co-nozcáis». Vuelve obtuso el corazón de este pueblo y endurece sus oídos y tápale sus ojos a fin de que no vea con sus ojos y (no) oiga con sus oídos y (no) comprenda con su corazón y (así) se convierta y (su médico) lo cure (Isaías, 6, 9-10). No puede haber duda razonable respecto al verdadero sentido de estas palabras. Dios habla aquí como tradicional y cariñoso médico de Israel, e intenta una vez más la curación del enfermo, enviando a Isaías para sanarlo, pero el médico es desdeñado porque el enfermo se muestra, como siempre, obstinado y terco, y de aquí que el médico para estimularle y atemorizarle le hable sarcásticamente y emplee la admonición en forma de amenaza. En substancia, viene a decirle: «¡Ni una sola vez me has escuchado y dejádote persuadir! Pues bien: ya que rechazas mi medicina, quédate con tus males, para que yo no te cure nunca jamás». Pero ¿quién no ve que el médico quiere en realidad curar, empleando el para que como afectuoso sarcasmo y saludable amenaza, cuya responsabilidad recae exclusivamente sobre el enfermo? Tan verdad es esto que, en el caso histórico, Dios enviaba a Isaías para intentar en efecto la curación espiritual de Israel.

Así como en el diálogo según Mateo todo el pasaje va interpretado conforme al ya citado original hebreo de Isaías explícitamente citado, en los otros dos Sinópticos su interpretación es conforme a Mateo y al texto hebreo de Isaías, texto que en Lucas y en Marcos no sólo se cita en forma anónima, sino extractada e incompleta. No obstante, tal modo de citar no debe inducir a error, como si se invitara a limitarse sólo a las palabras alegadas. Se citaba per summa verba para que se reconociese con exactitud el pasaje aludido, siempre en la inteligencia de que su sentido verdadero debía extraerse del original del pasaje completo, el cual, como fácilmente se podía presuponer, era clásico en la polémica antijudía y diversamente empleado por la primitiva catequesis cristiana (Juan, 12, 40; Hechos, 28, 26-27; Romanos, 11, 8). En conclusión, el discutido para que conserva en la cita de los tres Sinópticos todo el valor que tiene en el original hebreo de Isaías, y este valor no es de finalidad y de intención, sino de viva exhortación en forma de saludable amenaza (1).

⁽¹⁾ Los Padres y los expositores antiguos se han ocupado a menudo del para que, y en consecuencia del objeto de las parábolas, dando ello ocasión a investigaciones sobre la gracia, el libre albedrío y la predestinación. Optima entre todas es la reflexión de San Juan Crisóstomo, el cual, sosteniendo que el fin de las parábolas era iluminar y no obscurecer las

Allegan to the same of the sam

LAS PARÁBOLAS DEL REINO

365. La jornada de las parábolas transcurrió en las cercanías de Cafarnaum y a orillas del lago. Habiéndose congregado gran muchedumbre, Jesús recurrió al sistema ya usado (§ 303) de subir a una barca y, apartándola un tanto, hablar a la multitud apiñada en la ribera.

La primera parábola de aquel día fué la del sembrador. En Galilea, tierra accidentada y llena de colinas, se destinaban a la siembra las pequeñas extensiones de terreno que mejor se prestaban a ello, en valles y riberas. Con las primeras lluvias, hacia noviembre, el labriego recorría lentamente los trozos de campo por él cultivados y esparcía la simiente de trigo o cebada. Las vicisitudes del reino de los cielos semejan, pues, a las del sembrador de Galilea.

El sembrador sale de casa con su saquito de semillas bien repleto y llegando a un lugar ya preparado comienza a sembrar. Pero en Palestina los campos son lugares de tránsito para todos e incluso en los recientemente labrados se forman pronto pequeños atajos por los que los viandantes atravesando acortan su camino. De aqui que parte de la simiente vaya a dar en esos senderos, donde bien pronto los pajaros la picotean o los transeúntes la aplastan. Otra parte de la simiente cae en terreno pedregoso. apenas cubierto de leve capa de tierra, y allí germina pronto, merced al calor interno, pero no habiendo tierra suficiente no echa raíces y bastan algunos días de sol fuerte para agostarlo todo. Otra parte de las semillas caen en tierra profunda, pero no bien preparada, y entonces, a la par que los buenos gérmenes, crecen los cardos y espinos, que sofocan aquéllos. En fin, el resto del saquito se vacía en buen terreno, y allí la simiente rinde ora el treinta, ora el sesenta, ora incluso el ciento por uno. Jesús restringió a un solo caso este hecho habitual, como sucedido a un solo

mentes, hace notar, con perfecto buen sentido, que si Jesús no hubiese querido instruirles y salvarles (a los judíos) debió callar, y no hablar en parábolas. En cambio, con eso mismo los estimula al hablarles de cosas envueltas en sombras... Podian, en efecto, ora llegarse a el, ora interrogar, como los discipulos (in Mati., h. 45 (46), z: en Migne. Patr. Gr., 58, 473). Jülicher ha seguido otro camino. Según él, el diálogo entre Jesús y los discipulos acerca de la finalidad de las parábolas es mera invención de los evangelistas, quienes, para hallar explicación a la terquedad con que los judíos rechazaban las enseñantas de Jesús, atribuyeron a sus parábolas el objeto concreto de cegar y confundir, inventando por ello el diálogo y presentándolo como declaración de Jesús. El verdadero motivo de esta hipótesis es encontrar pretexto para permitirse descomponer y anatomizar las parábolas de Jesús según teorías preconcebidas, como ya dijimos (§ 360, nota segunda), y en lo que no hay nada de extraño. Pero lo extraño y aun lo irritante es que Jülicher se instituya en abogado y defensor de Jesús, diciendo que así desea conservar a la imperecedera corona de Jesús el diamante más bello, que sería la intención de iluminar y no de cegar mediante las parábolas (Gleichnis-reden, 1, pag. 148). Cuando se piensa que estas palabras son pronunciadas por un crítico radicalístimo, demoledor sistemático de la figura tradicional de Jesús, producen la impresión de una verdadera mosa. Preocuparse del diamante más bello después de arrancar la corona y hasta cortar la cabeza al propio héroe, no es serio ni de buen gusto.

sembrador, y así compuso su parábola. Terminó, después, diciendo: Quien tiene oídos para oír, oiga.

Más tarde proporcionó la explicación de la parábola a los discípulos que le interrogaron privadamente (§ 363). La simiente era la palabra de Dios, es decir, el anuncio del reino de los cielos. Las semillas caídas en el sendero y devoradas por los pájaros eran el anuncio del reino recibido por oyentes mal dispuestos, quienes lo acogían a regañadientes, con los oídos, pero no con el corazón, por lo que venía en seguida Satanás, que lo arrebataba todo. La simiente depositada en suelo pedregoso significaba los oyentes superficiales, que acogían el anuncio con júbilo momentáneo, pero a la primera contrariedad lo abandonaban. La simiente caída entre cardos y espinos representaba los oyentes envueltos por las pasiones y cuidados del mundo, quienes guardaban por algún tiempo en su corazón la buena nueva, pero luego la dejaban sofocar bajo sus deseos materialistas. Finalmente la siembra caída en buen terreno estaba constituída por aquellos que con corazón bien dispuesto recibían y fomentaban la buena nueva, rindiendo fruto más o menos abundante.

Un judío común, de los que esperaban el reino mesiánico-político, habría comprendido poco o nada de esta parábola en su verdadero significado, a no ser que, como los discípulos, hubiese pedido una explicación a Jesús.

El judío corriente esperaba al fulgurante rey conquistador, y aquí, en cambio, el autor del reino quedaba en la sombra, sin ser nombrado siquiera; esperaba que la institución del reino descendiese, súbita, de las nubes entre fragorosos portentos, y aquí, en cambio, el reino brotaba de la tierra, humilde y silencioso, entre obstáculos de todo género; esperaba la reivindicación nacional y la victoria sobre los paganos, y aquí, en cambio, se aludía a un secreto trabajo del espíritu y a la victoria sobre las pasiones e intereses mundanos. El judío común, pues, veía y no veía a través de la parábola, y si estaba firmemente pegado a sus viejos conceptos, cada vez se habrían endurecido más su corazón y sus oídos, rechazando el total "cambio de mente" (§ 335) a que la parábola prudentemente le invitaba.

366. Pero el reino de los cielos encuentra obstáculos en su desarrollo incluso allí donde ha sido bien acogido, y este es el principio simbolizado en la segunda parábola.

Un hombre sembró en su campo buena simiente. Habiendo preparado bien el terreno y esparcido las semillas en tiempo y medida oportunos podía esperar la cosecha con tranquilidad. Pero un vecino que tenía viejos rencores con él llegóse de noche, mientras los mozos dormían, y sobre el terreno de poco sembrado esparció a manos llenas semillas de cizaña. Era aquélla una ofensa clásica entre los agricultores, y ya tenida en cuenta por la ley romana (Digest., IX, tít. 2 ad legem Aquiliam, 27, n. 14). La cizaña, aun cuando ha germinado, no se distingue prácticamente de los brotes del trigo, y la diferencia sólo aparece clara cuando éstos dan espiga,

o sea en ocasión en que es tarde para arrancar las malas plantas y el grano ha sido ya perjudicado. También esta vez la maldad no fué descubierta sino al espigar el trigo, y entonces los mozos fueron al dueño y dijéronle: Pero ¿no sembraste buena semilla en el campo? ¿Cómo es que ahora hay cizaña? El dueño, comprendiendo de dónde provenía la cizaña, exclamó en seguida: ¡Ha sido aquel enemigo mío! Los mozos entonces le propusieron: ¿Quieres que vayamos a arrancarla para dejar libre el trigo? Pero el dueño replicó: No, porque arrancando la cizaña podríais también desarraigar el trigo. Dejad más bien que una y otro crezcan juntos hasta la siega, y entonces mandaré a mis segadores que recojan primero la cizaña en gavillas y la arrojen al fuego, y que pongan después en el granero mi grano.

También se nos ha transmitido la explicación dada en privado por Jesús a sus discípulos sobre esta parábola (Mateo, 13, 36-43). Quien esparce la buena simiente es el Hijo del hombre; el campo en el que la siembra es el mundo; las buenas semillas son los hijos del reino, y la cizaña los hijos del Maligno; el enemigo que la siembra es el diablo; la siega es el fin del «siglo», o mundo, presente (§ 84); los segadores son los ángeles. Al fin del mundo el Hijo del hombre enviará sus ángeles, quienes, como hacen los segadores con la cizaña, arrojarán fuera del reino a todos los escandalosos obradores de impiedad, lanzándolos al horno del fuego, y entonces los justos resplandecerán como el sol en el reino del Padre.

La segunda parábola enseñaba, pues, que el reino predicado por Jesús comprendería bueno y malo: lo bueno, procedente del Hijo del hombre: lo malo, del diablo, y que esta mezcla sería tolerada con vistas al triunfo definitivo del bien, lo que se produciría solamente en el paso del siglo actual al futuro. El reino era, por tanto, como un puente que unía los dos «siglos», una especie de escala de Jacob que se apovaba, abajo, en la tierra, y terminaba, en lo alto, en los cielos.

367. Se asemeja en parte a la precedente parábola aquella que sólo refiere Marcos (4, 26-29). El reino de Dios es como un hombre que en parte ha sembrado su campo: duerma o esté despierto, de día y de noche, piense o no en la simiente arrojada, ésta germina y crece y al fin florece y madura, porque está dotada de una fuerza íntima propia, que debe desarrollarse lentamente y recorrer todo su ciclo regular.

Análogamente, la buena nueva predicada por Jesús seguiría su curso regular, desenvolviéndose en extensión y profundidad entre los espíritus humanos, sin las súbitas convulsiones apocalípticas ansiosamente esperadas por las turbas, sino en virtud de la fuerza íntima que le fuera transmitida desde lo alto.

368. La parábola del grano de mostaza señala nuevamente que los principios del reino de Dios habían de carecer de exteriorización clamorosa.

La mostaza es bastante común en Palestina, y aunque no pasa de ser una mera planta herbácea anual, puede llegar a convertirse, en condiciones favorables, en un arbusto de 3 ó 4 metros de alto. No obstante, su simiente es un grano pequeñísimo, tanto que aun hoy en Palestina sirve proverbialmente como término de parangón para cosas casi imperceptibles: «Pequeño como un grano de mostaza». Esta curiosa desproporción entre la semilla minúscula y la planta, la mayor entre las herbáceas, ofrece a Jesús una imagen de la desproporción histórica entre los principios del reino de Dios, humildes y silenciosos, y su expansión suce-

siva, que superará cualquier otra.

También aquí encontramos la plena denegación e incluso la modificación absoluta, de arriba a abajo (§ 318), de las ideas difundidas en el judaísmo de entonces. Pocos años antes, Horacio, tratando del verdadero poeta, había escrito que no fumum ex fulgore, sed ex fumo dare lucem cogitat (Ars poèt., 144-145). Las dos partes de este binomio, transferido al campo religioso, quedaban entonces elegidas en Palestina respectivamente por la masa del pueblo y por Jesús. El pueblo exaltaba el fulgor del inminente reino mesiánico-político, y en cambio, pasados ocho lustros, tuvo el humo del incendio de Jerusalem, con las tristes consecuencias que duran aún después de veinte siglos. Jesús comenzaba con el Sermón de la Montaña, nubecilla de humo que parecía ir a disiparse con el primer soplo de viento, y, en cambio, de aquella nubecilla brotó un fulgor tal que al cabo de veinte siglos persiste aún más vivo que nunca. Estos cotejos no son ciertamente una de las sutiles teorías críticas fundadas sobre particulares filosofías que tiendan a demostrar que Jesús era un alucinado (§ 210) o cosa semejante, sino elementales consideraciones provocadas por la clara parábola de Jesús y que se diferencian de aquellas teorías en que tienen por base hechos históricos de notoriedad universal y consistencia granítica.

369. Análoga es la parábola de la levadura. Por las noches, el ama de casa, después de llenar la amplia artesa con tres grandes medidas de harina, ponía en el fondo de la harina amasada un puñado de levadura. Y a la mañana siguiente, la mujer encontraba que aquella pequeña cantidad de fermento, durante una noche de actividad recóndita, había conquistado, invadido y transformado toda la masa, cien veces mayor.

También aquí se hace resaltar la desproporción histórica entre el comienzo del reino de los cielos, representado por la levadura, y su pleno desarrollo, representado por la masa de harina fermentada; pero además es simbolizada la naturaleza íntima, silenciosa y espiritual del reino, que se difundirá, no por fuerza de armas, dinero u otros medios políticos, sino conquistando secretamente las mentes y sobre todo los corazones,

como un misterioso fermento divino.

37(). Otras parábolas, probablemente enunciadas ante los discípulos a solas (v. Mateo, 13, 36), nos son transmitidas en forma brevísima.

El reino de los cielos es semejante a un tesoro escondido en el campo. Existía entonces el uso, durante las revueltas políticas, de enterrar obietos preciosos en lugares apropiados de las campiñas, para preservarlos del saqueo de las gentes armadas. Cuarenta años después, durante el asedio de Jerusalem, estando cerradas las salidas de la ciudad, se escondieron tesoros en los albañales y en galerías subterráneas (Guerr. jud., vi. 431-432; VII, 114-115): Sólo que a veces sucedía que el dueño del tesoro enterrado moría antes de recogerlo, y más tarde lo descubría por casualidad el labrador que cultivaba aquel terreno o cualquier transeúnte, en cuyo caso, naturalmente, el primer cuidado del feliz descubridor consistía en comprar el campo, callando el hallazgo, para tornarse así legítimo propietario del tesoro (1). En la parábola de Jesús, el descubridor, una vez asegurado de que se trata de un tesoro, vuelve a esconderlo y cubrirlo, para que ningún otro pueda encontrarlo, y luego, lleno de intima alegría vende cuanto tiene a fin de reunir lo preciso para la compra del campo, convirtiéndose así en dueño del tesoro. Se juega, pues, el todo por el todo, seguro de que este todo que deja es mucho menos valioso que el todo que adquiere. Dimitte omnia et invenies omnia.

Así le ocurre a quien ha conocido y evaluado el reino de los cielos: éste abandonará sus demás bienes para adquirir aquel sumo bien (Mateo, 13, 44).

371. La misma enseñanza se desprende de la breve parábola de la perla. Un mercader de perlas va en busca de una de gran precio, una de aquellas famosas en la antigüedad por su valor, como las dos enormes de Cleopatra de que habla Plinio (Nat. hist., 1x. 35, 58). Hallando finalmente una rarísima, vende todos sus bienes para comprarla (Mateo. 13, 45-46).

Se asemeja a la de la cizaña la parábola de la red. tomada de las costumbres del lago de Tiberíades. El reino de los cielos es semejante a una gran red echada al agua y retirada llena de toda clase de peces. Los pescadores escogen entre la pesca, reservando los peces buenos y tirando los malos. Análogamente, al concluir el «siglo», los ángeles separarán los justos de los malvados y arrojarán a éstos al fuego (Mateo, 13, 47-50).

El coloquio aparte con los discípulos que da término al día de las parábolas, recibe su sello final mediante otra parábola breve. En conclu-

⁽¹⁾ Trátase de la treta ya aludida por Horacio cuando recuerda aquel labrador mercenario que compró el campo donde encontrara el tesoro:

O si urnam argenti fors que mihi monstret! ut illi. Thesauro invento, qui mercenarius agrum Illum ipsum mercatus aravit, dives amico Hercule.

yendo de hablar, Jesús preguntó a los discípulos: ¿Habéis comprendido todo esto? — Sí, le contestaron. Pues bien — repuso él —, todo escriba convertido en discípulo en el reino de los cielos es como el padre de familia que saca de su tesoro cosas nuevas y cosas viejas. Los discípulos destinados a continuar la obra del maestro debían, pues, continuar según la norma enunciada por él mismo en el Sermón de la Montaña (§ 323): es decir, que no había venido a abolir la ley antigua, sino a completarla y perfeccionarla. Se trataba de cosas antiguas, integradas y perfeccionadas por cosas nuevas.

DESDE LA SEGUNDA PASCUA HASTA LA ULTIMA FIESTA DE LOS TABERNACULOS

LA PRIMERA MULTIPLICACIÓN DE LOS PANES

372. Durante los acontecimientos examinados hasta aquí había transcurrido bastante tiempo, y se debía estar a mediados de marzo. Por tanto, se avecinaba la Pascua, la fiesta de los judios (Juan, 6, 4), es decir, la Pascua del año 29, segunda del ministerio público de Jesús (§ 177).

En este momento llegaron a Jesús, casi a la vez, los apóstoles de regreso de su misión (§ 354) y la noticia de la muerte de Juan el Bautista (§ 355). Los primeros, además de agotados por la fatiga, estaban tan atareados con atender a las multitudes que se acercaban a ellos, que no tenían tiempo ni de comer (Marcos, 6, 31). Por otra parte, la trágica muerte de Juan entristeció mucho a Jesús. En consecuencia, tomó consigo a los que regresaban de la misión y se alejó con ellos de Cafarnaum en busca de reposo para los mismos y de soledad para sí, y partieron en barca para un lugar desierto y apartado (Marcos, 6, 32) inmediato a las cercanías de una ciudad llamada Bethsaida (Lucas, 9, 10; griego). Tratábase de la ciudad poco antes totalmente reconstruída por el tetrarca Filippo y denominada Julias (Bethsaida-Julias) en homenaje a la famosa hija de Augusto (§ 19). Bethsaida era, además, patria de las dos parejas de hermanos Pedro y Andrés, Santiago y Juan (§ 279).

El lugar parecía indicado para lo que se buscaba. No pertenecía a la jurisdicción de Antipas, sino a la de Filippo, y por tanto aquél no podría obrar contra Jesús, de quien sospechaba ser Juan resucitado (§ 357). Además, la ciudad, situada allende el Jordán, poco más arriba de su desembocadura en el lago, tenía más hacia oriente una vasta extensión casi deshabitada que podía ofrecer adecuada soledad y reposo. Finalmente, si se cruzaba el lago en sentido oblicuo desde las cercanías de Cafarnaum, se al-

canzaba aquel lugar después de breve navegación.

Pero la marcha de Jesús con su grupo fué advertida por las gentes de Cafarnaum, quienes de la dirección de la barca infirieron fácilmente cuál era su destino; entonces muchos tomaron el camino de tierra remontando la curva septentrional del lago y, atravesando el Jordán por su desembocadura, se anticiparon a la barca de Jesús. Cuando éste desembarcó en la



Fig. 63. — El punto donde el Jordán entra en el lago Tiberíades

soledad sita más allá de Bethsaida-Julias, encontró una multitud esperándole. Probablemente los entusiastas de Cafarnaum habrían engrosado en número durante su viaje a pie, ya que, en la inminencia de la Pascua, toda la región debía estar recorrida por caravanas que se dirigían a Jerusalem. Tales caravanas, formadas por galileos orientales, querrían aprovechar la ocasión de escuchar de nuevo a Jesús, a quien no veían hacía tiempo.

El encuentro con tal muchedumbre disipó súbitamente el proyecto de soledad y reposo, tanto más cuanto que Jesús, apenas vió a aquellos entusiastas. se apiadó de ellos y comenzó a curar enfermos milagrosamente y a hablar a todos del reino de Dios. Entre tanto pasaban las horas. El grupo de Jesús debía haber partido de Cafarnaum muy de mañana y tocado tierra en la orilla opuesta durante la mañana misma; pero el encuentro con las turbas, las súplicas de los enfermos y desgraciados, su curación, las prédicas sobre el reino, ocuparon toda la jornada y ya se había hecho muy tarde (Marcos, 6, 35).

Las masas, olvidadas de todo, no sentían fatiga, ni se separaban de Jesús; pero los apóstoles, más prácticos, se acercaron a su maestro y le hicieron observar que el sitio era solitario, tardía la hora y por tanto parecía oportuno despedir a la gente para que se distribuyera por las aldeas vecinas y encontrase albergue y alimento. Jesús respondió: Dadles de comer vosotros.

La contestación parecía muy extraña, ya que ante todo no había pan, y probablemente tampoco dinero suficiente para comprarlo. Felipe, tras un

cálculo sucinto, hizo observar, un poco irónicamente, que aunque se hubiese poseído pan por la considerable suma de doscientos denarios de plata (unas 200 pesetas oro actuales), apenas habría bastado para dar un bocado a cada uno. Jesús no respondió a los cálculos de Felipe, sino que. cambiando de tono, dijo: ¿Cuántos panes tenéis? Andrés, hermano de Pedro, contestó: Aquí hay un muchacho que tiene cinco panes de cebada y dos peces, mas, queriendo añadir también un comentario que situase las cosas en términos reales, añadió: Pero, ¿qué es eso para tantos? Jesús no replicó tampoco a los cálculos de Andrés.

373. En torno se extendía, hasta perderse de vista, la pradera, en plena floración en aquel tiempo pascual, como un ondulante mar verde del que surgían, a guisa de Cícladas, los grupos de la multitud. Jesús de pronto ordenó a los apóstoles que hiciesen acomodarse a la gente sobre la hierba. Cuando todos se asentaron en círculos, cada uno de cincuenta a cien personas, el aspecto de la escena se delineó más claramente. Pedro, testigo de ella, que la describiría sin duda con predilección en su catequesis oral. la compara a un inmenso jardín en el que los concurrentes formaban cuadros (y) cuadros (πρασιαί πρασιαί), y el intérprete de Pedro repite a la letra su comparación (Marcos, 6, 40). Pero aun no se veía el objeto de aquel orden: acomodarse en divanes era natural en festines suntuosos (§ 341), mas allí, entre la hierba, ¿qué viandas se podían servir? Jesús. empero, tomados los cinco panes y los dos peces, habiendo alzado los ojos al cielo, bendijo v partió los panes v daba a los discipulos para que los sirvieran a aquéllos (los concurrentes). Y repartió (de) los dos peces a todos. Y todos comieron y se saciaron. El carácter tradicional del convite judío había sido observado ora en el acomodarse, ora en la plegaria previa y en la fracción del pan, que correspondían al jefe de familia, y fué observado también al final con la recogida de las sobras, que se practicaba en toda comida judía, y recogieron los pedazos, con los que llenaron doce cestos, y (las sobras de) los peces. Gracias a la distribución en «cuadros» era fácil hacer un cálculo de la multitud: Y los que comieron los panes eran cinco mil hombres (Marcos, 6, 41-44). Mateo confirma el número de cinco mil, pero, como antiguo recaudador, precisa: sin (contar) mujeres y niños (Mateo, 14, 21).

En el Sermón de la Montaña Jesús había exhortado a sus oyentes: No os afanéis diciendo «¿Qué comeremos?» o «¿Qué beberemos?» o «¿De qué nos vestiremos?»... Vuestro Padre celestial sabe que necesitáis todas estas cosas. Empero buscad primeramente el reino y su justicia y todas esas cosas se os darán de añadidura (§ 331). Esta admonición se probó verdadera en aquella pradería de Bethsaida. Toda aquella gente había buscado durante todo el día el reino y su justicia, es decir, el pan del espíritu, y así, sin pensarlo, encontró también el del cuerpo. Pero ese pan del cuerpo fué una añadidura secundaria, un episodio accesorio de la escena, mientras el hecho excepcional de aquel día fué la busca generosa del reino y su triunfal ex-



FIG. 64. - EL LAGO TIBERÍADES, CON BETHSAIDA-JULIA AL FONDO

pansión. Justamente se ha hecho notar — y, lo que es más, por un racionalista como Loisy — que toda esta narración está dominada en el IV Evangelio por la idea del Cristo considerado como pan de vida espiritual (1), que es precisamente lo que debíamos esperar del «evangelio espiritual» (§ 160), el cual, mucho más que de los episodios vistosos y sonoros, se ocupa de las enseñanzas sutiles y profundas, haciendo resaltar sobre todo las analogías entre hechos materiales y principios espirituales.

374. Debíamos esperarnos, sin embargo, a que las multitudes quedaran mucho más impresionadas por el hecho material que por lo demás. Habían oído hablar del «reino» todo el día y se habían conmovido, y luego vieron multiplicarse en las manos de aquel mensajero del «reino» el alimento corporal de todos. La conclusión fué inmediata: de acuerdo con sus perspectivas mesiánicas (§ 362), quien realizaba prodigios semejantes podía con igual facilidad exterminar ejércitos enemigos, como Isaías; cubrir de tinieblas toda una región, como Moisés; atravesar ríos a pie enjuto,

⁽¹⁾ Sin embargo, la aguda observación resulta tendenciosa y termina totalmente desvirtuada por la tesis que persigue. Para Loisy, la multiplicación de los panes es una alegoría mística (aunque sea referida por los tres Sinópticos) y simboliza la misma doctrina del siguiente discurso de Jesús sobre el pan vivo; pero ni la multiplicación ni el discurso son realidades históricas. La acostumbrada petitio principii.



Fig. 65. — GALILEA: PANORAMA DE LOS ALREDEDORES DE CESAREA DE FILIPPO

como Josué; recorrer victorioso la tierra, como el pagano Ciro. llamado amesías» por el mismo Dios de Israel (Isaías, 45, 1). Podía, en suma, realizar en brevísimo tiempo el tan suspirado areino del Mesías», a mayor gloria de Israel. Jesús era, pues, el Mesías esperado: su poder lo demostraba. Ante conclusión tan clara y rotunda, los ardientes galileos pasaron sin más a la acción: Y los hombres, viendo el milagro que había hecho, decían: «Este es verdaderamente el profeta que viene (§ 339) al mundo». Jesús, pues, conociendo que iban a venir y arrebatarlo para hacerle rey, se apartó otra vez solo a la montaña (Juan, 6, 14-15).

Esta noticia, preciosa por su bello colorido histórico, es aún más preciosa por transmitirla el único evangelista a quien hoy se querría hacer pasar por un incesante ideador de alegorías abstractas. Aquí, por el contrario, hallamos la más cruda realidad histórica, precisamente aquella realidad que Jesús previera hacía largo tiempo y que se propuso evitar con su prudente conducta (§ 301).

375. También aquel atardecer Jesús se previno contra el peligro. Apenas terminada la refección, antes incluso de que los fogosos electores hubiesen resuelto la proclamación regia. Jesús inmediatamente obligó a sus discipulos a entrar en la barca y preceder(le) a la otra orilla, con rumbo a Bethsaida, mientras él despedía a la multitud (Marcos, 6, 45). En otras

palabras, Jesús, notando la excitación de las turbas y conociendo lo que se proponían, quiso en primer término asegurar a sus discípulos enviándoles ante sí a Cafarnaum y luego quedar solo para tomar una actitud más expedita ante los excitados mesianistas políticos. Una vez solo, esa actitud, como nos dice el otro evangelista, fué la ya seguida en casos similares (§ 301), es decir, esquivarse con disimulo. Pasó luego buena parte de la noche orando en la montaña (Mateo, 14, 23). Entre tanto los discípulos navegaban proa a Cafarnaum (1).

JESÚS CAMINA SOBRE LAS AGUAS. DISCURSO ACERCA DEL PAN VIVO

376. Cuando la barca se apartó de tierra era noche cerrada; probablemente los discípulos aguardaron algún tiempo antes de embarcar, en la esperanza de que Jesús, librándose de la multitud, les alcanzase. Pero no viendo a nadie y siendo tarde ya, se internaron en el lago.

Se lo había ordenado el maestro y le obedecían, pero sin sentirse plenamente satisfechos, tanto por la separación de Jesús como porque el viaje nocturno no era agradable ni seguro. Ya entrada la primavera, es frecuente en el lago de Tiberíades que, después de un día caluroso y sereno, hacia el declinar del sol, sobrevenga desde las montañas dominantes un viento frío y fuerte en dirección sur, viento que continúa y crece más cada vez hasta la mañana, haciendo la navegación bastante difícil. Así sucedió aquella

⁽¹⁾ Cafarnaum es nombrada expresamente como meta de los navegantes por Juan, 6, 17. Pero como en el citado Marcos (6, 45) Jesús, estando en la pradera a oriente de Bethsaida, ordena a los discipulos preceder(le) a la otra orilla, con rumbo a Bethsaida (είς το πέραν πρός Βηθσαϊδάν), se ha supuesto la existencia de otra Bethsaida en la orilla occidental del lago, aparte de Bethsaida-Julias, a oriente del Jordán. Pero ni tal ciudad se nombra nunca en la antigüedad, ni el suponerla posee apoyos arqueológicos o documentales. En cuanto a la orden de Jesús a los discípulos para que le precediesen cruzando con rumbo a Bethsaida (suponiendo que las palabras sean todas auténticas y no contengan una glosa), no es necesario considerar que aquel punto fuese la meta final del trayecto, sino que se explica muy bien como indicación del camino genérico que debían tomar los que estaban en el prado, puesto que se trataba de un eregreson, en razón a que, al llegar, los discípulos habían pasado cerca de Bethsaida-Julias. En la hipóresis aludida, la Bethsaída occidental habría estado en una ensenada que el lago forma en Khan Minijeh, junto al Monte de las Bienaventuranzas y a Tabgha (§ 316). Tabgha debe su nombre al apelativo bizantino Heptapegon («siete fuentes») con que se designó la antigua fuente termal llamada «Cafarnaum» por Flavio Josefo (Guerr. jud., III, 519). A esta zona, considerada predilecta de Jesús y relacionada con el cercano Monte de las Bienaventuranzas, se transtirieron idealmente lugares evangélicos de la orilla oriental del lago cuando, en los tiempos bizantinos, comenzó a ser dificil y peligroso para los peregrinos cristianos visitar los lugares de la otra orilla del lago, y entre ellos figuró Bethsaida. Así sobrevinieron confusiones crasas, como aparece de los siguientes pasajes de Suriano (§ 261, nota): Item, la ciudad de Bethsaida o Tiberya (!). en la que nacieron Pedro y Andrés, y llámase Midine el Tiberie (Trattato di Terra Santa e dell' Oriente, pág. 139). Item, la ciudad de Bethsaida o Genezareth (1), en la que nacieron Pedro y Andrés, la cual está a la orilla del Mar de Galilea... Semejantemente, donde Cristo resucitó a la hija del archismagogo (!) fue levantada una iglesia en memoria del milagro, iglesias que están también arruinadas... En esta ciudad están también los baños, cuyas aguas son tan cálidas que cuecen los huevos, y no se usan presentemente (ibid., pág. 144). Item. In ciudad de Tiberya, que antiguamente se llamaba Genezareth (!). etc. (ibid., på

noche: batidos de lado por el viento e impelidos hacia mediodía en vez de hacia poniente, los navegantes amainaron la vela, ahora nociva y peligrosa, y remaron con esfuerzo. Pero las olas estorbaban la marcha de la barca, y a la cuarta vigilia de la noche, o sea poco después de las tres de la mañana, sólo se habían recorrido 25 ó 30 estadios, o sea alrededor de cinco kilómetros. Faltaba, pues, como un tercio del trayecto hasta llegar al punto de desembarco. El cansancio acrecía el mal humor de los navegantes.

De pronto, entre la oscuridad matinal y el salpicar de las olas, distinguen a pocos pasos de la embarcación un hombre que camina sobre el agua. Un remero da un grito y señala la figura. Todos miran. Es indudablemente una figura humana que parece caminar a la par de la barca y pretender pasar de largo. Pero no: en aquel momento gira hacia la nave como para llegar a ella. Entonces todos se turbaron, diciendo: «¡Es un fantasma!», y gritaron de terror. Y al instante (Jesús) les hablo, diciendo: «¡Animo! Soy yo. No temáis (Mateo, 14, 26-27). Si era él verdaderamente, no había por qué maravillarse: quien multiplicara los panes pocas horas atrás bien podía caminar sobre las olas. Pero ¿sería realmente el? Pedro quiso asegurarse: Señor, si eres tú, ordena que vo vaya a ti sobre las aguas. Jesús repuso: Ven. Pedro saltó la borda, caminó sobre el agua y se acercó a Jesús. El experto pescador de Cafarnaum no se había adentrado nunca en el agua de aquel modo, pero precisamente su experiencia le traicionó, v cuando se encontró solo envuelto entre las tempestuosas olas se apagó en él la llama de fe que le había hecho dejar la barca y quedó sólo el experto pescador, el cual, por lo mismo, sintió miedo. El pavor le hacía hundirse, y entonces gritó: «¡Señor, sálvame!» Y al instante Jesús tendió la mano, le sujetó y le dice: «Pobre de fe, ide qué dudaste!» Ambos subieron a la barca, el viento cesó y en breve alcanzaron la costa.

377. En el breve recorrido en calma, reinó en la barca un inmenso estupor. Los navegantes se arrojaron a los pies del recién embarcado, exclamando: ¡Verdaderamente, eres hijo de Dios! (9εοῦ νίος εί). No decían que fuese el «hijo de Dios» por excelencia, el Mesías, pero le proclamaban un hombre extraordinario a quien Dios había concedido los más amplios favores. Pero aquí precisamente quedaba una mancha obscura: al querer encuadrar este nuevo prodigio junto con los otros dentro de una visión de conjunto, aquellos navegantes que tenían aun el estómago lleno del pan milagroso y los ojos llenos de la imagen del presunto fantasma, no lograban obtener un juicio completo de toda la visión. Repetíanse en su interior el mismo razonamiento hecho pocas horas antes por las multitudes que comieran el pan multiplicado: Si este hombre sabe producir milagros tan poderosos, ¿por qué no se decide a obrar como potente «rey mesiánico» de Israel? (§ 374). ¿Qué le retiene, pues? Y mucho más se asombraban en su interior; porque no habían comprendido lo de los panes, antes su corazón estaba endurecido (Marcos, 6, 51-52).

El desembarque tuvo lugar en Genezareth, la región llamada hoy el-Ghuweir, descrita como uberrima por Flavio Josefo (Guerr. jud., III.



Fig. 66. - MURALLA ANTIGUA DE TIBERÍADES

516 y sigs.) y que se hallaba, como Tabgha (§ 375, nota), a unos tres kilómetros al sur de Cafarnaum. Probablemente eludió Cafarnaum para no provocar las acostumbradas manifestaciones clamorosas peligrosas. Pero, con todo, se conoció en seguida la llegada de Jesús y pronto comenzó la afluencia de enfermos y pedigüeños de los lugares vecinos y cuantos le tocaban eran curados (Marcos, 6, 56).

Entre tanto, muchos de la región de Cafarnaum habíanse quedado en Bethsaida, en el lugar de la multiplicación de los panes. Pero como por la noche Jesús había desaparecido y sus discípulos habían zarpado sin él en la única barca existente en la orilla, resulinútil continuar taba allí. Pasada, pues, la noche como pudieron, algunos de los rezagados aprovecharon, por la mañana, algunas barcas que llegaron allí desde Tibe-

ríades para pescar (Juan, 6, 23) y se hicieron trasladar en ellas a Cafarnaum, mientras otros seguían distintas direcciones.

Los llegados a Cafarnaum comenzaron a buscar a Jesús, acaso con la esperanza de continuar el fallido proyecto de proclamarle rey y de inducirle a una plena aceptación o a una negativa franca. Encontráronle, en efecto, como previeran, pero probablemente al cabo de dos o tres días, que Jesús había pasado en la zona de Genezareth. Entonces, tan sólo

para entablar conversación, le dijeron: Rabi, ¿cuándo has venido acá? (Juan, 6, 25).

- 378. Con esta pregunta se inicia la célebre predicación sobre el pan vivo sólo relatada por Juan (6, 25-71). Nosotios sabemos ya que este método integrativo es propio del iv evangelio en su cotejo con los sinópticos (§ 164). En este discurso reaparecen rasgos característicos de Juan ya notados en los diálogos de Jesús con Nicodemo y con la samaritana. Con este último (§ 294) muestra varias afinidades, incluso de desarrollo lógico. el discurso sobre el pan vivo. Sin embargo, analizando minuciosamente el discurso en sí, se muestran aquí y allá soldaduras o reconexiones que evidencian un trabajo redaccional. Si el Sermón de la Montaña ofreció a los dos sinópticos que lo incluyen, y sobre todo a Mateo. ocasión de citar su actividad redaccionista (§ 317), igual ocasión aproprio quan para el discurso acerca del pan vivo. En éste se distinguen con claridad tres partes: en la primera (6, 25-40) Jesús tiene por interlocutores a los habitantes de la región de Cafarnaum que habían asistido a la multiplicación de los panes; en la segunda (6, 41-59) intervienen como interlocutores los judíos, y una nota redaccional advierte que estas palabras las pronunciaba Jesús en la sinagoga de Cafarnaum; finalmente, la tercera parte (6, 60-71) relaciona con pocas palabras de Jesús varios hechos que fueron consecuencia de los razonamientos precedentes, consecuencias que no se produjeron en seguida, sino que requirieron sin duda un tiempo más o menos largo para desarrollarse. Así, el discurso, tal como hoy lo conocemos, es una «composición» que ha unido con un núcleo cronológicamente compacto otras sentencias de Jesús, cronológicamente separadas, pero unidas a aquel núcleo por la analogía del tema. Este método de «composición», en parte cronológica y en parte lógica, era usual en la catequesis de Juan no menos que en la de los otros apóstoles, y los antiguos Padres o expositores la han reconocido y admitido mucho antes que los eruditos recientes (§§ 317, nota; 360, primera nota; 415, nota).
- 379. La primera parte del discurso transcurre en Cafarnaum, pero fuera de la sinagoga. Los que buscan a Jesús le encuentran, quizá por el camino, y le dirigen la antedicha pregunta: ¿Cuándo has venido acá? La intención secreta es muy diferente. Jesús, refiriéndose a esa mirada secreta y acercándose a la esencia de la pregunta, responde: En verdad, en verdad os digo (que) me buscáis, no porque visteis signos, sino porque comisteis de los panes y quedasteis saciados. Los signos eran los milagros hechos por Jesús como prueba de su misión y serían eficaces como signos siempre que indujesen a los espectadores a aceptar aquella misión. Pero los habitantes de Cafarnaum que hablaban con Jesús eran espectadores de muchos milagros, mas sin aceptarlos como signos; habían gozado del beneficio material, pero no acogido el espiritual. Después, al comer el pan milagroso, se habían enfervorizado súbitamente pensando en el reino político del



Fig. 67. - RUINAS DE LA SINAGOGA DE CAFARNAUM

Mesías. Así, Jesús prosigue: Trabajad, no por el sustento perecedero, sino por el sustento que dura hasta la vida eterna, el cual os dará el hijo del hombre. Porque a éste, el Padre, Dios, selló con su sello. El sello era el instrumento más importante en la cancillería de un rey. Aquellos oyentes de Jesús habían intentado poco antes elegirle «rey», pero ¿qué clase de rey habría sido él después de semejante elección? ¿Cuál sería su autoridad regia? Su autoridad no la había recibido de los hombres, sino de Dios Padre. Los interlocutores replican: ¿Qué haremos para obrar las obras de Dios?, pregunta con la que se refieren claramente a la exhortación anterior de Jesús: Trabajad... el sustento que dura hasta la vida eterna. Jesús les contesta: Esta es la obra de Dios: que credis en quien él envió. Es decir, que creyeran también cuando las palabras de Jesús decepcionasen sus esperanzas y desvaneciesen sus ensueños, que creyeran en su reino aunque fuese la negación total del reino de ellos.

Insistieron los otros: ¿Qué signo, pues, das tú para que veamos y creamos en ti? ¿Qué haces? Nuestros padres comieron el maná en el desierto conforme a lo que está escrito: «Pan del cielo les dió a comer» (Éxodo, 16, 4; Salmo, 78, 24). La alusión abarcaba dos términos y los contraponía entre sí: de una parte la obra de Moisés y su «signo»: haber hecho descender el maná del cielo; de otra, la obra de Jesús y su reciente «signo»: la multiplicación de los panes en Bethsaida. Entre los dos términos de la analogía, los interlocutores muestran preferir el «signo» de Moisés y su obra a la obra y «signo» de Jesús. Los demás «signos» de Jesús

no son mencionados siquiera, como si no tuviesen eficacia demostrativa alguna respecto a la fe, y como para dar la razón a las primeras palabras de Jesús: Me buscáis, no porque visteis signos, sino porque comisteis de los panes y fuisteis saciados. Jesús, en todo caso, es reprobado y pospuesto a Moisés: si quiere obtener fe en su invisible e impalpable «reino», que haga «signos» al menos iguales a los de Moisés.

- 380. La discusión llega a una encrucijada y hay que optar por uno de los dos términos del cotejo: de una parte Moisés y su obra, de otra Jesús y su «reino». ¿Cuál de los dos términos es superior? Tal es el nudo de la cuestión, y Jesús lo afronta plenamente: En verdad, en verdad os digo, no os dió Moisés el pan del cielo, sino mi Padre os da el pan del cielo, el verdadero. Porque el pan de Dios es el que descrende del cielo y da vida al mundo. El juicio formulado por los interlocutores a invertido: entre los dos términos del cotejo Jesús resulta tam persor a Moisés como el cielo a la tierra. No ya Moises, sino Jesús desciende del cielo y da vida al mundo, y es verdaderamente el pan del cielo La exposición se interrumpe un instante por una exclamación de los interlocutores: Señor, danos siempre ese pan, frase gemela de la de la samaritana respecto al agua y demostrativa de que en ambos casos se pensaba en cosas materiales. Jesús replica: Yo soy el pan de la vida: quier viene a mi no sentirá hambre y quien cree en mi no sentirá sed jamás. Empero va os he dicho que me habéis visto y no creéis. Con otras afirmaciones de Jesús (Juan, 6, 37-40) se cierra este primer encuentro.
- 381. De tal encuentro y de las afirmaciones de Jesús se debió hablar mucho en el lugar, incluso con deseos de obtener explicaciones y de procurar a Jesús oportunidad de darlas. Probablemente los hechos se desenvolvieron como en Nazareth (§ 358) y se ofreció a Jesús ocasión de explicarse en la primera reunión sinagogal de la localidad, porque sus nuevas declaraciones fueron hechas enseñando en la sinagoga, en Cafarnaum (6, 59). No obstante, cuando se dice al principio de esta nueva parte del discurso que los judíos murmuraban de él, no es preciso suponer que un grupo de encarnizados fariseos hubiese llegado adrede de Judea para dar la batalla a Jesús. Los judíos, en ci estilo de Juan, son, genéricamente, los compatriotas de Jesús que rechazan sus enseñanzas.

Estos judíos, pues, murmuraban de Jesús porque dijo: «Yo soy el pan descendido del cielo»; y decían: «¡No es este Jesús el hijo de José, del que nosotros conocemos al padre y a la madre? ¡Cómo ahora dice: "He descendido del cielo"?» Jesús, tras algunas consideraciones más amplias, vuelve sobre la precedente cuestión del pan: Yo soy el pan de la vida. Vuestros padres comieron el maná en el desierto y murieron; (en cambio) éste es el pan descendido del cielo para que cuantos lo coman no mueran. Yo soy el pan viviente que ha descendido del cielo. Si alguno come de este pan viviente el pan que yo daré es mi carne por la vida del pan vivirá eternamente, y el pan que yo daré es mi carne por la vida del

mundo. Oyendo tales palabras los judios, ya mal predispuestos, debían extrañarse más que Nicodemo y la samaritana. Si a estos dos primeros



Fig. 68. — Capitel de la antigua binagoga de Caparnaum

interlocutores Jesús les había hablado de «rena. cimiento en el Espírituo y de «agua que mana hasta la vida eterna», semejantes expresiones no. dían a primera vista entenderse en sentido simbólico, como en sentido simbólico podía tomarse ahora la expresión «pan de vida», la primera vez que Jesús la había usado y aplicado a sí mismo. Pero Jesús no se limitaba a aquella primera vez; insistía en la expresión, y como para excluir adrede la interpretación simbólica afirmaba que aquel pan era «su carne», dada por la vida del mundo. Esta concreción no era tolerable en un lenguaje metafórico: al hablar de su «carnepan», Jesús no hablaba simbólicamente. Así razonaron, con perfecta lógica, los oyentes de la sinagoga de Cafarnaum, y por ello comenzaron a discutir entre sí: ¿Cómo puede éste darnos su

carne a comer? El momento era decisivo y solemne. Jesús había de precisar aún mejor su intención, expresando con cristalina limpidez si sus palabras debían ser consideradas metafóricas o propias y reales.

382. La limpidez cristalina se obtuvo. Jesús, oída la discusión de los oyentes, habló así: En verdad, en verdad os digo, (que) si no coméis la carne del hijo del hombre y bebéis su sangre, no tenéis vida en vosotros mismos. Quien come mi carne y bebe mi sangre tiene vida eterna y yo le resucitaré en el postrer día. Porque mi carne es verdadero manjar y

mi sangre es verdadera bebida. Y quien come mi carne y bebe mi sangre, permanece en mi y yo en él. (Así) como me envió el Padre viviente y yo vivo por el Padre, también quien me come vivirá por mí. Este es el pan descendido del cielo; no (sucederá) como (a) los padres (vuestros que) comieron (el maná) y murieron: quien coma este pan vivirá eternamente.

Escuchando tales explicaciones, los oyentes no dudaron ya en lo más mínimo, ni en realidad podían dudar. Las palabras pronunciadas podrían ser tan duras como se quisiese, pero no cabía que fueran más precisas y claras. Jesús había afirmado neta y repetidamente que su carne era verdadero manjar y su sangre verdadera bebida, y que para tener vida eterna se precisaba comer de aquella carne y beber de aquella sangre. No era posible el equívoco. Y no fueron equívocas para los hostiles judios, que vieron confirmada su primera interpretación. Tampoco lo fueron para muchos de los discípulos mismos de Jesús, que hallaron escándalo en aquellas palabras. Y muchos de sus discípulos, habiendo escuchado, dueron "Duro es este discurso; ¿quién puede escucharlo?" El adjectivo duro equivale aquí a «repugnante», «repulsivo», al extremo de que no se puede escuchario sin repulsión. Evidentemente se pensaba en un banquete de antropotagos

Jesús en realidad no había precisado la forma de comer su carne y beber su sangre; pero incluso ante la posibilidad de la interpretación antropófaga y del escándalo, no retrocedió un paso ni retiró una sola palabra. Sabiendo que sus discipulos murmuraban de él, les dijo es Esto os escandaliza? Pues zy si contemplareis al hijo del hombre subiendo donde estaba antes? El espíritu es quien vivifica; la carne no aprovecha nada. Las palabras que os he hablado son espíritu y son vidao. El último período fué juzgado suficiente por Jesús para disipar el temor de un festin de antropófagos, ya que sus palabras eran espíritu y vida. Pero las mismas palabras conservaban su pleno valor literal, sin desviaciones metafóricas: lo indispensable era tener fe en él, v el último argumento de tal fe seria contemplar al hijo del hombre subiendo al cielo de donde descendiera como pan vivo. Pan celestial, carne celestial... Quien hubiera tenido aquella fe habría podido ver de qué modo cabía comer verdaderamente su carne y beber su sangre sin sombra de antropofagia (1).

383. La reacción de los discípulos ante el discurso, a pesar de las explicaciones añadidas por Jesús, no fué sólo verbal: Desde entonces, muchos

⁽¹⁾ Las infinitas discusiones surgidas en torno a este discurso en tiempos de la Reforma protestante, pertenecen ahora a la historia del cristianismo La interpretación de los antiques que la redención y de la tiguos protestantes, que sólo veia en el pan de vida una alegoria de la redencion v de la doctrina de Cristo, ha sido abandonada hoy por muchos entre los más insignes eruditos protestantes (pese a que en el siglo xvi encontrara algunos partidarios incluso entre los católicos). Los eruditos radicales modernos han interpretado el discurso precisamente de modo opuesto: el discurso, para ellos, alude indudablemente al rito de la Entaristia, pero esto precisamente demuestra que es una invención evangelista o de la catequesis y no fué pronunciada nunca por Jesus. En otras palabras, el único punto en que van de acuerdo los radicales de hoy y ios de hace cuatro siglos es en no dar razón a la tradición, pero, fuera de esto, en cuanto quieren explicar por qué aquélla no tiene razón, el desacuerdo es total.

de sus discipulos se retrajeron y no andaban más con el. Se produjo, pues, una defección que alejó de Jesús muchos de sus discipulos. Pero los doce apóstoles permanecieron fieles. Un día, cuando la defección había avanzado bastante, Jesús dijo a los doce: «¿Tal vez vosotros quereis iros también?» Simón Pedro le respondió: «Señor, ¿A quién iremos? Palabras de vida eterna tienes; y nosotros hemos creído y conocido que tú eres el santo de Dios (Juan, 6, 67-69).

En un escritor como Juan no es fortuita la consecución de pensa-

miento según la cual los doce habían creido y luego conocido.

Juan no insiste más en este tema, y la predicción del pan de vida no tiene confirmación en todo el curso de su evangelio, ya que es el único de los cuatro que no narra la institución de la eucaristía la víspera de la muerte de Jesús. Precisamente en esta omisión está el indicio más claro de que el anuncio ha sido realizado en la forma espiritual predicha. Juan omite la institución de la Eucaristía por hallarse narrada en los tres Sinópticos y ser conocidísima de los oyentes de su catequesis (§ 165). En cambio narra su predicción porque los Sinópticos la omitieron (§ 164).

EL PARALÍTICO DE BEZETHA

384. Los hechos precedentes habían ocurrido en Galilea y en la inminencia de la Pascua. Incluso es posible que en su largo transcurso la Pascua hubiese pasado ya. Juan narra estos sucesos en el capítulo 6, pero en el 5 ha relatado otros que tuvieron lugar en Jerusalem. Ya indicamos algunas razones que aconsejan considerar los hechos del capítulo 5 como posteriores cronológicamente a los del capítulo 6 (§ 177). Ello elimina algunas dificultades textuales sin originar nuevos inconvenientes (1).

Ateniéndonos, pues, ahora al capítulo 5, dejado en suspenso, hallamos que Jesús se dirigió a Jerusalem en ocasión de una imprecisada fiesta de los judios, que pudo ser la Pascua (§ 177), pero más probablemente fué la Pentecostés del mismo año 29. En este caso estaba declinando el mes de mayo.

Al norte de Jerusalem, inmediatamente fuera de las murallas, estaba

⁽¹⁾ A las razones ya expuestas (§ 177) en favor del orden corregido (caps. 4, 6, 5, 7) añadiremos las siguientes, que aquí se comprenderán mejor: la conexión entre el fin del capítulo 5 y el principio del 6 no es regular, ya que el 5 termina con sucesos ocurridos en Jerusalem y el 6 empieza diciendo que Jesús fué allende el mar de Galilea, de Tiberiades, palabras que hacen pensar espontáneamente que estaba antes aquende el mismo mar, esto es, en Galilea y no en Jerusalem. Se encuentra la confirmación en el principio del capítulo 7, cuando se lee: Después de esto Jesús andaba por Galilea, porque no quería andar por Judea, pues los judíos buscaban ocasión de matarle, lo que se corresponde exactamente con el fin del capítulo 5, donde se narran las disputas de los judíos y sus amenazas contra Jesús en Jerusalem. El sistema de situar el capítulo 6 ante el 5 aparece ya seguido en la antigüedad por Taciano y en el Medioevo por varios expositores, siendo hoy bastante común entre los críticos de todos los campos. El orden normal en los códices (caps. 4, 5, 6, 7) se podría explicar quizá por una accidental trastocación de los folios que contenían el capítulo 5 (o el 6) en algún arquetipo antiquísimo.

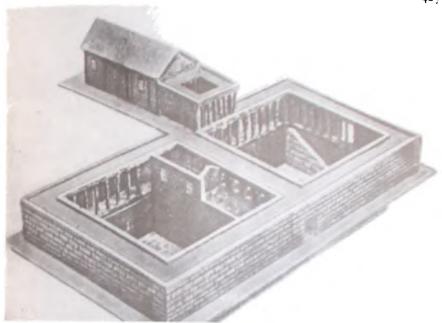


Fig. 69. - RECONSTRUCCION DE LA PISCINA DE BIZETHA

surgiendo un arrabal nuevo, que, como a menudo sucede en casos semejantes, se designaba usualmente con un doble nombre, el genérico de Ciudad Nueva o el específico de Bezetha (v. Flavio Josefo, Guerr. jud., v, 151; II, 530) (1). En este arrabal, cerca de la vieja puerta de la ciudad llamada «Probatica», o de las ovejas, existía un estanque o piscina llamada también de Bezetha. Allí se recogían las aguas de una fuente subterránea que, como la de Gihon (Siloé), situada en la misma vertiente de la ciudad, era intermitente, fluyendo sólo de tiempo en tiempo. Se atribuían a aquel agua particulares virtudes curativas, sobre todo si un enfermo lograba inmergirse en el momento de borbollar por la nueva afluencia. Por ello, se habían construído cuatro pórticos en cuadrilátero en torno al estanque, con un quinto pórtico transversal en medio, que las excavaciones modernas han descubierto con toda claridad (§ 162). En aquellos pórticos yacía una multitud de enfermos, ciegos, cojos, paralíticos, é perando el movimiento del agua (2).

(a) Juan, 5, 3. Es de notar que las palabras finales esperando el movimiento del agua latan en autorizados documentos antiguos. Más numerosos aún son los códices mejor acreditatan en autorizados documentos antiguos.

⁽¹⁾ El nombre específico tiene en Flavio Josefo la forma casi constante Recegá, que se refiere al arameo bē(th) zēthā, o «casa del olivar», probablemente porque donde fué construído el nuevo arrabal había anteriormente un olivar. En Juan, 5, 2, se encuentran varias formas: indudablemente es falsa la de Βηθοαίδά (Bethsaida). Επθεσδά se hace derivar de formas: indudablemente es falsa la de Βηθοαίδά (Bethsaida). Επθεσδά por referencia al foso bēth hisdā («casa de misericordia»). Βηζαθά se relaciona con hi; āthā por referencia al foso bēth hisdā («casa de misericordia»). Βηζαθά se relaciona con his βηθαθά.



Fig. 70. - RUINAS DE LA PISCINA DE BEZETHA

385. Un día, Jesús. discurriendo entre aquel cúmulo de miserias, se detuvo ante un hombre tendido en una yacija. El infeliz era paralítico hacía treinta y ocho años y se hacía llevar allí esperando la curación. Repentinamente Jesús le preguntó: ¿Quieres curar? Naturalmente, el desgraciado pensó en el agua, en la que confiaba mucho, pero en la que nunca podía entrar porque, inmovilizado como estaba y no teniendo nadie que le empujase, apenas comenzaba el borbollón del agua le precedían otros. A este lamento del paralítico, Jesús no respondió, pero de repente le ordenó: «Levántate, toma tu lecho y anda». Y el hombre súbitamente quedó sano, y tomó su lecho, y andaba (Juan, 5, 8-9). Pero aquel día era sábado. Los celosos judíos, al ver tal escándalo, dirígense al curado y le hacen observar con despecho que no es lícito transportar en sábado aquella yacija, que pesaba harto más que un higo seco (§ 70). La contestación del curado fué espontánea: «Quien me ha curado me ha ordenado tomar mi lecho y andar». Los otros replicaron: «¿Y quién es ese?» El curado lo ignoraba, porque no conocía a Jesús y éste se había ocultado para eludir la multitud que acudiera al oír hablar del milagro.

Pero más tarde Jesús encontró en el Templo al curado y le dirigió

tados que no dan (o dan con importantes variaciones) el siguiente vers. 4: porque un dagel del Señor bajaba de vez en cuando a la piscina y agitaba el agua, y entonces el primero que descendía después de la agitación del agua sanaba de cualquier enfermedad que padeciera. Véause en las ediciones críticas los testimonios en pro y en contra del pasale entero.

algunas palabras de exhortación. Entonces éste, temiendo parecer cómplice a los ojos de los fariscos, fué a referirles que quien le había curado era lesús. Por esto perseguían los judios a Jesús, porque hacia estas cosas en sdbado. No sólo, pues, porque había ordenado transportar el lecho, sino también por la curación operada. Luego, los fariseos de Jerusalem compartían plenamente la opinión de sus colegas de Galilea, ya puesta de manifiesto en ocasión del milagro del hombre de la mano baldada (§ 309). Pero Jesús, entrando en discusión, les contestó: «Mi Padre hasta el pre sente obra, y yo también obron. Por esto, pues, aun querian más los judios matarle, porque no sólo violaba el sábado, sino (que) decía ser su Padre Dios, haciendose igual a Dios. Como ágiles de mente, aquellos judios tros dejaban nada que desear. Por lo tanto habían seguido muy bien el razo namiento de Jesús, que era éste: puesto que Dios creador obra sicinare robernando y conservando todo lo creado y no admitiendo represtico alguno en esta su obra, por la misma razón yo. Jesús, obro 🖰 modo. argumentaban los judíos, que Jesús se hace igual a Dios (1). Habían entendido perfectamente el razonamiento de Jesús; pero como la conclusión de éste, reforzada por el milagro, abatía una de las bases de la casuistica farisaica, razonamiento y conclusión debían ser rechazados sin más.

386. Siguió un largo razonamiento de Jesús en defensa de su misión. En la primera parte (Juan, 5, 19-30) ilustra su igualdad con el Padre y los cargos consecuentes de dispensador de vida y juez universal: en la segunda (ibíd., 31-47) se aducen los testimonios que acreditan aquella misión y son, sin embargo, rechazados por los judíos. El razonamiento contiene aquellas ideas y expresiones elevadas predilectas del 1v evangelio, y que en escasa medida o sólo incidentalmente se hallan en los Sinópticos. Desde el punto de vista histórico, como ya explicamos (§ 169), la diferencia de tono se explica fácilmente considerando la diferencia de los interlocutores con quienes Jesús discute. En efecto, los montañeses de Galilea, aun siendo fariseos, no alcanzaban de seguro la finura intelectual de los doctores de Jerusalem con quienes Jesús discutía ahora. Estas disputas hierosolimitanas, no mencionadas por los Sinópticos, son suplidas con acierto por el diligente Juan.

El largo razonamiento de Jesús (que conviene leer directamente en el texto evangélico) no convenció a los judios, quienes recurrieron a argu mentos de otro género, es decir, decidieron que el molesto cumplidor de milagros debía ser suprimido. De aquí que después de esto Jesús andabe por Galilea. No quería andar por la Judea, porque los judios buscabar

matarle (Juan, 7, 1, conectándose con 5. 47).

⁽¹⁾ San Agustín expresa al propósito una de sus acostumbradas observaciones plena de inteligencia: Ecce intelligunt Juden, quod non intelligunt Ariani. Ariani quippe inequaten Patri Filium dicunt, et inde hæresis est pulsa de Ecclesia. Ecce ipsi carci, interfectores Christi intellexerunt tamen verba Christi. Non eum intellexerunt esse Christum, nec eum intelle intellexerunt tamen verba Christi. Non eum intellexerunt esse Christum, nec eum intellexerunt Filium Dei; sed tamen intellexerunt in illis verbis, quia talis commendaretur Filiu Dei, qui æqualis esset Deo (in Joan., tract. xviii, 16).

LA «TRADICIÓN DE LOS ANCIANOS»

387. Trasladándose a Galilea, Jesús se había substraído a las insidias de los fariseos de Jerusalem, pero no por ello abandonaron éstos la partida. En Galilea no campaban, cierto, tan a sus anchas como en Jerusalem; pero siempre podían hacer algo, como era hostigar a Jesús y recoger nuevas pruebas contra él. En efecto, ya de vuelta Jesús a Galilea, juntos se presentaron los fariseos y algunos de los escribas venidos de Jerusalem (Marcos, 7, 1). La táctica predilecta de aquellos enviados fué atosigar al irreductible Rabí con observaciones y comentarios sobre su conducta, ya para humillarle a sus propios ojos, ya para desacreditarlo ante el pueblo. Notaron pronto que los discípulos del Rabí no se lavaban las manos antes de comer, violación gravísima de la «tradición de los ancianos», tremendo delito que equivalía, según la sentencia rabínica (§ 72), a «frecuentar una meretriz» y merecía el castigo de ser «desarraigado del mundo». Descubierto el delito, lo denunciaron inmediatamente al Rabí, como responsable moral.

Jesús acepta la batalla, pero desde el caso singular se remonta a más elevadas consideraciones. Admite que todas aquellas abluciones de manos y limpieza de vajillas están prescritas por la «tradición de los ancianos». Pero los ancianos no son Dios ni su tradición ley de Dios, la cual es infinitamente superior. De modo que primeramente hay que atenerse a la ley de Dios y no preferir nunca a ella las tradiciones de los hombres. Y se daba este caso: la ley de Dios, el Decálogo, había prescrito honrar padre y madre y luego subvenir a sus necesidades proporcionándoles ayudas materiales. Los rabinos, por su parte, habían establecido la norma de que si un israelita decidía ofrecer un objeto al Templo, el objeto era inalienable y sólo al tesoro del Templo debía ir a parar. En tal caso bastaba pronunciar la palabra Qorban («ofrenda» sacra) y el objeto pasaba a ser propiedad sagrada del Templo por voto irrevocable. Así sucedía a menudo que un hijo mal dispuesto hacia sus padres pronunciaba Qorban sobre cuanto poseía personalmente y sus padres, aun a punto de morir de hambre, no podían tocar nada de cuanto el hijo poseía, mientras él continuaba gozando tranquilamente de los bienes ofrecidos en voto (puesto que así lo permitían los rabinos) hasta que los entregaba efectivamente al Templo o hallaba un ardid para no entregarlos, ya que tampoco faltaban argucias rabínicas en tal sentido.

388. Así las cosas, Jesús interpeló a quienes le hostigaban: Donosamente desprecidis el mandamiento de Dios para observar vuestra tradición. Porque Moises dijo: «Honra a tu padre y a tu madre» y «Quien maldiga a su padre o a su madre sea muerto». Y vosotros decis: «Si un hombre dice al padre o a la madre: (Sea) Qorbān (1) lo que te podría ser de provecho,

⁽¹⁾ Marcos quiere conservar la palabra hebrea Qorban (que falta en el texto griego

(debe mantenerlo)». Y no le dejáis hacer nada por su padre o su madre, aboliendo la palabra de Dios con la tradición vuestra que habéis transmitido (Marcos, 7, 9-13). Refiriéndose luego a otros casos no tratados, agrega: Y cosas semejantes de esta índole hacéis muchas (§ 37). La conclusión estaba sacada de un pasaje de Isaías (29, 13): ¡Hipócritas! Bien profetizó de vosotros Isaías diciendo: «Este pueblo me honra con los labios, pero su corazón se mantiene lejos de mí, y en vano me rinden culto enseñando enseñanzas (que son) mandatos de hombres» (Matco, 15, 7-9).

Los fariseos que le criticaban habían recibido buena respuesta, y

Los fariseos que le criticaban habían recibido buena respuesta, y parece que no replicaron. Jesús, no obstante, se preocupó de las turbas que habían escuchado y que tenían la cabeza realmente abrumada por las minuciosas prescripciones farisaicas respecto a pureza o impureza de los alimentos (§ 72), y por eso, volviéndose a ellos, continuó: Oíd todos y entended: Nada hay exterior al hombre que entrando en él pueda contaminarlo. Empero las cosas que salen del hombre son las que contaminan al hombre (Marcos, 7, 14-15). Como otras veces, Jesús había hablado también aquí como revolucionario (§§ 318, 368) y los fariseos se escandalizaron. Los mismos discípulos no comprendieron la fuerza del ataque a los fariseos, y cuando estuvieron solos con Jesús le pidieron explicación. La explicación fué elemental: cuanto entra en el hombre no alcanza el corazón, que es el verdadero santuario del hombre, sino el vientre, de donde los alimentos ingeridos son expulsados poco después. En cambio, del corazón del hombre salen los pensamientos malvados, los adulterios, las blasfemias y todo el cortejo de malas acciones, y sólo éstas tienen el poder de contaminar al hombre.

Para Jesús, pues, el hombre era esencialmente espíritu y criatura moral: todo el resto en él era accesorio y subordinado a aquella esencia superior.

JESÚS EN FENICIA Y EN LA DECÁPOLIS. SEGUNDA MULTIPLI-CACIÓN DE LOS PANES

389. Las relaciones de los evangelistas se tornan nuevamente esporádicas y anecdóticas y de pronto nos presentan a Jesús en las regiones de Tiro y Sidón, o sea en Fenicia. Es la primera vez que Jesús sale de Palestina desde el comienzo de su vida pública y quizá desde su nacimiento (salvo la fuga a Egipto en su infancia). ¿Por qué tal salida? Ciertamente no fué para predicar en tierra de paganos la buena nueva, ya que esto no entraba en su misión personal e inmediata, como había de declarar en breve él mismo (Mateo, 15, 24), ni para eludir las amenazas de Antipas, puesto que de regreso de Jerusalem había ido precisamente a su territorio. Probablemente huyó allí para esquivar las molestias de los fariseos que le seguían desde Jerusalem (§ 387) y al mismo tiempo para refugiarse en un lugar donde le fuera dable vivir desconocido y tranquilo (comp. c. Marcos,

actual de Mateo, 15, 5), pero añade, a guisa de explicación para sus lectores romanos: esto es, donativo.

7, 24) y atender a sus discípulos, que tanta necesidad tenían aun de formación espiritual.

Pero en Fenicia, como antes en Bethsaida (§ 372), su plan de descanso y recogimiento se desvaneció. Incluso en aquellas regiones paganas, lindantes con Palestina, se había oído hablar del gran taumaturgo. Andaban entonces por el mundo pagano tantos sedicentes obradores de milagros, que no se experimentó dificultad alguna en incluir entre ellos al profeta de Galilea: puesto que se atribuían portentos a Esculapio y a otros dioses, no había inconveniente en atribuirlos también al Dios de los judíos, quien podía manifestarse por medio de un profeta. La práctica demostraría el valor de cada uno.

Tales debían ser, poco más o menos, los sentimientos de una mujer de Tiro que se presentó a Jesús. Era pagana, y así, mientras Marcos, que escribe para los romanos, la llama siro-fenicia por formar parte Fenicia de la provincia romana de Siria, Mateo, que escribe para los judíos, la llama cananea, aludiendo a los restos de la antigua población pagana que habitaba Siria y Palestina antes de los hebreos. A la mujer la impulsaba hacia lesús su amor de madre: una hijita suya — así la llama Marcos — estaba muy atormentada por el demonio y la mujer había confiado en Jesús. Expónele su demanda, pero Jesús no contesta. La madre insiste v sigue por la calle al grupo de Jesús y sus discípulos, implorando en alta voz: ¡Ten piedad de mi, Señor, hijo de David! Tal era el modo clamoroso e insistente que empleaban los mendicantes en tierra oriental (§ 351). Aunque la mujer no debía estar en la pobreza, se sentía inclinada a imitar a los mendigos por su corazón de madre. Jesús sigue sin atenderla, pero a poco los discípulos, molestos por aquella publicidad, piden a Jesús que despida a la mujer, invitándole así implícitamente, a conceder la gracia. Jesús responde secamente que sólo ha sido enviado a las ovejas descarriadas de la casa de Israel. Los paganos, como esta mujer, serían objeto de la misión de otros, no de él mismo. La mujer interviene directamente y renueva la súplica. Jesús entonces contesta con dureza: Deja primero que se sacien los hijos. Porque no está bien quitar el pan de los hijos y echar(lo) a los perrillos. Los hijos privilegiados eran los judíos y los perros los paganos. La dureza de la respuesta fué como la amargura de la medicina que produce reacción, y con ello cura. La mujer reaccionó contestando, siempre como madre suplicante: Antes (bien), Señor, también los perrillos bajo la mesa, comen las sobras de los muchachos. Era una reacción de fe y para Jesús fe significaba salvación (§§ 349-351). Así, respondió a la implorante: Mujer, grande es tu fe (Mateo, 15, 28). Por esas (tus) palabras, ve: ha salido de tu hija el demonio (Marcos, 7, 29).

La madre, sin más, creyó; y de vuelta a casa encontró a la niña tendida en el lecho y libre de la obsesión.

390. Desde Tiro, Jesús se adentró hacia el norte, hasta Sidón, y de allí giró hacia oriente y, siguiendo un camino imprecisado a través de la

Decápolis (§ 4), se acercó otra vez a las orillas del lago de Tiberíades (Marcos, 7, 31). De esta peregrinación errante que probablemente procuró a Jesús y sus discípulos el aislamiento que no habían encontrado en Tiro, sólo nos ha sido transmitido un episodio que tuvo lugar en la Decápolis, unicamente referido por Marcos (7, 31-37).

Presentaron a Jesús un sordomudo, instándole mucho para que le impusiese las manos. Jesús lo apartó de la multitud, púsole los dedos en los oídos, tocó con un poco de su saliva la lengua del hombre y luego, tras mirar al cielo, suspirando, dijo: 'Ethpětah, es decir: Abrete. El evangelista transcribe en griego la precisa palabra aramea, fielmente repetida por Pedro en su catequesis, aunque haciéndola seguir de la traducción griega (§ 133). El sordomudo curó al instante. Jesús ordenó que no se hablase de lo acaecido, pero también esta vez su orden fué poco o nada cumplida.

¿Por qué Jesús cumplió en este caso varios actos preliminares en vez de curar de modo inmediato, como otras veces? El viejo Paulus decía que Tesús aplicaba alguna medicina natural (§ 198), mas ese sagaz exégeta ha olvidado señalar, en beneficio de la humanidad toda, cuál fuera aquella medicina. Pasando a hablar seriamente, cabe conjeturar que acaso la circunstancia de hallarse Jesús en aquella región pagana de la Decápolis hisciese oportuna tal especie de simbolismo preparatorio, por razones que hoy no comprendemos. Además, es probable que, no pudiendo el sordomudo oír la voz de Jesús, quisiera éste excitarlo a la fe que siempre exigía en quien solicitaba un milagro, sirviéndose de aquellos actos materiales para exhortarlo indirectamente a la fe viva.

391. En este punto, los Sinópticos, excepto Lucas, narran una segunda multiplicación de los panes, muy semejante a la primera y sucedida

igualmente en la orilla del lago de Tiberíades (§ 372).

Acuden a Jesús grandes multitudes que permanecen tres días con él; las provisiones que traían se agotan en el intermedio. Jesús siente compasión de aquellas gentes y no quiere despedirlas hambrientas por el temor que se desmayen por el camino. Los discípulos le hacen notar que allí, en un lugar desierto, no cabe encontrar pan. Jesús pregunta cuántos panes hay y se le contesta: Siete y (unos) pocos pececillos (Mateo, 15, 34). Como la primera vez, Jesús toma aquel alimento disponible. lo parte y lo hace distribuir. Todos comen y se sacian y sobran siete cestas de sobras. Los que habían comido eran cuatro mil hombres (avõçes) sin (contar) mujeres y niños (ibíd., 38).

Los dos Sinópticos que relatan esta segunda multiplicación de los panes la distinguen expresamente de la otra (Mateo, 16, 9-10; Marcos, 8, 19-20). Esto es más que suficiente para demostrar que la primitiva catequesis de los apóstoles, testigos de los hechos, hablaba de dos milagros bien distintos, pero no ha bastado para convencer de tal diferencia a los críticos radicales modernos, que piensan en el desdoblamiento de un hecho único. Sólo que se opone a ello la circunstancia de que los dos hechos, aun cuando muy semejantes, muestran divergencia tanto respecto al tiempo como a las cifras, y en cuanto a la semejanza, ésta se desprende fácilmente de la naturaleza de las circunstancias. Si Jesús quiso no una, sino dos veces, proveer a las necesidades materiales de la multitud que buscaba el reino de Dios, fué para confirmar siempre más y más la exhortación del Sermón de la Montaña: Buscad primero el reino y su justicia y todas esas cosas os serán dadas por añadidura (§ 331). Tratándose de la urgentísima preocupación humana del pan material, dos ejemplos prácticos eran más oportunos que uno.

Después del milagro, Jesús embarcó y saltó a tierra — sin duda en la ribera occidental — en un lugar que Mateo (15, 39) llama Magadan y Marcos (8, 10) Dalmanutha. Ambos nombres son desconocidos en absoluto, y, a pesar de las diversas conjeturas, no se sabe cómo localizarlos (1).

EL SIGNO DEL CIELO. EL FERMENTO DE LOS FARISEOS. EL CIEGO DE BETHSAIDA

392. Al volver Jesús a Galilea reaparecieron otra vez sus vigilantes acosadores. Los fariseos, apoyados ahora por los saduceos (Mateo, 16, 1), entraron en discusión con él, y como la discusión no les persuadía, le pidieron una prueba definitiva de su misión, es decir, un portento que descendiera del cielo. ¡Esta sí que sería la prueba incontrovertible que les convencería en absoluto, y no el curar lisiados, resucitar muertos y multiplicar panes! Queríase algo así como que bajase del cielo una especie de globo iridiscente, o bien que de improviso se obscureciese el sol, o se produjera un fenómeno meteorológico análogo. ¡Entonces sin duda Jesús habría ganado su causa!

La petición no era nueva. En un acto mágico de tal tipo habían pensado ya aquellos judíos que, discutiendo con Jesús después de la primera multiplicación de los panes, recordaron el maná caído del cielo (§ 379). Además, el signo mesiánico por excelencia era, según la opinión más extendida entonces, el portento astronómico o meteorológico. Fuera de éste, todos los otros portentos no tenían un valor probatorio definitivo, precisa-

mente porque no correspondían a la común esperanza.

Pero esta expectación, como deformada y envilecida, no fué satisfecha por Jesús. Al oír la petición suspiró profundamente, y ésta fué su verdadera respuesta, mezcla de conmiseración y amargura. Sólo como por añadidura agregó: «¿Por qué busca esta generación un signo (del cielo)? En verdad os digo (que) no será dado a esta generación un signo». Y dejándoles, subiendo nuevamente (a la barca) se fué al otro lado (Marcos, 8, 12-13).

⁽¹⁾ No es imposible, aunque no está demostrado, que Magadan sea una incorrección de escritura por Magada (§ 303) y que Dalmanutha provenga de una glosa aramaica (ἀξίαπητανἄτλᾶ, traducción del precedente εἰς τὰ μέρη), que se habría introducido en el texto suplantando el nombre geográfico (¿Magdala?).

- 393. Habiendo sido repentina la marcha, los discípulos habían olvidado adquirir provisiones, y durante el trayecto se lamentaban de no tener más que un pan. Jesús, oyendo sus palabras, les dijo: Guardaos del fermento de los fariseos y del fermento de Herodes. Herodes, es decir, Antipas, fué mencionado sin duda a causa de discursos o sucesos precedentes. Es probable que entre los que poco antes discutieron con Jesús hubiese agentes de Herodes, o que los propios fariseos obrasen por cuenta de Herodes, puesto que éste seguía sintiendo la misma curiosidad respecto a lesús (§ 357). La misma partida súbita de Jesús parece indicar que quiso substraerse bruscamente a insidiosas y malignas investigaciones que procedían de las dos partes. Pero los discípulos, que tenían el estómago vacío, no veían qué relación pudiese guardar el fermento con los fariscos y con Herodes. Jesús, recordándoles las dos multiplicaciones de los panes, les exhortó a no preocuparse del pan material, sino, una vez más, a alejarse del susodicho fermento. Entonces comprendieron que aludía a la doctrina de los fariseos y a la astucia de Herodes, las cuales corroian el espírito como la levadura la masa.
- 394. Las hostilidades encontradas en la ribera occidenta (y que debieron de ser mucho más graves de lo que dan a entender las escasísimas indicaciones de los evangelistas) habían inducido a Jesús a dirigirse a Bethsaida, quizá para buscar ánimos mejor dispuestos. Pero tampoco de lo que le sucedió allí se nos transmite nada, salvo la curación referida únicamente por Marcos (8, 22-26), quien hubo sin duda de conocerla por la catequesis de Pedro. Y le llevan un ciego y le suplican que lo toque. Y habiendo tomado al ciego por la mano, le condujo fuera del pueblo, y habiendo escupido en los ojos de él e impuesto las manos, le interrogaba: «¿Ves algo?» Y (el ciego), mirando arriba, decia: «Distingo los hombres, porque veo como árboles que caminan». Entonces de nuevo le impuso las manos sobre los ojos y (el ciego) vió distintamente (διέβλεψεν) y fué restablecido y veia claramente de lejos todas las cosas. Y (Jesús) le mandó a su casa diciendo: «No entres en el pueblo siquiera». Esta vívida descripción, debida a Pedro no menos que a Marcos, nos hace asistir a una verdadera curación gradual. Quizá el ciego no lo fuese de nacimiento, puesto que reconoció en seguida hombres y árboles. En cualquier caso, la primera visión fué turbia y confusa y la segunda nítida y perfecta. ¿Por qué esta gradación? Se pueden repetir las hipótesis formuladas a propósito del sordomudo (§ 390), cuya curación tiene alguna analogía con ésta, pero no estamos en situación de hacer sino conjeturas. En cuanto al uso de la saliva, se encuentra también en las prescripciones de los rabinos respecto a las enfermedades oculares, por lo que también esta vez los secuaces de Paulus pueden explicar la curación de manera naturalisima (1).

⁽¹⁾ Merecen citarse algunas recetas rabínicas, muy eficaces para el mal de ojos, con saliva o sin ella. Conforme a la tradición, la saliva de un primogénito de padre tiene virtud

EN CESAREA DE FILIPPO

395. Desde Bethsaida, Jesús se encaminó hacia el norte, alejándose más aún de las tierras judías, y llegó a la zona de Cesarea de Filippo (§ 19). En aquella región, pagana en su mayor parte, Jesús y sus discípulos no se veían asediados por multitudes de pedigüeños ni hostigados por intrigas de fariseos y de vividores de la política. Aquello fué, pues, para Jesús una

especie de retiro con sus predilectos.

Por otra parte, aquellos discípulos representaban el mejor resultado de su obra: podrian ser rudos unos, torpes otros y algunos tercos; se resentirían todos, más o menos, de las ideas mezquinas entonces predominantes en su raza, pero eran hombres de corazón, sinceramente afectos al maestro y llenos de fe en él. Las turbas que por lo general acudían a Jesús no tenían estos méritos, ya que sólo le buscaban en concepto de taumaturgo que curaba males, resucitaba muertos y multiplicaba panes. Les agradaba, sí, oírle hablar del reino de Dios e incluso se inflamaban con sus palabras: pero ello, en parte, se debía a aquella llama nacionalista que Jesús fustigaba, y en parte era fuego de virutas que se apagaba poco después. Por eso Jesús sentía tal predilección por sus discípulos y se cuidaba particularmente de su formación espiritual, mirando al futuro.

Ahora, tras año y medio de actividad, podía hablarles confidencialmente de la cuestión más delicada para él y quizá más obscura para los

discípulos: su cualidad mesiánica. Aquel maestro tan amado, aquel predicador tan eficaz, aquel taumaturgo tan poderoso, ¿era en verdad el Mesias predicho desde siglos antes a Israel, o sólo un profeta tardío, dotado de extraordinarios dones divinos? ¿Era un hijo de Dios o el Hijo de Dios? Sin duda los discípulos se habían formulado ya antes aquella pregunta, pero si personalmente se sentían inclinados a responder que él era realmente el Mesías, el Hijo de Dios, ¿no se sentirían apartados de tal idea por el escrupuloso cuidado que hasta entonces pusiera Jesús en que la respuesta afirmativa no se pronunciase en voz alta? ¿Por qué esta reticencia inexplicable? Tal punto era harto obscuro para los discípulos; pero, pensando que el maestro sabía sobre esto más que ellos, y confiando en él, a él se entregaban, esperando la aclaración de aquel punto obscuro a su debido tiempo.

Jesús juzgó que tal tiempo había llegado. El largo e íntimo trato con Jesús había abierto los ojos a los discípulos sobre muchas cosas, y de otra parte en tierra pagana no existía la posibilidad de tumultos nacionalistas

curativa (para los ojos), mientras la saliva de un primogénito de madre no tiene virtud curativa (Baba Bathra, 126 b). De Rabbi Meir se cuenta que, para arreglar una discrepancia
entre marido y mujer, se fingió enfermo de la vista y la mujer, fingiendo a su vez curarle,
le escupió en los ojos, que era lo que quería el marido (Sotah, pal., 16 d). Si se trataba de
cataratas, no era necesaria la saliva: Para la catarata tómese un escorpión de siete colores,
séquese a la sombra y muélase una parte con dos partes de antimonio; pónganse tres cucharaditos pequeñas en cada ojo (Ghittim, 69 a). Otras recetas eran asaz más complicadas.

cuando los discípulos tuviesen la certeza de que Jesús era el Mesías y pudieran hablar de ello libremente entre sí. Es probable también que en los días de tranquilo retiro con sus discípulos Jesús les hubiese predispuesto espiritualmente a la delicada confidencia, eliminando de su imaginación mucha hojarasca política con que ellos adornaban aún en sus mentes al Mesías de Israel. Y, como solía hacer en los momentos decisivos de su misión, Jesús se había apartado a orar a solas (Lucas, q, 18).

396. Reanudando el camino todos juntos, acercábanse a Cesarea de Filippo. Avanzaban siguiendo la calzada y estaban ya a la vista de la ciudad (Marcos, 8, 27). Frente a ellos se erguía la majestuosa roca en que señoreaba el templo de Augusto (§ 19).

De pronto, pero refiriéndose, de cierto, a discursos anteriores, Jesús preguntó a los discípulos: ¿Quién dicen los hombres que soy yo? Le contestaron confusamente: ¡He oído decir que eres Juan el Bautista! — Y otro: ¡Hay quien dice que eres Elías! — Y otro más: ¡Según algunos, eres Jeremías! — No faltó quien expusiera la opinión, más vaga, de que Jesús fuera algún antiguo profeta resucitado. Las opiniones referidas eran numerosas, pero Jesús no les dió importancia alguna ni se paró a discutirlas. La investigación sobre el pensamiento ajeno era una introducción a la pregunta realmente importante, la que tendía a conocer las opiniones personales de los discípulos. Así, terminadas las respuestas. Jesús les dijo: «Y vosotros, ¿quién decis que soy?»

Los discípulos experimentaron de cierto un sobresalto: aquella pregunta les llegaba a lo más hondo y les hacía ver que Jesús entraba al fin en el terreno hasta entonces cuidadosamente evitado. Debió seguir un silencio impuesto más por gozo contenido que por verdadera vacilación, un silencio no desemejante al de una muchacha que se sabe pedida en matrimonio por el joven a quien secretamente amaba. Acaso los discípulos pensaron entonces en las palabras de Jesús cuando se parangonó a un esposo entre los «amigos del esposo» (§ 307). Y permanecieron mudos, en medio del camino, con un silencio elocuente, fijos los ojos en el templo de Augusto que dominaba campiña y ciudad desde lo alto de la roca.

Pasados algunos instantes, el silencio se tradujo en palabras por parte de Simón Pedro. Y no podían ser de otro que de aquél, el más impetuoso entre los adictos: ¡Tú eres el Cristo, el hijo de Dios vivo! La traducción del silencio ruboroso había sido perfecta: así se vió en aquellos barbudos rostros, que expresaban la felicidad de un asenso cordial y exteriorizaban una alegría largo tiempo contenida.

397. Jesús paseó su mirada por todos aquellos semblantes y, volviéndose luego a quien había hablado, dijo: Bienaventurado eres, Simón, hijo de Jonds (1) porque carne y sangre no te reveló (esto) a ti, sino mi

⁽¹⁾ En otros sitios (Juan, 1, 42; griego, 21, 15), Simón Pedro es llamado hijo de Juan. No parece que Jonds (hebr. Jonah) sea una verdadera abreviación gramatical de Juan (he-

Padre que está en los cielos. La afirmación de Pedro quedaba, pues, confirmada plenamente por aquel que se hallaba más interesado en ella. Y todos los circunstantes se sintieron confirmados en su fe antigua, tanto tiempo guardada en secreto. Aun debió seguir otro breve silencio, en el cual fué dirigida una mirada más al templo erigido sobre la roca. Luego Jesús declaró: Y yo también te digo que tú eres Piedra, y sobre esa piedra construiré mi Iglesia, y (las) puertas del infierno (ãdou) no prevalecerán contra ella. Te daré las llaves del reino de los cielos, y lo que hayas atado en la tierra será atado en los cielos, y lo que hayas desatado en la tierra será desatado en los cielos (Mateo, 16, 16-19).

Ya anteriormente Simón había recibido de Jesús el nombre de Piedra o Roca, en arameo Kephā (§ 278), mas entonces no había sido comunicada la razón y explicación del apelativo. Ahora la explicación se comunica y resulta tanto más clara cuanto que se manifiesta ante la visión de la roca o piedra material que sustenta el templo dedicado al señor del Palatino. El templo espiritual que Jesús había de construir al Señor de los cielos, es decir, su Iglesia, tendría por piedra de apoyo aquel su discípulo que primero le proclamara Mesías y verdadero Hijo de Dios. También las demás palabras de Jesús se evidencian claras a la luz de las circunstancias en que se pronunciaron. Los infiernos (en griego Hades) corresponden al hebraico Sheol (§ 79), sin embargo, no como morada general de los muertos, sino como morada de los muertos réprobos, hostiles al bien y al reino de Dios. Las puertas de este lugar satánico, es decir, todas sus máximas fuerzas (compárese con la Sublime Puerta), no prevalecerán contra la construccion de Jesús y contra la piedra que la sostiene.

Típicamente semitas son también el símbolo de las llaves y la expresión «atar y desatar». Aun hoy, en los países árabes circulan por las calles hombres con un par de gruesas llaves atadas a una cuerdecilla y ostentosamente colgadas a ambos lados de su espalda (1): son los dueños de casa, que alardean de tal modo de su autoridad. El símbolo del atar y desatar (comp. Mateo, 18, 18) conserva aquí el valor que tenía en la terminología rabinica contemporánea, donde se encuentra usado frecuentemente. Los rabinos «ataban» cuando prohibían algo, y «desataban» cuando lo permitían. Rabbi Nechonya, que floreció hacia el año 70 d. de J. C., solía hacer preceder sus lecciones de la siguiente oración: «Haz, 10h, Yahvé!, Dios mío y Dios de mis padres, que... no declaremos impuro lo que es puro y puro lo que es impuro; que no atemos lo que está suelto, ni desatemos lo que está atado» (2).

El oficio del discípulo Piedra queda, pues, bien definido. El será el

breo Joḥānān). Quizá en las transcripciones griegas la forma más breve, 'I ωv ãç, sufriese un cambio con la más larga, 'I $\omega \dot{v}v\eta$ ç. Aun así, la cuestión gramatical no resulta clara.

⁽¹⁾ El uso, y precisamente respecto a la espalda, es atestiguado ya por Imías (22, 22): Y pondré la llave de la casa de David sobre su espalda (la de Eliacim, como mayordomo de la casa real), y él abrirá y ninguno cerrará, y cerrará y ninguno abrirá.

⁽²⁾ En Strack y Billerbeck, op. cit., vol. 1, pág. 741; hay otros muchos ejemplos.

fundamento que sostenga la Iglesia, y tan sólidamente que las adversas potencias infernales no prevalecerán contra ella. El será, además, mayordomo de aquella casa, y por ello le serán confiadas sus llaves. El, en fin, dictará

leyes en el interior de aquella casa, prohibiendo o permitiendo, y sus sentencias pronunciadas en la tierra serán ratificadas en los cielos.

398. La réplica de Jesús a Simón Pedro es de una claridad que se diría deslumbradora. No menor es su seguridad textual, ya que todos los documentos antiguos, sin excepción alguna, concuerdan en transmitirnos con precisión silábica el texto de hoy. Y, sin embargo, es notorio que ese texto ha hecho correr torrentes de tinta, y se ha negado rotundamente que Jesús confiriese a Simón el oficio de ser piedra fundamental de la Iglesia, depositario de sus llaves v árbitro de atar y desatar. ¿Por qué esta negación?

Los antiguos protestantes ortodoxos aseguraban que Jesús no había hablado de Simón Pie-



Fig. 71. - MURALLA DE CESAREA DE FILIPPO

dra, sino de sí mismo, y que en cuanto a lo demás había aludido colectivamente a todos los apóstoles y a su fe (1). Cuando dice: Sobre esta piedra construiré mi Iglesia, etc., Jesús alarga un dedo hacia sí mismo, aunque habla con Simón y de Simón. Aquel dedo alargado lo resuelve todo y queda clarísimamente sobreentendido por el contexto y conviene

⁽¹⁾ Aun hoy, en la Biblia italiana de Diodati, difundida por la Sociedad Biblica de Londres, este pasaje (Mateo, 16, 13-17) figura en el sumario de esta manera: 13 (Jesús), habiendo obtenido de ellos, por boca de Pedro, la confesión de su persona y misión, 17 les conforta, y declara la virtud y eficacia de su ministerio.



Fig. 72. -- CESAREA DE FILIPPO: ANTIGUA PUERTA

espontâneamente con las palabras que siguen: Te daré las llaves del reino de los cielos, etc. Como se ve, el razonamiento es perfecto, siempre que se parta del principio de que blanco significa negro y negro significa blanco: lucus a non lucendo.

Los negadores modernos del oficio de Simón han emprendido el camino precisamente opuesto. La explicación de los antiguos protestantes les parece de una ingenuidad inmediatamente delatora de la tendencia sectaria que les inspira. No, responden ellos, las palabras de Jesús tienen precisamente el significado que la tradición y el buen sentido les han dado siempre: sobre eso es inútil sutilizar... Uno de estos nuevos negadores se expresa así: Simón Pedro... vive, a los ojos de Mateo, con una potencia que ata y desata, que posee las llaves del reino de Dios y que es la autoridad de la Iglesia misma ... Simón Pedro es la primera autoridad apostólica en lo que concierne a la fe, porque el Padre le ha revelado con preferencia el misterio del Hijo; en lo que concierne al gobierno de la comunidad, porque el Cristo le ha confiado las llaves del reino; en lo que concierne a la disciplina eclesiástica, porque tiene el poder de atar y desatar. No sin motivo la tradición católica ha fundado sobre esto el dogma del primado romano (Loisy).

Así, pues, ¿Jesús confirió realmente a Simón Pedro el cargo en cues-

tión, según los muevos negadores? ¡Nada de eso! Y la razón es que Jesús no pronunció nunca aquellas palabras. El texto que las contiene es todo, o casi todo, falso o inventado y se interpoló entre fines del siglo I y principios del II, o en Roma, en beneficio de la Iglesia romana, o, tal vez, en Palestina.

¿Cuáles son las pruebas de todo ello? No se aduce ningún códice antiguo, ninguna versión, ninguna cita, que muestren indicios, siquiera vagos, de interpolación. Se aduce el argumento a silentio (argumento que todos saben lo que vale), alegando que los escritores cristianos de los siglos II y III no citan el pasaje o sólo lo citan parcialmente. Se podría pensar que los antiguos protestantes ridiculizados por los modernos negadores a causa del descubrimiento del dedo alargado de Jesús, están en condiciones de vengarse triunfalmente aplicando a los que se mofan de ellos las palabras de Horacio: Quodcumque ostendis mihi sic, incredulus odi!

399. Tales son las razones aducidas por una y otra parte para negar el oficio de Simón. Pero la razón verdadera y real, aunque no aducida franca y explícitamente, es la previa «imposibilidad» de que Jesús confiriera aquel oficio. Esta «imposibilidad» es absoluta, indiscutible, transcendente y vale mucho más que la claridad del sentido y la seguridad textual.

Sólo desde aquella roca han brotado los torrentes de tinta aludidos antes y sólo sobre esa roca concuerdan, unánimes, los negadores antiguos y modernos. Pero al descender de ella al terreno exegético-documental, los concordes negadores caen en mutuo desacuerdo y se niegan recíprocamente.

Según ellos, tras el crítico que apela a la claridad del sentido y a la certidumbre textual, se yergue la sombra del papismo. Con papismo o sin él, los negadores alzarían clamorosos gritos de triunfo si tuviesen a su disposición sólo la mitad de los argumentos estrictamente «históricos» de que disponen los «secuaces del papismo». ¿Acaso han pensado esos negadores en mirar también tras de sí, para ver si por azar no se yerguen a sus espaldas las sombras de Lutero o de Hegel, y si no son únicamente aquellas sombras las que les sugieren sus argumentos «históricos»?

RECTIFICACIONES MESIANICAS

400. El anuncio decisivo a partir de este momento estaba comunicado, pero inmediatamente después vinieron aquellos correctivos (§ 301) que debían contener aquel significado en sus justos términos. En primer lugar el anuncio era sólo confidencial y reservado a los discípulos. En efecto, terminada la colación de su oficio a Simón Pedro. Jesús, sin tardanza, intimó a los discípulos que no dijesen a nadie que él era el Cristo (Mateo, 16, 20). Jesús no juzgaba llegado aún el tiempo de divulgar el anuncio, sea porque las turbas no estaban preparadas, sea también porque los propios discípulos evaluaban imperfectamente la calidad mesiánica de Jesús.

Procedió, pues, a rectificar y perfeccionar sus conceptos. Desde ennces comenzó Jesús Cristo a mostrar a sus discipulos que debia ir a rusalem. y padecer mucho de los ancianos y sumos sacerdotes y escribas, ser muerto y al tercer dia resucitar (ibid., 21). ¡Qué diferencia entre el amoroso y fulgurante Mesías esperado por la plebe y este Mesías que ude el ser reconocido por tal y predice los sufrimientos y la muerte vionta que le aguardan! Rudo golpe fué aquél para los discípulos a quienes a dirigida la enérgica amonestación. El generoso Pedro, ya por su caicter, va por el cargo que acababa de obtener, se creyó en el deber de itervenir. Y Pedro, tomándole (aparte) consigo, comenzó a reprocharle. iciendo: «(Dios te sea) propicio, Señor. No te ocurrirá nada de eso». Mas , volviendose, dijo a Pedro: «Quitateme de delante, Satanás. Escándalo eres ara mi, porque no tienes los pensamientos de Dios, sino los de los hombres». atanás era el tentador por excelencia (§§ 78, 273), y aquí la Piedra de la rlesia y mayordomo del reino de los cielos recibe el apelativo de tentador. a causa de esta humillación, esto es, el haber ensalzado al Mesías dominaor desechando el Mesías sufriente, era más imputable a su tiempo que a él ersonalmente: en todo caso prueba cuántas rectificaciones mesiánicas se equerian incluso en las conciencias de los más íntimos discípulos de Jesús.

Y las rectificaciones continuaron, siempre en el tono de crudas desusiones ¿Qué esperaban aquellos discípulos siguiendo al Mesías Jesús? Quiza rriunfar, gozar de vida suntuosa al lado de un dominador? Jesús uida de disipar estos sueños con otros tantos desengaños anticipados, que

no bofetones en el rostro de un morfinómano delirante. Jesús que quien quiera acompañarle deberá negarse a sí mismo, tomar su way y seguirle (Mateo, 16, 24). La alusión a la cruz adquirió sin duda un más claro después de la muerte de Jesús; pero ya entonces os discipulos pudieron comprenderla bien, porque desde que los romanos e instalaran en Palestina el suplicio de la cruz se había aplicado mutho (§ 597) y en especial a los promotores de movimientos populares que muy a menudo se inspiraban en ideales mesiánicos. Así, quien quisiera seguir a Jesús debía considerarse ya muerto y entonces viviría; perdiendo la propia vida por Jesús y por la «buena nueva», quien le siguiera la salvaría, mientras que si se aferrara a ella desesperadamente, habría de perderla (Marcos, 8, 35). ¿Qué provecho, pues, logra el hombre, aunque gane el mundo entero, si pierde el alma al no adquirir después la eterna vida verdadera? ¿Qué rescate puede ofrecer por su alma (ibíd., 36-37)? ¿Había alguno que se avergonzase de Jesús y de la «buena nueva»? Pues bien, ese creería haber salvado la vida en esta generación adúltera y pecadora, pero cuando venga el hijo del hombre en la gloria de su Padre, circundado de los ángeles, se avergonzará de quien se avergonzó de él y dará a cada uno según sus acciones (Marcos, 8, 38; Mateo, 16, 27).

En suma, para Jesús la vida presente es esencialmente transitoria y sólo tiene valor en cuanto enderezada a la vida estable, que es la futura. El, el Mesías, conduce a la vida estable a través de las ásperas vicisitudes

de la transitoria. Quien no quiere seguirle y permanece en la vida transitoria, permanece en la muerte.

401. A estos «dichos» de Jesús los tres sinópticos añaden otro que tiene toda la apariencia de haber sido pronunciado en distinta ocasión: Y les decía: «En verdad os digo (que) algunos de los que hay aqui presentes no gustarán la muerte sin que vean el reino de Dios viniendo en (todo su) poderío» (Marcos, 9, 1). Con fina percepción los Sinópticos colocaron este dicho tras las otras rectificaciones mesiánicas, puesto que lo es también en esencia (1). La turbulenta aparición del Mesías político no se produciría y a su vez el reino del Mesías paciente y asesinado había de desplegar en su advenimiento tal potencia externa e interna que disiparía para siempre el sueño del Mesías político, y algunos de los presentes no morirían sin asistir al desenvolvimiento de semejante poder. En efecto, cuarenta años después, es decir, transcurrida una «generación» según los cómputos judaicos, la Jerusalem de los sueños mesiánicos es destruída y el judaísmo político extirpado para siempre mientras la «buena nueva» de Jesús es, en cambio, anunciada en el mundo entero (Romanos, 1, 8; cf. Colos., 1, 23).

LA TRANSFIGURACIÓN

402. Como era de esperar, las enérgicas rectificaciones mesiánicas deprimieron el ánimo de los discípulos. Aquellos fogosos galileos de pura sangre judía quedaron desconcertados y abatidos. La medicina para reanimarles fué suministrada por Jesús mediante su transfiguración ocurrida seis días (unos ocho días, según Lucas) después de la manifestación mesiánica.

La escena es colocada por los evangelistas sobre un monte muy alto cuyo nombre, sin embargo, no se nos transmite. Muchos eruditos modernos presumen que pudo ser el Hermón. cuya cima más elevada alcanza los 2.759 metros sobre el Mediterráneo y que presenta la congruencia de hallarse inmediatamente sobre Cesarea de Filippo, donde tuviera lugar la manifestación mesiánica.

Pero, aparte de que la ascensión del monte es fatigosa y exige entre ida y vuelta un día largo, la conjetura es muy reciente. La antigüedad, en efecto, no enlazó la transfiguración con el monte Hermón, aunque las mentes místicas encontrasen un estímulo a tal enlace en el pasaje del Salmo 89, 13 (hebr.): El Tabor y el Hermón en tu nombre se regocijarán. En cambio se centra en el primero de estos montes una tradición que

⁽¹⁾ Varios antiguos comentadores jurgaron este pasaje un prenuncio de la siguiente Transfiguración, suponiendo entre los dos argumentos una ligazón cronológica (comp. c. § 402). En realidad, el pasaje se refiere a la realización del reino de Dios. Para la discusión de este tema véanse § 525, y sigu



Fig. 73. - EL MONTE TABOR

and siglo iv. El Tabor no es para nosotros, los modernos, un monte ato, va que se eleva 562 metros sobre el Mediterráneo y 600-620 metros sobre los valles circundantes, que están a un nivel inferior al del mar pero para los antiguos podía pasar por un monte bastante elevado, ranto más cuanto que está totalmente aislado y desde su cima se descubre gran parte de Judea. Otra dificultad, ciertamente, es que tal vez su cima estuviese habitada y no ofreciera aquella soledad que parece propia de una escena como la de la Transfiguración; pero esta dificultad no es insuperable, pues la cima sólo debía estar habitada en ocasiones de guerra o turbulencias, convirtiéndose fácilmente en fortaleza, como el año 218 a. de J. C., bajo Antíoco III el Grande (cf. Polibio, v, 70), o en el tiempo de la guerra de Vespasiano, cuando fué fortificada por Flavio Josefo, que habla de ello largamente (Guerr. jud., IV, 54-61). Fuera de esas ocasiones la cima debía estar abandonada, en razón, sobre todo, a que el monte entero, además de ser escarpado y pedregoso, está absolutamente privado de agua (1). La distancia del Tabor a Cesarea de Filippo podía ser superada sin dificultad en los seis (u ocho) días indicados. Pero sucediese el hecho donde sucediera, transcurrió del modo que vamos a exponer.

⁽¹⁾ Esta falta de agua, ya citada por Flavio Josefo en el pasaje indicado, fué un gran obstáculo para la construcción de la basílica edificada en el monte el año 1924 por el arquitecto A. Barluzzi, quien hubo de aprovisionarse de agua en la llanura que se extiende al pie mediante continuas caravanas de camellos.

- 403. Jesús eligió de entre los desanimados discípulos los tres predilectos, es decir, Pedro y los hermanos Juan y Santiago, y los condujo al monte. El camino largo, la ascensión fatigosa, el calor de la estación, contribuyeron a que los viandantes llegasen bastante cansados y probablemente de noche. Los tres discípulos, preparándose como pudieron sendas yacijas, se acostaron para dormir (Lucas, 9, 32). En cambio, Jesús, como solía hacerlo de noche, comenzó a orar (ibíd., 29) a poca distancia de ellos. De pronto los rostros de los durmientes se iluminan de vivísima luz, abren los ojos los tres y distinguen a Jesús con un aspecto absolutamente diverso del acostumbrado. Allí estaba él transfigurado ante ellos y su rostro era radiante como el sol y sus ropas blancas como la luz (Mateo, 17, 2). Cuando los discípulos, que estaban cargados de sueño (Lucas, 9, 32), hubieron adaptado mejor su vista y su ánimo a la fulgurante visión, reconocieron a Moisés y a Elías junto al transfigurado, y los dos hablaban con él de su partida (ἔξοδον; § 131), que iba a cumplir en Jerusalem (Lucas, 9, 31). El discurso entre los tres dura más o menos tiempo, y en un momento dado Moisés y Elías hacen ademán de alejarse. Entonces el Pedro de siempre, cree oportuno intervenir y dice a Jesús: «Rabi, bien estamos aqui. Y podemos hacer tres tiendas, una para ti, una para Moises y una para Elias». El buen Pedro piensa quizá con remordimiento que sólo preparó lecho para sí después del fatigoso camino, prescindiendo del de Jesús, que ahora se muestra en aquel aspecto y con tan ilustres visitantes; pero el evangelista intérprete de Pedro ha añadido en seguida la verdadera explicación, oída de cierto varias veces de boca de Pedro: Empero no sabía que cosa dijese, porque estaban espantados (Marcos, 9, 6). Pedro no recibe respuesta, sino que una nube luminosa los envuelve a todos y en la nube resuena una voz: Este es mi hijo amado, en quien me he complacido. ¡Escuchadle! Los tres discípulos, más espantados aún, se prosternan rostro a tierra, pero a poco Jesús se les acerca, les toca y les dice: Alzaos y no temáis. Miran en torno y ya no ven a nadie, salvo a Jesús en su aspecto habitual. Al día siguiente, bajando del monte, Jesús les ordena: No digais a nadie la visión hasta que el hijo del hombre haya resucitado de entre los muertos.
- 404. Inútil es recordar que para los racionalistas el relato de la transfiguración no tiene nada de histórico, y es una alucinación, o una elaboración mítica, o un símbolo, o cosa semejante. Sin embargo, un representante racionalista ha reconocido exactamente el valor conceptual del episodio afirmando que la transfiguración del Cristo se enlaza estrechamente, en el cuadro Sinóptico, con el anuncio de su pasión y de su resurrección gloriosa. Corrigiendo la perspectiva de dolores, preludia, además, el triunfo (Loisy). Ello es cierto, si bien no completo del todo, puesto que la presencia de Moisés y de Elías, representantes respectivos de la Ley y de los Profetas, posee un valor particular, queriendo demostrar



Fig. 74. - LA CIMA DEL MONTE TABOR

Lev y los Profetas del Antiguo Testamento tienen por mira final el Mesias Jesús, y ello corresponde con cuanto Jesús dijera en el Sermón de la Montaña respecto a no haber venido a abolir la Ley y los Profetas... sino a completar (§ 323).

Bajo cierto aspecto, la transfiguración de Jesús es también una contraposición a su tentación (§ 271 y sigs.). Y más directamente es un atenuante
al efecto deprimente que las rectificaciones mesiánicas produjeran en sus
discípulos, a la vez que una confirmación de aquellas rectificaciones. El
Mesías Jesús, fulgurante de luz, habla con Moisés y Elías de su partida,
es decir, de su muerte, que va a sucederle en Jerusalem, como si aquella
muerte fuese para él el paso necesario para entrar en su gloria manifiesta.
Cuando superase aquel paso y entrara en su gloria, había de reprochar a
algunos de sus refractarios discípulos: ¡Oh, estultos y lentos de corazón
para creer!... ¡No debía acaso padecer tales cosas el Cristo (Mesías) y
(así) entrar en su gloria? (§ 630).

De esta manera la medicina suministrada produjo su efecto sin duda, reanimando a los discípulos, pero a la vez multiplicó en ellos ciertas ansias e incertidumbres. ¿Por qué aquella prohibición de hablar de la visión a los demás? Y el permiso de hablar únicamente después de que el hijo del hombre hubiese resucitado de entre los muertos, ¿a qué suceso futuro se refería? ¿Es que se estaba realmente en vísperas de la palingenesia cósmica y de la resurrección de los muertos mencionadas en las antiguas pro-

fecías? (Isaías, 26, 19; Ezequiel, 37; Daniel, 12, 1-3). Pero entonces, ¿por qué Elías no comparecía de modo estable — y no fugaz, como en la visión — para disponer los preparativos de la gran palingenesia? Por esto último comenzaron los discípulos, preguntando a Jesús: ¿Por que pues, los escribas dicen que Elías debe venir antes? (Mateo, 17, 10). Jesús responde confirmando, pero a la par esclareciendo: Elías, sí, debe venir a disponerlo todo; pero ya ha venido y los hombres le han causado todo el mal que han querido: así, también el hijo del hombre deberá sufrir y recibir el mal de ellos. Entonces los discípulos comprendieron que de Juan el Bautista les había hablado (ibíd., 13).

EL ENDEMONIADO EPILEPTICO

405. Bajando las laderas del monte, los cuatro se reunieron en breve a los apóstoles que habían quedado en la llanura, y hallaron que los que les esperaban, probablemente en número de nueve, estaban circundados de mucha gente y de algunos escribas, con quienes discutían.

Viendo a Jesús, uno de los de la muchedumbre se adelantó diciendo: Te traigo mi hijo, el único que tengo, que está poseído de un espíritu maligno mudo, y cuando éste se adueña de él lo lacera, y entonces él echa espumarajos, hace rechinar sus dientes y se pone rígido. He rogado a tus discípulos que arrojaran el mal espíritu, pero no lo han conseguido —. Quizá este fracaso provocara la discusión con los escribas, quienes no habrían dejado de insinuar palabras malignas sobre los discípulos y el maestro ausente. Pero éste ahora está allí, y en sabiendo de qué se trata, exclama: ¡Oh, generación falta de fe! ¡Hasta cuándo estaré entre vosotros? ¡Hasta cuándo he de soportaros? Luego, buscando con la mirada al muchacho, añade: Traédmelo (Marcos, 9, 19). La fe era para Jesús condición esencial de los milagros, y deploraba su falta tanto en los escribas y en el padre del jovenzuelo, como entre los apóstoles, cuyo fracaso delataba una fe débil y titubeante. ¿Hasta cuándo debía Jesús soportar aquella falta o debilidad de fe?

El muchacho fué llevado a Jesús, pero en presencia del taumaturgo padeció un acceso de paroxismo y cayó a tierra entre convulsiones, resollando y echando espumarajos. Durante el acceso Jesús quiso preguntar al padre, no como médico que pretendiera establecer un diagnóstico, sino para hacer resaltar ante los presentes el valor del «signo» que se disponía a ejecutar y para inducirles a reflexionar sobre su falta de fe. Y preguntó: ¿Cuánto tiempo hace que le sucede esto? El padre repuso: Desde niño; y a menudo el espíritu maligno le precipita en el fuego o en el agua. Si puedes hacer algo, ten piedad de nosotros y ven en nuestra ayuda —. Las palabras del pobre padre delataban aún un titubeo en la fe, a pesar de la lamentación anterior de Jesús. De aquí que Jesús le dijera: En cuanto al «si puedes», todo es posible a quien tiene fe (Marcos, 9, 23, griego).

La escena que sucedió a estas palabras, descrita por la pluma de Marcos conforme a las frases de Pedro, es de una viveza palpitante: De pronto, gritando, el padre del muchachito decía (con lágrimas): «¡Tengo fe! ¡Socorre a mi falta de fe!». Y, viendo Jesús que afluía multitud corriendo, conminó al espíritu impuro diciéndole: «Espíritu mudo y sordo, yo te lo mando, sal de éste y no entres más en él». Y después de haber gritado y de haberlo agitado mucho, (el espíritu) salió. Y (el muchacho) quedó como un cadáver, tanto que muchos decían: «Ha muerto». Y Jesús, tomándole la mano, lo levantó y (aquél) se puso en pie. El evangelista médico añade el rasgo delicado de que Jesús lo entregó a su padre.

Los apóstoles, que habían fracasado, no podían renunciar a saber la causa del fracaso, y acercándose en privado a Jesús, le dijeron: ¿Por qué nosotros no pudimos expulsarlo? Y Jesús contestó: Por vuestra falta de fe. Porque en verdad os digo que si tuviereis fe (al menos como) un grano de mostaza, direis a este monte: «Pasa de aquí a allá», y pasará, y nada os será imposible (1). Jesús ya había hablado del grano de mostaza en su parábola (§ 368). Este monte al que aludía quizá fuese el Tabor, cuya mole se erguía ante ellos. En cuanto a la necesidad de la fe para obtener milagros, Jesús había insistido ya sobre ella en el pasado (§ 349 y sigs.),

pero su lección había producido escaso fruto.

ULTIMOS DÍAS EN GALILEA

406. Después de los hechos precedentes, Jesús andaba por Galilea y no quería que nadie (lo) supiese (Marcos, 9, 30). Era, pues, una peregrinación dedicada exclusivamente a la formación espiritual de los discípulos que le acompañaban, sin que el anuncio de la buena nueva a las turbas entrase en su objetivo.

Esta formación requirió en breve una nueva admonición acerca de la suerte terrena del Mesías al objeto de disipar mejor cada vez los sueños de mesianismo político tenazmente albergados en aquellos espíritus judíos: El hijo del hombre va a ser entregado en manos de los hombres, y le matarán, y resucitará al tercer dia. El resultado de la nueva admonición demuestra lo necesaria que era, ya que los discípulos quedaron muy afligidos (Mateo, 17, 22-23), y otro evangelista añade que no comprendían esta palabra, y era velada para ellos hasta el punto de no comprenderla, y temían interrogarle sobre esta palabra (Lucas, 9, 45).

⁽i) Mateo, 17, 20. En el lugar paralelo de Marcos, 9, 29, Jesús responde: Esta especie (de demonios) con ningún (medio) puede salir, si no con la plegaria; respuesta que se encuentra también después de la de Mateo; pero, según los códices, en Mateo es una interpolación. La respuesta de Mateo reaparece, con modificaciones, y en otro contexto, en Mateo, 21, 24; Marcos, 11, 22-23, y Lucas, 17, 6. Es probable que la respuesta completa de Jesús en la primitiva catequesis estuviese constituída por la respuesta de Mateo más la de Marcos. Por otra parte, el parangón contenido en la respuesta de Mateo, u otro parangón análogo, pudo ser empleado más veces por Jesús al insistir sobre la fe.

Más tarde, el grupo se encaminó a Cafarnaum. Cuando llegó, los discípulos, un tanto apartados de Jesús, estaban enfrascados en una seria discusión entre sí (§ 408). En la localidad, la llegada fué advertida por los recaudadores, quienes se apresuraron a cerciorarse de si Jesús había pagado el tributo destinado al Templo de Jerusalem, puesto que todos los israelitas adultos estaban obligados a satisfacer anualmente para la manutención del Templo medio siclo de plata, es decir, dos dracmas (§ 534). La colecta se hacía ordinariamente antes de Pascua, pero en las zonas más distantes, como Galilea, se aplazaba hasta antes de Pentecostés y de los Tabernáculos. Habiendo Jesús estado ausente de Cafarnaum mucho tiempo y acercándose la fiesta de los Tabernáculos, los recaudadores acudieron a percibir el impuesto. Dirigiéndose a Pedro le preguntaron: ¿No paga vuestro maestro el didracma? Pedro contestó, con su fogosidad habitual: ¡Cierto que sí! Y entró en la casa donde estaba Jesús, para hablarle. Pero Jesús se le adelantó: ¿Qué te parece, Simón? Los reyes de la tierra, ide quiénes perciben tasas o censo? De sus hijos o de los extraños? Pedro respondió: De los extraños. Jesús entonces replicó: Luego los hijos están exentos.

La aplicación al caso de Jesús era clara: él, como hijo de Dios, no estaba obligado a pagar tributo para la casa terrena de su Padre celestial. No obstante, Jesús continuó: Pero para que no les escandalicemos, vete al mar y echa un anzuelo y el primer pez que pesques cóge(lo) y abriéndole la boca encontrarás un estater. Tómalo y dalo a ellos por ti y por mi (Mateo, 17, 24-27). El estater correspondía a un siclo, o sean cuatro dracmas; así, con él, se pagaban a la vez los tributos de Jesús y de Pedro.

El orador del Sermón de la Montaña había exhortado a imitar a los pájaros del cielo y los lirios del campo, no preocupándose de cosas materiales, sino sólo del reino de Dios y de su justicia. Allí había predicado de palabra; aquí comenta con las obras sus palabras, probando que eran sabias, como ya hiciera en las dos multiplicaciones de los panes. Quizá en aquellos instantes el peculio común de los apóstoles estuviese reducido a muy poco. Jesús, sin recurrir a préstamos, envía a Simón a acogerse a aquella Providencia que proporciona sustento a los pájaros y vestido a los lirios, y la Providencia avala la hipoteca impuesta sobre ella por el Sermón de la Montaña.

407. Aun viven hoy en el lago de Tiberíades abundantísimos peces del género de los Chronidos, que siguen un ciclo incubatorio singularísimo, muy fácil de observar, sobre todo en la especie llamada Chronis Simonis, vulgarmente conocidos como «peces de San Pedro». La hembra de este pez pone los huevos entre la vegetación subacuática, en número de unos 200. Más tarde el macho recoge estos huevos en las branquias y especialmente en la boca, conservándolos allí mucho tiempo, hasta que termina el ciclo evolutivo de los huevos y los minúsculos pececillos, entonces de unos diez milímetros de largo, puedan vivir independientemente. Este oficio de incubación ha hecho que se dé al macho el nombre de Chronis

paterfamilias. En el último período de incubación, cuando los embriones están bastante desarrollados, la garganta del macho incubador está monstruosamente hinchada, en gran desproporción con el cuerpo, al extremo de que muchas veces no puede cerrar la boca. Cuando llega el tiempo de expeler los pequeños, el macho incubador provoca su salida metiéndose en la boca cualquier objeto que ocupa su lugar por algún tiempo y los hace salir. Tal objeto es por regla general un guijarro, pero igual misión podría llenar una moneda, cual un estater o un siclo antiguos. ¿Fué éste el caso del pez pescado por Simón con el estater en la boca? No podemos decirlo. Sólo sabemos que el multiplicador de los panes recurrió de nuevo a la Providencia, aunque de otro modo, y la Providencia pagó puntualmente la hipoteca establecida sobre ella por el Sermón de la Montaña.

De los sucesivos seguidores de Jesús acaso ninguno recurrió a la banca de la Providencia más confiadamente que Francisco de Asís, y la experiencia de éste le permitía decir que aquella banca era puntualísima en sus pagos. ¿Sería el hijo de Bernardone un exégeta más sagaz que los

modernos críticos del evangelio?...

408. El encargo dado a Pedro se relacionaba en cierto modo con la discusión que los discípulos mantuvieron entre sí cuando llegaron a Cafarnaum. Tal vez su coloquio se evidenciase por su actitud o por alguna frase truncada que captara Jesús, porque éste les preguntó: ¿De qué platicabais por el camino? La pregunta les turbó; les avergonzaba responder, porque el tema de la discusión había sido sobre cuál de ellos era mayor en el reino de los cielos. Había, en efecto, motivo de debate, no tanto respecto a Pedro, ya preferido por Jesús en Cesarea de Filippo y ahora con motivo del estater, como respecto a los otros, ya que cada uno podía aportar buenas razones para demostrar que, cuando el maestro se sentase en su trono mesiánico reluciente de oros y gemas, el sitio más honorífico y cercano al trono le correspondería a él y no al compañero con quien discutía. Tras un breve silencio producido por el pudor, uno, cobrando ánimos, dijo a Jesús el motivo de la discusión: ¿Quién era el primero?

Ahora habló nuevamente el predicador del Sermón de la Montaña, el subversivo. El primero — repuso — sería el último de todos, el siervo y esclavo de todos. Precisamente en aquel momento pasaba de modo casual un niño por la habitación. Jesús le llama, lo acaricia, le pone en medio de aquellos hombres maduros y mirándoles a la cara, uno a uno, sentencia: En verdad os digo que si no cambiáis y os volvéis como niños no entraréis en el reino de los cielos. Por tanto, quien se humille como este niño, ese es el mayor en el reino de los cielos (Mateo, 18, 3-4). Prosiguiendo luego a propósito del niño tomado como modelo, Jesús afirmó que quien acogía en su nombre a un niño como aquél, le acogía a él mismo, así como acogiéndole a él se acogía al Padre celestial que le había enviado (comp. § 483).

Esta generosidad en el acogimiento no le pareció clara a Juan. Poco

antes, él y los demás apóstoles habían rechazado a un hombre que conjuraba demonios en nombre de Jesús, e incluso se lo habían prohibido. Podía, sí, admitirse que aquel individuo se sirviese del nombre del maestro para exorcizar, pero en tal caso debía incorporarse al grupo de discípulos y acompañarles. Mas como no había querido unirse a ellos, los apóstoles se lo habían prohibido. Jesús desaprobó su proceder: no habían debido obstaculizar a aquel hombre, porque quien no les era contrario, les era favorable (Marcos, 9, 38, 40).

409. En aquellos días empleados en la formación espiritual de los apóstoles, Jesús les comunicaba otras normas según se iba presentando la ocasión (Marcos, 9, 41 y sigs. y paralelos). A saber:

Quien dé un solo vaso de agua a los discípulos de Jesús en cuanto

tales, no quedará sin recompensa.

A quien escandalice a uno de aquellos que, creyendo en Jesús, se han tornado como niños, más le valdrá que le cuelguen al cuello una muela asinaria y con ella, atado, le arrojen al mar. Para tal menester se prestaba muy bien la muela inferior de las dos que formaban el molino judío movido por asnos, ya que estaba agujereada para que por ella se deslizase hacia abajo la harina, y por su agujero podía hacerse pasar la cuerda.

Se debe atender a no despreciar a ninguno de los pequeños en espíritu, porque sus ángeles tutelares tienen siempre a la vista el rostro del

Padre celestial.

Si un hermano falta, debe reprendérsele en secreto. Y si escucha, se habrá ganado un hermano. Si no escucha, se buscan uno o dos testigos para proceder conforme a las prescripciones de la Ley mosaica (Deut., 19, 15-17). Si tampoco escucha, entréguese a la Iglesia, y si no escucha a la Iglesia tampoco, sea considerado como en el judaísmo un pagano y publicano, es decir, como un ajeno a la vida espiritual común. Y cuanto los apóstoles, constituyentes de la Iglesia, liguen o desliguen en la tierra, será ligado o desligado en los cielos (§ 397).

Cuando dos concuerden en la tierra en pedir alguna cosa, les será concedida por el Padre celestial. Porque donde se congreguen dos o tres

en nombre de Jesús, también Jesús se hallará entre ellos.

La primitiva catequesis, al transmitirnos estas sentencias, mostró ver en ellas las normas que debían regular la vida social de los seguidores de Jesús y el modelo sobre el que debía moldearse la Iglesia de las primeras generaciones.

Pero la norma de denunciar al hermano culpable y contumaz sugirió una dificultad en el cerebro de Pedro: Señor, icuántas veces pecará contra mi mi hermano y le perdonaré? ¡Hasta siete veces? El número siete era típico y sacro en el judaísmo, y Pedro aquí se muestra magnánimo, ya que en el siglo siguiente Rabbi ben Jehuda había de sentenciar que Dios perdona hasta la tercera vez, pero no la cuarta (Joma, 86 b. Bar.; alusión a Amós, 2, 4). Aun así, la magnanimidad de Pedro parece pusilanimidad a

esús, quien replica: No te digo hasta siete veces, sino hasta setenta veces ete, cifra convencional para indicar una cantidad ilimitada. Según Pedro, a efecto, el precepto del Sermón de la Montaña relativo a ofrecer la otra tejilla a quien nos dé una bofetada, sería válido sólo por siete veces, queando abolido al octavo golpe. Pero según el predicador del Sermón de Montaña, el octavo golpe era siempre el primero y el precepto persistía empre válido. ¿Y por qué?

41(). El por qué fué explicado por Jesús mediante una parábola. labía un rev poderoso que un día quiso hacer balance de caja y llamó sus ministros para rendir cuentas. Se presentó de los primeros uno que ebia entregar hasta 10.000 talentos, suma formidable, y más para aquellos iempos, va que equivalía a más de 60 millones de pesetas oro. El deudor, laturalmente, no tenía tal suma, y el rey, para recuperar al menos una ainima parte, ordenó que fuesen vendidos como esclavos el deudor, su aujer e hijos, y puestos también en venta sus bienes. A pesar de todo, a sentencia era benigna para la época, ya que al deudor y sus allegados e les perdonaba la vida, mientras el rey perdía casi todo su dinero. Mas l oir aquella decisión, el deudor se arrojó a los pies del monarca, imploandole no tanto con la acostumbrada teatralidad oriental cuanto con la inceridad del hombre arruinado para siempre: Ten paciencia conmigo te lo restituiré todo. El rey, que tenía el corazón muy bueno, compalecióse y dejó libre sin más al deudor, perdonándole la deuda total. El lesdichado volvía a respirar v a ser hombre: se libraba de la esclavitud además ganaba diez mil talentos.

Solo que este orgullo precisamente le cegó. Al salir de la terrible y enturosa audiencia, se encontró con un compañero que le debía cien lenarios, suma algo superior a unas 100 pesetas oro. Apenas lo ve, lántase a él, le coge por el cuello casi hasta ahogarle y comienza a grítar: ¡Págame lo que me debes!» El pobre colega se arroja a sus pies, exclanando: Ten paciencia conmigo y te restituiré. Pero el otro no le escuchó y le hizo poner en prisión hasta que pagase. El hecho disgustó a los demás funcionarios de la corte, quienes lo refirieron al rey. Este entonces hizo llamar al deudor perdonado y le dijo: «Siervo malvado: yo te perdoné todo aquel enorme débito porque me lo rogaste, y ¿no debías tú también tener compasión de tu compañero?» Y el rey, airadísimo, le hizo entregar, no ya a los carceleros acostumbrados, sino a los torturadores (βασανισταῖς), hasta que pagase toda la deuda. Y Jesús concluyó: Así también mi Padre celestial hará con vosotros si no perdonáis cada cual a su hermano de corazón.

Tan clara era esta vez la parábola, que parece que los apóstoles no pidieron explicación de ella. El rey es Dios; la formidable suma condonada por el rey al ministro son las faltas condonadas por Dios al hombre; la despreciable cantidad brutalmente exigida por el compañero al compañero son las pequeñas ofensas de hombre a hombre. Así que — y esta es la ense-

nanza final de la parábola — el perdón de Dios al hombre exige imperiosamente el perdón del hombre al hombre. Ya lo había dicho Jesús en el Padre Nuestro: Perdónanos nuestras deudas así como también nosotros perdonamos a nuestros deudores.

411. Desde la Pascua de la primera multiplicación de los panes (§ 372) habían transcurrido a la sazón varios meses y se avecinaba el otoño del año 29. Desde el principio del ministerio público de Jesús había transcurrido más de año y medio, aproximadamente unos veinte meses. Ateniéndonos a los datos explícitos de los evangelios, la actividad de todo este tiempo se había desarrollado sólo en Galilea, salvo el viaje a Jeru-

salem (§ 384) y el otro a Fenicia y al norte de Palestina (§ 389).

Pero haciendo balance con arreglo a los cálculos humanos, el resultado de aquella actividad arrojaba un fuerte déficit. Los paisanos de Nazareth habían decretado el ostracismo al predicador de la «buena nueva» (§ 359). Los moradores de los lugares próximos al lago, que parecían los preferidos de Jesús, habían corrido hacia el taumaturgo, cierto, pero a fin de obtener luz para sus ciegos, oído para sus sordos, vida para sus muertos, pan para sus estómagos. En cambio, cuando se había tratado de aceptar el «cambio de mente» y el vuelco espiritual solicitados por el taumaturgo, la mayoría de ellos habían rehusado y la simiente esparcida por él había caído sobre senderos pisoteados, o en las piedras, o entre espinos (§ 365). ¿Qué había germinado a consecuencia de su siembra? Aparte el haz de discípulos — muy lejanos aún de una plena madurez — puede suponerse razonablemente que eran muy escasos en toda Galilea los adictos de corazón a la «buena nueva». Humanamente, pues, el resultado era o parecía un balance de quiebra.

Jesús lo comprendió y afligióse su corazón, tanto más cuanto que no le quedaba tiempo para insistir, porque debía alejarse para probar en otros lugares. ¿Qué más hubiese podido hacer en el pasado entre los galileos, y especialmente en los poblados próximos al lago, para obtener una mies más abundante? Nada. Y si la mies había sido escasísima, el perjuicio ¿no era tal vez de aquellos lugares tan amados de Jesús? Por eso, uno de aquellos días su corazón rompió en quejas y lamentaciones: ¡Ay de ti, Corozain! ¡Ay de ti, Bethsaida! Porque si en Tiro y Sidón se hubiesen hecho los portentos que fueron hechos entre vosotras, hace largo tiempo que en saco y ceniza habrían hecho penitencia. Pero también os digo que para Tiro y Sidón será más tolerable suerte en el día del juicio que para vosotras. Y tú, Cafarnaum, ¿acaso hasta los cielos serás ensalzada? ¡Hasta los infiernos serás precipitada! Porque si en Sodoma se hubiesen hecho los portentos que fueron hechos en ti, subsistiría hasta hoy. Pero también os digo que para la tierra de Sodoma será más tolerable suerte en el día del juicio que para ti (1).

⁽¹⁾ Mateo, 11, \$1-\$4. Su paralelo, Lucas, 10. 13-15, está en contexto diverso y menos congruente desde el punto de vista cronológico, por referirse a una época en que Jesús habia dejado ya Galilea.

412. De los pueblos galileos mencionados en esa exclamación conocemos bien Bethsaida y Cafarnaum, pero Corozain, en esta ocasión
mencionada por todos los evangelios, no aparece en otro sitio. Tal y tan
inesperada mención es altamente instructiva, porque muestra las grandes
lagunas existentes en los informes transmitidos por los evangelistas acerca
de los hechos de Jesús. Si ahora Jesús nombra Corozain individualmente
por una particular lamentación, ello demuestra que la localidad había sido
objeto de sus amorosos cuidados no menos que Bethsaida y Cafarnaum.
Pero de esos cuidados no sabemos absolutamente nada.

El Onomástico de Eusebio dice que Corozain distaba dos millas de Cafarnaum. En efecto, a unos tres kilómetros al norte de Cafarnaum está el lugar llamado hoy Keraze (o Kerazie), donde recientemente ha sido descubierta la antigua sinagoga, construída en piedra de basalto y con decoraciones análogas a las de la sinagoga de Cafarnaum (§§ 285, 336). Una inscripción aramea conservada allí en el sitial del archisinagogo recuerda por gratitud a un tal Judan, hijo de Ismael, benemérito de la construcción del edificio. Hoy, como ya en la época de Eusebio, el lugar está desierto. En tiempos tardíos, esta localidad, sólo nombrada en los evangelios para ser maldecida, atrajo la fantasía popular cristiana, la cual, tras reflexionar acerca de ella varios siglos, sentenció que debía ser la patria del Anti-

DE LA ULTIMA FIESTA DE LOS TABERNACULOS A LA ULTIMA FIESTA DE LA DEDICACION

LA CUESTIÓN CRONOLÓGICA Y GEOGRÁFICA

413. Hasta ahora, los tres evangelistas sinópticos han caminado por caminos bastante paralelos entre sí. Sólo Juan, siguiendo su costumbre, se ha internado en una dirección particular que no ignora, pero ni siquiera flanquea, las de sus tres predecesores (§ 165). Mas al llegar a este punto también en los tres sinópticos se produce una separación: Mateo y Marcos prosiguen en una dirección común en general, pero son abandonados por Lucas, que se encamina en otro sentido, mientras Juan continúa su ruta, que no es la de Mateo y Marcos, ni la de Lucas. Sólo en ocasión de la última Pascua de la vida de Jesús, Lucas flanqueará nuevamente a Mateo y Marcos. Por su parte, Juan les seguirá detrás, pero, como de costumbre, precisando y completando.

Ya sabemos que Juan se preocupa sobre todo de la actividad de Jesús en Jerusalem y fija claramente las fechas. Así que en este nuevo período ofrece al historiador elementos de valor sumo para la integridad de la biografía y para su cuadro cronológico. A su vez, Lucas, en esta su narración donde no va flanqueado por los otros dos sinópticos, comunica muchos hechos y discursos del todo nuevos, aunque preocupándose poco o nada de concretar tiempo y lugares. De aquí surge la cuestión de situar en lugares y tiempo convenientes las cosas que Lucas narra con indepen-

dencia, tanto de Mateo y Marcos como de Juan.

Muchos eruditos modernos designan convencionalmente esta narración peculiar al tercer evangelista como el «viaje» de Jesús según Lucas, porque toda esta sección comienza anunciando un viaje de Jesús hacia Jerusalem (Lucas, 9, 51) y termina con la entrada efectiva en la ciudad (19, 28 y sigs.). En tal entrada es precisamente donde Lucas concuerda con los demás evangelistas, porque se refiere a la entrada de la última Pascua. Pero ¿se trata de un verdadero viaje?

414. Para contestar es preciso tener en cuenta algunos hechos. En primer lugar, semejante «viaje» habría sido de una lentitud excepcional, ya que se iniciaría a principios de otoño, alcanzando la meta sólo en la

era siguiente. Más que a un viaje, pues, equivaldría a una peregrivaga a través de zonas ocasionales y sin una meta urgente. Además, elato de este «viaje» se repite por segunda y tercera vez que Jesús camino de Jerusalem (Lucas, 13, 22: 17, 11), ciudad que sin emnunca es alcanzada entonces. Sólo la cuarta vez, cuando se concl propósito de llegar a la meta (18, 31), ésta es efectivamente ela (19, 28 y sigs.). ¿Por qué, pues, tan repetidos anuncios, no idos para la claridad del discurso y que nada añaden de nuevo? dquirirían quizá un significado preciso si los considerásemos como tes a distintos viajes a Jerusalem, más que como confirmaciones de p viaje? Así se ha pensado, en efecto, haciéndose notar que el indente Juan coloca precisamente en este período los viajes de Jesús sistir a la fiesta de los Tabernáculos, a la de la Dedicación y a la última Pascua (1).

n embargo, esta presunta correspondencia entre los viajes menores cas y los explícitos y distintos de Juan, además de ofrecer algunas tades topográficas y cronológicas, parece tener en su contra las misilabras con que Lucas anuncia al principio su «viaje» mayor: Ocurrió is, al cumplirse los días de su asunción (de Jesús), que decidió renente (literalmente: afianzo el rostro) ir à Jerusalem (Lucas, q. 51). palabras indican con claridad que el viaje anunciado deberá concluir muerte de Jesús y su siguiente asunción (ἀνάληψις) a la gloria; pero nos induce a suponer que esta conclusión del viaje sea más bien ógica que lógica, o sea que en este último período de la vida de Lucas se atenga más a la sucesión de los días que a la inminente a suprema de Jesús y a su triunfo siguiente. Además, en el «viaje» de Lucas encontramos situados hechos y discursos de Jesús que y Marcos colocan en otro contexto, es decir, durante la actividad ais en Galilea: y en esta divergencia, si bien la mayoría de las veces preferible Lucas respecto a la serie de los sucesos, es muy posible Iguna rara vez haya de concederse esta preferencia a Mateo y Marcos.

115. Bien ponderado todo, no parece justificado hablar de un «viaayor de Lucas bajo el aspecto cronológico y geográfico. Este «viaje»
más que una yuxtaposición o composición literaria, formada con
ntos de otros viajes realizados por Jesús en este tiempo y aumentada
ás con otros varios elementos recogidos sin preocupaciones cronológicas
gráficas, sino sólo conceptuales y lógicas (2). Los viajes menores de

⁾ Se lus conjeturado posible una correspondencia entre Juan y Lucas del modo si-Lucas, 0, 71 - Juan, 7, 10; Lucas, 13, 22 - Juan, 10, 22-30; Lucas (17, 11), - Juan, 13, 12. Oliza conjeturas se basan sobre otras hipotéticas correspondencias. 1) Ya hicimos observar que esta norma de composición de los evangelistas ha sido cida por los Santos Padres y por los antiguos eruditos católicos mucho antes que por ticos modernos (§ 378). Añadamos aqui estos pasajes de San Agustín: Fieri potest ut elista) postes narraverit, non quod postes factum erat, sed quod prius protestinas en mensus evangelist., 11, 17, 39). Non enim post quod narratur, post hos etiam factum

Jesús que proporcionan el material necesario para esta narración global, pueden muy bien ser los viajes distintamente recordados por Juan. Sin embargo, Lucas, al utilizar el material, no pretendió trazar una distinta y minuciosa narración cronológica, sino que sólo procuró presentar la realidad de los hechos de manera tal que resultase una conclusión apropiada y una digna coronación a la precedente actividad de Jesús, quien se acerca con serena conciencia de lo que va a ocurrir, a la prueba suprema que le espera en Jerusalem, superada la cual prueba, alcanza su asunción a la gloria. Este objeto conceptual y lógico, mucho más que el crono-histórico y analítico, era el que respondía a los propósitos de la primitiva catequesis, y especialmente de la de Pablo, seguida helmente por Lucas (§ 185 y sigs.).

A LA FIESTA DE LOS TABERNACULOS

416. Terminaba el verano del año 20 y con el otoño se acercaba la alegre y popular fiesta de los Tabernáculos (§ 76). Si Jesús había estado la vez anterior en Jerusalem por la fiesta de Pentecostés (§ 384), hacía cuatro meses que faltaba de la ciudad santa; en este tiempo su labor en Galilea había encontrado pésima correspondencia, por lo que decidió alejarse de allí. Pero ¿a dónde ir? La meta le fué con celo sugerida por aquellos sus «hermanos» que no creían en él (§ 264). Habían ellos notado muy bien los mezquinos resultados obtenidos por su pariente tras tanto afanarse en Galilea y por otra parte le habrían visto con gran satisfacción al frente de una riada de pueblo bien encuadrado y dirigido resueltamente hacia Jerusalem; allí era a donde había que encaminarse para aturdir con obras a aquellos insignes doctores si se querían resultados decisivos, mejor que perder el tiempo prodigando milagros ante aquellos montañeses de Galiles. Le dijeron, pues, sus hermanos: «Trasladate de aqui y vete a Judea, para que también tus discipulos (de alli) vean las obras tuyas que haces. Porque nadie hace algo en secreto, y busca ser públicamente conocido. Si haces esas cosas, muestrate a ti mismo al mundo». Poraue ni siquiera sus hermanos creian en él (Juan. 7. 3.5).

Jesús había ya pensado también en Jerusalem; pero precisamente aquella sugestión de su «hermanos», dictada por muy diversas consideraciones, sirvió de momentáneo obstáculo a la realización de sus planes. Ellos

necessa est intellegatur. Nimirum tamen iste hoc recolusse intelligitur, quod prius omiserat. Quid autem interest quis quo loco ponat, sive quo ex ordine inserit, sive quod omissum recolit, sive quod fostea factus ante praoccupat, dum tamen non adversetur eadem vel alia narranti nec sibi nec alterit... Nullius in potestate est, quamvis optime fideliterque res cognitas, quo quisque ordine recordatur (lbid., st., 21, 31). Quis autem non videat superfluo quari, quo illa ordine Dominus diserit, cum et hoc discere debeamus per Rvangelistarum excellentissimam auctoritatem, non esse mendacium si quisquam non hoc ordine cuissquam sermonem digesserit quo ille a quo processit, cum ipsius ordinis nihil intersit ad rem sive ita sive ita sit? (lbid., 11, 30, 86).



Fig. 75. — LA FIESTA DE LOS TABERNÁCULOS EN EL ISRAEL ACTUAL

de Palestina. Jesús, al contrario, pensaba que precisamente el estre de aquel estrépito era un motivo para rechazar el consejo. En consecuencia, los «hermanos», junto con los demás peregrinos galileos, marcharon e Jerusalem y Jesús continuó todavía en Galilea. Sin embargo, cuando las caravanas de sus parientes (§ 261) habían partido ya, se puso también en camino hacia la ciudad santa no manifiestamente, sino como en secreto (Juan, 7, 10).

417. El itinerario elegido por Jesús fué el más breve, es decir, el que bajaba por el centro de Palestina, atravesando Samaría. Los samaritanos, con su inveterado rencor, aprovechaban de buena gana la ocasión de aquellos grandes tránsitos de peregrinos israelitas para inferirles molestias de todas clases, sin excluir lesiones y aun muertes. Cierto que antaño Jesús había encontrado buena acogida entre los samaritanos, pero sólo entre los de Sicar (§ 294), y ello hacía más de un año y medio, de modo que no cabía contar mucho con aquellas antiguas disposiciones amistosas. Así, para prevenirse, envió ante sí algunos discípulos a fin de que preparasen alojamiento en un villorrio innominado de la zona peligrosa. Pero sucedió lo que temiera, porque los samaritanos de aquel lugar, conociendo que se trataba

de galileos en camino hacia Jerusalem, no quisieron darles hospitalidad. Ante acto tan inhumano, los hermanos Santiago y Juan, inflamados de atrevido celo, recordaron haber recibido de Jesús la potestad de obrar milagros para difundir el reino de Dios, y pidieron a Jesús que les permitiese hacer descender fuego del cielo para reducir a cenizas aquellos malvados. Mas él, volviéndose, les reprendid. Y fueron a otro pueblo (Lucas, 9, 55-56, griego) (1). ¿Acaso no sería aquel otro pueblo precisamente Sicar?

418. Entre tanto, las primeras caravanas de galileos habían llegado a Jerusalem. Los habitantes de la ciudad recordaban el hecho de Bezetha, ocurrido pocos meses antes (§ 384), y preguntaron en seguida si no llegaba también Jesús. Y decían: «¿Dónde está aqué!?» Y había mucho murmullo sobre él en la multitud. Unos decían: «Es bueno». Y otros decían: «No, sino que engaña a la gente». Mas ninguno hablaba de él con franqueza, por miedo a los judios (Juan, 7, 11-13). Esta escena vívidamente histórica, aunque debida al evangelista a quien se quiere hacer pasar por un abstracto alegorizante, demuestra que la precedente visita de Jesús a Jerusalem había dejado huellas bastante profundas, suscitando simpatías y antipatías. De pronto, transcurrida ya la mitad de los ocho días que duraba la fiesta de los Tabernáculos, se supo que Jesús había llegado y estaba enseñando en el atrio del Templo (§ 48). Allí corrieron admiradores y detractores, porque todos indistintamente reconocían su eficaz elocuencia.

Pero los detractores comenzaron al punto por una cuestión de prejuicio: no podía ser verdaderamente docto y sabio quien no había frecuentado las escuelas de los grandes rabinos y escribas, adiestrándose según sus métodos. De aquí que aquellos antagonistas preguntasen con desconfianza: ¿Cómo sabe éste de letras, no habiendo sido enseñado? Había que desconfiar de aquel autodidacto que en materia religiosa osaba separarse de la «tradición». Jesús respondió: «Mi doctrina no es mía, sino de Quien me envió. Si alguno quiere hacer Su voluntad, conocerá acerca de la doctrina si es de Dios o (si) hablo por mi mismo. Quien habla por si mismo busca la gloria propia; y quien busca la gloria de Aquél que le envió, este es veraz e injusticia no hay en él. ¡Acaso no os dio Moisés la Ley y ninguno de vosotros practica la Ley? ¡Por qué buscáis matarme?» Respondió la turba: «¡Demonio tienes! (§ 340). ¡Quién busca matarte?» Respondió Jesús y les dijo: «Una sola obra hice y todos os extrañáis. Por esto Moisés os dió la circuncisión — no que sea (instituida) por Moisés, sino por los padres — y en sábado circuncidáis a un hombre. Y si un hombre recibe la circuncisión en sábado a fin de que no sea abolida la Ley de Moisés, ¿(cómo) os enojáis conmigo porque sané del todo a un hombre

⁽¹⁾ Algunos códices añaden a la proposición de hacer descender fuego celeste: como hizo también Elias. Otros a reprendió agregan: y dijo: «¡No sabéis de qué espíritu sois! El hijo del hombre no vino para perder las almas de los hombres, sino para salvarlas». Estas palabras son juzgadas comúnmente como interpolaciones de origen marcionita y por esto se las excluye de las modernas ediciones críticas. Por lo demás, su concepto esencial está ya contenido en el precedente les reprendió.

en sábado? No juzguéis según apariencia, sino juzgad con justo juicio» (Juan, 7, 15-24).

419. La discusión se refería a la curación de Bezetha y a las objeciones formuladas por los fariseos. Jesús, sin responder a las diatribas rabínicas ni replicar a la ofensa de tener un demonio, procura hacer penetrar a sus contradictores más adentro en el verdadero significado de la Ley mosaica. Y la disputa continuó, tanto que algunos de Jerusalem, sabiendo los vientos que corrían por la ciudad, se preguntaban: ¿No es éste aquel a quien quieren matar? Y sin embargo, he aquí que habla en público y no le dicen nada. ¿Habrán acaso nuestros jerarcas reconocido que es el Mesías? Pero nosotros sabemos de dónde es éste, mientras cuando venga el Mesías nadie sabrá de dónde sea. — Era, en efecto, opinión difundida que el Mesías debía ser descendiente de David y nacer en Bethlehem (§ 254), pero también que aparecería inopinadamente después de permanecer mucho tiempo en absoluto retiro en un lugar desconocido para todos (1). En cambio se sabía muy bien el lugar de morada habitual de Jesús. Y en consecuencia, éste no podía ser el Mesías.

Jesús, pues, responde apelando una vez más a su origen preterreno y a la autoridad de quien le enviaba: Me conocéis y sabéis de dónde soy. Y (sin embargo) de mí (solo) no he venido, pero es verdadero (ἀληθινός) Aquél (que) me envió a quien vosotros no conocéis. (Pero) yo le conozco, porque de El soy y El me envió (Juan, 7, 28-29). Estas palabras fueron pronuntal so por Jesús en alta voz (ἔκραξεν), como declaración solemne, y como fal fué entendida por sus adversarios, quienes la interpretaron — muy justamente — como una declaración de existencia preterrena y divina. Mas tal declaración era blasfemia para ellos y así, escandalizados, trataron, en un arrebato, de realizar en seguida su antiguo proyecto de apoderarse de Jesús. Pero aun no había llegado su hora, observa el evangelista espiritual, y ninguno le puso la mano encima. Los adversarios, en efecto, quedaban contrapesados por los admiradores. Estos, tomando ánimos, a pesar de los vientos peligrosos que corrían, entraron en discusión haciendo notar: Cuando venga el Mesías, ¿obrará más milagros que éste?

Ello era una llamada a la realidad. El alegato de los milagros, tan decisivo y por eso buscadísimo hace veinte siglos igual que hoy, obtuvo buen efecto y muchos creyeron en él. Pero los adversarios que querían apoderarse de Jesús no se resignaron y recurrieron a los magistrados del Templo para que prendiesen legalmente a Jesús. No obstante, la actitud resuelta de los admiradores de Jesús debió desaconsejar un acto tan peligroso, ya que podía dar lugar a uno de los tumultos que a menudo estallaban en los atrios del Templo. Y mientras los guardianes rondaban cerca de Jesús, éste repetía a sus adversarios: Aun breve tiempo estoy con vosotros y voy

⁽¹⁾ Véase Justino, Dial. cum Tryph., 8 y 110. Otros testimonios en Strack y Billerbeck, op. cit., vol. 11, pág. 489.

(luego) a Aquél que me envió. Me buscaréis (entonces) y no (me) encontraréis; y adonde yo estoy vosotros no podéis venir. Jesús volvía a referirse a su precedente afirmación de su origen y procedencia divinos Los adversarios, rechazando esta idea, se encontraron ante una alusión imprecisable y se preguntaban entre sí: ¿Querrá quizá ir a la Diáspora judía en el extranjero para enseñar allí a los paganos?

420. Entre tanto, durante la octava de los Tabernáculos tenía lugar a diario la procesión que iba a buscar el agua a la fuente de Siloé (§ 76). El último día, que era el más solemne, Jesús, tomando ocasión de la ceremonia, hizo aplicación de ella a sí y a su doctrina: Si alguno tiene sed, venga a mí y beba. Ya antes había hablado de cierta agua a la samaritana; pero también seis siglos antes se refirió a la misma agua un profeta, haciendo pronunciar a Dios este lamento:

Dos males ha cometido mi pueblo: me abandonaron a mi, manantial de agua viva, para excavar cisternas agrietadas, cisternas que no conservan agua (1).

También esta vez Jesús había hablado en alta voz (ἔκραξεν) en tono de declaración solemne, y tal declaración suscitó de nuevo entre la multitud las disputas de días antes. Algunos admiradores afirmaban: ¡Este es en verdad el profeta! — Otros: Es el Mesías. — Pero los adversarios contestaban: ¿Cómo Mesías? ¿De Galilea ha de venir el Mesías? ¿Acaso no ha de venir de Bethlehem, como descendiente de David? — Los guardianes del Templo trataron otra vez de apoderarse de Jesús, pero quedaban cohibidos ante su potencia espiritual. Censurados por los magistrados y fariseos en vista de que no le prendían, los guardianes contestaron con sencillez: Nunca un hombre habló de la manera que habla este hombre (Juan, 7, 46). Los fariseos replicaron, sarcásticos: ¿También vosotros estáis engañados por él? ¡Mirad a ver si alguno de nuestros hombres graves o de nosotros, los fariseos, ha creído en ese hombre! Pero esta chusma, que no conoce la Ley, son unos malditos. — Los malditos de la chusma que admiraban a Jesús constituían el abominable «pueblo de la tierra» (§ 40).

En la discusión participó también el cauto Nicodemo, que era de los que «permanecían indecisos» (§ 290). Nicodemo tuvo el valor de apelar a la legalidad recordando: ¿Acaso nuestra Ley juzga a uno sin escucharle antes y saber lo que hace? — Pero a Nicodemo se le contestó igualmente con sarcasmos: ¿Acaso eres tú también de Galilea? Investiga y verás que de Galilea no sale profeta. — El espíritu regionalista de los judíos servía de vanguardia al espíritu nacionalista de los gentiles. Unos y otros concordarían más tarde en que «de Galilea no sale profeta» y

⁽¹⁾ Jeremias, 2, 13. El texto hebreo ha sido rítmicamente corregido.

oronunciarían su sentencia sin oír al acusado ni averiguar lo que había secho.

421. Otra circunstancia de la fiesta ofreció ocasión a Jesús para resentarse y presentar su doctrina. Desde el atardecer del primer día de os Tabernáculos, el pueblo acudía al atrio externo del Templo llevando amos de palma, mirto y sauce. Apenas descendía la obscuridad, los sacerlotes encendían grandes lámparas suspendidas en altísimos candelabros y a multitud encendía al punto innumerables luces de todos géneros. Entre sta iluminación se desarrollaban alegres festejos, en los que ocupaban el rimer lugar danzas ejecutadas en medio del atrio, mientras los levitas alileados en las gradas del atrio interior cantaban himnos sacros. Las danzas ran ejecutadas especialmente por los doctores más célebres y hombres nás graves de la nación, quienes danzaban a portía con antorchas entendidas en la mano (Sukkah, v, 1-4; Sukkah babli, 50 a-b, 53 a-b). Los iulgores de aquella alegre noche permanecían en las retinas de las muthedumbres en fiesta durante la octava siguiente. En uno de aquellos días lesús hizo aplicación de la ceremonia a sí mismo. No se nos dice qué día sucedió esto, pero cuando Juan (8, 12-59) coloca este episodio después de los demás de la misma fiesta lo hace probablemente porque ve en él una oportuna preparación al episodio siguiente del ciego de nacimiento, que recibe luz de Jesús.

Un día, pues, en el aula del Tesoro, contigua al «atrio de las mujeres» § 47), Jesús dijo a los judíos: Yo soy la luz del mundo. Quien me sigue no camina en las tinieblas, sino que tendrá la luz de la vida. Así como antes hablara del agua refiriéndose a la ceremonia de los Tabernáculos, ahora hablaba de la luz haciendo análoga referencia. Los fariseos respondieron que nadie estaba obligado a prestarle fe, puesto que él sólo se remitía a su propio testimonio, y su testimonio no era veraz. Siguió a esto una discusión (comp. Juan, 8, 20-21, con 8, 30-31), que debe leerse completa en el texto original. Las afirmaciones fundamentales de Jesús son las que siguen.

422. El testimonio de Jesús está garantizado por su Padre celeste; pero los judíos no conocen al Padre, puesto que no conocen a Jesús. Y el tiempo apremia: Jesús va a alejarse para siempre de los judíos y ellos morirán obstinados en el pecado de no haber reconocido su misión. Ellos pertenecen a las cosas de abajo (ἐκ τῶν κάτω) y del mundo, y Jesús a las de arriba (ἐκ τῶν ἄνω) y no del mundo. Entonces los judíos le dirigen irónicamente la misma pregunta ya hecha a Juan el Bautista (§ 277): ¡Τύ quién eres? Jesús responde: En primer lugar, (soy) lo que precisamente os estoy diciendo (1). La frase elude una declaración precisa y neta,

⁽¹⁾ Juan, 8, 25: τὴν ἀρχὴν ὅ τι καὶ λολῶ ὑμῖν(;). La frase es muy difícil y diversamente interpretada (incluso en sentido interrogativo) ya desde los antiguos expositores. Véanse las observaciones filológicas de los comentaristas modernos.

esperada por los judíos para poder entregarse a violencias contra Jesús. como en efecto ocurrirá al fin de la disputa. Jesús prosigue y dice que cuando los judíos hayan levantado (en la Cruz) al hijo del hombre, entonces conocerán que él es el «hijo del hombre», fiel ejecutor de la misión recibida del Padre.

Esta total entrega a la voluntad del Padre impresionó a muchos de los oyentes, que creyeron en él. Jesús se dirige a los nuevos creyentes, aun cuando en seguida se interponen los que continúan adversos. Aceptando las enseñanzas de Jesús — dice él — se obtiene la verdadera liberación, y ésta consiste, no ya en ser descendientes de Abraham, sino en la exención del pecado. Quien sea verdadero descendiente de Abraham, que cumpla las obras justas de Abraham y no trate de matar a Jesús, enviado por el Padre celestial. No basta — como hacen los adversarios — proclamarse hijos de Dios: es necesario también amar a Jesús y aceptar sus enseñanzas, porque ha salido de Dios y es enviado por £l. Quien no escucha las palabras de Jesús demuestra tener por padre al diablo, que fué homicida desde el principio y es padre de la mentira. Si Jesús dice la verdad, ¿por qué no se le cree? ¿Quién puede convencerle de pecado? Quien es de Dios, escucha la palabra de Dios, y por ello los adversarios no escuchan a Jesús. porque no son de Dios.

423. En este momento la lucha se torna más áspera. Los judíos, acusando los golpes recibidos, no reaccionaron con argumentos demostrativos, sino con injurias. Replicáronle, pues: «¡No decimos bien que eres samaritano (§§ 4, 417) y tienes demonio?» Jesús respondió: «Yo no tengo demonio, sino honro a mi Padre y vosotros me deshonráis. Yo, al contrario, no busco mi gloria; hay quien (la) busca y (sobre eso) juzga. En verdad, en verdad os digo (que) quien haya guardado mi palabra no verá muerte jamás». Y los judios le dijeron: «Ahora hemos conocido que tienes demonio. Abraham murió, y (también) los profetas, y tú dices: "Quien haya guardado mi palabra no gustará (la) muerte jamás". ¡Acaso eres tú mayor que nuestro padre Abraham, que murio? También los profetas murieron. ¿Quién pretendes ser?» Jesús respondió: «Si yo me glorifico a mi mismo, mi gloria no es nada; es mi Padre quien me glorifica, de quien vosotros decis: "Es nuestro Dios". Y no le conoceis, mientras yo le conozco, v si dijere que no le conozco, seré semejante a vosotros: mendaz. Pero le conozco y su palabra guardo. Abraham, vuestro padre, exultó por ver mi día. y (lo) vió y gozó (en su corazón)». Dijéronle, pues, los judios: «Cincuenta años aun no tienes, jy has visto a Abraham?» (§§ 176, 182). Jesús les dijo: «En verdad, en verdad os digo (que) antes de que Abraham fuese, yo soy».

La discusión ha terminado. Jesús se ha proclamado anterior a Abraham, y por lo tanto a todo el judaísmo, del que Abraham es primera cabeza. O se acepta la afirmación de Jesús y se cree en él, o se proclama que Jesús es inferior y posterior al hebraísmo y por lo tanto está sometido a sus leyes. Ahora bien: según la Ley hebrea (Levítico, 24, 16) el blas-

femo debe ser lapidado, y de aquí que los judíos, según los cuales Jesús ha blasfemado proclamándose anterior a Abraham, pasan a aplicar la Ley. Cogieron, pues, piedras para tirarlas contra él. Mas Jesús se escondió y salió del Templo.

LA MUJER ADÚLTERA

424. También en ocasión de la fiesta de los Tabernáculos se sitúa el episodio de la mujer adúltera, colocado precisamente después del discurso del agua simbólica y antes del discurso de la luz simbólica (Juan, 7, 53: 8, 11). Pero sobre el episodio gravita la célebre cuestión de cómo fué transmitido; cuestión que surge de los hechos siguientes.

El relato del episodio falta en los más antiguos códices griegos unciales (salvo en el debatido códice D, del siglo vi) y en muchos minúsculos, asi como también en las antiguas versiones siríacas, copta y armenia y en algunos de los códices más autorizados de la versión latina pre-jeronimiana. Entre los antiguos escritores cristianos, callan el episodio todos los griegos hasta el siglo XI, y lo ignoran también los latinos más antiguos, como Tertuliano. Cipriano e Hilario, mientras hacia fines del siglo iv y en el v lo conocen Paciano de Barcelona, Ambrosio, Agustín y a continuación otros, más numerosos cada vez. Varios códices griegos, ora unciales, ora especialmente minúsculos, o bien dejan un espacio en el lugar donde debía ir el relato del episodio, o bien lo narran, pero señalándolo con un asterisco que indicaba los pasajes añadidos posteriormente y controvertidos). Los códices que contienen la narración ofrecen una cantidad excepcional de variantes textuales, fenómeno usual en los pasajes discutidos. Se ha notado también que el relato a la par que encierra expresiones lingüísticas extrañas al estilo habitual de Juan, es, en cambio, afín al de los Sinópticos e interrumpe la concatenación lógica entre los dos discursos del agua y la luz simbólicas. Esta brusca interrupción debió ser advertida en la antigüedad, puesto que un códice griego coloca el relato, no en su puesto acostumbrado, sino después de Juan, 7, 36; algún otro lo relega al final del 1v evangelio (después de 21, 24), y cuatro códices (grupo Ferrar) lo transfieren a otro evangelio, colocándolo después de Lucas, 21, 38.

En cambio contienen el episodio seis unciales griegos menos antiguos (además del antedicho D) y muchos mínúsculos. Lo insertan también varios códices de la versión latina pre-jeronimiana, los de la Vulgata, la etiópica y algunos recientes de otras versiones. De otra parte, según resulta con mucha probabilidad de una noticia de Eusebio (Hist. eccl., III, 39, 17), parece que el episodio era conocido de Papías (§ 114), o sea que ya estaba divulgado en los primeros veinte años del siglo II.

425. ¿Cómo resolver la cuestión? ¿Se debe a una supresión la ausencia del relato o se debe su presencia a una añadidura?



EL LAGO TIBERIADES

San Agustín (De coniug. adult., 11, 7, 6) escoge la primera alternativa, juzgando que el episodio ha sido suprimido en los códices por hombres de poca fe, que temían peccandi impunitatem dari mulieribus suis (fuese dada a sus mujeres impunidad de pecar). Sólo que tal razón, más psicológica que histórica, no es convincente, en primer término porque, como observa el propio San Agustín, ningún permiso para pecar fué dado por aquel Jesús qui dixit: Iam deinceps noli peccare (que dijo: Ya no peques más en adelante), y además porque históricamente no es verosímil que simples fieles, laicos y casados, tuviesen tanta autoridad en la Iglesia de los primeros siglos como sería necesaria para hacer suprimir en las Sagradas Escrituras un pasaje de tal amplitud e importancia. La Iglesia era, en efecto, muy celosa en el cuidado de preservar intactas las Santas Escrituras, tanto de interpolaciones como de supresiones. Por lo demás, ¿cómo y cuándo se habría podido efectuar una supresión tan radical que eliminara todo vestigio del relato en todos los códices originales hasta mediados del siglo IV?

Hay que convenir, no obstante, en que los argumentos en favor de la narración poseen innegable peso, lo cual es reconocido incluso por los críticos radicales, que consideran el episodie como fragmento antiquísimo de la tradición evangélica (Loisy), o como perla perdida de la antigua tradición y casualmente recuperada (Heitmüller). Otro tanto dicen los más autorizados eruditos católicos, para quienes, naturalmente, el relato es inspirado y forma parte de las Sagradas Escrituras canónicas. Entre ellos, un editor neotestamentario precisamente concluye sus investigaciones diciendo que en el 1v evangelio el relato de la adúltera es evidentemente una parte añadida... si bien su alta antigüedad sea indiscutible; en virtud de lo cual el relato debe ser enumerado entre las más preciosas perlas de la tradición; pero cuál fuera el primitivo origen del pasaje y cómo encontrara el camino para entrar en el evangelio de Juan, es cuestión que permanece totalmente insolucionada (Vogels).

¿Procede, la narración, del texto arameo de Mateo? (§ 114). ¿Sería más bien una noticia solitaria escrita según el estilo de Lucas? En favor de esta última conjetura habla el propio carácter del relato, que es de una misericordia infinita y muy digno del scriba mansuetudinis Christi (§ 138). Pero desde el punto de vista documental debemos confesar nuestra ignorancia.

426. Un día, quizá durante la octava de los Tabernáculos, Jesús, después de pasar la noche en su predilecto Monte de los Olivos, bajó de mañana temprano, atravesó el Cedrón, se dirigió hacia occidente y entró en el Templo. El pueblo corrió hacia él en el atrio exterior y él, sentándose, comenzó a enseñar. De pronto irrumpe en el atrio un grupo de escribas y fariseos seguidos por un grupo de gente. Miran en torno suyo por todo el atrio, y al ver el círculo de los que rodean a Jesús y le escuchan, vanse directamente hacia allí. Abrense paso entre la multitud, interrumpiendo la predicación, y entonces de entre la gente que sigue a escribas y fariseos

se adelantan dos o tres hombres arrastrando a una mujer reluctante, y con un último empellón la lanzan en el espacio que ha quedado vacío entre ellos y el orador. La maltratada mujer, cubriéndose el rostro con

Fig. 76. - EL VALLE DEL CEDRÓN

las manos por la vergüenza, se acurruca en tierra como un montón de andrajos. Los escribas y fariseos explican a Jesús lo sucedido. Se trata de una mujer sorprendida en flagrante adulterio. El cómplice, como suele suceder (Daniel, 13, 39), parece haber logrado huir; pero la mujer ha sido apresada. Como no puede negar el flagrante delito, debe sufrir el castigo legal. Moisés en la Ley ha ordenado que las mujeres en tal caso sean lapidadas (Deut., 22, 23 y sigs.; comp. c. Levítico, 20, 10). ¿Qué piensa, pues, el maestro? ¿Cómo se debe obrar con esta delincuente?

El evangelista advierte a continuación: Decían esto para ponerle a prueba, para tener (motivo de) acusarlo. Ciertamente lo podíamos imaginar así, aun sin la advertencia del evangelista.

La ocasión, a todas luces, era magnífica para los fariseos. En primer término, aquel recorrido por la ciudad arrastrando consigo la mujer temblando y llorosa, les permitía desempeñar el papel glorioso de custodios exactísimos de la Ley y celosos guardianes de la moral. El delito debía ser juzgado por el Sanhedrín (§ 59), pero ¿qué ventaja les habría reportado conducir directamente la mujer al Sanhedrín sin tanto estrépito y clamor? Si todo se hubiera realizado con modesta reserva, nadie habría podido apreciar los méritos de escribas y fariseos. Además, semejante despliegue de fuerzas ofrecía otra excelente oportunidad. Allí estaba aquel Rabí galileo que, con

su ostentosa independencia de los grandes maestros de la Ley y con su creciente autoridad sobre el pueblo, merecía una lección pública y solemne, precisamente sobre una cuestión legal. El caso de aquella mujer resultaba muy a propósito para darle la oportuna lección. Antes de entregar la mujer al Sanhedrín había que someter el caso a Jesús, para saber su criterio: ¿se debía lapidar a aquella adúltera o no? Si respondía que no, se manifestaría como un revolucionario, como un subversivo del orden público y abolidor de la Ley mosaica. Si contestaba que fuesen inexorables y se procediera a la lapidación, perdería su autoridad sobre el pueblo, obtenida gracias a sus preceptos de misericordia y bondad. La ocasión, pues, era admirable. Los fariseos la aprovecharon para dar batalla a Jesús.

427. La batalla fué aceptada. Jesús, serenamente sentado como antes, interrumpió la predicación y escuchó el relato del caso. Cuando los acusadores de la adúltera concluyeron, no respondió palabra, sino que, como hombre que no tiene nada que hacer y trata de matar el tiempo, se inclinó hacia tierra y comenzó a trazar con el dedo en el pavimento signos de escritura. Su actitud daba a entender que él no tenía nada que contestar y que entretenía el tiempo hasta que se diese por acabada la cuestión. Los acusadores esperaron un rato; Jesús seguía trazando signos en el suelo. Ellos repitieron la acusación, renovaron la pregunta, esperaron más. Sólo al cabo de algún tiempo Jesús se irguió lentamente, dirigió la mirada a los acusadores, a la mujer, a la multitud y luego dijo con sencillez: Quien de vosotros esté sin pecado, lance el primero (una) piedra sobre ella. Dicho esto, como la cosa más natural de este mundo, se inclinó hacia tierra otra vez y volvió a trazar signos. Todo había terminado, y ni siquiera debió haber comenzado nunca. El interpelado era y se mantenía extraño a la cuestión propuesta por aquellos acusadores en tales circunstancias. Jesús prefería trazar figuras y si había dado aquella respuesta había sido cediendo a sus instancias. Podían obrar, siempre que se conformasen a la norma que acababa de darles.

Pero aquella norma les afectaba íntimamente. No se trataba de juzgar sobre un elegante caso jurídico, tal que el de resolver cuántos azotes debía recibir el dorso ajeno, o qué altura había de tener el palo en que se colgara el cuerpo del prójimo. Tratábase de un juicio íntimo, de un tribunal invisible en que juez y acusador eran el mismo: el tribunal de la propia conciencia. En realidad habría sido muy fácil contestar a aquel Rabí: Yo estoy sin pecado y por lo tanto lanzaré una piedra el primero. — Pero con Jesús no era prudente jugar: señor de la naturaleza y escrutador de los espíritus como se había mostrado otras veces, aquel Rabí era capaz de repetir y precisar el apóstrofe del antiguo Daniel a los ancianos del caso de Susana (Daniel, 13, 57) y de contestar ante la multitud al que se dijese sin pecado: ¿Estás sin pecado tú que el día tal con tal mujer casada has hecho esto, y tal otro día has hecho esto otro con tal otra? — No: era demasiado peligroso hurgar en aquel avispero. Y por eso, ellos, cuando

bieron oído, salieron uno por uno (ɛl̄s x29° ɛl̄s), comenzando por los más cianos, y fué dejado solo Jesús y la mujer que estaba en medio. Y levandose Jesús, le dijo: «Mujer, ¿donde están? ¿Ninguno te condenó?» Y ella tonces dijo: «Ninguno, señor». Dijo entonces Jesús: «Tampoco yo te rideno. Vete y desde este momento no peques más».

El que vino, no a abolir la Ley de Moisés, sino a completarla (§ 323), había violado aquella Ley y además había llegado a su espíritu íntimo. el espíritu íntimo de toda ley honrada no puede ser otro que el de artar del mal y encaminar al bien. La justicia quedaba sublimada en

misericordia.

L CIEGO DE NACIMIENTO

428. Después del discurso sobre la luz espiritual, terminado sin ecto y con una tentativa de lapidación, Juan narra inmediatamente una ifusión de luz material que sí obtiene efecto, es decir, la curación del ego de nacimiento, hecho que debió suceder algo más adelante, después ue la fiesta de los Tabernáculos había terminado hacía algún tiempo y hervor de los ánimos estaba algún tanto calmado.

Un sábado, Jesús pasó junto a un ciego de nacimiento que pedía mosna, quizá en las inmediaciones del Templo. Reflexionando sobre



Fig. 77. — El Canal subterrâneo de Siloé

aquel infeliz, los discípulos que acompañaban a Jesús le preguntaron: Rabi, ¿quién pecó, éste o sus padres, para que naciese ciego? Se advierte en esta pregunta la vieja opinión hebraica de que el mal físico era siempre consecuencia y castigo del mal moral, opinión anteriormente demostrada falaz por el nobilísimo autor del libro de Job, y que sin embargo persistía tenazmente entre doctos e indoctos. Jesús rechazó la opinión diciendo que ni el ciego ni sus padres ha-

bían pecado y que aquel caso singular se había permitido a fin de que se manifestase la misericordia de Dios. Mientras (yo) estoy en el mundo, luz soy del mundo (Juan, 9, 5). Dicho esto, Jesús escupió en el suelo, hizo

con tierra y saliva un poco de barro, puso el barro sobre los ojos del ciego y luego le dijo: Ve y lávate en la piscina de Siloé. — Aquel hombre fué, se lavó y volvió con vista.

El evangelista espiritual, apenas escrito el nombre Siloam, añade una glosa de sabor místico advirtiendo que ese nombre se traduce enviado. Y en realidad el griego Siloam era el hebreo Shito²h, nombre dado originariamente al canal subterráneo que recogía las aguas de la fuente de Gihon (§ 384) conduciéndolas e introduciéndolas al interior de la ciudad. En virtud de tal función, le había sido dado al canal el susodicho nombre con la significación de enviante del líquido o de (líquido) enviado, y el nombre, naturalmente, se había extendido desde el canal a la piscina en que el canal terminaba (1). Era la piscina de Siloé. El evangelista espiritual que ha hablado del agua simbólica conducida al mundo por Jesús piensa de buen grado en él como líquido sobrenaturalmente enviado en el que debe lavarse todo el género humano privado de luz, como el ciego de nacimiento se lavó en la piscina de Siloé. En ambos casos, el resultado será el mismo.

429. Ocurrida la curación, siguen las inevitables discusiones, porque el curado era un mendigo de oficio, conocidísimo de toda la ciudad, y todos sabían que era ciego de nacimiento, mientras ahora veía. De aquí que algunos dijeran: ¡Sí, es él! — Y otros: ¡No! Es uno parecido al ciego. — Interrogado el mismo, respondía: Soy yo: el mendigo que nació ciego. — Y entonces preguntaban los otros: ¿Cómo se te han abierto los ojos? — Y él, con sencillez: Ese hombre llamado Jesús hizo un poco de barro; me lo puso en los ojos; me dijo: «Ve y lávate en el Siloam»; fuí, me lavé y vi. Esto es todo. — Para profundizar la investigación había, pues, que interrogar al propio Jesús. Y preguntaron al curado si sabía a dónde había ido su curador. El contestó que no lo sabía. El caso era grave, tanto por su importancia en sí como por haber sucedido en sábado, de modo que el curado fué conducido a los fariseos. Los fariseos repitieron iguales preguntas y obtuvieron iguales respuestas. No había duda posible: aquel hombre era el ciego de nacimiento y ahora veía muy bien.

Quedaba de por medio lo del sábado. Y algunos fariseos comentaron: Ese hombre no es de Dios, porque no observa el sábado. — Jesús había en efecto violado el sábado haciendo aquella dedada de barro que pusiera en los ojos del ciego. Pero hubo algunos, algo menos fariseos, que alegaron: Si fuese un pecador, ¿cómo podría cumplir tales prodigios? — Y los dos grupos discordes comenzaron a discutir. Que el ciego estaba curado era cosa cierta, pero no menos cierto que quien hacía una dedada de barro en sábado era un pecador, un impío. un ser execrable, y en conse-

⁽¹⁾ El canal había sido excavado por el rey Ezequías hacia el año 701 a. de J. C. Respecto a las razones que hicieron ejecutar el trabajo, a las circunstancias de tal ejecución y a los hallazgos arqueológicos recientes, véase G. Ricciotti, Historia de Israel, vol. 1, §§ 486-487, Editorial Miracle. Barcelona.

cuencia no podía obrar milagros. No había salida. En aquel aprieto quísose saber, para obtener algún esclarecimiento, el parecer del curado, y se le preguntó: ¿Qué piensas de ese que te ha abierto los ojos? — Y el hombre dijo inmediatamente: Creo que es un profeta.

43(). Mala, malísima contestación. Se juzgó preciso hacer marcha atrás e insistir en las dudas, antes ya eliminadas, sobre la personalidad del curado. Se hizo acudir a sus padres: ¿Es este vuestro hijo? ¿Y nació ciego?



Fig. 78. - LA PISCINA DE SILOÉ

¿Cómo es que ahora ve? - Los dos viejos, atemorizados por aquella corporación de ilustres doctores, se parapetaron tras la realidad de los hechos. declinando toda responsabilidad personal: Que éste es hijo nuestro, es verdad, y también cierto que nació ciego; mas por qué ahora ve ni quién le ha abierto los ojos, son cosas de que no sabemos nada. Interrogadle a él. Es mayor de edad: que responda él mismo de su caso.—Referida esta respuesta, el evangelista advierte: Esto dijeron los padres de él, porque tenían miedo de los judíos. Porque habían acordado ya los judios que si alguno le reconociese Cristo (Mesías), fuera expulsado de la sinagoga. Los viejos eludían el peligro hábilmente y no podía sacarse de ellos nada decisivo. Los inquisidores tornaron entonces a la carga sobre el hijo.

Para ello asumieron un tono exhortatorio y confidencial. Acaso el ciego, conmoviéndose, «cantaría». Le dijeron: ¡Ea, pues! ¡Da gloria a Dios! Nosotros sabemos perfectamente que ese hombre (que te curó) es un pecador. Dinos con franqueza cómo han sucedido las cosas. — El otro respondió:

Si es pecador o no, no lo sé; únicamente sé que yo antes era ciego y ahora veo. — Insistieron los doctores: Pero ¿que te hizo? ¿Cómo te abrió los ojos? — El curado, que se servía de la vista por primera vez para contemplar contra su gusto a aquellos inquisidores, cuando probablemente hubiese preferido irse a mirar visiones más placenteras, comenzó a perder la paciencia: Ya os lo he contado. ¿Para qué queréis oírlo de nuevo? ¿Quizá deseáis también vosotros haceros discípulos de Jesús? — ¡Abrete, cielo! Un diluvio de maldiciones e improperios cavó sobre el impertinente que formulara la irónica pregunta, y le fué devuelta la oprobiosa insinuación: Tú eres discípulo de ese hombre; nosotros somos discípulos de Moisés. Nosotros sabemos que a Moisés le habló Dios; éste en cambio no sabemos de dónde sea (§ 419). — Pero el atacado no se dejó abatir y repuso, impávido: Precisamente lo extraño es esto: que vosotros no sabéis de dónde es y él me ha devuelto la vista. Y es muy cierto que Dios no escucha a los pecadores, sino a los justos y piadosos, como también es cierto que desde que el mundo es mundo nadie ha abierto los ojos a un cicgo de nacimiento. Y si ese hombre no fuese de Dios, no podría hacer lo que ha hecho. — ¡Qué irreverencial A los más insignes representantes de la «tradición» y la ciencia judía pretendía enseñarles aquel insolente bribón que, para colmo, había sido engendrado en culpa, como su ceguera de antes demostraba. Se le respondió, pues, con desprecio: ¿Has nacido todo entero en el pecado y quieres enseñarnos a nosotros? ¡Fuera de aquí! — Y fué puesto en la puerta.

El expulsado encontró a poco a Jesús, quien le dijo: ¿Crees en el hijo del hombre (variante de Dios)? El curado repuso: ¿Y quién es, Señor, para que yo crea en él? Dijo Jesús: Y lo has visto (aludiendo a la curación obtenida) y el que te habla es (precisamente) él. Entonces el curado exclamó: Creo, Señor, y se prosternó ante él. Jesús añadió: Para (hacer) un cernido vine yo a este mundo, a fin de que los que no ven vean y los que ven vuélvanse ciegos. Habiéndose entre tanto acercado algunos fariseos, oyeron las últimas palabras y las interpretaron como alusiones a ellos. Y preguntaron a Jesús: ¿Quizá también nosotros somos ciegos? Jesús respondió: Si fueseis (sólo) ciegos, no tendriais pecado; pero como decís: «Vemos», vuestro pecado persiste. En otras palabras, la ceguera es general; pero se puede curar de ella sólo con reconocer que se padece, mientras nunca curará el que imagine ver, incurriendo así en una ilusión más dañosa que la misma ceguera, porque es su sello séptuplo.

431. La irreductible tenacidad de los judíos al no reconocer la curación del ciego de nacimiento es de una historicidad perfecta y también un fenómeno históricamente normalísimo. Aquellos fariseos señoreaban sobre ciertos pilares propios que a su juicio no debían hundirse jamás aunque se hundiera el mundo entero; la observancia farisaica del sábado, la pertenencia a la asociación farisaica y cosas semejantes, eran sus pilares, desde lo alto de los cuales juzgaban al universo, aprobando lo que fortalecía los pilares y censurando lo que los debilitaba. Así, citan a su tribunal

al ciego curado y a sus padres, investigan sobre los testimonios, acumulan subterfugios, pero no obtienen la explicación deseada. No importa: que

se hunda todo, pero que persistan los pilares.

Confrontando serenamente los hechos, el historiador moderno encuentra que, después de tantos siglos, cierta parte de la humanidad ha cambiado muy poco en sus procedimientos respecto a los datos de la vida de Jesús. Los nombres se han modificado, pero los procedimientos siguen siendo, en substancia, los mismos. Aquellos inquebrantables pilares que antaño se llamaran observancia del sábado, y otros nombres semejantes, hoy se llaman absurdidad del milagro, imposibilidad de lo sobrenatural y cosas por el estilo; pero los pilares, para los efectos prácticos, son los mismos. Se citan ante el tribunal del racionalismo los diversos documentos, se investigan los testimonios, se acumulan teorías y no se obtiene la explicación deseada y sí siempre un Jesús cada vez más sobrenatural (§ 221 y sigs.). Pero no importa: húndase el resto del mundo con tal de que persistan los pilares.

Y así perdura la ceguera, con su sello séptuplo.

EL BUEN FASTOR

432. La curación del ciego de nacimiento y las discusiones relativas a ella tuvieron secuelas, probablemente, varios días después, pero siempre, igualmente, en Jerusalem.

Jesús recurre entonces a una parábola, parcialmente alegorizada (§ 360) y extraída de los usos palestinenses comunes, y parangona su propia actividad con la del buen pastor y la sociedad fundada por él con un redil de ovejas. El redil en Palestina se reduce hoy (y así era, poco más o menos, hace veinte siglos) a un valladillo de piedras donde se reúnen por la noche las ovejas de uno o más rebaños luego de haber pastado durante el día en los contornos. Una puertecilla baja y estrecha abierta en el muro permite a las ovejas entrar y salir una a una, para ser más fácilmente contadas las dos veces. Por la noche, un solo pastor hace guardia en el redil contra los malhechores y las bestias feroces; y hacia el alba, cuando llegan los demás, para recoger su rebaño, el pastor de guardia les abre la puertecilla. Cada nuevo pastor que llega lanza su grito particular y entonces sólo sus ovejas se agolpan ante la salida, pasando por ella una a una y siguiendo luego al pastor en la estepa durante toda la jornada. Las demás ovejas aguardan hasta que oyen el grito particular de su pastor y sólo se dirigen a la salida cuando distinguen aquella voz que luego les guiará durante todo el día. Así, rebaño por rebaño, todas las ovejas salen a través de la única puertecilla, llamagas por las respectivas voces, las cuales a veces, pronuncian los nombres particulares de sus reses predilectas: «¡Tú, "Blanca"!», «¡Eh, "Linda"!» La puertecilla, pues, es el lugar más delicado del redil y la sola que inspira confianza. Cualquiera que no cruce su umbral sino

que salte el muro, muéstrase con eso enemigo, y no puede ser más que un ladrón o una bestia feroz.

Por eso dijo Jesús: En verdad, en verdad os digo (que) quien no entra por la puerta en el redil de las ovejas, sino subiendo por otra parte, ese es ladrón y rapiñador. Mas quien entra por la puerta es pastor de las ovejas; a éste le abre el portero y las ovejas oyen su voz y a las propias ovejas llama por su nombre y las conduce fuera. Y cuando ha conducido fuera todas las propias, camina ante ellas y las ovejas le siguen porque conocen su voz. Empero a un extraño no seguirán, sino que huirán de él, porque no conocen la voz de los extraños.

433. Pero la alusión no fué comprendida, y entonces Jesús insistió: En verdad, en verdad os digo que yo soy la puerta de las ovejas. Todos cuantos vinieron antes de mí, ladrones son y rapiñadores, mas las ovejas no les oyeron. Yo soy la puerta: si por mi entra alguno, será salvado, y entrará y saldrá y encontrará pasto. El rapiñador no viene sino para rapiñar, hacer estragos y destruir: yo he venido para que (las ovejas) tengan vida y abundantemente la tengan. Jesús no explicó quienes fueran tales ladrones y rapiñadores, pero las condiciones históricas de su tiempo bastaban para hacerlos reconocer. Así como los antiguos profetas habían encontrado el máximo obstáculo a su misión y en la actividad hostil de los pseudoprofetas que profetizaban la mentira y... el engaño de su corazón (1), también Jesús, hablando aquí como Mesías, se refiere a la actividad contraria de los pseudopredicadores mesiánicos que pulularon antes y después de él. Flavio Josefo, que los conoció personalmente, describe con estas palabras a los que predicaron bajo el procurador Antonio Félix (52-60 d. de J. C.): Hombres engañadores e impostores, que so apariencia de inspiración divina producían innovaciones y transfornos, inducían a la multitud a actos de fanatismo religioso y la conducian al desierto, como si Dios alli les hubiese mostrado los signos de la libertad (inminente) (Guerr. jud., II, 250). Refiriéndose después a los tiempos del asedio de Jerusalem, el mismo testigo ocular afirma: Muchos eran entonces los profetas que... andaban exhortando a esperar socorro de Dios... Así que el misero pueblo sué entonces engañado por charlatanes y por aquellos que hablaban falsamente en nombre de Dios (ibid., v1, 286-288). Pero el mal era antiguo, y si estalló plenamente en los tiempos aludidos por Flavio Josefo, hallamos en el mismo historiador que se incubaba desde mucho antes y que en los tiempos de Jesús había invadido ya ampliamente la plebe judía. Estos eran los ladrones y rapiñadores que mencionaba Jesús como directos e inmediatos adversarios de él, el Mesías. Si luego afirma que las ovejas no les oyeron, se refiere a la parte buena y sana del pueblo, que en sus tiempos era aún numéricamente la mayor, en tanto que a continuación fué siempre disminuyendo.

⁽¹⁾ Jeremías, 23. 26. Véase toda la larga invectiva de este profeta (23. 9-40) contra los pseudoprofetas, invectiva a la que se podrían añadir otras de otros profetas.

434. Insistiendo aún en el parangón del redil, Jesús continuó: Yo soy el buen pastor (à xalós). El buen pastor da su vida por las ovejas. El mercenario que no es pastor, aquel de quien no son propias las ovejas, ve venir el lobo y deja las ovejas y huye, y el lobo las arrebata y dispersa, porque es mercenario y no le importan las ovejas. Yo soy el pastor bueno, y conozco las mías, y las mías me conocen, como me conoce el Padre y yo conozco al Padre; y doy mi vida por mis ovejas. Y tengo otras ovejas que no son de este redil; y también aquéllas debo guiar, y oirán mi voz y se hará un solo rebaño y un solo pastor.

Jesús, pues, como pastor verdadero y no mercenario, está pronto a perder la vida por los que le siguen. Además, es pastor no sólo de este redil del predilecto pueblo israelita, sino también de otras ovejas, que algún día oirán su voz. Entonces se formará un solo rebaño de los que le siguen, rebaño formado indistintamente por el pueblo de Israel y por otros, y el nuevo rebaño colectivo tendrá por común pastor al Mesías Jesús. Ya los antiguos profetas, tratando de los tiempos del futuro Mesías, habían predicho aquella ampliación del angosto redil de Israel en el que entrarían ovejas de otros rediles:

Al fin de los días, será establecido el monte de la casa de Yahvé sobre la cima de los montes y más elevado que las colinas, y afluirán a él todas las gentes, y acudirán muchos pueblos, diciendo: «Venid, subamos al monte de Yahvé, a la casa del Dios de Iacob. Para que nos enseñe sus caminos y avancemos por los senderos de él; porque de Sión saldrá la lev y la palabra de Yahvé de Jérusalem». Tendrá él juicio entre las gentes, y dará sentencia sobre muchos pueblos, y ellos transformarán sus espadas en azadas, y sus lanzas en hoces; no alzará gente contra gente la espada, ni emprenderán más la guerra. (Isaías, 2, 2-4; comp. c. Miqueas, 4, 1-3.)

Jesús, en fin, concluyó: Por esto el Padre me ama, porque doy mi vida, a fin de que nuevamente (yo) la recobre. Nadie me la quita, sino yo mismo la doy. Tengo potestad de darla y potestad de recobrarla de nuevo. Este mandato recibí de mi Padre.

También estas palabras movieron disensión entre los judíos. Muchos,

acaso la mayoría, las comentaban con desdén, diciendo: Tiene demonio y está loco. ¿Por qué le escucháis? — Otros, sin embargo, replicaban: No. Esas palabras no son de endemoniado. ¿Acaso puede un demonio abrir los ojos a los ciegos? (Juan, 10, 19-21).

EXPANSIÓN DEL REINO DE DIOS EN JUDEA

435. Terminadas las últimas discusiones surgidas con ocasión de la fiesta de los Tabernáculos, Jesús se alejó de Jerusalem. En el bimestre largo que mediaba entre los Tabernáculos y la Dedicación (§§ 76-77), ocurrieron buena parte de los hechos narrados a propósito del llamado «viaje» de Lucas (§ 413 y sigs.), los cuales se desenvolvieron en su mayoría en Judea, que era el nuevo campo de actividad elegido por Jesús después de abandonar Galilea (§ 411). Como ya advertimos, esta narración peculiar a Lucas es sólo vaga y genérica respecto a sus miras cronológicas y geográficas, y ello le imprime un carácter marcadamente anecdótico. Así, de la diversa actividad desplegada por Jesús durante este tiempo para difundir el reino de Dios en Judea sólo tenemos elementos aislados, hechos y discursos, pero no una relación completa y orgánica. Lucas, como diligente colector que fué, sólo nos proporciona las noticias que logró recuperar, ora en su cantidad, ora en sus recíprocas relaciones. Y sobre lo que ignora, calla.

Se nos recuerdan ocasional y conjuntamente tres hombres que quieren seguir a Jesús (Lucas, 9, 57-62). De estos tres. sólo dos son mencionados por Mateo (8, 19-22) y es muy probable que los tres se presentaran en tiempo y lugar diversos, si bien después se les mencione juntos por razones

redaccionales.

436. Uno, que era escriba según Mateo. llégase a Jesús en el camino y dice: Maestro, te seguiré doquiera que vayas. — Acaso pensara el buen hombre que un profeta tan autorizado y poderoso debía poseer morada estable y decorosa, que sirviese de centro de irradiación a su actividad. Jesús le desengaña con franqueza: Las zorras tienen madrigueras y las aves del cielo nidos, pero el hijo del hombre no tiene donde reclinar la cabeza. En otras palabras, el primero en seguir las normas del Sermón de la Montaña relativas a la confianza en la Providencia (§ 331) era precisamente el predicador de aquel Sermón.

A otro que ya formaba parte de los discipulos según Mateo, Jesús mismo le invitó, diciendo: Sigueme. El invitado estaba bien dispuesto, pero antes pidió permiso para ir a sepultar a su padre. Jesús replicó: Sigueme y deja a los muertos sepultar sus muertos, a cuyas palabras Lucas añade: Tú, por el contrario, ve y anuncia el reino de Dios. Mucho se ha discutido sobre este breve diálogo. Algunos han supuesto que el padre de aquel discípulo no estaba muerto en realidad, porque si no el hijo,

según las costumbres judías, estaría junto al cadáver y no con Jesús. Así, pues, lo que habría hecho sería pedir licencia para asistir a su padre en sus días postreros, como aun hoy a fin de expresar esa asistencia se usa la frase afectuosa «cerrar los ojos a los viejos». Pero la explicación. aunque no del todo imposible, parece poco verosímil. Aun menos verosímil es la hipótesis (Perles) según la cual el texto griego resultaría de una traducción defectuosa del arameo, el cual habría dicho originalmente: Deja los muertos al enterrador de sus muertos, suponiendo la lección limqabber («al sepulturero») en vez de lemiqbbar («a sepultar»). Respuesta de este género sólo sonaría bien en boca de Monsieur de la Palisse. Según toda verosimilitud, el padre del discípulo había realmente muerto y Jesus, por otra parte, quiere hacer resaltar la imperiosidad de la llamada al reino de Dios, que podía en ciertos casos pasar por encima de las costumbres más justas. Si la Ley, por razones religiosas, prohibía al sumo sacerdote y al «nazireo» atender al entierro de sus padres (Levitico, 21, 11; Números, 6, 7), con mayor razón el Mesías Jesús podía exigir a los nuncios del reino de Dios la misma libertad, por lo menos, de los vínculos sociales y una entrega total a su oficio. Los que vivían fuera del reino de Dios estaban espiritualmente muertos; y el volver, incluso por breve tiempo, entre aquellos muertos podía ser peligroso para el discípulo: que éste, pues, llamado al reino de Dios, entrase resueltamente en el reino de la vida sin volverse atrás a mirar el cementerio del mundo.

Esta es, en substancia, la exhortación dirigida también al tercer postulante. Este dice a Jesús: Señor, te quiero seguir; pero antes déjame que vaya a despedirme de los de mi casa. — Jesús responde: Ninguno que ponga la mano sobre el arado y mire atrás es apto para el reino de Dios. Así como el arador que gobierna el arado no trazará surcos derechos si mira atrás, así quien mira al reino de Dios no debe volverse para contemplar las cosas del mundo que deja a sus espaldas.

437. En Judea, Jesús envió de nuevo a sus colaboradores en misión particular, como ya hiciera en Galilea (§ 352). Habiendo aumentado los colaboradores, los enviados esta vez fueron mucho más numerosos: setenta y dos o setenta, según los códices. Es muy probable que entre los enviados figurasen, todos o en parte, los doce de la otra vez. Las normas y finalidades de la nueva misión fueron en esencia iguales a las de la precedente. Su zona de acción debió ser Judea o acaso también la Transjordania, sin que tengamos noticias concretas al respecto. Ni aun podemos decir cuánto duró esa nueva tarea evangelizadora, mas parece que no debió prolongarse más allá de veinte días.

Los enviados volvieron jubilosos. Al reunirse con Jesús le relataron con orgullo que incluso los demonios se habían sometido a ellos en nombre de él. Jesús se asoció a su alegría afirmando haber visto a Satanás caer del cielo como un rayo y les confirmó para el porvenir el dominio sobre las potencias contrarias; pero a la vez les advirtió que su verdadera alegría

debía consistir, no en el imperio sobre los espíritus del mal, sino en el hecho de que sus nombres se hallaban escritos en el cielo.

El buen éxito de sus discípulos en la propagación del reino de Dios produce en Jesús una alegría más amplia y elevada. Levanta, pues, su pensamiento a su Padre celestial, contempla los planes de la humana salvación y observa que en la realización de tales planes se han empleado los medios humanamente menos oportunos, los hombres de menor valía aparente. Y entonces su alma estalla en jubilosa acción de gracias al Padre celestial. En aquella misma hora regocijóse en el Espíritu Santo y dijo: «Doy gloria a ti, Padre, Señor del cielo y de la tierra, porque ocultaste esas cosas a sabios e inteligentes y las revelaste a párvulos. Sí, Padre, porque así fué grato delante de ti. — Todas las cosas me fueron entregadas por mi Padre, y ninguno conoce quién es el Hijo sino el Padre, y quién es el Padre sino el Hijo y a quien lo quiera el Hijo revelar». Volviéndose luego a los discípulos, les proclamó bienaventurados porque contemplaban y oían cosas que en vano intentaran contemplar y oír antiguos profetas.

Este «júbilo» de Jesús es referido concordemente por dos Sinópticos (Lucas, 10, 21-22; Mateo, 11, 25-27). No obstante, ovéndolo leer sin conocer su procedencia se concluiría confiadamente que procedía del evangelio de Juan, a causa de sus muchas analogías de expresión y pensamiento con el IV evangelio, el cual, sin embargo, no contiene nada de ese pasaje. Tales analogías han bastado a los eruditos prevenidos en disfavor para determinar, con menoscabo del testimonio acorde de los antiguos documentos, que el pasaje ha sido añadido posteriormente o al menos interpolado con gran amplitud. Los eruditos no inspirados por prejuicios y que se atienen a los orígenes históricos de los cuatro evangelios, ven en ese pasaje un documento auténtico de la enseñanza de Jesús, sin olvidar que de su vasta enseñanza los Sinópticos prefirieron ordinariamente las partes más accesibles y llanas, mientras Juan buscó adrede las más arduas y elevadas descuidadas por aquéllos (§§ 165, 169). Sin embargo, la habitual preferencia de los Sinópticos tiene una excepción precisamente aquí, donde nos transmiten lo que Juan había de descuidar. Pero siempre queda en pie que los Sinópticos y Juan se atienen igualmente al Jesús histórico (1).

EL BUEN SAMARITANO

438. Durante esta peregrinación por Judea, probablemente a poco del regreso de los setenta y dos discípulos, Jesús fué interpelado por un doctor de la Ley que quería formarse idea clara del pensamiento de Jesús

⁽¹⁾ Confrontando este caso del pasaje del júbilo o regocijo de Jesús con el caso del relato de la adúltera (§§ 424-425), se encuentra cierta contraposición, si bien no perfecta. Incluso si se pudiese probar que la narración de la adúltera es de procedencia sinóptica, se tendría un texto sinóptico transmitido sólo materialmente por medio del 1v evangelio, pero no procedente de Juan. En cambio, el pasaje del júbilo de Jesús, callado totalmente por el 1v evangelio, es transmitido por los sinópticos y proviene de ellos.

sobre ciertos puntos fundamentales. Tanto se hablaba a propósito de aquel Rabí galileo, que el doctor quería comprobar la realidad poniéndole a prueba (ἐκπειράζων αὐτόν). Le interrogó, pues, con sencillez: Maestro, ¿qué debo hacer para conseguir la vida eterna? — Jesús, a quien agradó la pregunta, quiso, con oportuna solicitación, hacer contestar al mismo interrogante, como ya acostumbrara hacer Sócrates. Preguntóle, en consecuencia: ¿Qué está escrito en la Ley? ¿Qué lees (allí)? El doctor repuso que estaba escrito amar a Dios con todas las fuerzas y al prójimo como a uno mismo. El amor a Dios era precisamente el primero y más solemne precepto que todo fiel israelita se recordaba a sí mismo al recitar cotidianamente el Shēma' (§ 66), y Jesús, como fiel israelita, aprobó plenamente la respuesta: Rectamente respondiste. Haz eso y vivirás.

Pero en ningún pasaje de la Ley se encontraban juntos los dos preceptos del amor de Dios y del prójimo y parece que tampoco los rabinos de entonces solían unirlos. En todo caso quedaba la incertidumbre del término aprójimo, que no se sabía bien a quien debía referirse, si sólo a los parientes y amigos, o a todos los compatriotas y correligionarios, o en la más exorbitante de las hipótesis, incluso a los enemigos, a los extranjeros. a los incircuncisos y a los idólatras (§ 327, segunda nota). ¿Quién de toda esta gente era el verdadero rea (aprójimo) para un israelita? ¿Era posible que lo fuese cualquiera sin distinción? El docto deseaba mostrar que no había hablado a la ligera, sino que tenía en cuenta la última de las cuestiones, y por ello, queriendo justificarse, dijo a Jesús: aç y quién es mi prójimo?» Jesús contestó con una parábola.

Un hombre bajaba de Jurusalem a Jericó y cayó en manos de ladrones, los cuales, habiéndole despojado y abrumado de golpes, se fueron dejándole

medio muerto.

La carretera actual de Jerusalem a Jericó cuenta 37 kilómetros, pero en la antigüedad era algo más breve, porque su último tramo ha sido alargado hoy para comodidad del tráfico. Aquel hombre bajaba de Jerusalem a Jericó a causa de que casi todo el camino transcurre cuesta abajo, para salvar el desnivel de unos mil metros que existe entre ambas ciudades. Desde el kilómetro 8 hasta casi las puertas de Jericó, la ruta pasa por lugares absolutamente desiertos, montañosos y a menudo escarpados. De aquí que en todos los tiempos haya estado infestada de ladrones, siendo prácticamente imposible desalojarlos de los refugios secretos practicados a los lados del camino, puesto que tienen todas las posibilidades de alejarse y desaparecer después de cualquier desaguisado. Hoy se han multiplicado a lo largo del camino los cuerpos de guardia de la policía (1). En

⁽¹⁾ La medida era absolutamente necesaria, porque aun en estos últimos años han continuado los desmanes. Si se me permite recordar una experiencia personal, puedo dar fe de que, entre las muchas ocasiones en que he pasado por aquel camino, discurrí por él dos veces en los años 1931 y 1933, ambas poco después de haber tenido lugar rapiñas con efusión de sangre en daño de comitivas numerosas. Las huellas de las violencias eran visibles aun intentos desde entonces.

tiempos de los bizantinos y los cruzados servía de cuerpo de guardia el $Kh\bar{a}n$ $Hathr\bar{u}r$, maciza construcción situada en el kilómetro 19, que a la par que protegía de rapiñas a los viandantes podía servirles de albergue durante la noche.

El camino, aunque inseguro, era muy frecuentado, como único que ponía Jerusalem y gran parte de Judea, en comunicación con la ubérrima y populosa llanura de Jericó y, más allá, con la Transjordania.

439. El desdichado yace, pues, en el camino, magullado a golpes, aturdido e incapaz de salir de tal situación si alguna persona compasiva no le presta socorro. Acaeció que un sacerdote bajaba por aquel camino y, habiéndolo visto, pasó de largo. Parecidamente, también un levita, viniendo al lugar y habiendo(le) visto, pasó de largo. La parábola presupone evidentemente que el sacerdote y el levita, terminado su turno de servicio en el Templo (§ 54), regresaban a sus casas, situadas en Jericó o más allá. Tras estos dos pasó un tercer viajero. Pero un samaritano, yendo de viaje, pasó cerca de aquél y viéndolo se conmovió. Y acercándose vendó sus heridas vertiendo en ellas aceite y vino, y habiéndole subido en su propio jumento, le condujo a la posada y tuvo cuidado de él. Y a la mañana siguiente, sacando dos denarios, (los) dió al posadero y dijo: «Ten cuidado de él, y lo que hayas gastado de más, yo cuando vuelva te lo abonaré». El samaritano era quizá un mercader que iba a hacer compras en el mercado de Jericó, y dentro de poco pensaba volver en sentido inverso. Y era acomodado, puesto que viajaba en jumento propio. La piedad que al instante sintió por el infeliz le indujo a curarle lo mejor posible en aquella soledad, aplicando a las heridas las medicaciones de la época, es decir, el aceite emoliente y el vino desinfectante, y las vendó con vendas improvisadas. Cargó después en el jumento al hombre inerte y enternecido y, sosteniéndolo lo mejor que pudo durante el trayecto, lo llevó a la posada.

Esta posada era sin duda el albergue de las caravanas (§ 242) de aquel camino, y quizá estuviera en el lugar del moderno Khān Hathrūr, al que una vieja denominación llama también Qal'at ed-Dāmm, o «Castillo de la sangre», por el rojo color que las rocas ferruginosas tienen en aquel lugar, pero que fué aplicado espontáneamente a la sangre que solía ser derramada a lo largo del camino. De aquí también su otra denominación usual de «Albergue del Buen Samaritano» (1). Los dos denarios de plata eran suficientes para proveer a varios días de cura del herido, aparte de que, si no bastaban, el samaritano había prometido al posadero reem-

bolsarle después.

⁽¹⁾ Estas referencias eran ya conocidas de San Jerónimo: ...locum Adommim, quod interpretatur «sanguinum», quia multus in eo sanguis crebris latronum fundebatur incursibus (Epist., 108, 12). En el Onomástico de Eusebio se lee: Adommim... et grace dicitur ἀνάβαστις πυρρῶν latine autem appellari potest «ascensus ruforum» sive «rubrantium», propter sanguinem qui illic crebro a latronibus funditur... ubi et castellum militum situm est ob auxilia viatorum. Huius cruenti et sanguinarii loci Dominus quoque in parabola descendentis Jerichum de Jerosolyma recordatur (Onom., 25). Por el antiguo Adommim, comp. Josué, 15, 7).

440. La parábola estaba concluída. Mas como el doctor había preguntado quién era su prójimo, Jesús termina la parábola provocando la respuesta del propio doctor: ¿Quién te parece que de estos tres fué el prójimo de aquel que había caído en manos de ladrones? El doctor, naturalmente, responde: El que usó de misericordia con él. Y Jesús terminó: Ve y haz tú también lo mismo.

La aparente discrepancia entre la pregunta del doctor (¿Quién es mi prójimo?) y la respuesta de Jesús (Haz tú también lo mismo) es una discrepancia de pura forma. El doctor permanece en el campo de las ideas; Jesús desciende al campo de los hechos, porque las más bellas ideas quedan en palabra, si no se convierten en hechos: la vida es el reflejo de las palabras, y las palabras más hermosas sólo se truecan en eficaces cuando son precedidas y seguidas de una vida de desinterés y sacrificio (1). Y por ello al doctor que quiere saber quién es el prójimo, Jesús le muestra quién obra como prójimo, añadiendo una exhortación a imitarle.

En el caso de la parábola los prójimos del herido eran oficialmente, más que cualquier otro, el sacerdote y el levita: óptima idea, pero pésimo resultado. El samaritano no era oficialmente prójimo del herido en modo alguno: idea pésima. pero resultado óptimo. Los dos ministros de la religión nacional no sienten la menor piedad por su compatriota agonizante; el extranjero y execrado samaritano hace por el infeliz cuanto hubiera hecho por su padre y madre. De los tres, sólo el samaritano obra como prójimo, aunque no lo fuera oficialmente. De modo que cualquier hombre, no importa cuáles sean su raza o fe, puede ser prójimo porque puede obrar como prójimo.

MARTA Y MARÍA. EL PADRE NUESTRO, PARABOLA SOBRE LA ORACIÓN

441. Durante su peregrinación, Jesús llegó a las inmediaciones de Jerusalem y, entrando en un pueblo que Lucas no nombra, fué hospedado por dos hermanas llamadas Marta y María. Trátase de las hermanas de Lázaro, de quienes habla también Juan (11, 1 y sigs.), y por ello el pueblo innominado debió ser Bethania. Además, concuerda con el resto del relato la situación de Bethania, que está en el peligroso camino de Jerusalem a Jericó. De modo que si la parábola del buen samaritano fué pronunciada poco antes de la llegada a Bethania, los lugares mismos por los que Jesús transitaba fueron ocasión de la parábola.

En la casa, de cierto ya conocida por Jesús, aparece Marta como ama de casa, siendo probablemente la mayor de las hermanas, acaso huérfanas.

⁽¹⁾ Manzoni: I promessi sposi, cap. 22, en el que se habla del cardenal Federico Borromeo, aunque en el texto el pasaje tenga un empleo algo diverso.



EL OASIS DE JERICO SE ABRE EN LA ESTERILIDAD DE LA CUENCA DEL MAR MUERTO

Y no en balde se llama Marta (en aramaico, «señora»), porque provee a todo y dispone todo para hacer digna acogida al venerado huésped y amigo. Lázaro, su hermano, no figura en este episodio, ni se le menciona siquiera. Quizá estuviese retirado y ya padeciera la enfermedad que pocos meses más tarde había de conducirle a su temporal morada (de cuatro días) en la tumba (§ 489). Ello no es imposible, pero no sabemos nada concreto. María aprovecha la incesante actividad de su hermana para estar más tiempo junto a Jesús. Puesto que la buena Marta atiende a todo, la hermana menor puede escuchar de boca de Jesús aquellas palabras que arrastran a las multitudes y conmueven los corazones. Marta va y viene atareada, pasando sin cesar por la estancia, cerca de los dos, y trata de recoger también alguna de las palabras de Jesús, pero con resultado escaso, porque las tareas domésticas son muchas. Así, pues, en un momento dado, cierta cariñosa envidia — o más bien emulación — hacia la hermana, a más de cierta familiaridad con Jesús, amigo de la casa, la impelen a decir, con acento de confianza: Señor, ino te importa que mi ĥermana me haya dejado sola para servir? Dile, pues, que venga a ayudarme. En otras palabras, Marta, activa dueña de casa y devota admiradora de Jesús, hace notar que, terminando más pronto las faenas domésticas si trabajan ambas hermanas a la vez, podrán luego, unidas, gozar antes de las palabras del maestro. Pero Jesús, con igual confianza, si bien imbuída de una idea más elevada, responde: ¡Marta, Marta! Te preocupas y te afanas por muchas cosas, cuando de pocas hay necesidad, o de una sola (δλίγων δέ έστιν χρεία η ένός). Maria, en verdad, eligió la porción buena, que no le será quitada.

Muchas eran, en efecto, las cosas materiales a que atendía la buena Marta, pero esas muchas se podían reducir a pocas, dada la frugalidad de Jesús y de sus discípulos presentes, y aun aquellas pocas cosas materiales eran desdeñables ante aquella una sola, pero espiritual. en que convergía toda la actividad de Jesús. ¿No había él exhortado, en el Sermón de la Montaña, a buscar primero el reino de Dios con la certidumbre de que ello implicaría todo el resto por añadidura? Aquella era la porción buena que María se había elegido.

442. A poco del episodio de Bethania, Lucas coloca la enseñanza del Padre Nuestro, que Mateo, en cambio, situara en el Sermón de la Montaña. La colocación de Lucas, como ya indicamos (§ 371), parece más adecuada históricamente, porque ofrece esta introducción, justificatoria de su enseñanza: Y ocurrió que mientras él estaba en cierto lugar orando, apenas terminó, uno de sus discípulos le dijo: «Señor, enseñanos a orar, como también Juan (el Bautista) enseñó a sus discípulos». Dijoles, pues (Jesús): «Cuando oreis, decid: Padre..., etc.». Pero, ¿fué ésta en realidad la primera vez en que Jesús enseñó a orar a sus discípulos? Si se contesta afirmativamente, queda por explicar por qué Jesús, después de tantas normas de formación espiritual comunicadas a sus predilectos, no había tocado

nunca punto tan importante, aplazándolo hasta pocos meses antes de su muerte. ¿O acaso Jesús insistió esta vez en un tema ya conocido, explicándolo y confirmándolo cada vez mejor? Esto parece más verosímil, y así las colocaciones tanto de Lucas como de Mateo, tendrían cada una su

parte de razón.

Por lo tanto, si esta renovada enseñanza del Padre Nuestro sucedió a poco del episodio de Bethania, es de creer también que ocurriese en las cercanías de dicho lugar. En el siglo IV se indicaba el Monte de los Olivos como lugar donde Jesús enseñó a sus discípulos, pero sólo hacia el siglo IX encontramos las primeras afirmaciones de que allí se enseñara el Padre Nuestro. El año 1345, Nicolás de Poggibonsi escribía: ...Se va al Monte Olivete, y a la parte derecha, sobre el camino, hay un muro, junto a una iglesia, mas ahora está arruinada, y no queda sino el enladrillado. Abajo hay una cisterna, y al poniente, sobre el muro, hay una gran piedra, en la que se veia escrito todo el Padre Nuestro. Y allí el noble Jesucristo compuso el Padre Nuestro y diólo a los apóstoles (Libro d'Oltramare, I, p. 165).

Hoy, en la reconstruída iglesia de la Eleona, junto a la cima del Monte de los Olivos, la primera plegaria cristiana está semejantemente esculpida

en lenguas de toda estirpe humana.

443. Enseñada la fórmula, Jesús continuó la instrucción sobre la oración, insistiendo particularmente en sus principales cualidades, que eran la perseverencia y la confianza. La oración, según Jesús, debía ser tan insistente y tenaz que pudiera ser casi petulante, ilustrando la fórmula con una breve parábola que es, en efecto, un buen ejemplo de petulancia palestiniana.

En un pueblo habitan dos amigos, uno de los cuales, entrada la noche, recibe la visita de un conocido suyo que va de viaje y desea alojarse por la noche en casa de aquél. Una yacija es fácil de preparar, pero el viajero tiene hambre y ¿cómo servirle si todo el pan existente se ha consumido en la cena de aquella noche? No hay más remedio que pedirlo prestado, pero ¿a quién, a hora tan tardía, cuando todos duermen? No queda sino intentarlo en casa del amigo, que hará sin duda el favor y no se incomodará, aunque sea ya medianoche. El amigo hospedador va, pues, a la puerta del otro y comienza a llamar: ¡Eh, eh! Préstame tres panes. Ha llegado a casa un conocido que va de viaje, y no tengo qué ponerle delante. El de dentro, despertado bruscamente, piensa que se trata de una indiscreción lisa y llana: No me molestes. La puerta está ya cerrada y mis hijos están conmigo en el lecho. No puedo levantarme... Pero si el de afuera no se desanima por la primera repulsa y continúa llamando y gritando, el de dentro cederá al fin, si no en fuerza de la amistad, sí al menos en fuerza de la molestia. Y Jesús concluye: También yo os digo: Pedid y os será dado, buscad y encontraréis, llamad y se os abrird. Porque todo el que pide recibe, y quien busca encuentra, y a quien llama le será abierto.

Esto se refería a la insistencia de la oración. Pero ¿qué consideración moral debía alimentar aquella insistencia? ¿De dónde procedía la confianza en ser oídos? Jesús ilustró también este punto con ejemplos prácticos. ¿Quién de vosotros, siendo padre, si el hijo le pide un pan le dará acaso una piedra? ¿O, si también un pez, acaso en vez de un pez le dará una serpiente? O, si le pide un huevo, le dará un escorpión? (Lucas, 11, 11-12). (De hecho los grandes escorpiones de Palestina tienen el vientre ovalado y blancuzco, por lo que, vistos al revés, dan la impresión de un huevo.) De este modo, pues, se conducen los padres terrenos; esto ofrece el terminus a minori a la comparación que hace Jesús, quien prosigue: Si, pues, vosotros, que sois malos, sabéis dar buenos dones a vuestros hijos, ¿cuánto más vuestro Padre que está en los cielos (no) dará buenas cosas a aquellos que le imploran? (Mateo, 7, 11).

CURACIÓN DE UN ENDEMONIADO Y CALUMNIAS DE LOS FARISEOS. MÁS BIENAVENTURADOS QUE LA MADRE DE JESÚS. EL SIGNO DE JONÁS

444. A las instrucciones sobre la oración, Lucas hace seguir la curación de un endemoniado mudo (Lucas, 11, 14 y sigs.). La misma narración se encuentra en Mateo (12, 22 y sigs.), pero allí el endemoniado es ciego además de mudo (cf. San Agustín, De cons. evangelist, 11, 37). Además, la discusión con los fariseos que sigue a la curación se encuentra en Marcos (3, 22 y sigs.), donde se sitúa en medio de la visita de los parientes de Jesús (§ 345). La colocación de Lucas, que sitúa curación y discusión durante esta permanencia en Judea, es preferible a la de los otros dos Sinópticos, que la anticipan (1).

Jesús, pues, al serle presentado un endemoniado mudo (además de ciego), lo curó públicamente. Estuvieron presentes al hecho algunos escribas llegados de Jerusalem y algunos fariseos, los cuales no negaron la curación, mas la explicaron diciendo que Jesús mandaba a los demonios porque se entendía con Beelzebul, príncipe de los demonios, con cuya autoridad obraba. El nombre de este príncipe había sido antiguamente Ba'al zebūb, o «Baal (dios) de las moscas», y había designado una divinidad filistea de Accarón (comp. II [IV] Rey., 1, 2 y sigs.). Pero más tarde designó el objeto de la idolatría en general, y el nombre, con ligera mutación, se cambió en Ba'al zebūl, o «Baal del estiércol», por alusión despectiva a los ídolos y

⁽¹⁾ Es de notar que antes Mateo (9, 32 y sigs.) ha narrado la curación de un endemoniado únicamente mudo, como el de Lucas, situándola inmediatamente después de la curación de los dos ciegos (§ 351). La concordancia de los demás incidentes del relato induce a creer que se trata de un hecho mismo, narrado una vez por Lucas y dos por Mateo. Si éste repita la narración, lo hace inducido por razones de división de materia: la primera vez cuenta la curación en una colección de milagros (caps. 8-9) y la segunda para explicar la discusión con los fariseos. Marcos emplea un sistema opuesto, narrando la discusión sin la curación.

su culto. Jesús, pues, según los escribas y fariseos, estaba en relaciones

amistosas con ese príncipe Beelzebul.

Iesús respondió a la injuria de escribas y fariseos del modo menos grato a ellos, es decir, invitándoles a un sereno razonamiento. Refiriéndose, pues, a la angelología del judaísmo contemporáneo (§ 78), Jesús hizo observar que el reino de Satanás era un reino jerárquicamente constituído y compacto, ya que si se dividiese se arruinaría. ¿Cómo, pues, podéis decir vosotros, escribas v fariseos, que vo expulso a Satanás en nombre de Satanás? En tal caso su reino sería dividido y caería en ruinas. Además vosotros, escribas v fariseos, tenéis también vuestros exorcistas. Preguntadles si es posible expulsar a Satanás en nombre de Satanás y ellos juzgarán de vuestra calumnia contra mí. Si, pues, arrojo los demonios en nombre de Dios, y lo realizo personalmente y con tanta facilidad, y los hago además expulsar por mis discípulos, todo eso demuestra que se cumple entre vosotros algo extraordinario, es decir, que ha llegado sobre vosotros el reino de Dios. Pero no veis todo eso porque no queréis ver y ante el fulgor de la luz cerráis obstinadamente los ojos, y ello significa pecar directamente contra el Espíritu Santo, fuente de luz para vosotros; significa obstruir el camino de salvación abierto por Dios y frustrar sus designios. Empero considerad que todo pecado y blasfemia será perdonada a los tombres, mas la blasfemia contra el Espíritu no será perdonada; y a quien diga palabra contra el hijo del hombre le será perdonada, mas quien (la) diga contra el Espíritu Santo no le será perdonada ni en este siglo ni en el venidero. Permanece en obscuridad eterna quien no quiere abrir los ojos del alma a la luz del Espíritu, y no basta abrirlos momentáneamente, sino tenerlos siempre abiertos, porque Satanás, aun expulsado una vez, vuelve al asalto para recuperar su antiguo dominio.

- 445. A esta discusión estaban presentes también personas adictas a Jesús, y en medio de ellas levantóse una voz de mujer que gritó a Jesús: Bienaventurado el vientre que te llevó y los pechos que mamaste. La felicitación, exquisitamente femenil, sólo es referida por Lucas (§ 144). Jesús la acogió, pero sublimándola, al decir: Aun más bienaventurados aquellos que oyen la palabra de Dios y (la) guardan. Jesús había dado ya una respuesta substancialmente igual a los que le anunciaban haber llegado su madre y parientes para hablarle (§ 345).
- 446. La discusión continuó tras la exclamación de la mujer. Algunos escribas y fariseos, algo condescendientes, se declararon dispuestos a reconocer la misión de Jesús; pero querían, por supuesto, las pruebas, los «signos», y éstos no podían ser los milagros obrados hasta entonces por Jesús. Queríase un «signo» de tipo rabínico, de aquellos hechos en tiempo y lugar previamente establecidos como a toque de varita mágica, y, con preferencia, un «signo» meteorológico descendido del cielo. Era en esencia la misma demanda dirigida antes a Jesús por otros fariseos (§ 392).

También Jesús rechaza esta vez la petición, añadiendo ciertas declaraciones: Una generación perversa y adúltera busca un signo, y un signo no le será dado sino el signo de Jonás el projeta. Porque, como Jonás estuvo en el vientre de la ballena tres días y tres noches, así estard el hijo del hombre en el corazón de la tierra tres dias y tres nocnes, así estara et hijo del hombre en el corazón de la tierra tres dias y tres noches. La expresión día y noche designaba en el uso rabínico el conjunto de veinticuatro horas, ya fuese este conjunto entero o fraccionario (1). Por eso Jesús anuncia que el hijo del hombre estará en el corazón de la tierra tres conjuntos de veinticuatro horas enteros o fraccionarios, y luego saldrá fuera, como Jonás del cetáceo. Puesto que los fariseos rechazan los demás signos y piden uno en particulares condiciones, que acojan ese signo de Ionás, que las satisface en gran parte. Tal signo sucederá a su tiempo prefinido, es decir, a la muerte del hijo del hombre. Si no ha de descender del cielo abierto donde moran los ángeles potentes, surgirá, en compensación, del abismo cerrado donde moran los muertos impotentes (§ 79). Y no representará un puntillo de poder personal, puesto que el hijo del hombre habrá cesado entonces en sus presentes contiendas y se hallará en el corazón de la tierra; pero en cambio el signo indicará el triunfo de una idea, como el hecho de Jonás representó el triunfo de la penitencia entre los habitantes de Nínive. Hombres ninivitas surgirán en el (día del) juicio con esta generación y la condenarán, porque (ellos) hicieron penítencia a la predicación de Jonás, y aquí está (quien es) más que Jonás. Lo mismo hará en ese día la reina de Saba, venida de la extremidad de la tierra para admirar la sabiduría de Salomón (I [III] Rey., 10, 1 y sigs.), y aquí está (quien es) más que Salomón.

La alusión al triple «día y noche» que Jesús había de pasar en el corazón de la tierra, fué bien comprendida por los fariseos. Apenas muerto Jesús, corrieron a Pilatos para pedirle que tomase medidas, ya que ellos en tal ocasión recuerdan que aquel perturbador (Jesús) dijo estando vivo aún: «Después de tres días resucito» (§ 619). Así que también el signo de Jonás, que respondía en gran parte a las condiciones requeridas, iba a ser rechazado por ellos, quienes se recomendarían a Pilatos por temor a que el nuevo Jonás saliese del corazón de la tierra, por temor de que su ceguera fuese iluminada, por temor de no poder blasfemar del Espíritu Santo.

JESÚS INVITADO A COMER CON UN FARISEO. INVECTIVAS Y ADMONICIONES

447. Evidentemente, la disensión entre los fariseos y Jesús era cada vez más grave y profunda. Los primeros no perdonaban a Jesús su inde-

⁽¹⁾ Los testimonios rabínicos figuran en Strack y Billerbeck, op. cit., vol. 1, pag. 649. El más claro es de Eleazar b. Atarias, de hacia el 100 d. de J. C., quien sentenció: Un día y una noche hacen una «'Onah» (espacio de veinticuatro horas), y la parte de una «'Onah» vale por una «'Onah» entera. Recuérdese que los griegos, en correspondencia, tenían el νυχ 9ήμερον «noche-día» (comp. c. II Corint., 11, 25).

pendencia del formalismo legal, que en mil ocasiones proclamaba con palabras y demostraba con milagros. Jesús, por su parte, no cesaba de reprobar con las más severas expresiones la vacuidad espiritual que recubrían el formalismo farisaico, la obstinación proterva de aquellos hombres de la Ley y su orgullosa contumacia. Además mostraba haberle dolido íntimamente la injuria que le hicieran designándole como amigo y ministro de Beelzebul.

Todavía a poco de los hechos precedentes un fariseo invitó a Jesús a comer. Ignoramos si lo hizo movido por cierta simpatía hacia el discutido Rabí o más bien mirando a implicarle en cuestiones insidiosas. De todos modos, nadie era más hábil que un fariseo en el despliegue de destreza para salvar las apariencias y distinguir la teoría de la práctica. Jesús aceptó el convite v, entrado en la sala del festín, se dirigió sin más a su diván y se acomodó en él en espera de las viandas. Este modo de comportarse era una falta harto grave para los fariseos. Jesús llegaba de la calle y de tener contacto con la multitud de los 'am hā'āres (§ 40). ¿Cómo, pues, osaba comer sin antes practicar los minuciosos lavatorios de ritual? El fariseo anfitrión sintióse disgustado y en el fondo de su alma pensó que su huésped, en vez de un autorizado Rabí, no era sino un $b\bar{u}r$, uno de aquellos crústicos» a quienes Judá, el Santo, no habría dado un trozo de pan aunque lo viese morir de hambre (§ 40). ¡Y he aquí que él había caído en la ingenuidad de invitarle a comer! Los sentimientos íntimos del fariseo se leian en su rostro. Al menos Jesús los leyó y de ello siguió una viva disputa.

Dijo Jesús: Vosotros, fariseos, limpiais lo exterior de la copa y del plato, pero vuestro interior está lleno de rapiña y maldad. ¡Necios! ¡Acaso quien hizo lo externo no hizo también lo interno? Más bien, dad en limosna las cosas contenidas (τὰ ἐνόντα) (en esos recipientes) y he aquí que todo se volverá puro para vosotros. ¡Mas ay de vosotros, fariseos, porque pagais la décima de la menta y de la ruda y de todas las legumbres y transgredis el juicio y el amor de Dios! Y estas cosas precisaba hacer y no descuidar aquéllas. ¡Áy de vosotros, fariseos, porque amáis el primer asiento en la sinagoga (§ 63) y los saludos en las plazas! ¡Ay de vosotros, porque sois como los sepulcros que no se ven y los hombres que caminan encima no (lo) saben! Es muy de suponer que a los primeros acordes de esta música concluyese la comida y que las invectivas substituyesen a las viandas. El fariseo anfitrión y sus socios de «coalición» (§ 39) responderían sin duda como mejor pudieran; pero asistían igualmente al festín algunos maestros de la Ley (§ 41), los cuales se sintieron aludidos, y tanto que uno de ellos exclamó, dolido: Maestro, diciendo eso (nos) insultas también a nosotros. Más él y sus colegas tuvieron asimismo su parte, porque el indomable Rabí continuó: ¡Ay también de vosotros, legistas! Porque cargáis a los hombres con cargas difíciles de soportar y vosotros con uno solo de vuestros dedos no tocais esas cargas. Ay de vosotros, que construis los sepulcros de los profetas a quienes vuestros padres mataron! Así sois testigos y consentis en las obras de vuestros padres, porque ellos los mataron y vosotros construis... (1). ¡Ay de vosotros, legistas, que tomasteis la llave de la ciencia! ¡Vosotros no entrasteis e impedisteis (pasar) a aquellos que iban a entrar! (Lucas, 11, 39-52).

448. En estas invectivas, Jesús piensa en la práctica y-no en las teorías, en la generalidad y no en la singularidad. En teoría, los rabinos, al menos desde la Era Vulgar, enseñaron más de una vez que la doctrina debía ir unida al ejemplo personal y que era reprobable ser más severo con los demás que con uno mismo (2). En cuanto a la práctica, el historiador prudente no tiene más que remitirse al juicio de los propios interesados, es decir, al ya citado pasaje del Talmud que describe los siete diversos tipos de fariseos (§ 38). No todos los escribas y fariseos merecían tales invectivas en particular, pero Jesús no se dirige a los individuos, sino a la generalidad, que las merecía sin duda. Si Jesús les acusa de construir sepulcros a los profetas, no es censurando la obra, piadosa de por sí, sino acusando de que la piedad se limitaba a obras materiales, en tanto que los que construían sepulcros a los profetas continuaban observando la misma conducta moral que sus padres, los que mataron a los profetas. Así, los hijos, mientras confesaban tener en sus venas sangre de los padres, mostraban con los hechos haber heredado también su espíritu (v. Mateo, 23, 29 y sigs.). En particular, los legistas y escribas se habían arrogado el monopolio de la Ley mosaica y pretendían poseer ellos solos las llaves de esa torre de marfil; pero era una llave deforme y herrumbrosa que sólo abría a duras penas las puertas exteriores, que podían llamarse «letra muerta», mientras ni a los posesores de la llave ni a los demás permitía ella adentrarse en los accesos internos, que eran los que podían llamarse «caridad viva».

El resultado de aquel turbulento festín fué el que podemos fácilmente adivinar. Salido él de alli, los escribas y fariseos comenzaron a sentirse terriblemente indignados (δεινῶς ἐνέχειν) y a hostigarle con preguntas (ἀποστοματίζειν) sobre muchos puntos, tramando insidias para sorprender algo de su boca. La antigua lucha, pues, tornábase más encarnizada y todo hacía prever un próximo desenlace.

449. Jesús extrajo razones de lo sucedido para dar consejos a sus discípulos. La muchedumbre, en esta coyuntura, se había multiplicado al punto de estar en peligro la incolumidad personal de los mismos que acudían (Lucas, 12, 1). Aquí Lucas hace pronunciar a Jesús un discurso cuyos elementos casi íntegros se encuentran en Mateo, pero esparcidos. Así, hallamos el consejo de que los discípulos se guarden del fermento de los fariseos, que es hipocresía (§ 393). Ningún discípulo es más que su maestro

⁽¹⁾ Aquí Lucas (11, 49-51) añade un pasaje que Mateo (23, 34-36) sitúa en otro lugar. La colocación de este pasaje es cronológicamente mejor en Mateo, Véase § 518 y siguientes. (2) Textos rabínicos en Strack y Billerbeck, op. cit., vol. 1, págs. 910-913.

y si por tanto Jesús ha sido llamado Beelzebul (§ 444), sus discípulos no deben esperar mejor trato (Mateo, 10, 25). No obstante, han de hablar con toda franqueza: nada oculto hay que no deba ser revelado y en consecuencia lo que ellos han oído en secreto deben proclamarlo desde lo alto de los tejados. No teman a aquellos que sólo pueden matar el cuerpo. pero no el alma: teman, sí, a quien puede lanzar cuerpo y alma a la Gehenna. No se preocupen de su subsistencia: confíen en la sabiduría del Padre celestial, que vela sobre todas las cosas. Los pájaros del campo no valen apenas nada, puesto que se compran cinco por dos ases (13 céntimos), y sin embargo, ninguno de esos animalitos es olvidado por Dios. Confíen. pues, los discípulos, puesto que valen mucho más que una infinidad de esos pájaros, y porque todos los cabellos de sus cabezas están contados. Así, pues, quien ante los hombres confiese creer en el hijo del hombre, éste lo confesará ante el Padre celestial y ante los ángeles de Dios. Mas quien reniegue de él será de él renegado. No se preocupen los discípulos de su propia defensa verbal cuando sean citados ante los juicios de las sinagogas y de los diversos tribunales, porque el Espíritu Santo les enseñará en ese momento lo que deben decir para defenderse.

También en esta última norma se muestra Jesús subvertidor (§ 318). Sócrates no tenía tampoco preocupaciones de defensa verbal cuando se presentó al tribunal para ser condenado a muerte. Así son las cosas. Yo me presento ahora ante un tribunal por primera vez a la edad de setenta años. Por consecuencia, soy poco versado, y aun extraño al lenguaje de estos sitios (Apologia de Sócrates, 1). El filósofo ateniense habló con sinceridad perfecta, con franqueza absoluta, pero su discurso, al menos en la forma en que ha llegado hasta nosotros, está dispuesto según las normas clásicas de la elocuencia forense, con exordio, proposición, refutación de las acusaciones, peroración y contrapropuesta de pena. No habló en virtud ajena, sino en virtud propia; habló Sócrates, no su δαιμόνιον habitual (§ 194). Aquel su secreto genio inspirador, que en otras ocasiones se había interpuesto para que Sócrates no hiciese nada inoportuno, aquella mañana del juicio no intervino en nada: A mí, joh, hombres jueces! — y llamandoos jueces creo llamaros de modo exacto —, me ha sucedido una cosa maravillosa. Porque, en efecto, la inspiración, habitual en mí, del δαιμόνιον érame siempre frecuente en el tiempo pasado, y se oponía incluso a cosas menudas, cuando yo iba a obrar de manera que no fuese recta. Ahora, en cambio... el signo de Dios no se me opuso ni al salir de casa esta mañana ni cuando subi aquí, al tribunal, ni en punto alguno del discurso cuando iba a decir algo. No obstante, en otros discursos se interponía en muchos puntos mientras yo hablaba, mas ahora no se me ha opuesto a nada de cuanto he hecho o dicho en este asunto (Apología, 31). En los seguidores de Jesús había de producirse un fenómeno mucho más importante que el de Sócrates. En ellos el Espíritu no había de obrar sólo negativamente, como el δαιμόνιον socrático, que impedía lo no recto, pero no sugería lo recto. En cambio el Espíritu había de sugerir las palabras de defensa y pondría en boca de los calumniados una apología eficaz. Por eso los discípulos podían y debían prescindir de la oratoria forense.

CUESTIONES FINANCIERAS. LA SUPREMA EXPECTACION

450. Un día, durante esta errante peregrinación de Jesús, un hombre se presentó a él rogándole que interpusiese su autoridad en una cuestión financiera: Maestro, di a mi hermano que reparta la herencia conmigo (Lucas, 12, 13). Tal invitación era dirigida con harta imprudencia a quien en el Sermón de la Montaña había contrapuesto claramente a Dios y a Mammón (§ 331). La respuesta adecuada no podía ser más que una exhortación a dejar la parte de Mammón por completo a quien la detentaba y consagrarse enteramente a la parte de Dios. Jesús, sin embargo, dió una respuesta inadecuada, en apariencia, no tocando siquiera el tema que le proponían: ¡Oh, hombre! ¿Quién me constituyó en juez o repartidor respecto a vosotros? Dijérase que el dinero por si mismo producía escalofríos a Jesús, y que temiera ensuciarse las manos incluso manejándolo en servicio ajeno. No quería, en efecto, oír nada acerca de tal cuestión.

Tras rechazar la invitación extendióse en consideraciones sobre la falacia de los bienes materiales, ilustrándolas además con una parábola. Había un hombre rico a quien un año sus campos produjeron cosecha abundantísima. Y el hombre concentró su pensamiento en toda aquella cosecha, buscando modo de almacenarla y conservarla bien. Y comenzó a decir: Echaré abajo mis graneros y los construiré mayores y en ellos dispondré convenientemente esta gran cosecha. - Contento con este arreglo pasó a regocijarse consigo mismo: Alégrate, pues tienes la abundancia asegurada por muchos años. Estáte tranquilo, come, bebe y diviértete. Mas he aquí que de improviso interviene en escena Dios mismo y dice a aquel rico feliz: Necio, esta noche has de morir, ¿qué será, pues, de todos esos bienes tuyos? — Tal es la suerte, concluyó Jesús, de quien atesora para sí mismo y no es rico ante Dios. Añadió después, recordando los conceptos del Sermón de la Montaña: No temáis, joh, pequeña grey! Porque vuestro Padre se ha complacido en daros a vosotros el reino. Vended vuestros bienes y dad limosna; haceos bolsas que no envejecen; tesoro indeficiente en los cielos... (§ 330). (Lucas, 12, 32-33).

¿Es comunismo todo eso? Es mucho más que comunismo, porque es el altruísmo de la caridad, y precisamente aquel altruísmo total y absoluto que en virtud de un principio sobrehumano atiende materialmente a los demás hasta olvidarse de sí mismo: Vended vuestros bienes y dad limosna. Por otra parte, el comunismo moderno, en su esencia íntima, no tiene siquiera la sombra de la doctrina de Jesús, puesto que no conoce las bolsas que no envejecen y el tesoro indeficiente en los cielos. Lo cual quiere decir que carece de la suprema expectación.

451. Sobre esta expectación insistió Jesús a poco, como sobre la base más honda de todas sus enseñanzas. ¿Por qué renunciar a las riquezas? ¿Por qué confiar sólo en el tesoro de los cielos? ¿Por qué considerar todo el mundo presente como una sombra fugaz? Jesús contesta a estas preguntas exhortando así:

Esten vuestros flancos ceñidos y las lámparas encendidas (tal era la disposición nocturna de los criados prontos a servir) y vosotros (sed) semejantes a hombres que están esperando a su señor cuando regrese de las bodas, a fin de que, en cuanto llegue y llame, se le abra pronto. El señor había partido advirtiendo a la servidumbre que iba a una fiesta nupcial y por eso no podía volver sino muy entrada la noche (§ 281); pero los diligentes siervos no quieren que espere a la puerta ni un solo instante y pasan en vela las horas nocturnas, con las lámparas encendidas, ceñida la cintura y el oído atento a la llegada de su señor. Bienaventurados los siervos a quienes el señor, volviendo, encuentre velando. Porque, conmovido ante tanta solicitud, aquel buen amo se ceñirá la cintura él mismo, hará sentar sus fámulos a la mesa y él en persona les servirá. Él ha cenado ya en las bodas, mientras los buenos sirvientes no han tenido tiempo de prepararse algún alimento, en su anhelo de estar a punto mientras pasaban en diligente espera la segunda y tercera vigilia de la noche (§ 376).

De la misma manera, un prudente dueño de casa hace vigilar toda la noche, porque no sabe a qué hora puede llegar el ladrón a desvalijar su morada. Queriendo el dueño estar seguro, teme al ladrón a toda hora y durante la noche entera mantiene vigilancia. Jesús concluye, pues: Estad también vosotros preparados, porque el hijo del hombre viene en la hora

que no pensais.

¿Cuál es esa «venida» del hijo del hombre? Aquella que mostrará con evidencia el resultado perenne e inmutable de las enseñanzas de Jesús. Este había hablado de la renuncia a las riquezas, contraponiendo a ellas el tesoro de lo cielos. Pero ¿por qué renunciar a las riquezas? ¿Por qué considerar el mundo presente como una sombra fugaz? Precisamente porque ha de verificarse ese advenimiento del hijo del hombre, advenimiento que disipará la sombra fugaz y manifestará la realidad perenne, haciendo desvanecerse las riquezas terrenas acumuladas, distribuyendo el invisible tesoro celeste, llenará las esperanzas de quienes hayan confiado en su advenimiento, decidiendo para la eternidad su suerte venturosa. Bienaventurados los siervos a quienes el señor, volviendo, encontrará velando.

452. Pedro pidió explicaciones a Jesús: Señor, ¿nos dices a nosotros esa parábola o también a todos? Le había impresionado el anuncio de que el señor de los solícitos siervos se pondría a servirles en persona para premiarlos por su diligencia, y quería saber si aquélla sería la suerte de unos cuantos privilegiados o de todos. Jesús contesta introduciendo un elemento nuevo—los siervos eventualmente descuidados y holgazanes—

y estableciendo una gradación entre los deberes y responsabilidades de los siervos en general. Cita, pues, el caso de un servidor celoso encargado, en ausencia del dueño, de distribuir los víveres a los demás sirvientes. Si el criado de confianza cumple fielmente su misión, el señor le retribuirá, a su regreso, nombrándole administrador de todos sus bienes. Pero si aquel encargado, aprovechando la prolongada ausencia del amo, comienza a alardear de señor, maltrata a muchachos y criadas y organiza orgías y se embriaga, el señor, al retornar de improviso, le castigará con gran severidad, mientras lo hará con sanciones menores a los demás siervos que hayan cometido menores faltas. Queda, pues, en pie el principio genérico de que a quien mucho le fué dado mucho le será exigido y que a quien mucho se le confió, más se le pedirá (Lucas, 12, 35-48).

Así, el «advenimiento» del hijo del hombre implicará como elemento común a todos la estabilidad inmutable de la suerte de cada uno; pero dentro de ese elemento común habrá diferencias y gradaciones. En especial,

el momento preciso de ese «advenimiento» es desconocido.

EL SIGNO DE CONTRADICCIÓN. URGENCIA DEL CAMBIO DE MENTE

453. Enseñanzas de este género trastornaban la estratificación de los pensamientos humanos. No eran las elucubraciones de los casuistas fariseos sobre el huevo puesto en sábado por la gallina (§ 251) o sobre lavatorios de manos y vajillas antes de comer, sino que era un incendio que parecía a punto de desquiciar todo aquel mundo conceptual judío y que más adelante había de propagar sus llamas a otros mundos también. El mismo Jesús lo reconoció así al proclamar después de las precedentes declaraciones: Un fuego vine a prender sobre la tierra, y iqué (más) quiero si ya está encendido? (τί θέλω εί ἢδη ἀνήφθη). Puesto que es fuego, será una prueba a través de la cual han de pasar los seguidores de Jesús. Pero antes Jesús mismo atravesará la prueba: Mas con un bautismo he de ser bautizado, y ¡cuán angustiado estoy hasta que se cumpla! El bautismo metafórico de Jesús señalará la propagación del fuego; pero bautismo y fuego son ambos una prueba: el primero para Jesús personalmente; el segundo para toda la tierra.

La prueba de la tierra traerá a ésta, no paz y concordia, sino guerra y discordia. Jesús, pues, continúa describiendo los efectos de su doctrina sobre la tierra. Produciránse disensiones y luchas en una familia de cinco personas, y tres se unirán contra dos y dos contra tres. El padre se volverá contra el hijo y viceversa; la madre contra la hija y viceversa; la suegra contra la nuera y viceversa. Antes todos estaban de acuerdo, pero apenas haya penetrado entre aquellas cinco personas el mensaje de Jesús, penetrará

treinta años antes, había considerado a Jesús como signo de contradicción (§ 250): la persona y doctrina de Jesús eran el signo de contradicción para todo el género humano. También en este punto puede el historiador moderno comprobar con facilidad si esas ideas expresadas hace veinte siglos han tenido confirmación real en los hechos históricos de entonces y de los siglos siguientes, hasta hoy.

Entre tanto fariseos y saduceos mezclados con las turbas seguían paso a paso a Jesús con miras a su objetivo de recoger pruebas contra él. Jesús sacó de ello ocasión para dirigir exhortaciones en común a ellos y a las turbas. Los días pasan, los sucesos se precipitan y aquéllos, en vez de proveer a sus intereses supremos, se essuerzan en obstaculizar el reino de Dios. ¿Acaso no ven lo que pasa en torno a ellos? ¿No reconocen los signos de los nuevos tiempos morales? Bien saben reconocer los signos de los tiempos materiales: cuando a la tarde distinguen subir una nube por poniente, dicen al punto que lloverá; cuando sopla el viento desde el mediodía dicen que hará calor, y así se verifica. ¿Cómo no aprecian, pues, los signos morales sucedidos desde Juan el Bautista en adelante? ¿Cómo ellos, hipócritas, no comprenden que ha llegado el tiempo de la renovación espiritual y del (cambio de mente) (§ 266)? Las cosas viejas serán inexorablemente abolidas, y aun hay ciegos que no ven la novedad que se realiza y pretenden permanecer aferrados con tenacidad a lo viejo? Abran los ojos, vean y juzguen ellos mismos lo que es necesario hacer en seguida, antes de que sea demasiado tarde (Lucas. 12, 54-57).

454. A poco de esto, un par de sucesos de actualidad dieron ocasión para insistir en el mismo tema. A Jesús, galileo, fuéle referida aquellos días la matanza que el procurador romano Pilatos había hecho de ciertos galileos cuando ofrecían sacrificios en el Templo (§ 26). Jesús entonces, aludiendo a la antigua opinión hebrea según la cual el mal material era siempre castigo de un mal moral (§ 428), repuso: ¿Y creéis tal vez que esos galileos asesinados eran más pecadores que los demás galileos por haberles sucedido tal suerte? Todo lo contrario: en realidad os digo que si no cambiáis de mente, todos del mismo modo pereceréis. Con aquel hecho reciente relacionó después Jesús otro sucedido poco antes también en Jerusalem. En el barrio de Siloé (§ 428), es decir, en la periferia de la ciudad, se había derrumbado inesperadamente una torre que pertenecía al sistema defensivo de la ciudad, varias huellas del cual han sido halladas en excavaciones recientes. La torre, al caer, había aplastado y causado la muerte de dieciocho personas. ¿Creéis — añadió Jesús — que esos dieciocho infelices eran más culpables que los demás habitantes de Jerusalem? De ningún modo. Empero yo os digo que si no habéis cambiado de mente, todos igualmente pereceréis (Lucas, 13, 1-5).

¿Cuál es el fin con que se amenaza aquí a los impenitentes? Nótese que los dos hechos citados como ejemplos contienen un fin violento, ya que las víctimas de Pilatos mueren a filo de espada y aplastadas las de la torre,

muertes, las dos, habituales en las guerras y asedios de entonces. Basta leer la Guerra judaica de Flavio Josefo para encontrar en cada página muertes a espada o por aplastamiento (además de por hambre) durante todo el cerco de Jerusalem. Jesús, pues, amenaza con un fin entre violencias usualmente bélicas, a las que en cambio no había hecho alusión alguna en las precedentes parábolas de los siervos que esperan la llegada del señor. Porque allí se trataba de un hecho absolutamente inevitable, aunque a suceder en un tiempo ignoto, es decir, de la «venida» del hijo del hombre, quien marcaría la suerte de cada uno. Por el contrario, aquí la muerte violenta es del todo evitable, bastando para ello recurrir al «cambio de mente». Las palabras de Jesús presentan un dilema muy claro: O no cambiaréis de mente, y entonces pereceréis todos como en los dos ejemplos, o cambiaréis de mente y entonces os sustraeréis al fin violento de ambos ejemplos.

Ŝin duda alguna, el «cambio de mente» representa aquí el objeto de la misión de Jesús, misión que se presenta como una última dilación ofrecida por Dios a su predilecto pueblo judío para que se convierta. En caso negativo, se ejecutarán las amenazas.

Todo esto queda netamente confirmado en la breve parábola pronunciada por Jesús a continuación. Había un hombre que tenía en su viña una higuera que no daba fruto. Dijo entonces al viñador: Tres años hace que vengo a buscar frutos en este árbol y no los encuentro. Córtalo, pues, ya que no da fruto, y esteriliza también la tierra que lo rodea. — Pero el viñador intercedió: Déjalo aún este año, señor. Yo cavaré alrededor de las raíces, lo estercolaré y luego veremos. Si da fruto, bien; si no, después de esta última prueba, lo cortarás (Lucas, 13, 6-8).

El simbolismo es transparente. Ya notamos que los tres años de esterilidad del árbol parecían aludir a los de la duración de la vida pública de Jesús (§ 178), cuyo tercer año transcurría precisamente entonces; pero, sea como fuere, es evidente que el árbol representa el judaísmo, el dueño de la viña. Dios y el viñador, el mismo Jesús. Vuelve aquí la amenaza de antes: tras este último plazo concedido al árbol, o dará fruto o caerá a hachazos.

LA MUJER BALDADA Y EL HOMBRE HIDRÓPICO. CUESTIONES CONVIVIALES

455. ¿Produjeron efecto aquellas amenazas? ¿Extendíase el incendio de aquel fuego que Jesús venía a prender en la tierra? En otros términos, ¿se estaba realizando el «cambio de mente» que repudiaba el formulismo anticuado y propugnaba el espíritu nuevo?

Lucas no contesta explícitamente a estas preguntas: pero parece dar respuesta implícita mediante una anécdota que añade a las narraciones precedentes y que muestra cómo el formulismo rabínico pesaba sobre los

espíritus cual una masa de plomo, a la que no causaron el menor rasguño las amenazas de Jesús. La anécdota es la de la mujer baldada a la que Jesús curó en sábado (Lucas, 13, 10-17). El mismo evangelista, cediendo a su predilección por las escenas pareadas, hace seguir a ese episodio el muy parecido del hombre hidrópico curado también en un sábado (14, 1-6). Las dos escenas se completan lógicamente la una con la otra, como repetida y descorazonada respuesta a las anteriores preguntas sobre la eficacia de la predicación de Jesús. De aquí que sea oportuno presentarlas conjuntamente. No obstante, confrontando los datos de Lucas con los de los otros evangelistas, aparece que los dos hechos están cronológicamente separados y que la mujer fué curada poco antes de la Dedicación y en Judea, y el hombre poco después de aquella fiesta y probablemente en la Transjordania.

Jesús, pues, durante su predicación en Judea entró un sábado en una sinagoga v comenzó a predicar. Había entre los presentes una mujer enferma hacía dieciocho años, tan baldada — acaso de artritis o incluso de parálisis — que no podía ni alzar la cabeza para mirar hacia arriba. Viéndola. Jesús la llamó v le dijo: Mujer, quedas libre de tu enfermedad, y le impuso las manos. La enferma, irguiéndose al instante, comenzó a dar gracias y glorificar a Dios. El archisinagogo que presidía la reunión (§ 64) se indignó ante aquella cura hecha en sábado, mas, no osando encararse directamente con Jesús, arengó así a la multitud: Hay seis días en que se debe trabajar; venid, pues, en ellos a haceros curar y no en día de sábado. Para aquel celoso archisinagogo, la curación milagrosa no significaba nada. En cambio, el sábado — que, por lo demás, no había padecido violación — lo significaba todo. Jesús entonces respondióle a él y a los demás de su mentalidad: ¡Hipócritas! ¿Acaso cada uno de vosotros no desata en sábado su buey o su asno del pesebre y (lo) lleva a abrevar? En realidad, atar o desatar un nudo de cuerda estaba comprendido en uno de los 39 grupos de acciones prohibidas en sábado (§ 70), pero en la práctica, cuando se trataba de animales domésticos, proveíase a su sustento de un modo u otro (1). Puesto esto en claro, Jesús argumenta a fortiori, concluyendo: Y ésta, que es hija de Abraham y a quien Satanás ligó hace ahora dieciocho años, ino necesitaba ser suelta de su ligadura en día de sábado? Era común atribuir a Satanás todo género de enfermedades. Así, si algún día era oportuno entre todos para demostrar la victoria de Dios sobre Satanás. esto es, del Bien sobre el Mal, era precisamente el sábado, como día consagrado a Dios. Jesús, por tanto, penetraba mejor que nadie en el espíritu del sábado obrando precisamente en él aquella victoria de Dios sobre Satanás.

456. La multitud asintió cordialmente al razonamiento de Jesús, y en cuanto a sus adversarios, según Lucas, quedaron confusos, mas ello no significaba que admitieran la argumentación. Ya vimos que la obser-

⁽¹⁾ Textos rabínicos en Strack y Billerbeck, op. cit., vol. 11, págs. 199-200.

vancia rabínica del sábado era uno de los pilares sobre los que imperaban los fariseos y que no debía derrumbarse jamás (§ 431). Incluso si la observancia quedaba desmentida por hechos milagrosos, ello no significaba nada. Que se prescindiera de los hechos y se blasfemara del Espíritu Santo (§§ 444, 446) con tal que quedase intacto el sábado farisaico.

La escena correspondiente se desenvuelve, no en la sinagoga, sino en casa de un notable fariseo, que ha invitado a Jesús a comer con él. Es sábado y los fariseos están al acecho, cuando he aquí que un hombre hidrópico se presenta a Jesús, atraído por su fama de taumaturgo y esperando verse curado. Jesús entonces se vuelve a los legistas y fariseos y pregunta: ¿Es lícito o no curar en sábado? Los interpelados guardaron silencio, aunque en muchos casos la cuestión estaba ya tratada y resuelta por los doctores de la Ley (§ 71). Viendo que el silencio se prolonga, Jesús toma la mano del hidrópico, le atrae hacia sí, le cura y lo despide. Después dice a los que callaban: ¿Quién de vosotros, si su hijo o su buey cae al pozo, no lo sacará en seguida de él en día de sábado? — Pero, según Lucas, también esta pregunta quedó sin respuesta.

A primera vista se nota que ambas anécdotas son muy semejantes, con la diferencia de que en el caso del hidrópico los adversarios de Jesús no se muestran recriminativos y se limitan a callar. Ya que este hecho parece acaecido en la Transjordania, cabría inferir que los fariseos y legistas de aquella región, más alejados de Jerusalem, eran un tanto menos fanáticos y mezquinos que los de Judea, que se hallaban bajo la inmediata influencia de la capital.

457. La falta de acrimonia en aquellos fariseos de allende el Jordán se evidencia también en la circunstancia de que el convite se prolongó bastante, siendo tratadas en él, y sin rencores, varias cuestiones, comenzando por la de los primeros puestos.

Aquellos buenos fariseos no habrían sido fariseos si no hubiesen altercado para ocupar en la mesa los lugares más próximos al anfitrión, y más honoríficos: Ese diván me corresponde a mí. — No, a mí, que soy más digno. — ¿Más digno tú? ¿Quién crees ser? — Yo soy más anciano y más docto que tú: cédeme el lugar. — Y así sucesivamente. Para personas que vivían sobre todo de exterioridades, semejantes cuestiones de etiqueta eran fundamentalísimas. Jesús intervino comentando las disputas y proponiéndose confundir a los litigantes al mostrarles cómo su vanidad no era ni siquiera lo bastante hábil para saber elegir los medios de triunfar. Dijo, pues: Cuando tú seas invitado a bodas por alguien, no te acomodes en el primer diván, para que no (suceda) acaso que uno más digno que tú sea invitado por él, y venido aquel que os invitó a ti y al otro, te diga: "Deja el sitio a éste", y entonces empieces tú a ocupar con verguenza el último puesto. Al contrario, cuando seas invitado, ve a acomodarte en el último puesto, para que cuando venga quien te ha invitado te diga: "Amigo, sube más para arriba". Entonces tendrás gloria ante todos tus

comensales, porque todo el que se ensalza será humillado y quien se humilla será ensalzado.

Confundida de tal modo la vanidad de los invitados con la consideración de su impericia, faltaba poner en su punto la actitud del invitante y en general de todos los invitantes, quienes muy a menudo obraban por vanagloria, unida al deseo de una correspondencia material. Además, tanto para invitados como para anfitriones, la lección sobre el convite material podía ser útil en relación a una esfera más elevada, recordándoles las normas y ventajas de un cierto convite espiritual. Por ello, Jesús, volviéndose al anfitrión, prosiguió: Cuando hagas una comida o una cena. no llames a tus amigos, ni a tus hermanos, ni a tus parientes, ni vecinos ricos, para que no (suceda) acaso que también ellos te inviten a su vez y obtengas la recompensa. Empero cuando hagas una recepción, invita a pobres, tullidos, cojos y ciegos; y bienaventurado serás, porque (ellos) no tienen con que recompensarte. Y la recompensa te será dada en la resurrección de los justos. Estrechamente afín a esta norma es la contenida en el logion no consignado en los cuatro evangelios, pero atribuído a Jesús por San Pablo: Es cosa más dichosa dar que recibir (§ 98). La base común a todas estas normas es siempre la del Sermón de la Montaña, es decir, una recompensa no terrena, sino ultraterrena (§ 319), que aquí es llamada resurrección de los justos y en otras partes reino de los cielos o advenimiento del hijo del hombre, pero que en substancia es el mismo fundamento que sostiene todo el edificio de la doctrina de Jesús, fundamento que, de desaparecer. desplomaría todo el edificio y la doctrina no tendría sentido alguno. Eran perfectamente consecuentes y lógicos los antiguos paganos de que habla San Pablo, los cuales, desde el momento en que negaban esa base ultraterrena de la doctrina de Jesús (v. Hechos, 17, 32), encontraban que la doctrina en si era una estupidez (µwpia) (I Corint., 1, 23).

Aun hoy, las posiciones dialécticas no han cambiado, y la doctrina de Jesús es definida todavía como necia o divina, según se rechace o se acepte aquella base.

458. Con la idea de la recompensa ultraterrena, aquellos invitados se elevaban, como quería Jesús, al pensamiento de un convite espiritual. Uno de ellos exclamó entonces: ¡Bienaventurado quien comerá pan en el reino de Dios! Jesús aprovechó la ocasión para presentar el reino de Dios como un convite sirviéndose de una parábola que refieren Lucas (14. 16-24) y Mateo (22, 2-14). Las dos recensiones son diferentes entre sí en varios detalles, pero sobre todo porque la de Mateo tiene como añadidura un desarrollo bastante largo (22, 11-14), que no halla correspondencia en la recensión de Lucas. ¿Recitó Jesús la parábola una sola vez en la forma más amplia de Mateo, siendo luego abreviada por Lucas? ¿O la pronunció en la forma breve de Lucas, siendo luego ampliada por Mateo con un fragmento de otra parábola afín? ¿O la expuso más veces en formas diversas? Mucho se ha discutido sobre esas cuestiones. La respuesta más

probable parece ser la de que Jesús empleó más veces en sus parábolas ese tema genérico del convite — como hacían también los rabinos (1) —, aunque con miras algo diferentes según las circunstancias. Así, la recensión de Mateo resultaría de la fusión de dos parábolas conviviales de Jesús: la primera (22, 2-10) corresponde en substancia a la de Lucas; la segunda (22, 11-14) sería sólo la parte conclusiva de otra parábola, cuya primera parte falta porque en la redacción actual se juzgó que la parábola similar de Lucas la substituía suficientemente. En la recensión lucana la parábola es la siguiente:

459. Un hombre dió una gran cena e invitó a muchos. A la hora oportuna envió un sirviente a los convidados, rogándoles que acudiesen ya, porque todo estaba preparado. Mas todos comenzaron a alegar pretextos para no asistir. Uno dijo: He comprado un campo y debo ir a verlo; excúsame. — Otro dijo: He comprado cinco pares de bueyes y voy a probarlos; excúsame. — Un tercero se disculpó con pocas palabras: Acabo de casarme; por tanto, no puedo venir. - Obtenidas rales respuestas, el sirviente las transmitió a su señor. Este, entonces, enojose v mando al criado: Vete por las plazas y calles de la ciudad y haz entrar al festín pobres, tullidos, ciegos y cojos. — La orden se ejecutó y el siervo informó a su señor diciéndole: Aquellos desgraciados entraron ya; pero aún quedan puestos vacíos. — El señor le replicó: Sal, pues, al campo y haz entrar a cuantos encuentres en senderos y setos, porque mi casa deberá estar llena de esos desgraciados, mas ninguno de los invitados de antes probará mi cena.

Evidentemente, el convite simboliza el reino de Dios, los invitados que rehusan son los judíos, y los pobres que los substituyen son los gentiles, lo que resulta más claro en la recensión de Mateo (2).

Lucas concluye aquí, pero, según dijimos, Mateo ofrece una continuación. Llena ya la sala de aquellos miserables, el anfitrión (que en Mateo es un rey que celebra el banquete de bodas de su hijo) entra en la sala en persona para ver a los comensales. De pronto descubre entre ellos a uno que no viste el atavío nupcial prescrito (no mencionado, sin embargo, con anterioridad) y le dice: Amigo, epor qué entraste aqui sin traje de bodas? — El hombre calla, confuso. Entonces el rey ordena

⁽¹⁾ Ejemplos rabínicos en Strack y Billerbeck, op. cit., vol. 1, pág. 878 y sigs. (2) En la parte correspondiente de Mateo, las principales divergencias son éstas: El invitante es un rey, que celebra el banquete de bodas de su hijo. El rey envía sirvientes a los invitados una primera y una segunda vez, sin lograr su objeto. Incluso la segunda vez algunos invitados maltratan y dan muerte a los sirvientes. Entonces el rey envía sus tropas, hace matar a los homicidas e incendia su ciudad. Luego envía más cuiados por los caminos para invitar gentes de toda clase, y la gente llena en efecto la sala del festin. En esta recensión son más claras y acentuadas las alusiones históricas. El rey es el Dios de Israel; los sirvientes, los profetas matados; los ejércitos que matan e incendian. las legiones romanas, que en el año 70 incendiaron Jerusalem e hicieron gran matanza. Los miserables que llenan la sala del festin en vez de los primeros invitados son los gentiles que entran en el reino del Mesías en vez de los judíos reacios.

a los criados: Atadle manos y pies y arrojadlo a la tiniebla exterior: allí será el llanto y el rechinar de dientes. — Y Jesús concluye diciendo:

Porque muchos son llamados y pocos elegidos.

La parte final de ese singular rasgo se sale ya de la esfera simbólica y se refiere directamente al verdadero objeto de la parábola («llanto y rechinar de dientes»). Además añade un elemento nuevo a la parábola común a Lucas y Mateo, y es que no todos los nuevos invitados son dignos del convite, sino aquellos que visten el traje nupcial. Alegorías aparte, quiere decirse que no todos los gentiles que han substituído a los judíos en el reino del Mesias son dignos del reino, sino sólo aquellos que tienen las oportunas disposiciones espirituales. Jesús ya había advertido a Nicodemo que quien no haya nacido de agua y Espíritu no puede entrar en el reino de Dios (§ 288). Este renacimiento interno era condición esencial para entrar legitimamente en el convite mesiánico.

La exclamación del comensal de Jesús: ¡Bienaventurado quien comerá pan en el reino de Dios! incluía también una pregunta que tendía en cierto modo a saber quiénes gozarían de aquella bienaventuranza. Jesús contesta a la interrogación mostrando quién habría rechazado y quién aceptado la invitación al festín mesiánico, y quién de entre los que lo habrían aceptado se habría mostrado digno y quién indigno de él.

DESDE LA ULTIMA FIESTA DE LA DEDICACION HASTA EL ULTIMO VIAJE POR JUDEA

EN LA FIESTA DE LA DEDICACIÓN

460. La precedente actividad de Jesús se prolongó durante unos dos meses y medio, es decir, el intervalo de tiempo que separaba la fiesta de los Tabernaculos (§ 416) de la de las Encenias o Dedicación del Templo (§ 77). Ya que Juan (10, 22) dice explícitamente que Jesús intervino en esta última fiesta, resulta natural identificar esa intervención con uno de los viajes menores apenas aludidos por Lucas (§ 415). Corrían, pues, los últimos días de diciembre del año 29 y Jesús, interrumpiendo su errante peregrinación por Judea, se encaminó a la capital para continuar allí su ministerio durante aquella nacionalista «fiesta de las luces».

Su presencia en la ciudad fué advertida inmediatamente. Las recientes discusiones sobre su misión y su girar por la circundante Judea habían convertido al Rabí galileo en objeto de atención particular y vigilancia por parte de las supremas autoridades del judaísmo. Así, un día de la octava festiva, mientras Jesús estaba en el Templo y enseñaba paseando por el «Pórtico de Salomón» (§ 48), tal vez a causa de la lluvia — el minucioso Juan recuerda precisamente que era invierno —, rodeáronle los acostumbrados adversarios judíos y le dijeron: ¿Hasta cuándo tendrás en suspensión nuestro ánimo? Si eres el Cristo, dinoslo francamente. La forma de esta interrogación no sólo es amistosa, sino incluso de recomendación y de ruego: dijérase que los interrogantes no esperaban más que la declaración franca de Jesús de ser el esperado Mesías para ofrecérsele en cuerpo y alma. Mas la esencia de la pregunta constituye una insidia. Los adversarios esperan esa franca declaración sólo para convertirla en una acusación contra Jesús y perderlo, como mostrarían los hechos después.

El carácter pérfido de la pregunta es notado por Jesús, quien contesta proporcionando la substancia de la declaración esperada, pero no en la forma que se desea, ya que declara quién es él, si bien sin ofrecer base a la insidia. Os (lo) dije y no creéis. Las obras que yo hago en nombre de mi Padre dan testimonio de mí. Empero vosotros no creéis porque no sois de mis ovejas. Mis ovejas escuchan mi voz; y yo las conozco y me siguen. Y yo les doy vida eterna, y no perecerán jamás, y nadie las arre-

batará de mi mano. Lo que mi Padre me ha dado es mayor que todas las cosas y nadie puede arrebatar(lo) de la mano del Padre. Yo y el Padre somos una sola cosa (ev esquev) (Juan, 10, 25-30). Los interrogadores habían esperado que lesús contestase explícitamente: «Yo soy el Mesías». pero lesús alega, en substancia: «Si soy o no el Mesías, deducidlo de las obras que hago», con lo cual evitaba una declaración precisa y neta, como va lo hiciera con los mismos adversarios en ocasión de la fiesta de los Tabernáculos (§ 422). También el motivo de este modo indirecto de contestar es el mismo, a saber: considerando serenamente los milagros de lesús, todos podían concluir que había llegado... el reino de Dios (§ 444) v que él era el Mesías, mientras que aquella apelación a los milagros no ofrecía pretexto para denuncias políticas ni violencias; si en cambio Jesús se hubiera declarado Mesías en términos explícitos ante aquellos enemigos, les habría procurado ocasión de delatarle a las autoridades romanas como agitador político, y aún de entregarse a violencias inmediatas contra su persona.

461. En efecto, apenas oídas las últimas palabras de Jesús, los judíos tomaron de nuevo piedras para lapidarlo. Con el adverbio de nuevo, el evangelista recuerda la tentativa análoga de pocos meses atrás, durante la nesta de los Tabernáculos. En aquella ocasión, Jesús se había proclamado anterior a Abraham (§ 423), se había descrito como buen pastor de sus amadas ovejas (§ 432 y sigs.) y había sabido también el propósito de los fariseos de carrebatar de su mano» una de aquellas ovejas: el ciego de nacimiento rechazado por los inquisidores y expulsado, en consecuencia, de la sinagoga (§ 430). Aquí Jesús va más allá: afirma ante todo que sus adversarios no creen en él porque no pertenecen a su rebaño, y agrega que sus ovejas no pueden ser arrebatadas de su mano, como tampoco de la mano del Padre. Y, en fin, revela la razón fundamental de todo ello, y es que Jesús y el Padre son una sola cosa. ¿De modo que Jesús, aunque sin proclamarse explícitamente Mesías, se proclama, en cambio, Dios?

Así interpretaron sus palabras los judíos, con lógica indiscutible, y lo declararon abiertamente. Viéndoles coger piedras, Jesús les preguntó: «Muchas buenas obras os mostré (realizadas por autoridad recibida) del Padre. ¡Por cuál de esas obras me lapidáis?» Respondiéronle los judíos: «Por obra buena no te lapidamos, sino por blasfemia y porque, siendo tú hombre, te haces a ti mismo Dios». Y el furor por la lapidación se calma por el momento. En Oriente, en mercados y tiendas, en sitios públicos y privados, los ánimos se exaltan de pronto por nonadas y se grita y gesticula teatralmente, mas sin consecuencias trágicas. Así ocurrió aquella vez; los airados judíos escucharon las explicaciones de Jesús, quien dijo: En vuestra Ley está escrito el pasaje: «Yo dije... Sois dioses» (Salmo 82, 6 hebr.). Si, pues, Dios mismo, dirigiéndose a los hombres, los llama dioses, y esto en la Santa Escritura, cuyo testimonio es irrefragable, ¿por qué me acusáis de blasfemia cuando he dicho que soy hijo de Dios, si el Padre mismo me ha

santificado y enviado al mundo? En todo caso, examinad mis obras: si no hago las obras de mi Padre, no me creáis; pero si las hago dejaos convencer por ellas y entonces conoceréis que el Padre (está) en mi y yo (estoy) en el Padre (Juan, 10, 34-38).

En el pasaje de la Escritura aducido como prueba, el término Dioses es usado en sentido impropio, ya que se refiere a los jueces humanos, representantes de la autoridad de Dios en los tribunales. La prueba, sin embargo, era eficaz como argumento ad hominem para reducir al silencio a los adversarios de Jesús respetuosos con las Escrituras. Si en éstas se llamaba Dioses a los hombres, los judíos no podían acusar de blasfemia a Jesús, que tenía mejores razones para atribuirse aquel término. Aun cuando Jesús no descendió a detalles que hubiesen arrojado más leña al fuego, refiriéndose sin embargo a la frase reprochada de que el Padre y él eran una sola cosa, precisó más declarando que el Padre (está) en mí y yo (estoy) en el Padre. Lejos de atenuar la frase, esta explicación la ratificaba.

También ahora los judíos comprendieron muy bien y el fuego, apenas amortiguado, se reanimó de nuevo: Trataban, pues, de nuevo, de pren-

derle, pero (él) escapóse de sus manos.

Aquellos judíos eran muy inteligentes y comprendieron en seguida y perfectamente lo que los arrianos no quisieron comprender cuatro siglos más tarde: que de las palabras de Jesús se desprendía indudablemente que se consideraba igual al Padre en todo. Los críticos radicales modernos son tan inteligentes como aquellos antiguos judíos, o acaso más, y comprenden también perfectamente que de las palabras de Jesús resulta una declaración de igualdad con el Padre; pero varios de ellos, por no ser menos que los antiguos arrianos, aseguran que Jesús no pronunció nunca aquellas palabras, considerándolas una explicación teórica del dogma cristiano debida al autor del IV Evangelio. Las pruebas «históricas» de esa explicación se apoyan todas en la garantía del que las propone y en la acostumbrada «imposibilidad» de que Jesús pronunciase tales palabras. Se trata, pues, de idéntico procedimiento al ya aplicado a propósito del episodio de Cesarea de Filippo (§ 398), puesto que, en substancia, esa crítica demoledora, a más de pobre y desnuda de argumentos históricos, es incluso monótona y uniforme en sus procedimientos dialécticos.

JESÚS EN LA TRANSJORDANIA

462. A poco de la fiesta de la Dedicación, es decir, en los primeros días del año 30, Jesús se encaminó a la Transjordania (Perea), precisamente a la comarca donde Juan había administrado su bautismo (§ 269) y allí permaneció algún tiempo (Juan, 10, 40; cf. Mateo, 19, 1; Marcos, 10, 1; Lucas, 13, 31 y sigs.). Desde allí debió extendeise en varias excursiones misioneras por las zonas septentrionales de Judea, incluso atravesando Samaría y llegando a Galilea, desde cuya dirección le hace bajar

Lucas (17, 11) en el último y definitivo viaje a Jerusalem (§ 414). Por esto continúa también en este período la imprecisión cronológica y topográfica que ya señalamos, y el relato de Lucas prosigue siendo anecdótico (§ 415).



Fig. 79. --- VISTA DE NAPLUS (NAPLUSA), CIUDAD FUNDADA POR VESPASIANO

En cierta ocasión un hombre le pregunta: Señor, ¿serán pocos los que se salven? — Jesús contesta empleando ideas que ya hemos oído en el Sermón de la Montaña según Mateo (§ 333): Esforzaos en entrar por la puerta estrecha, porque muchos tratarán en vano de entrar cuando el dueño, visto que los invitados han Îlegado todos, se levante de su asiento y vaya a cerrar la puerta. Entonces será demasiado tarde y a los que llamen para entrar les será contestado: No sé de dónde sois.

La pregunta hecha a Jesús se resentía de la opinión difundida entonces en el judaísmo de que los elegidos eran en

número mucho menor que los réprobos (1). Jesús no rechaza ni aprueba tal opinión, sino que sólo invita a esforzarse (ἀγωνίζεσθε) para entrar en la sala del convite, a la cual no es fácil el acceso. Cierto que quien pregunta es judío, miembro del pueblo elegido y compatriota de Jesús, pero tal cualidad no sirve de nada respecto a obtener trato de favor. Jesús continúa, pues: Cuando os veáis excluídos así, insistiréis diciendo: «¿Cómo? ¡Si hemos comido y bebido juntos contigo y tú has enseñado en nuestras plazas!» Mas os será contestado: «No sé de dónde sois; alejaos de mí, todos los que obráis la iniquidad» (§ 333). Permaneceréis allí donde es el llanto y el rechinar de dientes, mientras veréis a vuestros antepasados Abraham, Isaac y Jacob en el reino de Dios. Y los puestos dejados por vosotros en el festín no quedarán vacíos, porque llegarán otros invitados

⁽¹⁾ Hoc sæculum fecit Altissimus propter multos, futurum autem propter paucos (IV Esdras, 8. 1). Multi quidem creati sunt, pauci autem salvabuntur (lbid., 8. 3). Plures sunt qui pereunt, quam qui salvabuntur (lbid., 9, 15).

no judíos del Oriente y Occidente, del Septentrión y el Mediodía, y se sentarán a la mesa en el reino de Dios.

463. Llegáronse luego a él algunos fariseos y le dijeron en tono confidencial: Vete, aléjate de aqui, porque Herodes quiere matarte (Lucas, 13, 31). Aquel Herodes era Antipas, el asesino de Juan el Bautista, y como Jesús estaba entonces en la Transjordania, territorio del tetrarca, ello explicaba el consejo de los fariseos.

Pero, ¿cuál era la situación real de las cosas? ¿Tenía Antipas intenciones verdaderas de matar a Jesús? Muy probablemente no, pues que de tenerlas las habría ejecutado con secreto y facilidad. Comenzaba sin duda a cansarle aquel Rabí galileo que reaparecía ahora en su territorio para agitar turbas y subvertir instituciones, y que en su fisionomía moral se asemeiaba tanto al Juan mandado ejecutar por el mismo. Esta su víctima debía permanecer continuamente ante sus ojos como para continuar con mayor fuerza en su oficio de censor, y el tetrarca no sentía deseo alguno de ver más turbadas todavía sus noches adulterinas convirtiendo también en víctima a Jesús. Valía más que éste se alejase espontáneamente del territorio herodiano sin emplear la fuerza. Pero, ¿cómo inducirle a partir? Los fariseos estaban prontos a tal servicio. Si, como es probable (§ 292), se habían prestado ya a ser mediadores para atraer a Juan el Bautista a tierras de Antipas y hacerle capturar por el tetrarca, ahora en cambio podían efectuar una mediación inversa induciendo a Jesús a que se alejase con el espantajo de la muerte. Y los fariseos se prestarían de buen grado a tal misión, porque una vez atraído Jesús a la región de Jerusalem, más fácilmente harían con él lo que deseaban. Una fina astucia de zorra.

Pero Jesús, sabiendo muy bien la situación real, contestó a los solícitos fariseos: Id a decir a esa zorra: Mira, yo arrojo demonios y obro curaciones hoy y mañana; y al tercer (día) llega mi fin. Empero es necesario que hoy y mañana y al día siguiente yo camine, porque no es conveniente que un profeta perezca fuera de Jerusalem. La contestación que había de llevarse a la zorra, o sea a Antipas, le exhortaba a no inquietarse: Jesús continuaría su actividad taumatúrgica en territorios del tetrarca o en otros durante dos días, y al tercero su actividad había de cesar, porque él mismo quedaría acabado (τελειοῦμαι). Pero este acabamiento de su vida no sucedería en tierras de Antipas, sino en Jerusalem. no fuera más que para respetar el trágico privilegio de aquella ciudad: el de ser asesina de los profetas.

Una vez más, por tanto, Jesús apela claramente a sus obras taumatúrgicas como pruebas de su misión. Además, afirma que esa misión durará aún un día, un segundo día y parte de un tercero. Esta indicación de tiempo, ¿es sólo vaga y genérica (como cuando, refiriéndose al pasado, puede decirse: «Ayer, anteayer y hace tres días»), o pretende ser una delimitación concreta? El primer caso es ciertamente posible, pero el se-

gundo parece más probable. Si Jesús pronunciaba estas palabras en enero del año 30 (\S 462), le separaban de su muerte unos dos meses y medio, y esos serían los dos días y medio aquí aludidos (1).

CONDICIONES PARA SEGUIR A JESÚS

464. Lucas continúa en su acopio de anécdotas. A la advertencia por parte de Antipas añade el convite en casa del fariseo y las discusiones siguientes que ya tratamos (§ 456 y sigs.), seguidamente expone aún una serie de condiciones para seguir a Jesús, el cual las enumera un día que le acompaña una multitud numerosa. Algunas de tales condiciones son colocadas en otro lugar por Mateo. Se agrupan en tres temas principales: el amor a Jesús debe prevalecer en el ánimo de sus discípulos sobre el amor a su propia sangre y a cuantos a ella pertenecen; debe prevalecer sobre el amor a los bienes materiales.

Si alguno viene a mi y no odia a su padre y a su madre, y a su mujer y a los hijos, y a los hermanos y a las hermanas, y aun su propia vida, no puede ser mi discipulo.

Quien no lleva su cruz y viene detrás de mí (§ 400), no puede ser mi

discipulo

Todo aquel de vosotros que no renuncia a todos sus bienes, no puede

ser mi discipulo.

El semita, para decir que amaba menos a Ticio que a Cayo, decía que odiaba a Ticio, en comparación con Cayo (v. Génesis, 29, 30-33; Deuteronomio, 21, 15-17). En tal sentido declara aquí Jesús, en la primera condición, que sus discípulos deben odiar a las personas de su propia sangre. Probablemente por efecto del trabajo redaccional, la tercera condición (Lucas, 4, 33) está separada de las otras dos (14, 26-27) y está precedida de una doble parábola que esclarece las tres. Esas condiciones son esencialísimas para entrar en el seguimiento de Jesús; así, pues, cada uno, antes de emprender el camino para seguirle, haga bien sus cálculos y pondere si está dispuesto a observar estas condiciones. Y en caso contrario, no emprenda siquiera el camino.

Porque, en efecto, ¿hay quién se proponga construir una torre sin hacer primero el cálculo de gastos para saber si puede sostenerlos? Pues si comenzase a construir sin más, podría ocurrirle que, una vez colocados los cimientos, no tuviera más dinero para edificar encima y entonces la construcción quedaba a medio edificar, sería la irrisión del lugar y todos

se burlarían del presuntuoso constructor.

O bien, ¿quién es el rey que quiera mover guerra, teniendo diez mil

⁽¹⁾ No cabe pensar razonablemente en los dos años y medio de vida pública de Jesús (§ 177), aunque exista correspondencia numérica. Dos de esos años ya pertenecían al pasado, mientras aquí se desprende de todo el contexto que Jesús se refería al futuro.

combatientes, a otro que disponga de veinte mil, sin hacer antes los cálculos estratégicos para ver si la inferioridad numérica de sus propias fuerzas puede ser compensada por su valentía u otras circunstancias propicias? Si luego ve que esa inferioridad no puede ser compensada, no presenta batalla, sino que entra en negociaciones de paz.

Del mismo modo quien quiera seguir a Jesús debe amarle ante todo y sobre todo. Puede muy bien darse el caso de que el amor hacia él sea compatible con otros amores, pero cuando esos contrasten con el amor supremo deberán cederle el campo y dejarle dominar como dueño absoluto. De otro modo no se puede ser de ninguna manera seguidor de Jesús.

Estas condiciones, francas hasta la rudeza, fueron presentadas por Iesús a grandes multitudes que acudían a él (Lucas, 14, 25). Su significado histórico es claro. Entre los que acudían, muchos, o más bien muchísimos, se sentían atraídos por la superioridad espiritual de Jesús, por la potencia de sus milagros, por vagas ilusiones de triunfos y de gloria, por esperanzas de condominio con él en su reino mesiánico; pero éstos, a las primeras dificultades, habían de volverse atrás precipitadamente. Jesús, previniendo estas dificultades, presenta las rudas condiciones necesarias para seguirle como otras tantas desilusiones de esos sueños venturosos. No se deben tomar las cosas a la ligera. Al discípulo de Jesús se le puede exigir en cualquier momento ser un gigante de heroísmo. El edificio que ese discípulo comienza a construir es una torre cimentada en la tierra, pero cuya cúspide deberá tocar el cielo. El vuelo que el discípulo emprende, sólo confiando en sus alas, une dos «puertos tan lejanos» como la tierra y el cielo. Quien no se siente con fuerzas para hacerlo así, renunciando a todos los «medios humanos», podrá unirse a la secuela de cualquier ilustre maestro fariseo; no a la de Jesús:

> Mira, desdeña los medios humanos, pues que remo no quiere, ni otra vela que su ala, entre puertos tan lejanos... (Purgatorio, 11, 31-33.)

LA OVEJA Y LA DRACMA PERDIDAS

465. Aquí Lucas hace seguir un collar de parábolas. Las primeras perlas de este collar, conservadas por él, pueden llamarse con propiedad las joyas de la misericordia divina y confirman al joyero el título que Dante le otorga de scriba mansuetudinis Christi (§ 138).

Una breve introducción sirve de marco a estas parábolas de la misericordia: Estaban vecinos a él todos los publicanos y pecadores para oírle, y murmuraban tanto los fariseos como los escribas, diciendo: «Este acoge a los pecadores y come junto con ellos». Murmuraciones de este género eran ya conocidas por Jesús, que había respondido adecuadamente mucho antes (§ 306). Esta vez respondió de nuevo recurriendo a sus predilectas parábolas, las cuales podían ser de provecho tanto a los insolentes condenadores como a los infelices condenados.

El primer parangón fué tomado de las costumbres pastoriles (§ 432 y siguientes). Un pastor posee cien ovejas y por la mañana, sacándolas del redil, las lleva a la estepa a pastar. A cierta hora del día repara en que falta una oveja. Mira y vuelve a mirar, mas no la ve. No hay duda de que se ha extraviado. Debe haberse apartado del rebaño, atraída por cualquier hondonada verde y jugosa, y allí habrá quedado, solitaria, mientras se alejaban las demás, engañada por la momentánea abundancia, pero expuesta al lobo durante la noche. ¡Pronto! Es preciso hacer todo lo posible para encontrarla, antes de que desciendan las rápidas sombras del crepúsculo palestino.

El solícito pastor confía las otras noventa y nueve ovejas a los zagales y corre en busca de la extraviada. Baja vallecillos, escala otros, escruta las planicies, espía el revolear de los halcones, llama, presta oído, no se da tregua, siempre con el corazón angustiado. Al fin, en un momento de gozo, ove un balido. ¡Es la oveja descarriada! Corre tras ella. Sin un ademán de reproche ni un gesto de amenaza, la levanta y se la echa sobre los hombros, extendiendo a ella el privilegio de los corderillos lechales que aun no pueden andar. ¡Habrá sufrido tanto la bestezuela, al hallarse sola, no menos que su pastor, que bien merece aquel privilegio! El pastor no siente en sus espaldas aquel peso nada ligero: el gozo de sentir sobre sí la ovejuela perdida hace que le parezca agradable su peso. Por la noche, llegado a casa, no se ocupa de las otras noventa y nueve ovejas, que sabe en seguridad, sino que llama a amigos y compañeros, queriendo compartir con ellos su nuevo júbilo: ¡Alegraos! ¡He aquí la oveja perdida! ¡La he encontrado! — Jesús concluye: Os digo que asimismo habrá gozo en el cielo por un solo pecador que se arrepienta, más que por noventa y nueve justos que no tienen necesidad de penitencia.

El segundo parangón está tomado de los usos domésticos, pero simboliza igual enseñanza moral que el primero. Una buena ama de casa, prudente y ahorradora, ha reunido un capitalillo a fuerza de pequeñas mañas y de economías. Son diez dracmas, diez brillantes monedas de un valor total de poco más de diez pesetas oro. La mujer las guarda bien anudadas en un pañuelo y el precioso envoltorio está celosamente escondido en un obscuro rincón de la casa, donde de vez en cuando acude la dueña para comprobar que todo está en orden y alegrarse a la vista de aquel brillo. Mas un mal día, la visitante, desanudando el pañuelo, halla que ya no hay diez dracmas, sino nueve.

¡Cuán amarga sorpresa! ¿Dónde habrá ido a parar la moneda que falta? ¿Cuándo habrá desaparecido? La mujer, afanosa, medita en las últimas veces que ha manejado el envoltorio. Quizá rodase determinado día en que hizo un pago apresurado; acaso aquel otro en que revolvió toda la casa para hacer limpieza. Y entonces la inquieta mujer se provee

de lámpara y escoba, escudriña los más obscuros rincones, rebusca en todas las hendiduras del suelo, examina todas las grietas y agujerillos, hasta que halla escondida entre dos maderos la dracma que le faltaba. Entonces estalla su rumorosa alegría y convoca a amigas y comadres para participarles su gozo, como hiciera el pastor por la oveja encontrada. Y Jesús concluye: Tal, os digo, es el gozo en presencia de los ángeles de Dios por un solo pecador que se arrepienta.

En conclusión, conversión de hombres en la tierra significa júbilo de

ángeles en el cielo.

EL HIJO PRÓDIGO

466. Las dos parábolas precedentes muestran cuál será la actitud de Dios respecto al pecador que se arrepiente y torna a él; pero, ¿cuál debe ser la actitud del hombre no pecador respecto al pecador arrepentido? La parábola del hijo pródigo responde a esta nueva pregunta, después de haber confirmado la actitud de Dios.

Literariamente hablando, esta parábola no puede ser definida sino como un milagro. Este relato, que en el campo moral constituye el máximo argumento de esperanza para todo nacido de mujer, en el campo literario será siempre el máximo argumento de desesperación para todo cultivador de la palabra humana, como han reconocido de antiguos tiempos eruditos de todas las tendencias. Ningún escritor del mundo ha alcanzado tanta potencia emotiva en un relato tan breve, tan verdadero, tan desprovisto de cualquier artificio literario. Su sencillez es suma, el dibujo es apenas lineal y sin embargo su eficacia es mayor que la de otras narraciones justamente celebradas por la sabiduría de su construcción y la limpidez de su estilo (1). Repetir esta parábola con otras palabras equivale sin duda a ofuscar su belleza, mas, no obstante, por razones de claridad histórica, nos vemos obligados a realizarlo así.

Un hombre tenia dos hijos con los que vivía acomodadamente en el campo cuidando sus vastas propiedades y gobernando su numerosa servidumbre. De los hijos, el mayor era una verdadera perla: joven serio y reposado, no pensaba más que en la heredad, era el brazo derecho de su padre en la dirección de las labores campestres, no se tomaba un rato de distracción con los pocos y juiciosos amigos que tenía. El hijo menor era muy diverso: lleno de humos en el cerebro, se sentía sofocado en aquella vida regular y metódica. Los trabajos campestres le aburrían, el rebaño y el ganado mayor le hastiaban con su hedor. la hacienda le parecía una

⁽¹⁾ Se podrían aducir muchos testimonios, no pocos de los cuales son solamente oratorios y genéricos. Valga por todos este de un eminente crítico de literatura clásica, que toma con justeza como cotejo las obras maestras de los griegos: In literary excellence this piece of narrative is insurpassed. Nothing more simple, more direct, more forceful can be adduced from among the famous passages of classical Greek literature. It is a moving tragedy of reconciliation (J. C. Robertson).

cárcel y los zagales carceleros siempre dispuestos a hacer de espías de todas sus acciones ante su padre. Muchos y disolutos amigos que tenía en los contornos habíanle relatado cosas admirables de grandes ciudades lejanas, donde había banquetes, danzas, músicas, fiestas enloquecedoras donde se hallaban a cada paso mujeres perfumadas y agradabilísimos amigos, en vez de las hediondas pastoras y los sucios boyeros de su padre. ¡Allí estaba la verdadera vida! En aquellos sitios lejanos pensaba, triste, en las tardes estivales cuando. tras un día ocioso, yacía tendido en el prado de la heredad resignándose a oír cantar los grillos y a reflexionar con melancolia en que meses y años volaban irremediablemente mientras su juventud se esfumaba en el vacío y el tedio.

Un día el joven no pudo más y tomó una resolución, de acuerdo con lo que poco antes le había sugerido cierto amigo. Presentóse, pues, a su padre y le dijo sin más: Padre, dame la parte del patrimonio que (me) corresponde. La petición no era irregular: según la Ley hebrea (Deuteronomio, 21, 17) el hijo primogénito tenía derecho a una parte doble. En este caso, siendo dos los hijos, correspondía al menor una tercera parte del as hereditario. Ante aquella demanda el padre debió mirar largamente a los ojos a su hijo; pero no pronunció palabra, como el joven no osó añadir palabra a su solicitud. Y ambos se separaron en silencio. En medio de este mutuo silencio, que duró varios días, hízose la repartición: los bienes inmuebles que habían de cederse fueron convertidos en dinero y no muchos días después, reuniendo todo, el hijo más joven emigró a región lejana.

¡Al fin comenzaba la verdadera vida! La región era asaz remota, del todo ignorante de los prejuicios de la moral hebrea e incluso secuaz de costumbres odiadas por el judaísmo. El joven llegaba allí provisto del abundante dinero correspondiente a la tercera parte de un as hereditario muy considerable y podía, por lo tanto, vivir a su gusto. Sus antiguos sueños comenzaban a tornarse realidad y aquel sediento de goces se precipitó en ellos locamente. El texto dice que se dió a vivir ἀσώτως, lo que puede traducirse ora desenfrenadamente o disolutamente, o bien pródigamente o como un derrochador. En todo caso ambas maneras van necesariamente unidas entre sí.

En aquella vida, los días pasaban pronto y bien, pero luego sobrevinieron las consecuencias. Transcurrido cierto tiempo, a la vez que éste se había disipado también el dinero, única fuente de aquellos placeres, puesto que por repleta que estuviese al principio la bolsa del joven, no era una bolsa sin fondo. Pero la fiebre del placer le había pronto invadido y cegado a tal punto, que no le dejaba ver cómo la bolsa menguaba cada vez más. Un día al fin quedó vacía del todo. La vida venturosa había terminado y comenzaba otra muy diversa.

467. Habiéndo(lo), pues, gastado todo, sobrevino gran hambre en aquella región y él comenzó a tener necesidad. El gozador de ayer es ahora

asaltado por dos partes: interna y externamente, pues no sólo su bolsa estaba vacía, sino que la carestía llegaba de improviso en aquel país, y una de aquellas carestías que ponen en agobios incluso a quienes en tiempo ordinario viven con desahogo. Superfluo es decir que los amigos aduladores de poco antes habíanse evaporado a la vez que el dinero del adulado y a la sazón sólo se cuidaban de sus intereses propios. En tal apuro, y en país extranjero, el joven no tenía por que sutilizar: o morir de hambre o trabajar en lo que pudiera, aunque fuese en el trabajo más humillante y asqueroso. Entonces él fué y se juntó a uno de los ciudadanos de aquella región y (éste) le mandó a sus campos a apacentar los puercos. Tratábase, pues, de una región no judía, de lo contrario no se criarían puercos, animal impuro según la Ley hebrea, y tan abominado por los judíos que evitaban hasta mencionarlo y un doctor del Talmud sentenciaba: Maldito el hombre que cría puercos y maldito quien enseña a su hijo la sabiduría griega (Baba qamma, 82 b Bar).

Y así el libertino pasó a ser porquero. Pero si con ello evitaba la muerte, no evitaba el hambre que le roía continuamente las vísceras. Había penuria de todo y los puercos que hozaban por los campos bajo su vigilancia no encontraban nada o muy poco, mas al menos, vueltos por la noche a la pocilga, recibían su ración de algarroba y, bien o mal, se saciaban. Él, no; para él no había ni una sola algarroba. Un porquero valía menos que un puerco. Y además era judío. Y ansiaba llenar su vientre

de las algarrobas que los puercos comían y ninguno se las daba.

Pasó algún tiempo en estas espantosas condiciones. Durante las siestas caniculares, mientras los puercos famélicos y extenuados se echaban a la sombra de un árbol, también el demacrado porquero se tendía junto a ellos, entre estiércol y polvo. Su pensamiento volaba obstinadamente a las lejanas tardes estivales en que, tendido en el prado de la heredad paterna, oía cantar los grillos y vagaba mentalmente tras los sueños del futuro. Aquellos rosados sueños han tenido plena realización. El lo percibe junto a sí en los puercos que gruñen, sobre sí en los fétidos y asquerosos andrajos que le cubren, dentro de sí en el hambre que le roe las entrañas.

Y vuelto en sí, dijo: «¡Cuántos jornaleros de mi padre abundan en pan y yo en cambio me muero aquí de hambre!» ¿Qué hacer? ¿Volver a su padre? ¿Cómo tener valor para ello después de lo ocurrido? Pero cabe volver a él no en cuanto padre. sino en cuanto amo. Siempre será inmensa ganancia vivir como mozo en la heredad paterna antes que continuar esta vida nefanda, que es una muerte lenta. Cierto que será gran dignación del padre olvidar la injuria recibida y querer acogerle, no, por supuesto, como hijo, sino sólo como humilde trabajador; pero aquel hombre es tan bueno que quizá consienta a recibirle. Levantándome, iré a mi padre y le diré: «Padre, pequé contra el cielo y ante ti. ¡No soy digno ya de ser llamado hijo tuyo! Hazme como uno de tus jornaleros» (1).

⁽¹⁾ Un papiro egipcio del siglo II d. de J. C. nos ha conservado este fragmento de carta

468. Sostenido el joven por esta esperanza, reúne sus últimas energias y se pone en camino hacia la hacienda paterna. Durante el trayecto, el andrajoso caminante, extenuado, desespera muchas veces de poder llegar a la venturosa meta y muchas veces el recuerdo de su fuga le hace temer ser acogido como un perro vagabundo. Pero no hay alternativa para él: el mundo entero se reduce ahora para él a aquella granja. Y así, arrastrándose por el camino como puede, llega al fin. Es una tarde clara. Su padre está en el campo vigilando las labores; pero su ojo atento, que va de mozo a mozo y de arado a arado, no tiene ya la limpidez de antaño, sino que está velado, mostrando las huellas de una pena antigua, pero no envejecida. De vez en cuando aquellos ojos se fijan en el lejano horizonte y lo contemplan, atentos, como si buscasen quién sabe qué fantasmas. Empero, mientras él estaba aún bastante distante, su padre le vió y se enterneció, y, corriendo, precipitóse a su cuello y le besó.

¿Un beso? ¿O tal vez muchos y muchos besos en aquel rostro piojoso y aquella barba enlodada? Cierto que el padre le ha reconocido, aun en aquel estado, pero entonces, ¿cómo le besa? ¿Cómo, por el contrario, no llama a sus mozos para que lo arrojen de allí? ¿Acaso no es él un hijo que ha renegado de su padre? Es preciso hacer notar esto al viejo. Díjole entonces el hijo: «Padre, pequé contra el cielo y ante ti. ¡No soy digno ya de ser llamado hijo tuyo!» Es el pequeño discurso ya preparado antes de memoria, al que falta, sin embargo, la súplica final: Hazme como uno de tus jornaleros (1). ¿No tiene valor el hijo de implorar un cargo de sirviente ante aquella efusión de bondad paterna, o más bien se lo

impiden las reiteradas caricias del padre?

En todo caso, ¿de qué sirve ahora súplica alguna? Son palabras vanas, soberanamente inutiles; el padre no repara en ellas siquiera. Muy excitado, vuélvese el viejo a los mozos que acuden y dice: ¡Pronto! Sacad fuera la ropa mejor (τὴν πρώτην) y vestidle, y ponedle un anillo en la mano y sandalias en los pies. ¿Cómo no? ¿No es acaso el joven señor el que regresa? ¿Y debe continuar ni un solo instante así desfigurado y harapiento. el joven señor? Una vez vestido y dejado nuevo, preciso es que todos festejen juntos su retorno: déjense, pues, arados y azadas y hágase gran ban-

escrita (con enormes errores de grafía griega) por un hijo a su madre: Te escribí que estoy desnudo. Te suplico, madre, reconcíliate conmigo. Por lo demás, sé que nunca me he procurado nada por mí mismo. He sido castigado del modo debido (o bien: de toda manera). Sé que he pecado... ¡No sabes que quiero volverme ciego antes que (re)conocer que soy aún deudor a un hombre de un óbolo?... Ven tú misma..., etc. (en Aegyptische Urkunden aus den königl. Museen zu Berlin... Griechische Urk., vol. III, 846). Quien escribe, pues, esta carta es un hijo pródigo egipcio, uno de tantos que han existido en todo tiempo y en todo país. Naturalmente, el arrepentimiento del egipcio no tiene ninguna relación histórica con el del palestinense, y la semejanza entre los dos estados de ánimo tiene una base común sólo psicológica.

⁽¹⁾ Vemos la imploración repetida en algunos códices griegos, incluso en varios autorizados, pero es sin duda una traslación del discurso anterior. Las ediciones críticas la excluyen con razón, con arregio a la mayoría de códices y versiones.

quete. Y traed el ternero cebado, matadlo y hagamos fiesta banqueteando. Porque este hijo mio había muerto y ha resucitado; se había perdido y ha sido encontrado.

Y poco después, en el comedor de la granja, empieza la fiesta con música y bailes.

469. El hijo mayor no estaba presente a estos hechos. Aquella perla de joven hallábase en el trabajo, como de costumbre, y aquella tarde se había dirigido a los campos más lejanos de la casa para efectuar ciertas labores. Volvió de allí bastante tarde, cuando el banquete iba muy adelantado y cuando las copiosas libaciones habían fortalecido las gargantas para el canto y los pies para la danza. Oyendo todo aquel estrépito, el joven sensato cayó de las nubes. Entonces, llamado uno de los mozos, preguntábale qué cosa fuera ésta. Y aquel le dijo: «Ha llegado tu hermano y tu padre mató el ternero cebado, porque lo ha vuelto a tener sano y salvo». El mozo, naturalmente, no se detuvo aquí y continué informando al interrogante sobre todo lo demás, describiendo que el hermano había vuelto en tal estado que el último perro sarnoso de la granja parecía a su lado el sumo sacerdote de Jerusalem.

El hijo mayor quedó muy disgustado. ¿De modo que por aquel jovenzuelo, que era el daño y la vergüenza de la familia, hacía tanta fiesta el padre? ¿Habría enloquecido también éste? Pero si el viejo se había entontecido, el único digno de sus dos hijos, aquel que siempre había tenido sentada la cabeza, no tenía intención alguna de imitarlo. Y se enojó y no quería entrar. Pero su padre, saliendo fuera, le rogaba. Y él, respondiendo, dijo a su padre: «He aquí hace tantos años que te sirvo de criado, y jamás transgredí una orden tuya, y nunca me diste un cabrito para que con mis amigos hiciese fiesta. Mas cuando vino este tu hijo, que ha devorado tus bienes con las meretrices, mataste para él el ternero cebado». Entonces el (padre) le dijo: «Hijo, tú siempre estás conmigo y todas mis cosas son tuyas. Y era menester hacer fiesta y alegrarse, porque este tu hermano había muerto y ha resucitado y se había perdido y ha sido encontrado».

Obsérvese cómo el hijo mayor, hablando del menor al padre, le llama este tu hijo, y cómo en cambio el padre, hablando del mismo al hijo mayor, le dice este tu hermano. El mayor teme casi mancillarse la boca llamando hermano suyo a aquel libertino, y quisiera renegar de él como tal. Mas el padre le recuerda que el libertino es su hermano y que debe tratarlo como a tal, del mismo modo que el padre le ha tratado ya como hijo. La enseñanza moral de esta segunda parte de la parábola radica toda aquí: así como el padre es siempre padre, el hermano ha de ser siempre hermano.

Es falsa, pues, la conclusión decretada por unos pocos críticos, para quienes la segunda parte de la parábola — el episodio del hermano mayor — sería una añadidura tardía. Por el contrario, la mira general de toda la parábola incluye también la enseñanza contenida en la segunda parte. En

la primera, la parábola ha enseñado la misericordia para el pecador arrepentido, misericordia mostrada por Dios, que es su padre; pero esta enseñanza no es nueva, puesto que ha sido propuesta ya en las parábolas precedentes de la oveja y la dracma perdida. La segunda parte, en cambio, enseña la necesidad de que la misericordia para el pecador arrepentido sea mostrada también por el hombre, que es su hermano, y precisamente en consecuencia del perdón de su padre y relacionándose con ese perdón. Esta segunda parte de la parábola constituye, pues, la cúpula y coronación suprema de todo el edificio.

No puede decirse que el hermano mayor, irritado contra la bondad paterna, simbolice históricamente a los fariseos, irritados contra la bondad de Jesús hacia los publicanos y pecadores. Por el contrario, el símbolo tiene valor más alto e incluye a cualquier hijo del Padre celestial que se sienta celoso de la misericordia de ese Padre para cualquier otro hijo recuperado después de un extravío.

EL MAYORDOMO INFIEL. EL RICO EPULÓN

470. A más de ser el escriba de la misericordia, Lucas es también el evangelista de la pobreza (§ 145). Vemos, así, que en el collar de parábolas que estamos examinando, a las perlas sobre la misericordia divina siguen otras sobre la pobreza humana, también éstas conservadas únicamente en el cofre de Lucas. Que el renunciar a la riqueza era un acto de cordura por parte del seguidor de Jesús, fué mostrado por él con esta parábola:

Había un hombre rico que tenía un mayordomo, y éste fué acusado ante su señor de disipar sus bienes. Llamóle, pues, su amo y díjole secamente: Han llegado a mis oídos malos informes sobre ti: preséntame cuanto antes cuentas de tu administración. — Al salir de allí, el mayordomo penso en sus intereses y se vió perdido si no encontraba algún modo de vivir en su vejez. Comenzó, pues, a razonar: Ahora que van a quitarme la administración, ¿cómo podré mantenerme? De trabajar en los campos no soy capaz y el pedir limosna me da vergüenza. — Tras larga reflexión decidió hacer caer sobre su señor la carga de su sustento mediante una astuta treta. Tratábase de disminuir falsamente la deuda que cada colono tenía con el propietario, a fin de que aquellos deudores fraudulentamente beneficiados le recompensasen después, en agradecimiento. Llamando, pues, a un colono, le preguntó: ¿Cuánto debes a mi amo? — El otro contestó: Cien barriles de aceite. — El mayordomo dijo: No; toma el recibo y escribe cincuenta. — Así, a este primer deudor se le condonaba la mitad de la deuda. Llamado otro, al hacerle la misma pregunta, responde: Debo cien medidas de grano. — El mayordomo contesta: No; toma el recibo y escribe ochenta. — Tratando con igual método a todos los demás colonos del dueño, éstos le quedaron, naturalmente, muy agradecidos en el presente y aun en el futuro. Y de tal modo el

mayordomo exonerado proveyó a su vejez.

Esto es un robo, sin duda. Pero un robo astuto y bien ideado, que muestra la sagacidad y previsión de aquel mayordomo que no quiere acabar sus días en la miseria. En esto radica la fuerza de la parábola, que prescindiendo de la deshonestidad del hurto — la cual aquí no entra en consideración —, converge toda sobre aquella sagacidad y previsión. La parábola, en efecto, continúa diciendo que aquel amo (¿ xúpico), hablando del fraude de que había sido víctima, loó al mayordomo estafador porque había obrado prudentemente. Era hombre de espíritu aquel amo y sabía tomarse como gran señor los sinsabores de la vida, poniendo en evidencia sus aspectos interesantes. La parábola, pues, termina enseñando que los hijos de este siglo son más prudentes que los hijos de la luz entre (los) de su generación, es decir, cotejados con los miembros de su respectiva categoría.

Pero para explicar mejor el funcionamiento de esa prudencia, Jesús añade: Y yo os digo: Procuraos amigos por medio del inicuo Mammón (§ 331), a fin de que cuando (él) venga a faltar os acojan en los eternos tabernáculos. Con estas palabras, el funcionamiento de la prudencia resulta claro, y la parábola, transportada a un ambiente superior, es aplicada con precisión. Las riquezas terrenas gástense todas para adquirir no bienes terrenos, que son igualmente transitorios y falaces, sino bienes perennes y seguros. ¿Y de qué modo? Empleando aquellas riquezas en beneficiar a los pobres. Esta beneficencia es un fruto imperecedero de las riquezas, porque los beneficiados se convierten en amigos del beneficiador y al hundirse este siglo le recompensarán, acogiéndolo en los eternos tabernaculos. Con esto reaparece evidentísima la sanción ultraterrena que está a la base de toda la doctrina de Jesús (§ 319): dar las propias riquezas con miras y en espera de la vida futura. En esa suprema espera (§ 450 y sigs.). la pobreza, pues, es suma prudencia.

471. Los fariseos, que oyeron la exposición de estos principios. pero no participaban en la suprema espera, encontraron que todo aquello era necio. Oían todas estas cosas los fariseos, que eran amantes del dinero, y se burlaban de él (Jesús). ¿Qué modo de hablar era aquél? ¿Tirar el propio dinero y quedar desnudos como un caracol sin concha? Estas eran no sólo locuras de mentecato sino blasfemias de hereje. La Ley hebrea hablaba bien claro: la prosperidad material era una bendición de Dios y un premio para quien observaba las normas de la moral religiosa (v. Levitico, 26. 3 y sigs.), así como la pobreza y la miseria eran la parte de los impíos, según la antigua tradición hebraica (v. Job, 8. 8 y sigs.; 20. 4 y sigs.; 27. 13 y sigs.). Si, pues, Jesús era pobre, peor para él: signo era de que Dios no le concedía el premio de los justos porque no lo merecía. Pero, al menos, que dejase de transtornar la Ley y la tradición hebrea (1).

⁽¹⁾ Este razonamiento de los fariscos no es referido por Lucas, pero se puede razonablemente reconstruir de manera aproximativa a base de la respuesta de Jesús (Lucas, 16, 15-16).

Jesús, refiriéndose al verdadero motivo que hacía hablar a los fariseos en defensa de las riquezas, respondió: Vosotros sois aquellos que se muestran justos ante los hombres (es decir, que alardeaban de justos porque eran ricos), pero Dios conoce vuestros corazones. Porque lo que es excelso entre los hombres es abominación ante Dios. En cuanto a la Ley y la tradición, el caso de las riquezas era uno de aquellos en que la antigua Ley debía ser completada y perfeccionada (§ 322), ya que la Ley y los profetas (prevalecieron) hasta Juan (el Bautista); desde entonces, se da la buena nueva del reino de Dios y todos hacen violencia hacía él (Lucas. 16, 15-16). La Ley halagaba a sus seguidores incluso con la promesa de las riquezas; pero desde Juan el Bautista la Ley había sido substituída por el reino de Dios, que no promete ya bienes materiales y hasta exige la violencia moral de separarse de ellos. Por lo demás, el mismo espíritu íntimo de la Ley antigua no inducía a amar las riquezas, sino a superarlas, puesto que se las presentaba como medio y no como fin. Quien se detenía en este medio halagador traicionaba el espíritu de la Ley.

Esta fué la enseñanza que Jesús ilustró con una nueva parábola estrechamente ligada a varios conceptos del judaísmo, al punto de parecer

en cierto aspecto la más judía de las parábolas de Jesús.

472. Había dos judíos, el uno muy rico y el otro muy pobre. El rico ostentaba vestiduras hechas de púrpura de Tiro y de lino de Egipto y a diario celebraba festines interminables. El pobre, que llevaba el nombre vulgarísimo de Lázaro, yacía, cubierto de llagas, en la calle, junto al atrio de la casa del rico, y desde allí sentía el lejano rumor de los convites del rico y su sueño supremo habría sido saciarse de lo que caía de aquella mesa; pero nadie le hacía caso. Antes bien, incluso en aquella su miseria tan negra parecía que prestaba alguna utilidad al rico, porque los perros (quizá de la casa de aquél) cada vez que pasaban delante de él se paraban a lamer la podredumbre de las llagas que cubrían su cuerpo. Pero plugo a Dios que ambos niuriesen, y entonces se invirtieron los papeles. Muerto primero Lázaro, llegaron los ángeles y le transportaron en lo alto al lugar de la dicha eterna, llevándolo al seno de Abraham, es decir, entre los brazos del privilegiado «amigo de Dios», cabeza de la estirpe judaica. Muerto después el rico, fué sepultado con gran pompa, que, sin embargo, fué la última, ya que desde su espléndida tumba fué rodando hacia abajo, en la Sheol (§ 79), donde se encontró sumido en atroces tormentos.

Vueltas las suertes de tal modo, el antes rico, alzando los ojos desde la Sheol, vió arriba a Abraham, que sostenía dulcemente en su seno al antes pobre Lázaro. Levantó entonces la voz, gritando: «Padre Abraham, ten piedad de mí y envía a Lázaro para que moje en agua la punta de su dedo y refresque mi lengua, porque me consumo en esta llama». Empero Abraham dijo: «Hijo, acuérdate de que recibiste tus bienes en tu vida, así como Lázaro los males. Mas ahora (él) es aquí consolado, y tú eres atormentado». El justo Abraham hace notar la justicia de la doble suerte;



Fig. 80. -- EL VALLE DE ELAH, EN JUDEA

puesto que el rico ha sido demostrado justo ante los hombres (Lucas, 16, 15) por sus riquezas, y puesto que toda su religión ha consistido en eso, ha sido ya recompensado suficientemente. Además, como, por otra parte, lo que es excelso ante los hombres es abominación ante Dios, ahora ante Dios sus pasadas riquezas tórnanse para él en razones de sufrimiento. Precisamente lo contrario, por inversa razón, ocurre a Lázaro. Por lo demás, la nueva suerte de cada uno es absolutamente inmutable y Abraham nada puede hacer, ni aún por uno de su raza, si no se halla allí arriba cerca de él: Además de todo esto, entre nosotros y vosotros ha sido establecido un abismo (χάσμα) grande, para que aquellos que quisiesen pasar de aquí hacia vosotros no puedan, ni de ahí se pase hacia nosotros. También aquí la suerte se encuentra perfectamente invertida: así como antes de morir el rico no hacía nada en pro de Lázaro, así ahora Lázaro no hace nada en pro del rico. El abismo moral que separaba antes a los dos se convierte ahora en un abismo cosmológico.

Sin embargo, el rico, aunque hundido en la Sheol, piensa en sus parientes y desea que ellos siquiera huyan en el futuro de la misma suerte que sufre ahora el. A tal objeto vuelve a rogar a Abraham: Te pido, pues, padre, que envies a el (Lázaro) a casa de mi padre, porque tengo cinco hermanos, a fin de que testifique ante ellos, de modo que no vengan también

ellos a este lugar del tormento (1). Pero tampoco esta demanda es acogida por Abraham, quien le responde secamente: Tienen a Moisés y los profetas; escúchenlos. Es decir, que regulen su conducta conforme a las normas de Moisés y los profetas, consignadas en la Sagrada Escritura, y esto les bastará para evitar el lugar del tormento. Mas el rico no es de esta opinión, e insiste: No, padre Abraham. Empero si alguno de (la región de los) muertos va a ellos, cambiarán de mente (μετανοήσουσιν). El argumento es rechazado de plano por Abraham, que cierra la discusión sentenciando: Si no escuchan a Moisés y a los profetas, tampoco creerán si alguno resucitare de entre los muertos.

En conclusión, la Ley hebrea no sólo no es abolida, sino declarada más eficaz que la revelación privada hecha por un muerto resucitado. Además, el espíritu de esa Ley invita a servirse de las riquezas como una escala para ascender a Dios, pero no a pararse en ella; además el reino de Dios rechaza sin más la escalera.

⁽¹⁾ Si el rico tenía cinco hermanos, la explicación natural parecería consistir en que en aquella familia había en total seis hijos varones; pero esta sería una explicación superficial. La crítica sagaz, aquella que ha descubierto recónditos significados en los cinco pórticos de la piscina de Bezetha (§§ 162, 384) y en los cinco maridos de la samaritana (§ 294, segunda nota), no podía dejar pasar inmunes estos otros cinco, y así ha encontrado que los cinco hermanos del rico son los cinco libros de la Ley (Loisy). La correspondencia es perfecta sin duda: cinco de una parte y cinco de la otra... Sólo persiste la dificultad de que con igual método e idéntica razón se pueden descubrir otras muchas cosas agrupadas en cinco, como, por ejemplo, los dedos de las manos y de los pies. En resumen, también aquí se confunde la crítica con la cábala (§ 294, nota segunda).

DESDE EL ULTIMO VIAJE POR JUDEA HASTA LA SEMANA DE PASION

LOS DIEZ LEPROSOS. VICISITUDES DEL REINO DE DIOS

473. Entre tanto, continuaban las peregrinaciones de Jesús. Habiéndose trasladado nuevamente a Judea desde Transjordania, debió llegarse luego hasta Galilea, desde donde descendió para efectuar su último

viaje a Jerusalem (§§ 413 y sigs., 462).

Al principio de este viaje, al entrar Jesús en un poblado de los confines entre Samaría y Galilea (poblado que una tradición tardía quiere reconocer en Djenin), salieron a su encuentro diez leprosos, los cuales, manteniéndose a distancia en virtud de la consabida prescripción (§ 304), comenzaron a gritarle que tuviese piedad de ellos. Jesús contestó que fuesen a presentarse a los sacerdotes, como ya ordenara la otra vez; esto, pues, no era la curación, sino una promesa de curación. Los leprosos interpretaron así la respuesta y se pusieron en marcha para obedecerla. Por el camino se sintieron curados. La ventura de la curación hizo olvidar a todos los deberes de la gratitud y todos se fueron a sus quehaceres, excepto uno, que, glorificando a Dios, retrocedió para dar las gracias a Jesús. Y era precisamente un samaritano. Jesús recibió con agrado el homenaje de aquel extranjero, hizo notar que sólo él había sentido el deber de la gratitud y le confirmó que había sido salvado por su fe (§ 349 y sigs.).

474. Después del episodio de los leprosos, Lucas introduce otra vez a los fariseos y refiere un coloquio de Jesús con ellos y después con sus discípulos. El coloquio, sólo referido aquí por Lucas, contiene, no obstante, varios elementos que se encuentran en el gran discurso escatológico de los otros sinópticos (§ 523 y sigs.), del que esta plática parece un anticipo. Pero también aquí conviene preferir a Lucas en el aspecto cronológico, porque es harto probable que el tema común al coloquio y al discurso fuese tratado más de una vez por Jesús, aunque los demás sinópticos, por razones redaccionales, reúnan en uno solo los diversos relatos.

Este coloquio es provocado por una interrogación de los fariseos, quienes preguntan a Jesús cuándo adviene el reino de Dios (Lucas, 17, 20). ¿Era irónica la pregunta o se referia seriamente a la clamorosa llegada

del reino mesiánico-nacionalista? No cabría decirlo con certeza, aunque la contestación de Jesús parece inclinar a interpretarlo en el segundo sentido. Jesús responde a los preguntantes de forma expeditiva, como a gente no dispuesta a dejarse convencer: El reino de Dios no adviene con advertencia (μετά παρατηρήσεως) (1), ni se dirá: «Hele aquí», o bien: «Allí (está)». Porque el reino de Dios está dentro de vosotros (ἐντὸς ὑμῶν). Esta indicación dentro de vosotros se refería a la colectividad (en medio de vosotros), no a las personas aisladas (en el interior de cada uno de vosotros), porque Jesús quiere hacer notar que el reino de Dios se propaga, no de modo espectacular como esperaban los fariseos, sino sin advertencia. Tan verdad es eso que ya está entre ellos. Y Jesús no dijo más a aquellos mal dispuestos interrogantes.

475. No obstante, dada la importancia del tema, volvió sobre él ante sus discípulos, en la intimidad, y les dijo: Vendrán días cuando desearéis ver uno solo de los días del hijo del hombre y no veréis (tal día). Los días aqui anunciados son de dolor y calamidad, circunstancias en que los discípulos de Jesús quisieran ver uno solo de los días en que el hijo del hombre adviene con poderio (§ 401), es decir, desplegando aquella su fuerza que le asegurará el triunfo final. Y, sin embargo, aquel suspirado dia de manifiesto desquite y evidente triunfo contra las calamidades tenaces, no vendrá. En cambio surgirán anuncios falaces contra los que Jesús pone en guardia a sus discipulos: Y se os dirá: «Hele aquí», «Hele allan, refiriéndose al anhelado hijo del hombre que retorna como triunfador. Pero vosotros no prestéis fe: No os mováis, ni sigáis tales indicaciones. Porque como el rayo fulgurando de un punto a otro del cielo relampaguea, así será el hijo del hombre en su día. El hijo del hombre llegará indudablemente como triunfador a cumplir la consumación del reino mesiánico, pero su día será subitáneo e imprevisto como el rayo del cielo, y ninguno podrá preverlo. Además, ese triunfo suyo será precedido por su sufrimiento (§ 400). Empero, antes es necesario que él sufra mucho y que sea reproondo por esta generación (Lucas, 17, 25).

Dada tal inseguridad del tiempo unida a la certeza del hecho, los discípulos deberán estar siempre preparados y no abandonarse a la negligencia a que se abandonarán los otros hombres. Y como sucedió en los días de Noé, así será también en los días del hijo del hombre: comían, bebián, tomaban mujer, tomaban marido, hasta el día en que Noé entró en el arca y vino el diluvio y los destruyó a todos. Semejantemente, como sucedió en los días de Lot: comían, bebian, compraban, vendían, plantaban, construían; pero el día en que Lot salió de Sodoma, llovió fuego y azufre del cielo y los destruyó a todos: así será el día en que el hijo

⁽¹⁾ La palabra griega es más bien rara, y el verbo correspondiente es usado para designar las observaciones, especialmente de los astros (v. Vulgata: cum observatione). El sentido, pues, es que no se puede especular de antemano sobre el advenimiento del reino de Dios como, por ejemplo, sobre los fenómenos de un astro.

del hombre se revele. Muchos, muchísimos, serán, pues, los que en el día del hijo del hombre pensarán en todo menos en él y en su triunfo. Esos muchísimos permanecerán tenazmente aferrados al mundo que siempre les envuelve y no repararán en el nuevo mundo que sobreviene, igual que la mujer de Lot, en el momento del cataclismo, seguía aún aferrada con el deseo a su casa de Sodoma, siendo muerta por ese su aferramiento, que la hizo mirar atrás. En ese día, quien esté sobre el terrado y (tenga) sus objetos dentro de la casa, no baje a cogerlos, y quien (esté) en el campo igualmente no se vuelva atrás. ¡Acordaos de la mujer de Lot! Quien procure poner a salvo su vida, la perderá, y quien la pierda la hará vivir. Por eso el advenimiento glorioso del hijo del hombre, siendo subitáneo e imprevisto, exige que todos estén desapegados de todo, incluso de la propia vida, para así seguir al instante al triunfador aparecido. Este previo desapego constituirá el criterio de discriminación para elegir a aquellos que sigan al triunfador. Os digo que en aquella noche estarán dos en un solo lecho, y el uno será tomado y el otro será dejado. Habrá dos (mujeres) moliendo en la misma (mucla); la una será tomada y la otra será dejada.

Hecha la discriminación, ¿adónde irán los que sean tomados? Evidentemente al lado del triunfador aparecido. Los discípulos interrogan a Jesús diciéndole: ¿Dónde, Señor? Quizá, más que en la persona, piensen en el lugar. Jesús no responde a ese último punto, limitándose a hacer notar que los elegidos se reunirán espontáneamente desde todo el mundo en torno al triunfador, con la misma segura rapidez con que las águilas se reúnen en torno al despojo: Donde (está) el cuerpo allí también se reunirán las águilas.

476. Resumiendo en pocas palabras todo el diálogo, encontramos que Jesús ha hablado del reino de Dios a los fariseos y a los discípulos. A los fariseos les ha confirmado que aquel reino es un hecho, no fragoroso o fulgurante, pero sí realísimo, y tanto que ya está entre ellos: es decir, que se trata de la propia predicación de Jesús, simbólicamente expresada del mismo modo por medio de las parábolas (§ 365 y sigs.). A los discípulos, Jesús les habla de un nuevo advenimiento del reino del hijo del hombre destinado a su triunfo palmario y a la consumación del reino mesiánico. Será subitáneo e imprevisto y, puesto que decidirá la suerte de elegidos y réprobos, todos deben estar preparados para él con despego absoluto de todo bien presente. Trátase, pues, de la parusia del Cristo glorioso, que instaurará el reinado de manifiesta y universal justicia y que constituye el último resultado de la predicación de Jesús, presentada poco antes a los fariseos igualmente como reino de Dios. De esta parusia había de hablar nuevamente Jesús en su discurso escatológico (§ 525 y sigs.).

EL JUEZ INICUO. EL FARISEO Y EL PUBLICANO

477. El precedente diálogo tuvo una consecuencia. Como perspectiva terrena, en el diálogo se habían pronunciado palabras de matiz obscuro, que dejaban prever, además del sufrimiento supremo y de la reprobación del Maestro, también tiempos de miseria y calamidad en que los discípulos desearían en vano ver uno de los días triunfales del hijo del hombre. Pero si en aquellos días de prueba los discípulos rogasen, ¿no serían oídos? ¿No se abreviaría la prueba? ¿No haría Dios justicia a sus elegidos, concediendo un pequeño anticipo al triunfo final del hijo del hombre?

Si. ciertamente. Jesús expresó esta enseñanza con una parábola que es muy semejante a la del amigo importuno (§ 443) y que vemos referida sólo por Lucas (18, 1-8), precisamente después del diálogo anterior: Y les dijo una parábola acerca de la necesidad de que orasen siempre y no se cansaran.

Vivía en una ciudad un juez que no tenía temor de Dios ni respeto a los hombres. En la misma ciudad vivía también una pobre viuda que, como usualmente sucedía a las viudas en la antigüedad, recibía continuos agravios por parte de cierto individuo. La viuda recurría de vez en cuando al juez, rogándole: Hazme justicia de mi perseguidor. — Durante mucho tiempo, el juez no se dió por entendido, pero al fin, hastiado de la molestia de la mujer. hízose este razonamiento: Si bien no temo a Dios ni tengo respeto a los hombres, no obstante por el fastidio que me da esta viuda le haré justicia, a fin de que no venga al fin a quebrarme la cabeza (suce el juez inicuo? ¿Y acaso no hará Dios justicia a sus elegidos, que claman a él día y noche, y es lento para con ellos? (καὶ μακροθομεῖ ἐπ' αὐτοῖς). Yo os digo que les hará justicia con prontitud. Mas el hijo del hombre, cuando venga, ¿cncontrará la fe sobre la tierra?

Esta última proposición no muestra una clara conexión lógica con lo precedente, y, no sin fundamento, se ha pensado que debe ser un dicho separado de Jesús procedente de otro discurso. La proposición parece tener presentes los tiempos en que los discípulos desearán ver uno solo de los días del hijo del hombre y no lo verán (§ 475). Esos tiempos serán tan duros y calamitosos que harán vacilar la confianza de muchísimos (v. Mateo, 24, 12; Marcos, 13, 22), hasta el punto de que bien se puede preguntar en tono

retórico si el hijo del hombre... encontrará fe sobre la tierra.

Cualquiera que sea el sentido y referencia de esta proposición, es notorio que los cristianos de las primeras generaciones pusieron particular esperanza en estas promesas. Sometidos a persecuciones incesantes, anhelaron ver el día del hijo del hombre, en que Cristo triunfador descendería de las nubes para hacerles justicia, y esperaron ver esta justicia con pron-

titud y contemplar la gran revelación del hijo del hombre de un día a otro. Pero los apóstoles suministraron a su afán oportunos correctivos, exhortándoles a no perturbarse como si fuera inminente el dia del Señor (II Tesalonicenses, 2, 2) y a recordar que un solo día es para el Señor como mil años, y mil años como un solo día. No retarda el Señor la promesa (II Pedro, 3, 8-9). Aquellos primitivos cristianos encuadraban la promesa de Jesús en el calendario del hombre. En cambio, los apóstoles la encuadraban en el calendario de Dios.

478. La parábola de la viuda atendida merced a su insistencia en el rogar, conduce a otra parábola referente a la índole y disposiciones espirituales de la plegaria: la parábola, también particular a Lucas (18, 9-14), de que son protagonistas un fariseo y un publicano, es decir, los dos extremos de la escala en que estaban dispuestos los valores espirituales del judaísmo. La parábola fué dirigida por Jesús a algunos que presumían en sí mismos de ser justos y despreciaban a los otros.

Un fariseo y un publicano entran a la misma hora en el Templo de Jerusalem, para hacer oración. El farisco, en su confiada certeza de ser justo, obra y piensa como tal. Se adentra en el atrio de los israelitas (§ 47) hasta el límite más vecino al santuario, donde mora el Dios de su patria y secta. Aquel Dios es un ser potente, pero para él, hombre justo y fariseo riguroso, aquel Dios tiene una predilección singular y por tanto él puede tratarle con cierta familiaridad: es decir, como a un monarca, sí, pero un monarca al que el súbdito puede enumerar una serie de hermosos hechos realizados en su servicio. El fariseo, pues, colocándose en pie como solían los hebreos para orar, inicia así su enumeración: ¡Oh, Dios! Gracias te doy porque no soy como los demás hombres, rapaces, injustos, adúlteros, ni tampoco como este publicano. Ayuno dos veces a la semana (§ 77); pago el diezmo de cuanto poseo (§ 36). La parábola no continúa la lista, pero ésta podría muy bien alargarse y mencionar otras selectas virtudes farisaicas, como el lavatorio de manos y vajillas antes de comer, el abstenerse de apagar una lámpara en sábado, el conocimiento de memoria de los 613 preceptos de la Torah (§ 30) y tantas otras egregias dotes del irreprochable fariseo... En conclusión, resulta que Dios ha sido el beneficiado por el fariseo, quien hace consistir su plegaria en citar los beneficios proporcionados por él a Dios, o sea en manifestar aquellas justicias humanas sobre las cuales había sentenciado el antiguo profeta: Como paños de menstruo (son) todas nuestras justicias (Isaias, 64, 5 hebr.).

Entre tanto, el publicano, consciente del desprecio que le profesan los hombres graves del judaísmo, y seguro de que Dios comparte ese desprecio, se detiene sin llegar apenas a la entrada del atrio, como un mendigo mal tolerado, y allí alejado, sin osar levantar los ojos hacia el «santuario», comienza a golpearse el pecho implorando: ¡Oh, Dios, séme propicio a mí, pecador! Esta es toda la plegaria de aquel a quien los rabinos definían como «rústico» (§ 40), porque tiene consciencia de no poder

ar a Dios nada de cuanto está dándole el fariseo. Así, reconociéndose ecador, confíase con humildad profunda a la misericordia divina:

...y me entregué, llorando, a Aquel que en perdonar se place. Horribles fueron los pecados míos, mas su bondad sin fin tal brazo tiene que cuanto a él se le dirige, abarca. (Purgatorio, III, 119-123.)

El resultado del contraste entre estos dos hombres fué precisamente l desmentir sus respectivas conciencias. Jesús, en efecto, concluye: Y os ligo que éste (el publicano) volvió a su casa justificado, al revés del otro; porque quien se ensalza será humillado y quien se humilla será ensalzado.

Nadie ha resumido en pocas líneas los puntos principales de esta parábola mejor que San Agustín: Lo que (el fariseo) había implorado a Dios, búscalo en sus palabras; no encontrarás nada. Fué a orar y no quiso ogar a Dios, sino alabarse a sí mismo. Es poco no rogar a Dios y alabarse a sí mismo; además, aún insultar al que imploraba. El publicano estaba lejos: no obstante, se acercaba a Dios... Es poco decir que estaba 'ejos; ni siquiera alzaba los ojos al cielo... Hay más, se golpeaba el pecho... y decia: «Señor, seme propicio a mí, pecador». He aquí quien (realmente) ruzga.

CUESTIONES MATRIMONIALES. JESÚS Y LOS NIÑOS

479. En este punto Lucas cede el paso en la serie de hechos a Marcos y Mateo respecto a la cuestión del divorcio, de la que Lucas (16, 18) sólo da la sentencia conclusiva de Jesús, sin aludir a las circunstancias y sin ligazón con el contexto inmediato. Por el contrario, Marcos y Mateo comunican las circunstancias de la cuestión. De otra parte, Lucas concuerda con los otros dos Sinopticos al referir la acogida hecha por Jesús a los niños, escena situada por los dos inmediatamente después de la del divorcio. La conclusión que de modo espontáneo se desprende es que tal cuestión—omitida por Lucas acaso porque la juzgó inútil para sus lectores paganos—ocurriese inmediatamente antes de la acogida hecha a los niños.

Acercáronse, pues, los fariseos, y propusieron a Jesús lo siguiente: ¿Es lícito repudiar a la propia mujer por cualquier causa? (Mateo, 19, 3). El evangelista advierte que los fariseos hacían esta pregunta para tentar (πειράζοντες) a Jesús. La cuestión, en efecto, era vieja, ya tratada en las escuelas rabínicas con mucha anterioridad a Jesús y prolongada con posterioridad a él. En la Ley de Moisés se concedía el divorcio sólo a inicia-

tiva marital, con estas palabras: Cuando un hombre tome mujer y se convierta en marido, y ocurra que ella no encuentre gracia a los ojos de él, o bien si encuentra en ella algo de repugnante (hebr. 'eruat dābār), él escribira para ella el libelo de repudio y se lo entregará en sus manos, y la

despedird de su casa (Deuteronomio, 24, 1). El libelo de repudio permitía a la divorciada contraer nuevo matrimonio, pero después de éste, o por muerte del nuevo cónyuge o por nuevo divorcio, el primer marido no podía volver a tomar consigo la mujer divorciada (ibíd., 24, 2-4). Los rabinos estaban orgullosos de esta facultad del divorcio y la consideraban un privilegio concedido por Dios a Israel y no a los paganos. La divergencia entre ellos empezaba cuando había de definirse la razón suficiente para admitir el divorcio, razón aludida en las palabras algo de repugnante encontrado por el marido en la esposa.

Ateniéndose a lo que refiere la Mishna (Ghittīn, IX, 10), las escuelas de los dos grandes maestros precristianos, Shammai e Hillel, adoptaban aquí como en otros casos. una posición contraria. Los shammaístas



Fig. 81. — El más antiguo acto de repudio matrimonial judaico

interpretaban la razón aducida por la Ley en sentido moral y según ellos algo de repugnante aludía al adulterio, que era el caso que autorizaba el divorcio. Los hillelianos interpretaban el concepto en sentido mucho más amplio, cual si se refiriera a cuanto fuera inconveniente en la vida familiar o civil, y aducían el ejemplo de una mujer que dejara quemarse una comida, razón por la que se merecía el divorcio. Más tarde Rabbi Aqiba había de ir más lejos aún. afirmando que era razón suficiente para el divorcio que el marido hallase una mujer más bella que la suya.

Difícil es saber si los fariseos que propusieron la cuestión a Jesús eran

shammaítas o hillelianos. Sus palabras: ¿Es lícito repudiar... por cualquier causa? aluden ciertamente a la doctrina amplia de los hillelianos, pero ¿pretende esta alusión ser un requerimiento en pro de la doctrina, o una invitación a rechazarla? En otras palabras, ¿son los tolerantes hillelianos quienes quieren atraer a su causa a Jesús, o los rigoristas shammaítas los que esperan oír de Jesús una condenación de la doctrina laxista?

Jesús, como en otros casos, pasa sobre hillelianos y shammaítas y se remonta al origen de la cuestión. Él, respondiendo, dijo: «¡No leisteis que quien creó desde el principio "varón y hembra los hizo" y dijo: "A causa de esto abandonará el hombre al padre y a la madre y se unirá a su mujer, y serán los dos en una sola carne"? (Génesis, 1, 27; 2, 24). Así, no son ya dos, sino una sola carne. Por consiguiente, lo que Dios unió, (el) hombre no lo separe» (Mateo, 19, 4-7). Con esta contestación, sobre todo con su período conclusivo, la institución del matrimonio es estudiada en sus mismos origenes, anteriores a cualquier discusión humana, y aun a la legislación de Moisés. Con la doble cita del Génesis, Dios mismo es llamado en causa, en cuanto creador del género humano e institutor del matrimonio, y la conclusión es que lo que Dios unió, (el) hombre no lo separe.

48(). Era de prever la réplica de los fariseos, quienes contestaron: ¿Por qué, entonces, mandó Moisés «dar libelo de repudio y despedirla»? (Deuter., 24, 1). ¿No era el divorcio un privilegio de los israelitas? ¿No se mencionaba y regulaba en la misma Ley de Moisés? Si prevalecía la norma de Jesús «hombre no separe», había que renunciar al privilegio del

divorcio, lo cual era un absurdo para aquellos fariseos.

A la dificultad legal que le oponían, Jesús contestó rectificando. No se trataba de un privilegio, sino de una tolerancia, debida a las condiciones personales de los que la recibían y otorgada por temor a cosas peores. Dijoles: «Moisés, por vuestra dureza de corazón, os concedió el repudiar a vuestras mujeres, mcs en el principio no fué así». Con esta última apelación, la cuestión quedaba referida de nuevo a sus orígenes. A la renovada apelación sigue en Mateo un período substancialmente paralelo al por él citado ya en el Sermón de la Montaña (§ 325):

(Mateo, 19, 9)

(Sermón de la Montaña)

Empero yo os digo que quien

Empero os digo que quien repudie a su mujer no por fornicación,

ujer repudie a su mujer,
ión, excepto caso de fornicación,
hace que ella se vuelva adúltera,
y quien despose a una repudiada,
comete adulterio.

y despose a otra, comete adulterio.

La misma sentencia de Jesús se encuentra en los otros dos Sinópticos, en los cuales, sin embargo, falta el restrictivo no por fornicación o excepto caso de fornicación:

(Marcos, 10, 11-12)

(Lucas, 16-18)

Quien repudie a su mujer y despose a otra, comete adulterio contra ella; y si ella, repudiando a su marido, desposa a otro, comete adulterio (1).

Quien repudia a su mujer y desposa a otra, comete adulterio;

y quien desposa a una repudiada del [marido, comete adulterio]

A estos dos sinópticos debe añadirse San Pablo, como testimonio todavía anterior (§ 102) de la primitiva catequesis cristiana, el cual escribía: A los casados mando, no yo, sino el Señor, que la mujer no se separe (μη χωρισθήναι) del marido — y si se separa permanezca sin casarse o se reconcilie con el marido — y que el marido no repudie (μη ἀριέναι) (la) mujer (I Corint., γ, 10-11). En este pasaje San Pablo distingue claramente la «separación» de los cónyuges del «repudio» de la mujer, o divorcio. Admite la posibilidad del primer caso, siempre que la mujer no contraiga segundas nupcias, y rechaza sencillamente la licitud del divorcio.

La catequesis primitiva está, pues, representada para nosotros por dos grupos de testimonios. Uno es el de Mateo, que se repite dos veces (5, 32; 19, 9); el otro está constituído por los testimonios de Marcos, Lucas y Pablo. El primer grupo ofrece la característica restrictiva; el segundo, no. ¿En qué relación están entre sí estos dos grupos? ¿Existe contradicción entre ellos?

Varios críticos radicales han hallado una contradicción. Reconocen que la primitiva catequesis no admitía el divorcio ni aun en caso de adulterio, según los testimonios acordes de Marcos. Pablo y Lucas, pero como en Mateo se halla la restricción que parece admitir el divorcio en tal caso, han resuelto la dificultad mediante su acostumbrado método de considerar aquella restricción como interpolada, suponiendo que en el texto de Mateo se habría añadido esa frase a las palabras de Jesús para satisfacer a las exigencias de los judíos convertidos al cristianismo, quienes no habrían estado dispuestos a renunciar al divorcio en caso de infidelidad de la mujer. Método ciertamente muy expedito, y que, por añadidura, en este caso resultaría comodísimo para los católicos: pero también arbitrario si no va sufragado — como no va en el presente caso — por ningún documento y va, además, contra la norma según la cual el texto más difícil

⁽¹⁾ Que la mujer se divorciase de su marido no se preveía en la antigua Ley, que reservaba al esposo esa iniciativa. Sin embargo, en la época de Jesús, y por influjo de las costumbres greco-romanas, se había comenzado a difundir entre los judíos aristocráticos el divorcio también por iniciativa de la mujer. En la dinastía de Herodes el Grande hallamos el cjemplo — además del de Herodías (§ 16) — de Drusila, quien dejó a su marido Azizo de Emesa ejemplo accesados en el procurador romano Félix (Ant. jud., XX, 141-143; comp. c. Hechos, 24, 24).

es generalmente preferible al más fácil. Precisamente aquí el texto de Mateo, con toda su dificultad, parece haber conservado mejor el conjunto de las palabras de Jesús. ¿Cuál es, pues, el sentido de esa restricción?

481. Notese que los fariseos preguntan a Jesús si es lícito repudiar o despedir (ἐπελῦσα!) a la propia mujer por cualquier causa, refiriéndose sin duda alguna al divorcio hebreo. Jesús, en respuesta, declara lícito tal repudio, sólo en caso de fornicación (adulterio) de la mujer. Con declaración semejante, Jesús se separa doblemente de la legislación hebraica: en primer término, porque en aquella legislación la mujer adúltera era condenada a muerte (§ 426) y no sometida a divorcio; en segundo término, porque no permite al marido que repudia a su mujer por adulterio casarse con otra, lo que está en perfecta armonía con el principio enunciado anteriormente por el de que lo que Dios unió, (el) hombre no separe. De modo que si los interrogadores querían referirse al verdadero divorcio hebreo, Jesús no concede tal divorcio ni siquiera en caso de adulterio, porque el marido en cuestión no puede casarse con otra mujer, o sea que no queda divorciado. Así, pues, Jesús no concede el divorcio, sino la separación. Pero, esabían los judíos distinguir bien entre «separación» y «divorcio»?

Cualesquiera que fuesen al propósito los conceptos hebreos puramente jurídicos (de los que no estamos informados con certeza), lo cierto es que en la práctica se conocía y ejecutaba la «separación» de los cónvuges. permaneciendo sin embargo como tales. El citado pasaje de San Pablo (§ 480) es decisivo al respecto. La misma Sagrada Escritura narraba un ejemplo, si bien antiguo, en que la esposa de un levita, mujer de mal carácter, se había separado de é! por cuatro meses, refugiándose con su padre, después de lo cual el marido fué a pacificarla, induciéndola a volver a su lado (1). Más poderosas aún que estas razones son, en primer lugar, la circunstancia de que Marcos y Lucas no mencionan la restricción precisamente porque la primitiva catequesis opinaba que no tenía valor alguno contra la indisolubilidad del matrimonio y en favor del divorcio hebreo, y, en segundo término, la otra circunstancia de que los discípulos de Jesús, en su mentalidad judía, valoraron plenamente la intransigencia de la norma expuesta por el Maestro.

482. Terminada, en efecto, la lección a los fariseos, los discípulos insistieron sobre la dolorosa cuestión de la mujer (algunos de ellos, como Pedro, eran casados), interrogando a Jesús privadamente de vuelta a casa

⁽¹⁾ Se trata del célebre episodio del levita de Efraím, narrado en Jueces, 19, 1 y sigs. Dada la poligamia de aquellos tiempos, la mujer figura en el relato como pileghesh o concubina, en realidad «mujer» de segundo grado. La razón de su separación del esposo es dada en el texto hebreo (10, 2) con estas palabras: wattizneh 'ālāu = « y ella fornicó contra él»; peto ciertamente el verbo contiene un error de escritura y parece que debe corregirse confue una de las disputas ordinarias entre marido y mujer, sólo que esta vez terminó con la separación.

(Marcos, 10, 10). Una exclamación harto espontánea surgió entonces del fondo de sus corazones: Si de tal guisa es la condición del hombre con la mujer, no conviene casarse. La intransigencia había sido muy bien comprendida por los discípulos. Según Jesús, un marido no sólo no podía divorciarse de la mujer cuando ésta le quemase la comida, como Hillel autorizaba, sino que debía permanecer indisolublemente ligado al vínculo aun en caso de adulterio de la esposa. Las mentalidades hebreas de los discípulos se sintieron turbadas. Jesús tenía sin duda razón contra Hillel, pero en tal caso era preferible no ligarse a mujer alguna y en consecuencia no casarse.

Jesús, de su parte, lejos de atemperar su anterior intransigencia, juzgó demasiado genérica la exclamación de los desconcertados discípulos, estimándola apropiada para unos e inapropiada para otros. En opinión de Iesús, los distintos individuos del género humano no están igualmente dispuestos para tal cuestión, sino que se agrupan en varias categorías a las que no cabe imponer una sola ley común. Algunos podrán repetir con libre y plena adhesión de conciencia la exclamación de los discípulos, y esos son los privilegiados; otros la repiten por una necesidad buena o mala impuesta por la naturaleza o por la sociedad humana, y éstos son los forzados; otros no la repiten en absoluto, y éstos toman mujer. Jesús aquí no se ocupa de estos últimos, ya que se propone mostrar a los discípulos las ventajas del celibato escogido voluntariamente y con fines religiosos: Empero él les dijo: «No todos comprenden esta palabra, sino aquellos a los que les es dado (comprenderla). Porque hay eunucos que en el seno de su madre fueron engendrados así, y hay eunucos que fueron hechos eunucos por los hombres, y hay eunucos que se hicieron eunucos ellos mismos por el reino de los cielos. Quien pueda comprender, comprenda». No se trata, pues. de una ley dada a todos, y sí de una propuesta ventajosa para alcanzar el reino de los cielos ofrecida a quien pueda comprenderla y que no pueden comprender sino aquellos a quienes les es dado (comprenderla). Los otros obran libremente y toman mujer, a condición, sin embargo, de que lo que Dios unió, (el) hombre no separe.

En resumen, hallamos que Jesús no condena el matrimonio, sino que lo reduce a su razón y norma primitivas, aunque posponiéndolo al celibato elegido libremente a fin de alcanzar el reino de Dios. Prueba de ello se puede ver en el hecho de que, a poco de la discusión sobre el matrimonio, Mateo y Marcos narran la acogida hecha por Jesús a los niños (Lucas relata la acogida y no la discusión). Los niños son los frutos del árbol matrimonial, y Jesús, que antes ha podado de ramas secas y vegetaciones parasitarias aquel árbol, festeja luego sus frutos reservando a aquellos inocentes una predilección muy semejante, aunque en otro sentido. a la reservada a las meretrices y a los publicanos.

483. Y llevábanle niñitos para que los tocase; pero los discípulos regañaban a aquellos (que los llevaban). Empero, viendo (esto), Jesús se

indignó y dijoles: «Dejad que los niños vengan a mi; no se lo impidáis, porque de los tales es el reino de Dios. En verdad os digo que quien no acoja el reino de Dios como un niñito, no entrará en él» (v. § 408). Y abrazándoles los bendecía, poniendo las manos sobre ellos (Marcos, 10, 13-16).

Entre aquellos ninitos (παιξία) había sin duda varones y hembras, y a todos abrazaba Jesús con idéntico afecto. Treinta años antes de aquella escena, precisamente el año 1 a. de J. C., un campesino egipcio que se había alejado de su casa por motivos de trabajo escribía a su mujer, embarazada, una carta, que se conserva entre los papiros recientemente recuperados, y que concluia con esta orden a la futura madre: Cuando hayas dado a luz al niño, si es varón, críalo; si es hembra, mátala (Oxyrhyncus Papyri, 1V. n. 744).

Aquel campesino no obraba diversamente de como lo hacían muchos otros padres de aquellos tiempos, tanto de Egipto como de fuera de Egipto.

UN RICO SE PRESENTA A JESÚS. CONSIDERACIONES SOBRE LA RIQUEZA

484. Cuando Jesús iba a alejarse del lugar donde le fueran presentados los niños, acercósele, presuroso, un joven quien, arrodillándose, le preguntó: «Muestro bueno, ¿qué haré para poder heredar la vida eterna?» Mas lesús le dijo: «Por que me llamas bueno? Ninguno (es) bueno sino uno, Diosii (Marcos, 10, 17-18). Ya observamos (§ 121, nota) que los términos de este diálogo, confirmados por Lucas, aparecen en Mateo de manera diversa. En efecto, temiéndose que los términos, tal como eran empleados por Marcos y Lucas, ofreciesen fundamento de escándalo, pudiendo ser interpretados como negación de la bondad y divinidad de Jesús, el traductor griego del Mateo arameo, aunque conservando materialmente los términos, los empleó de modo diferente, para impedir cualquier posibilidad de equívoco por parte de los lectores. Pero, precisamente como más dificil (§ 485), el texto de Marcos y Lucas tiene en su favor toda la probabilidad de ser más antiguo y exacto en su cita de las palabras de Jesús. El texto de Mateo, más fácil, refleja mejor el empleo que del diálogo hacía la catequesis cristiana posteriormente a la publicación de los evangelios de Marcos y Lucas.

Ateniéndonos a las circunstancias históricas, los términos del diálogo se explican fácilmente. El apelativo Maestro bueno (Rabbi ṭābā) no se usaba nunca hablando a rabinos, ni aún a los más autorizados (1), por parecer exagerada adulación. Un rabino se consideraba suficientemente honrado con el título de Maestro, en tanto que a quien correspondía el apelativo de bueno era únicamente a Dios. Aquí el joven, que ha visto a Jesús

⁽¹⁾ Según parece, sólo se conoce un ejemplo del apelativo maestro bueno aplicado a un rabino, pero en un texto tardio (Ta'anith, 24 b), el cual juega con la idea del bueno empleándola cinco veces seguidas. Cf. G. Dalman, Die Worte Jesu, 1, Leipzig, 1898, pág. 277-

acariciar y abrazar a los niños, le llama bueno, más en el sentido humano y familiar que en el académico y filosófico. Jesús aprovecha la ocasión para ofrecer oportunidad al joven de profundizar en el conocimiento del Maestro a quien se dirige, y así, descendiendo al mismo plano de su interlocutor (como ya hiciera con la samaritana, Juan, 4, 22), dice en substancia al joven: Tú me llamas Maestro como a cualquier otro doctor de la Ley y además me calificas de bueno. ¿Por qué me das este apelativo? ¿No sabes que, según el uso común, este adjetivo está reservado a Dios? — El joven habría podido justificarse contestando: Pero tú eres el hijo de Dios. — Mas no contestó. ¿Esperaba Jesús tal cosa del joven, acaso ignaro, o más bien quiso provocarle en cierto modo para que sus allí presentes discípulos,

no ignaros, respondiesen en sus corazones? (§ 396).

Como el joven no dijo nada, Jesús, para satisfacer su requerimiento, continuó: Si quieres entrar en la vida (elerna), observa los mandamientos. El joven preguntó: ¿Cuáles? — Jesús, entonces, confirmando una vez más la Ley hebrea, le recitó el Decálogo: No matarás, no cometerás adulterio, etc. El joven, asombrado, repuso: ¡Pero todo eso lo vengo observando desde mi primera juventud! Y quiero saber si me falta aun hacer alguna otra cosa. — Después de esta confiada y anhelosa respuesta. Jesús. en frase de Marcos (10, 21), mirándole le amo, o sea que le contempló con señalada expresión de benevolencia, y luego le dijo: Te falta una cosa. Si quieres ser perfecto, ve, vende todos tus bienes, distribuye el producto a los pobres, con lo que tendrás un tesoro en los cielos, y luego sígueme. — A este requerimiento se produjo — según resulta en conjunto de los tres Sinópticos — un cambio de escena: el joven, antes tan fervoroso y entusiasta, quedó de pronto helado y muy afligido (Lucas. 18, 23), porque poseía muchos bienes y era muy rico. Y así apesadumbrado, se alejó.

La amarga propuesta de vender todos sus bienes había sido suavizada con la promesa de un tesoro en los cielos, conforme a la sanción universal de la doctrina de Jesús (§ 319); pero el paladar del joven sintió poco o nada lo dulce y muchísimo lo amargo. El tesoro de los cielos parecióle demasiado remoto para preferirlo a sus grandes ánforas llenas de brillantes siclos y guardadas cuidadosamente en algún escondrijo secreto. Era joven bueno, sin duda, pero con una bondad común y a ras de tierra, mientras Jesús había advertido que a sus seguidores se les podía pedir en todo momento ser titanes de heroísmo (§ 464). Aquel joven habría sido ciertamente un óptimo magistrado del imperio romano, pero al primer examen para optar a alto magistrado del reino de los cielos, resultó deficiente. Respecto a este reino no tenía el ánimo tan noble como aquel innoble publicano de Leví, que había poseído tal vez menos siclos, pero más generosidad (§ 306).

Después de partir el joven, Jesús hizo, a propósito de él, algunas consideraciones hablando con sus discípulos. Exclamó, pues: «¡Cuán dificilmente los que tienen riquezas entraran en el reino de Dios!» Y los discipulos quedaban maravillados de sus palabras. Empero Jesús, respondiendo de nuevo, les dice: «Hijos, ¡cuán difícil es (1) entrar en el reino de Dios! Es más fácil para un camello pasar por el ojo de la aguja que para un rico entrar en el reino de Dios». Y ellos estaban cada vez más estupesactos, diciendo entre sí: «Entonces, ¿quién puede salvarse?» Mirandoles, Jesus dice: «Para los hombres, imposible, pero no para Dios (Marcos, 10, 23-27). La imagen del camello es perfectamente oriental. Son infundadas las interpretaciones de que el nombre griego de camello (κάμηλες) haya sido confundido con el nombre semejante de una gruesa cuerda (κάμιλος), o de que con el apelativo ojo de la aguja se designase un ignorado portillo, estrecho y bajo, de la muralla de Jerusalem. Jesús habla de un verdadero camello y un verdadero ojo de aguja, como más tarde se hablaría en el Talmud de ciertos rabinos que a fuerza de sutilezas hacían pasar un elefante por el ojo de una aguja (2). Ni hay por qué atenuar tampoco la fuerza del parangón. Jesús lo emplea, no para señalar una dificultad, sino una verdadera imposibilidad. El rico no puede entrar en el reino de Dios por lo mismo que un hombre no puede servir a Dios y a Mammón (§ 331): ambos monarcas, en su lucha implacable, no se dan cuartel, v el uno no permite a los súbditos del otro penetrar en su propio reino bajo pretexto alguno.

¿Entonces ningún rico podrá en ningún caso entrar en el reino de Dios? Sí, podrá entrar siempre que primero se despoje de la vestidura de súbdito de Mammón, volviéndese pobre de hecho o, equivalentemente, pobre en espíritu (§ 321, nota). ¿Será posible que los súbditos de Mammón deserten para serlo de Dios? No: esta deserción, tan paradójica, es humanamente imposible, porque los hombres preferirán siempre el palpable oro terrestre al impalpable tesoro celeste. Sin embargo, lo que es, para los hombres imposible no lo es para Dios, y Dios obratá el milagro de que

un rico prefiera el tesoro lejano al oro vecino.

Estas ideas, en substancia, no eran nuevas, habiendo sido ya expresadas por Jesús, ora en el Sermón de la Montaña, ora en su reciente disputa con los fariseos a propósito de las riquezas (§ 471). Un elemento nuevo introducido aquí es la afirmación de que el abandono de las riquezas para entrar en el reino de Dios no sería efecto de la industria humana, sino del poder divino.

486. Oyendo las palabras de Jesús y aplicándoselas a sí mismos, los apóstoles encontraron que ellos estaban en ventaja sobre los demás hombres. Pedro, como de costumbre, interpretó los sentimientos de los demás, diciendo a Jesús: He aquí que nosotros lo dejamos todo y te seguimos. Ya que se habían hecho pobres voluntarios por Jesús y por el reino de los cielos, estando en regla con las condiciones acabadas de

(2) Strack y Billerbeck, op. cit., vol. 1, p. 828.

⁽¹⁾ Después de difícil varios testimonios antiguos añaden: (para) los confiados en las riquezas. No obstante, la mayoría de las ediciones críticas omiten estas palabras.

dictar por el Maestro. Siguió una pregunta sólo mencionada por un sinóptico: ¿Qué tendremos, pues? (Mateo, 19, 27). Jesús contestó refiriéndose tanto a los apóstoles, sus particulares secuaces y colaboradores, como a todos los demás seguidores presentes y futuros que no tenían la calidad de apóstoles.

La parte de la respuesta relativa a los apóstoles sólo es incluída aquí por Mateo (19, 28), en tanto que Marcos la calla y Lucas (22, 28-30) la refiere entre los discursos de la última cena. La parte relativa a los demás discípulos de Jesús es mencionada por los tres Sinópticos, pero Marcos y Lucas la dan con una particular distinción cronológica.

A los apóstoles habló así Jesús: En verdad os digo que vosotros que me seguisteis, en la regeneración (ἐν τῆ παλινγενεσία), cuando el hijo del hombre se siente en su trono de gloria, os sentaréis también vosotros sobre doce tronos, juzgando a las doce tribus de Israel. Esto ocurrirá, pues, en la regeneración o palingenesia, la cual renovará ab imis el siglo presente: entonces, sobre aquel trono de gloria que los rabinos reservaban a Dios (1) se sentaría el hijo del hombre como en su propio trono, y, teniendo a su lado los doce apóstoles sentados en tronos menores, juzgará, en unión con ellos, a aquellas doce tribus de Israel a las que había dedicado exclusivamente su misión personal (§ 389). Con esta solemne asamblea judicial se cerrará el «siglo» presente y se iniciará el «siglo» futuro (§ 525 y sigs.).

Lo prometido por Jesús a sus demás discípulos no apóstoles, suena así en Marcos (10, 29-31): En verdad os digo, no hay ninguno que dejó casa, o hermanos o hermanas, o madre o padre, o hijos o campos, por mi y por la buena nueva, que no reciba centuplicados ahora en este tiempo casas, y hermanos y hermanas, y madres e hijos, y campos, junto con persecuciones, y en el siglo venidero, (la) vida eterna. Aquí la recompensa no se pone en relación con el solemne juicio de las doce tribus, sino que se divide netamente en dos tiempos (2): la segunda parte se obtendrá en el siglo venidero y consistirá en la vida eterna; la primera, ahora en este tiempo, que es el «siglo» presente. En la recompensa del «siglo» presente se promete a los seguidores de Jesús el céntuplo de cuanto hayan dejado. Ahora bien, este céntuplo ¿se refiere sólo a bienes espirituales o también materiales?

487. Sabido es que, así como los escritos apocalíptico-mesiánicos del judaísmo tardío se desahogaron en describir los bienes materiales que el futuro Mesías habría preparado en su reino, así algunos escritores cristianos de los dos primeros siglos se apoyaron en las citadas palabras

referente a los no apóstoles.

⁽¹⁾ Según los rabinos, habían sido creadas antes del mundo (más exactamente dos mil años antes) siete cosas, las cuales, enumeradas diversamente, eran: la Torah, la penitencia, el jardín del Edén, la Gehenna, el Trono de la Gloria, el santuario (celeste) y el nombre del Mesías. La Tôrāh, o Ley, estaba colocada sobre las rodillas de Dios, quien estaba sentado en el Trono de la Gloria. V. Strack y Billerbeck, op. cit., vol. 1. págs. 974-975.

(2) Igualmente clara es la división en Lucas; no así en Mateo (19, 29), en la parte

de Jesús para describir a su vez el reino futuro del Mesías Jesús casí como un país de Jauja: en aquel reino cada vid tendrá diez mil sarmientos, cada sarmiento diez mil ramas, cada rama diez mil pimpollos, cada pinipollo diez mil racimos, cada racimo diez mil granos y de cada grano se sacarán veinticinco medidas de vino, y otro tanto sucederá con el trigo y los demás productos de la tierra (v. Ireneo, Adv. hær., v. 33, 3-4). Y aquel reino durată mil años (v. Apocalipsis, 20, 3 y sigs.). Igual concepción materialista debia tener desde fuera de la Iglesia Juliano el Apóstata cuando preguntaba burlescamente a los cristianos si su Jesús les devolvería también centuplicadas las esposas que habían dejado (1) para seguirle. Pero este milenarismo material recibió ya en el siglo m rudos golpes asestados por Origenes, Más tarde San Jerónimo había de repetir: Con ocasión de este pasaje (el de la recompensa centuplicada) algunos introducen mil años después de la resurrección, diciendo que entonces se concederá el centublo de todas las cosas materiales que dejamos, y la vida eterna; no comprendiendo, empero, que, si en las otras cosas la promesa es digna, en lo de las nujeres resulta una indecencia, va que quien hubiere dejado una por el Señor debería recibir ciento en el juturo. El sentido, pues, es este: quien ha dejado por el Salvador cosas carnales, recibird cosas espirituales, las cuales, en cotejo y por valor intrínseco, serán como si se compara el cien con un número pequeño. Así, pues, para San Jerónimo, como para otros padres, el céntuplo tiene un valor espiritual.

La explicación es substancialmente justa, pero desde el punto de vista histórico no parece completa y debe completarse atribuyendo al céntuplo prometido también un valor material subordinado. En efecto, incluso en ese sentido, la promesa de Jesús se ve inmediatamente realizada entre los primitivos cristianos, quienes constituían una familia en que se reencontraban, multiplicados, los bienes materiales y los afectos naturales abandonados por amor de Cristo. Narran los Hechos (2, 44-45) que todos los creyentes juntos tenían todas las cosas en común, y vendian las propiedades y bienes, y los repartian entre todos según las necesidades de cada uno, y poco después (4. 32) confirman que la multitud de los creyentes tenla un corazón y un alma sola, y ninguno decla ser cosa propia cualquiera de las que tenía, sino que todas las cosas tenlan en común. Así, tanto de los Hechos como de las varias Epistolas se desprende que los cristianos, incluso en comunidades remotas, se consideraban ligados por vínculos de caridad tan fuertes que podían sentirse, incluso en el campo afectivo, ampliamente recompensados por vínculos naturales acaso rotos para seguir a Cristo. Si los primitivos cristianos habían dejado una casa y un corazón, encontraban. en trueque, cien casas y cien corazones. Precisamente en esos beneficios materiales, fruto de la fraternidad religiosa, ven los eruditos modernos de diversas tendencias el céntuplo prometido por Jesús ahora en este tiempo, como, por lo demás, los historiadores de las épocas posteriores de

⁽¹⁾ Lucas, entre las cosas deladas por mais a justis, menciona lambién la aspoid.

la Iglesia habían de encontrar la realización de la misma promesa en aquellas numerosas asociaciones cuyos miembros, por acercarse mejor al espíritu de Cristo, vivieron y viven de bienes en común, de modo que les cabe afirmar, con San Pablo (II Cor., 6, 10), que son como quienes nada tienen y todo lo poseen.

Pero nótese bien que este céntuplo material es prometido por Jesús junto con persecuciones. Los discipulos del Mesías crucificado (§ 400) debían asemejarse a él en algún modo y seguirle—como dice igualmente San Pablo (ibíd., 6, 4... 10)—con mucha paciencia, en tribulaciones, en necesidad, en angustias, en golpes, en cárceles, en tumultos, en trabajos, en velas, en ayunos; pero incluso en medio de estas vicisitudes podían afirmar, con el enumerador de las mismas, que eran como castigados y no sometidos a muerte, como entristecidos, pero siempre jubilosos.

LOS TRABAJADORES DE LA VIÑA

488. Estas recompensas prometidas por Jesús, ¿con arregio a qué criterio serlan distribuídas a sus seguidores? Este punto fué expuesto por él en una nueva parábola, fundada también en las costumbres agrícolas del país.

En Palestina, en cuanto apunta la primavera, las viñas exigen mucho trabajo, ya que las diversas labores de poda, escarda y otras deben concluir antes de que las vides se despierten y comiencen a retoñar. Sobrevienen, pues, algunas semanas de trabajo intenso, durante las cuales todos los propictarios buscan jornaleros. Y el reino de los cielos es semejante a un propictario de viñas que en el tiempo de estas faenas salió temprano de mañana en busca de braceros. Llegado a la plaza del pueblo, encontró algunos y acordóse con ellos sobre el jornal, que sería de un denario de plata diario (poco más de una peseta oro), y los envió sin tardanza a su viña. De nuevo hacia la tercera hora de sol, o sea hacia las nueve de la mañana de nuestro cómputo, el mismo propietario salió a la plaza y encontró más braceros inactivos, y les dijo: Id también vosotros a mi viña, y os daré lo que es justo. - Aun volvió a salir a la hora sexta y a la nona, esto es, hacia el mediodía y hacia las tres de la tarde, y encontrando más trabajadores inactivos los envió, también prometiéndoles lo justo. A la hora undécima, una antes de obscurecer, salió de nuevo, y encontrando aún gente desocupada, les dijo: ¿Por qué os estáis aquí todo el día ociosos? — Y respondieron: Porque nadie nos ha tomado a jornal. — Y propuso el amo: Pues bien, id también vosotros a mi viña. --- Al ponerse el sol, el propietario dijo a su mayordomo: Llama a los braceros y págales, comenzando por los últimos llegados hasta los primeros. — El mayordomo llamo a los últimos y les entrego a cada uno un denario de plata. Los demás jornalaros, qua asiabas observando al pagación, viendo que 10s últimos eran recompensados tan espléndidamente, esperaban que

se tuviese con ellos igual generosidad; pero, lejos de ello, a medida que iban llegando los de las horas de nona, sexta y tercia recibieron todos lo mismo, y los contratados al alba cobraron también un denario de plata. Entonces éstos, en su decepción, comenzaron a murmurar contra el amo, diciendo: ¿Cómo? Los últimos llegados apenas han trabajado una hora, y al fresco, ¿y tú los tratas como a nosotros, que hemos soportado todo el peso del día y el calor? — Empero el propietario contestó a uno de los que protestaban: Amigo, yo no te hago agravio. ¿No nos hemos convenido por un denario al día? Te lo he dado, y con ello pago tu tarea. Si quiero dar al jornalero llegado el último lo mismo que a ti, ¿no puedo hacer de lo mío lo que me parezca? ¿No puedo mostrarme liberal con tus compañeros porque tu ojo sienta envidia de mi liberalidad? — Y Jesús cerró la parábola, concluyendo: Así, los últimos serán los primeros y los primeros los últimos.

Los escritos rabínicos nos transmiten varios parangones que muestran notables analogías con esta parábola de Jesús (1); pero, sobre ser posteriores en orden de tiempo, tienden también a enseñanzas morales distintas. La enseñanza genérica de esta parábola es que la liberalidad de Dios se derrama sobre quien él quiere y en la medida que quiere, y que la recompensa final para los seguidores de Jesús será, en su parte esencial, igual para todos. Los braceros de la viña no simbolizan, en rigor, los recompensados del reino de los cielos, quienes no murmuran ciertamente, ni acusan de parcialidad a quien les ha recompensado, ni sienten envidia por otros, sino que simbolizan históricamente a los seguidores de Jesús que se consideraban respecto al reino de los cielos más meritorios, por una u otra razón, que los restantes, y especialmente personifican a aquellos judíos de espíritu honrado, pero de mentalidad estrictamente hebrea, que se consideraban siempre más aceptos a Dios por pertenecer a la nación elegida. Para ellos, los publicanos, las meretrices, y aun los paganos, podían, sí, ser admitidos al reino de los cielos cuando se hubiesen convertido, mas, con todo, en aquel reino estarían muy atrás respecto a los fieles y genuinos israelitas, llenos de milenarios méritos ante Dios. En cambio, Jesús enseña que semejantes primacías desaparecerán y que la liberalidad del rey de los cielos podrá hacer pasar los últimos llegados a los primeros puestos, de modo que los antes primeros se conviertan en últimos.

LA RESURRECCIÓN DE LAZARO

489. Habían pasado cerca de un par de meses desde la fiesta de la Dedicación y debían correr entonces los días finales de febrero o los primeros de marzo del año 30 (§§ 460, 462). Jesús, al descender en su pere-

⁽¹⁾ Véase todo el Zwanzigster Exhurs, de Strack y Billerbeck, op. cit., vol. 1v, primera parte, págs. 484-500.

grinación desde los confines de Galilea (§ 414), debió acercarse al Jordán y seguir durante algún trayecto el camino que, bordeando el río, conducía hacia Jerusalem. Parece que, en cierto momento, atravesando el río, entró en la Transjordania, donde pasó algún tiempo, acaso en el mismo predilecto lugar a donde se retirara después de la Dedicación (§ 462).

Hallándose allí recibió una triste noticia: en Bethania, el pueblo de Marta y María, el hermano de éstas, Lázaro, acaso enfermo ya durante la última visita de Jesús a aquella familia amiga (§ 441), se había agravado mucho y estaba en inminente peligro de muerte. Las dos hermanas, aunque no salían de casa por cuidar al enfermo, conocían de modo aproximado los viajes y paradas de Jesús, y sabiendo que estaba en la Transiordania, a cosa de un día de camino de Bethania, le enviaron un mensaie comunicándole el estado de su hermano. Confiando en el particular afecto que dedicaba a los tres miembros de la familia, creyeron que Jesús acudiría y con su presencia evitaría la muerte de Lázaro. Juan (11, 3 y sigs.) narra así el mensaje de las hermanas y la sucesiva actitud de Jesús: Enviaron, pues, las hermanas a él, diciendo: «Señor, mira que aquel a quien amas está enfermo». Pero, oyéndolo, Jesús dijo: «Esta enfermedad no es para muerte, sino para la gloria de Dios, a fin de que por medio de ella sea glorificado el hijo de Dios». Jesús amaba a Marta, y a la hermana de ella, y a Lázaro.

Esperaríamos que este amor, expresamente subrayado por el evangelista, hubiera impulsado a Jesús a partir inmediatamente hacia la familia amiga que por varias razones le esperaba con ansia; pero la narración continúa diciendo que cuando Jesús oyó que (Lázaro) estaba enfermo permaneció por entonces dos días en el lugar donde estaba. Y después de esto dice a los discípulos: «Encaminémonos de nuevo a Judea».

Encaminarse a Judea desde el lugar en donde estaba Jesús, significaba encaminarse a Jerusalem o sus contornos, es decir, a la misma guarida de los enemigos de Jesús. Los discípulos, pensando en el peligro, se lo recordaron: Rabí, los judíos poco ha buscaban lapidarte (§ 461), ¿y otra vez vas allá? En la siguiente contestación de Jesús encontramos los temas característicos buscados y recogidos cuidadosamente por Juan: Respondió Jesús: «¿No son doce las horas del día? Quien camina de día no tropieza, porque ve la luz de este mundo; mas quien camina de noche tropieza, porque no hay luz en él». Las doce horas del viaje mortal de Jesús no habían transcurrido todas todavía, aunque ya apuntase su crepúsculo, y él, luz de este mundo (Juan, 1, 9; 3, 19; 8, 12), debía cumplir todo su camino hasta su última hora, sin que sus enemigos pudiesen causarle mal alguno porque esa última hora no había llegado aún: la hora del predominio de ellos sería la hora de las tinieblas.

Y dicho aquello, añadió: Lázaro, nuestro amigo, se ha dormido; pero yo iré a despertarlo. Estas palabras confirmaron en los discípulos la errónea convicción que se habían formulado en virtud de la respuesta de Jesús al mensaje de las hermanas (esta enfermedad no es para muerte) y de la de-

mora de Jesús en los lugares donde se hallaba. Dijéronle, pues, confiados: Señor, si está dormido, se salvará. Un sueño profundo se consideraba, en efecto, por la medicina de entonces como un síntoma de que el organismo reaccionaba contra la enfermedad y comenzaba a librarse de ella. Y, por

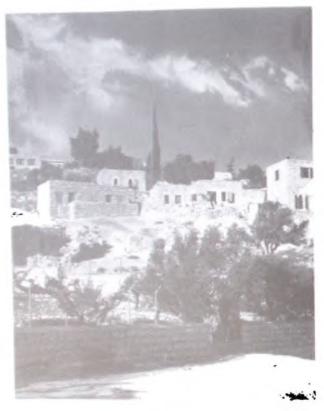


Fig. 82. - BETHANIA

sús. Por otra parte el Maestro estaba firmemente aferrado a la idea del viaje y era preciso seguirle, aun a riesgo de no volver más y dejar la vida entre aquellos tenaces enemigos a quienes iban a provocar. El apóstol Tomás procuró persuadir a sus compañeros, si bien desconfiando del éxito del viaje: Vayamos también nosotros a morir con él. Y se encaminaron a Bethania, a donde llegaron en un día. En este punto no puede ser substituída la narración de Juan:

Llegando, pues, Jesús, encontróle (a Lázaro) en la tumba desde hacia ya cuatro días. Bethania estaba a unos quince estadios de Jerusalem. Y muchos judios habíanse venido a (casa de) Marta y María para consolarles por (la muerte d)el hermano. Empero Marta, oyendo que viene Jesús, sa-

tanto, dada esa misma razón, no era oportuno ir a Judea a molestar a Lázaro. Pero entonces Jesús les dijo abiertamente: «Lázaro ha muerto. Y me alegro por vosotros—para que creáis—, que yo no estuviera allí. Mas vayamos a él».

Los discípulos quedaron impresionados por aquel anuncio de muerte, y no sospecharon en absoluto la verdadera intención de Jesús. Ya que la desgracia no tenía remedio, ¿a qué dirigirse a Judea, madriguera de fariseos y sumos sacerdotes? El viaje no agradaba ciertamente a los discípulos y, así, sentíanse irresolutos entre el temor a los fariseos y su respeto por Jesús. Por otra parte el

lióle al encuentro. María, en cambio, estaba sentada en casa. Dijo, pues, Marta a Jesús: «Señor, si hubieres estado aquí, no habría muerto mi hermano. Y ahora sé que cuantas cosas pidieres a Dios, Dios te (las) darán. Iesús le dice: «Tu hermano resucitará». Dícele Marta: «Sé que resucitará en la resurrección en el último día». Le dice Jesús: «Yo soy la resurrección v la vida. Quien cree en mí, aun cuando hubiere muerto vivirá, y quien vive y cree en mi no morira jamas. ¿Crees esto?». (Marta) le dice: «Si, Señor; yo he creido que tú eres el Cristo, el hijo de Dios, el que viene (§§ 339, 505) al mundo». Y dicho esto se jué a llamar a María su hermana, diciendo secretamente: «Está aquí el Maestro, y te llama». Y cuando aquélla lo ovó, levantóse prestamente e iba hacia él, porque aun no había llegado Jesús al pueblo, sino que estaba todavia en el lugar donde había ido a su encuentro Marta. Los judíos, pues, que estaban con ella en la casa y la consolaban, viendo que María se había levantado y salido de prisa, la seguian, creyendo que iba a la tumba para llorar alli. Cuando Maria, pues, llegó donde estaba Jesús, viéndole cayó a sus pies diciéndole: «Señor, si hubieras estado aqui no habria muerto mi hermano». Jesús, pues, viéndola llorar y a los judíos llegados junto con ella llorar, estremecióse en (su) espiritu y se conturbó (ἐνεβριμήσατο τῷ πνεύματι και ἐτάραξεν ἐαυτόν).

490. Estas palabras invitan a suspender un momento la lectura para hacer sobre ellas algunas consideraciones. Si la narración terminase aquí, nadie en el mundo hallaría la menor dificultad. El relato es llano, transparente, sin sombra de sobreentendidos, y, además, tan en conexión con los demás datos históricos que poseemos, que todas sus líneas quedan confirmadas. Comprobemos algunas.

La antigua Bethania estaba en realidad, por el camino antiguo. a unos quince estadios de Jerusalem, lo que equivalía a unos 2.775 metros (hoy, por el contrario, el pueblo tiende a alejarse, ensanchándose hacia oriente). Dada esta proximidad a Jerusalem, muchos judíos habían acudido desde la ciudad para testimoniar su pésame a la familia del muerto, como exigían las reglas de urbanidad.

Entre los judíos, los difuntos eran sepultados ordinariamente el mismo día del óbito, y así sucedió con Lázaro (§ 491). Opinábase en general que el alma del difunto giraba durante tres días en torno al cadáver, esperando penetrar en él de nuevo, pero que al cuarto día, iniciada la descomposición, se alejaba para siempre.

Las visitas de pésame se prolongaban durante siete días, aunque eran más numerosas durante los primeros tres. Los visitantes expresaban su pésame, muy al modo oriental, prorrumpiendo primero en gritos y lamentos, llorando y desgarrándose las vestiduras y luego permaneciendo durante un rato sentados en el suelo, en un silencio profundo.

Cuando llegó Jesús, Marta y María estaban rodeadas por aquella clase de visitantes. Juan llama a estos visitantes judios, término con el que designa usualmente a los adversarios de Jesús, como mostraron serlo

a continuación varios de ellos, según veremos en el curso del relato.

La primera de las hermanas que salió al encuentro de Jesús fué Marta, a quien ya vimos (§ 441) actuar como dueña de casa. Luego acudió también María, seguida de los visitantes. Una vez cambiadas unas palabras con las hermanas, y viendo llorar a todas aquellas personas, Jesús estremecióse en (su) espíritu y se conturbó, como hombre vivo y verdadero, que encierra en su interior un alma humana y siente profundamente el amor y los dolores humanos.

¿Cabe imaginar narración más ingenua, más exacta, más «verista»? Tal habría sido juzgada, sin duda, por los críticos más radicales de no tener como conclusión un milagro, pero como termina con la resurrección de un muerto y realizada ante testigos tan numerosos y adversos, se han querido descubrir en la misma narración, o las pruebas de un fraude preparado de antemano, o al menos las pruebas de un mito o una alegoría. En el fraude o cosa semejante pensaron críticos antiguos (§ 198), cuyas ideas, empero, reposan hov en la tumba y por cierto sin esperanza de resurrección. En la alegoría piensan varios modernos para quienes todo el relato no tendría nada de real, sino que sería, de un modo u otro, la ilustración sólo aparentemente histórica de una idea abstracta. Pero el lector imparcial puede ver por sí mismo si la narración ofrece el menor fundamento a una interpretación alegórica. Si lo es, también podrá considerarse alegórico cualquier certificado de defunción extendido por médicos o jueces ante un cadáver en presencia de testigos numerosos y adversos. Pero si certificados semejantes poseen valor histórico, no menor lo tendrá este de la muerte de Lázaro. Y ello resultará más notorio conociendo el resto de la narración, que reanudamos.

491. Jesús, pues, al ver las gentes llorosas que salían a su encuentro estremecióse en (su) espíritu y se conturbó, y dijo: «¿Dónde le habéis puesto?" Dicenle: «Señor, ven y velo». Jesús lloró. Decian, pues, los judios: «,Mira, cómo le amaba!» Émpero algunos decían: «¡No podía éste, que abrió los ojos del ciego (§ 428), hacer también que éste (Lázaro) no muriese?» Jesús, pues, otra vez estremeciéndose en sí mismo, viene a la tumba. Era (ésta) una cueva y tenía sobrepuesta una piedra. Dice Jesús: «Quitad la piedra». Dicele Marta, la hermana del muerto: «Ya hiede, Señor, porque lleva (sepultado) cuatro días». Dícele Jesús: «¿No te dije que, si crees, verás la gloria de Dios?» Quitaron, pues, la piedra. Y Jesús alzo los ojos en alto y dijo: «Padre, gracias te doy, porque me escuchaste. Yo sabla que siempre me escuchas; empero por la gente que hay alrededor dije (esto), para que crean que tú me enviaste». Y dicho esto, gritó con gran voz: «¡Ldzaro, sal fuera!». Salió el muerto fajados los pies y manos por vendas, y su rostro estaba envuelto en un sudario. Les dice Jesús: «Desatadlo y dejadle ir».

Las tumbas palestinenses, en tiempos de Jesús, se hallaban situadas cerca de las poblaciones, e incluso en su misma periferia. Las tumbas de

las personas de distinción estaban generalmente excavadas en la toba, o bien perpendicularmente, a guisa de fosa, en los lugares llanos, u horizontalmente, a modo de cueva, en los puntos donde había colinas. Consistían en general en una cámara fúnebre, con uno o más nichos para depositar los cadáveres, y a menudo poseían un pequeño atrio ante la cámara. Atrio y cámara comunicaban entre sí mediante una estrecha abertura que quedaba siempre abierta, en tanto que el atrio comunicaba con el exterior por una puerta que se cerraba siempre con una grande piedra (§ 618). El cadáver, una vez lavado, perfumado, fajado con vendas y envuelto en lienzos, era colocado simplemente sobre un nicho en la cámara fúnebre, permaneciendo por lo tanto en contacto casi inmediato con el aire interior. Fácil es, pues, imaginar que al tercero o cuarto día de la deposición, todo el interior de la tumba debía, a pesar de los aromas, hallarse viciado por las emanaciones del cadáver.

A esto se refiere Marta, en nuestro caso, cuando Jesús ordena que se quite la piedra que cierra la puerta exterior. El cadáver de Lázaro lleva allí cuatro días. Si retrocedemos en el tiempo, hallamos que un día, el último, ha sido empleado por Jesús en ir de la Transjordania a Bethania remontando el camino de Jericó a Jerusalem (§ 438). Dos días — el penúltimo y el antepenúltimo — han sido invertidos en su deliberada demora después de recibir la noticia de que Lázaro estaba gravísimo. Y el cuarto día es aquel en que las hermanas del enfermo envían aviso a Jesús, día en el que Lázaro muere y es sepultado, lo que ocurrió, pues, a las pocas horas de que sus hermanas enviaron el aviso a Jesús.

492. En lugar próximo a la antigua Bethania se muestra hoy una tumba que una tradición testimoniada desde el siglo iv identifica con la de Lázaro. Trátase, por supuesto, de un sepulcro del tipo palestinense habitual, pero actualmente es difícil formarse una idea exacta de la relación entre la tumba y el primitivo terreno que la rodeaba, a causa de las repetidas modificaciones que todo el lugar ha experimentado en el curso de los siglos. La antigua puerta exterior fué tapiada por los musulmanes en el siglo xvi, cuando se edificó la mezquita que la domina, y a poco se habilitó por otra parte el acceso moderno, que conduce a la tumba mediante veinticuatro escalones. Este acceso comunica con el antiguo atrio de la tumba, que consiste en un cuadrilátero de unos tres metros de lado. Descendiendo tres escalones más, se penetra por una angosta abertura en la cámara fúnebre, que es de dimensiones algo menores y contiene en la actualidad lóculos para tres cadáveres.

Cualquiera que sea el valor de la identidad de esta tumba con la de Lázaro, la justeza de la narración al referirse a las costumbres funerarias y a los datos arqueológicos de Palestina es exactísima, y también por esta razón se descubre en el narrador un testigo ocular. No es menor la correspondencia del relato con el estado psicológico de los judíos durante el hecho e inmediatamente después. Durante el hecho algunos judíos reprochan a Jesús, no sin un atisbo de burla, el no haber impedido la muerte de Lázaro después de haber dado la vista al ciego de Jerusalem. Y después del hecho prodúcese entre los judíos una divergencia narrada así por el



Fig. 83. - LAS CATACUMBAS DE BETH-SEARIM

testigo ocular: Muchos de los judíos, pues, que habían venido a (casa de) María y habían contemplado lo que (Jesús) hizo, creveron en él. Mas otros acudieron a los fariseos y les dijeron las cosas que hizo Jesús. El efecto de este celoso mensaje fué, como se verá, la decisión tomada por los fariseos de quitar de en medio a aquel hacedor de milagros tan grandiosos y públicos. Y es importante señalar aquí que la divergencia surgida entre los judíos testigos del milagro tenía un fundamento psicológico históricamente perfecto. Entre los adversarios de Jesús, aquellos que no han olvidado su condición de hombres se rinden al milagro y creen en el que lo hace, mientras los que han subordinado su cerebro y corazón de hombres a la circunstancia de ser

miembros de un partido no se preocupan más que del triunfo de éste y corren a denunciar a Jesús. La historia está llena de ejemplos de paradójica tenacidad partidista, pero ninguna tenacidad ha sido nunca más maciza que la de los fariseos. Que se hunda el mundo, con tal de que subsista a toda costa el fariseísmo (§ 431).

Hundióse el mundo, en efecto, y subsistió el fariseísmo, pero como testigo irrecusable de su propia derrota.

493. Los críticos radicales de hoy (más afectos de lo que pudiera parecer a los métodos del antiguo fariscismo), a fin de demostrar que la

narración de la resurrección de Lázaro es mera alegoría, privada de toda base histórica, dan una razón que debería ser perentoria: la razón de que el hecho es narrado sólo por Juan y no por los tres Sinópticos, micatras que,

si se tratase de un hecho auténtico, los Sinópticos, por su propio interés apologético, no habrían prescindido de un hecho tan adecuado para conciliar la fe en el Mesías Jesús.

La razón, en efecto. es perentoria, pero sólo en el sentido de probar la pobreza de argumentación de los críticos radicales. En primer término, puede recordárseles ad personam que la resurrección de lesús es relatada concordemente por los Sinópticos y por Juan, lo que sin embargo no es para ellos motivo suficiente para que la acepten como hecho histórico. Además, la razón aducida es un argumento a silentio, el cual, si debilísimo siempre, es absolutamente nulo en nuestro caso. Sabemos, en efecto, que Juan quiso precisamente suplir e integrar, en pequeña parte, lo que había sido narrado ya por los precedentes Sinópticos (§ 163 y siguientes), y este de



Fig. 84. - TUMBA EN LA NECRÓPOLIS DE BETH-SEARIM

Lázaro es precisamente uno de tales casos. Por otra parte, los Sinópticos, no sólo distan mucho de pretender recoger todos los hechos o milagros de Jesús, sino que ellos mismos nos ofrecen la prueba de haber prescindido de muchísimos. Ya vimos cómo los Sinópticos reproducen palabras de Jesús demostratorias de haber operado muchos portentos también en Corozain, y sin embargo ninguno de esos hechos de Corozain nos es comunicado

ni por Juan ni por los Sinópticos (§ 412). Acerca de la razón por la que los Sinópticos omitieron el relato, queda abierto ancho campo a las conjeturas; una muy verosímil es que no quisieron exponer a Lázaro y sus hermanas a las represalias de los hostiles judios, dueños aún de Jerusalem, dado que ya el Sanhedrín había resuelto matar a Lázaro como molesto testigo (§ 503). En cambio, más adelante, cuando escribió Juan, semejante prudente silencio no tenía razón de ser, porque Jerusalem estaba reducida a un montón de ruinas.

De una serenidad olímpica es la explicación que suministró Renán de la resurrección de Lázaro. En rigor, hablamos de la segunda explicación, ya que la primera, que suponía un síncope pasajero de Lázaro y un fraude acorde entre él y sus hermanas (§ 207), no le dejó plenamente satisfecho. Por eso, sin abandonarla del todo, le añadió como complemento esta explicación definitiva (1): Un día, los discípulos pidieron a Jesús que cumpliese un milagro para convencer a los ciudadanos de Jerusalem. Jesús les contestó, desconfiado, que los hierosolimitanos no creerían ni aun cuando Lázaro resucitase, aludiendo a la parábola del rico epulón (§ 472). Y bastó esta respuesta para que más tarde los discípulos hablasen sin más de una verdadera y real resurrección de Lázaro. Y así quedó el milagro hecho y derecho... — Ahora bien, sin duda todos, doctos e indoctos, admitirán que semejante explicación es magnífica para procurar un minuto de cordial hilaridad, pero todos también, después de reír, se preguntarán si una biografía de Jesús era el lugar más a propósito para exhibir semejantes bufonadas.

JESÚS EN EFRAIM Y EN JERICO

494. Los notables judíos de Jerusalem tomaron muy en serio la denuncia de los testigos de la resurrección de Lázaro. Los fariseos, preocupados, dirigiéronse a los sumos sacerdotes, que eran quienes debían resolver, y se convocó, por lo tanto, una asamblea (συνέδριον, sin artículo) en la que sin duda participaron muchos miembros del Sanhedrín. Y allí se preguntó: ¿Qué hacemos? Porque este hombre hace muchos portentos. Si le dejamos (obrar) así, todos creerán en él, y (entonces) vendrán los romanos y destruirán tanto el lugar (santo) como nuestra nación. Las participantes en la asamblea no discuten la realidad de los milagros de Jesús, y especialmente del último; pero hacía tanto tiempo que surgían taumaturgos que se presentaban como enviados de Dios y predicaban revoluciones entre el pueblo (§ 433), que Jesús es considerado como uno más, y con la agravante de ejecutar portentos en más número y más estrepitosos, y por lo tanto de atraer más la atención de los romanos. Estos, en realidad, eran ya dueños de Palestina, y, aunque no se mezclaban en las cuestiones del lugar (santo), o sea del Templo, y habían dejado a la nación

⁽¹⁾ Cotéjese cuanto dice Renán sobre este asunto en la primera edición de su Via de Jesus (1863) y en la décimotercera edición (1867), que ha quedado como definitiva (§ 206).

una cierta autonomía interna (§ 22), comenzaban ya a sentirse cansados de aquel interminable desfile de taumaturgos revolucionarios. Y quizá precisamente aquel Jesús acabara induciéndoles a reaccionar con severidad extrema, truncando para siempre el molesto desfile. Los sucesos inmediatos podían preverse con facilidad: Jesús continuaría realizando sus asombrosos milagros, las multitudes correrían en masa hacia él, todos de acuerdo le proclamarían rey de Israel en oposición al procurador romano y al emperador de Roma, y las cohortes romanas estacionadas en Palestina, y eventualmente las legiones acantonadas en Siria, marcharían contra los sediciosos, dando lugar primero a una matanza de judíos y luego a una destrucción del lugar (santo) y de la nación entera. El peligro era grave e inminente. Había que actuar pronto.

Participaba en la asamblea el sumo sacerdote entonces en funciones, es decir, Caifás (§ 52), quien, después de escuchar durante cierto tiempo las diversas propuestas que se formulaban, exclamó, con la imperiosidad a que le autorizaba su cargo: ¡Vosotros no sabéis nada! No comprendéis que es conveniente para vosotros que muera un solo hombre por todo el pueblo, y no perezca la nación entera. Caifás no nombraba a nadie, pero todos le comprendieron. El solo hombre que debía morir por todo el pueblo era Iesús. Cierto que éste no excitaba a las masas ni se había ocupado nunca

de política; cierto que era inocente, como probablemente habrían hecho notar poco antes incluso algunos miembros de la asamblea... Pero todo esto, ¿qué importaba? Si moría él. la nación entera se libraría de la ruina, y ello era razón suficiente para que Jesús muriera. Al expresarse así, Caifás hablaba sólo como hombre político y en interés de su casta sacerdotal saducea, interés que en este caso concordaba plenamente con el de los fariseos. Sin embargo, el evangelista descubre en sus palabras



Fig. 85. — RECONSTRUCCIÓN DE CARACTERES HEBREOS, LATINOS Y GRIEGOS, IGUALES A LOS ENCONTRADOS EN LOS ROLLOS DEL MAR MUERTO, EN LOS MUROS DE POMPEYA Y EN INSCRIPCIONES PÚBLICAS, QUE PROCLAMAN A JESÚS EL NAZARENO, REY DE LOS JUDÍOS

un sentido mucho más alto y lo expresa con estas observaciones: Y esto no lo dijo por si mismo, sino que, siendo sumo sacerdote de aquel año, prosetizó que Jesús debía morir por la nación, y no sólo por la nación, sino para que los dispersos hijos de Dios (él) reuniese en unidad.

La frase siendo sumo sacerdote de aquel año ha dado ocasión para acusar al evangelista de ignorancia del hecho de que el cargo de sumo sacerdote no era anual. No se trataba en verdad de una noticia peregrina. va que cualquier lector del Antiguo Testamento sabía que tal cargo era vitalicio, si bien en tiempo de Jesús, como ya observamos en el § 50, rara vez los sumos sacerdotes morían en el ejercicio de sus funciones. Por eso Juan, teniendo en cuenta aquel abuso, corriente entonces, quiere sólo decir que en aquel año solemne en que murió Jesús, Caifás era sumo sacerdote legitimo v como tal pronunció aquellas palabras que, sin él saberlo, tenían una significación mucho más alta de la que él pretendía dar. A los ojos de Juan, aquel último sumo sacerdote de la antigua Ley pierde su autoridad el año mismo en que se establece la Ley nueva por medio del Mesías Jesús; pero antes de perderla, rinde, en virtud de su legítimo cargo, homenaje oficial al institutor de la nueva Ley, proclamándole inconscientemente víctima de salvación por la nación de Israel y por todas las demás de la tierra.

La decisión tomada por la asamblea se ajustó a lo sugerido por Caifás: Desde aquel día, pues, resolvieron matarle.

Esta resolución fué probablemente comunicada a los apóstoles o al propio Jesús por alguna persona benévola que había tenido noticia de ella. Jesus, entonces, dejó ya de mostrarse en público y, alejándose de la zona de Jerusalem, se retiró con sus discípulos a una ciudad llamada Efraim, ya reconocida en el siglo IV (V. Eusebio, Onomasticon, 90) y que corresponde, casi con certidumbre, a la moderna Taiybeh, situada a unos 25 kilómetros al norte de Jerusalem, al borde del desierto.

Era costumbre de Jesús retirarse a lugares solitarios en vísperas de acontecimientos importantes para su misión.

495. Jesús no permaneció muchos días en Efrem. Se acercaba la Pascua y ya principiaban a pasar comitivas camino de Jerusalem. En la ciudad santa se esperaba también la llegada de Jesús de un momento a otro. De todos modos, y para que la decisión de la asamblea no quedase en un propósito vago, los sumos sacerdotes y los fariseos habían dado mandato de que si alguno conociese donde estaba (lo) indicase, para prenderlo (Juan, 11, 57).

A pesar de tales órdenes, unos de los primeros días del mes Nisan del año 30 Jesús abandonó su retiro de Efrem y se puso en marcha hacia Jerusalem, siguiendo el camino más largo que, bordeando el Jordán, pasaba por Jericó. Los discípulos olían en el aire olor de tragedia y esto les hacía caminar a la fuerza, a pesar de ir precedidos por quien lo hacía con la mayor voluntad. Estaban en camino para subir a Jerusalem, y Jesús iba ante ellos, y (ellos se) asombraban. Y aquellos que seguían tenían temor (Marcos, 10, 32).

La caravana estaba formada por dos grupos: el primero era el de los apóstoles, con algún otro discípulo antiguo y fiel. Este grupo caminaba

delante, precedido por Jesús, que iba a la cabeza enteramente solo y tanto que ellos se asombraban. El segundo grupo, compuesto por los que seguian a corta distancia, constaba de otros discípulos más recientes, acaso mezclados con peregrinos pascuales que conocían a Jesús y se interesaban por él. Y eran

principalmente los miembros del segundo grupo los que tenían temor. A lo lejos, a la derecha, se perfilaban las colinas de Jerusalem.

En cierto momento, Jesús, haciendo con un ademán que se aproximasen los doce apóstoles, comenzó a decirles las cosas que iban a acaecerles: «He aquí subimos a Jerusalem y el hijo del hombre será entregado a los sumos sacerdotes y a los escribas, y (éstos) le condenarán a muerte, y lo entregarán a los paganos, y se burlarán de



Fig. 86. — Ruinas de Jericó, la ciudad más antigua descubierta hasta ahora

él y le escupirán, y le azotarán y matarán, y después de tres días resucitará». El anuncio no era nuevo (§§ 400, 475), pero en aquella coyuntura se recordaba muy oportunamente. Puesto que era inminente el momento en que Jesús había de evidenciar su cualidad de Mesías, resultaba oportuno recordar las antecedentes rectificaciones mesiánicas. Pero también esta vez sirvieron de poco. Lucas (18, 34) nos comunica pacientemente que los doce no comprendieron nada de estas cosas, y este lenguaje era oculto para ellos, y no entendían las cosas que (les) eran dichas.

Lo crasa y densa que era esta incomprensión se patentizó a poco en un pequeño incidente.

496. Entre los convocados por Jesús que no comprendieron nada de su anuncio, estaban los dos hermanos Juan y Santiago, hijos de Zebedeo, mientras en el segundo grupo que seguía a Jesús se hallaba la madre de aquéllos, la cual acaso fuera una de las buenas amas que subvenían a las necesidades materiales de los discípulos de Jesús (§ 343). El anuncio de Jesús debió ser transmitido a la madre por los dos hijos y ampliamente comentado por los tres de la manera más rosada y más falsa. Debióse hablar de Mesías dominador, de victorias, de gloria, de trono, de corte y cortesanos y de los demás sueños tan caros al mesianismo político. Y como el tiempo urgía, los tres interlocutores juzgaron oportuno

hacer algo para asegurarse unas buenas posiciones. Así, poco después, la madre, acompañada de los dos hijos, se presenta a Jesús, humilde y reverente, para hacerle una petición. Por tratarse de cosa tan importante, sin duda hablan a la vez los tres, interrumpiéndose mutuamente, pues mientras Mateo (20, 20 y sigs.) atribuye la interrogación a la madre, Marcos (10, 35 y sigs.) la atribuye a los hijos. Jesús pregunta: ¿Qué quieres? ¿Qué queréis? — Y entonces la mujer, apoyada por los hijos, expone su petición a Jesus. Puesto que éste va a fundar ahora su reino en Jerusalem, no debe olvidar a aquellos dos buenos jóvenes que tanto le han querido siempre y que por su amor han abandonado la casa propia y las barcas de su padre. Muéstrese, pues, Jesús agradecido y al asignar puestos a sus discipulos en la corte mesiánica, coloque a uno de los hermanos a la diestra v al otro a la siniestra de su trono. Para sí misma, la madre no pide nada, pero espera que no le sea negado antes de morir el justo consuelo de ver ocupar a sus dos hijos los mejores lugares en torno al glorioso Mesías.

La mujer, sostenida por los hijos, concluye de hablar. Jesús mira largo tiempo a los tres y luego con infinita paciencia dice a los jóvenes: No sabéis lo que pedis. ¿Podéis beber el cáliz que yo bebo y ser bautizados con el bautismo con que yo soy bautizado? La gloria del Mesías ha de venir, sí, pero antes debe beber un cáliz y sufrir una «inmersión» que corresponden precisamente al trágico anuncio comunicado poco antes a los apóstoles. Antes de la vida gloriosa se presentará la muerte ignominiosa, y ¿serán ellos capaces de afrontarla? Los dos jóvenes, con la seguridad de los confiados, responden: Podemos. Jesús inesperadamente les da la razón, pero al mismo tiempo rechaza su petición: Sí, beberéis mi cáliz y recibiréis mi bautismo, pero no está en mi mano haceros sentar a la diestra o a la siniestra, porque los puestos serán ocupados por aquellos para quienes han sido dispuestos por el Padre celestial. - El anuncio del cáliz y del bautismo alude a las venideras pruebas de los apóstoles (§ 156, nota), y el resto de la contestación distingue lo que los interrogantes habían confundido: es decir, el reino del Mesías en la tierra y el glorioso de los cielos. El primero está en el «siglo» presente y se hallará lleno de trabajos y persecuciones (§ 486); el segundo se iniciará en la regeneración y será producto de la paciencia demostrada en los trabajos y persecuciones del «siglo» presente. Entonces el hijo del hombre se sentará en su trono de gloria; pero los otros sitiales inmediatos a este trono serán asignados por el Padre celeste.

La plática tuvo una consecuencia. Los demás apóstoles se informaron de la pretenciosa petición formulada a Jesús y en sus celos se indignaron contra los solicitantes, demostrando así que compartían su misma ambición. Jesús, reuniendo en torno suyo a los contendientes, les amonestó, mostrándose también sobre este punto el moralista subvertidor que vimos (§ 318) al explicarles que en las naciones paganas los gobernantes dominan a los gobernados y les hacen sentir el peso de su autoridad, pero entre los secuaces de Jesús quien quiere ser mayor que los otros se convierte en menor

y quien quiere aventajar pasa a ser esclavo de todos (1), a imitación de Jesús, quien no vino a ser servido sino a servir y a dar su vida en rescate (de esclavitud) en favor de muchos (Mateo, 20, 25-28). Jesús se había presentado ya como el buen pastor que sirve durante todo cl día a su numerosa grey y da por ella su propia vida (§ 434). Aquí insiste en esa última idea y afirma que da su vida en rescate de esclavitud (λύτρον) en favor de sus muchos seguidores. Esta es lo doctrina sobre la que San Pablo insistirá después tan particularmente.

497. Siguiendo el mencionado camino, Jesús llegó a Jericó. La aristocrática ciudad que era entonces Jericó constituía un verdadero lugar de delicias, en especial en invierno, ya que Herodes el Grande había desarrollado allí como en ningún otro sitio su pasión de gran constructor helenístico, imitándole después, aunque en menos escala, su hijo Arquelao. Admirábanse en la población un anfiteatro, un hipódromo, una suntuosa mansión real totalmente reconstruída por Arquelao y amplias piscinas en que confluían las aguas de los contornos. Pero el emplazamiento de esta ciudad no coincidía con el de la antigua Jericó cananea, cuyas ruinas se hallaban a unos dos kilómetros más al norte, junto a la fuente del Elíseo ('Ain es-sultān). Las execradas ruinas de la ciudad destruída por Josué habían permanecido mucho tiempo deshabitadas, pero la vecindad de la preciosa fuente había, más adelante, hecho acudir gente y motivado la construcción de cierto número de viviendas, que en tiempos de Jesús equivalían a un suburbio de la Jericó contemporánea (v. Guerr. jud., rv. 459 y siguientes).

Así, pues, quien descendía desde el norte, como entonces Jesús, cruzaba primero aquel arrabal formado junto a la antigua Jericó y tras media hora escasa de camino entraba en la ciudad herodiana, erigida ante la embocadura del angosto valle (uadi el-Qelt) en el que se internaba el camino de Jerusalem. Al pasar Jesús por allí acaeció un hecho narrado con interesantes divergencias por los tres sinópticos (Mateo, 20, 20 y sigs.; Mar-

cos, 10, 46 y sigs.; Lucas, 18, 35 y sigs.).

Según Mateo y Marcos, el hecho sucedió después de salir Jesús de Jericó; según Lucas, cuando se acercaba. Además, el hecho, según Marcos y Lucas, consiste en la curación de un ciego, que en Marcos es llamado Bartimeo, «hijo de Timeo». Por el contrario, según Mateo fueron dos los ciegos curados. La cuestión es antigua, y se han propuesto para ella varias soluciones, algunas poco o nada fundadas. Una de las últimas admite que los ciegos fueran tres: uno a la entrada en Jericó y dos a la salida. La mejor solución parece ser la que tiene en cuenta la existencia de una

⁽¹⁾ Pero él (el cardenal Federico), persuadido en su corazón de lo que ninguno que profese el cristianismo puede negar con la boca, es decir, de no ser justa la superioridad de un hombre sobre otro hombre, no siendo en su servicio, temía las dignidades y procuraba evitarlas, no, de cierto, porque rehusase servir a los otros... sino porque no se estimaba bastante digno ni capaz de tan alto y peligraso servicio (I promesi sposi, cap. 22).



Fig. 87. -- EL MAR MUERTO, EN SU PARTE NOROESTE

doble Jericó, la antigua y la herodiana. Respecto a un caminante que hiciese el breve trayecto de la una a la otra, podía decirse lo mismo que saiía de Jericó (la antigua), como que se acercaba a Jericó (la herodiana). En cuanto al número de ciegos curados, la divergencia no es nueva, puesto que ya la encontramos a propósito del energúmeno de Gerasa, quien, según Mateo, tenía también un compañero (§ 347). En este caso es igualmente Mateo el que menciona dos ciegos anónimos. La divergencia se comprende bien si nos trasladamos mentalmente a aquellos tiempos. Ya hicimos notar que en Palestina los ciegos se unen a veces por parejas para prestarse mutua ayuda (§ 351), y aquí el ciego más decidido de la pareja es como la personificación de los dos, mientras el otro permanece cual escondido a su sombra. Se tenía aquí la personificación representada por Bartimeo, pero el esmerado Mateo recuerda que esta personificación común estaba compuesta de dos individuos.

Bartimeo, pues, ayudado por su compañero menor, pedía limosna en el camino. Sintiendo por las pisadas que pasaba un numeroso grupo de gente, preguntó quiénes eran y se le contestó que pasaba Jesús el Nazareno, a quien sin duda Bartimeo conocía ya por la fama de sus milagros. Entonces ambos ciegos comenzaron a gritar: ¡Señor, hijo de David, ten piedad de nosotros! Los de la comitiva increpábanles para que callasen, pero los ciegos alzaban la voz cada vez más, porfiando en su súplica. Jesús, oyéndoles, se paró y mandó que los acercasen a él. Los presentes

llegáronse a Bartimeo, dirigiéndole palabras esperanzadoras: ¡Animo! Levántate. Te llama. El hombre, arrojando su manto, levantóse y, seguido de su compañero, se acercó a Jesús. Éste les preguntó: ¿Qué queréis que os haga? ¿Qué puede desear un ciego? Bartimeo respondió: Rabboni, que vea. Y los dos repitieron una vez y otra: Señor, que se abran nuestros ojos. Jesús dijo: Vete; tu fe te ha salvado. Esta era, en esencia, la misma contestación ya dada a los dos ciegos de Cafarnaum (§ 351). Una vez tocados sus ojos, los dos quedaron curados al instante y en seguida se unieron a la comitiva que seguía a Jesús.

498. Jesús entró, pues, en Jericó en medio de vivo entusiasmo. De todas partes acudían las gentes para ver al famoso Rabí, buscado por los fariseos para darle muerte, el mismo que acababa de devolver la vista a la conocida pareja de Bartimeo. El fervor popular era aumentado por los dos ciegos mismos, que mostraban sus ojos curados a cuantos los querían examinar.

Entre los que se acercaron había un hombre llamado Zaqueo, que era principal entre los publicanos. Jericó, ciudad limítrofe y centro comercial importante, debía albergar muchos agentes de impuestos, uno de cuyos jefes era precisamente Zaqueo. Su nombre hebreo Zakkai demuestra que era judío, y si, a pesar de ello, ejercía aquel odiado oficio, como antaño Leví Mateo (§ 306), la culpa no era suya, sino de los pingües beneficios que el cargo proporcionaba. Zaqueo era rico, mas, como en Leví Mateo, las riquezas no habían ahogado en él todo sentido de espiritualidad, sino que aquella saciedad material le hacía experimentar incluso cierta náusea y acaso anhelar con más vehemencia riquezas superiores a la plata y al oro. En tal estado de ánimo se hallaba Zaqueo aquel día en que Jesús se acercaba a Jericó, y deseaba ardientemente aproximarse y hablarle, e al menos verle. Una vez llegado junto al gentío comprendió que la empresa era difícil: Jesús estaba rodeado de una apiñada multitud en medio de la cual hubiera sido imposible abrirse camino. Además, el pobre Zaqueo (no Jesús, como ha imaginado Eisler, § 189) era bajo de estatura, y por lo tanto no lograba ni siquiera distinguir los cabellos de Jesús. ¿Renunciaría a la idea? ¡De ningún modo! El buen Zaqueo adelantó, corriendo, a la multitud que avanzaba lentamente y, descubriendo un bello sicomoro, trepó por él; era uno de esos árboles de poca altura que aun hoy se ven en Jericó y cuyas largas raíces surgen en torno al tronco, como otras tantas cuerdas. El subir al árbol, merced a tales raíces, fué cosa de nada. Pero la escena llamó la atención. De tratarse de un campesino o un hombre común cualquiera, nadie habría reparado en aquello, pero tratábase de un jefe publicano, jefe de aquellas sanguijuelas que chupaban la sangre del pueblo. Acaso alguno de los transeúntes pensara que la ocasión era buena para hacerle dar un vuelo desde el árbol, o para encender una espléndida hoguera al pie. En todo caso, todos le señalaban con el dedo, entre mofas y risas. Jesús pasó al fin junto al sicomoro. Como todos miraban hacia arriba.



Fig. 88. — Vista aérea de la Jericó actual

también Jesús miró. Las gentes de Jericó que le acompañaban explicáronle quien era aquel hombrezuelo encaramado en el árbol: no era nada bueno, sino un hombre pecador, e incluso un pecador notable y jefe de sanguijuelas, que, para mayor sarcasmo, se llama Zakkai (puro), cuando con barta razón debiera llevar otros nombres bien distintos. No sería, pues, decoroso para el Macstro dirigirle la palabra, ni siquiera pararse a mirarlo. Pero Jesús, no solo se para y le mira, sino que no parece tener por ciertas las informaciones que le dan. Cuando los informadores concluyen de hablar, dirígese al hombrecillo del árbol y le dice nada menos que esto: Zaqueo,

baja pronto. Porque en tu casa me conviene quedar hoy.

El escándalo fué general. Zaqueo, jubiloso y apresurado, deslizóse del árbol y el Maestro sin más se encaminó con él a su casa; pero, viéndo(lo), todos murmuraban de que en casa de un hombre pecador entrara a albergarse. Y como aquélla era la morada impura de un pecador, los leales a las normas farisaicas quedaron naturalmente fuera, pese a que, en realidad, la vivienda había pasado a ser más pura que tantas otras pertenecientes a fariseos. Zaqueo, que debía sentir pesar sobre su conciencia no pocas cosillas, una vez dentro de su casa quiso honrar al huésped haciendo enmienda de su pasado y dijo a Jesús: He aquí, Señor, que la mitad de mis bienes doy a los pobres, y si a alguno defraudé en alguna cosa, restituyo el cuádruplo. El huésped, satisfechísimo de la enmienda, respondió al publicano: Hoy ha venido la salvación a esta casa, porque también este es hijo de Abraham. Porque el hijo del hombre vino en verdad a buscar y salvar lo que estaba perdido. De modo análogo había contestado Jesús al defender al otro publicano, Leví Mateo, convertido después en discípulo suyo.

La curación de Bartimeo había constituído un milagro que maravilló a la multitud, mientras la enmienda de Zaqueo probablemente no maravilló a nadie, y hasta quizá hubo gente que la comentó con malignidad. Sin embargo, en el pensamiento de Jesús la enmienda era un milagro diverso, pero no menor que la curación. Si en el caso de Bartimeo un ciego había recobrado la vista, en el de Zaqueo un camello había pasado a través del ojo de una aguja, lo que era para los hombres imposible, pero no para Dios (§ 485).

LA PARÁBOLA DE LAS MINAS Y LOS TALENTOS

499. Es probable que la enmienda de Zaqueo y la contestación de Jesús tuviesen lugar durante una comida que el jefe publicano ofreciera en honor de su huésped. Y en ella participarían, además de los discípulos de Jesús, otros de sus admiradores que esperaban de él grandes cosas. Un anheloso estremecimiento debía recorrer a veces aquella sala donde se oiría sin duda hablar a media voz del reino de Dios, del Mesías glorioso, de formidables victorias, de tribunales juzgadores, de fúlgidos tronos y de cortesanos magníficos y venturosos. Pero se mencionaba todo ello con prudencial reserva, por no desagradar al Maestro, ya que todos sabían que él — en virtud de desconocidas razones — desaprobaba tales razonamientos y contraponía a perspectivas tan rosáceas otras ĥarto lúgubres. No obstante, era notorio que se avecinaban hechos decisivos, y todo inducía a creer que de un día a otro la potencia taumatúrgica del Maestro se desplegaría plenamente, el estado de cosas se transformaría del todo v el reino de Dios sería inaugurado manifiestamente. Quizá desde las ventanas se distinguiese la suntuosa mansión regia construída por Arquelao, y algunos de aquellos fervorosos adictos debieron pensar en el efímero y obscuro principado de aquel tetrarca (§ 14) contraponiendolo mentalmente con el estable y glorioso reinado que el Mesías Jesús había de iniciar dentro de pocos días.

Jesús oyó en parte los cuchicheos y comprendió el estado de ánimo de los presentes, por lo cual dijo una parábola, porque estaba cerca de Jerusalem, y ellos creían que el reino de Dios iba a aparecer de pronto (Lucas, 19, 11). La parábola fué la siguiente:

Un hombre noble partió para una región lejana, donde debía recibir la investidura de un reino, para volver como rey efectivo del lugar de partida. A fin de no dejar inactivo durante su ausencia el dinero que poseía, entregó una mina — o sea, un poco más de 100 pesetas oro — a cada uno de sus diez sirvientes, dándoles el encargo de que comerciasen con la cantidad hasta el retorno de su señor. Pero sus ciudadanos le odiaban

y enviaron en pos de él una embajada que dijera al que debía concederle la investidura: No queremos que ése reine sobre nosotros. — No obstante, la investidura fué concedida y el hombre noble volvió como rey efectivo.

Esta «premisa» de la parábola está tomada de la realidad histórica. Ya advertimos que corresponde exactamente al viaje que unos treinta años antes había realizado Arquelao a Roma para recibir de manos de Augusto la investidura de sus dominios, y mencionamos la delegación de cincuenta judíos que fué enviada de Jerusalem tras él en contra suya (§ 13). Téngase presente que mientras hablaba Jesús y le escuchaban los otros, los ojos de todos podían posarse en la mansión del mismo Arquelao, a la sazón vacía.

De vuelta el nuevo rey, pidió cuentas a los siervos a quienes había confiado las minas. Presentóse primero uno que con la mina entregada había ganado otras diez. El rey le alabó porque había sido fiel en lo poquísimo v le recompensó dándole el gobierno de diez ciudades. Compareció un segundo, que había ganado otras cinco minas, y fué recompensado con el gobierno de cinco ciudades. Acudió luego un tercero, que dijo: Señor, toma tu mina, que he tenido guardada en un pañuelo. He tenido miedo de ti, porque eres severo, retiras lo que no depositaste y siegas lo que no sembraste. - Evidentemente, este siervo no había consentido en la embajada hostil enviada tras el pretendiente del reino, pero tampoco había hecho nada en pro de su señor. Sabiendo, por otra parte, que éste era muy exigente habia conservado intacta la suma que le confiara, de modo que el futuro rey no podía acusarle de infidelidad ni de hurto. Pero el rey le contestó: Por tu boca te juzgo, siervo malvado. ¿Sabías que soy hombre severo, que tomo lo que no he depositado y siego lo que no sembré? ¿Y por qué no entregaste mi dinero a la banca, para que yo, de vuelta, lo recogiera con interes? Volviéndose, después, a los presentes, ordenó: Quitadle la mina y dadla al que tiene diez. - Hiciéronle observar: Pero, señor, ese ya tiene diez minas. — Mas el rey replicó: No obstante, es así. A quien ya tiene, aun le será dado, mientras al que no tiene, incluso le será quitado lo que tiene. Y aquellos enemigos míos que no querían que yo reinase sobre ellos, sean traídos aquí y muertos en mi presencia.

500. La anhelosa esperanza que los oyentes tenían del reino mesiánico no pudo quedar satisfecha por aquella parábola. La enseñanza de ésta era, en primer término, que el palmario triunfo del reino de Dios sería una recompensa o un castigo según el comportamiento de cada uno, y en segundo término que ese triunfo no se produciría sino después de una ausencia del pretendiente al reino, quien sólo comparecería y obraría como rey en su subsiguiente advenimiento. Aplicando la parábola, hallamos que el pretendiente al trono es Jesús mismo, quien está ya en plena posesión de sus derechos regios, pero aun no ha partido para recibir en su Patria celestial la investidura pública y solemne, ausentándose de sus súbditos, algunos de los cuales le son francamente hostiles y quisieran que no reinase. Esa ausencia suya no es breve, ya que el pretendiente parte para una región

lejana y encarga a sus siervos tráficos comerciales que requieren mucho tiempo (y Mateo, 25, 19, dice, en efecto, que el protagonista de la parábola volvió después de mucho tiempo). Cuando Jesús regrese del lado de su Padre celestial se producirá la inauguración manifiesta y solemne de su reino, con el premio de los súbditos fieles y el castigo de los negligentes o rebeldes.

Los discípulos, pues, no deben vivir en ansiosa espera, aguardando de un día a otro el triunfo solemne del reino de Dios. Antes de ese triunfo, Jesús deberá partir para una región lejana y hallarse ausente hasta su nueva parusia, o sea presencia. Durante esta ausencia indefinida, los enemigos del rey lejano intrigarán encarnizadamente para que no reine, y cuando les sea propuesto reconocer oficialmente su realeza de Mesías hebreo contestarán que sólo reconocen la realeza del César pagano (Juan, 19, 15). Por esto, esa ausencia suya será un período de duras pruebas para los súbditos fieles que queden solos y superando tales pruebas merecerán participar en el triunfo final de la parusia.

Pero si el triunfo definitivo estaba reservado a la parusia, Jesús mismo había prometido ya una gran manifestación de potencia del reino de Dios, que bien podía equivaler a una parcial anticipación del triunfo final (§ 401). Y además había prometido particulares socorros precisamente durante aque-

llas duras pruebas (§ 486).

La parábola de las minas, particular a Lucas, es narrada también por Mateo (25, 14-30), pero en otro contexto y con algunas divergencias. Mateo la pone en boca de Jesús durante el gran discurso escatológico pronunciado en Jerusalem el martes de la semana de pasión (§ 523). Además, el que parte, no es un pretendiente que va a recibir la investidura de un reino, sino un hombre adinerado, y no distribuye a sus siervos una mina a cada uno, sino cinco, dos o un solo talento, cada uno de los cuales valía sesenta minas. Además, al final no se habla del castigo de los que habían intrigado contra el ausente. La colocación que Lucas da a la parábola es sin duda mejor que la de Mateo, porque corresponde de modo sorprendente al momento histórico y a las circunstancias del relato. Puede decirse lo mismo de la calidad de pretendiente al trono y del consiguiente castigo de los enemigos, que no se hallan en Mateo. Por lo demás, las dos parábolas se corresponden en cuanto a la esencia. La de Mateo puede ser una abreviación de la de Lucas; pero también puede ser que lo que se encuentra en Lucas de más (y especialmente el castigo final de los enemigos) proceda de otra parábola.

EL CONVITE DE BETHANIA

501. Subiendo desde Jericó hacia Jerusalem, Jesús debía pasar necesariamente por Bethania, de donde se alejara pocas semanas atrás. Llegó allí seis días antes de la Pascua (Juan, 12, 1), es decir, en sábado. Y como el trayecto de Jericó a Bethania (§§ 438, 489 y sigs.) era tan largo que no

habría sido permitido recorrerlo en sábado, Jesús probablemente viajó durante el viernes precedente para llegar a Bethania al ponerse el sol, hora en que comenzaba oficialmente el sábado. También aquí la indicación de Juan tiende a precisar lo que los precedentes sinópticos dejaron confuso. En efecto, ateniéndose a Mateo (26, 6 y sigs.) y a Marcos (14, 3 v sigs.), parecería que esta visita a Bethania acaeció más tarde: el miércoles sucesivo. Pero ese retardo de la narración, en ellos responde al objeto de hacer resaltar la relación entre las palabras pronunciadas en Bethania por Judas y su ulterior traición.

Encaminándose a Bethania, dijérase que Jesús se ofrecía espontáneamente al peligro, puesto que sus enemigos, que poco antes habían decidido su muerte y decretado su arresto (§§ 494, 495), estaban a dos pasos de Bethania v podían ser informados y obrar en el acto. El peligro existía. sin duda, pero era menos inmediato de lo que podía parecer. En primer lugar. Jesús había desaparecido después de la orden de prisión y los primeros hervores se habían enfriado un tanto, sin perjuicio de reencenderse cuando reapareciese Jesús. Además, a la sazón estábase en plena preparación pascual y a cada instante llegaban a Jerusalem multitudes de judíos de todas las regiones y por lo tanto también de paisanos y admiradores de Jesús, y no era oportuno provocar un tumulto procediendo contra él estando la ciudad tan llena de gente. De todos modos, sanhedritas y fariseos, sin olvidar en absoluto su decisión, pensarían deber proceder prudentemente y a tenor de las circunstancias. Entre tanto, las gentes del pueblo llano de la capital esperaban, curiosas, el desarrollo de la lucha, interesadas en saber si se impondrían el Sanhedrín o Jesús.

Iesús debió hallar en Bethania una acogida triunfal provocada de cierto por el recuerdo de la reciente resurrección de Lázaro. La noche de aquel sábado tuvo lugar un convite en su honor en casa de un tal Simón, apodado el Leproso, quien era sin duda uno de los más ricos del pueblo y debía su sobrenombre a la enfermedad de que había curado, acaso por intervención de Jesús. Entre los invitados no podía faltar, y no faltó, Lázaro. Su hermana, la casera Marta, dirigía el servicio, y su hermana María, menos hábil en faenas domésticas, proveyó espontáneamente a aportar al convite un tributo de honor. Como los comensales estaban tendidos en los divanes, con el busto inclinado hacia la mesa común y los pies hacia afuera, según ya dijimos (§ 341), María, en un cierto momento del convite, entró llevando uno de aquellos vasos de alabastro de cuello alargado en que los antiguos solían guardar esencias aromáticas de gran valor. La razón es dada por Plinio cuando dice que el alabastro cavant ad vasa unguentaria, quoniam optime servare incorrupta dicitur (Natur. hist., xxxvi, 12). El frasco que llevaba María encerraba una libra, esto es, 327 gramos de nardo auténtico de gran valor. El adjetivo auténtico, o como dice el griego, «de confianza» (πιστική) (1), es oportuno, porque el

⁽¹⁾ Esta voz griega se encuentra tanto en Marcos como en Juan, pero el traductor latino

citado naturalista romano recuerda que el ungüento de nardo se adulteraba fácilmente, adulteratur et pseudonardo herba quæ ubique nascitur (ibíd., XII, 26). Y como genuino, el nardo de María era de gran valor. Judas, que debía entender de precios, lo valoró en más de 300 denarios. Plinio (ibíd.) dice que en Italia el nardo costaba cien denarios la libra, y ciertas especies menos estimadas costaban también menos. Sin embargo, él mismo recuerda en otro lugar (ibíd., 2) ungüentos que costaban de 25 a 300 denarios la libra.

María, pues, llegada al diván de Jesús, en vez de quitar el sello puesto en el orificio del vaso, rompió su gollete alargado, en signo de mayor entrega, y esparció abundantemente la esencia perfumada, primero sobre la cabeza del Maestro y luego, lo restante, sobre sus pies. Igualmente, en signo de particular homenaje, enjugó con sus cabellos los pies perfumados del Maestro, imitando en parte a la antigua pecadora innominada (§ 341). Y la casa se llenó del perfume del ungüento.

502. El acto ejecutado por María no era insólito. A huéspedes insignes invitados a banquetes se les ofrecían, después del lavatorio de manos y pies, exquisitos perfumes con los cuales rociarse. Y la fineza era tanto más natural en María cuanto que la dedicaba a quien había resucitado a su hermano, aunque emplease en su ejecución una cantidad de esencia verdaderamente extraordinaria. Pero la exuberancia de la cantidad indicaba la exuberancia del sentimiento íntimo.

Tal prodigalidad sorprendió a algunos de los discípulos, y más que a todos a su administrador común, Judas el Iscariota (§ 313). Fué éste, como concreta Juan (en tanto que los otros evangelistas hablan de los discípulos en general), quien protestó abiertamente, si bien so apariencias de beneficencia: ¿Por qué se ha hecho ese derroche de ungüento? Se podía, en efecto, vender ese ungüento por más de trescientos denarios y darlos a los pobres (Marcos, 14, 4-5). A la protesta de Judas, el evangelista Juan, tan práctico como espiritual, añade esta reflexión propia: Y dijo esto, no porque le importaran los pobres, sino porque era ladrón y teniendo la cajita llevábase las cosas guardadas (en ella) (Juan, 12, 6).

Por esta noticia sabemos que el grupo de los acompañantes habituales de Jesús hacía vida en común, sin duda junto con el Maestro, y todos ponían sus personales aportaciones en común depositándolas en una pequeña caja (γλωσσόχομον) confiada a Judas, quien actuaba como administrador y sin duda obtenía auxilios ocasionales de aquellas piadosas mujeres que, de vez en cuando, según sus posibilidades, seguían al grupo de Jesús, encargándose de su asistencia material (§ 343). Pero Judas era ladrón y substraía el dinero de la caja. Este hurto continuo difícilmente podía ser descubierto por los demás apóstoles, quienes estaban siempre ocupados en

de la Vulgata, encontrando dificultad para transcribirla, la traduce de modo diferente en los dos lugares: en Marcos con spicati (¿es una alteración gráfica, o tal vez es una influencia de spica nardi?), en Juan, por el contrario, con simple transcripción pistici.

su ministerio espiritual, descargando todas las cosas materiales en Judas. Por el contrario, aquellas piadosas mujeres podían descubrir el hurto fácilmente, porque, ocupándose de los gastos y proporcionando ellas mismas buena parte del dinero, podían seguir de cerca las entradas y salidas de la pequeña caja y apreciar las substracciones más considerables. Quizá los demás apóstoles y Jesús mismo estuviesen por ellas informados de tales hurtos, y desde entonces el administrador infiel fuese mirado con dolorosa compasión, aunque se le dejara discretamente en su cargo con la esperanza de que él, no viéndose el rostro puesto en vergüenza, cambiase de conducta. Por el contrario, Judas se muestra aquí empedernido: más de 300 denarios era una suma notable, casi el salario anual íntegro de un obrero (§ 488), y el ladrón, al ver volatilizarse aquel magnífico ingreso, salta alegando el pretexto de los pobres. El secuaz de Mammón quiere conservar todavía el distintivo externo de seguidor de Dios (§ 485).

Jesús contestó así a la protesta de Judas: Déjala. Que lo guarde (=que valga como reservado) para el día de mi sepultura. Porque a los pobres siempre los tenéis con vosotros pero a mi no siempre me tenéis (Juan, 12, 7-8; com. c. Mateo, 26, 10-13; Marcos, 14, 6-9). Para Jesús, pues, la unción que acababa de recibir equivalía a una anticipación de su próxima sepultura, ya que los cadáveres se sepultaban después de ungirlos con aromas y esencias perfumadas. Pero parece que ni aun este nuevo anuncio convenció a los apóstoles de la inminente muerte de Jesús, exceptuando, quizá, a Judas, quien, como buen financiero humano, previó la quiebra ajena y debió pensar directamente desde entonces en sus propios intereses.

LA SEMANA DE PASION EL DOMINGO Y EL LUNES

LA ENTRADA TRIUNFAL EN JERUSALEM

503. En Jerusalem se supo en seguida que Jesús se hallaba en Bethania. Su llegada pudo ser comunicada tanto por los peregrinos que hiciesen el viernes el viaje de Jericó a Bethania en unión de Jesús (§ 501), como por los espías del Sanhedrín que obedecieran las órdenes recibidas

de señalar dónde se hallaba el Rabí galileo (§ 495).

La noticia causó impresión en la ciudad. Antes tal vez de que el reposo sabático comenzase y ciertamente en cuanto hubo terminado, muchos curiosos acudieron desde Jerusalem a Bethania, impulsados por el doble objeto de ver a Jesús y a Lázaro, juntos ahora, y en atención, sobre todo, a que el primero no se había dejado ver en Jerusalem desde la resurrección del segundo. Supo, pues, la gran multitud de los judios que (Jesús) estaba allí, y vinieron, no por Jesús sólo, sino también por ver a Lázaro, que (él) había resucitado de entre los muertos. Durante esta afluencia se repitió más ampliamente lo que había sucedido a raíz de la resurrección de Lázaro: esto es, que muchos se rindieron a la evidencia del milagro y creyeron en Jesús. Este resultado súpose también en Jerusalem, y entonces los sumos sacerdotes, confirmándose en el propósito de dar muerte a Jesús, reuniéronse y resolvieron matar también a Lázaro (Juan, 12, 10), enviando así de nuevo al otro mundo a aquel testigo que había tornado de él para escandalizar la ortodoxia judía.

El remedio, ciertamente, era o parecía decisivo. Muertos Jesús y Lázaro, la conmoción suscitada entre el pueblo por el predicador galileo se calmaría. Pero la ejecución del proyecto era difícil no sólo por la afluencia de peregrinos pascuales sino también por la probable conmoción popular, de la que podían surgir reacciones violentas y complicaciones con la autoridad romana que se querían evitar a toda costa. Desde entonces, pues, comienza un período de vigilante espera en que las autoridades del Templo siguen constantemente de cerca la actividad de Jesús, aguardando una circunstancia favorable para ejecutar su proyecto sin fastidiosas consecuencias. Por su parte, Jesús persiste en la línea de conducta que se había tra-

zado, independiente de las circunstancias externas, y ni le amedrentan los manejos del Sanhedrín, ni se preocupa del favor de las multitudes, aun cuando éstas le protejan momentáneamente. Durante esta espera, la primera iniciativa parte de Jesús, quien, encaminándose directamente hacia el peligro, parte de Bethania para Jerusalem.

504. Corría la mañana del domingo. Aquella mañana y la tarde precedente se habían reunido en Bethania, alrededor de Jesús, muchos fervientes adictos, unos paisanos de Galilea, llegados en peregrinación pascual, otros ciudadanos de Jerusalem, convencidos por el milagro reciente de Lázaro. Y aquella multitud vibrante no podía abstenerse de ejecutar alguna manifestación solemne en honor de Jesús. Las circunstancias se presentaban propicias, ya que era costumbre que los ciudadanos saliesen al encuentro de los más numerosos o importantes grupos de peregrinos, para entrar en la ciudad todos unidos entre cantos y manifestaciones de alegría. Así, cuando el Maestro manifestara su intención de dirigirse a Jerusalem, era justísimo prepararle una solemne entrada en la ciudad. Aun cuando él se declarase opuesto a ello como en el pasado, la manifestación solemne era necesaria esta vez después de los hechos de Bethania y Jerusalem, y el Maestro habría de tolerarla mal de su grado.

Y por el contrario, contra toda previsión, esta vez Jesús no mostró oposición alguna. Una vez manifestada, aquella mañana misma, la intención de encaminarse a Jerusalem, eligió el camino más corto y frecuentado, que desde Bethania remontaba el monte de los Olivos, descendía la vertiente occidental y llegaba a la ciudad junto al ángulo noroeste del Templo, tras un recorrido de 2.800 metros (§ 490). En el trayecto se pasaba ante el antiguo caserío llamado Bethfagé (Beth-pa'ghē, «casa de los higos (no maduros)»), que va el Talmud consideraba como arrabal de Jerusalem y que estaba sin duda cercano al lugar hoy considerado como Bethfagé, situado a menos de un kilómetro al noroeste de Bethania. Partiendo, pues, de este último pueblo, la comitiva subió, con gran algazara, hacia la cumbre del monte de los Olivos, y ya estaba a la vista de Bethfagé cuando Jesús dió una orden que colmó de alegría a todos los presentes. Y fué que, llamando a dos de sus discípulos, les dijo: Id al pueblo que tenéis delante, y en cuanto entréis hallaréis un asnillo atado, sobre el que ningún hombre cabalgó jamás. Desatadlo y traedlo. Y si alguno os dice: «¿Por qué haceis esto?», decid: «El Señor lo necesita, y en seguida lo manda de nuevo aqui».

El asno era en Palestina la cabalgadura de las personas notables, ya desde los tiempos de Balaam (Números, 22, 21 y sigs.). Jesús, al buscar en esta ocasión aquella montura, mostró querer secundar los festivos deseos de la comitiva. Pero la mira de Jesús era a la par mucho más amplia. Mateo, en su especial cuidado de señalar el cumplimiento de las profecías mesiánicas, hace notar que entonces se cumplió la predicción del antiguo profeta Zacarías (9, 9), según la cual el rey de Sión acercaríase a ésta,

manso, cabalgando una asna y un pollino (1). También por ello es Mateo el único en recordar que allí, en Bethfagé, estaban atados juntos el pollino y su madre, y que ambos fueron llevados a Jesús, mientras los demás evangelistas mencionan únicamente el asnillo sobre el que Jesús cabalgó efectivamente. Los dos discípulos ejecutaron la orden, y mientras desataban a los animales, los dueños de éstos les preguntaron por qué razón lo hacían. Al saber que obedecían a Jesús no objetaron nada. Probablemente eran amigos de la familia de Lázaro y por lo tanto estaban bien dispuestos hacia Jesús.

Al llegar los dos animales, la comitiva no se contuvo ya. Con aquella cabalgadura cabía realizar una verdadera entrada triunfal en la ciudad. Si el asnillo no había servido aún de montura a nadie, era tanto más indicado para transportar por primera vez a una persona sagrada como Jesús, ya que los antiguos opinaban que un animal ya empleado en usos profanos era menos idóneo para usos religiosos (2). El cortejo se organizó en seguida. Algunos extendieron sus mantos sobre la grupa del asnillo, a guisa de silla y gualdrapa, e hicieron montar encima a Jesús; otros, adelantándose a la carrera, tendían a pequeñas distancias sus mantos en el suelo para que el jinete pasase sobre ellos como sobre tapices, y muchos otros corrían por el camino a medida que adelantaba el cortejo hacia la ciudad, esparciendo ramas verdes a lo largo del trayecto y agitando festivos ramos de palma arrancados de los árboles de las inmediaciones. Y todos gritaban en tropel: ¡Hosanna! ¡Bendito el que viene en el nombre del Señor! ¡Bendito el reino que viene de nuestro padre David! ¡Hosanna en las alturas! (Marcos, 11, 9-10).

505. La fogosidad oriental se expansionaba muy a su grado en este vocerío, pero también se expansionaba la anhelosa espera que durante tanto tiempo habían aquellos aclamadores guardado y reprimido en sus corazones: la espera del reino del Mesías. Los términos empleados son típicos: el que viene (δ ἐρχύμενος) en nombre del Señor es el Mesías (§ 339). y el reino que viene... de David es el reino mesiánico inaugurado por el Mesías, hijo de David. Los distintivos de este principio del reino eran, ciertamente, modestísimos: un pollino y cuatro ramos de palma; pero en esto no hallaban escándalo aquellos entusiastas. firmemente persuadidos de que de un día a otro el asnillo sería substituído por una falange de soberbios corceles y las palmas por una selva de bruñidas lanzas. El padre

⁽¹⁾ La doble mención en el texto hebreo de Zacarías no alude a dos animales diferentes, sino a uno solo, y es un mero efecto de la repetición requerida por el paralelismo, suprema ley del verso hebreo. Nótese, además, que el pasaje de Zacarías es más amplio en el texto hebreo que en la cita de Mateo.

⁽²⁾ Trátase de un concepto religioso que se repite varias veces en el Antiguo Testamento (v. Números, 19, 2; Deuter., 15, 19; 21, 3; I Samuel, 6, 7), así como en Homero, en los romanos (Bos... nullum passa jugum, curvique immunis aratri; Ovidio, Metam., III, 10-11) y en otros pueblos.

David desde su sepulcro y el Dios Yahvé desde el cielo cumplirían este

milagro en favor de su Mesías.

Precisamente fué en este punto donde coincidieron, si bien de modo casi fortuito y fugaz, el mesianismo de la plebe y el de Jesús. Para la plebe, aquella entrada triunfal en Jerusalem era la primera chispa de un inmenso incendio futuro; para Jesús, la sola y única pompa oficial de su realeza mesiánica. Aquella realeza, escondida por él con tanto cuidado y sólo confiada con tantas precauciones y rectificaciones a sus más íntimos, debía no obstante ser manifestada oficialmente al menos una vez, ahora que apremiaba el tiempo y la errónea interpretación política tenía escasas posibilidades de prosperar. Pues bien, ésta valía precisamente como manifestación oficial y solemne y producíase en correspondencia a la antigua profecía de Zacarías; mas todo debía terminar allí, en aquel asnillo rodeado de unos centenares de entusiastas, para entrar inmediatamente después en lo que los hombres llamaban sombra, pero que para el reino de Dios era noche de recóndita actividad (§ 369). En resumen, Jesús terminaba donde la multitud creía comenzar.

Cuarenta años más tarde, un judío renegado, Flavio Josefo, empleará largas páginas en describir otra entrada triunfal a la que asistió él mismo (Guerr. jud., VII, 120-162) como los evangelistas a la de Jesús. Pero ambas narraciones parecen escritas adrede para contraponerse la una a la otra. La del judío renegado describe el triunfo del que poco antes ha destruído Jerusalem y entra en la Roma pagana con un aparato de increíble poder y esplendor. La narración de los evangelistas describe el triunfo de quien había de ser el destructor de la Roma pagana y ahora entraba en Jerusalem con un aparato humildísimo y llorando sobre la próxima destrucción de la ciudad. El triunfador de Roma concluye su pompa matando al pie del Capitolio al jefe de los enemigos conducido encadenado tras el cortejo: el triunsador de Jerusalem termina siendo muerto él mismo después de su triunfo de un día. En Roma, tras los festejos, se ponen los cimientos de un nuevo templo idolátrico dedicado a la Paz romana; en Jerusalem se anuncia que el Templo material del Dios vivo será reducido a un montón de ruinas y se ponen, en cambio, los cimientos de un Templo no manufacto (ἀχειροποίητος: Marcos, 14, 58), donde se adorará al Dios viviente en espiritu y verdad (§ 295). Existe, sin embargo, un punto importantísimo en el que concuerdan las dos tan discordes narraciones, y es en afirmar que el respectivo triunfador es el Mesías: para los evangelistas, el Mesías es Jesús, el carpintero de Nazareth; para el judío renegado, el Mesías es Tito Flavio Vespasiano, agricultor nacido en Falacrine, cerca de Rieti, el año 9 d. de J. C. (§ 83).

Confrontando hoy lo que queda de ambos triunfos, preciso es concluir

que el judío, mal aconsejado por su apostasía, cayó en un grave error.

506. El triunfo de Jesús, aunque humildísimo, fué cordial, harto más sin duda que el de Roma. Juan (12, 16 y sigs.) nos informa de que



Fig. 89 -- JERUSALEM, DESDF EL CONVENTO DE SANTA ANA

la cordialidad fué también grande por parte de los ciudadanos de Jerusalem, quienes habían sido testigos de la resurrección de Lázaro u oído el relato de los testigos. La cordialidad de los discípulos era igualmente muy grande sin duda, aunque animada todavía por motivos superficiales e ignara de las razones profundas de lo que pasaba, porque, al decir del mismo evangelista, estas cosas no las conocieron al principio sus discípulos; pero cuando Jesús fué glorificado, entonces recordaron que estas cosas habían sido escritas de él y estas cosas (ellos) hicieron a él. En suma, el entusiasmo de los discípulos estaba demasiado bajo el influjo del entusiasmo de la multitud para elevarse a consideraciones más altas y espirituales acerca de aquel brevísimo triunfo humano de su Maestro.

Pero el carácter triunfal de la manifestación fué sostenido firmemente por el propio Jesús. Como los fariseos seguían siendo fariseos aun en medio del entusiasmo general y por otro lado comprendían que hubiera sido demasiado peligroso oponerse a aquella masa enfervorecida, juzgaron oportuno dirigirse al propio Jesús y le dijeron: Maestro, reprende a tus discipulos. Así, pues, los artífices más numerosos de aquella manifestación fueron los discípulos y no los judíos testigos de la resurrección de Lázaro. Pero Jesús contestó: Os digo que si éstos callaren, gritarán las piedras (Lucas estato).

(Lucas, 19, 40).

La protesta fué renovada a poco cuando, entrando Jesús en el Templo, bandadas de muchachos que se hallaban entre el gentío comenzaron a gritar: ¡Hosanna al Hijo de David! en las mismas narices de los escribas y sumos sacerdotes. Estos graves personajes, irritados por los gritos de la chiquillería, protestaron ante Jesús: ¿Oyes lo que ésos dicen? Esta vez Jesús contestó: Si. ¿No leisteis nunca: «De boca de los muchachos y de los niños de pecho sacaste alabanzas»? (Mateo, 21, 16). El pasaje citado (Salmo 8. 3) era muy oportuno, porque allí el poeta contrapone la ingenua loa elevada a Dios por muchachos y niños de pecho al silencio forzado de sus enemigos. Así, si los rapaces del Templo eran los que elevaban alabanzas a Dios, los sacerdotes y escribas podían fácilmente reconocerse en los enemigos de Dios reducidos al silencio.

Esta respuesta de Jesús y su indiscutible triunfo debieron dejar anonadados a los fariseos. Hecho balance de todo lo obtenido con sus resoluciones de adueñarse de Jesús, de hacerle denunciar por espías, de darle muerte a la vez que a Lázaro, se hallaron en plena quiebra. Jesús circulaba libremente por la propia Jerusalem, su vida y la de Lázaro estaban salvaguardadas por el fervor popular, el audaz Rabí hacía cada vez más secuaces e incluso osaba entrar en triunfo en la ciudad santa. Los mismos fariseos reconocieron este fracaso y se dijeron los unos a los otros: ¿Veis cómo no obtenéis ningún provecho? He aqui, el mundo se fué tras él (Juan, 12, 19). Pero tal confesión no implicaba una capitulación, antes bien ratificaba una hostilidad implacable que sólo esperaba ocasión propicia para obrar.

Entre tanto el cortejo triunfal de Jesús había rebasado la cima del monte de los Olivos y descendía por la vertiente occidental dirigiéndose al Templo, que desde allí se dominaba. Desde aquella vertiente se contemplaba el panorama de toda la ciudad, de la ciudad salida treinta años antes de las manos del infatigable reconstructor que fué Herodes el Grande, menos colmada, sí, de evocaciones y menos solemne que la ciudad moderna, pero incomparablemente más bella y suntuosa. A los pies del monte, al otro laco del torrente Cedrón, se erguía la mole grandiosa del Templo esplendente de oro y deslumbrante por níveos mármoles. Unido con él se levantaba al septentrión el potente cuadrilátero de la Torre Antonia, entonces cuartel de la guarnición romana, como nido desde el que el halcón vigilase la presa (§ 49). Al lado opuesto, hacia occidente, erguíase la casa real de Herodes, defendida al norte por aquellas tres torres que el experto Tito, cuarenta años después, juzgaría inexpugnables. Dos recintos de murallas protegían la ciudad por el norte, y allende el recinto exterior se extendía el suburbio de Bezetha (§ 384), que un decenio más tarde comenzará Agripa I a ceñir con un «tercer muro». Aquí y allá, entre la extensión de casas antiguas, resaltaban varias suntuosas construcciones recientes, mientras el barrio más mísero era el que ocupaba la parte sudoriental de la ciudad, inmediatamente más abajo del Templo, donde se había levantado la Jerusalem primitiva de los Jebuseos, de David y de Salomón.

Al contemplar aquel panorama, Jesús lloró.

507. Aquel llanto, entre tantos gritos alegres y ante tan solemne espectáculo, era, en verdad, inesperado. Los discípulos debieron quedar desconcertados viéndolo y acaso se preguntaran para sí si aquellas lágrimas no serían también uno de los correctivos mesiánicos aplicados por el Maestro (§§ 400, 475, 495). Pero la razón fué explicada por el propio Jesús, quien, dirigiéndose a la ciudad que miraba, exclamó: ¡Oh, si también tú hubieses conocido en este día las cosas (necesarias) para la paz! Y ahora están escondidas a tus ojos. Porque vendrán sobre ti dias en que tus enemigos te ceñirán con foso, y te cercarán en torno, y te estrecharán por todas partes y te abatirán a ti y a tus hijos dentro de ti, y no dejarán en ti piedra sobre piedra, porque no conociste el tiempo (propicio) de la visita (hecha) a ti (Lucas, 19, 42-44). El llanto, pues, no se refería al presente, sino a un futuro más o menos remoto.

Todos saben que estas palabras se refieren al terrible asedio que en el año 70 puso Tito a Jerusalem. El foso aquí aludido es el muro de circunvalación, de 39 estadios de longitud (7.215 metros), que construyeron las legiones romanas en torno a la ciudad en solos tres días a fin de cercarla por hambre. Tal muro se encuentra minuciosamente descrito por Flavio Josefo (Guerr. jud., v, 502-511) y de él se han descubierto recientemente algunos probables vestigios. Y es de notar que el foso, en su parte que miraba al oriente de la ciudad, ascendía desde el torrente Cedrón hasta el monte de los Olivos (ibíd., 504), donde se hallaba Jesús precisamente cuando lloró.

Superfluo es decir que una predicción tan concreta es juzgada absurda por los racionalistas, quienes afirman que estas palabras no fueron pronunciadas nunca por Jesús, sino que son invención del evangelista, quien escribiría después de la catástrofe del 70. En espera de que esta afirmación sea apoyada por pruebas históricas que no consistan en la monótona «imposibilidad» del milagro, podemos pasar a otra referencia que nos ofrece igualmente Flavio Josefo. Cuenta éste (ibíd., vII, 112-113) que Tito, algunos meses después de haber destruído Jerusalem, pasó a Egipto desde Antioquía y de camino se dirigió a Jerusalem. Y comparando entonces la triste soledad que veía con la pasada magnificencia de la ciudad, y recordando tanto la grandeza como la antigua belleza de los edificios arruinados. deploró (wateige) la destrucción de la ciudad, no ya envaneciéndose como otros (habrian hecho) de haberla expugnado a pesar de ser tan grande y fuerte, sino maldiciendo repetidamente a los culpables que habían iniciado la revuelta y atraído sobre la ciudad aquel castigo. Así, Jesús y Tito concordaban en hacer recaer la responsabilidad de la destrucción sobre determinados hombres y en afirmar que la destrucción no hubiera sobrevenido de ser diversa la conducta de aquellos hombres. Pero Jesús. judío y adorador de Yahvé, vierte ardorosas lágrimas sobre la destrucción de su ciudad y su Templo, mientras Tito, romano y adorador de Júpiter capitolino, deplora la pérdida de suntuosos edificios y de bellas obras de

arte. Uno llora la ruina espiritual; otro lamenta la ruina material; pero, sobre todo, el uno llora sobre la ciudad que había de matarle de allí a pocos días, y el otro deplora la suerte de la ciudad que él mismo había destruído y donde había sido proclamado emperador mientras el Templo estaba aún en llamas (1).

GRIEGOS QUE QUIEREN SER PRESENTADOS A JESÚS

508. Al fin, el cortejo triunfal llegó a la ciudad y entró en el Templo. Allí, en el atrio exterior, continuaban aún las manifestaciones de júbilo y los niños proferían los gritos que ya señalamos. Algunos ciegos e inválidos que pedían limosna en aquel lugar tan oportuno, aprovecháronse del regocijado tumulto para hacerse conducir al triunfador tauma-

turgo implorando la salud. Y Jesús les curó.

El Templo estaba lleno de peregrinos que habían acudido con ocasión de la inminente Pascua. y entre ellos figuraban muchos no judíos, pero que miraban al judaísmo con simpatía. El judaísmo, en efecto, había trabajado intensamente en la Diáspora para hacer secuaces, y los que habían sido ganados se dividían en dos clases: la clase inferior era la de los «devotos» o «timoratos» de Dios (σεβόμενοι, ο bien φοβούμενοι, τὸν Θεόν), los cuales estaban obligados a la observancia del sábado, a ciertas plegarias y limosnas y a otras prescripciones menores, pero permaneciendo siempre ajenos a la nación predilecta de Israel. La clase superior era la de los verdaderos «prosélitos», que habían recibido la circuncisión, estando, por ello, igualados o casi igualados en todo a los demás israelitas, compartiendo por tanto sus obligaciones.

Cuando el cortejo penetró en el Templo había en el atrio externo algunos de aqueilos «devotos», griegos de estirpe, como los llama Juan (12. 20. griego), que habían acudido a Jerusalem con ocasión de la Pascua para hacer adoración, aunque no pudiesen participar en los verdaderos ritos pascuales por no estar igualados a los israelitas. Aquellos griegos permanecieron impresionados por el espectáculo del cortejo y sobre todo por lo que vieron y oyeron del poder taumatúrgico de Jesús, y desearon que se les presentase a éste. Para lograrlo más fácilmente en medio de aquel bullicio, se dirigieron al apóstol Felipe (§ 314) y le dijeron: Señor, queremos ver a Jesús. Felipe, algo sorprendido de la petición, tomó consejo de su paisano Andrés, y al fin los dos comunicaron la demanda a Jesús.

Lo que sucedió es narrado por Juan con ese su modo singular que ilumina los principios perennes más que los episodios fugaces: en su relato,

⁽¹⁾ La extraña noticia de la proclamación de Tito como emperador inmediatamente después de la expugnación de Jerusalem, es decir, viviendo aún su padre Vespasiano, la dan concordemente Flavio Josefo (Guerr. jud., vi, 316) y Suetonio (Tito, 5). Quizá esta proclamación motivara la sospecha, a que alude Suetonio, de que Tito quisiera constituirse un reino propio en Oriente.

los griegos que pidieron ver a Jesús no son ya más mencionados, pero en compensación Jesús habla de su misión y ésta es solemnemente confirmada por un testimonio divino. Diríase que Juan, en la busca que de Jesús hacen los griegos, ve el principio de la más amplia búsqueda que haría de él luego la humanidad entera, al punto de prescindir del episodio ocasional para extenderse sobre el resultado perenne. A la comunicación de los dos apóstoles, Jesús respondió así: Ha venido la hora en que sea glorificado el hijo del hombre. En verdad, en verdad os digo que si el grano de trigo caldo en tierra no muere, permanece solo; mas si muere Ileva mucho fruto. Torna, pues, aquí la idea de la glorificación del Mesías Jesús, pero precedida por la prueba del dolor supremo: el reino de Dios se desenvolverá plenamente del modo que le está reservado en el «siglo» presente sólo después de que su fundador haya quedado destruído como un grano de trigo escondido en la húmeda tierra: de su destrucción interior sobrevendrá, liberándose, la fructificación poderosa y multiplicativa.

Y ral como la suerte de Jesús será la de quienes le sigan: Quien ama su vida, la pierde, y quien odia su vida en este mundo, la conservará en vida eterna. Quien me sirva, me siga, y donde yo esté allí estará también mi servidor. Si alguno me sirve, el Padre le honrará. Luego Jesús retorna sobre sí mismo y piensa en la hora suprema que debe preceder a su glorificación: Ahora mì alma está turbada. ¿Y qué debo decir? ¿«Padre, líbrame de esta hora»? Al contrario, para esto vine en esta hora. Padre, glorifica tu nombre. Apenas aparece la posibilidad de una vacilación ante la prueba suprema, es rechazada. Más tarde, en Gethsemaní, la vacilación reaparecerá en circunstancias muy diversas y con resultado diferente (§ 555).

509. La invocación final al Padre celestial fué escuchada. Como ya sucediera en el bautismo de Jesús y en su transfiguración (§§ 270, 403), oyóse una voz del cielo que dijo: Y glorifiqué y de nuevo glorificaré. El objeto de esta glorificación no se expresa, pero es claramente el nombre del Padre invocado, quien será glorificado por la misión de su hijo Jesús y sobre todo por el final de aquella misión.

La muchedumbre presente oyó el sonido, pero no comprendió con nitidez las palabras. Algunos creían que había estallado un trueno, que los hebreos llamaban a menudo «la voz de Dios» (v. II Samuel, 22, 14; Salmo 29, 3.9 hebr.: Job, 37, 5; etc.), mientras otros supusieron que un ángel había hablado a Jesús. Entonces éste explicó: No por mí se ha dado esta voz, sino por vosotros. Ahora es (el) juicio de este mundo: ahora el príncipe de este mundo será arrojado fuera. Y yo, cuando sea elevado de la tierra, atraeré todos a mí. En otras palabras, Dios iba a cumplir el juicio condenatorio sobre el mundo presente y sobre Satanás, su príncipe. El signo material de que aquel juicio comenzaba era la voz oída, que recordaba las voces divinas del Sinaí cuando se concertó la antigua alianza.

El final y coronamiento de aquel juicio se producirían cuando Jesús fuese elevado de la tierra, puesto que entonces atraería a sí todos los hombres, librándoles de su sujeción a Satanás. Apenas mencionada aquella «elevación» de Jesús, el evangelista se apresura a agregar: Decia esto significando de qué muerte iba a morir. Pero no sabemos de qué modo interpretaron los oyentes de Jesús su anunciada «elevación». A juzgar por sus palabras, parece que pensaban en una especie de «asunción» de Jesús, análoga a la «asunción» de Enoch. Repúsole, pues, la multitud: «Nosotros oímos en la Ley que el Cristo permanece eternamente, y ¿cómo dices tú que debe ser elevado el hijo del hombre? ¿Quién es ese hijo del hombre?» En efecto. de las Sagradas Escrituras (Ley) se desprendía que el reinado del Mesías debía ser eterno. Jesús, en cambio, afirmaba que iba a ser elevado, es decir. como ellos interpretaban, que iba a experimentar una «asunción» al cielo. Luego, su reinado en la tierra no duraría eternamente. Además el título de hijo del hombre no resultaba claro para aquellos oyentes, que acaso conociesen poco o nada del libro de Daniel (§ 81). En consecuencia, sentían dudas v esperaban que Jesús las esclareciese.

Pero Jesús esta vez no se extendió en consideraciones, o al menos no nos han sido transmitidas. Sólo se nos transmite lo que parece una exhortación conclusiva genérica: Díjoles, pues, Jesús: «(Por) poco tiempo está aún la luz en vosotros. Caminad mientras tenéis la luz, para que la tiniebla no os sorprenda. Porque quien camina en la tiniebla no sabe adónde va. Mientras tenéis la luz creed en la luz para que os convirtáis en hijos de luz». En tanto que Jesús pronunciaba estas palabras, caían las primeras sombras del anochecer puesto que Marcos nos dice expresamente (11, 11) que la hora era ya tardía. Así, las palabras, a la par que concordaban con las circunstancias del día solar, se referían en realidad a la jornada de la vida de Jesús y a su luz espiritual, próxima al ocaso.

Cuando se extinguió la última claridad de aquel día de triunfo, Jesús, con los apóstoles, desanduvo el camino y volvió de Jerusalem a Bethania, donde pasó la noche (Marcos, ibíd.; Mateo, 21, 17; v Juan, 12, 36).

LA HIGUERA MALDITA

510. La división cronológica de estos últimos días de Jesús se encuentra, mejor que en cualquier otro evangelista, en Marcos, quien distingue netamente la noche del domingo al lunes (11, 11-12), la del lunes al martes (11, 19-20), el día del miércoles (14, 1), el del jueves (14, 12) y su noche (14, 17), y, en fin, la mañana del viernes (15, 1), la tarde del mismo (15, 25, 33) y su noche (15, 42), que fué el último día de la vida de Jesús. Respecto a los primeros días, los demás evangelistas son más imprecisos. Lucas añade la noticia genérica de que Jesús, en esta semana, estaba durante el día en el Templo, enseñando, (y) luego, durante la noche, saliendo fuera, permanecía en el monte llamado de los Olivos.

Y todo el pueblo acudía a él, temprano de mañana, en el Templo, para escucharle (Lucas, 21, 37-38).

El repartir entre cada uno de estos días las cosas relatadas por los cuatro evangelistas, no conduce a resultados seguros. Incluso siguiendo la dis-

tribución cronológica de Marcos, los hechos y discursos de Jesús anteriores a la última cena corresponderían en su mayor parte al martes, mientras al lunes y al miércoles corresponderían muy pocos. Ahora bien: puede suceder que esta asignación corresponda a la serie de los ĥechos; pero puede también muy bien ser efecto de una repartición redaccional. Este último caso parece averiguado respecto a ciertos hechos, como la expulsión de los mercaderes del Templo (§ 287, nota primera), que Marcos, al parecer, coloca en este lunes, y el banquete de Bethania (§ 501), que aparece colocado en el miércoles.

Sin duda, la actividad de Jesús en aquellos últimos días fué muy



Fig. 90. -- EL VIEJO MERCADO DE JERUSALEM

intensa y podemos con buen derecho suponer que sólo en parte ha sido narrada. El favor popular, prolongado aún durante dos o tres días después del domingo triunfal, salvaguardaba suficientemente a Jesús del odio de los notables judíos y le permitía permanecer durante el día en Jerusalem, enseñando y discutiendo públicamente en el Templo, donde el pueblo le esperaba con afán, como nos dice Lucas. En cambio, de noche, cuando el pueblo habría podido hacer muy poco y los notables mucho, Jesús se alejaba de la peligrosa ciudad y, atravesando el torrente Cedrón, se retiraba al contiguo monte de los Olivos, que comprendía tanto el poblado amigo de Bethania como el huerto de Gethsemaní, lugar más cercano y también predilecto de Jesús. El único impedimento que existía, pues, a que el odio de los notables se desahogase, era la benevolencia del pueblo, pero

los hombres conspicuos del judaísmo sabían que esa benevolencia es lo más inconstante y tornadizo que quepa imaginar y esperaron el momento propicio para hacerla cambiar de golpe sin transtornos públicos. En tal

espera pasaron ellos estos cuatro días.

El lunes, primero de ellos, Jesús salió temprano de Bethania, con los apóstoles, camino de Jerusalem. No había comido antes de salir y en el trayecto tuvo hambre. Parece en verdad extraño que saliese de una casa dirigida por tan diligente dueña como Marta sin probar bocado, tanto más cuanto que los rabinos, en el Talmud, recomendaban comer a primera hora, y Rabbi Aqiba exhortaba así: «Levántate temprano y come... Sesenta correos podrán correr, mas no adelantarse al que ha comido temprano». Pero no es éste el único elemento paradójico del episodio presente. Antes bien, todos sus detalles nos inclinan a considerarlo como uno de aquellos actos simbólicos que ejecutaban con frecuencia los antiguos profetas y en especial Ezequiel. La acción era verdadera y real, pero rebasaba el marco de la vida ordinaria, mirando sólo a representar, de manera visible y casi palpable, una determinada enseñanza abstracta.

511. Así, para calmar su apetito, Jesús acercóse a una higuera que escaba junto al camino y ofrecía un espléndido follaje. Higueras así se encuentran comúnmente aun hoy en el monte de los Olivos. Buscó, pues, frutos entre las hojas; pero aquellos frutos no existían ni podían existir, por la sencilla razón de que, como Marcos dice (11, 13), no era la estación de les higos. Corrían, en efecto, los primeros días de abril, y en esa estación, en Palestina, aun en las comarcas más soleadas, si bien las higueras pueden haber dado sus primeros frutos, la breva, tal fruto no es comestible aún en modo alguno y sólo madura a primeros de junio. Los frutos de la segunda cosecha, la otoñal, pueden conservarse hasta principios de invierno, mas no resisten hasta abril, el mes en curso entonces. Queriendo, pues, juzgar a aquel árbol como si fuese una persona moral y responsable, preciso sería decir que no tenía la «culpa» de carecer de frutos en aquella estación. Jesús, en realidad, buscaba lo que regularmente no podía encontrar. Mas, con todo, maldijo aquel árbol diciendo: Nunca jamás nadie coma frutos de ti.

Todas estas consideraciones nos confirman que Jesús quiso ejecutar una acción de valor simbólico, análoga por ejemplo a la rotura del cántaro practicada por Jeremías (cap. 19), a la acción de Ezequiel al cortarse barba y cabellos con una espada afilada y a tantos otros actos paradójicos de los antiguos profetas, todos los cuales tenían significación simbólica. En este caso de la higuera, el símbolo se apoyaba en el contraste entre la abundancia de follaje inútil y la falta de frutos útiles, contraste que justificaba la maldición al árbol «culpable». Por tanto, quien, como los apóstoles allí presentes, conocía la índole del ministerio de Jesús y había escuchado sus discusiones con los fariseos, y sus invectivas contra la hipocresía de éstos, podía comprender fácilmente a quién se refería la enseñanza simbó-

lica: el verdadero culpable era Israel, el pueblo electo, riquísimo entonces de follaje farisaico, pero obstinadamente privado hacía mucho tiempo de frutos morales y por tanto merecedor de la maldición de esterilidad eterna. Si alguna duda sobre tal referencia histórica pudo subsistir al principio en la mente de los apóstoles, fué disipada totalmente por la parábola de la reprobación (§ 512 y sigs.) pronunciada por Jesús el día inmediato y dirigida precisamente contra el Israel contemporáneo.

Cuanto sucedió después de la maldición de Jesús lo resume en pocas palabras Mateo (21, 19), quien dice que el árbol se secó en el acto y sitúa inmediatamente después la admonición hecha por Jesús al respecto. Marcos, en cambio, sigue una cronología más precisa, ya que narra que los apóstoles no comprobaron que el árbol se había secado hasta la mañana siguiente, la del martes, cuando, yendo de nuevo con Jesús desde Bethania a Jerusalem, pasaron por el mismo lugar. Y este evangelista sitúa en esta mañana la admonición de Jesús. Al pasar de nuevo por allí, Pedro tuvo la ingenuidad de exclamar: ¡Rabí, mira! La higuera que maldijiste se ha secado (Marcos, 11, 21). Jesús, en su respuesta, no aludió al significado moral del hecho simbólico, y se limitó a exhortar nuevamente a los apóstoles a tener fe, con la cual lograrían incluso cambiar de lugar las montañas (§ 405, nota).

LA SEMANA DE PASION EL MARTES Y EL MIERCOLES

LA AUTORIDAD DE JESÚS. PARABOLA DE LOS DOS HIJOS

512. En aquella mañana del martes, Jesús se dirigió al Templo, donde el pueblo le esperaba ansioso (§ 510), y comenzó a enseñar, pero pronto acudieron también sumos sacerdotes, escribas y ancianos del pueblo, es decir, los representantes de los varios grupos del Sanhedrín (§ 58). De modo que se encontraron reunidas todas las fuerzas en acción. De una parte, Jesús; los notables judíos, de la otra, y en medio el pueblo, que protegía a Jesús. Hasta el momento había equilibrio entre las dos fuerzas antagónicas, pero cuando el obstáculo intermedio — esto es, el favor popular — faltara, el equilibrio se rompería y las dos fuezas entrarían en colisión.

Y precisamente aquella mañana los notables judíos se propusieron eliminar el obstáculo, y para ello preguntaron a Jesús ante la multitud: ¿Con qué autoridad haces estas cosas? ¿O quién te dió esta autoridad para que hagas estas cosas? (Marcos, 11, 28). El tono de la pregunta era de interrogatorio judicial, y aquellos notables trataban a Jesús como si hubiese sido conducido ya ante su tribunal. Al mismo tiempo, con aquella pregunta querían desacreditarle ante el pueblo y hacerle perder el favor de éste. Probablemente esperaban que Jesús hablase con desprecio de Moisés, de su Ley o de cosas semejantes, hiriendo los sentimientos populares. Pero Jesús, aceptando batalla también esta vez y precisamente en el terreno elegido por el enemigo, siguió un método de discusión muy empleado por los doctores de la Ley, que consistía en responder haciendo a su vez una interrogación, como para establecer un punto admitido a la vez por ambas partes. Jesús, empero, les dijo: «Os interrogaré sobre un solo punto. Respondedme y entonces os diré con qué autoridad hago estas cosas. El bautismo de Juan, jera del cielo o de los hombres? Respondedme». La pregunta de Jesús era bastante embarazosa para los interpelados, especialmente ante la multitud, a causa de la actitud que habían adoptado respecto a Juan el Bautista (§§ 268, 292). Ese embarazo es descrito por el evangelista con estas palabras: Y razonaban entre si diciendo: «Si decimos: — Del cielo — dirá: "¿Por qué, pues, no creisteis en él?" Diremos, pues: ¿— (Era) de los hombres —?». (Pero no lo diferon porque) temían a la multitud, porque todos opinaban que Juan era realmente un profeta. Y contestando a Jesús, dicen: «No sabemos». Y Jesús les dice: «Pues tampoco yo os digo con qué autoridad hago estas cosas». La batalla había terminado y no ciertamente con la victoria de quienes habían elegido el terreno. Los sanhedritas habían contado con poder influir sobre la opinión popular, para entonces tener en sus manos a Jesús abandonado por el pueblo, y he aquí que el pueblo protegía una vez más a Jesús, quien, además, volvía a enlazar su propia misión con la de Juan el Bautista. No es de maravillar que los sanhedritas rechazasen la misión de Jesús, puesto que habían rechazado la de su precursor.

Para confirmar su victoria y esclarecer más aún las relaciones de su misión con la de Juan el Bautista, Jesús añade una parábola: Un hombre tenía dos hijos a los que empleaba en cultivar su viña. Un día dijo al primero: Hijo, vete hoy a trabajar en la viña. — El hijo respondió: Sí, señor; ya vov. - Pero no fué. Luego el padre dió la misma orden al segundo hijo, el cual contestó: No quiero ir. — Sin embargo, después, arrepintiéndose, fué (1). Y Jesús concluye: ¿Quién de los dos hizo la voluntad del padre? Le respondieron: El último. Jesús entonces aplicó la parábola al caso histórico: En verdad os digo que los publicanos y las meretrices os preceden a vosotros en el reino de Dios. Porque Juan vino a vosotros en camino de justicia y no creisteis en él, mientras los publicanos y las meretrices creyeron en él. Y vosotros, después de haber visto, ni siquiera después os arrepentisteis de suerte que creyeseis en él (Mateo, 21, 31-32). Así, pues, los contumaces escribas y fariseos quedaban parangonados a aquel hijo que en palabras obedecía, pero en hechos era rebelde, mientras la hez de la nación electa, es decir, publicanos y meretrices, aunque habían indudablemente pecado, rectificaban después al aceptar la misión de Juan el Bautista, imitando así al hijo rebelde primero y obediente después.

Entre los dos hijos, el que después de obrar mal «cambia de mente» y pasa a hacer el bien, es preferible a aquel que no se decide nunca a hacer el bien, aunque declarándose siempre pronto a hacerlo.

PARÁBOLA DE LOS VIÑADORES HOMICIDAS

513. La precedente parábola había sido una sentencia reprobatoria para aquellos que se tenían por los guías y los más insignes representantes de la nación elegida; pero Jesús añadió una parábola más, igualmente reprobatoria, en que quiso resumir toda la historia de Israel cotejada con la economía preestablecida por Dios respecto a la salvación humana. La ense-

⁽¹⁾ Muchos documentos antiguos, comprendida la Vulgata, invierten las dos partes, poniendo primero al hijo que primero rehusa y luego obedece, y en segundo lugar al falso obediente.

ñanza velada en esta nueva parábola era igual a la comunicada por Jesús pocas horas antes, con la acción simbólica de maldecir y secar la higuera. La imagen empleada en la parábola había sido empleada ya siete siglos atrás, y con el mismo objeto, por el profeta Isaías, de modo que Jesús enlazaba una vez más su misión con la de los antiguos profetas y a la vez hacía facilísima la interpretación de su parábola.

Isaías (5, 1 y sigs.) había descrito en su célebre poema una viña a la que había dedicado el dueño los más amorosos cuidados, eligiendo para plantarla un terreno fértil, limpiándolo de piedras, plantando cepas escogidísimas, construyendo en torno un muro de protección y dentro una torre de custodia, con su lagar abajo. Pero con todo, aquella viña se obstinaba en producir agraz en vez de uvas dulces. La explicación añadida a la alegoría aclaraba que la viña ingrata era la nación de Israel, y su dueño el Dios Yahvé Sebaoth, quien, exacerbado por la esterilidad de la viña, había derribado el muro, abandonándola a la devastación y dejando crecer en ella cardos y espinas.

Esta imagen fundamental, recogida por Jesus, fué ampliada y precisada por él con lo que había sucedido en los siete siglos transcurridos desde Isaías hasta él.

Había un hombre, amo de casa, el cual plantó una viña y la circundó de una tapia, y excavó en ella un lagar, y construyó una torre, y la cedió a viñadores y partió para el extranjero. Cuando luego se acercó el tiempo de los frutos, envió sus siervos a los viñadores para coger sus frutos, y los viñadores, cogiendo a los siervos de él, golpearon a uno, mataron a otro y a otro lapidaron. Nuevamente envió otros siervos, en mayor número que los primeros, y (los viñadores) les hicieron igual. Al fin envió a su hijo, diciendo: «Tendrán respeto para con mi hijo». Empero los viñadores, viendo al hijo, dijeron entre sí: «Este es el heredero. Matémosle y tendremos su heredad». Y cogiéndole (le) echaron fuera de la viña y (le) mataron. Cuando luego llegue el señor de la viña, ¿qué hará a aquellos viñadores? Dícenle: «Pues son) malos, de mal fin les hará perecer y cederá la viña a otros viñadores, los cuales le entregarán los frutos en sus estaciones» (1). Díceles Jesús: «¿No leisteis nunca en las Escrituras:

Una piedra que desecharon los constructores convirtióse en cabeza de ángulo.

Del Señor procede esta cosa y es admirable a nuestros ojos?

(Salmo 118, 22-23 hebr.)

⁽¹⁾ Este pasaje se presenta en Lucas (20, 15-16) con variantes notables: ¡Qué hará, pues, a aquéllos el señor de la viña? Vendrá y hará perecer estos viñadores y dará la viña a otros. — Empero, oyendo esto, dijeron: «¡No sea (asi)!» Nótese en especial la última exclamación, que muestra que los oyentes habían comprendido muy bien la alusión histórica de las palabras precedentes.

Por esto os digo que os será quitado el reino de Dios y será dado a nación

que haga los frutos de él» (Mateo, 21, 33-43) (1).

No era necesaria la pericia de los fariseos en las Sagradas Escrituras. ni su conocimiento de la historia religiosa de su nación para comprender en el acto que la viña era Israel, el dueño Dios y los siervos muertos o maltratados los profetas, cuyas muertes violentas constituían un ininterrumpido necrologio a lo largo de las páginas de la Escritura. Pero a esta parte referente al pasado, Jesús había añadido, a guisa de conclusión, una parte referente al futuro: aquella donde decía que hasta el mismo hijo, enviado últimamente por el dueño de la viña, había sido maltratado y muerto. Con toda evidencia, el orador, en aquel pasaje, se mencionaba a sí mismo, proclamándose de modo implícito hijo de Dios y acusando del delito por adelantado a los futuros culpables. Todo era de una claridad y precisión que no dejaba lugar a equívocos. Y el resultado de esta perfecta comprensión estuvo en armonía con el estado de ánimo de los oventes: Habiendo oído los sumos sacerdotes y fariseos sus parábolas, conocieron que de ellos hablaba, y buscando apoderarse de él tuvieron miedo de las turbas, porque éstas le consideraban profeta.

EL TRIBUTO AL CÉSAR

514. Así, pues, también esta vez el favor popular funcionó como obstáculo protector de Jesús frente a los notables judíos. Y éstos, ardiendo de impaciencia de concluir la lucha que se prolongaba, reñidísima, desde hacía demasiado tiempo, resolvieron rodear aquel fastidioso obstáculo, comprometiendo a Jesús de tal modo que el favor del pueblo no pudiese salvarle.

Tras breve consejo sobre lo que procedía hacer (Mateo, 22, 15), los fariseos enviaron a Jesús algunos de sus discípulos, en unión de varios herodianos (§ 45), para proponerle, en público y de modo que la multitud escuchase, una pregunta particular. La presencia de los herodianos inducía ya a pensar que se trataba de una cuestión política, es decir, de un argumento que Jesús había siempre evitado. Los emisarios se acercan llenos de afectado respeto, como si no tuviesen ninguna relación con los precedentes interlocutores y viniesen de otro lugar, y untuosamente dicen a Jesús: Maestro, sabemos que eres veraz y enseñas el camino de Dios con verdad, y no tienes cuenta de nadie, porque no eres aceptador de personas. Dinos, pues, qué te parece: jes lícito dar censo a César o no? (Mateo, 22, 16-17). La pregunta, como advierte el evangelista, era un hábil ardid. Si Jesús respondía que era lícito dar tributo, se atraería el odio del pueblo, porque quien figuraba como Mesías y héroe nacional no habría podido nunca declarar lícito el reconocer una autoridad política

⁽¹⁾ Después de la cita del Salmo, el paralelo Lucas (20, 18) añade únicamente: Quien quiera que caiga sobre aquella piedra será destrozado y sobre quien caiga lo triturard. Este pasaje se contiene también en muchos códices de Mateo.

extranjera y pagarle un tributo, cualquiera que fuese. Y si Jesús respondía que era ilícito, semejante declaración bastaba para denunciarle al procurador romano como rebelde e instigador de motines, tanto más cuanto

que la gran rebelión de Judas el Galileo, ocurrida treinta años antes, había tenido por causa el censo romano, íntimamente relacionado con el pago del tributo (§ 43). Los fariseos, hombres expertos, encontraban que el dilema era rigurosamente cornudo y que Jesús había de caer en una de las dos alternativas. Probablemente esperaban que declarase ilícito el pago del censo, y en tal caso la inmediata denuncia presentada por los testigos herodianos habría hecho peso en el procurador de Roma.

Pero fallaron las previsiones, y el dilema se volvió contra los interrogadores, ya que Jesús dijo: ¿Por qué me tentáis, hipócritas? Mostradme la moneda del censo. Le fué llevado un de-



Fig. 91. — Anverso y reverso de un denario de plata del emperador Tiberio.

narius romano de plata, que servía de moneda corriente para el pago de impuestos y estaba acuñado fuera de Palestina en razón a ser de metal precioso y llevar estampada una efigie humana, mientras las monedas acuñadas en territorio judaico eran solamente de bronce y no ostentaban efigie humana alguna, por respeto a la conocida prescripción del judaísmo (§ 23). Si el denarius llevado a Jesús era, como parece bastante probable, el de Tiberio, reinante entonces, ostentaría en el anverso la imagen del emperador coronado y en torno a ella la inscripción: TI.(berius) CÆSAR DIVI AUG.(usti) F.(ilius) AUGUSTUS.

Algo extraña parecía la demanda de Jesús de que le enseñasen la moneda del censo como si no la hubiese visto jamás, pero aun mayor extrañeza produjo la pregunta que hizo cuando tuvo la moneda ante los ojos: ¿De quién es esta imagen e inscripción? ¿Cómo? ¿No lo sabía?

Hasta al último muchacho de Palestina le constaba que efigie y nombre eran del emperador que moraba en Roma, mandando en el mundo entero y—por desgracia—también sobre Jerusalem. Maravillados de aquella ignorancia, contestaron: De César. Pero la ignorancia era del género de la ya usada por Sócrates en su método interrogativo, ignorancia que miraba a hacer enunciar una determinada verdad al interrogado. Obtenida la respuesta de que nombre y efigie eran de César, Jesús había logrado cuanto quería, y entonces concluyó: Devolved, pues, a César lo que es de César y a Dios lo que es de Dios. La conclusión se desprendía, con lógica rigurosa, de la respuesta de los fariseos. ¿Era de César aquella moneda? Pues que la diesen a César, ya que por el mero hecho de que aceptaban la moneda y se servían de ella corrientemente mostraban aceptar la soberanía de quien la había acuñado (1). Y así quedaba resuelta la cuestión política sin que Jesús entrara en el evitado campo político, sólo en virtud de la confesión de que la moneda era de César.

Pero afirmando sólo el deber hacia César, la cuestión no quedaba resuelta del todo según Jesús. Su misión tendía al reino de Dios, no al de uno u otro César, y así, cuando los hombres hubiesen dado al respectivo César lo que le correspondía, sólo habrían cumplido una parte, y no la principal, de su deber. Por ello, Jesús añade a la prescripción de devolver a César, la de devolver a Dios, y la añade como elemento, no sólo integrante de toda la respuesta, sino también roborativo de la primera prescripción. Jesús no conoce personalmente a ninguno de los Césares de este mundo, y no sabe si se llaman Augusto, o Tiberio, o Herodes Antipas, ni aún Poncio Pilatos. Sólo le consta que están investidos de una autoridad que debe ser respetada. ¿Por qué esa sumisión al César? Precisamente en virtual de la sumisión a Dios.

Los debetes con el César forman sólo un plano del gran cuadro en que Jesús contempla el reino de Dios. Quien pertenece al reino de Dios, que cumpla, en fuerza de esa pertenencia, sus deberes hacia el César; pero en seguida, una vez que haya cumplido con el César, elévese a los planos superiores y campee en los dominios imperecederos del Padre celestial.

LOS SADUCEOS Y LA RESURRECCIÓN

515. La insidiosa pregunta en torno al tributo a César había terminado con una derrota de los fariseos interrogadores, los cuales, habiendo oído, quedaron maravillados, y, dejándole, se fueron (Mateo, 22, 22).

En esta derrota se complacieron sus rivales, los saduceos, los cuales entraron entonces en el palenque para intentar por su cuenta otro ataque; éste se refería al tema de la resurrección de los cuerpos, tenazmente ne-

⁽¹⁾ Véanse las normas de los rabinos sobre este tema en Strack y Billerbeck, op. cit., vol. 1, págs. 884-885.

gada por los saduceos (§ 34) y objeto de viejas disputas entre los fariseos y ellos. Presentáronse, pues, a Jesús para someterle, no la cuestión abstracta de la resurrección, sino un caso concreto, uno de aquellos «casos» que hacían las delicias de las academias judías. Comenzaron por citar la ley del «levirato», en la cual Moisés prescribía que, de morir un hebreo sin dejar hijos, el hermano del muerto había de casarse con la viuda para procurar descendencia al difunto (Deuteronomio, 25, 5 y sigs.). Recordada esta ley, presentaron el «caso». Eran siete hermanos, el primero de los cuales había muerto sin dejar hijos, de modo que el segundo hermano se había casado con la viuda del primero, pero muerto también éste sin hijos, la viuda hubo de casarse con el tercero, y otro tanto sucedió con todos los sucesivos hermanos hasta el séptimo, tras el cual murió también la mujer. Ahora — preguntaban los saduceos —, ¿de quién sería esposa aquella mujer cuando resucitase a la vez con todos los otros siete? Porque todos tendrían idéntico derecho sobre ella.

El caso era típicamente académico, pero en cuestión de embrollos y sutilezas íbase mucho más allá como aparece del siguiente «caso», conservado en el Talmud: Había trece hermanos y doce de ellos murieron sin hijos. Las doce viudas citaron entonces al hermano superviviente ante el rabino (Judas I, muerto a principios del siglo III), a fin de que con ellas se casase en consecuencia de la ley del «levirato». Pero el obligado declaró que no tenía medios económicos para mantener doce mujeres. Ellas, entonces, todas de acuerdo, declararon que cada una proveería al sustento durante un mes al año, lo que hacía doce meses. El futuro marido de las doce aspirantes hizo cautamente observar que en el calendario hebreo los meses del año eran a veces trece, lo que sucedía cada tres años, en que se intercalaba un décimotercero mes para igualar el año lunar oficial con el año solar. El generoso rabino repuso que, en caso de mes intercalado, él atendería a los gastos del mes. Y así sucedió. A los tres años, las doce esposas en segundas nupcias se presentaron en casa del rabino llevando treinta y seis niños entre todas, y el rabino les mantuvo a todos por aquel mes (1).

516. Los saduceos que propusieron su «caso» a Jesús, no se interesaban por asuntos económicos, sino por aquella resurrección. Según ellos, el caso propuesto demostraba que la resurrección era imposible, ya que al renacer aquella mujer renacería esposa a la vez de los siete resucitados maridos, lo que era manifiestamente necio y absurdo. Si Jesús trataba, pues, de defender aquella imposible resurrección, al querer resolver el caso propuesto caería en un embrollo de ridiculeces que le dejarían desacreditado ante la multitud.

Este modo de razonar presuponía un concepto de la resurrección muy material y craso, siendo por tal razón rechazado por los saduceos, en tanto que entre los fariseos era predominante, si bien no universal. Semejante

⁽t) En Strack y Billerbeck, op. cit., vol. 111, pág. 650.

concepto consideraba la resurrección como el despertar de un durmiente, quien, una vez despierto, se hallase en la misma condición que antes de dormirse. De aquí que a los resucitados se les atribuyeran las antiguas facultades de comer, beber, dormir, engendrar, etc., creyéndose incluso oportuno que estas facultades fuesen aumentadas y reforzadas, al punto de que cincuenta años después de Jesús el autorizado Rabban Gamaliel sentenciaba que en la vida futura las mujeres darían a luz a diario, como las gallinas (1).

Jesús, cortando en seco tan pueriles fantasías, contesta: Erráis, porque no sabéis las Escrituras ni la potencia de Dios. Pues en la resurrección (los resucitados) no desposan ni son desposados, sino son como ángeles en el cielo. Los resucitados serán, pues, los mismos hombres de antes, pero no en las mismas condiciones de antes: su nueva condición será como la de los ángeles en el cielo. Jesús continuó: Acerca de la resurrección de los muertos, ino leisteis lo que os fué dicho por Dios, diciendo: «Yo soy el Dios de Abraham, y el Dios de Isaac, y el Dios de Jacob»? (Exodo, 3, 6).

No es Dios de muertos, sino de vivos.

El pasaje citado por Jesús pertenecía a la Torah, única escritura sagrada aceptada por los saduceos (§ 31), y tal parece ser la razón, como ya observara San Jerónimo, de que Jesús, prescindiendo de otros pasajes de las Escrituras que atestiguan más claramente la fe en la resurrección de los muertos, argumente con ese pasaje que, a diferencia de los demás, no podía ser refutado por los saduceos. En todo caso, la argumentación es conducida según los mérodos de las escuelas rabínicas y presupone el patrimonio ideal del hebraísmo: el Dios de los patriarcas hebreos es Dios, no de muertos, sino de vivos; por tanto aquellos patriarcas viven incluso después de su muerte corpórea y su resurrección es testimoniada por las Sagradas Escrituras.

EL MÁXIMO MANDAMIENTO. EL MESÍAS HIJO DE DAVID

517. La alternativa de fariseos y saduceos continuó aún en aquel día, trabajosísimo para Jesús. La contestación dada a los saduceos agradó a uno de los escribas, presente a la discusión, el cual, por ello, adelantándose, propuso a Jesús una pregunta que correspondía muy bien a los métodos rabínicos: ¿Cuál es el primer mandamiento de todos? (Marcos, 12, 28), o, como refiere Matco (22, 36): ¿Cuál mandamiento (es más) grande en la Ley? De hecho, la Ley escrita, es decir, la Torah, contenía, según los rabinos, 613 preceptos (§ 30), 248 de los cuales eran positivos, puesto que ordenaban determinadas acciones, y 365 negativos, ya que prohibían hacer algunas otras. Unos y otros dividíanse en preceptos «ligeros»

⁽¹⁾ En Strack y Billerbeck, op. cit., vol. 1, p. 889, donde se hallarán otros testimonios más crudos.

y preceptos «graves», según la importancia que se les atribuía. Ahora bien, entre todos aquellos preceptos podía existir también una especie de jerarquía y entre los «graves» podía haber uno gravísimo, que superase en importancia a todos los demás. Esto era precisamente lo que aquel escriba quería saber de Jesús.

La contestación de Jesús fué la ya dada al doctor de la Ley para el que fué pronunciada la parábola del buen samaritano: Jesús recitó el principio del Shěma' (§ 438): El primer (mandamiento) es: «Escucha, Israel: Nuestro Señor Dios es Señor único; y amarás al Señor Dios con todo tu corazón, y con toda tu alma, y con toda tu mente». (El) segundo (es) este: «Amarás a tu prójimo como a ti mismo». No hay otro mandamiento mayor que éstos. En rigor el escriba había preguntado sólo por un mandamiento, el máximo entre todos, mientras Jesús contestó recitando el mandamiento del amor de Dios. Pero como si tal mandamiento no fuese por sí solo íntegro y completo, al menos en el campo práctico, añadió el otro del amor al prójimo. Ambos preceptos, que se enlazan el uno con el otro, forman para Jesús el «máximo» mandamiento.

Iguales ideas había expresado ya en el Sermon de la Montaña

 $(\S\S 327, 332).$

El escriba aprobó cordialmente la respuesta de Jesús, opinando por su parte que el doble amor de Dios y del prójimo valía más que todos los holocaustos y sacrificios del Templo. En premio de esta réplica, Jesús le dijo: No estás lejos del reino de Dios. Sólo le faltaba, en efecto, creer en la misión de Jesús, a imitación de Pedro, Juan y tantos otros. Ignoramos si esto sucedió después o no.

Tras esta discusión, concluída con el acuerdo de los dos, se nos dice

que ninguno más osaba interrogarle (Marcos, 12, 34).

Pero Jesús vino por su parte al desquite. Acercándose dentro del Templo mismo a otro grupo de fariseos, entabló una discusión respecto al Mesías: ¿De qué linaje descendería el Mesías? ¿De quién sería hijo?

Los interrogados, de acuerdo con toda la tradición hebrea, respon-

dieron: De David.

Jesús entonces hizo observar que, en la Sagrada Escritura, el mismo David, cuyo nombre figura en la inscripción que encabeza el Salmo 110 hebreo (Vulg. 109), se expresa así:

Oráculo de Yahvé a mi Señor:

«Siéntate a mi derecha
hasta que yo ponga a tus enemigos

(como) escabel de tus pies».

Fundándose en este pasaje, Jesús argumentó: Sì, pues, David le llama «Señor», ¿cómo es hijo de él?

La fuerza del alegato reposaba en dos puntos admitidos por los fariseos: en primer lugar, que en el Salmo hablaba David, como lo deno-

taba la inscripción; en segundo, que el Salmo trataba del futuro Mesías, como resulta del vasto empleo en este sentido que se hace en el Nuevo Testamento (más de quince veces) y que presupone el asenso de la parte adversaria.

¿Por qué, pues, David llamaba «Señor» al futuro Mesías, que debía ser su descendiente? Ello demostraba, según Jesús, que el Mesías era algo más que un mero «hijo de David» y que encerraba en sí aquellas cualidades que le hacían más que Jonás y más que Salomón (§ 446) y también más que David. Pero Jesús quería obtener de los fariseos la explicación de la aparente incongruencia. Aquellos fariseos no pudieron responder nada.

Más adelante, es decir, desde el siglo II, los rabinos resolvieron la cuestión sosteniendo que el Salmo no se refería al Mesías, sino a otro personaje, que por lo común se suponía ser Abraham, a veces el propio David (!) y otras, según la aislada noticia de Justino (Dial. cum Tryph.,

33 v 83), el rey Ezequías.

Esta mutación de referencia fué motivada sin duda por la polémica anticristiana (1).

EL «ELENCHOS» CONTRA ESCRIBAS Y FARISEOS. LA OFRENDA DE LA VIUDA

518. Los antiguos griegos habían llamado elenchos aquella parte de la oración forense en que, exponiéndose las acusaciones aducidas contra el adversario, se las apoyaba con las correspondientes pruebas. Se trataba, pues, de una censura demostratoria del deshonor ajeno. Ya en los tiempos homericos elenchos significaba tanto «censura» como «deshonor».

En aquel borrascoso martes empleado por Jesús en gran parte en batallar contra escribas y fariseos, no podía faltar un elenchos contra sus adversarios que resumiese e integrase las acusaciones formuladas anteriormente. Los tres Sinópticos refieren en este día tal requisitoria de Jesús, pero con las divergencias acostumbradas. Marcos (12, 38-40) es brevísimo, así como Lucas (20, 46-47), si bien éste ya había citado un amplio formulario de acusaciones en ocasión del convite ofrecido a Jesús por el fariseo (§ 447). En cambio, Mateo (cap. 23) se extiende muchísimo, incorporando casi todo el formulario de Lucas y acrecentándolo con otras acusaciones. Es probable que Mateo, como ya hiciera en el Sermón de la Montaña (§ 317), reúna aquí por motivos redaccionales algunas sentencias de Jesús pronunciadas ocasionalmente en otros momentos, conclusión sugerida también por el examen literario del elenchos, dividido simétricamente en tres partes (23, 1-2; 23, 13-32; 23, 33-39). No obstante, la colocación de Mateo es en conjunto preferible a la de Lucas, y el núcleo principal del discurso

⁽¹⁾ Textos rabínicos en Strack y Billerbeck, op. cit., vol. IV, págs. 452-465.

debió ser pronunciado por Jesús precisamente en este momento final de su vida, como además confirman vagamente los otros dos Sinópticos.

Reproducimos aquí integramente el elenchos de Mateo remitiéndo-

nos para sus partes ya examinadas a cuanto dijimos anteriormente.

En la cátedra de Moisés se sentaron los escribas y los fariseos. Haced, pues, y observad las cosas que os digan; empero no hagáis conforme a sus obras, porque (ellos) dicen y no hacen. Atan cargas pesadas y las imponen sobre las espaldas de los hombres, mas ellos con su dedo no quieren moverlas. Hacen todas sus obras para ser mirados por los hombres. Por eso ensanchan sus «filacterias» y agrandan sus franjas, y aman el primer diván en los festines y los primeros asientos en las sinagogas, y los saludos en las plazas, y el ser llamados «Rabi» por los hombres. Empero vosotros no os dejeis llamar «Rabi», porque sólo uno es vuestro maestro y todos vosotros sois hermanos. Y no llaméis (a nadie) «padre» vuestro sobre la tierra. Porque sólo uno es vuestro padre: el celestial. Ni os dejeis llamar «directores» (1297/1721), porque director vuestro es uno sólo: el Cristo. Y quien de vosotros es mayor, será vuestro servidor, y quien se ensalce será humillado y quien se humille será ensalzado. En esta primera parte de su discurso, Jesús describe los rasgos característicos de los fariseos, y por ello repite algunos trazos de sus precedentes discusiones con ellos. Hablando en este caso a la multitud del Templo pasa en seguida a exhortarla a fin de que las características farisaicas no sean imitadas y se haga precisamente lo contrario a ellas. La vanagloria de los fariseos se ejercitaba, entre otras cosas, en las filacterias (těphillīn, o, más raramente, tōtāphōth), que consistían en unas capsulitas, donde iban arrolladas tiras de pergamino en que estaban escritos algunos pasajes de los libros sacros (Exodo, 13, 1-10, 13, 11-16; Deuter., 6, 4-9; 11, 13-21). Durante la plegaria, el israelita se aplicaba (y se aplica aún) las tiras sobre la frente y el brazo izquierdo, significando seguir así literalmente la prescripción contenida en Deuter., 6, 8 (com. c. Exodo, 13. 9). Los vanidosos se procuraban tiras más amplias y vistosas, para impresionar más, y otro tanto hacían con las franjas del vestido (sisijjōth), que tenían también un significado religioso y eran usadas incluso por Jesús, como vimos ya (§ 349).

519. La segunda parte del discurso constituye el verdadero elenchos: ¡Ay de vosotros, escribas y fariseos, hipócritas! Porque cerráis el reino de los cielos ante los hombres, en realidad no entráis vosotros ni dejáis entrar a quienes vienen a entrar (1).

¡Ay de vosotros, escribas y fariseos, hipócritas! Porque recorreis mar

⁽¹⁾ Aquí debiera seguir el vers. 14: ¡Ay de vosotros, escribas y fariseos, hipócritas! Porque devordis las casas de las viudas y en apariencia orais largamente. Por esto recibiréis más copioso juicio. Pero este octavo ¡Ay! está excluído concordemente de las ediciones críticas, como procedente de Marcos, 12, 40.

y tierra para hacer un solo prosélito y cuando se ha convertido lo haceis

hijo de Genna doblemente que vosotros.

¡Ay de vosotros, guías ciegos que decís: «Quien ha jurado por el santuario, nada es, pero quien haya jurado por el oro del santuario está obligado»! Estultos y necios, ¡qué es mayor? ¡El oro o el santuario que ha santificado el oro? Y (decís también): «Quien haya jurado por el altar, nada es, pero quien haya jurado por la ofrenda que (está) sobre aquél está obligado». ¡Ciegos! ¡Qué es, pues, mayor: la ofrenda o el altar que santifica la ofrenda? Quien, pues, ha jurado por el altar, jura por él y por todas las cosas que (están) sobre él, y quien ha jurado por el santuario, jura por él y por quien lo habita, y quien ha jurado por el cielo, jura por el trono de Dios y por quien está sentado en él (1).

¡Ay de vosotros, escribas y fariseos, hipócritas! Porque pagáis la décima de la menta, y del hinojo, y del comino, y dejáis las cosas más graves de la Ley: el juicio y la misericordia y la fe. Estas cosas había que hacer y no descuidar aquéllas. ¡Guías ciegos, que filtráis el mosquito y os tragáis

el camello!

¡Ay de vosotros, escribas y fariseos, hipócritas! Porque limpiáis el exterior de la copa y del plato mientras lo interior está lleno de rapiña y desenfreno. Fariseo ciego, limpia primero el interior de la copa, a fin de que quede limpio también el exterior de ella.

Ay de vosotros, escribas y fariseos, hipócritas! Porque sois semejantes a sepulcros blanqueados, que por fuera parecen bellos y por dentro están llenos de huesos de muerto y de toda impureza. Así vosotros también en lo externo pareceis justos a los hombres y en el interior estáis colmados de

hipocresia e iniquidad.

¡Ay de vosotros, escribas y fariseos, hipócritas! Porque construís sepulcros a los profetas y embellecéis las tumbas de los justos, y exclamáis: «Si hubiésemos estado en los días de nuestros padres no habríamos sido cómplices suyos en la sangre de los profetas». Así que testimoniáis ante vosotros mismos que sois hijos de quienes mataron a los profetas. Y vosotros colmáis la medida de vuestros padres.

El elenchos ha denunciado los hechos. Tal denuncia servía ya de prueba, porque todos los oyentes sabían por experiencia que los hechos mencionados respondían a la realidad. Cuarenta años más tarde, después de la catástrofe del 70, el estado de cosas había de cambiar un poco, ya que los fariseos quedarían como guías únicos e indiscutidos de los restos de la nación y multiplicarían a placer sus normas y prescripciones, pero renun-

⁽¹⁾ Que los judíos solían recurrir a sutiles distinciones y reservas en sus juramentos se desprende también de un obsceno epigrama de Marcial (XI, 95), dirigido a un poeta judío, que era Solymis... natus in 1psis. He aquí los dos versos finales del epigrama:

Ecce negas, iurasque mihi per templa Tonantis: non credo: iura, verpe, per Anchialum.

El presunto dios Anchialus es probablemente lo que un oído romano lograba percibir de una fórmula hebrea de juramento ('im...hai-'el).

ciarían también del todo al afanoso proselitismo aludido por Jesús algunos de cuyos resultados ya vimos entre los griegos (§ 508).

520. Al anuncio de que los fariseos han colmado la medida de sus padres, sigue la lamentación, como en el procedimiento forense seguía la pena a la demostración del delito. Y esto forma la tercera parte del discurso:

Serpientes, raza de víboras: ¿cómo huiréis del juicio de la Geenna? Por esto he aquí que yo envío a vosotros profetas, y sabios, y escribas, y de ellos mataréis y crucificaréis, y de ellos azotaréis en vuestras sinagogas (§ 64), y perseguiréis de ciudad en ciudad, para que caiga sobre vosotros toda la sangre justa vertida sobre la tierra, desde la sangre de Abel, el justo, hasta la sangre de Zacarías, hijo de Baraquías, a quien matasteis entre el santuario y el altar. En verdad os digo que vendrán todas estas cosas sobre esta generación. ¡Jerusalem, Jerusalem, que mata a los profetas y lapida a los a ella enviados! ¡Cuántas veces quise juntar a tus hijos como una gallina junta los polluelos bajo las alas, y no quisiste! He aquí os es dejada vuestra casa desierta. Porque os digo (que) no me vereis desde ahora hasta que digáis: «¡Bendito sea el que viene en el nombre del Señor!»

Esta última parte, más que una amenaza, es, en realidad, una lamentación. Jesús lamenta que sus repetidos esfuerzos para salvar ciudad y nación hayan sido frustrados y que todo el edificio construído poco a poco por Dios para la salvación de Israel sea demolido poco a poco por la dureza de corazón de los hombres. Lo sucedido en el tiempo de la Ley, cuando los profetas de Yahvé terminaban siendo lapidados, ocurrirá también en el tiempo del Mesías, cuyos enviados morirán de manera análoga, y ello de tal modo, que el peso de todos los delitos, incluso los más antiguos, recaerá sobre aquellos que consumen el último delito, porque éstos son los que demuelen el último cimiento del edificio de Dios y, colmando la medida, atraerán sobre sí la venganza total. Trátase, pues, de una amenaza saludable, de un último grito de angustia para que los ciegos guías de la nación electa se detengan al borde del abismo.

De los antiguos delitos sólo dos son recordados nominalmente: la muerte de Abel y la de Zacarías, probablemente por ser narradas, la una al principio del primer libro de la Biblia hebraica, que es el Génesis (4, 8) y la otra al final del último libro, que son las Crónicas (II Cron., 24, 20-22).

Antigua es la dificultad ofrecida por el apelativo paterno de Zacarías, llamado aquí hijo de Baraquías, mientras en las Crónicas se le denomina hijo de Yoiada, en tanto que, por el contrario, aparece como hijo de Baraquías el profeta Zacarías (Zac., 1. 1,7), que es persona muy distinta del Zacarías aquí recordado. Es, sin embargo, notable que el apelativo paterno falte en el pasaje paralelo de Lucas (11, 51) y también en el muy autorizado códice Sinaítico de Mateo, lo que puede hacer sospechar que hijo de Baraquías sea una antigua glosa que se deslizase en el texto

griego, pero faltara en el original semítico de Mateo (§ 121), a no ser que

la divergencia se funde en otras razones que desconozcamos (1).

Los dos únicos Sinópticos que reproducen este apóstrofe de Jesús a Jerusalem muestran con esto mismo conocer las reiteradas tentativas de Jesús para salvar la capital y por tanto sus repetidos viajes a ella, aunque estos viajes sean objeto del relato de Juan y no de los Sinópticos. De modo que la tradición Sinóptica conoce implícitamente la de Juan aun cuando no la utilice (§ 165).

521. Con esta apelación angustiosa y amenazadora, terminan las tentativas de Jesús. Cuando se produzca la postrera repulsa y se consume el postrer delito, su casa les será dejada desierta, privada de la ayuda de aquel a quien han rechazado. Y no volverán a verle más sino cuando, en un futuro remotísimo, la descarriada nación rectifique su error y busque al rechazado:

Una voz se oye en las desnudas colinas: el llanto suplicante de los hijos de Israel, que extraviaron su camino, olvidaron a Yahvé, su Dios.

Días serán aquellos en que:

No se exclamará más:

«¡Oh, arca de la alianza de Yahvé!»

No estará (más) en el corazón, no se pensará en ella,

no será plañida ni construída ya más.

Entonces se dirigirá una exhortación a los extraviados:

Volved, joh, hijos rebeldes!
Yo curaré vuestras rebeliones.

Y ellos contestarán:

He aqui que volvemos a ti, porque tú eres Yahvé, nuestro Dios... En verdad, en Yahvé, nuestro Dios, está la salvación de Israel. (Jeremías, 3, 16... 23, con inversiones.)

⁽¹⁾ Se ha pensado que el padre de este Zacarías tuviese los dos nombres de Baraquías y Yoiada, y, en efecto, una antigua anotación añadida a un códice advierte que aquel hombre era διώνυμος, o sea «de doble nombre»; pero tal hipótesis es una evidente petitio principii, porque se funda sobre esa dualidad de nombres, que es precisamente la dificultad a explicar. Respecto a la hipótesis reciente, no menos infundada, y además tendenciosa, que supone que se alude al Zacarías hijo de Baris que fué muerto por los zelotas en el Templo entre los años 67-68, durante la guerra romana, véanse las notas a mi traducción de Flavio Josefo, Guerr. jud., IV, 335-344 (vol. III, pág. 174-176).

Esta visión del antiguo profeta es contemplada nuevamente por Jesús, pero sobre el fondo de un tiempo del todo nuevo y aun más remoto, el de la parusia final. Entonces Israel, reconciliado con el Mesías a quien rechazó, podrá verlo nuevamente porque irá a su encuentro entre las aclamaciones que le fueran dirigidas en su breve triunfo de dos días antes: ¡Bendito sea el que viene en el nombre del Señor! (§ 504).

Algunos años más tarde, el fariseo Pablo de Tarso, convertido en

«esclavo del Cristo Jesús», contemplará él también el remotísimo tiempo en que sus compatriotas, entonces ciegos, recobrarán la vista y así todo

Israel será salvado (Romanos, 11, 25-26).

Tras el elenchos contra escribas y fariseos, asistimos a una humilde y nobilisima escena que es precisamente la oposición al mundo espiritual de escribas y fariseos. La escena es descrita por Lucas (21, 1-4) y más vívidamente aún por Marcos (12, 41-44), mientras Mateo, inesperadamente, la omite. Quizá se trate de un elemento de la categuesis de Pedro, transmitido a Lucas a través de Marcos.

522. Aquel martes había transcurrido casi del todo. Jesús, concluída la triste lamentación contra sus adversarios, entró en las partes interiores del Templo, llegando hasta el «atrio de las mujeres», donde se sentó frente a la contigua sala del Tesoro (§ 47). En la entrada de esta sala había colocadas, a fin de recoger las ofrendas, trece cajas llamadas «trompas» por la forma alargada de su embocadura, en la cual se depositaban las monedas. En ocasión de las grandes fiestas, como estas pascuales, las ofertas eran numerosísimas, porque muchos peregrinos aprovechaban el viaje para pagar el tributo prescrito con destino al Templo (§ 406) y todos en general depositaban oblaciones espontáneas. Por ello, había algunos sacerdotes de guardia junto a las cajas, a fin de certificar el pago del tributo y vigilar el regular desarrollo de las operaciones.

Jesús, sentado enfrente, miraba. Llegábanse a las cajas muchos ricos y depositaban con gran ostentación puñados de monedas, seguros de ser así apreciados, no sólo por los hombres, sino también por Dios. En medio de ellos, sin que nadie la advirtiese ni reparara en ella, llegó una pobre y arrastrada viuda, que dejó caer en la caja solamente dos moneditas (λεπτό), que es (un) cuadrante (§ 133), lo que no valía ni siquiera dos céntimos (1). Entonces Jesús, llamando a si sus discipulos, les dijo: «En verdad os digo que esa viuda, pobre, depositó más que todos aquellos que echan en el tesoro. Porque todos echaron (sacándolo) de lo que les sobraba; y ésta (sacándolo) de su indigencia, depositó cuanto tenía, su subsistencia entera» (Marcos, 12, 43-44). Con esta observación, el maestro del espíritu se oponía a los maestros de la exterioridad, sus adversarios.

⁽¹⁾ Es inexacta, por lo tanto, la expresión usual óbolo de la viuda, si se toma óbolo en sentido literal, ya que el obolo valía ocho de aquellas moneditas.

EL DISCURSO ESCATOLÓGICO

523. Declinaba el día y Jesús se dispuso a salir del Templo y pernoctar fuera de la ciudad, como venía haciendo toda aquella semana (§ 510). Atravesando el «atrio de los gentiles» bordeó las construcciones inferiores que se elevaban a lo largo del valle del Cedrón ofreciendo un espectáculo de verdadera fuerza y magnificencia. Aquel espectáculo hizo acudir a la memoria de los discípulos que le seguían las últimas palabras pronunciadas poco antes por Jesús contra los fariseos, y que habían sonado como tétrica amenaza: He aqui os es dejada vuestra casa desierta. La primera v más amada casa de todo buen israelita era la casa del Dios Yahvé, el Templo de la ciudad santa y único del mundo. Aquel Templo no podía dejar de ser tan eterno como lo requería la fe común y como lo acreditaba la grandiosidad de su construcción. ¿En qué sentido, pues, había podido decir Jesús que aquella casa quedaría desierta? ¿Se relacionaba esta predicción con las demás angustiosas predicciones hechas antes por el Maestro?

Hubo algún discípulo que quiso sondear el pensamiento de Jesús y, como sin intención, se le acercó mientras la comitiva desfilaba a lo largo de las construcciones inferiores del Templo y comenzó a encomiar aquel gigantesco edificio en términos entusiásticos, ciertamente no desemejantes a los que se encuentran en las amplias descripciones de Flavio Josefo (Ant. jud., xv, 380-425; Guerr. jud., v, 184-226). Por lo demás, las alabanzas no eran exageradas, ya que, ateniéndonos a aquel testigo ocular, la parte del Templo que miraba al Cedrón y las mentadas construcciones inferiores presentaban el siguiente aspecto: El Templo inferior, en su parte más baja, hubo de apoyarse sobre muros de 300 codos (unos 150 metros) y en ciertos puntos más aún. Sin embargo, no se veía toda la profundidad de los cimientos, porque (los constructores) colmaron gran parte de los barrancos queriendo nivelar las callejuelas de la ciudad. En la construcción (de los cimientos) fueron (empleadas) piedras de 40 codos de tamaño (20 metros)... Las fábricas superiores eran dignas de tales cimientos. En efecto, todos los pórticos eran dobles y sostenidos por columnas de 25 codos de altura (12 metros y medio), que eran monolitos de mármol blanquisimo recubierto con entabladuras de cedro. Su magnificencia natural, su pulimentación y ajuste ofrecían un espectáculo admirable... (Guerr. jud., v, 188-191).

Pero las entusiastas palabras de los discípulos no lograron disipar las meditaciones de Jesús, quien sólo al cabo de un rato, alzando la cabeza y dirigiendo una mirada fugaz a las decantadas construcciones, repuso gravemente: ¡No veis todas estas cosas? En verdad os digo que no serd dejada aqui piedra sobre piedra que no sea destruida. Y se encerró de

nuevo en su meditativo silencio.

Los discípulos quedaron como fulminados por aquellas palabras; la



Fig. 92. — EL "Muro de las Lamentaciones", hoy inaccesible a los judíos, por hallarse en la parte vieja de Jerusai em, ocupada por Jordania

melancolía del Maestro se propagó a los discípulos, y la comitiva prosiguió el camino en silencio, atravesando el Cedrón y alcanzando la vertiente opuesta del monte de los Olivos. Cuando estuvieron en la cima del monte, Jesús se sentó de cara al Templo (Marcos, 31, 3) y permaneció mirándolo, callado. Diríase que era un piloto que desde la orilla contemplara la amada nave en que navegó largos años y que ha debido abandonar porque le consta que a los pocos instantes se hundirá para siempre.

Los desconcertados discípulos aprovecharon aquel reposo para insistir en el tema de antes y pedir al Maestro algunas aclaraciones sobre su sombría predicción. Le interrogaban en privado Pedro y Santiago, y Juan y Andrés, y Jesús les contestó con lo que es denominado comúnmente el «Discurso escatológico».

524. El discurso escatológico es referido sólo por los Sinópticos (Mateo, cap. 24; Marcos, cap. 13; Lucas, 21, 5-36). y con las acostumbradas divergencias que se encuentran entre ellos en otras partes. Además, Lucas ha anticipado ya en el capítulo 17 varios elementos de este discurso (§ 474 y sig.), y lo mismo en menor parte parece haber hecho Marcos

(10, 17-23). Es, pues, evidente también aquí la intervención redaccional de cada evangelista, que el lector moderno debe tener en cuenta para una

recta exégesis del discurso.

También es preciso tener presente otro hecho importante. Las tres respectivas redacciones del discurso en los Sinópticos dependen, como de costumbre, de las tres catequesis que representan (§ 110 y sigs.) y en consecuencia reflejan el animus Ecclesia. Ahora bien, tal animus, en el caso presente, se hallaba en condiciones de extrema delicadeza ya que estaba imbuído por la perplejidad y el anhelo dubitativo que muchos puntos del discurso habían suscitado en la mente de los primitivos cristianos, sin excluir a los evangelistas. Si se confronta la impresión que el discurso produce en un lector moderno con la impresión que causaba en los fieles de la primera generación cristiana, se admitirá sin vacilación que la justa interpretación del discurso es hoy más fácil que entonces. En realidad, el tiempo es con frecuencia óptimo coeficiente para una recta exégesis, y el lector de hoy, que tiene a su disposición veinte siglos de historia, puede comprender bien algunos puntos por lo menos del discurso escatológico, mientras que los primitivos cristianos carecían de tan preciosa avuda.

El discurso trata de dos grandes acontecimientos, ambos futuros en un tiempo más o menos remoto, pero idealmente conectados en cierto modo entre sí. Como futuros, aquellos sucesos estaban velados de misterio para quien había escuchado el discurso de boca de Jesús o de los apóstoles. Poco tiempo después, durante la primera generación cristiana, el menos remoto de los dos sucesos tuvo lugar y una parte del misterio quedó aclarada; pero, de rechazo, la otra parte se envolvió en una obscuridad todavía más ansiosa y palpitante. Puesto que se había realizado con puntualidad la primera predicción, que aparecía idealmente enlazada con la segunda, ¿no se produciría pronto la segunda también? ¿No era el primer acontecimiento precursor inmediato del segundo? Y sobre estas preguntas, los cristianos primitivos reflexionaron, con expectante inquietud, durante muchos años.

Hoy se reconoce concordemente que el primero de los dos hechos se produjo durante la primera generación cristiana, pero ya no se sienten las ansias de aquella generación respecto a la sucesión inmediata del hecho segundo. Veinte siglos de historia han atribuído su justo valor a las palabras de Jesús, que ponían entre los dos acaecimientos un intervalo de tiempo inconmensurable. Esclarecidos, pues, el suceso primero y el intervalo, la obscuridad se ha concentrado toda hoy en el segundo suceso, respecto al cual el lector moderno no duda menos que la primera generación cristiana, aunque se siente menos anheloso que aquélla.

Confrontando, pues, cuidadosamente entre sí las tres recensiones del discurso y también los pasajes paralelos solitarios, parece muy probable que su forma más antigua y menos sujeta a redacción fuera la transmitida por Marcos, es decir, la forma de la catequesis de Pedro (§ 128)

y siguientes). Tomando ésta por guía, sin perder de vista los demás testimonios, podemos resumir la substancia del discurso del modo que sigue.

525. La pregunta dirigida a Jesús por los cuatro discípulos en la cima del monte había consistido en estas palabras: Dinos, ¿cuándo serán estas cosas y cuál será el signo de que están para cumplirse (zviteheis 221) todas estas cosas? (Marcos, 13, 4). La expresión estas cosas se refiere la primera vez a la destrucción del Templo, del que Jesús había predicho que no quedaría piedra sobre piedra; pero la segunda vez tiene un significado ciertamente más amplio, y se refiere a la catástrofe ciertamente universal en la que debían concluir todas estas cosas, es decir, el «siglo» o mundo presente, como sugiere la voz cumplirse, típica cuando se trata de designar el fin del mundo (§ 638). Por lo demás, esto queda fuera de duda por el paralelo Mateo (24, 3), donde la pregunta de los discípulos reza así: Dinos, ¿cuándo serán estas cosas y cuál el signo de tu «parusia» y de la terminación (συντελείας) del «siglo»? Los discipulos, pues, al oír predecir a Jesús la destrucción del Templo, habían recordado las varias promesas hechas por él acerca de que el reino de Dios llegaría con potencia (§ 401) y que en la regeneración se sentaría el hijo del hombre sobre su trono de gloria (§ 486), así como las diversas alusiones de las parábolas, y lo fundían todo espontáneamente, considerando simultáneos, o al menos en inmediata concatenación, ambos sucesos, el de la destrucción del Templo y el de la parusia y fin del «siglo». Jesús, pues, había de contestar los dos puntos de la pregunta: cuándo se produciría la destrucción del Templo y cuándo el fin del mundo, debiendo, además, indicar los signos precursores de uno y otro acontecimientos.

Jesús comienza por poner en guardia a sus discípulos contra engañosas insidias, y de aquí que en la primera parte de su respuesta describa los signos que precederán a la destrucción del Templo (Marcos, 13, 5-23). Surgirán muchos predicadores embusteros jactándose de ser el Mesías e inducirán a muchos a error. Se producirán guerras, sediciones, terremotos y carestías en diversos lugares. Pero todo ello no (es) aún el fin, sino sólo el principio de los dolores (ἀρχή ωδίνων), porque la gran tribulación (9λτψις) descargará directamente sobre los discípulos de Jesús, que serán entregados a sanhedrines, sinagogas y gobernantes, serán azotados y encarcelados, sufrirán traición de sus más cercanos parientes y odio universal motivado por su fe. No obstante, es precisamente durante ese tiempo cuando a todas las gentes primero debe ser predicada la buena nueva. Finalmente, la «gran tribulación» entrará en su fase final: la abominación de la desolación predicha por Daniel (9, 27) se establecerá en el Templo, y Jerusalem será rodcada de ejércitos. Entonces, los discípulos que permanezcan fieles a Jesús deben huir para salvar la vida. Serán aquellos días de venganza para que se cumplan todas las cosas escritas en los libros sagrados (Lucas. 21, 22) y habrá tribulación como no ha habido semejante desde el principio de

la creación que creó Dios hasta ahora y no habrá (comp. c. Daniel, 12, 1), si bien su duración será abreviada para que se salven los elegidos (Mar-

cos, 13, 19-20).

Hasta aquí, según se habrá observado, el discurso no alude al tiempo. sino sólo a los «signos» de la «gran tribulación». Que ésta se refiere a la destrucción del Templo y de Jerusalem lo demuestran los términos empleados v es, además, confirmado por el hecho importante de que Flavio Josefo, al narrar el mismo hecho, emplea expresiones muy semejantes, diciendo: En realidad, las desventuras de todos los siglos me parecen quedar muy por debajo, comparadas con las de los judios (Guerra jud., 1, 12), y definiendo la guerra entre Roma y Judea como la más grande, no sólo de nuestra época, sino casi también de aquellas que oímos por fama haber estallado entre ciudad y ciudad o entre naciones y naciones (ibíd., 1, 1). No es obstáculo la condición de que, cuando se produzca la destrucción del Templo, a todas las gentes primero deba ser predicada la buena nueva. Otro tanto afirmaba, como cosa hecha, San Pablo, igualmente antes de la destrucción de Jerusalem (§ 401). Tal destrucción tuvo lugar dentro de los cuarenta años siguientes al discurso, o sea en el plazo de tiempo computado por los judíos como una «generación». Hallamos, en efecto, que Jesús, cuando termina de describir los signos y habla del tiempo, afirma: En verdad os digo que no pasará esta generación sin que todas estas cosas ocurran (Marcos, 13, 30).

526. Pasando ahora a las comparaciones históricas, hallamos que hacia el fin de aquellos cuarenta años previstos se desarrolló un período que un historiador romano que los conocía asaz bien definía como opimum casihus, atrox præliis, discors seditionibus, ipsa etiam pace sævum. Quatuor principes ferro interempti (Nerón, Galba, Otón y Vitelio). Trina bella civilia, plura externa ac plerumque permixta. La lista se prolonga minuciosamente, añadiendo: Præter multiplices rerum humanarum casus, cælo terraque prodigia et fulminum monitus et futurorum præsagia, para concluir con desconsolado pesimismo: Non esse curæ Deis securitatem nostram, sed ultionem (Tácito, Hist., 1, 2... 3). Por su parte, Flavio Josefo, ocupándose particularmente de Palestina, nos proporciona las noticias acerca de agitaciones internas y de la ebullición del mesianismo político, que recordamos ocasionalmente otras veces. La conclusión de todo fué la catástrofe del 70, donde perecieron Templo, capital y nación. Los discípulos de Jesús, durante aquella «gran tribulación», sufrieron dentro y fuera de Palestina las persecuciones que recuerdan los Hechos y otros escritos del Nuevo Testamento, así como los historiadores romanos, y que eran promovidas tanto por compatriotas y allegados como por paganos y extranjeros. Pero aquellos que resistieron a los halagos de los falsos profetas y a las violencias de sus perseguidores, cuando vieron el Templo de Jerusalem profanado por los sanguinarios zelotas (Guerr. jud., 1v, 151 y sigs., 305 y sigs., 381 y sigs.) se atuvieron a la exhortación del discurso escatológico y huyendo de la ciudad se retiraron a Pella, en Transjordania, como narra Eusebio (Hist. eccl., III, 5, 3) (1).

527. Hasta aquí, Jesús ha contestado sólo al primer extremo de la pregunta que le hicieran los discípulos, describiendo los signos que precederán a la destrucción del Templo. Una neta y precisa separación, a guisa de conclusión, se halla de hecho al término de esta sección, en la que Jesús finaliza exhortando: Mirad, pues, vosotros; os he predicho todas las cosas (Marcos, 13, 23). Ahora falta que Jesús responda al segundo punto de la pregunta, comunicando los signos del fin del mundo.

La nueva sección (Marcos, 13, 24 y sigs.) comienza con las palabras: Empero en aquellos días, después de aquella tribulación, el sol se obscurecerá, etc. Aquí la expresión en aquellos días es la fórmula acostumbrada que se emplea frecuentísimamente en el Antiguo y Nuevo Testamento para introducir un nuevo argumento, pero sin preciso valor temporal, significando, a lo sumo, en cierto tiempo..., a su tiempo..., en una época determinada (2). En ese tiempo imprecisado que se desarrollará después de la «gran tribulación» acaecerán a la vez el fin del mundo y la parusia, que se describen con términos tomados en gran parte del Antiguo Testamento y comunes a la literatura apocalíptica (§ 84 y sigs.), el sol y la luna se obscurecerán, caerán las estrellas, las potencias del cielo se estremecerán y entonces aparecerá sobre las nubes el hijo del hombre, que vendrá con potencia y gloria y enviará sus ángeles a los cuatro vientos para reunir a los elegidos. Con esto se cierra el «siglo» presente y se inaugura el futuro. Esta descripción de los signos de la parusia es más breve en los tres Sinópticos que la descripción de los signos de la «gran tribulación».

En cuanto a la indicación del tiempo en que se producirá la parusia la encontramos inmediatamente después de la indicación del tiempo asignado a la «gran tribulación»; pero, mientras para esta última la indicación ha sido precisa y neta — la presente generación —, para la otra es totalmente negativa: Respecto a aquel día o a la hora, ninguno sabe (nada), ni los ángeles en el cielo, ni el Hijo, sino el Padre (Marcos, 13, 32).

⁽¹⁾ Según un importante pasaje de Flavio Josefo, resultaría que una admonición análoga se había transmitido tradicionalmente en el judaísmo en los tiempos de la destrucción de Jerusalem. Dice así: Existia, en efecto, un antiguo dicho de hombres inspirados por Dios, según el cual la ciudad seria conquistada y el (lugar) santísimo seria incendiado por derecho de guerra, cuando estallase la sedición y manos domésticas profanaran el recinto sagrado de Dios. A tales (predicciones) los zelotas, aunque no negando su fe, se ofrecian como ministros (para realizarías) (Guerr. jud., 1V, 338). Véase la nota que he afiadido a este pasaje en mi traducción de Josefo (vol. 111, pág. 182).

⁽²⁾ Ninguno de los otros dos sinópticos dice aquí en aquellos días. Mateo (24, 29) reza: Súbitamente (Εὐθέως), tras la tribulación de aquellos días, el sol se obscurecerá, etc.; pero ha de observarse que Mateo sigue una diversa disposición de la materia, y que inmediatamente antes de estas palabras ha dicho que como el caer del rayo, así será la «parusia» del hijo del hombre. Doquiera que esté el cuerpo, allí se reunirán las águilas (v. § 475). Por eso, al añadir: Súbitamente, tras la tribulación, etc., él continúa en la idea precedente, afirmando que de pronto, o bien inesperadamente, el sol se obscurecerá, etc. Así, el adverbio súbitamente no es una indicación del tiempo de la «parusia», ni indica un concatenamiento cronológico con la «gran tribulación».

En los siglos IV y V, en la época de las fogosas discusiones arrianas y cristológicas, se usó y abusó largamente de este pasaje para valuar la ciencia del Hijo divino comparada con la del Padre y para atribuirle una cierta ignorancia. Pero precisamente la dificultad de la frase, que parece afirmar esta ignorancia en el Hijo, es una razón más para considerarla auténtica expresión de Jesús llegada a nosotros en su forma más precisa y genuina; como también la misma dificultad fué probablemente la que hizo que Lucas omitiera en su evangelio toda la frase y que la alusión al Hijo desapareciera también en el pasaje correspondiente de Mateo (24, 36) en varios códices griegos y en la Vulgata latina, a fin de evitar una desagradable sorpresa a los respectivos lectores. Pero, superadas las controversias arrianas y cristológicas, se convino generalmente en interpretar la frase como una especie de fin de non recevoir por parte de Jesús, quien no quiso ser interrogado sobre aquel punto porque el aclararlo no entraba en su misión. Jesús, que ya había dicho a los hijos de Zebedeo que el señalar los puestos en el glorioso reino mesiánico no era misión suya, sino del Padre (§ 496), en esta ocasión dixit nescire illum diem quia in magisterio eius non erat ut per eum sciretur a nobis. En cambio entraba precisamente en su misión ocultar aquel día: tamquam enim magister sciebat et docere quod proderat et non docere quod oberat (San Agustin, Enarration. in Psalm. xxxvi, sermo, 1, 1). En nuestros días la dificultad ha sido de nuevo plenamente examinada por la escuela escatológica (§ 209 v siguientes), según la cual Jesús estaba seguro de que la parusia ocurriría en el curso de la generación contemporánea, aunque confesase no conocer su día ni hora precisos (§ 529).

528. Presentado de este modo, el discurso escatológico es claro en la medida que su tema lo permite. Su parte primera trata de los signos de la «gran tribulación», es decir, de los sucesos que precedieron y acompañaron la destrucción de Jerusalem, y la segunda trata de los signos de la parusia y del fin del mundo. Tras los signos, se fijan los respectivos tiempos: para la «gran tribulación» se fija la generación contemporánea, mientras sobre la parusia se guarda un arcano silencio.

La dificultad radica en que la fijación de cada tiempo no se añade inmediatamente a las frases respectivas que tratan de los signos — es decir, la presente generación después de la «gran tribulación» y el silencio después de la parusia —, sino que ambas fijaciones del tiempo son relegadas al final después de tratar de ambos grupos de signos. ¿Por qué esta colocación, que parece forzada y susceptible de producir confusiones? Precisamente aquí se descubre la obra redaccional de los evangelistas y la influencia de las circunstancias especiales en que se desenvolvía — como señalamos en § 524 — la primitiva catequesis de la Iglesia.

Esta colocación simultánea al final, que a nosotros hoy nos parece violenta y susceptible de provocar equívocos, era en cambio prudentísima cuando escribían los Sinópticos, es decir, cuando no se sabía nada, no sólo

respecto al tiempo de la parusia, sino tampoco al tiempo concreto de la «gran tribulación». Jerusalem entonces vivía incólume y próspera y nada podía humanamente hacer sospechar que algunos años después estaría reducida a un montón de escombros. Ni siquiera resultaba claro en qué relación podían estar entre sí la «gran tribulación» y la parusia, que, al menos idealmente, aparecían conectadas. ¿No sería quizá la primera la preparación inmediata de la segunda y no sería el advenimiento del Mesías glorioso el gran premio de quienes habían superado la gran prueba? Muchos cristianos, efectivamente, juzgaban inminente la parusia, y la respuesta de Jesús al respecto, si no implicaba necesariamente tal opinión, tampoco la excluía con absoluta claridad, ya que el hijo del hombre podía aparecer inesperadamente en cualquier momento, como un ladrón nocturno. Pero, si entre la «gran tribulación» y la parusia debía producirse un intervalo, ¿quién podía decir si tal intervalo iba a ser breve o mediano, largo o larguísimo?

Nadie sabía con certeza algo sobre esto antes de aquel trágico año 70. Hoy, en cambio, tras veinte siglos de historia, estamos perfectamente informados de la «gran tribulación» que culminó el 70, y del intervalo, que es de una duración incalculable, mientras nos queda impenetrablemente oculto el tiempo de la parusia. Por estas razones, los evangelistas Sinópticos, en medio de la obscuridad que les envolvía, dividieron el discurso escatológico según las materias en él tratadas, colocando primero los signos y luego los tiempos, y dejando a la opinión de los lectores el enlace de las diversas partes entre sí, con más motivo cuanto que sobre la cuestión de la parusia cada comunidad cristiana recibia particulares instrucciones de sus dirigentes, como respecto a la comunidad de los tesalonicenses sabemos ocasionalmente por Pablo (II Tessal., 2, 5) y respecto a la del Asia Menor por Pedro (II Pedro, 3. 1 y sigs.). En consecuencia, los lectores del evangelio podían, y acaso debían, solicitar aclaraciones a aquellos auténticos intérpretes, siempre en virtud del principio de que la catequesis escrita no pretendía nunca substituir la catequesis oral, sino que la presuponía en muchos sentidos (§ 107).

529. La moderna escuela escatológica toma sus principales argumentos de este discurso, pero confundiendo datos y referencias y atribuyendo al único advenimiento de la parusia tanto la fijación cronológica de la presente generación como la del día y hora. Ya demostramos que semejante teoría está en contradicción con los testimonios históricos que nos han llegado de aquella época (§ 212). Será oportuno aquí extendernos en unas pocas palabras sobre la atribución del día y de la hora.

Los mencionados eruditos los interpretan en sentido riguroso, o sea día por veinticuatro horas y hora por sesenta minutos. Por tanto Jesús confesaría ignorar en qué grupo de veinticuatro horas y en qué grupo de sesenta minutos acaecería el cataclismo universal, aunque tenía la certeza de que iba a ocurrir en la generación contemporánea. ¿Es serio todo esto?

¿Es serio que un presunto «visionario», todo él vibrante en la expectativa de que de allí a poco había de ser destruído el mundo, lamentara no saber el momento preciso en que sucedería la catástrofe? (1). Los verdaderos visionarios, precisamente por serlo, no se muestran calculadores tan sutiles y se encuentran totalmente absortos en la visión principal. Un visionario de este género es como un hombre que tuviese bajo los pies una mina con la mecha encendida y no pudiera huir en modo alguno: la certeza absoluta del inminente estallido le hace olvidar totalmente la incertidumbre del momento preciso en que el estallido sucederá. Por el contrario, Jesús es un calculador sutil y distingue netamente sus dos fijaciones de tiempos en relación a las dos precedentes descripciones de los signos. He aquí, por tanto, en su integridad el pasaje relativo a los tiempos, en el que todos pueden reconocer la clara distinción que refiere cada fijación de tiempo a la respectiva descripción de los signos:

En verdad os digo que no pasará esta generación sin que todas estas cosas sucedan. El cielo y la tierra pasarán, pero las palabras mías no

pasarán.

Pero respecto a (Hερ! δέ τῆς) aquel día o a la hora, ninguno sabe (nada), ni los ángeles en el cielo, ni el Hijo, sino el Padre (Marcos, 13, 30-32; comp. c. Mateo, 24, 34-36).

LA PARÁBOLA DE LAS VÍRGENES. EL JUICIO FINAL

530. Siendo absolutamente desconocido el día de la parusia, los que esperan la consumación final del reino de Dios deberán estar siempre prontos, ya que siempre podrá llegar aquel día y aquella hora. La ignorancia del tiempo entraña el peligro del descuido, peligro que debe conjurarse con una incesante vigilancia. Tal es la enseñanza de la parábola de las vírgenes, sólo referida por Mateo (25, 1-13) y añadida al discurso escatológico.

La parábola se atiene a las costumbres de las bodas judías, de las que ya tratamos (§ 281). Diez vírgenes son invitadas a la boda de una amiga para servirle de séquito la tarde de los nissū'īn (§ 231). Cada una sale de casa con su lámpara de barro cocido, no tanto para alumbrarse en el camino hasta la casa de la esposa como para aumentar la alegría de la fiesta cuando llegue el esposo. Es de prever, empero, tratándose de una boda lujosa, que el esposo tardará en llegar, ya que debe recibir a su vez una interminable hilera de visitantes. Por ello, cinco de las vírgenes, que eran prudentes, llevaron consigo, además de la lámpara encendida,

⁽¹⁾ Algún autorizado crítico radical, como, por ejemplo, Holtzmann, ha valorado todo el peso de esta consideración, y por ello ha dudado de la autenticidad de las palabras atribuídas a Jesús. Algo es, aunque se recurra al fácil y acostumbrado medio de poner en duda la autenticidad de un pasaje porque contradiga a una teoría preconcebida. Lo lógico sería, más bien, poner en duda la teoría.

una alcucita de aceite para volver a alimentar la lamparita, al quedar consumido su contenido. Las otras cinco, que eran descuidadas, no se preocuparon de las horas largas, y llevaron sólo la lámpara, sin pensar en que sólo podría estar encendida durante un tiempo relativamente breve.

Lo que habían previsto las vírgenes prudentes sucedió: el esposo, retenido en casa, tarda mucho en llegar. Entre tanto, la gente reunida en casa de la esposa cambia gradualmente de actitud: aquellas muchachas, primero vivaces e inquietas, tórnanse poco a poco inertes, tediosas y como resignadas. La charla cesa; aparecen en los rostros signos de hastío. Algo más tarde alguna bosteza y, apartándose a un rincón, comienza a luchar con el sueño que la invade. Y las horas continúan pasando monótonas, sin que nadie llegue, así que, tardando el esposo, entraron en sopor y dormian. Mas a medianoche hubo un grito: «¡He aqui el esposo! ¡Salid a recibirle!» Entonces se levantaron todas aquellas virgenes y aprestaron sus lámparas. Las fatuas dijeron a las prudentes: «Dadnos de vuestro aceite, porque nuestras lámparas se apagan». Mas las prudentes contestaron diciendo: «No puede ser. No bastaría para vosotras y nosotras. Id más bien a los vendedores y compradlo». Y alejándose aquéllas para comprarlo, vino el esposo y las preparadas entraron con él a las bodas y fué cerrada la puerta. Y'al fin llegan también las restantes virgenes diciendo: «Señor, señor, ábrenos». Y él, respondiendo, dijo: «En verdad os digo que no sé (de) vosotras». La repulsa del esposo señala la moraleja de la parábola, que concluye con la admonición: Velad, pues, porque no sabéis el día ni la hora.

En realidad la parábola ofrece ciertos rasgos que se apartan de la realidad contemporánea, como por ejemplo la invitación a ir a comprar aceite a medianoche, como si a aquella hora las tiendas estuviesen abiertas. Pero tales abstracciones de tiempo y lugar son admisibles en una comparación amplia, que converge toda sobre un punto particular, no deteniéndose en detalles secundarios. El punto a que aquí se mira es doble: la ignorancia del día y la hora, subrayada por el final, y el peligro de la impreparación y de la espera, que resalta en toda la parábola. La espera, al prolongarse, se torna insidiosa, porque hace descuidar la preparación que eventualmente existía en un principio y olvidar la realidad de la «venida». Además, el haber estado preparado sólo al principio no sirve de nada a quien no se encuentre preparado también en el último minuto, el de la «venida».

En la lengua de los papiros griegos, la «venida» y «presencia» de un rey se encuentran expresadas con el término parusia.

531. Igualmente, sólo Mateo (25, 31-46) presenta el gran cuadro en que el «siglo» presente se cierra y el «siglo» futuro se inaugura oficialmente: el cuadro del juicio final. El tema había sido tratado ya por los antiguos profetas, pero a otra luz y con otras intenciones. Aquí, en cambio, la mira principal consiste en hacer resaltar los vínculos morales que unen el «siglo» presente con el futuro, es decir, la repercusión ética que la vida

presente tendrá en la futura. Si en el pasado el juicio final había sido presentado como el triunfo de la nación hebraica sobre naciones paganas, o de un partido pío y honrado sobre un partido malvado e impío, aquí, en cambio, reviste un carácter moral relativo a cada uno de los individuos de la humanidad entera, sin distinción alguna. Además, ese carácter moral es resumido en la caridad, como si el distintivo del reino de Dios y la contraseña para entrar en él fuese la caridad (§ 550) y el juicio final consistiera en el triunfo de la caridad.

Cuando venga el hijo del hombre en su gloria y todos los ángeles con el, entonces se sentará en el trono de su gloria. Y se reunirán ante el todas las gentes, y separará los unos de los otros como el pastor separa las ovejas de los cabritos, y colocará las ovejas a su derecha y los cabritos a su izquierda. Entonces dirá el rey a los de su derecha: «Venid, benditos de mi Padre. Poseed el reino para vosotros preparado desde la fundación del mundo. Porque tuve hambre y me disteis de comer, tuve sed y me disteis de beber, forastero era y me acogisteis, estuve desnudo y me cubristeis, estuve enfermo y me visitasteis, estuve en prisión y vinisteis a mí». Entonces le contestarán los justos diciendo: «Señor, ¿cuándo te vimos tener hambre y te nutrimos, o tener sed y te dimos de beber? ¿Y cuándo te vimos forastero y te acogimos, o desnudo y te cubrimos? ¿Y cuándo te vimos enfermo o en prisión y fuimos a ti? Y el rey, respondiendo, les dirá: «En verdad os digo que cuanto hicisteis a uno de estos mínimos hermanos míos lo hicisteis a mín. Entonces dirá también a los de la izquierda: «Apartaos de mi, malditos, al fuego eterno, a aquel preparado para el diablo y sus ángeles. Porque tuve nambre y no me disteis de comer, tuve sed y no me disteis de beber, fui forastero y no me acogisteis, desnudo y no me cubristeis, enfermo y en prisión y no me visitasteis». Entonces responderán ellos también, diciendo: «Señor, ¿cuándo te vimos tener hambre, o tener sed, o forastero, o desnudo, o enfermo, o en prisión, y no te servimos?» Entonces les responderá él diciendo: «En verdad os digo que cuanto no hicisteis c uno solo de estos mínimos, tampoco a mí (lo) hicisteis».

Y estos irán al suplicio eterno, y en cambio los justos a la vida eterna (v. Daniel, 12, 2).

EL MIÉRCOLES. LA TRAICIÓN DE JUDAS

532. Llegó el penúltimo día antes de la Pascua, o sea el miércoles. Los fariseos y sumos sacerdotes entendían que el tiempo apremiaba. Urgía decidirse y obrar. Pese a las repetidas deliberaciones celebradas en días precedentes, no se había hecho nada, porque Jesús estaba protegido por el favor popular y, en consecuencia, se le permitía andar impunemente por Jerusalem y hasta predicar en el Templo. ¿No había, pues, manera de hacerle desaparecer de modo oculto, sin que el pueblo lo advirtiera? No se podía perder más tiempo; la cuestión debía quedar resuelta en

definitiva antes de la Pascua, para evitar consecuencias que podían ser gravísimas. Las fiestas en general, y sobre todo la Pascua, eran consideradas por el procurador romano — a causa de la enorme afluencia de multitudes excitadas - como períodos de verdadera convulsión sísmica. De modo que era entonces más preciso que nunca redoblar la vigilancia para impedir que una nonada lo derrumbase todo. Por eso en tales ocasiones _ según refiere Flavio Josefo en Guerr. jud., 11, 224 — la cohorte romana de guarnición en Jerusalem se alineaba a lo largo del pórtico del Templo: en las fiestas ellos hacen siempre guardia armados, para que la muchedumbre reunida no produzca sediciones. ¿Qué no podía suceder, pues, con aquel Rabí galileo errando por la ciudad y por el Templo, rodeado de grupos de entusiastas que le creían el Mesías? Al primer tumulto que acaeciese, el caballero romano Poncio Pilatos lanzaría sus soldados sobre la multitud de peregrinos, comenzando a destruir de verdad el lugar santo y la nación, como se había temido (§ 494). No: era absolutamente preciso conjurar aquel peligro y hacer que todo marchase normalmente durante la Pascua. Pero, ¿cómo?

Aquel miércoles celebróse nuevo consejo para discutir tal cuestión. Entonces se reunieron los sumos sacerdotes y los ancianos del pueblo en el palacio del sumo sacerdote llamado Caifás y deliberaron prender a Jesús con engaño y matar(le). Empero decian: «En la fiesta no, para que no ocurra tumulto en el pueblo» (Mateo, 26, 3-5). Estaban, pues, de acuerdo todos los reunidos en que debía suprimirse a Jesús. Pero algunos más cautos hicieron notar el peligro de ejecutar el prendimiento durante la fiesta pascual, cuando muchos peregrinos, o galileos o favorables a Jesús, podían levantarse para protegerle. Por otra parte, tampoco era oportuno aplazar hasta después de la fiesta lo acordado, porque en ese tiempo Jesús podía alejarse con los peregrinos que regresaban a sus hogares y eludir la captura, como había hecho después de la resurrección de Lázaro. Urgía, pues, obrar con rapidez, en secreto y antes de la Pascua. La observación de los cautos consejeros tendía a conseguir este sigilo y prontitud.

Pero precisamente allí radicaba la dificultad. Para la Pascua sólo faltaban dos días, y Jesús pasaba todo el día entre el pueblo. ¿Cómo proceder con tan poco tiempo disponible y de forma que la prisión sólo se conociese después de consumada?

La ayuda vino de donde menos se esperaba. Entonces uno de los doce, el llamado Judas Iscariotes, yendo a los sumos sacerdotes, dijo: «¿Qué me queréis dar y yo os lo entregaré?» Y aquéllos estipularon treinta (monedas) de plata. Y desde entonces (Judas) buscaba una oportunidad para entregarlo. Esta es la información de Mateo (26, 14-16), con la que concuerdan los otros dos Sinópticos, quienes no mencionan la suma acordada, aunque añaden la comprensible noticia de que los sumos sacerdotes se alegraron de la propuesta de Judas. En efecto, con aquel colaborador, la empresa de prender a Jesús secreta y prontamente resultaba empresa fácil.

533. Pero, ¿qué motivo tuvo Judas para la traición?

La catequesis primitiva no nos da otra razón sino el amor de aquel hombre al dinero. Cuando los evangelistas presentan a Judas como ladrón y administrador fraudulento de la bolsa común (§ 502), preparan en realidad la escena de Judas dirigiéndose a los sumos sacerdotes y preguntando: ¿Qué me queréis dar...? Pero, incluso fuera del evangelio, cuando Pedro habla del traidor suicida, no alude a otro provecho de la traición que a la compra de un campo con el fruto de la iniquidad (Hechos, 1, 16-19.) La razón del lucro es, pues, segura, mas junto con ella puede haber otras de las que la primitiva catequesis no se ocupó. El campo está abierto a conjeturas razonables.

Incluso prescindiendo de los vuelos fantásticos realizados en torno a este tema tan trágico por dramaturgos e historiadores de inspiración novelesca, queda siempre el hecho de la inesperada actitud asumida por Judas sólo dos días después: en vista de que Jesús ha sido condenado, el traidor se arrepiente de improviso de haber vendido la sangre de aquel justo v, devolviendo el precio a los sumos sacerdotes, se ahorca (§ 574). Esta no es la actitud de un simple avaro, de un avaro típico sin otro amor que el dinero, pues éste habría quedado satisfecho con el lucro obtenido, fuese la que fuera la sucesiva suerte de Jesús, y no hubiese pensado en devolver el dinero ni en ahorcarse. Judas fué ciertamente codicioso y avaro, pero, además, era alguna otra cosa. Existían en él, al menos, dos amores: uno el del oro, que le impulsó a traicionar a Jesús, mas junto a este amor había otro, acaso más fuerte, porque, ya cumplida la traición, prevaleció sobre el amor del oro, impeliéndole a restituir la ganancia, a renegar de toda la traición, a dolerse por la víctima y a matarse de desesperación al fin. ¿Cuál era el objeto de este amor en conflicto con el amor al oro?

Por mucho que reflexionemos, no le hallamos otro objeto posible sino Jesús. Si Judas no hubiese sentido por Jesús un amor tan grande que quizá prevalecía al experimentado hacia el oro, no habría restituído el dinero ni renegado de su traición. Ahora bien: si amaba a Jesús, ¿por qué le traicionó? Sin duda porque su amor era grande, pero no indiscutible, no el amor generoso, luminoso y confiado de un Pedro o de un Juan, sino que contenía en su llama un algo de fumoso y obscuro. En qué consistiera este elemento obscuro, lo desconocemos y probablemente será siempre para nosotros el misterio de la suma iniquidad.

¿Acaso se informó Judas de que le habían denunciado a Jesús como defraudador del fondo común y no pudo tolerar el temor de perder la estima del Maestro? Pero también Pedro, como negador de Jesús, había de considerar perdida la estima del Maestro, y no por ello desesperará, en su hora.

¿Acaso Judas, oyendo las rectificaciones mesiánicas de Jesús, comprendiera más sagazmente que los otros apóstoles que el reino del Maestro no aportaría ni gloria ni potencia mundanas a los futuros cortesanos y quisiera en aquella prevista quiebra proveer, como avaro que era, a sus propios intereses? La hipótesis, muy posible, no explica por sí sola que Judas, después de apartarse de Jesús con su traición, se sintiera tan ligado

a él que se arrepintiese y se suicidara (1).

¿Tal vez, uniendo el amor al lucro, al ansia de ver pronto a Jesús a la cabeza de su reino mesiánico-político, le traicionó Judas con la seguridad de verle cumplir portento tras portento ante sus adversarios, obligándole así a apresurar el advenimiento de aquel reino que tanto se hacía esperar? Pero en tal caso el traidor no habría debido matarse antes de la muerte de Jesús, sino, a lo sumo, después, ya que no le constaba el momento en que el Mesías podría recurrir a sus máximos prodigios, tanto más cuanto que precisamente al iniciar su actividad de traidor Judas asistió en Gethsemaní al hecho extraordinario de los guardias derribados (§ 559).

Las hipótesis podrían multiplicarse fácilmente, sin que por ello se

esclareciese con certeza el misterio de la iniquidad suma.

534. Tal iniquidad no consistió sólo en vender a Jesús, sino más, y sobre todo, en desesperar de su perdón. Judas había visto a Jesús perdonar a usureros y prostitutas; había oído de su boca las parábolas de la misericordia, comprendida la del hijo pródigo; habíale oído exhortar a Pedro a perdonar setenta veces siete, y, sin embargo, después de todo esto. desespera del perdón y se ahorca, en tanto que Pedro, después de negar a Jesús, no desespera, sino que rompe a llorar. Incluso aquel desesperar del perdón demuestra que Judas tenía altísima estima por el justo a quien había traicionado — estima que le hacía comprender la abismal magnitud de su delito —, pero era una estima incompleta y casi injuriosa, porque ante la responsabilidad de la traición se detenía a mitad de camino e injuriosamente suponía a Jesús incapaz de perdonar al traidor. Mucho más que por la traición de Judas, Jesús fué injuriado por el desesperar del traidor en el perdón. Este fué el sumo ultraje recibido por Jesús y la suma iniquidad cometida por Judas.

El pago que de la traición estipularon los sumos sacerdotes fué de treinta (monedas) de plata. Sólo Mateo comunica esta cifra. porque, en su solicitud en señalar el cumplimiento de las antiguas profecías mesiánicas en Jesús, ve cumplida así una profecía de Zacarías (§ 575). Sin embargo, Mateo, ni aquí ni a continuación dice el nombre individual de las monedas y habla siempre de treinta argénteos (τριακόντα ἀργύρια). No es dudoso que la innominada moneda fuese el siclo (§ 249). es decir, el estater (§ 406). No se trataba, pues, del denarius romano (§ 514), sino de una moneda de valor cuatro veces mayor. Por eso, hablando técnicamente, la expresión usual «treinta dineros—o denarios—de Judas» es

⁽¹⁾ La hipótesis del autor respecto al amor de Judas a Jesús no parece muy de acuerdo con lo que dice San Juan al final del cap. 6, a saber, que Judas había perdido la fe y era diablo. (N. del Revisor.)

falsa, porque el total de 30 siclos valía 120 denarios. En el valor actual, esta suma correspondería a unas 128 pesetas oro.

Era norma de la Ley hebrea (Éxodo, 21, 32) que cuando un buey mataba de una cornada a un esclavo, el dueño del buey debía pagar en seguida al dueño del esclavo 30 siclos de plata como indemnización del daño sufrido. Así, pues, en la práctica el valor medio de un esclavo debía computarse en unos 30 siclos. Pudo suceder que los sumos sacerdotes se inspirasen en aquella norma de la Ley al estipular el pago a Judas, porque así se obtenía el doble resultado de atenerse a la letra legal incluso en aquel caso, y de considerar a Jesús como un esclavo cualquiera.

Lucas, que había terminado el relato de las tentaciones de Jesús diciendo que el diablo se alejó de él hasta (que llegara su) tiempo (§ 276), inicia ahora el relato de la traición diciendo que entró Satanás en Judas, el llamado Iscariotes, el cual fué a concertarse con los sumos sacerdotes para perpetrar su delito (Lucas, 22, 3 y sigs.). Así, para el evangelista discípulo de Pablo, la pasión de Jesús es el tiempo (oportuno) prealudido, y representa en cierto modo una renovación de las tentaciones a que Jesús fuera sometido por Satanás al principio de su vida pública. Al terminar ahora la vida de Jesús. Satanás le dirige el último y más potente asalto y le somete a la más dura prueba, superada la cual entrará en la gloria. ¡Oh, estultos y tardos de corazón...! ¡No debía quizá padecer estas cosas el Cristo y así entrar en su gloria? (Lucas, 24, 25-26) (§ 630).

LA SEMANA DE PASION EL JUEVES

LOS PREPARATIVOS DE LA ÚLTIMA CENA

535. Alboreó el jueves, que era el primer dia de los Azimos, cuando inmolaban la Pascua (Marcos, 14, 12). De aquí que en tal día debían proveerse las cosas necesarias para la celebración del solemne rito incluso por parte de la comitiva de Jesús (§ 495), ya que por este motivo Jesús debía permanecer aquella noche en Jerusalem y renunciar a retirarse a Bethania, en el monte de los Olivos, como las noches precedentes. Dijéronle, pues, los discípulos: ¿Dónde quieres que vayamos a preparar (las cosas) para que comas la Pascua? Jesús entonces envió a Pedro y Juan (Lucas, 22, 8), diciéndoles: Id a la ciudad y allí encontrareis un hombre que lleva un cántaro de agua. Seguidle y donde entre decid al dueño de la casa: «El Maestro dice: ¿Dónde está mi estancia donde coma la Pascua junto con mis discípulos?» Y él os mostrará una sala superior (avárzico) grande, provista de alfombras y dispuesta. Preparad allí (las cosas) para nosotros (Marcos, 14, 13-15).

El signo dado a los apóstoles era bastante singular, porque la misión de ir a por agua y transportarla estaba de ordinario reservada a las mujeres. Los dos apóstoles se atuvieron al signo, y entrando en la ciudad sin duda por la puerta situada sobre la piscina de Siloé (§ 428) y frente al monte de los Olivos — encontraron efectivamente al hombre del cántaro. Siguiendo al hombre hasta la casa a la que se dirigía, el dueño de ésta puso efectivamente a su disposición la sala de que Jesús les había hablado. No cabe dudar de que aquel hombre era persona afecta a Jesús, a quien probablemente había recibido otras veces en su casa. ¿Quién sería aquel ignorado discípulo? Más que hacia el cauto Nicodemo (§§ 288, 420). o hacia José de Arimatea (§ 615), el pensamiento se dirige hacia el padre u otro pariente de Marcos, cuya casa, después de la muerte de Jesús, se convirtió en punto habitual de reunión para los cristianos de Jerusalem (§ 127). Si se pudiese probar que aquel misterioso joven que huyó desnudo de las manos de los guardias de Gethsemaní era precisamente Marcos (§ 561), se confirmaría que el dueño de la casa era pariente suvo, tanto

más cuanto que este relato de la preparación de la Pascua es más minucioso y circunstanciado en Marcos que en Mateo.

Si el nombre de aquel discípulo fué silenciado por los evangelistas, es muy posible que lo hiciesen inspirándose en una razón prudencial,

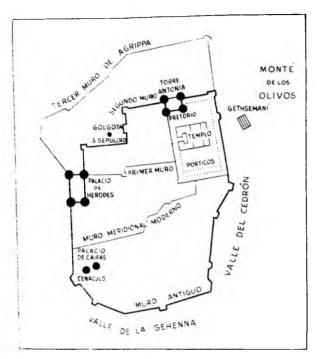


Fig. 93. — Los principales lugares de la Pasión de Jesús

análoga a aquella por la que los Sinópticos omitieron todo el relato de la resurección de Lázaro (§ 493). También, por elemental prudencia, Jesús envió a preparar la cena a Juan y a Pedro, mas no a Judas, el administrador común a quien hubiera debido corresponder aquel encargo. El traidor ocupábase entre tanto en urdir su traición, y esta tenebrosa actividad no debía serle mayormente facilitada por la prematura indicación del lugar donde debía celebrarse la reunión suprema.

Además, la opinión según la cual la última cena tuvo lugar en casa de Marcos no es nueva y tiene en su favor una tradición respetable. Hacia

el 530. el arcediano Teodosio, describiendo su visita a Jerusalem, cuando habla de la iglesia de la Sancta Sion, considerada universalmente como el lugar de la última cena, afirma con confianza: Ipsa fuit domus sancti Marci evangelistæ (De situ Terræ Sanctæ, p. 141). Y esta afirmación debía fundarse en alguna tradición antigua. De hecho, en el mismo siglo vi, el monje chipriota Alejandro comunica que una tradición ya antigua en sus tiempos afirmaba que la casa en que se celebró la última cena fué precisamente la de María, madre de Marcos, donde el Maestro solía albergarse cuando iba a Jerusalem, añadiendo que el hombre del cántaro era precisamente Marcos (Laudatio S. Barnabæ apost., 1, 13; en Acta Sanctorum, Junii, II, edición 1867, pág. 434; com. c. Patrol. Græc., 87, 4091-4092) (1).

⁽¹⁾ La casa de la última cena fué, de cierto, demolida en las destrucciones de Jerusalem de los años 70 y 135. Sin embargo, los cristianos contemporáneos debieron conservar con precisión el recuerdo del lugar y apenas les fué posible edificaron allí una iglesita recordada

Este es el lugar donde la tradición ha colocado desde el siglo IV el actual Cenáculo, a la extremidad suroeste de la Ciudad Alta.

Realizados durante el día los preparativos, aquella misma noche se celebró la cena. Pero aquí surge una famosa cuestión cronológica que afecta tanto al día de la última cena como al sucesivo, en que acaeció la muerte de Jesús; y la cuestión consiste en saber qué días, no de la semana, sino del mes, fueron aquéllos.

LA CUESTIÓN CRONOLÓGICA

536. Respecto al día de la semana no hay duda alguna, ya que tanto los Sinópticos como Juan sitúan la última cena en el jueves, y la muerte en el viernes siguiente.

La divergencia radica en la colocación de estos dos días en el mes de Nisán, porque, según de los Sinópticos parece desprenderse, el jueves de la última cena fué el 14 de Nisán y por o tanto el viernes de la muerte el 15, mientras que de Juan parece resultar que el jueves era el 13 de Nisán y el viernes el 14. Los Sinópticos, en efecto, ponen la última cena en el día que inmolaban la Pascua (Marcos, 14, 12; com. c. Lucas, 22, 7). o sea en el que se realizaba la inmolación del cordero pascual, que estaba prescrita para la tarde del 14 Nisán (§ 74). Así, la última cena habría sido la del cordero pascual, celebrada por Jesús el día prescrito. Habiendo sido crucificado al día siguiente, este día sería el 15 de Nisán, en el que caía la Pascua hebrea. En cambio, Juan relata que Jesús murió en la parasceve de la Pascua (Juan, 19, 14), o sea en el día precedente a la Pascua y antes de que los judíos celebrasen en aquel día el rito del cordero v comiesen la Pascua, ya que no entraron en el pretorio por no contaminarse para comer la Pascua (Juan, 18, 28), logrando en aquel mismo día hacer condenar y morir a Jesús. En tal caso, Jesús murió el 14 de Nisán y la última cena celebrada por él la noche precedente no era legalmente la cena del cordero pascual.

La siguiente tabla muestra el acuerdo y desacuerdo entre los Sinópticos y Juan en este punto:

por Epifanio, y que en el siglo iv fué incorporada a una amplia basílica, la Sancta Sion. situada en la colina occidental de la ciudad. Tras varias vicisitudes, en la primera mitad del siglo xiv, Roberto de Anjou, rey de Nápoles, y su mujer Sancha adquirieron magnis sumptibus et laboribus grambus del sultán de Egipto Melek en Naser Mohammed, toda el área de la basílica y del convento anejo, reservándose el derecho de patronato para sí y sus sucesores y confiando su custodia a los franciscanos. Estos permanecieron allí hasta mediados del siglo xvi, en que fueron expulsados en virtud de un firmán de Solimán II (por la necia razón de que en aquel lugar estaba la tumba de David), y el edificio fué convertido en mezquita. Así surgió la «cuestión del Cenáculo», otra vez de actualidad tras la guerra mundial de 1914-1918 y todavía en pie, ya que la Casa de Saboya, como heredera de los derechos de los reyes de Nápoles, reivindica el derecho de patronato adquirido por aquéllos.

Ī	Mes Nisán	Sinópticos	Juan
	Día 13 Día 14 Día 15	jueves: última cena viernes: muerte de Jesús	jueves: última cena viernes: muerte de Jesús

537. Sin embargo, los mismos Sinópticos, con algunas fugaces alusiones, inducen a ulteriores e importantes consideraciones.

Ateniéndonos a su cronología, Jesús fué prendido en la noche del 14 al 15 de Nisán y las diversas peripecias de su proceso, terminadas con la condena y ejecución, comenzaron en las primeras horas del 15 de Nisán. prolongándose hasta la tarde de aquel día. Pero todo esto tropieza con una dificultad gravísima y palmaria: el carácter extraordinariamente festivo que tenían para los hebreos aquella noche y aquel día. En aquella noche, y con las solemnes ceremonias ya descritas (§ 75), comían el cordero pascual turbas innumerables que afluían a Jerusalem desde todas las regiones. Y el día siguiente, que era la Pascua (15 de Nisán), estaba rigurosamente prescrito abstenerse de todo trabajo (Exodo, 12, 16; Levítico, 23, 7), rigiendo las normas del reposo del sábado aun cuando aquel día no fuese sábado en realidad. De modo que es históricamente inconcebible que los adversarios de Jesús, por mucho que le aborreciesen, descuidaran la cena pascual de aquella noche y violasen el reposo festivo de aquel día para cumplir todo lo concerniente al proceso, condena y ejecución. La ilimitada meticulosidad que hemos visto otras veces aplicada al reposo del sábado no hubiera permitido varios actos que vemos cumplidos en estas pocas horas, como por ejemplo que los que aquella noche prendieron a Jesús transportasen armas y otros objetos (Mateo, 26, 47), o que encendiesen el fuego en la misma casa del sumo sacerdote (Lucas, 22, 55), o que durante aquel santísimo día de Pascua hubiese un hombre como Simón el Cirineo, que venía del campo, donde sin duda habría estado trabajando (Marcos, 15, 21), o que se comprase una sábana, como hizo José de Árimatea (Marcos, 15, 46), e incluso que se preparasen aromas y ungüentos, como hicieron las piadosas mujeres (Lucas, 23, 56). Todos estos actos constituían otras tantas violaciones del reposo festivo y si, por tanto, las consideramos sumadas todas juntas, llegamos a la conclusión de que aquella noche no era sagrada, ni el día era santísimo, ni de reposo para muchos judíos — si no para todos —, y en consecuencia resultaría que éstos no habían comido el cordero pascual la noche del jueves como Jesús, ni celebraban la Pascua el viernes. Esta conclusión es tanto más importante cuanto que se extrae de informes ofrecidos por los Sinópticos.

Añadamos otra observación confirmatoria. Jesús muere en la tarde del viernes, que, según los Sinópticos, parece ser el día de Pascua, 15 de Nisán. Apenas muerto Jesús, José de Arimatea se apresura a sepultarlo aquella misma tarde, en razón a que con la puesta del sol comenzaría el reposo del siguiente sábado (Marcos, 15, 42 y sigs.). Por su parte, las

piadosas mujeres prepararon por la tarde los aromas y ungüentos para el venerado cadáver, pero llegada la noche, pasaron sin trabajar el sábado, conforme al mandamiento (Lucas, 23, 56). Todo esto sería muy regular refiriéndose al reposo del verdadero sábado semanal, pero si en aquel viernes en que había muerto Jesús caía también la Pascua, esta solemnidad implicaba igualmente el reposo festivo, y entonces, ¿cómo y por qué apresurarse tanto durante la tarde de aquel viernes si en él regía un descanso aun más solemne en virtud de la festividad pascual? Luego también por este lado, y en virtud igualmente de noticias ofrecidas por los Sinópticos, nos hallaríamos de nuevo ante la conclusión de que tampoco José de Arimatea ni las piadosas mujeres celebraban la Pascua en aquel viernes, que por lo tanto no sería para ellos el 15 de Nisán.

En realidad, la divergencia entre los Sinópticos y Juan, ateniéndonos a los meros datos suministrados por ellos, es inconciliable. Si se siguen los Sinópticos, Jesús habría muerto el 15 de Nisán; si se sigue a Juan.

Jesús murió el 14 de Nisán.

538. Las tentativas para componer la divergencia han sido muchas aunque varias de ellas no tengan ni sombra de fundamento histórico. En tales condiciones se encuentra por ejemplo la hipótesis según la cual en aquel año los judíos habrían retardado en un día la Pascua, transportándola al 16 Nisán, para tener la facilidad de procesar y dar muerte a Jesús. movidos únicamente por su odio contra él, en tanto que Jesús habría comido el cordero pascual en el día prescrito. Esta hipótesis, va propuesta en la antigüedad por Eusebio de Cesarea (De sollemnitate paschali, 12) y recientemente por algunos modernos, tiene el defecto de ser antihistórica, puesto que olvida el tenaz aferramiento de los adversarios de Jesús a sus tradiciones, aferramiento que no habría cedido el paso ni aun a su odio a Jesús, sin contar con el absurdo de que semejante aplazamiento de la Pascua por odio a Jesús hubiera sido acordado en pocas horas. imponiéndolo a multitudes enormes que ni siquiera conocían de nombre a Jesús, y hasta a personas benévolas hacia él, como José de Arimatea y las piadosas mujeres.

Otra solución que no resuelve nada es aquella según la cual Juan. cuando dice que los judíos no entraron en el pretorio por no contaminarse para comer la Pascua, aludiría a la consumación de las otras ofertas del ciclo pascual, pero no a la del cordero, que los judíos habrían comido ya en la misma noche que Jesús. Mas. prescindiendo del hecho de que permanecería igualmente la dificultad del reposo violado, esta solución se demuestra falsa por el uso rabínico de la expresión comer la Pascua, la

chal se refiere constantemente al cordero pascual (1).

Entre los eruditos modernos que quieren encontrar en el 1v Evangelio sólo narraciones alegóricas, ha hallado mucha fortuna la solución que sólo

⁽¹⁾ Discusiones v textos en Strack v Billerbeck, op. cit., vol. 11, pág. 837 v sigs.



Fig. 94. - Interior del Cenáculo

da por histórica la cronología de los Sinópticos y considera la cronología del iv Evangelio como resultado de una acomodación dogmático-alegórica. Jesús habría muerto en realidad el 15 de Nisán, día de la Pascua hebrea; por el contrario, el autor del 11 Evangelio lo haría morir el 14 de Nisán, día de la inmolación del cordero pascual, sólo para significar que él era el simbólico cordero pascual del Nuevo Testamento, que substituía definitivamente a la antigua víctima de la Pascua hebrea, conforme al principio dogmático de San Pablo: (Como) Pascua nuestra fué inmolado Cristo (I Cor., 5, 7). Pero quien no se deje deslumbrar por las apariencias encontrará esta solución tan antihistórica como las otras, puesto que pasa, con falaz indiferencia, por encima de las importantísimas alusiones que ya señalamos en los Sinópticos, los cuales sobre esta materia son considerados históricos, sin embargo, por los mismos partidarios de esta solución. Si Jesús murió el 15 de Nisán y aquel día era Pascua, ¿por qué muchos judíos no obervaban en aquel día el reposo festivo, como de modo incidental, pero seguro, hemos comprobado en los Sinópticos? ¿Serán acaso también los Sinópticos alegóricos en otra manera? O la presunta cronología alegórica del IV Evangelio no es menos histórica que la de los Sinópticos? En cuanto a la única razón positiva aducida, es decir, la coincidencia de la inmolación del cordero pascual con la muerte de Jesús, es razón más especiosa que sólida, y, examinada más detenidamente, incluso representa antes una dificultad en contrario que un argumento en favor. Si Jesús murió según los Sinópticos el 15 de Nisán y celebró la cena pascual la noche del 14, Juan tenía todos los motivos alegóricos para conservar esa cronología y no para mudarla, ya que, según ella, Jesús habría instituído la Eucaristía mientras los judíos celebraban la cena pascual. Y precisamente la Eucaristía es el rito único y perenne con que la Iglesia ha substituído los varios ritos sacrificales del judaísmo. Por ello, Juan, que es reconocido con justeza, incluso por los adversarios, como el evangelista del Cristo «pan de vida» (§ 373, nota), podía atenerse tranquilamente a la cronología de los Sinópticos para satisfacer plenamente su inclinación dogmático-alegórica. Y en cambio, según su costumbre, Juan retoca en parte aquella cronología, presentando a más clara luz lo vagamente aludido en los Sinópticos. ¿No hablaría, pues, en él, en tal caso, más el testigo de vista y el discípulo predilecto que el presunto alegorista?

539. En esta vieja e intrincada cuestión, los recientes y provechosos estudios sobre los antiguos documentos rabínicos han abierto una nueva senda, que acaso sea la verdadera. Ya tuvimos ocasión de notar cuán empíricos e inciertos eran los medios con los que en tiempos de Jesús se establecía el calendario judío, y dijimos que tal calendario era de una elasticidad casi inconcebible para los hombres modernos (§ 180). Pues bien: de esta elasticidad precisamente podría depender la divergencia entre Juan y los Sinópticos, consistente en colocar el viernes de la muerte de Jesús en el 14 ó 15 de Nisán. Si aquel viernes fué a la vez 14 y 15, ó sea si algunos judíos lo computaban como 14 y otros como 15, se conciliaría la divergencia, porque los Sinópticos se referirían entonces a los judíos que consideraban aquel viernes como 15, y Juan haría referencia a los otros que lo consideraban como 14 de Nisán.

Hallamos, en efecto, que en tiempos de Jesús existía una grave controversia entre saduceos y fariseos a propósito de la fecha de Pentecostés y por consecuencia también de la Pascua, ya que ambas fiestas estaban relacionadas entre sí. Los partidarios de la familia de Boeto (§ 33), influyentísima en el ambiente sacerdotal y saduceo, sostenían que Pentecostés debía celebrarse siempre en domingo, pero como los cincuenta días de intervalo entre la Pascua y Pentecostés (§ 76) comenzaban a contarse desde el día de la octava pascual en el que se ofrecía en el Templo el primer haz de espigas, ellos opinaban que la ofrenda del haz debía hacerse siempre el domingo de dicha octava. Los fariseos, por el contrario, sostenían que Pentecostés podía celebrarse en cualquier día de la semana, y por tanto la ofrenda de las espigas debía hacerse el día que inmediatamente siguiera a la Pascua, es decir, el 16 de Nisán, fuera el día que fuese de la semana.

Dada esta divergencia, los boetianos, y en general los saduceos, solían practicar traslaciones en el calendario, especialmente en los casos en que la Pascua (15 de Nisan) caía en viernes o en domingo. En caso de caer en

viernes, atrasaban el calendario en un día y hacían caer en aquel viernes la inmolación del cordero y la cena pascual (14 de Nisán), en el sábado la Pascua (15 de Nisán) y en el domingo la ofrenda de las espigas (16 de



Fig. 95. - EXTERIOR DEL CENACULO

Nisán). En caso de caer la Pascua en domingo. adelantaban un día y hacían caer la ofrenda del haz en aquel domingo (16 de Nisán), en el sábado precedente la Pascua (15 de Nisán) y en el viernes anterior la inmolación del cordero (14 de Nisán). Esta mutación del calendario se obtenía fácilmente, incluso mediante pequeños subterfugios, aprovechando el empirismo con que se regulaba la fijación del calendario, según ya dijimos (§ 180) (1).

Pero los fariseos no consentían en esta acomodación de los saduceos, y, sin preocuparse del día de la semana en que caía Pentecostés celebraban el rito del cordero, el de la Pascua y el de las espigas en los días que correspondían efectivamente.

Así, pues, había una escisión entre los que celebraban estos ritos.

La masa del pueblo, dominada por los fariscos, les seguía incluso en la fijación cronológica de estos ritos. Por el contrario, las clases aristocráticas, más vinculadas al ambiente sacerdotal, seguían la fijación de boetianos y saduceos. Cada grupo se atenía a su cronología propia, sin cuidarse del grupo opuesto; pero no debían faltar individuos que por razones de comodidad siguieran la cronología del grupo de que no formaban parte, o bien, no perteneciendo en rigor a ningún grupo, tal vez siguiesen la cronología que más les agradaba.

⁽¹⁾ Para toda esta cuestión, véanse Strack y Billerbeck, op. cit., vol. 11, pág. 847 y sigs.

540. Aplicando estos datos al caso de Jesús, se halla una correspondencia sorprendente. El año en que Jesús murió, la Pascua caía regularmente en viernes. Por ello, los saduceos, conforme a su norma, atrasaron el calendario en un día para obtener que la ofrenda de las espigas fuese en domingo. Los fariseos, sin embargo, se atenían al calendario regular, rechazando el día de atraso de los saduceos y ejecutando el sábado la ofrenda de las espigas. El pueblo se dividió entre las dos tendencias.

La siguiente tabla muestra en las dos primeras columnas la diferencia de datación de la festividad pascual entre los saduceos y los fariseos, y en las dos últimas columnas indica las respectivas posiciones de los evange-

listas (comp. c. la tabla del § 536):

Mes de Nisán		Día		
Saduceos	Fariseos	de la semana	Sinópticos	Juan
12	13	MIÉRCOLES		
13	14 Cena del cordero	JUEVES	14 de Nisán Última cena de Jesús	13 de Nisán Última cena de Jes ús
L4 Cena del cordero	15 Pascua	VIERNES	15 de Nisán Pascua Muerte de Jesús	14 de Nisán Cena del cordero de los «judíos» Muerte de Jesús
15 Pascua	16 Ofrenda del haz	SÁBADO		15 de Nisán Pascua de los «judíos»
16 Oftenda del haz		DOMINGO		

Nótese que Juan concuerda con el calendario mensual de los saduceos y en cambio los Sinópticos concuerdan con el de los fariseos. La última cena de Jesús fué, pues, sin duda, la cena legal del cordero y se celebró el jueves a la vez que la de los fariseos y la mayoría del pueblo, que consideraban aquel jueves como 14 de Nisán y el siguiente viernes como 15, o Pascua. Pero en el Sanhedrín que condenó a Jesús, preponderaban los saduceos (§ 58), quienes consideraban aquel jueves como 13 de Nisán y en consecuencia retardaban la cena del cordero hasta el viernes siguiente

- la Pascua al siguiente sábado. Así se comprende por qué el viernes de a muerte de Jesús muchos no observasen el reposo festivo, aunque en quel día cavera la Pascua. Era Pascua para los fariseos, pero no para

Fig. 96. — CALLEJUELA DE LA CIUDAD VIEIA DE JERUSALEM

muchos otros que por una razón cualquiera seguían el cómputo de los saduceos. En conclusión. los Sinópticos se refieren al calendario mensual seguido por Jesús de acuerdo con los fariseos, aunque aludiendo claramente al desacuerdo de otros. En cambio, Juan se refiere al calendario seguido por los saduceos miembros del Sanhedrín. condenadores oficiales de Iesús, si bien dando va por sabido que el calendario seguido por Jesús era diferente.

¿Es completamente segura esta explicación del viejo tema? No, puesto que persisten algunos puntos obscuros que sería excesivo enumerar aquí. Pero a nosotros nos parece la hipótesis de más fundamento histórico, sobre todo porque toma en consideración la elasticidad del calendario contemporáneo, elasticidad que es una realidad histórica de primor-

dial importancia, y que, habiendo entrado en cierta parte en las famosas controversias del cristianismo primitivo a propósito de la celebración de la Pascua cristiana, aun hoy explica las diferencias cronológicas que se encuentran a propósito de costumbres islámicas entre los árabes, incluso los de regiones colindantes, cuyo calendario se funda en la observación directa de la luna.

DENUNCIA DEL TRAIDOR

541. El hecho de que en la cena pascual de Jesús ocurriera cierta cosa extraordinaria lo expresa Juan con aquel su modo particular, compuesto de veladas alusiones, que sin embargo era muy bien comprendido por los expertos oyentes de su catequesis: Sabiendo Jesús que había llegado su hora de pasar de este mundo al Padre, habiendo amado a los suyos, aquellos (que estaban) en el mundo los amó hasta el sin (εἰς τέλες) (Juan, 13, 1). Estas palabras pueden considerarse como un nuevo y reducido prólogo que Juan sitúa ante el relato de la pasión: Jesús, que ha amado siempre a los suyos, ahora demuestra su amor hasta el sin, no sólo cronológicamente, hasta el fin de su vida, sino, y mucho más intensamente, hasta el máximo fin alcanzable, hasta el extremo límite posible del amor mismo. Al aludir a ese amor hasta el fin quiere acaso el evangelista espiritual aludir a la institución de la Eucaristía que es el único en no narrar? Es muy posible (§ 545).

Por otra parte, también el evangelista discípulo de Pablo alude a este amor cuando narra que al principio de la cena Jesús, viéndose circundado de sus discípulos, exclamó: Con (gran) deseo deseé comer esta Pascua con vosotros antes de que yo padezca. Porque os digo que no la comeré más hasta que sea cumplida en el reino de Dios (Lucas, 22, 15, 16). Aquí retorna la idea de que la pasión es para el Mesías la condición necesaria de su entrada en la gloria. Esta gloria, pues, será el triunfo del reino

de Dios simbolizado en un banquete eterno.

En la última cena se siguió sin duda el rito usual de las cenas pascuales — que describimos en el § 75 —, incluyendo las cuatro copas rituales de vino, el pan ázimo, las hierbas silvestres y el cordero asado, aunque todas estas cosas no sean recordadas por los evangelistas. Jesús actuó en aquella comida como padre de familia. Por eso bendijo la primera copa, añadiendo: Tomad esto y dividid(lo) entre vosotros. Porque os digo que no beberé desde ahora el producto de la vid hasta que haya venido el reino de Dios (ibíd., 17, 18). Con relación al precedente símbolo del banquete eterno, el reino de Dios es simbolizado aquí en un eterno simposio.

La cena había, pues, comenzado. pero no todos los comensales estaban plenamente satisfechos. No habrían sido hombres de su nación y de su tiempo si varios de ellos no se hubieran mostrado descontentos del puesto que ocupaban en la mesa, deseando uno más honorífico (§ 457). Aquella buena gente tenía toda una grande estima y ocurrió también una porfía entre ellos respecto a quien de ellos parecía ser mayor (ibid., 24). La discusión no era nueva, pero una vaga alusión de Juan (13. 2-5) induce a sospechar que esta vez la porfía fué motivada por la pretensión de Judas Iscariotes. Sería precisamente el traidor el que suscitara los celos de los demás

apóstoles pretendiendo uno de los puestos más honoríficos, con arreglo a un fenómeno frecuente en los traidores, que, impelidos por el disimulo,

aspiran a preferencias y especiales atenciones.

Jesús debió cortar esta humillante escena con palabras como las empleadas para apaciguar anteriores disputas de preeminencia entre los apóstoles (§§ 408, 496), pero esta vez quiso añadir también una réplica con los hechos (Juan, 13, 4 y sigs.). Viendo que, no obstante sus exhortaciones a la humildad, aquellos filauteros no cesaban de rezongar, Jesús se levantó del diván, quitóse las vestiduras, ciñóse un lienzo al cinto y cogiendo una jofaina con agua comenzó a lavar los pies de los comensales. Normalmente eran los más humildes esclavos los encargados de esta tarea, que podían realizar con facilidad por sentarse los convidados con el busto hacia la mesa y los pies hacia fuera (§ 341). Al ver al Maestro rebajarse a tal servicio, los apóstoles quedaron cohibidos y aceptaron pasivamente el lavatorio como una humillación. Ni siquiera Judas osó protestar.

Sólo Pedro, que fué probablemente el primero a quien se dirigió Jesús. protestó, diciendo: Señor, ¿tú me lavas los pies? — Mas Jesús repuso: Lo que vo hago, tú ahora no lo sabes, pero lo sabrás después. — Pedro no cedió: ¡No me lavarás los pies jamás! — Jesús replica: Si no te lavare, no tendrás parte conmigo. — A esta respuesta, el fogoso Pedro da en otro exceso: Señor, lávame no sólo los pies, sino también las manos y la cabeza. — Jesús entonces concluye: Quien se ha lavado no necesita lavarse (sino los pies), mas está limpio enteramente. Y vosotros estáis lim-

pios, aunque no todos.

¿Tembló Judas al oír esta alusión? Acaso no: el traidor debió contentarse viendo que su delito seguía oculto ante sus compañeros. Pero la cosa no terminó allí.

542. Terminado el lavatorio de pies, Jesús púsose otra vez sus vestidos y ocupó su lugar en el diván, ante la mesa. Ocupaba con toda certeza el lugar más honorífico y la disputa de antes entre los apóstoles se debería al deseo de ocupar los divanes más cercanos a él. Como la mesa era semicircular y los divanes estaban dispuestos radialmente al exterior del semicírculo, se puede conjeturar razonablemente que Jesús ocupaba el diván central en el vértice del semicírculo; pero de cuanto indican los evangelistas se desprende que los divanes más próximos a Jesús estaban ocupados por Pedro, Juan y Judas Iscariotes. Imaginando, pues, los comensales tendidos sobre los divanes y apoyados en la mesa con el codo izquierdo, Jesús, que estaba en el centro, debía tener a sus espaldas a Pedro, quien ocupaba así el segundo puesto en la categoría honorífica. Al otro lado, esto es, ante el pecho de Jesús, debía estar tendido Juan, que podía, por lo tanto, apoyar la cabeza en el pecho del Maestro. Judas Iscariotes estaba sentado inmediatamente después de Juan, de modo que Jesús podía, alargando la mano, alcanzar a darle un bocado de vianda. Esquemáticamente, pues, la posición de los comensales debía presentarse de este modo:

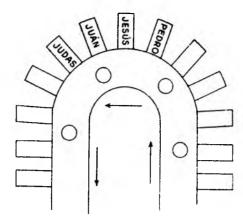


Fig. 97. — Las flechas indican la dirección de la vista respecto a la posición de los comensales. [os círculos sobre la mesa indican i as fuentes comunes para los manjares

Empezó de nuevo la cena, pero los comensales no estaban aún tranquilos. Los apóstoles sentíanse conturbados por la afirmación de Jesús respecto a que no todos estaban limpios, y deseaban alguna aclaración. También Jesús deseaba por su parte volver sobre el tema, no tanto para satisfacer la justa curiosidad de los limpios, cuanto para la no solicitada purificación del único inmundo. Era preciso hacer aún una tentativa con aquel desgraciado, ofreciéndole una última tabla de salvación. Por esto, cuando se reanudó la comida, Jesús, hablando todavía genéricamente, citó un pasaje del Salmo (41, 10, hebr.): Quien come mi pan alzó contra mi su calcañar (Juan, 13, 18; comp. c. Marcos, 14, 18). Y dicho esto, fué turbado en espíritu, añadiendo, sin nombrar a nadie: En verdad, en verdad os digo que uno de vosotros me traicionará.

Siguió un general desconcierto. ¿Podía hablarse de traición precisamente en aquella noche tan solemne y afectuosa? ¿Podía esconderse un traidor precisamente entre aquellos doce hombres que se habían entregado al Maestro en cuerpo y alma? Entonces todos, con vehemencia impetuosa y no sin un atisbo de sincero resentimiento, preguntaron al Maestro a porfía: Señor, ¿soy acaso yo? Jesús confirmó su dicho nuevamente, sin dar nombres, pero haciendo resaltar la calidad particular del traidor: Uno de los doce. Quien moja en la fuente conmigo (Marcos, 14, 20). Todos los comensales, de hecho, extendiéndose desde su diván, mojaban el pan y las hierbas amargas en fuentes comunes que contenían la salsa pascual (harōseth; § 75), y cada fuente podía servir para unas tres personas, de manera que probablemente aquella en que mojaba Jesús servía también para Juan y Judas. Mas también esta última observación fué interpretada en sentido vago por los apóstoles, como si equivaliese a la anterior expresión uno de los doce y designase en general a cualquiera de los que moja-

in en una de las fuentes de la mesa común, aunque Jesús, en rigor, sólo ebió referirse a los que mojaban en la suya. En cualquier caso, entre los omensales estaba el que había comprendido bien la alusión, y a él fueron irigidas las últimas palabras de Jesús, que eran un angustioso grito de chortación, una última indicación del abismo: Porque el hijo del hombre va (de este mundo) conforme a lo que de él está escrito. ¡Ay, empero, e aquel hombre por quien el hijo del hombre es traicionado! Buena cosa ería) para él, si no hubiese nacido aquel hombre.

543. Ya en este punto, Judas no podía seguir callando. Su silencio, ntre el ansia afanosa de los demás, le habría traicionado por sí solo. Tranuilo, mesurado, pero no sin un ligero temblor en la voz, preguntó como si demás: ¿Araso soy yo, Rabi? El traidor estaba tendido a poca distancia el traicionado y las cabezas de los dos, vueltas hacia la mesa, estaban ún más cercanas que el resto de sus cuerpos. Al oír la pregunta de Judas, ue debió pasar inadvertida para los más de los comensales, Jesús hizo l supremo esfuerzo para salvarle. Aprovechando, tal vez un momento en ue Juan, comensal intermedio, se había incorporado sobre el busto y miaba a otra parte, respondió, quedo, a Judas: Tú (lo) has dicho. Era un nodo hebraico (ken dibbartā; v. Exodo, 10, 29) de dar una respuesta firmativa. Ya no había dudas: el traidor sabía que era conocido como al. Podía elegir entre consumar la traición sabía o implorar el perdón lei siempre venerado Maestro (§ 533).

La queda contestación de Jesús a Judas no debió ser oída por los femás comensales, exceptuando, tal vez, a Juan. De aquí que el deseo de onocer algo precise a propósito del traidor y la traición fuese vivísimo en odos, y singularmente en el generoso Pedro. Este no se atrevió a interrogar i Jesús, acase por temos a recibir una respuesta severa como otras veces; 10 obstante, para llegar a su intento eligió un camino hábil, dirigiéndose a Juan. El discípulo predilecto ocupaba el diván inmediato a la derecha le Jesus, de manera que, estando tendidos los dos y apoyados en el codo izquierdo, Jesús volvía su pecho a Juan y se podía decir de éste que estaba τρογαdo en el pecho de Jesús (ήν ανακείμενος... εν τῷ κόλπφ τοῦ Ἰησοῦ, en Juan. 13. 23). Pedro, en cambio, estaba sentado en el diván a la izquierda le Jesús y, como éste le volvía la espalda, no le podía ver directamente. Así. Pedro, aprovechando su situación, hizo señas (veós) a Juan de que preguntase al Maestro quién era el traidor del que hablaba. La maniobra, por lo demás, era muy sencilla, porque Pedro se habría incorporado sobre el busto para hacerse visible a Juan por detrás de Jesús, que estaba apoyado sobre el codo izquierdo, y le manifestaría su desco con señas. El joven evangelista comprendió en seguida el desco de Pedro y ejecutó a su vez una pequeña maniobra que le sugería su confiado corazón de amigo predilecto. Y fué que, girando de medio cuerpo para arriba, apoyóse no en el codo izquierdo sino en el derecho, y encontrándose así aun más cercano al diván de Jesús, apoyó confidencialmente la cabeza en el pecho del Maestro (αναπεσών... ἐπὶ τὸ στήθος τοῦ Ἰησοῦ) y mirándole a los ojos desde abajo, como un niño que pide una gracia a su padre, reclinándose en su

pecho, le pregunto quedamente: Señor, squien es (el traidor)?

La pregunta del joven amigo predilecto sué atendida, pero se tuvo aún un último miramiento para el amigo desgraciado que se hundía hacia el precipio. En las comidas en común de los antiguos orientales — y también de los modernos (1) — constituía una muestra de cortesía ofrecer a un comensal un bocado preparado, es decir, un trozo de pan que quien usaba la cortesía arrancaba de la hogaza común, lo enrollaba, lo mojaba en la fuente donde todos mojaban y luego lo ofrecía al invitado acercándoselo a la boca. A la pregunta de Juan, Jesús contestó: Es aquel para quien yo moje el bocado y se (lo) dé. Y tomando un pedazo de pan lo mojó y ofreciólo a Judas.

El traidor no había sido aún descubierto, sino secretamente, al confidente Juan, y por tanto Judas podía reaccionar aún ante aquella cortesía de Jesús, pero permaneció impasible. Ingirió el bocado en silencio mostrando así haber realizado la elección definitiva. Y después del bocado — comenta el testigo ocular partícipe de aquella escena — entonces entró en él Satanás.

Empero el propio Judas no puede resistir más y se levanta de su diván para salir. Dícele, pues, Jesús: «Lo que haces, haz(lo) pronto». Mas ninguno de los comensales comprendió esto, a qué fin se (lo) dijo. Porque algunos creian que, como Judas tenia la cajita (§ 502). Jesús le decia: «Compra las cosas de que tenemos necesidad para la fiesta», o que diese algo a los pobres. Habiendo, pues, tomado el bocado, él salió en seguida. Era de noche.

Y el traidor, ya fuera, sumergióse en su doble noche (2).

⁽¹⁾ Al mísmo autor le ha sido hecha alguna ver esta cortesía comiendo en el desierto con beduínos árabes. Verdaderamente, diversas razones, empezando por las higiénicas, le hubieran impelido a rechazar semejante atención. Pero, cuidado con rehusar: ello hubiera constituído una injuria tan grande como grande quería ser la cortesía.

⁽a) Se ha discutido mucho si Judas participó o no de la Eucaristía, y existen respuestas positivas y negativas, empezando por los primitivos escritores cristianos, hasta hoy. En realidad es una cuestión que nunca podrá ser resuelta con certidumbre, va que existen razones en pro y en contra. En todo caso, una razón de casi ningún valor es la sentimental, según la cual habría sido indecoroso que el mismo Jesús, al instituir la Eucaristía, hubiese dado la comunión a un sacrílego. Varios Padres no han sido de este criterio y consideran a Judas como comulgante sacrílego. Prescindiendo, pues, de las razones sentimentales, quedan las históricas, que discordan entre sí. En la serie de hechos seguida por Mateo y Marcos viene primero la denuncia del traidor por parte de Jesús y luego la institución de la Eucaristía. En la serie seguida por Lucas está primero la Eucaristía y luego la alusión (muy breve) al traidor. Juan no esclarece nada, porque no relata la Eucaristía. ¿Qué serie es cronológicamente mejor: la de Mateo y Marcos o la de Lucas? Lucas, en otros casos frecuentes, es cronológicamente preferible, pero no siempre, y éste puede ser un caso del no siempre, ya que por razones ideales comienza la narración de la última cena casi directamente con la institución de la Eucaristía, posponiendo todo lo demás. La serie de Marcos y Mateo, tanto por proceder de dos como por parecer más espontánca, nos parece preferible; pero no cierta en absoluto.

INSTITUCIÓN DE LA EUCARISTIA

544. En este momento el banquete pascual debía estar muy avanzado y próximo a su fin. Quizá se había consumido ya la segunda copa y

debía servirse a poco la tercera (§ 75).

De pronto Jesús ejecutó una acción insólita, no prevista en el rito de la cena pascual. Tomó una hogaza de pan ázimo y, después de pronunciar una fórmula de bendición, partió el pan en pedazos y los ofreció a los apóstoles, diciendo: Tomad y comed: este es mi cuerpo que por vosotros (es) dado. Haced esto en (εἰς τῆν) recuerdo mío (1).

Poco después, probablemente al escanciar al fin de la cena la tercera copa titual. Jesús tomó un cáliz lleno de vino templado y habiendo igualmente dado gracias, hizo beber a todos, diciendo: Bebed todos de él. Este cáliz (es) el nuevo testamento en mi sangre que por muchos (es) derramada.

Haced esto, cuantas veces bebáis (de él), en recuerdo mío.

Los Sinópticos no dicen la impresión que pudo causar personalmente en los apóstoles este doble acto de Jesús, ni ello significaba tampoco gran cosa. De bastante mayor transcendencia es, en cambio, la impresión y el efecto permanente que causó sobre la totalidad de la más primitiva sociedad cristiana, constatar que fué bajo todo aspecto el intérprete más autorizado de aquella doble acción de Jesús y de las palabras que la acompañaron. Y aquí, para contrastar los hechos históricos, tenemos a nuestra disposición dos excelentes puntos de observación situados a cierta distancia el uno del otro.

Unos veinticinco años después de la muerte de Jesús, Pablo escribía a los cristianos de Corinto aquella epístola (I Cor., 11, 23-29) donde la Fucaristia es presentada como rito estable y habitual, como rito en virtud del cual el fiel que en él participaba comía verdaderamente el cuerpo y bebía verdaderamente la sangre de Jesús, como rito, en fin, vinculado directamente con la doble acción de Jesús en su última cena y con su muerte redentora. No hay duda alguna de que esta enseñanza de Pablo, ya transmitida por él a los fieles de Corinto en años precedentes (ibíd., 11, 23), había sido transmitida también a las otras comunidades por él catequizadas y se encontraba en pleno acuerdo con la catequesis de los otros apóstoles. Esta era, en suma, la manera en que la catequesis y la liturgia primitivas interpretaban y renovaban la doble acción verificada por Jesús en su última cena.

Cuarenta años después de la epístola de Pablo, encontramos otro

⁽¹⁾ Las dos fórmulas, la del pan y la del vino, contienen divergencias verbales, si se cotejan tal como son referidas materialmente por los tres Sinópticos y por Pablo (I Cor., 11). Ya mencionamos el hecho, aludiendo también a sus razones íntimas (§ 122). Entre los cuatro testimonios cabe distinguir dos grupos que muestran peculiares semejanzas internas: uno el de Mateo y Marcos, otro el de Pablo y su discípulo Lucas. Probablemente el grupo de Pablo y Lucas ha conservado la forma más antigua de la catequesis. En las fórmulas compendisdorse que presentamos se da la preponderancia a Pablo y Lucas.



Fig. 98. - EL MONTE SIÓN

observatorio que funciona de manera diferente, pero no menos precisa: el 17 Evangelio, único que no relata la institución de la Eucaristía. Ya sabemos que este silencio es más elocuente, en cierto modo, que un relato efectivo (§§ 378-383); pero aquí cabe añadir otra consideración. Sin concederlo, desde luego, pero admitiendo como base polémica que el autor del 1v Evangelio no fuera el apóstol Juan, sino un desconocido místico solitario, este autor, no sólo conocía muy probablemente la citada epístola de Pablo y sin duda los Sinópticos, sino que certísimamente estaba instruído en la liturgia eucarística establemente difundida a fin del siglo t doquiera que existía una comunidad cristiana. Así, pues, es un testigo tácito, pero no por ello menos eficaz, de la fe de su época, por cuanto guarda silencio sobre la institución, pero subraya vivamente sus efectos espirituales con su discurso sobre el pan de vida (§ 378 y sigs.). Por lo demás esto es admitido hoy hasta por los críticos radicales (§ 373, nota) En conclusión, el autor del 1v Evangelio concuerda plenamente con la catequesis de Pablo y con la de los Sinópticos, y la confirma acentuándola en parte tácitamente, y en parte poniendola en vivo relieve.

545. Volviendo ahora a los apóstoles y a la impresión inmediata que en ellos produjeron las palabras de Jesús, menester es confesar que fué una impresión menos nueva de cuanto pudiera parecer a primera

vista; antes bien, en cierto modo constituyó la resolución de un viejo enigma que se agitaba hacía tiempo en la mente de aquellos hombres.

Estos no sólo no habían olvidado nunca el antiguo discurso sobre el pan de vida, sino que sus términos debían reaparecer en sus mentes de cuando en cuando como una arcana promesa todavía incumplida: En verdad, en verdad os digo que si no coméis la carne del hijo del hombre v no bebéis su sangre, no tenéis vida en vosotros mismos... Mi carne es verdadera comida y mi sangre verdadera bebida: quien coma mi carne y beba mi sangre, en mi permanece y vo en él... Quien me coma, él también vivira por mi. Este es el pan descendido del cielo, etc. Afirmaciones de este género las había hecho Jesús en Cafarnaum muchos meses antes; pero hasta la última cena no había ofrecido a sus discípulos manera de ejecutar aquella orden tan esencial para tener vida en sí mismos. Y, además, ¿de qué modo trocaria él en «blando» un discurso tan duro? (§ 382). ¿De qué modo convertiría en humano y espiritual un banquete que parecía de antropofagos? La «dureza» de las afirmaciones había escandalizado a muchos discípulos de Jesús, los cuales le habían abandonado, mientras los doce le permanecían fieles, porque el Maestro pronunciaba palabras de vida eterna. Sin embargo, en los muchos meses transcurridos aquellas palabras no se habían realizado y ciertamente los doce debían haberse preguntado más de una vez, dubitativos, si el Maestro se habría olvidado de la promesa o de qué manera la mantendría.

Y de improviso, aquella noche ven distribuir al Maestro el pan y el vino diciendo: Este es mi cuerpo... Esta es mi sangre. Con esta doble acción v esta doble afirmación, el viejo enigma se resolvía, la antigua promesa quedaba realizada y el verdadero significado de la acción y de la afirmación aparecía admirablemente claro a la luz del discurso sobre el pan de vida El pan aparente y el vino aparente distribuídos eran, en realidad, el cuerpo y la sangre del Maestro.

Por tanto, quien tenga presente el estilo sentencioso y reflexivo de Juan. encontrará posibilísimo que cuando afirma que Jesús amó a los discípulos (hasta) el fin aluda precisamente con esta frase a la institución de la Eucaristía, que él no relata (§ 541).

546. Una acción tan importante cumplida por Jesús en circunstancias tan solemnes, y convertida, además, en la base de la vida religiosa de la Iglesia desde la primera generación cristiana, no podía dejar de atraer la particularísima atención de los críticos radicales.

Realizó Jesús efectivamente la doble acción y pronunció la doble

afirmación de la última cena?

Lo que los Sinópticos y Pablo narran sobre el tema, ¿es realmente histórico, o sólo tiene un pequeño núcleo histórico, más tarde agrandado y desnaturalizado por la elaboración de la primera generación cristiana?

¿Tuvo Jesús intención de instituir un verdadero rito estable que debían renovar ulteriormente sus discípulos, o bien ejecutó una mera

acción simbólica que sólo valía en cuanto hecha por él en aquellas circunstancias, sin que ordenase renovarla después?

Estas y otras preguntas concomitantes que se han propuesto no se refieren sólo a la Eucaristía en sí, sino que abarcan toda la actividad de Iesús, que será valorada diferentemente según como se responda a ellas. Si se acepta, en efecto, el relato de los Sinópticos y de Pablo tal como lo presentan, es preciso reconocer que Jesús atribuía a su muerte un valor de redención (mi cuerpo que por vosotros es dado... mi sangre que por muchos es derramada); es preciso también admitir que quería fundar una religión particular, con un rito suyo bien definido que recordase perennemente la muerte redentora del fundador (haced esto... en recuerdo mío). Ahora bien, estas y otras consecuencias desmentían más o menos ampliamente las interpretaciones que de la figura y obra de Jesús daban las teorías contemporáneas, desde la de la Escuela liberal hasta la de los escatologistas: el melifluo predicador de la universal paternidad divina imaginado por los liberales (§ 204 v sigs.) no pensaba de cierto en su muerte como en un verdadero sacrificio de redención para la humanidad, v con menos razón el visionario descubierto por los escatologistas podía preocuparse de fundar una particular religión con un rito bien característico que sobreviviese a la catástrofe del «siglo» presente (§ 209 v sigs.) Para salvar, pues, las teorías era menester demostrar que Jesús no instituyó en absoluto la Eucaristía, y para obtener esto se necesitaba someter a sagaz interpretación los relatos de los Sinópticos y de Pablo. Ahora bien. ya sabemos que las sagaces interpretaciones de los radicales se reducen, inevitablemente, a repudiar como interpolados y tardíos todos los pasajes que no encuadran en una teoría preconcebida; pero en este caso mejor quizá que en cualquier otra cuestión evangélica aparece claramente la férrea necesidad lógica de que cuando en semejantes textos se comience por negar una parte se concluva inevitablemente por negar y repudiar el todo.

547. Empezóse, pues, por negar que Jesús hubiera ordenado a los apóstoles a renovar en lo sucesivo el rito, y como el grupo Mateo-Marcos no refiere las palabras: Haced esto... en recuerdo mio, se concluyó que tales palabras eran una adición posterior introducida por el grupo Pablo-

Lucas, y por lo tanto repudiable.

Pero aun quedaba mucho en pie, a saber: que el cuerpo de Jesús por vosotros es dado, que el cáliz de su sangre es el nuevo testamento y ha sido derramado por muchos. En suma, quedaba intacta la idea de la muerte redentora de Cristo. Mas también esto fué sucesivamente rechazado por el mismo procedimiento, decretándose que todo eran adiciones posteriores, debidas a la influencia de las elaboraciones teológicas de Pablo. Cierto que también en el grupo Mateo-Marcos se encuentra que la sangre de Cristo es la sangre del (nuevo) testamento y que por muchos ha sido vertida en remisión de pecados; pero esto, ¿qué demostraba? Nada. Podía lo mismo rechazarse como adición debida a la influencia de Pablo.

Sólo quedaban, pues, como primitivas las palabras: Este es mi cuerpo... Esta es mi sangre, pronunciadas por Jesús en el acto de distribuir el pan y el vino y que pronunciaría aludiendo al festín mesiánico, presentando el pan y el vino como símbolo de aquel festín y sin relacionarlo para nada con su muerte inminente.

Con todo, aun después de tales amputaciones quedaban en pie serias dudas. Eran realmente auténticas y primitivas aquellas dos afirmaciones respetadas? Pensando más en ello, se acabó por concluir que no podían ser respetadas las dos. Ofreció pretexto a la nueva amputación el hecho de que en el acervo de códices antiquísimos y todos substancialmente uniformes, había uno — el discutido códice de Beza —, corroborado por algunas, muy pocas, versiones antiguas, en el cual el relato de Lucas está reducido a estas palabras: Y tomando el pan, habiendo dado gracias, (lo) partió y dióles, diciendo: «Este es mi cuerpo». Todo lo demás está omitido en ese códice. incluso la distribución del vino y las relativas palabras (1). Este, se dijo, era el primitivo relato: la sola presentación del pan. sin contraposición alguna del pan-carne al vino-sangre, o sea sin la idea de la muerte y naturalmente sin la orden de renovar el rito después.

Quedaba así el pan junto con su presentación. Mas tampoco la existencia de este último resto satisfizo, si no por otra razón, porque era demasiado exiguo e insignificante. ¿Qué se había propuesto Jesús, en resumen, presentando el pan como su cuerpo? ¿No había comido pan centenares de veces en unión de sus discípulos? ¿O acaso aquella vez la comida en común tenía un significado particular como banquete de haberuth, o de ofraternidado? (§ 39). Pero en tal caso, ese significado particular se lo infundía la inminente muerte de Jesús, y otra vez se volvía a la repudiada relación con la muerte. Por tanto, con todas las anteriores mutilaciones no se había logrado nada positivo. Para encontrar terreno histórico más sólido y vasto, había que descender a la liturgia de la Iglesia primitiva y averiguar lo que creían hacer aquellos primeros cristianos cumpliendo el rito de la Eucaristía y atribuyendo su institución a Jesús.

En primer lugar, gera un rito de procedencia judía o extranjera? Se buscó en el judaísmo tardío, pero no se encontró nada satisfactorio. Se aplicó el método de la historia comparada de las religiones (§ 214). Se pensó en primitivos ritos de totemismo y de teofagia, se investigaron más esmeradamente los ritos de Isis y Osiris, y la hemofagia de los cultos de Sabacio y de Dioniso; una atención aun mayor se prestó a los misterios de Eleusis y a los banquetes de Mithra. Se encontraron, cierto, noticias nuevas y se hicieron observaciones importantes sobre aquellos ritos paganos, pero cuando se llegó al nudo de la cuestión, o sea a sus relaciones con el rito eucarístico del cristianismo primitivo, se tomaron luciérnagas

⁽¹⁾ Falta, pues, Lucas, 22, 19 b-20. Trátase del llamado texto occidental, en contraposición al texto alejandrino, ampliamente predominante. Casi todas las ediciones críticas modernas reproducen en Lucas la parte omitida por el códice de Beza. Para la discusión y ulteriores noticias, véanse los aparatos de las ediciones críticas.

por faroles y se afirmó que un mosquito es enteramente igual a un águila en razón a que ambos tienen alas y vuelan y se nutren de sangre.

Sobre todo, en definitiva, estas doctas pesquisas parecieron otros tantos vuelos en el aire, muy lejos del terreno de la realidad histórica. Antes de pensar en Isis y Osiris y en otras infiltraciones orientales, convenía ajustar cuentas con San Pablo y ver si éste dejaba tiempo material a la penetración de tales infiltraciones en el cristianismo.

548. Pablo, de hecho, escribe su epístola a los Corintios el año 57, pero él mismo declara haber enseñado oralmente el rito eucarístico a los Corintios con anterioridad (§ 544), es decir, cuando fundó aquella comunidad cristiana en el año 51. Pero también este año es demasiado tardío para nuestra cuestión, porque entonces Pablo poseía ya su doctrina bien definida respecto a la Eucaristía, doctrina ciertamente concorde con la catequesis y doctrina de las otras comunidades. O sea que la poseía antes del 50, a menos de veinte años de distancia de la mueixe de Jesús. Y aun de estos cuatro lustros hay que quitar varios años. Sólo hacia el 24. Pablo. hasta entonces intransigente fariseo, se pasa a los perseguidos discípulos del Cristo, pero, naturalmente, todavía permaneció cierto tiempo en la penumbra llevando una vida, o del todo solitaria, o sólo semipublica entre la Arabia, Damasco y Tarso. Unicamente con su primer viaje misionero se convierte Pablo en una figura de primer plano en el cristianismo primitivo; pero es el viaje que comienza entre el año 44 y el 45 para terminar en el 49. Estamos así al período antes aludido en que Pablo poseía va una doctrina bien definida acerca de la Eucaristía. Y serían excesivas y demasiado inverosímiles las cosas que, según la hipótesis radical, habrían de acumularse en el decenio 34-44 aproximadamente, para poder admitir aquellas hipótesis.

En primer lugar, es inverosímil que Pablo, indomable adversario de la idolatría — ayer como fariseo y hoy como discípulo de Cristo —, tomase precisamente de la idolatría el rito litúrgico fundamental del cristianismo. Y también que tuviera en sus primeros años la autoridad bastante para difundirlo entre iglesias cristianas del más diverso origen. Y además que triunfara tan rápidamente en la difusión hasta obtener que ya antes del 50 el rito fuese común, básico, único. No: esto no es historia; son vuelos de la fantasía guiada por prejuicios. mas no por documentos. La página de Pablo sobre la Eucaristía es documento capaz de truncar esos vuelos, porque, debidamente iluminada por la actividad de los primeros años cristianos de Pablo, demuestra que el apóstol tomó su doctrina eucarística de la iglesia de Jerusalem, en la que siempre tuvo fija la mirada y a la que se encaminó muchas veces en persona durante el decenio susodicho. Y la iglesia de Jerusalem era aquella en que había tenido lugar la última cena de Jesús.

La fuerza de este razonamiento elemental ha sido sentida incluso en el campo de los críticos radicales, al menos por los más francos y lógicos

e entre ellos. Por tanto, no ha quedado sino dar el último paso en el amino de la negación, recurriendo al método usual de declarar añadida tardía la página de Pablo. Y también este paso se ha dado: el relato aulino de la Eucaristía ha sido declarado falso e interpolado por la única decisiva razón de que no concuerda con la teoría preconcebida (§ 219).

Cualquier critico imparcial puede juzgar sobre el carácter científico

e estos métodos.

NUNCIO DE LA NEGACIÓN DE PEDRO

549. La cena había terminado con la recitación de la segunda parte el Hallel (comp. hymno dicto; Mateo, 26, 30; Marcos, 14, 26) y con la sebida de la cuarta copa. Pero el grupo se entretuvo aún mucho tiempo n la sala de la cena. como solía hacerse en la noche de Pascua (§ 75). Durante esta larga demora se produjo, según Lucas (22, 31 y sigs.) y Juan 13, 36 y sigs.), el anuncio de la dispersión de los apóstoles y de la neación de Pedro, que, según Mateo y Marcos, parecería haber tenido lugar

lespués de salir de la sala.

En cierto momento. Jesús, dirigiéndose a los apóstoles, les dijo meancólicamente: Todos vosotros os escandalizaréis por mí esta noche. Porque está escrito: Heriré al pastor y se dispersarán las ovejas del rebañon cf. Zacarías, 13, 7). Empero después de que yo haya resucitado, os preceleré en Galilea. Era otra de aquellas sombrías previsiones que excitaban anto la nerviosidad de los apóstoles. Que ello les era insufrible se expresó nmediatamente en el rostro de varios, y sobre todo en el del impetuoso Pedro. Pero Jesús no cambia de tono; antes bien, dirigiéndose precisamente a Pedro, añade: ¡Simón, Simón! He aquí Satanás os pidió para ribaros como (se criba) el trigo. Pero yo rogué por ti para que no (se) iminore tu fe; y tú, una vez convertido (ἐπιστρέψας), confirma a tus hernanos. Tales palabras no agradaron al buen Pedro: él quería mucho a Jesús y, tentase Satanás lo que tentase, jamás le induciría a ninguna vieza contra el Maestro de que hubiese de volverse atrás.

El disgusto de Pedro estaba matizado de cierto resentimiento, y así, en una breve plática con Jesús de la que los evangelistas reproducen frases sueltas, dijo, entre otras cosas: Si todos se escandalizasen por ti, yo nunca me escandalizaré... Señor, contigo estoy pronto a ir a la cárcel y a (la) muerte. Ninguno, sin duda, habría pensado poner en duda la sinceridad de Pedro al hablar así; empero Jesús, tranquilo y paciente, le dió la siquiente respuesta, referida por Marcos (14, 30), quien debió oírla centenares de veces de boca del propio Pedro, cuando predicaba: En verdad te digo que hoy, esta noche, antes de que (el) gallo haya cantado dos veces, tú me habrás negado tres veces. ¡Esto era demasiado para Pedro! Un torrente de protestas y de seguridades brotó entonces de su boca. Marcos, queriendo quizá usar de cierto respeto hacia su padre espiritual, alude



FIG. 99. — INTERIOR DEL CENÁCULO. LA PIEDRA ADOSADA AL MURO INDICA EL LUGAR QUE OCUPABA JESÚS DURANTE LA CENA

a ese torrente diciendo que Pedro hablaba de manera superabundante (ἐκπερισσῶς) y repetía que aun cuando debiese morir con el Maestro no renegaría de él. Otro tanto, poco más o menos, decían los demás apóstoles.

Por su parte, Jesús mostraba no tener gran confianza. no de la sinceridad, sino de la solidez de aquellas afirmaciones. Continuó exhortándoles, pues, a que, lo mismo que habían confiado en el pasado, siguiesen confiando en él a lo largo de la dura lucha que iba entonces a comenzar (Lucas, 22, 35-37). Ante esta exhortación, la fogosidad belicosa de los apóstoles se inflama aún más. Si ha llegado el momento de pelear y combatir, todos están dispuestos: o vencerán al lado del Maestro, o caerán todos con las armas en la mano. Y pasando de las palabras a los hechos, invitan a su capitán a realizar lo que parece una especie de revista de su armamento. Había en la sala, quizá por casualidad, dos espadas. Y mostrándolas a Jesús, le dicen: Señor, he aqui dos espadas. Y Jesús, con infinita paciencia, y acaso también con una triste sonrisa, contesta: Basta (así).

¡Cuántas cosas se velaban bajo aquel Basta asi! Aun en el último momento, ni los apóstoles desmentían la crasitud de sus mentes, ni Jesús aminoraba su longanimidad de corazón en tolerarlos.

LOS ÚLTIMOS COLOQUIOS

55(). Sólo Juan refiere estos coloquios, conforme a sus predilecciones y como en compensación de no haber relatado la institución de la Eucaristía.

Ni literaria ni conceptualmente podrán nunca esos discursos ser clasificados o resumidos. Constituyen una impetuosa erupción de sentimientos que no es contenida ni dirigida por norma alguna, sino que brota como surgiendo de un volcán de amor. La lava incandescente avanza, ora lentamente, ora a saltos, con progresos y retrocesos, inundando montículos y barrancos, transtornándolo todo, tornando toda la zona sumergida en un lago inflamado.

El amor para con el Padre celeste: el amor para con los discípulos terrestres. El Padre a quien Jesús vuelve dentro de pocas horas: los discípu-

los de los que dentro de pocas horas se aleja.

Pero, aunque tan sublimes, esos coloquios no se apartan de la realidad humana y terrena y hasta en algunos puntos la siguen minuciosamente con la precisa intención de convertirla en realidad extrahumana y ultraterrena.

La plena efusión de amor estaba todavía detenida por un impedimento: la presencia de Judas. Pero cuando éste salió, Jesús dijo: «Ahora ha sido glorificado el hijo del hombre y Dios ha sido glorificado en él; si Dios na sido glorificado en él, también Dios le glorificará en él (mismo),

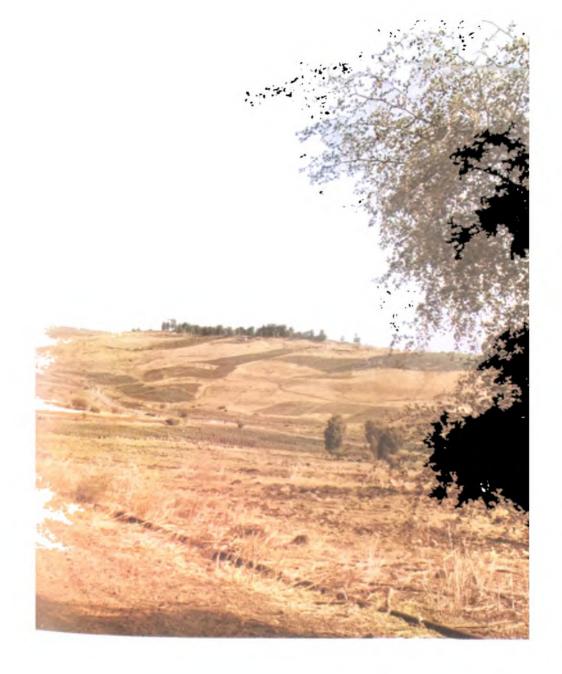
y lo glorificará pronto.

Hijitos, aun estoy un poco con vosotros. Me buscaréis y, como dije a los judios, «donde yo voy, vosotros no podéis venir» (§ 419), también (asi) a vosotros os lo digo ahora. Un mandamiento nuevo os doy: que os améis los unos a los otros; que como os amé, (ordeno) que también vosotros os améis los unos a los otros. En esto conocerán todos que sois mis discipulos, cuando (os) tengáis amor los unos a los otros».

Con esto, Jesús consigna el distintivo de reconocimiento a sus propios

discípulos.

En la antigüedad, tanto judía como greco-romana, las diversas asociaciones religiosas, culturales o de otro género, tenían a menudo una nota distintiva que contraseñaba su actividad y servía de signo de reconocimiento a sus miembros. A veces se servían también de un lema o aforismo que reflejaba en alguna manera aquella nota distintiva. Aquí, para Jesús, el distintivo que servirá como contraseña de reconocimiento para sus seguidores, deberá ser, no la ciencia de la «tradición» como para los fariseos, ni la ciencia de los números como para los pitagóricos, ni otras ciencias u otras prácticas como para otras asociaciones, sino la ciencia y la práctica del amor. Por eso ha llamado a tal precepto suyo un mandamiento nuevo; porque en realidad ningún fundador de precedentes asociaciones había pensado asignarlo y distribuírlo a sus secuaces como señal para ser reconocidos.



EL MONTE DE LAS BIENAVENTURANZAS

Si Roma había contribuído a la civilización de entonces creando la Fuerza y el Derecho; si, antes aún, Grecia había procurado a la humanidad la Belleza y la Sabiduría; si en aquella misma época las varias religiones orientales difundían en el mundo greco-romano corrientes místicas de diversa índole, nadie había importado aún como fuerza social el amor, porque el «amor», en su sentido más amplio — el de caridad —, no había sido «inventado» aún.

Y la novedad de este elemento entonces importado produjo gran impresión en los contemporáneos. Conocido es el pasaje de Tertuliano en que, describiendo esta impresión, refiere las exclamaciones de los paganos a propósito de los cristianos: «¡Mirad cómo se aman entre si!» (Ellos, en cambio, se odian entre si.) «¡Y cómo están prontos a morir el uno por el otro!» (Ellos, en cambio, están más dispuestos a matarse el uno al otro.) (Apolog., 39.) Desde ahora en adelante, la humanidad deberá contar con aquella novedad inventada e importada por Jesús, y el verdadero progreso humano será medido en razón de cuánto será realmente obedecida la ley del «amor-caridad».

551. Tras un diálogo con Pedro y Tomás, Jesus continuó: En verdad, en verdad os digo que quien tiene fe en mí, las obras que yo hago también él las hará, y mayores que éstas las hará, porque yo voy al Padre; y lo que pidáis en mi nombre lo haré, para que sea glorificado el Padre en el Hijo: si algo me pidierais en mi nombre, yo (lo) haré.

Si me amdis, guardad mis mandamientos. Y yo rogaré al Padre y él os dará otro Defensor (παράκλητος) para que esté con vosotros eternamente, (esto es) el Espíritu de la verdad, que el mundo no puede recibir porque no lo ve ni lo conoce. (Mas) vosotros lo conoceis, porque entre vosotros habita y en vosotros estará.

No os dejaré huérfanos: vendré a vosotros. Todavía un poco, y el mundo no me ve más. Empero vosotros me veis, porque yo vivo y vosotros vivireis. En aquel dia vosotros conocereis que yo (estoy) en mi Padre, y vosotros en mi, y yo en vosotros. Quien tiene mis mandamientos y los guarda, este es el que me ama. Y quien me ama será amado de mi Padre y yo le amaré y me manifestaré a él.

Oyendo todo esto, los pobres apóstoles no podían dejar de sentirse del todo desconcertados, y debían andar a tientas entre aquellos conceptos como entre una niebla luminosa. Una nueva pregunta, esta vez hecha por Judas Tadeo, desvió un tanto el discurso; pero luego Jesús lo reanudó diciendo: Paz os dejo, mi paz os doy; no como el mundo (la) da, la doy a vosotros. No se turbe vuestro corazón, ni se desconcierte. Oísteis que os dije: «Voy y (después) vengo a vosotros». Si me amaseis, os gozariais de que yo vaya al Padre, porque el Padre es mayor que yo (1). Y ahora os (lo) he dicho antes de que ocurra, a fin de que cuando haya ocurrido creáis. No hablaré

⁽¹⁾ Esta proposición era el texto clásico con que los antiguos arrianos querían demostrar que el Hijo no era consubstancial al Padre. Pero es notorio que Jesús se pone aquí al mismo

más con vosotros de muchas cosas, porque el príncipe del mundo esta para venir; y en mí no tiene nada, mas (esto sucede) para que el mundo conozca que yo amo al Padre y como el Padre me mandó, así obro. Le-

vantaos; partamos de aqui.

Es muy probable que esta invitación a salir del cenáculo no fuese ejecutada inmediatamente, ya que la verdadera salida de la ciudad es señalada mucho más tarde, terminados los coloquios (Juan, 18, 1). Fué, pues, como un recuerdo genérico de que había que abandonar aquel lugar de calurosa intimidad, donde por última vez se reunía en paz Jesús con sus discípulos antes de morir. Pero, como suele ocurrir en ocasiones de suprema despedida, aquella primera invitación a marchar fué seguida de otro amoroso aplazamiento, en cuyo curso Jesús continuó hablando, provocado acaso por éste o aquél de los presentes. Entre tanto, el predilecto entre los discípulos recogía atentísimamente las palabras de Jesús y las grababa en su despejada memoria para repetirlas más tarde como evangelista espiritual (§§ 167 y sigs., 290).

552. En efecto, inmediatamente después de invitarles a marchar, Jesús continúa:

Yo soy la verdadera vid y mi Padre es el viñador... Yo soy la vid; vosotres los sarmientos; quien permanece en mi y yo en él, éste lleva mucho fruto, porque sin mi no podéis hacer nada. Si alguno no permanece en mi, será arrojado fuera como el sarmiento y se secará, y lo recogerán en haces, y lo arrojarán al fuego y arderá. Mas cuando permanezcáis en mi y mis palabras permanezcan en vosotros, pedid lo que queráis y os será (dado). En esto ha sido glorificado mi Padre en que llevéis mucho fruto y sedis mis discipulos.

Como el Padre me amó, también yo (os) amé a vosotros: permaneced en mi amor. Mientras guardéis mis mandamientos, permaneceréis en mi amor, como yo he guardado los mandamientos de mi Padre y permanezco en su amor. De estas cosas he hablado con vosotros para que mi gozo sea en

vosotros y vuestro gozo sea completo.

Este es mi mandamiento: que os améis los unos a los otros como yo os amé. Ninguno tiene mayor amor que éste: que uno ponga su vida en favor de sus amigos. Vosotros sois amigos míos mientras hagdis esto que os mando. Ya no os digo más siervos, porque el siervo no sabe lo que hace su señor. Empero os he llamado amigos porque todas las cosas que oí de mi Padre hice notorias a vosotros...

Estas cosas os mando: que os améis los unos a los otros. Si el mundo os odia, sabed que me ha odiado a mí antes que a vosotros. Si fueseis del mundo, el mundo amaría su propiedad. Mas porque no sois del mundo, sino que yo os saqué fuera del mundo, por esto el mundo os odia...

nivel humano de los hombres apóstoles, necesitados de confortación, hablándoles como hombre y en cuanto hombre. Tal es la antigua explicación de los Santos Padres.

De estas cosas os he hablado para que no os escandalicéis. Os privarán de sinagoga (§ 430) y aun vendrá hora en que quien os mate crea tributar culto a Dios, y harán tales cosas porque no conocieron al Padre ni a mí. Empero os he hablado de estas cosas a fin de que cuando venga su hora os acordéis de ellas, que yo os (las) dije. Y no os dije estas cosas al principio porque estaba con vosotros. Mas ahora voy a Aquél que me envió...

Tras otras preguntas de los apóstoles, Jesús cierra el coloquio diciendo: De estas cosas os he hablado para que en mi tengáis paz: en el mundo tenéis tribulación. Empero tened valor: yo he vencido al mundo.

553. Después de estas pláticas con los apóstoles, el evangelista espiritual añade inmediatamente el coloquio con el Padre celestial designado comúnmente por los eruditos como la «oración sacerdotal» (Juan, 17, 1-26). En ella Jesús ora primero al Padre por sí mismo, para ser de él glorificado (17, 1-5); luego por los apóstoles, para que sean protegido en su futura misión (17, 6-19), y en fin por todos aquellos que creerán en él (17, 20-26). Esta es la más larga plegaria de Jesús que se cita en los evangelios, y así proveyó Juan, con delicada sagacidad, que este inestimable tesoro, olvidado por los Sinópticos, no se perdiera, ya que él lo consideró justamente como recapitulación de toda la actividad de Jesús, como última flor de fuego brotada en el sumo vértice de su vida. Por encima de aquella flor luminosa no hay ya sino el cielo del Padre:

Tales cosas habló Jesús, y, elevados sus ojos al cielo, dijo: «Padre, ha llegado la hora. Glorifica a tu hijo para que tu hijo te glorifique, según le diste potestad sobre toda carne, para que a todos aquellos que le has dado (él) dé vida eterna. Y esta es la vida eterna: que te conozcan a ti, el solo Dios verdadero, y a aquel a quien enviaste, Jesucristo. Yo te glorifiqué sobre la tierra cumpliendo la obra que me diste para hacerla. Ahora, pues, tú, Padre, glorificame en ti, con la gloria que tenía en ti antes de que el mundo fuese.

Porque manifesté tu nombre a los hombres que en el mundo me diste. Tuyos eran y me los diste, y tu palabra han guardado. Ahora saben que todas las cosas que me has dado son tuyas: porque las palabras que me diste les he dado, y ellos (las) recibieron y conocieron verdaderamente que de ti salí y creyeron que tú me enviaste. Por ellos ruego: no ruego por el mundo, sino por aquellos que me has dado porque son tuyos. Y todas las cosas mías son tuyas, y las tuyas mías, y he sido glorificado en éllas. Y no estoy más en el mundo, mientras (xxi) ellos (si) están en el mundo, y yo voy a ti. Padre Santo, presérvalos en el nombre tuyo que me has dado, para que sean una sola cosa (tv) como nosotros. Cuando estaba con ellos, yo les preservaba en el nombre tuyo que me has dado, y vigilé, y ninguno de ellos pereció sino el hijo de la perdición, para que se cumpliese la Escritura. Empero ahora voy a ti y estas cosas hablo en el mundo para que tengan mi gozo cumplido en sí mismos. Yo les di tu palabra y

el mundo les odió porque no son del mundo como yo no soy del mundo. No ruego que tú les quites del mundo, sino que les preserves del mal: no son del mundo como yo no soy del mundo. Santificalos en la verdad: tu palabra es verdad. Como me enviaste al mundo, así yo los envío a ellos al mundo, y por ellos yo me santifico a mí mismo, para que sean también ellos santificados en (la) verdad.

Empero no ruego por estos solamente, sino también por aquellos que crean en mi mediante su palabra, para que todos sean una sola cosa ([v]), como tú, Padre, (estás) en mi y yo en ti, para que también ellos estén en nosotros, para que el mundo crea que tú me enviaste. Y yo la gloria que me has dado, se la he dado a ellos, para que sean una sola cosa ([v]), como nosotros (somos) usa sola cosa ([v]). Yo en ellos y tú en mí, para que sean consumados en uno ([c]] [v]), a fin de que el mundo conozca que tú me enviaste y amaste a ellos como a mi me amaste. Quiero, Padre, que aquellos que me has dado, donde yo estoy estén también conmigo, para que vean la gloria que me has dado, porque me amaste antes de la creación del mundo. Padre justo, aun cuando el mundo no te conoció, yo te conocí y ellos conocieron que tú me enviaste, e hiceles conocer tu nombre y se (lo) haré conocer, a fin de que el amor con que me amaste esté en ellos y yo en ellos.»

LA SEMANA DE PASION EL VIERNES

GETHSEMANI

554. Juan, apenas terminados de referir los últimos coloquios, prosigue: Habiendo dicho estas cosas, Jesús salió con sus discipulos allende el torrente del Cedrón, donde había un huerto en el que entró él y sus discipulos. Y conocía también Judas, que le traicionaba, el lugar, porque a menudo había ido allí Jesús con sus discipulos (Juan, 18,1-2). La indicación de que el huerto predilecto estaba allende el torrente del Cedrón basta para concluir que se hallaba en la zona del monte de los Olivos, lo que asimismo afirman explícitamente los Sinópticos, quienes comunican también que el huerto se llamaba Gethsemaní. El apelativo (gath shěmānī[m], «lagar de aceite») implica un olivar con su correspondiente lagar, acaso protegido por un vallado, todo lo cual está de acuerdo con el nombre del mismo monte. Una tradición, clarísima ya en el siglo rv, señala como correspondiente al Gethsemaní un lugar poco más allá del Cedrón y junto a la carretera actual de Jerusalem a Bethania, donde aun hoy sobreviven olivos de extraordinario tamaño y edad milenaria (1).

El camino del cenáculo a Gethsemaní constituía un cómodo paseo. En la clara noche de luna llena, bajo el penetrante aire primaveral, los salidos del cenáculo descendieron desde la Ciudad Alta hacia el Tyropeon, y, siguiendo probablemente el antiguo camino en escalones hace poco descubierto, atravesaron el barrio del Siloé (§ 428), salieron de la ciudad por

⁽¹⁾ La edad de los árboles ha sido examinada por expertos botánicos, aunque no se pueda establecer el siglo preciso. Quaresmio escribía en 16x6: Est hortus Gethsemani, multis vetustissimisque olivis refertus, quas plurimi faciunt tam fideles quam infideles, quoniam arbitrantur huius regionis incolæ eas esse ex illis qua erant tempore Christi, et qua remanserunt etiam post obsidionem et captam civitatem per Titum (Terræ Sanctæ elucidaño, II. 12x). Mas este criterio, sugerido por sentimientos de devoción u otros, no tiene valor histórico, porque es seguro que todos los contornos de Jerusalem fueron literalmente despojados de todo árbol por los sitiadores varias veces, tanto que los legionarios de Tito se vieron obligados en las últimas semanas a ir a hacer leña para los terraplenes a una distancia de más de 100 estadios (18 500 Km.) de los muros de la ciudad (v. Guerr. jud., v. 107, 26x-264, 523; vi, 5, 151, 375). Sin embargo, puede ocurrir que los troncos actuales sean retoños de los árboles entonces cortados, según ocurre a menudo con los olivos.

la Puerta de la Fuente y, dirigiéndose al norte, cruzaron el Cedrón y llegaron a Gethsemani. El huerto debía pertenecer a algún discípulo o admirador de Jesús, quien por eso lo utilizaba libremente. ¿No sería acaso su propietario el mismo dueño del cenáculo? Esto explicaría con



Fig. 100.——Antiguo caming de escalones en **Jerusales** que condecía desde la ciudad alta al **Tiropeon**

más facilidad que estuviese presente en el huerto el jovencito sólo cubierto por una sábana, si éste era verdaderamente Marcos (§ 561); pero tratándose de hipótesis sólo apoyadas en otras hipótesis no procede insistir sobre ellas. Como otras granjas de aquel género, también Gehtsemaní debía tener inmediata a la entrada una casita para acoger al hortelano y servir de depósito de géneros, además de lo cual probablemente tendría una cueva excavada en la ladera del monte, en la que se hallaría (como aun hoy suele hacerse) el lagar de aceite que daba nombre al lugar.

En aquella noche pascual, el contorno estaba desierto, ya que casi todos se acogían a la intimidad de sus casas. A la soledad exterior correspondía el estado de

animo de la comitiva. Como Jesús se mostraba triste por el camino, también los discípulos permanecieron pensativos y taciturnos. Una vez llegados al huerto, Jesús invitó a sus acompañantes a instalarse lo mejor posible para pasar fa noche, cosa fácil para aquellos orientales habituados a pernoctar al aire libre envueltos en sus mantos. Esta vez aun tenían la ventaja de un techo y de lechos de hojas secas en la casita o en la cueva. Despidiéndose de ellos, Jesús les dijo: Quedaos aquí mientras yo voy más allá para orar. Orad para no entrar en tentación. — En el momento de apartarse, llevóse consigo los tres testigos de la Transfiguración, los predilectos Pedro, Juan y Santiago (§ 403), conduciéndolos al lugar donde quería hacer oración.

555. Una vez apartados, los testigos de la antigua manifestación gloriosa comprendieron que iban a ser testigos de otra muy diversa, porque Jesús, de pronto, comenzó a turbarse y angustiarse. Vuelto, pues. a los tres, que sin duda tratarían de consolarle, exclamó: Tristisima está mi alma hasta la muerte. Quedaos aquí y velad conmigo.

Mas tampoco aquella compañía le aliviaba. Y en la infinita congoja

que le oprimía quiso una vez más quedarse solo para orar.

Haciendo un inmenso esfuerzo, con el rostro lívido, las rodillas vacilantes, extendidos los brazos cual en demanda de sostén, se apartó de ellos como un tiro de piedra y al fin, agotado cayó sobre su rostro orando. No era este el modo de orar usual entre los judíos, que permanecían en pie para hacerlo: era el abatirse en tierra, propio de quien no tiene fuerzas para sostenerse derecho y quiere orar postrado en el polvo.

Entre tanto, los tres testigos, ciertamente turbados también. observaban a aquel abatido gimiente: en la screnidad dei plenilunio, sólo a la distancia de unos cuarenta pasos (un tire de piedra), podían ver y oír distintamente todo. El postrado gemía: Abba (Padre): todo te es posible. Aleja de mí este cáliz. Empero (hágase) no lo que yo quiero, sino lo que (quieras) tú. El cáliz era una expresión metafórica, frecuente en los escritos rabínicos, para designar la suerte reservada a alguno. La suerte



Fig. 101. - EL MONTE DE LOS OLIVOS

aquí prevista por Jesús es la suprema prueba a través de la cual debe llegar el Mesías al triunfo final (§§ 400, 475, 495), la hora decisiva en la que el grano de trigo caído en tierra se deshace y muere para producir

nueva vida (§ 508).

¡Qué diferencia, pues, entre el estado de ánimo del domingo anterior y el de esta noche! Entonces, en el Templo, Jesús había pronta y resueltamente rechazado todo titubeo ante la prueba suprema (§ 508); en esta noche, pocos momentos antes del comienzo de la prueba, no sólo titubea, sino que ruega explicitamente al Padre que le evite la prueba; no obstante la plegaria es subordinada al supremo beneplácito del Padre y la voluntad del hombre es subordinada a la voluntad de Dios.

Jamás en todo el resto de su vida aparece Jesús tan verdaderamente hombre. Fue realmente en aquella hora cuando, no ya el caballero romano



Fig. 102. - Los ouivos de Gethsemaní

Poncio Pilatos, sino la humanidad entera debió haber presentado a Jesús en el balcón del universo, proclamando: Ecce homo. Por otra parte, en aquella misma hora, quizá más claramente que después, se puede ponderar la inmensa angustia que llenó el espíritu de Jesús durante su pasión. Y por ello a aquella proclamación terrena: Ecce homo habría quizá respondido una voz celeste proclamando: Ecce Deus.

556. La oración al Padre celestial debió repetirse una y otra vez, con la uniformidad de quien no pide otra cosa, con la angustia de quien se encuentra en extrema indigencia. Mas le apareció un ángel del cielo y le confortaba. Sólo Lu-

cas (22, 43), que no fué uno de los tres testigos oculares, pero se informó por ellos, da esta noticia, y sólo él, como psicólogo y médico, recoge algunos detalles de lo que entonces sucedió: Y entrando en agonía, más intensamente

oraba. E hízose su sudor como gotas (θρόμβοι) de sangre cayendo en tierra.

La agonía era para los griegos lo que sucedía en el «agón», es decir, la competición de los aurigas y la contienda de los atletas que luchaban por el premio. La lucha exigía de los miembros y de los ánimos los más lacerantes esfuerzos, las violencias más extenuantes, por lo que ninguno se acercaba a aquella lucha sin interno pavor y trepidación ansiosa. Más adelante, en efecto, agonía significó en general trepidación o pavor, pero especialmente de quien está enzarzado en la postrera lucha contra la muerte. Tal era el caso de Jesús: Y entrando en agonía, más intensamente oraba. La oración, a la que había apelado particular y frecuentemente en las circunstancias más solemnes de su vida, tórnase su único refugio en esta hora suprema. Y la agonía se prolonga, y el agonizante o luchador manifiesta en su cuerpo los efectos de la lucha; suda y su sudor es como

gotas de sangre cayendo en

tierra.

A la distancia de un tiro de piedra, bajo la claridad del plenilunio, este fenómeno podía ser observado bastante bien, y aun pudo ser comprobado mejor por los tres testigos cuando Jesús se dirigió hacia ellos con el rostro surcado todavía de estrías rojizas y demás huellas le las gotas de sangre.

Conocido es de los médicos un fenómeno fisiológico denominado hematidrosis, es decir, «sudor sanguíneo». La observación había sido hecha ya por Aristóteles, quien emplea también el término donde dice que «algunos sudaron un sanguíneo sudor (πίματώδη ίδρῶτα)» (His. animal., 111, 19). El fenómeno producido en Jesús puede ser objeto de búsquedas científicas de los fisiólogos,



Fig. 103. - OLIVOS SECULARES DE PALESTINA

si bien teniendo en cuenta las especiales circunstancias del paciente. El fisiólogo Lucas, al transmitir, solo él. esta noticia, parece invitar tácitamente a tales investigaciones.

Pero precisamente en noticia tal y que pone tan de relieve la cualidad humana de Jesús, encontraron escándalo algunos antiguos cristianos al leer el evangelio del médico Lucas. Así, juzgaron que, aunque el médico había narrado un hecho verdadero, valía más que la narración no fuese repetida, puesto que parecía proporcionar una confirmación a las calumnias de los enemigos del cristianismo. Probablemente suscitaron tal preocupación los ataques de Celso contra la persona de Jesús (§ 195). De aquí que el relato del sudor de sangre, así como la precedente alusión al ángel confortador, comenzase a desaparecer de los códices del III Evangelio, suprimida por aquel infundado temor. Por eso falta hoy en varios códices unciales, entre ellos el autorizadísimo Códice Vaticano, en algunos minúsculos y en otros documentos, falta ya señalada en el siglo IV por Hilario y Jerónimo. Pero cuando aquella vana preocupación se disipó al cesar los ataques contra el cristianismo, cesó también la supresión del espinoso pasaje: por lo demás, los testimonios en su favor son tan numerosos y graves — ora de códices, ora de escritores antiguos, empezando por Justino (Dial. cum Tryph., 103) e Ireneo (Adv. hær., III, 22, 2) — que no dejan duda seria alguna sobre la autenticidad del texto.

557, Entre tanto, la agonía se prolongaba. Debía haber pasado ya la medianoche. Los tres testigos, turbados al principio por lo que veían, habían caído poco a poco en un embotamiento mezela de tristeza, somnolencia y cansancio y al fin se habían dormido los tres.

En cierto momento. Jesús, en su infinita angustia espiritual, sintió también la desolación del aislamiento humano y por tanto buscó de nuevo la compañía de sus tres predilectos. Quizá no esperase más que una palabra afectuosa, un gesto amistoso, algo que le hiciese no sentirse solo en la tierra. Pero llegando junto a ellos, los encontró dormidos, sin excluir a Pedro que poco antes derrochara torrentes de palabras para garantizar su fidelidad (§ 549) Díjole entonces Jesús: Simón, ¿duermes? ¡No fuiste capaz de velar una sola hora? Vigilad y orad para que no caigáis en tentación. El espíritu sin duda está pronto, pero la carne es flaca. Tal fué la confortación que Jesús encontró en sus predilectos.

Continuó, pues, en su espasmo angustioso y, dejando a los hombres, volvió de nuevo a Dios. La misma y única plegaria de antes fué dirigida ahora al Padre celestial y los testigos despertados un momento hacía la overon: Padre mio: si no puede este (cáliz) pasar sin que (yo) lo haya bebido, hágase tu voluntad.

Aun transcurrió más tiempo. La noche era silenciosa y monótona. Después de alguna resistencia, los tres testigos fueron otra vez vencidos por el sueño. Jesús, vuelto de nuevo, los encontró durmiendo, pues sus ojos estaban cargados y no sabían qué responderle. En esta última indicación de Marcos (14, 40) se reconoce fácilmente una confesión de su informador, el testigo Pedro.

Y dejándoles, fuése de nuevo y oró por tercera vez, diciendo de nuevo

las mismas palabras (Mateo, 26, 44). No sabemos cuánto duró esta tercera oración: quizá no mucho. En un momento dado Jesús se presentó a los tres soñolientos y les dijo, en tono diferente: Dormid ya ahora y reposad.

Basta, Vino la hora: he aquí que el hijo del hombre es entregado en manos de los pecadores. Alzaos, vamos. He aqui que quien me traiciona se avecina. Las primeras palabras — Dormid ya ahora y reposad—no son de cierto una invitación a ejecutar lo que expresan y es también muy poco probable que posean valor interrogativo. Parece más justo interpretarlas como una antífrasis, como una familiar ironía que tiende a lo contrario de lo que dice, como si dijese: ¡Sí, sí, dormid todavía! ¿No veis que llega el traidor?

Se sentía, en efecto, rumor de gente que llegaba por el camino de Jerusalem y se entreveían en aquella dirección luces de linternas y antorchas.



Fig. 104. - La Gruta de la Agonía, en Gethsemaní

Jesús dejó a los tres soñolientos a donde estaban los otros ocho apóstoles, sin duda sumidos también en el más profundo sueño. Despertoles a todos, y dirigiéndoles palabras de exhortación, permaneció en espera.

EL PRENDIMIENTO

558. Y mientras él hablaba todavia, acercóse Judas, uno de los doce, y con él mucha gente con espadas y bastones (enviada) por los sumos sacerdotes y ancianos del pueblo. Juan añade a esta noticia de los Sinópticos algunos detalles relativos a la mucha gente, cuya mayoría estaba formada por servidores del Templo (v. Lucas. 22, 52), pero en la que también había una cohorte (σπεῖρ2) con un tribuno (χιλί2οχος) (Juan. 18, 3, 12)

Estos soldados venían sin duda enviados por el procurador romano (§ 610). ¿Cómo se habían desarrollado, pues, los sucesos?

No es aventurado reconstruirlos así: Cuando Judas salió del cenáculo (§ 543) se dirigió a los notables judíos, quienes le esperaban, habiendo



Fig. 105 -- I.I. VALUE DE JOSAFAT, AL PIE DEL HUERTO DE LOS OLIVOS

realizado en el intervalo sus preparativos morales y materiales: materiales, porque habían dado orden a sus servidores de estar listos para una pequeña pero delicada expedición; morales, porque habían hablado al procurador o al tribuno y, pintando a aquel Jesús el galileo como un agitador político rodeado de otros agitadores paisanos suyos, todos prontos a suscitar motines en la ciudad, habían obtenido fácilmente una escolta armada. Esta escolta no podía ser la cohorte entera (unos 600 hombres) de guarnición en Jerusalem, sino sólo una mínima parte de ella, a la que Juan aplica aquí el nombre del conjunto. En todo caso, la presencia de soldados de Roma tenía un gran valor moral, tanto más cuanto que venía con ellos el tribuno qué los mandaba.

Con esta gente, reunida en plena noche, se trataba de encontrar y prender a Jesús. Dónde hallarle para aprisionarlo en secreto sin temores de reacción popular? Para tal empresa nadie podía servir mejor que Judas, quien había sido pagado especialmente al objeto de cumplir esta parte del programa. Ya vimos en Juan que Gethsemaní era muy conocido de Judas, porque a menudo se había recogido alli Jesús con sus discipulos (§ 554), y el traidor sabía bien que Jesús, después de la cena pascual, no podía haberse dirigido a Bethania, que estaba demasiado lejos. Así, pues, debía estar en su predilecto Gethsemaní o en las inmediaciones.

Al tomar los últimos acuerdos con los sumos sacerdotes, Judas había establecido un signo especial para hacer conocer a Jesús: Aquel a quien yo bese, es él. ¡Asidlo! En el antiguo Oriente, en efecto, los discipulos besaban la mano del maestro en muestra de respeto, mientras los amigos,

tratándose de igual a igual, se besaban en la cara. En el signo escogido por Judas había una especie de resto de pudor, porque el traidor no sentía ánimos de señalar abiertamente su maestro v amigo a los guardias, diciendo: «Ese es». Lo habría hecho así de sentir verdadero odio por Jesús, porque aquel grito hubiera sido un desahogo de su odio, mientras el signo convenido miraba a salvar las apariencias. Pero también aquí reaparece el enigma de Judas. ¿Acaso no sabía que su traición era notoria al Maestro? ¿No había oído él mismo de boca de Jesús aquel misericordioso Tú lo has dicho de pocas horas antes? (§ 543). Si tan conturbadores pensamientos acudieron en realidad a la mente de Judas, debió sacudirlos pensando en



Fig. 106. - LA BASÍLICA DE LA AGONÍA

los 30 siclos y volverse hacia atrás para verse respaldado por los legionarios de Roma. De todos modos, aquel pudor de simulación era también un resto de su amor a Jesús, amor entonces sofocado por el del oro. En cambio, pocas horas más tarde, el amor por el oro sucumbirá y la traición será renegada, pero el amor a Jesús no será lo bastante puro y fuerte para solicitar su perdón (§ 534).

559. Todo sucedió según lo convenido. Jesús estaba aún hablando con los apóstoles recién despertados cuando Judas entró en el huerto seguido a poca distancia por la gente armada. Acercóse al grupo de los doce



Fig. 107. — EL VALLE DEL CEDRÓN

y adisbando en la penumbra de los olivos distinguió a Jesús. Avanzando entonces nasta el le puso una mano en el hombro y le besó en la mejilla, diciendo: Salud, Rabí. Jesús te miró y díjole a media voz: Amigo, ¿para que estás aqui? Y pasados algunos instantes, agregó: Judas, ¿con un beso traicionas al hijo del hombre? No hubo respuesta: Judas había cumplido el encargo a que se comprometiera con los que estaban a sus espaldas.

Viendo la señal convenida, los guardias avanzaron en tropel. Jesús, entonces, separándose del grupo de los apóstoles, se adelantó hacia ellos y preguntó: ¿A quien buscáis? Contestaron: A Jesús el Nazareno. Y Jesús dijo: Soy yo. A estas palabras, los más próximos vacilaron y cayeron de espaldas en el suelo. También de otros personajes de la antigüedad, como de Mario y de Marco Antonio, se lee que habían aterrorizado con su sola presencia o voz a las personas enviadas para asesinarles; pero se trataba de sicarios aislados y de circunstancias especiales. En el caso de Jesús pudo suceder muy bien que los guardias sufriesen de súbito la potencia de su persona y quedasen desconcertados, acaso también pensando en el triste fin de los armados enviados a prender a Elías (II [1v] Rey., 1, 10 y sigs.), o a otros antiguos profetas. No obstante, es positivo que Juan, único en narrar este episodio quiere presentarlo como hecho taumatúrgico, y también para demostrar la libertad con que Jesús aceptaba su prisión. Alzándose los hombres y repitiendo que buscaban a Jesús el Nazareno, Jesús insiste: Os dije que soy yo. Si me buscáis a mí, dejad que estos se vayan. Delicadamente. Jesús llama a los apóstoles éstos, disimulando su calidad de discípulos predilectos para no exponerles a violencias. Al oír la contestación de Jesús, los guardias le pusieron las manos encima y le asieron.

Los que ejecutaron el prendimiento debieron ser los servidores del Templo, ya que fué precisamente un criado del sumo sacerdote el pri-

mero en experimentar las consecuencias. Además, Jesús, luego de preso, fué conducido ante el sumo sacerdote y no ante la autoridad romana. Por el contrario, los soldados de la cohorte romana permanecieron separados e inactivos, dispuestos a intervenir sólo en caso de tumulto grave.

560. La delicadeza de Jesús, quien se preocupaba ante todo de salvar a los apóstoles, y por otra parte el ver insólitamente al amado Maestro caído en poder de aquella gente y tan humillado, despertó en los apóstoles aquellos propósitos belicosos que manifestaron pocas horas antes en el cenáculo y que habían sido, sin duda, subjetivamente sinceros (§ 549).

Abriéndose paso entonces en medio del tumulto hasta Jesús, le preguntaron: Señor, the-



Fig. 108. — TUMBAS DEL VALLE DEL CEDRÓN. A LA DERECHA, LA TUMBA DEL PROFETA ZACARÍAS

riremos con la espada? Pero Pedro no habría sido Pedro si hubiese aguardado la respuesta de Jesús. Así pues, y sin más. teniendo una espada, la desenvainó e hirió al sirviente del sumo sacerdote y le cortó la oreja derecha. Y el sirviente tenía por nombre Malco (1). Tan sólo Juan (18, 10) nombra

⁽¹⁾ El nombre Malco o Matico (de la raír semítica MalaK = reinar) se encuentra muchas veces en Flavio Josefo y estaba muy difundido entre los nabateos. Es interesante el hecho de que Pedro llevase una capada, acaso una de las dos mostradas a Jesús en el cenáculo. Este hecho se relaciona con la cuestión del reposo festivo durante la Pascua (§ 537). Parece que al-

a Pedro y a Malco. En cambio, los Sinópticos hablan de la herida sin mencionar al herido ni al heridor, probablemente a causa de la prudencia sugerida por el tiempo en que vivían y que vimos aplicada en otros lu-

gares (§§ 493, 535).

Jesús intervino en el acto y dijo a Pedro: Pon tu espada otra vez en su lugar, porque todos aquellos que empuñen una espada perecerán a espada. ¿O crees que no puedo orar a mi Padre y (él) me enviará al instante más de doce legiones de ángeles? (§ 347). Mas, ¿cómo se cumplirían las Escrituras, (que dicen) que así debe suceder? De este modo puesto en su lugar el agresor, Jesús puso también en su lugar al agredido, curándole la oreja con un mero toque de la mano, curación que sólo narra el evangelista médico (Lucas. 22, 51). Jesús dijo luego a la turba, en la que había sumos sacerdotes, capitanes del Templo (§ 54) y ancianos: «¿Como contra un ladrón salisteis con espadas y bastones? Estando yo cada día con vosotros en el Templo, no extendisteis la mano sobre mi. Mas esta es vuestra hora y la potestad de las tinieblas» (Lucas, 22, 52-53).

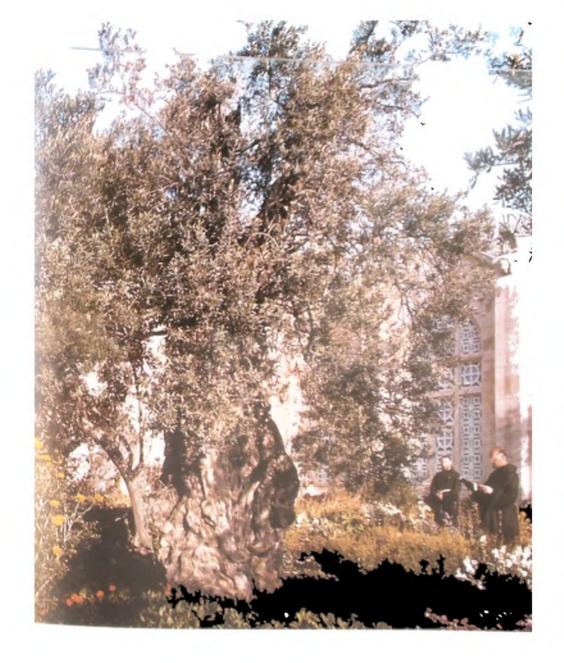
561. El preso fué atado y comenzaron a sacarlo de allí. Los apóstoles, a quienes primero el sueño y luego el repentino suceso no les habían permitido darse cuenta aún de la realidad de los hechos, sólo la comprendieron entonces, viendo al Maestro realmente aprisionado y conducido como un delincuente vulgar. Quizá mejor en aquel instante que a través de todas las anteriores afirmaciones de Jesús comenzaron a entrever cuál era la durísima prueba, cuáles los padecimientos supremos a través de los que predijera el Maestro tantas veces que llegaría a su gloria.

Ante tan triste espectáculo, ante tan melancólicos recuerdos, aquellos once hombrecillos se sintieron aterrados. Entonces no se acordaron en absoluto de la futura y lejana gloria del Mesías: sólo pensaron en el rechinar de las cadenas, en el brillar de las espadas, en la humillación del Maestro: entonces, totalmente desconcertados, diéronse a la fuga desde el primero hasta el último, abandonándolo todo. Y Jesús salió de Gethsemaní rodeado únicamente por los esbirros: no tenía un solo amigo

a su lado.

O, mejor dicho, le quedaba un amigo, aunque no anduviese muy cerca. Aquí se produce el episodio del jovencito cubierto sólo de la sábana. Como va vimos, es posible que aquel joven fuese el propio evangelista Marcos (§ 134). Si era pariente o incluso hijo del propietario del cenáculo (§ 535), quien acaso fuese dueño también de Gethsemaní (§ 554), cabe suponer que, terminada la última cena, él, por simpatía a Jesús, le hubiese acompañado a Gethsemaní y allí hubiese quedado con los apóstoles en la casita o en la cueva, durmiéndose también después de algún tiempo.

gunos rabinos permitian llevar espada durante el reposo sabático (v. Strack y Billerbeck, op. cit., volumen 1, págs. 996-997). ¿O acaso Pedro — y eventualmente algún otro discípulo — estimó lícito llevar una espada para defensa persona), inspirándose en la norma de Jesús de que el sábado está hecho para el hombre y no el hombre para el sábado (§ 308)?



JERUSALIM, 11 HUERTO DE LOS OLIVOS



Fig. 109. — El cipo de Absalón, en el Valle del Cedrón

Es importante la circunstancia de que iba envuelto en una sábana sobre el (cuerpo) desnudo (περιβεβλημένος σινδόνα ἐπὶ γυμνοῦ), porque la sábana de lino sólo se usaba en el lecho por las personas ricas (v. Herodoto, 11, 95; Eusebio, Hist. eccl., vi, 40, 7), en tanto que la gente común, como los apóstoles, dormían envueltos en los mismos vestidos del día. Probablemente, pues, aquel joven estaba acostumbrado a pasar la noche en la casita de Gethsemaní, donde guardaría en un rincón su lecho y lo que precisaba para dormir como persona acomodada.

Si estas hipótesis responden a la realidad, todo resulta claro. El joven, despertado de pronto por el vocerío de los armados y por los gritos del herido y de los apóstoles, salta del lecho y sale vestido como está; asiste a la última escena del prendimiento de Jesús y a la fuga de los apóstoles y luego, tanto por la seguridad del propietario que se encuentra en su propio terreno como por la vivacidad juvenil acrecida por su afecto al cautivo, comienza a seguir el grupo que se aleja. A poco, los guárdias reparan en aquel jovenzuelo que les sigue con tan extraño atuendo y, sospechando de él, lo prenden. Pero sólo aferran el lienzo, porque el ágil muchacho, deslizándose entre sus pliegues, deja la sábana en manos de los guardias y huye completamente desnudo (1).

⁽¹⁾ Este episodio es tan típicamente histórico en su verismo, que poner en duda su realidad parece inconcebible. No obstante, también se ha llegado a ello, afirmando (Loisy) que

Y así Jesús fué abandonado también por su último amigo: un adocente sin ropas encima.

PROCESO RELIGIOSO ANTE EL SANHEDRÍN

562. Debían ser sobre las dos de la madrugada. El grupo de guaras, llevando consigo al preso, anduvo en sentido inverso el mismo camino dado horas antes por Jesús con los apóstoles, y, atravesando el Cedrón, bió la colina occidental de la ciudad, donde se hallaba la casa del sumo cerdote Anás. Llegada allí, la escolta se dividió, y el preso y los guardias el Sanhedrín quedaron en la casa mientras los soldados de la cohorte mana se retiraban a su cuartel de la Torre Antonia.

Lo sucedido entonces es narrado de diverso modo por los cuatro evan-

episodio es pura ficción para demostrar el cumplimiento del pasaje de Amós (2, 16) que dice, el texto hebreo: Y el mas firme de corazón entre los valientes, desnudo huirá en aquel día. lo que el contexto de Amós habla de otro tema harto distinto y basta leerlo para comprobar le no ofrece la más mínima facilidad para inventar un episodio como el de Marcos. A tan desperadas conclusiones liega la decisión de subordinar los documentos a una tesis preconcebida.



Fig. 110. — EL HUERTO DE GETHSEMANÍ, CON LA BASÍLICA
DE LA AGONÍA

gelistas. Entre los tres Sinópticos, Mateo y Marcos ofrecen un relato uniforme en esencia, mas de ellos se separa notablemente Lucas, el Sinóptico que escribe después de ellos, mientras Juan, como de costumbre, ejecuta

precisiones e integraciones a los tres relatos precedentes suponiéndolos conocidos ya. Marcos y Mateo narran una presentación de Jesús durante la noche y otra, temprano de mañana. ante el Sanhedrín, Lucas sólo habla de la presentación matinal ante el Sanhedrín. Juan, por su parte, distingue una presentación al sumo sacerdote va fuera del cargo. Anás, que callan los Sinópticos, y de otra sucesiva presentación al sumo sacerdote en funciones. Caifás. Y en cambio no habla de una presentación ante el Sanhedrín.

Para concordar todas estas relaciones, basta tener presente lo que va hemos advertido antes repetidas veces: que los Sinópticos, a menudo, no se preocupan ni de la integridad de la narración, ni del orden crono-



Fig. 111. — ENTRADA A UN PISO SUPERIOR DE LA ANTIGUA JERUSALEM

lógico de los hechos, y que, por otra parte. Juan suele evitar la repetición de los relatos Sinópticos, si bien hace una tácita referencia a ellos, a fin de integrarlos. Por ejemplo, puesto que Anás no es siquiera mencionado por los Sinópticos, Juan comienza su narración precisando que Jesús fué conducido primero ante Anás (§ 164) y sólo a continuación declara que fué conducido ante Caifás, el sumo sacerdote de quien hablan los Sinópticos.

Muy probablemente, e incluso en razón de su parentesco, Anás y Caifás debían habitar en el mismo edificio, aunque en departamentos diferentes. Una tradición bastante antigua, pues que se remonta al menos al

siglo IV, coloca la casa de Caifás en la colina occidental de la ciudad, pocas decenas de metros al norte del tradicional cenáculo (§ 535). Si Jesús fué conducido primero ante Anas, la razón debió ser que éste, muy poderoso siempre (§ 52) aunque ya no ejerciese el cargo, habría sugerido el modo de capturar al Rabi galileo, y, como en consecuencia de esta actividad y por deferencia al extraordinario poder de Anás, Caifás, su yerno, daría orden de que el preso fuese conducido directamente ante Anás.

Por lo tanto, en este momento se inicia el proceso de Jesús, que se desenvolvio en dos fases diferentes, ante dos autoridades diferentes y en virtud de argumentos diferentes en parte. La primera fase es religiosa: Jesús, acusado de delito religioso, comparece ante el tribunal nacional-religioso del Sanhedrín y alli es declarado merecedor de muerte. Pero tal sentencia tiene un valor puramente teórico, porque, como ya sabemos (§ 59), el Sanhedrín no podía ejecutar las sentencias capitales que pronunciaba si no eran individual y explícitamente aprobadas por el representante de la autoridad de Roma. Entonces, y para que la sentencia no quede estéril, el Sanhedrín se dirige al procurador romano y allí se abre la segunda fase del proceso, que se desenvuelve, no ante los jueces precedentes, sino ante el tribunal civil del procurador. Además, los jueces anteriores comparecen en el nuevo tribunal en función de acusadores y aducen inculpaciones sólo en mínima parte religiosas y en su mayoría políticas.

563. El proceso religioso comenzó con un interrogatorio al que Anás sometió a Jesús; pero no fué una verdadera indagatoria oficial, sino más bien una orientación jurídica de la cuestión, o acaso una satisfacción personal que quiso darse el interrogador, en espera de que los jueces y testigos oficiales fuesen convocados en aquella hora nocturna para intervenir personalmente.

Anás interrogó a Jesús acerca de sus discípulos y su enseñanza (1). Jesús contestó: Yo he hablado públicamente al mundo; yo siempre enseñé, en la sinagoga y en el templo donde todos los judios se reúnen, y a escondidas no he dicho nada. ¿Por qué me interrogas? Interroga a los que me oyeron qué cosa les hablé. Estos saben las cosas que yo dije (Juan, 18, 20-21). El imputado contestaba con arreglo al derecho de gentes: en todos los pueblos, incluído el hebreo Kětubōth, II, 9; comp. c. Juan, 5, 31; 8, 13), un acusado no daba testimonio respecto a sí mismo. Sólo

⁽¹⁾ Varios eruditos, desde el siglo xvI, han supuesto que el interrogatorio de Anás se desenvolvió en realidad ante Caifás, jurgando que la frase de Juan, 18, 24, debiera traducirse así: Y Anás le había enviado (pluscuamperfecto, en vez del aoristo envió) atado a Caifás, el sumo sacerdote, o bien que esta frase (con valor de aoristo) debiera trasladarse colocándola inmediatamente después de Juan, 18, 13, donde se encuentra colocada en la versión siríaca sinaítica y en Cirilo Alejandrino. Sin embargo, estas razones, aunque tlenen cierto peso, no parecen convincentes, sobre todo porque eliminan con demasiada sencillez una de las divergencias de los Sinópticos con Juan que constituyen la especialidad del segundo. Seguimos, pues, el texto integrador y precisador de luan tal como lo encontramos.

eran válidos los testimonios de testigos ajenos y fidedignos, y Jesús, en su respuesta, remite al juez a tales testimonios. Él no había sido fundador de sociedades secretas, ni predicador de una sabiduría arcana y celosa. Había hablado en lugares públicos a cuantos se le presentaban: estos podrían dar testimonio de su enseñanza. De análogo modo se había defendido Sócrates cinco siglos antes en presencia de los jueces atenienses: también él había hablado siempre manifiestamente, y si algún testigo hubiera afirmado haberle oído cosas que no todos pudieran oír, habría sido un mentiroso (Apología de Sócrates, 21).

La incontrovertible contestación de Jesús debió provocar en Anás un gesto de despecho, porque el inquirente esperaba sin duda que el inculpado diese motivo en su respuesta para su futura acusación oficial. El gesto irritado de Anás fué notado por uno de los presentes, servidor celoso, quien estimó justo tomar la defensa del interrogador y satisfacer el secreto deseo de éste. Y así, hallándose cerca de Jesús, le dió una bofetada, exclamando a la vez, escandalizado: «¡Así contestas al sumo sacerdote?» Respondióle Jesús: «Si hablé mal, da testimonio del mal, y si bien, ¿por qué me pegas?» (Juan, 18, 22-23).

Con esta bofetada concluye lo que sabemos del interrogatorio de Anás, que por otra parte no debió ser largo. Viendo la actitud mesuradísima del acusado, y acaso no queriendo engolfarse en las vicisitudes del proceso, Anás sin más envió a Jesús, atado, a presencia de su yerno, el sumo sacerdote en funciones, Caifás. El trayecto de un sitio a otro debió ser brevísimo, puesto que, como hemos supuesto (§ 562), debió consistir en atravesar un patio o atrio al que se abrían diversas habitaciones.

564. Entre tanto se habían reunido en casa de Caifás varios miembros del Sanhedrín, y cuando estuvieron en número suficiente sometieron a Jesús a un interrogatorio regular, en el que se recogieron los primeros elementos de la acusación oficial contra el reo. No obstante, la verdadera reunión del Sanhedrín como tribunal se verificó más tarde, al alborear, a fin de integrar y aplicar los resultados del primer ensayo hecho durante la noche. Mateo y Marcos parecen atribuir el interrogatorio de Jesús a la sesión nocturna. Lucas, cronológicamente más preciso, lo atribuye a la sesión matinal, e indudablemente tal atribución es preferible.

En otra parte mencionamos las prescripciones minuciosas y cuidadísimas que se leen en el Talmud respecto a los procesos, especialmente a los que podían concluir con una sentencia capital (§ 60); pero ya indicamos también que toda aquella legislación, tan amplia y sabia, era con frecuencia demasiado sabia para que pudiese aplicarse en la práctica. En realidad sólo se fijó por escrito desde el siglo 11 d. de J. C. en adelante, y a los ojos de los historiadores imparciales aparece aún hoy como una teoría abstracta, como una visión ideal de la perfecta administración de justicia, más bien que como un código normativo que debiese practicarse. Sin pensar en las utopías de Platón y de Tomás Moro, y sin salir del

ismo Israel, la amplia y minuciosa legislación de Ezequiel (caps. 40-48) specto al futuro Templo había ofrecido ya un ensayo típico de sementes teorías o visiones ideales. Se ha observado con justicia por los erutos modernos, incluso israelitas, que la legislación talmúdica de los ocesos parecía imaginada de modo que hiciese imposible una condena pital. Es indudable, además, que tal legislación, fijada por escrito cuando nación judía había perdido toda autonomía política y estaba reprentada unicamente por los fariseos (§ 87), pudo ser elaborada sin ninin contacto con el presente y atribuída de manera arbitraria al pasado omo un producto de la «tradición». Que fuese inventada del todo con otivo de su codificación, no es verosímil, pero las normas observadas insuetudinariamente en los tiempos de la autonomía y antes de la codicación debian ser raras y escasas, y desde luego muy lejanas de aquella recisión y minuciosidad que recibieron después en el escrito. En tiempos e Jesús, y a falta de codificación, regían sólo normas consuetudinarias, de s que hov no podemos establecer el número ni la índole, aunque poemos dar por hecho que sólo correspondían en mínima parte a lo que espués resultó codificado.

Sería, pues, falso método confrontar, como se ha hecho, las disposiiones procesales del Talmud con la práctica seguida en el proceso de
esús para saber si fueron observadas y hasta qué punto tales disposiciones.
De muchas de ellas, en efecto, ni siquiera sabemos si existían entonces,
xistía, si, por ejemplo, la norma solemne y antigua (Números, 35, 30;
Deuter, 17, 6: 19, 15) según la cual nadie podía ser condenado sino en
irtud de testimonios ajencs, y no de uno solo, sino, al menos, de dos o tres,
tor el contrario, no es seguro que existiese la norma, codificada más tarde,
egun la cual no podían ser tratados procesos criminales en sesión nocurna, ni la otra según la cual no podía ser dictada una sentencia de
nuerte el mismo día de la discusión del proceso. Lo cierto es que en el
proceso de Jesús no se observaron ninguna de estas tres normas.

565. Habiendo sido, pues, preparados en la sesión nocturna los irgumentos que se habían de desarrollar en la matinal, ésta se celebró aperas se hizo de dia (Lucas, 22, 66), es decir, apenas comenzaron a disiparse as tinieblas nocturnas, incluso antes de alborear del todo (§ 576). Así que lebían ser cosa de las cinco de la mañana. En la sesión nocturna interventrían, o los más fogosos adversarios de Jesús o bien los más asiduos fretuentadores de la casa del sumo sacerdote. En cambio, en la matinal intervinieron los miembros de los tres grupos del Sanhedrín (Lucas, ibíd.; v. § 58).

En observación de la antigua y solemne norma aludida, se comenzo por interpelar a muchos... testigos, los cuales, empero, eran falsos; mas fuese que el soborno de tales testigos se hiciese de manera apresurada y vaga, fuese que esos, refiriéndose a antiguos hechos y discursos de Jesús, confundiesen detalles muy diversos, sus testimonios no eran concordes (Marcos, 14, 56). Con tales deposiciones el proceso no adelantaba y no

se salvaban siquiera las apariencias de la legalidad, ya que, aunque no rigiera todavía en aquellos tiempos la norma, codificada más tarde, según la cual el testigo debía precisar minuciosamente el día, hora, lugar y demás detalladas circunstancias del delito testimoniado (§ 60), se requería, evidentemente, que las deposiciones no se contradijeran. Y aquí se contradecían.

Al fin, sin embargo, se presentaron dos testigos que parecieron concordes. Existía, pues, el número legal mínimo de dos, y también parecía existir concordia entre ellos. Aquellos testigos depusieron que Jesús había pronunciado las siguientes palabras: Puedo demoler el santuario de Dios y en tres días erigir(lo) (Mateo, 26, 61), o bien, según la otra relación: Yo demoliré este santuario de mano de hombres y en tres días eregiré otro no de manos de hombres (Marcos, 14, 58). Pero tampoco esta doble atestación resultó concorde en sus detalles al realizar los jueces una inquisición ulterior. Además, y sobre todo, no era cierto ni en cuanto al espíritu ni en cuanto a la letra.

El testimonio, efectivamente, se refería a las palabras pronunciadas por Jesús más de dos años antes, cuando arrojó del Templo a los mercaderes (§ 287); pero ya vimos que aquellas palabras eran metafóricas v se referían, no al Templo de Jerusalem, sino al cuerpo del propio Jesús. Además, aun queriendo interpretar aquellas palabras como referidas al Templo de Jerusalem, Jesús no había expresado el propósito de demoler él mismo el Templo, sino que había desafiado a sus adversarios a demolerlo (Demoled este santuario, etc.), de modo que a lo sumo habría sido el reconstructor del santuario eventualmente demolido por los judíos, pero no su demoledor. Y reconstruir el Templo podía ser objeto de elogio, no de acusación, habiendo constituído uno de los pocos méritos que, medio siglo antes, se procurara Herodes el Grande a los ojos de los judíos observantes, el reconstruir más suntuosamente que antes el Templo que él mismo había demolido poco a poco (§ 46). Desde luego, ni testigos ni jueces creían que Jesús pudiese hacer lo que Herodes el Grande había hecho; pero en tal caso sólo podían concluir, a lo sumo, que el acusado era un fatuo, un soñador, un fanfarrón, no un impío o un blasfemo.

566. Pero la doble acusación relativa al Templo era asaz oportuna para que los jueces, en defecto de otros motivos de acusación, la dejasen perder, ya que al menos podía servir como prueba de que Jesús había profetizado o tenido por posible la destrucción del Templo.

Y cuando se trataba de aquel montón de piedras y armazones que constituía el Templo material, los judíos del tiempo de Jesús se ofuscaban tan pronto como se ofuscaron los judíos del tiempo de Jeremías. El antiguo profeta había sido juzgado merecedor de muerte por profetizar en nombre de Dios que el Templo sería destruído (Jeremías, 7, 4 y sigs.; 26, 6 y sigs.), y sus escrituras, en las que se contenía aquella predicción junto con su puntual cumplimiento, y con el infame trato dado al profeta,

acquian siendo veneradas como sagradas por aquellos que juzgaban a Jesús. Mas no sacaron de ellas otras enseñanzas sino repetir en manera peyorativa cuanto sus antepasados habían hecho al profeta del Dios de Israel.

Viendo, pues, que aquel último testimonio iba a disiparse, el sumo sacerdote tomó una resolución decisiva. Poniéndose en pie, Caifás trato de obtener de Jesús algo que en apariencia fuese su justificación ante las acusaciones de los testigos, pero que en realidad implicara al acusado en discusiones que condujeran a la confesión de sus culpas, y en consecuencia de dijo ¿No contestas nada? ¿Qué testifican éstos de ti? Pero la deseada respuesta no llegó, porque Jesús guardó completo silencio.

Entonces el sumo sacerdote, tomando una actitud inspirada y solemne, tusistió. Le conjuro por el Dios ouvo a que nos digas si tú eres el Cristo, el Hijo de Dios. La actitud del sumo sacerdote parecía la de un hombre que, anheloso de la verdad, sólo esperase una palabra confirmatoria para renduse y entregaise a la tal verdad. Dijérase, oyéndole, que a una palabra alimativa de Jesús se postraría ante él, reverente, reconociéndole como

el Mesias de Israel

Nótese, además, cuidadosamente que Caifás conjura a Jesús a declatar si es el Cristo, el Hijo de Dios. Así, los términos de la interrogación son dos Jesús podrá afirmar o negar ser el Cristo o Mesías, y, además de esto, ser o no Hijo de Dios. Es probable que Caifás en este conjuro usase ambos términos como prácticamente sinónimos; pero él y los demás miembros del Sanhedrín mostraron en seguida que sabían distinguir bien el significado preciso de ambos, términos, atribuyendo a la expresión Hijo de Dios una significación distinta y asaz más alta que la de Mesías.

567. El momento era, en verdad, solemne. Todo el ministerio y mision de Jesús aparecerían resumidos en la contestación que diera al conjuro del sumo sacerdote. El interrogador estaba investido de la máxima autoridad oficial de Israel; el preguntado era quien en su vida había conservado casi constantemente oculta su calidad de Mesías por razones de ponderada prudencia, no conhándola sino a hombres idóneos y predispuestos, y sólo en los últimos tiempos.

Pero ahora las razones de prudencia habían dejado de existir. Había llegado el momento de declarar abiertamente, por peligroso que fuese, su cualidad mesiánica ante Israel entero, representado por el aumo sacer-

dote y el Sanbedrín.

No obstante, la respuesta que Jesús tenía preparada habría sido ciertamente objeto de escándalo para aquellos a quienes iba a ser dirigida, a causa de sus particulares condiciones de espíritu, y además convenía poner antes en claro ciertos principios sobre los que ellos podían padecer equivoco, Jesús, pues, advirtió, prudentemente: Si yo os (lo) difere, no creerdis; si (os) interrogare, no (me) contestaréis (Lucas, s.s., 67-68).

Esta advertencia decepcionó por un momento la anhelosa expectativa de toda la asamblea, cuyos miembros debieron exhortar al inculpado, acaso todos a la vez, a contestar a la pregunta del sumo sacerdote para obtener la declaración que esperaban. Jesús, entonces, dirigiéndose al sumo sa cerdote, respondió: Tú (lo) has dicho, lo que significaba: «Yo sos lo que tú has dicho» (§ 548). A esta concisa afirmación el acusado añadió una declaración dirigida a toda la asamblea: Empero os digo que después de ahora veréis al hijo del hombre sentado a la diestra de la «Potencia» (de Dios) y vintendo sobre las nubes del cielo. Esta adición alega, fundiéndolos en uno, dos célebres pasajes mesiánicos (Daniel, 7, 9, 13; Salmo 110 hebr., 1), y quiere precisar el sentido de la esquemática afirmación de Jesús enlazándola con las santas Escrituras hebreas y remítirse a la vez a una futura prueba de aquella afirmación, esto es, al retorno glorioso del Mesías sobre las nubes del cielo, predicho por las Escrituras.

568. Apenas oídas las palabras de Jesús, todos los miembros del Sanliedrín levantáronse, vibrantes, y preguntaron a porfía al inculpado: ¿Eres, pues, el Hijo de Dios? (Lucas, na, 70).

La precedente respuesta de Jesús les suministraba la preciosa confesión de que se reputaba Mesías; pero aun podía quedar la duda de que él se reputase, sí, Mesías, pero no el Hijo de Dios en el sentido ontológico del apelativo. En realidad, las alusiones de Jesús a los dos pasajes mesiánicos ponían bastante en claro aquel extremo; pero los sanhedritas, anhelosos de obtener una plena confesión del inculpado, le preguntan también, formalmente: ¿Eres, pues, además del Mesías, el Hijo de Dios? Aquellos jueces no podían ser más exactos y precisos de lo que eran.

Ni más precisa y exacta pudo ser la contestación de Jesús, que en el silencio palpitante del tribunal resonó así: Vosotros decis que yo lo soy, lo que significaba: «Yo soy lo que vosotros decis», a saber: el Hijo de Dios.

Obtenida esta clarísima afirmación, el sumo sacerdote clamó, aterrado: ¡Ha blasfemado! ¡Qué necesidad tenemos ya de testigos? Ahora mismo habéis oldo la blasfemia. ¡Qué os parece? Todos contestaron a gran voz: Es reo de muerte.

Para hacer más ostensible e impresionante su indignación, el sumo sacerdote, al lanzar el primer grito, se había desgarrado el borde superior de la túnica, según era usanza hacer cuando se asistía a una escena alta mente dolorosa; pero si aquel hombre hubiese exteriorizado sus sentimientos íntimos, habríase visto que éstos eran de profunda y sincera alegría. Creía, en efecto, haber conseguido hacer blasfemar a Jesús, implicándole de este modo en su propia condena.

560. Pero la interrogación del sumo sacerdote a Jesús había constituído un procedimiento ilegal. Faltando hasta entonces prueba testifical, habíase procurado inducir al acusado a dar testimonio adverso contra sí mismo, contra la regla establecida en Sanhadrin, 9 b, a fin de sorprenderlo en pretendido delito flagrante. Así, se prescindía de presuntos de-

litos pasados para concentrarse en uno presente y Jesús ya no figuraba como un preso acusado de antiguas culpas, sino como un inocente pren-

dido para ser obligado a blasfemar.

Por otra parte. Jesús, afirmando ser el Mesías, no había en modo alguno blasfemado, en primer término, porque en su afirmación no empleó el nombre de Dios, sino que había substituído prudentemente el nombre personal o genérico de Dios (Jahveh o 'Elohim) por el apelativo de Potencia, como solian hacer los rabinos (1); y en segundo lugar porque atribuirse a si mismo o a otros unicamente la calidad de Mesías de Israel no podía considerarse blasfemia. Sin salir del marco del judaísmo más ortodoxo, hallamos que un siglo más tarde el gran Rabbi Aqiba proclamaba Mesías a aquel Bar Kokeba que dirigió la última y más catastrófica rebelión de ludea contra Roma. Y. sin embargo, pese a esta falaz proclamación. el Rabbi Aqiba no sólo no fué juzgado blasfemo, sino que quedó como una de las más ilustres luminarias del judaísmo de la era vulgar. De aquí que la afirmación mesiánica de Jesús respecto a sí mismo, aunque no fuera aceptada, pudiera ser estimada por aquellos jueces como vana y jactanciosa, tal que de un alucinado o exaltado — como en realidad juzgaron algunos contemporáneos la afirmación de Aqiba —, pero no en modo alguno una blasfemia contra la Divinidad.

Por qué, pues, el presidente gritó, y el tribunal confirmó, que Jesús había blasfemado: Evidentemente, en virtud de la respuesta afirmativa dada por Jesús a la última pregunta: ¿Eres, pues, el Hijo de Dios? En esta pregunta, el término el Hijo de Dios no es en la intención de los interrogantes un sinónimo práctico de Mesías, sino que representa, en cotejo con éste, un progreso ulterior, un climax, y reviste un significado muy superior. Los interrogantes querían saber si Jesús se reputaba Hijo de Dios en el senrido ontológico verdadero. Y contestando Jesús de modo afirmativo, fue considerado blasfemo.

El proceso religioso terminaba así y se dictaba sentencia: Jesús era juzgado reo de muerte como blasfemo. El método del sumo sacerdote había superado sus esperanzas. Viendo la inutilidad de confiar en las deposiciones de los testigos sobornados, se había dirigido al inculpado directamente, mirando primero a su cualidad de Mesías porque, obtenida contestación positiva sobre este punto. el reo confeso tendría que responder después en juicio político ante el procurador romano. Pero la confesión obtenida, por lo amplia y solemne, condujo espontáneamente a la otra interrogación de si el imputado era, además de Mesías, el Hijo de Dios. Esta nueva interrogación, más delicada y decisiva que todas, había obtenido también contestación plenamente positiva.

⁽¹⁾ El apelativo era en hebreo ghĕbūrāh (arameo ghĕbūrtā), traducido en griego por ἡ δύναμις, como se halla en Mateo, 26, 64, y en Marcos, 14, 62. Lucas (22, 69), para hacerse comprender mejor de sus lectores, inexpertos en la terminología judaica, añade de Dios (a la diestra de la Potencia de Dios), adición infiltrada después, equivocadamente, en el texto latino de Mateo y Marcos. Para que se produjese auténtico delito de blasfemia debiera haberse pronunciado el verdadero nombre de Dios, según Sanhedrīn, VII, 5.

En conclusión, el interrogante había triunfado en ambos campos: en el nacional-político, porque el imputado había reconocido ser el Mesías de Israel; en el rigurosamente religioso, porque había confesado ser verdadero Hijo de Dios. Esta segunda confesión era decisiva ante el Sanhedrín; la primera se aduciría, como igualmente decisiva, ante el tribunal del procurador romano.

Estos hechos sucedieron (como ya indicamos en el § 564) en la sesión matinal, que fué definitiva e incorporó a su procedimiento los resultados provisionales obtenidos en la sesión nocturna. Pero en el intervalo habían sucedido o estaban sucediendo otros hechos que agrupamos por separado.

LOS ULTRAJES. LA NEGACIÓN DE PEDRO. EL FIN DE JUDAS ISCARIOTES

570. Después de la sesión nocturna, y cuando la suerte del acusado estaba prácticamente decidida, fué entregado a los guardias del Sanhedrín para que le custodiasen hasta la sesión matinal.

Dueños de aquel hombre a la sazón fuera de la ley, cansados y furiosos por la noche pasada en vela a causa suya, los esbirros se compensaron haciendo al reo objeto de prolongadas befas y refinadas humillaciones. Durante unas dos horas — de las tres a las cinco de la madrugada (§§ 562, 565) — el acusado permaneció en poder de sus guardianes, a quienes al principio se unirían probablemente algunos más fogosos miembros del Sanhedrín para excitar a los esbirros y gozar del consecuente espectáculo. Atravesando el atrio de la casa común de Anás y Caifás, Jesús debió ser conducido a algún obscuro subterráneo, y allí abofeteado, se le escupió en la cara, le fueron dirigidos insultos e injurias de toda suerte, como a blasfemo y sacrílego que se le consideraba.

Pasóse luego a los escarnios organizados e inteligentes, y se reprodujeron a costa de Jesús los juegos habituales de los niños, pero en forma dolorosa y atroz. Le vendaron los ojos y comenzaron a descargarle violentos golpes preguntándole quién era el golpeador. Era el juego en que se entretenían inocentemente los niños griegos y llamado en sus varias formas μυῖνδα παιζειν ο κολλαβίζειν. Ejecutado sobre Jesús, tenía un valor sarcástico, ya que aquel profeta, que tantas veces había visto cosas escondidas y pensamientos ocultos, debía poder adivinar quién le maltrataba. Y por ello se le decía a cada golpe: Profetízanos, Mesias, iquién el que te hiriò? Otros, después, le recibieron a varazos, según se expresa romanamente Marcos (§ 133). Y entre tanto llovían sobre Jesús sin cesar salivazos, maldiciones y befas en profusión.

Cuando el ingenio inventivo de aquellos esbirros agotó sus argumentos y su cansancio prevaleció sobre su industria, se alejaron poco a poco de Jesús dejándole abandonado como un trapo en el banco de sus ludibrios,

y probablemente se tendieron en el subterráneo para dormir mientras custodiaban al acusado.

571. Poco antes de estos hechos se había desarrollado una escena

de la que fueron actores, no enemigos, sino amigos de Jesús.

Ya vimos cómo en Gethsemaní todos los apóstoles abandonaron al Maestro, salvo el traidor Judas. ¿A dónde se dirigieron en su huída? No debieron alejarse mucho del lugar del prendimiento, y dejaron de correr cuando tuvieron la certeza de no correr allí mismo análoga suerte que el Maestro. Adquirida esta momentánea seguridad, prodújose en ellos una espontánea reacción contra el acto de cobardía que habían cometido y algunos de ellos, si no todos, volvieron separadamente a Jerusalem, siguiendo, cautos y prudentes, la ruta que recorrieran los guardias con el preso en medio.

Delante de todos, pero muy detrás de los guardias, iba Pedro con otro discipulo (Juan. 18, 15). Probablemente Pedro debía haber recordado en el intervalo la promesa hecha una hora antes a Jesús de serle fiel aun a costa de la vida. Y al hallarse en aquel momento huyendo a la carrera, debió pararse, recuperar parte de su antiguo espíritu batallador y meditar algún provecto para saber lo sucedido al apresado. Espiando de lejos los movimientos de los guardianes, vió que entraban en casa del sumo sacerdote y entonces, con otro discipulo, se dirigió resueltamente hacia aquella casa.

Aqui se produce un hecho curioso. Aquel otro discipulo era conocido de los familiares del sumo sacerdote y no encontró, por ello, dificultad para entrar en la casa. En cambio, Pedro, que era desconocido, quedó, vacilante, en el exterior. Mas cuando el otro discipulo observó que Pedro no le seguía, volvióse a la puerta, habló con la sirvienta portera y obtuvo

que Pedro entrase.

- Quien era aquel otro discipulo de que habla tan sólo el IV Evangelio, sin transmitirnos su nombre? Parece muy razonable en todos los sentidos la conjetura, bastante común entre eruditos antiguos y modernos, de que el innominado discípulo fuese precisamente Juan, quien no se nombraría aquí en razón a su acostumbrada norma de disimular constantemente en el evangelio su propia persona. No debe maravillarnos tampoco que fuese conocido de los familiares del sumo pontífice. Podrían existir relaciones comerciales entre la acomodada familia de Juan y el sumo sacerdote, quien no desdeñaba el tráfico mercantil; podrían existir otras razones que ignoramos. Lo cierto es que un conocimiento del joven con los familiares del sumo sacerdote no debía ser cosa excepcional, puesto que permitió entrar en aquella casa a los dos discípulos del acusado sin ser conocidos por tales.
- 572. Para darnos cuenta exacta de lo que siguió, debemos tener presente la disposición de las diversas partes de una casa acomodada de Jerusalem. Llegando de la calle se hallaba primero la entrada con su portería. Desde aquí se pasaba al vestíbulo, que era una especie de corredor

más o menos largo. Siguiendo este corredor se desembocaba en un patio o atrio que servía en común a las distintas estancias de la casa. Las del piso bajo, dispuestas en torno al atrio, estaban normalmente destinadas a los familiares y a los diversos servicios. Las del piso alto estaban reservadas al señor de la casa y a las personas de respeto.

Ocurrió, pues, que cuando Juan introdujo a Pedro, la portera miró al extraño visitante con la impertinente curiosidad propia de una mujer, y además portera, curiosidad mucho más natural en aquella noche llena de hechos sospechosos. Acaso, en virtud de sentirse extrañada por la desusada figura y el aspecto embarazado de Pedro, la portera le dijo, parte en serio y parte con inquisitiva ironía: ¿Acaso eres tú también (uno) de los discipulos de ese hombre? (Juan, 18, 17). Pedro, impasible, respondió con pronta vivacidad: No (lo) soy. Tras esta declaración, el principal de los apóstoles, como para alejarse con diligencia del lugar de su mentira en busca de otro sitio menos peligroso, se adentró en el vestíbulo y recorrió el patio o atrio, donde encontró un grupo de guardias en torno al fuego. En Jerusalem, al principio de abril, no son raras noches bastante frias, favorecidas también por la altitud del lugar (unos 740 m. s. e. m.; § 5), y siendo tal el caso de aquella noche, los esbirros habían encendido el fuego (§ 537) para sacudir el frío padecido poco antes en el valle del Cedrón.

Alardeando de seguridad e indiferencia, Pedro se acercó al fuego mezclándose con los demás sentados en torno. Pero la portera no había soltado su presa, sino que, cada vez más curiosa, siguió a Pedro hasta cerca del fuego y allí repitió en alta voz, ante toda la tertulia, su sospecha. Sus palabras causaron cierta impresión sobre los presentes. El recién llegado fué examinado atentamente a la luz de las llamas y se opinó que la sospecha podía tener fundamento. Y la interrogación dirigida a Pedro por la mujer fué repetida por todos a la par, hombres y mujeres, con la viveza de quien encuentra un caso interesante. Y se repitió directa e indirectamente, con seguridad o con ironía, siempre insistiendo en la posibilidad de que el visitante desconocido fuese discípulo del apresado.

573. Pedro comprendió que en vez de buscar un sitio menos peligroso se había precipitado entre los brazos del enemigo y no pensó más que en salvarse. En parte fingió no oír y en parte repelió la sospecha con energía, afirmando no conocer siquiera a Jesús. Pero como a la luz del fuego y bajo la mirada de tantos escudriñadores su defensa resultaba algo floja e insegura, Pedro, juzgando preferible cambiar nuevamente de lugar, alejóse otra vez hacia la puerta, con la mente trastornada y la conciencia turbada. En aquel momento un gallo lanzó su grito matutino (Marcos, 14, 68).

En el entretanto, la portera había tornado a su puesto de servicio, junto a la entrada, y Pedro volvió a encontrarse con la malhadada mujer. El curioso caso la había divertido y ahora continuó también sus asaltos, comunicando su sarcástica duda a la gente de servicio que pasaba. Pedro

erró un rato entre el atrio y la puerta, con fingida indiferencia, pero, otra vez apretado, nuevamente negó con juramento: «No conozco a (aquel)

hombre» (Mateo, 26, 72).

Durante un rato, pareció que la gente se olvidaba de Pedro, mientras él, atisbando en la penumbra o aplicando el oído, se esforzaba en ver u oír algo de lo que le estaba sucediendo a Jesús. Pero, en un momento dado, cuando había transcurrido cerca de una hora (Lucas, 22, 59) de la entrada de Pedro en la infausta casa, las sospechas despertaron de nuevo y un grupo de gente se acercó a Pedro, diciéndole con plena convicción: En verdad, tú también eres de aquéllos; pues también eres galileo, ya que tú habla te pone de manifiesto (Mateo, 26, 73; Marcos, 14, 70).

Los galileos, efectivamente, usaban un dialecto cuyo acento particular les traicionaba en cuanto abrían la boca, como un napolitano de hoy se delataría en seguida por su hablar ante un grupo de toscanos. Según una anecdota narrada en el Talmud (Erubīn, 53 b), resultaría que un galileo pronunciaba de tal modo que confundía entre sí las siguientes palabras:

hamor (asno), hamar (vino), 'amar (lana), 'immar (cordero).

El golpe era grave para Pedro. Y con todo no fué el más grave, porque apenas sugerido aquello, uno de los presentes, que había estado en el intervalo escrutando el rostro de Pedro, le gritó en la cara: ¿Acaso no te he visto yo en el jardin junto con aquél? (Juan, 18, 26). El que hablaba con ranta seguridad era pariente del hombre a quien Pedro, horas antes, en Gethsemani, había cortado una oreja (§ 560).

Ante pruebas tan aplastantes, Pedro se vió perdido. Buscando por instinto una salida cualquiera, comenzó a jurar, maldecir e imprecar para convencer a aquellos hombres de que jamás había conocido a Jesús el

Nazareno, ni siquiera oído hablar nunca de él.

Mientras procrumpía en tal torrente de execraciones, cantó el gallo por segunda vez (Marcos, 14, 72). En el mismo momento, Jesús, atado y entre esbirros, atravesó el atrio en que estaba encendido el fuego. Pocos minutos antes había terminado la sesión nocturna y ahora le conducían

al calabozo en espera de la sesión matinal.

Esta vez el canto del gallo impresionó a Pedro, quien, olvidando de pronto a sus inquisidores, se estremeció, miró y vió pasar a Jesús. Jesús a su vez miró a Pedro con una de aquellas miradas que hacían sentirse anonadado al discípulo. Este recordó entonces lo que el Maestro le predijera horas antes: que en aquella misma noche, antes de que el gallo cantara dos veces, Pedro renegaría tres a Jesús.

Entonces el infeliz y generoso Pedro abandonó el campo de su derrota

y, salido fuera, lloró amargamente (1).

⁽¹⁾ Las negaciones de Pedro son tema predilecto de críticos, ora malintencionados, ora con mucho tiempo que perder. Los primeros quisieran demostrar que las relaciones de los cuatro evangelistas se contradicen, en tanto que los segundos quisieran definir las mínimas particularidades de cada negación. Baste recordar a unos y a otros que ninguna de las cuatro relaciones pretende ser completa ni excluir las otras. En realidad hubo tres «grupos» de negaciones, el primero y segundo de los cuales resultaron casi enlazados entre sí. Además hubo

574. Cuando terminó la sesión matinal del Sanhedrín súpose fuera, pronto y fácilmente, que Jesús había sido condenado, y acaso lo supiese antes que ningún extraño un hombre que tenía sumo interés en aquella sentencia: Judas Iscariotes. El resultado final de su traición produjo en su ánimo el efecto transtornante a que ya nos referimos (§ 533). El Maestro a quien amaba a su manera, había sido condenado a muerte. Y ahora, ¿podría liberarse? ¿Recurriría a su potencia taumatúrgica para romper la red en que le habían envuelto sus enemigos? El traidor lo dudó.

Quizá entonces notara por primera vez que las consecuencias de su traición diferían de las que había previsto y sin duda por primera vez también entrevió la abismal injusticia por él cometida. Entonces el amor a lesús se sobrepuso en aquel hombre a todos los demás amores, incluso al vivísimo que sentía por el oro, pero de aquel amor, turbio e impuro como era, no pudo elevarse a la esperanza del perdón. Los 30 siclos recibidos, con los que su codicia esperaba disipar la turbación de su espíritu, convirtiéronse para él en fuente de insoportable amargura. Parecíale que le quemaban, no podía tolerarlos encima; dijérase que confirmaban y proclamaban su traición. Corrió, pues, a los sumos sacerdotes y clamó ante ellos: He pecado, entregando sangre inocente. Y tendió hacia ellos la bolsa de los siclos, en ademán de devolverla. Los miembros del Sanhedrín, fríos, seguros, levemente irónicos, contestaron: ¡Y a nosotros qué? ¡Tú verás! La respuesta de los compradores resonó en el ánimo del comprado como sarcástica burla demostratoria de que él era el más perjudicado en la traición, de que había de convertirse al fin en su verdadera víctima. Ante los sanhedritas, la entrega debía quedar y subsistir para siempre y no cabía en modo alguno rectificarla. Que el peso de la traición recayese. íntegro, sobre el traidor y que él se las compusiera... Ellos, habiendo pagado los 30 siclos convenidos, no tenían nada que ver con el asunto, ni querían saber más de él.

Una rabiosa furia se adueñó entonces del traidor. Viendo cerradas todas las salidas, sintiéndose aplastado bajo el peso de los siclos, corrió al cercano Templo, se adentró lo más posible hacia el edificio del «santuario» (εἰς τον ναόν; Mateo, 27, 5) y allí, frenéticamente. comenzó a arrojar puñados de siclos hacia el lugar santo, como para desembarazarse de un nudo de víboras que le mordiera el corazón. Las monedas rodaron por el enlosado con un tintineo que parecía una carcajada, se esparcieron ante

el santuario y allí quedaron como en espera...

Mas cuando aquel rumor cesó, el traidor no se sintió aliviado. Si su codicia se había disipado y desaparecido, en trágica compensación su amor

igualmente tres «grupos» de interrogantes cada vez, ya que incluso la portera, que comenzó sus asaltos sola, fué pronto secundada por otras personas que discurrían por allí. Teniendo presentes estos datos, que corresponden a la realidad histórica y psicológica, todo resulta claro: entre los varios «grupos» de palabras y de personas, cada evangelista elige para su relación lo que le parece más oportuno, sin excluir las demás relaciones.

Jesús le hacía distinguir ante sus ojos una barrera infranqueable que impedía llegar a la persona amada. El traidor no veía en torno sino el 1cío. Una negra tiniebla envolvió su mente y entonces, saliendo del emplo, fué sin más a ahorcarse.

575. Respecto al fin de Judas poseemos una doble narración con iteresantes divergencias, de particular valor para confirmar la identidad ibstancial del hecho. Mateo sólo habla de que Judas se ahorcó. En cambio, ucas, remitiéndose a un discurso de Pedro en los Hechos (1, 16-19), ha inservado la tradición según la cual Judas, caído de cabeza abajo (πρηνής ενεμενος), reventó por el medio, derramándose todas sus vísceras. Las dos elaciones parecen referirse a dos diversos momentos de un hecho mismo: rimero Judas se ahorcó; luego la rama del árbol o la cuerda de que estaba ispendido quebróse, acaso en virtud de sus convulsivas sacudidas, y enonces el suicida se precipitó hacia abajo. Es lícito suponer que el árbol stuviera al borde de algún barranco, por lo que la caída produciría en el uerpo del suicida las consecuencias de que habla Lucas.

Una tradición identifica el lugar donde se ahorcó Judas con el campo faceldama, comprado con el dinero de la traición y situado en la Geenna (§ 324, nota primera), el valle situado al sur de Jerusalem y deignado desde tiempos antiguos como lugar maldito. La leyenda, a su vez, e apoderó del hecho desde épocas muy remotas, adornándolo o transforciándolo de mil maneras. Ya en el siglo IV se afirmaba que Judas se colgón una higuera (el árbol de cuyas hojas se revistieron los primeros padres pecadores: Génesis, 3, 7). Esta higuera, después de emigrar a varios lugares n el curso de los siglos, se mostraba, superviviente aún, hace pocos años, n Jerusalem.

Quedaban entre tanto los 30 siclos arrojados en el Templo por el raidor. Los escrupulosos miembros del Sanhedrín estudiaron el empleo que se había de dar a aquel dinero, de modo que la Ley no fuese violada. 'orque la Ley (Deut., 23, 19, hebr.) no permitía aceptar como ofrenda acra dinero procedente de ganancias indignas, como meretricio, homicilio o similares. Así, los del Sanhedrín, recogidos los siclos, comentaron: Vo es licito ponerlos en el «qorbān» (tesoro sacro; v. § 387), porque es rrecto de sangre. Por otra parte, 30 siclos eran una suma considerable a a que no hubiera sido sensato renunciar, y entonces aquellos sagaces cauistas encontraron un modo de conciliar los dos extremos. En ocasión de as grandes fiestas hebreas afluían a Jerusalem multitud de peregrinos de as varias regiones de la Diáspora, y sucediendo que algunos morían duante su permanencia en la ciudad santa, las autoridades locales debían proveer a su sepultura. Pero hasta entonces no existía cementerio consagrado a tal objeto, y los sanhedritas determinaron que con los 30 siclos se comprase un lugar llamado «Campo del alfarero», quizá por ser arcilloso y centro de talleres de alfarería, y se destinara a cementerio de peregrinos. Esectuada la compra, el «Campo del alfarero» sué llamado comúnmente «Campo de sangre», ora en recuerdo de la procedencia de su precio, ora del suicidio del traidor que suministrara el precio (1). Mateo después recuerda que el nombre «Campo de sangre», en aramaico Hăquel dēmā, es decir, Haceldama (Hechos, 1, 19), subsistía hasta hoy. Una tradición muy antigua sitúa el Haceldama en el valle de la Gehenna, frente al lugar donde se abría una antigua puerta de la ciudad, probablemente la llamada por Jeremías (19, 2) «Puerta de la vajilla». Es verosímil que existieran allí ya otros cementerios.

Igualmente Mateo, siempre solícito en señalar el cumplimiento de las antiguas profecías, observa que entonces se cumplió la de Zacarías (11, 12-13), que el evangelista cita de esta manera: Y tomaron las treinta (monedas) de plata, el precio de aquel que fué puesto a precio — que estipularon — por los hijos de Israel, y las dieron para el campo del alfarero, según me ordenó el Señor. Esta cita ha dado mucho trabajo a los eruditos, porque Mateo la atribuye al profeta Jeremías, cuando en realidad hoy sólo se encuentra en Zacarías, mientras en Jeremías únicamente se hallan alusiones (Jeremías, 18, 2-12; 19, 1-15; 32, 6-9). Pero la atribución a Jeremías se explica probablemente por el hecho de que el libro de Jeremías ocupaba en aquella época el primer lugar en la colección de escritos proféticos, y así, citando a «Jeremías», se quería dar a entender que se citaba un pasaje cualquiera de la colección. Además, es preciso tener presente que la cita no es literal, como si el evangelista quisiese más bien recoger una colección de alusiones que una verdadera cita.

EL PROCESO CIVIL ANTE PILATOS Y HERODES

576. La condena pronunciada por el Sanhedrín no podía ejecutarse sin explícita aprobación del procurador romano, y en consecuencia los sanhedritas debían superar este nuevo obstáculo. ¿Cómo hacerlo?

La aprobación del procurador se podía obtener de dos modos: o invitando al magistrado romano a aceptar la conclusión del proceso desarrollado ante el tribunal supremo del judaísmo, y fiando en su imparcialidad, o entregando el inculpado al tribunal del procurador para instruir nuevo proceso.

El Sanhedrín eligió el segundo procedimiento, y con habilidad, porque de pedir a Pilatos la aprobación de una sentencia capital por causas meramente religiosas, el procurador no habría de seguro confirmado a ojos ciegos la sentencia del Sanhedrín, sino que hubiese querido comprobar la veracidad de las acusaciones, la legalidad del proceso, la certeza de que bajo el pretexto religioso no se escondían rencores o rivalidades per-

⁽¹⁾ Las dos referencias sobre el significado son señaladas, la primera por Mateo y la segunda por los Hechos. Además, los Hechos (1, 18) parecen atribuir la compra del campo al propio Judas, cual si se hubiese matado después de adquirirlo. Pero se trata de una manera refleja y sucinta de expresarse: la compra es atribuída a Judas en virtud de que proporcionó al Sanhedrín el dinero para efectuarla.

sonales. Y entonces cabía el peligro de que todo el procedimiento que había llevado a la sentencia condenatoria fuese revisado y se esclareciesen muchas cosas que debian más bien quedar en tinieblas. Era, pues, más fácil



Fig. 112. — La LLAMADA TORRE DE DAVID, EMPLAZADA EN EL ANTIGUG PALACIO DE HERODES

y seguro abrir el proceso sobre nuevas bases y, al entregar el acusado al tribunal civil del procurador de Roma, tomar a éste por su lado flaco presentando al Rabí galileo como peligroso agitador político, suscitador de rebeldías contra la autoridad romana. Emprendiendo tal camino, no había duda de que el estado de ánimo de Pilatos y las condiciones políticas generales influirían bastante en el desenvolvimiento del nuevo proceso, conduciéndolo al objetivo deseado por el Sanhedrín. Conforme a este plan, apenas terminada la sesión matutina, el Sanhedrín casi en pleno se encaminó al pretorio de Pilatos, conduciendo a Jesús.

El evangelista testigo ocular advierte con precisión que era el alba (Juan, 18, 28). Serían, pues, cosa de las seis de la mañana según nuestro cómputo

(§ 565). Los romanos eran madrugadores: comenzaban a tratar sus negocios al alborear y trabajaban hasta mediodía, reservando la tarde y las primeras horas de la noche a sus quehaceres personales y a las diversiones. Sólo más tarde, cuando el Imperio fué invadido por bárbaros holgazanes y dormilones, se perdió la costumbre de madrugar y se aplazó el resolver los negocios hasta horas mucho más tardías.

Llegados, pues, junto al pretorio, los acusadores de Jesús se detuvieron. Aquella era la morada de un pagano y ellos no podían entrar allí sin contaminarse, siendo así que necesitaban mantenerse puros para celebrar la Pascua, que, según su cómputo, caía en la noche de aquel día (§ 536). Mas adónde estaba el

(§ 536). Mas, ¿dónde estaba el pretorio de Pilatos?

577. Entre los romanos, el prætorium era el lugar donde el prætor establecía su sede, y que hoy podía ser una tienda de campaña mañana un castillo fortificado y otro día el palacio de un rey vencido. Nacido en

la tienda de campaña, el lugar del pretorio conservó siempre una austera sencillez, permaneciendo esencialmente constituído por dos elementos: el «tribunal» y la silla curul. El «tribunal» (βημα) era una especie de púlpito o de estrado de forma semicircular, de notables altura y amplitud, pero fácil de transportar y montar donde fuese oportuno. La silla curul era el antiguo asiento de los magistrados romanos, destinado en este caso al pretor y colocado en el centro del estrado semicircular. Desde lo alto del tribunal, el pretor administraba oficialmente justicia, sentado en la silla curul, en el centro, y flanqueado a los dos lados del semicírculo de sus asistentes o consejeros. Ante aquel «tribunal» debían presentarse acusados y acusadores,



Fig. 113. — La celda de San Pedro Gallicanto, donde Jesús eselvo confinado

defensores y testigos; y el pretor, después de escucharlo todo y a todos y de consultar con sus consejeros, pronunciaba la sentencia desde la silla curul. En Cesarea, donde residía de ordinario el procurador de Palestina (§ 21), su pretorio estaba en el palacio de Herodes el Grande, ya que aquél era su habitual morada (v. el pretorio de Herodes en Cesarea, en Hechos, 23, 25). También en Jerusalem, cuando se hallaba en esta ciudad, la morada del procurador era en general la casa de Herodes. Mas de esto no se desprende — hablando en abstracto — que tuviese siempre allí su pretorio, ya que podía alojarse por razones especiales en otro lugar, como por

jemplo en la Torre Antonia, que se prestaba mucho mejor para vigilar las inmensas multitudes que acudían al contiguo Templo en ocasión le la Pascua y de otras grandes fiestas hebreas (§ 49). ¿En dónde estaba, pues, el pretorio de Pilatos durante la Pascua en que tuvo efecto el proceso

le Jesús?

El testigo ocular proporciona una indicación muy valiosa cuando precisa que, para pronunciar la sentencia final, Pilatos se sento sobre el tribunal (ἐπὶ βήματος), en un lugar llamado Lithostrotos, mas en hebraico Gabbatha (Juan, 19, 13). Así, aquel día Pilatos instaló su pretorio en un ounto de Jerusalem designado generalmente con dos nombres diversos. Lithostrotos es nombre claramente griego, y significa etimológicamente (suelo de piedras» o «enlosado». Gabbatha, en cambio, es nombre arameo v significa «lugar eminente», «altura». Tratábase, pues, de términos que no se traducían recíprocamente, ya que eran de significado etimológico diverso, pero en la práctica ambos designaban el mismo lugar. Casos como éste se explican fácilmente a través de las diversas razones que pueden dar origen a las diversas designaciones, y son en realidad bastante frecuentes. Baste recordar solamente, sin salir de la Roma moderna, Pantheon y Rotonda, Quirinal y Montecavallo, etc. Para justificar desde el punto de vista etimológico ambos nombres recordados aquí por el evangelista, es preciso hallar en la Jerusalem antigua un lugar que fuese geológicamente una valtura» y en la que hubiese sido colocado un «enlosado» tan notable que mereciese el apelativo por antonomasia.

presentes estas exigencias de la indicación evanduce a suponer que el pretorio de Pilatos estaba instadad en la Torre Antonia. Esta fortaleza, a más de prestarse guancia en aquellos días turbios bajo el aspecto policíaco, estaba en realidad colocada sobre una «altura», la del Bezetha (§ 384), llamada per Flavio Josefo la más alta de todas las colinas de Jerusalem (G. Jud., v, 246). Era, pues, natural que los habitantes diesen el nombre de «altura» por antonomasia a aquella colina que descollaba sobre todas las demás, aunque el término fuese genérico y sólo resultase precisado por el uso.

Pero cuando más tarde se construyó la maciza Torre Antonia, la altura de la colina pareció casi desaparecer bajo la enorme mole. Entonces fué cuando sobrevino una substitución del término genérico de «altura» por el nuevo de «enlosado», provocado por la nueva construcción, aunque ambos nombres subsistieran juntos durante cierto tiempo, siendo usado el antiguo e indígena por los más conservadores y el nuevo y extranjero por los más progresivos.

Falta ver si en el edificio de la Antonia existía en realidad aquel Lithostrotos, aquel «enlosado» tan importante como para hacer designar por extensión toda la zona. Y a esto no se puede responder sino a base de los antiguos documentos y las recientes investigaciones arqueológicas.

De la minuciosa descripción que Flavio Josefo nos procura respecto a la Antonia (§ 49), resulta que ésta se hallaba constituída por un cuadrilátero reforzado en los ángulos por cuatro poderosas torres. El cuadrilátero no estaba totalmente cubierto de construcciones, sino que encerraba en medio una amplia explanada a cielo descubierto, rodeada de pórticos, casamatas y los muros del cuadrilátero.

El patio era naturalmente muy frecuentado, habiendo de pasar por él cuantos iban y venían. Los soldados de guarnición debían alinearse allí para las revistas, ejecutar algunos ejercicios militares, pasar sus largas horas de ocio jugando a los dados, al «tres en raya» y a distracciones semejantes. Por intuición se comprende la necesidad de que aquel patio poseyese como pavimento un buen «enlosado». Y tal «enlosado» ha sido descubierto y netamente reconocido merced a las buscas arqueológicas practicadas allí en estos últimos años. En virtud de cálculos aproximativos a base de los restos, se ha podido evaluar la superficie del patio entero en unos 2.500 metros cuadrados (1). En el lugar se han descubierto a más de restos de varias construcciones que flanqueaban la Torre Antonia, varios trozos de «enlosado» en muy buena conservación pese a las sucesivas transformaciones del lugar. Según el examen arqueológico, el «enlosado» aparece como obra típicamente romana, como solía hacerla Herodes el Grande, constructor de la Antonia. Las baldosas de piedra, amplias y sólidas, miden a veces hasta dos metros de longitud por 1,50 de anchura y 0,50 de espesor. Entre las muchas huellas que estas piedras muestran del intenso uso que se hizo de ellas durante siglos, las más curiosas son varias delineaciones o tramas de juegos romanos, como el «tres en raya» y semejantes, que indudablemente fueron grabadas allí por los soldados en sus horas de reposo.

Se puede, en consecuencia, dar como prácticamente seguro que el «enlosado» descubierto es el Lithostrotos del evangelista y que en este lugar, llamado también Gabbatha, estaba instalado aquel día el pretorio de Pilatos.

579. El procurador romano, informado de que los miembros del Sanhedrín, acompañados de mucho gentío, se habían parado fuera del pretorio y querían hablarle acerca de un acusado llamado Jesús de Nazareth, salió a su encuentro y, dirigiendo una mirada en torno, empezó por preguntar: ¿Qué acusación traéis contra este hombre? Le contestaron: Si éste no fuese un malhechor, no te lo habriamos entregado.

En rigor esta respuesta no era una acusación, sino que tendía más bien a ser una implícita captatio benevolentia, con una invitación latente

⁽¹⁾ El patio entero se extendía en el subsuelo actual del monasterio de las Damas de Sión, del convento franciscano de la Flagelación y del Hamado «Arco del Ecce Homo». Este último apelativo, aunque falso respecto al Arco, prueba que la antigua tradición cristiana representada por él poseía una óptima base arqueológica. Nótese de paso que Flavio Josefo usa más de una vez el término Lithostrotos (Guerr. Jud., v1, 85, 189), aunque no se refiera al «enlosado» del patio de la Antonia, sino al del atrio externo del Templo, allí donde se unen éste y la Antonia.

fiarse en lo que los acusadores afirmaban y atenerse al juicio ya emitido or el Sanhedrín. El gobernador podía estar tranquilo: sus gobernados ensaban como él respecto a la justicia y la equidad y llevaban ante su ribunal aquel inculpado porque era un verdadero malhechor, absoluta-

iente digno de la muerte.

La captatio benevolentiæ fué interpretada por Pilatos en su justo alor. El experto romano comprendió en seguida que se hallaba ante una le tantas cuestiones conexas con ideas religiosas judías y en las que él 10 quería en absoluto intervenir. Remitiéndose, pues, a las normas vigentes, repuso: Tomadle vosotros y juzgadlo según vuestra ley. Estas palabras no significaban ciertamente que los acusadores pudiesen hacer del cusado lo que quisieran, incluso matarlo, sino que eran una invitación aplicar las leves nacionales, siempre con la notoria exclusión de la pena apital. Pero este era el punto delicado de la cuestión, y los acusadores lo nicieron notar al procurador diciéndole: A nosotros no nos es lícito matar i nadie.

La respuesta declaraba al procurador el oculto deseo de los acusalores, haciéndole entrever también lo sucedido aquella noche. Si el Sannedrín acudía al representante de Roma no era para imponer una multa, o una excómunión, o los 39 azotes legales (§ 61), ya que podía hacer legítimamente todo aquello sin aprobación del procurador. Lo que deseaban los acusadores era el permiso para la ejecución capital, pronunciada aquella noche por el Sanhedrín, pero ineficaz hasta entonces. Pilatos comprendió por la respuesta que el inculpado era, en la intención de los acusadores, un hombre destinado ya a la muerte.

nación, y prohibiendo de tributos a César, y diciendo ser el Cristo (Mesías) rey (Lucar 45, 2). La acusación era estrictamente política y substituía a la religiosas aducidas ante el tribunal del Sanhedrín. Ante el tribunal del magistrado de Roma, Jesús es presentado como un revolucionario político y más exactamente como un imitador de Judas el Galileo (§ 514) en el hecho de impedir el pago de tributos a César, no menos que como un cabecilla nacionalista que dice ser el rey-mesías político. Porque, efectivamente. la última acusación se refiere sin duda a una realeza política.

Pero Pilatos no era tan ingenuo que tomase aquellas afirmaciones por oro fino y bajo ellas entrevió algo muy diverso. En todo caso, el terreno en que le situaban sus acusadores era muy delicado para él y le forzaba a descender allí. Puesto que al procurador de Roma se le presentaba un acusado de conspirar contra Roma, aquél, aunque comprendiese al instante que la acusación carecía de fundamento, no podía substraerse a la

obligación de acoger y examinar tal acusación. De no hacerlo, corría riesgo de que los acusadores burlados enviasen denuncias contra él mismo a Roma, pintándole como remiso y negligente en reprimir movimientos contra la autoridad por él representada. Por ello, como hombre de ley, se propuso desenmascarar las añazagas de los inculpadores, pero a la par, como magistrado de Roma, resolvió actuar como atento representante del poder imperial. No faltaba, pues, sino interrogar al acusado mismo.

581. Pilatos pasó al interior del pretorio, donde el acusado fué conducido mientras los acusadores permanecían escrupulosamente fuera del recinto, y comenzó con la cuestión más candente preguntando a Jesús: ¿Tú eres el rey de los judíos? La acusación repetía en lo material el final de la última acusación, pero en boca de Pilatos el término rey de los judíos adquiría un significado voluntariamente ambiguo. En el fondo la interrogación venía a querer decir: ¿Eres rey de los judíos en alguno de esos sentidos extramundanos empleados con frecuencia en los escritos de tu nación, o eres rey de los judíos en el sentido en que Numa Pompilio fué rey de mis antepasados en Roma, y Herodes, hijo de Antípatro, rey de tus antepasados en Palestina hace medio siglo? ¿Eres rey de un mundo invisible e ideal, o rey de este mundo visible y material? Jesús respondió a Pilatos: ¿Dices esto por ti mismo, u otros te (lo) dijeron de mi?

Pilatos reparó en que la contestación tendía precisamente a distinguir el equívoco contenido en la pregunta; se enojó, y con cierto desdén respondió: ¿Acaso soy yo un judío? Tu nación y los sumos sacerdotes te han entregado a mí. ¿Qué has hecho? La réplica de Jesús insiste aún en distinguir los dos sentidos de la primera pregunta: Mi reino no es de este mundo. Si de este mundo fuese mi reino, mis ministros lucharían para que yo no fuese entregado a los judíos. Empero, mi reino no es de aquí. Pilatos, algo sorprendido por estas palabras, agregó para poner en claro un punto al menos, y replicó: Luego, ¿eres rey?, esperando sin duda que el acusado rechazase la afirmación.

Jesús, sin embargo, la aceptó plenamente, ya que contestó: Tú dices que yo soy rey, lo cual equivalía a contestar: «Soy verdaderamente rey, como tú dices» (§§ 543, 567). Pero a esta declaración añadió un esclarecimiento en el sentido quizá previsto por Pilatos: Para esto he nacido yo y para esto he venido al mundo: para dar testimonio de la verdad. Quien quiera que es de la verdad, escucha mi voz.

Pilatos, hastiado, le atajó diciendo: ¿Qué es la verdad?

582. En esencia, tales palabras no eran una pregunta, sino una exclamación, y tanto es así que Pilatos, una vez que las dijo, no esperó respuesta y salió para parlamentar con los judíos fuera del pretorio. Su frase quería solamente señalar que la discusión rebasaba su campo pragmático para entrar en el de las ideas abstractas, que no interesaban al magistrado. De aquí que exclamase con desdén: «¡Qué quieres que sea

la verdadlo En Roma Pilatos habría asistido de seguro centenares de veces en casas y plazas a discusiones de graculi, grieguecillos, filosofantes en busca de sonantes sextercios, y se habría fatigado mortalmente escuchando son interminables disquisiciones acerca de la verdad y el error, razón por la cual no quería aquella mañana ofr una disertación semejante de boca

del obsenio judio.

De todos modos, a través del breve coloquio con Jesús, Pilatos se había convencido cada vez más de que el acusado era totalmente inocente y de que toda la denuncia se debía al odio que le profesaban los notables de su nación a causa de sus disputas religiosas. Y aquí vinieron a encontrarse y a sumarse juntos dos rasgos salientes del carácter de Pilatos: uno el sentimiento del tus que sin duda poseía como magistrado romano y le impulsaba a hacer respetar la Ley; otro el sentimiento de desprecio y aversión que le inspiraban los refes del judaísmo y que le impelía a aprovechar aquella óptima ocasión de contradecirles en nombre de la Ley. Ambos sentimientos del puez exigían que absolviese al inculpado en nombre de la Ley.

Emire tanto llegaba desde fuera un confuso vocerso y a ratos se osan algunas de las acusaciones, repetidas por la multitud. Pilatos, terminada la plática con sesús, ames de afrontar al gentso, buscó en el inculpado una ayuda o sugestión que le permitiera defenderle, y volviendo a su lado, le preguntó con curiosidad. ¿No contestas nadas ¿Ves de cudntas cosas te acusans (Marcos, 15, 4). Pero el que poco antes se proclamara testificador

de la verdad no respondió nada y encerróse en profundo silencio,

se quedó muavillado, pero no desistió del propósito de sale a su lles dencioso acusado, aunque éste no contribuyera a ello, y seis a que lamó aute miembros del Sanhedrín y gentes de la plebe: in acuta en el sulpa alguna. Con esta declaración, el proceso debía consideraise terminado.

Los miembros del Sanhedrín se indignaron aún más que las gentes liste untre violentas protestas, se dieron a repetir en tropel todas las acusaciones, especialmente la política: Subleva al pueblo, enseñando por toda la Judea, y empezando desde la Galilea hasta aquí (Lucas, 25, 5). Estas últimas palabras impresionaron a Pilatos, porque parecían ofrecerle un elemento nuevo para resolver la cuestión. Preguntó, pues, si Jesús era galileo y contestândole los judíos que era de los dominios del tetrarca Hegales Antipas, encontró en ello un buen motivo en su favor.

Estaba seguro de que de un examen en presencia de Antipas, Jesús resultaria inocente como ante él, y ello le proporcionaria un nuevo argumento con el que reducir al silencio a los acusadores, infligiéndoles, además, una legalisima humillación. Por otra parte, el caso de aquel inculpado ofrecía al procurador una buena ocasión de reconciliarse con el tetrarca, con quien hacia tiempo que mantenía malas relaciones, probablemente a causa de que Herodes actuaba como

Oriente a servicio del emperador Tiberio (§§ 15, 26) (1). Así, el procurador, mostrando deferencia por el tetrarca, resolvió enviarle su súbdito para que lo juzgase. Cierto que Jesús había sido presentado al tribunal del procurador de Roma y allí se le debía juzgar, fuese el que fuera su país de origen; pero Pilatos renunció de buen grado en aquel caso a su jurisdicción por los motivos prácticos antedichos.

584. Herodes Antipas estaba precisamente en Jerusalem en aquellos días, con motivo de la Pascua. Cuando supo que el procurador le enviaba aquel galileo acusado, se puso muy contento, porque estaba deseoso desde hacia mucho tiempo de verle, en razón de lo que oía de él, y esperaba ver algún prodigio hecho por él. Ya sabemos que Jesús pasaba ante Herodes Antipas por ser Juan el Bautista resucitado (§ 357), y la innata superstición del asesino del precursor era tanto más viva cuanto que se enlazaba con el recuerdo de su propia víctima.

Cuando Herodes tuvo a Jesús ante sí, le dirigió numerosas preguntas, pero no obtuvo una sola contestación. Mas si el acusado no habló, hablaron profusamente los acusadores, que se habían presentado también al nuevo tribunal. Ante el judío coronado insistirtan sin duda en acusaciones típicamente judías, como las pretendidas blasfemias de Jesús, sus violaciones del sábado, sus amenazas de destruir el Templo, su proclamación de ser igual a Dios. El silencio del acusado fué una desilusión para Herodes, pero como jurídicamente veía más claro que los inculpadores, comprendió, a pesar de su decepción, que todas aquellas acusaciones eran fruto del rencor y que el reo era inocente. Habría, pues, debido absorverle sin más y despedirlo libre: pero el altanero engreimiento del tetrarca exigía una venganza de la decepción sufrida.

Herodes hizo, pues, que los guardias que le circundaban revistiesen al acusado de una vestidura brillante (λαμπράν), una de aquellas vestiduras ostentosas usadas en Oriente en ocasiones solemnes por personas insignes. Quizá fuese un resto de algún traje, estropeado y fuera de uso, que el tetrarca quiso sacar para mofarse del acusado, a fin de hacerle figurar externamente también como el rey que se proclamara. Esta befa con que concluía la inquisición hecha por Herodes, mostraba que el tetrarca consideraba al inculpado como hombre necio y ridículo, pero no peligroso. La misma mofa rechazaba implícitamente la tesis de los acusadores, según los cuales Jesús era un revolucionario y un sacrílego. Un delincuente tal habita sido severamente castigado, no sometido a burla tan jocosa.

Así vestido, y entre los clamores sarcásticos de sus acusadores, que le seguían por todas partes, Jesús fué enviado de Herodes a Pilatos. Lucas, único evangelista que narra este episodio, concluye diciendo que hiciéronse

⁽i) Esta conjetura parece apoyada por el caso sucedido entre Herodes y Vitelio y narrado por Flavio Joseto (Ant. Jud., xviii, 104 105). Véase, no obstante, Casio Dion, 13x, 27; Suetonio, Catig., 14.

VIDA DE JESUCRISTO

jos entre si en aquel mismo día Herodes y Pilatos, ya que mutuamente enemistados (Lucas, 23, 12) (1).

rando Pilatos vió que Herodes le devolvía a Jesús sin querer el asunto, quedó pensativo y comenzó a comprender que a más seria y compleja de lo que le pareciera al principio, in embargo, y firmemente, a la jnocencia del acusado, y se i una salida cediendo en parte a los deseos de los acusabre de ley retrocedía un tanto para situarse en el terreno lítico.

se, pues, a los acusadores, hízoles este razonamiento: Me hombre como pervertidor del pueblo, y he aquí que yo, ante vosotros, nada encontré de culpable en él de cuanto terodes tampoco, ya que lo devolvió a nosotros. Y he aquí so de muerte ha sido cometido por él. Hasta ahora habla tiene el sentimiento del sus. Pero en seguida aparece el staja al legista, y Pilatos termina el razonamiento con esta selusión: Por consiguiente (254), después de haberle sometigo, (le) despediré (libre). El verdadero error dialéctico de a consiste en ese por consiguiente, porque, si Pilatos y Hentraban nada de culpable y nada digno de muerte, ¿cómo ejante por consiguiente? ¿Cómo legitimar el castigo prosocifa una pena leve, sino la terrible flagellatio romana? el procurador lo no admitido por el derecho resultaba la político.

problecha esta concesión, Pilatos, por añadidura, ofreción de la motivo para calmarles. Era costumbre, en ocasión que el procurador libertase de la prisión a un encarcelado propia multimid (2). Parecióle, pues, a Pilatos que esta vez inativa y a la par oportuna hacer recaer la gracia en Jesús, que la se salvaría (al menos en parte) y también se satisfaría es.

llos días estaba encarcelado un famoso malhechor llamado po del padre»), nombre bastante común en los escritos rabialgunos códices evangélicos, escasos en número y en auto-

critices modernos nutren sospechas contra este episodio por razones no doappronisticas como de costumbre y que se reducen, en substancia, al constante la narración evangélica. Por tratarse del método habitual, baste señalar aqui inación.

in la evistencia de esta costumbre ha sido negada por algún crítico moderno, el ocectoguible afán de contradecir los relatos de los evangelistas, aunque nto se confirmen outuamente los cuatro. Pero usos análogos, si no iguales, sor lito livio (v. 13) y por Aleneo (xiv. 45). Un caso además perfectamente un papito egipcio del año 85 d. de J. C., en el que el prefecto romano la mesección de acotes a un cierto Vibión, pero lo indulta en gracia a la Vitelli, Papiri florentini, i, Milán, 1905, págs, 115-116, lin. 50 y siga.)

ridad, el nombre entero de aquel hombre habría sido Jesús Barrabás, siendo Barrabás un sobrenombre y Jesús el nombre verdadero. Aquel hombre había cometido un homicidio en una sedición popular, acaso promovida por él, y además era ladrón habitual. A la sazón esperaba en la prisión la sentencia del procurador. Así, pues, Pilatos pensó que si presentaba a los acusadores el dilema de elegír entre Jesús y Barabba, la elección recaería sobre Jesús, a causa del carácter evidentemente infame de Barrabás. Presentóse, pues, en el umbral del pretorio e hizo la propuesta: ¿A quién queréis que os liberte? ¿A Barrabás o a Jesús, llamado el Cristo? Y para especificar mejor, añadió: el rey de los judios.

La previsión de Pilatos de que la elección recaería en Jesús demuestra

La previsión de Pilatos de que la elección recaería en Jesús demuestra que tenía un conocimiento muy defectuoso, no tanto de la nación que gobernaba como de los guías espirituales de aquella nación. La propuesta, en principio, impresionó a la multitud de acusadores que estaban ante el pretorio prorrumpiendo en los gritos que les sugerían los ancianos y sumos sacerdotes, sus guías espirituales. Para aquella grey de servidores, Jesús era desagradable porque lo era a sus señores, pero también Barrabás era para ellos un delincuente harto merecedor de la más severa condena en vez de la gracia. Hubo, pues, un breve momento de perplejidad, en el cual los servidores vociferantes no lograban decidirse entre la sugestión del fondo honrado de su conciencia y la exigencia de sus inflexibles señores.

587. En el ínterin, ocurrió un incidente curioso. Mientras Pilatos crefa haber hallado la salida acertada, recibió en privado un aviso de su mujer, formulado en estos términos: No te metas con aquel justo, porque he tenido hoy muchos sueños por causa de él. La noticia sólo es transmitida por Mateo, el minucioso narrador de comunicaciones divinas mediante sueños (§ 239). Resulta, además, históricamente, que desde hacía poco tiempo habíase permitido a los magistrados del Imperio romano llevar consigo sus esposas cuando iban a gobernar los territorios que se les asignaban, porque en tiempos de la República la mujer no podía seguir al marido.

El aviso de su mujer debió causar mucha impresión en Pilatos. Aunque escéptico sobre teorías filosóficas y disquisiciones acerca de la verdad y el error, era sin duda bastante accesible a aquellos arcanos signos a que daban tanto crédito los romanos de su época. Toda Roma sabía muy bien que Julio César habría evitado las veintitrés puñaladas de los fatales Idus de Marzo de haber dado crédito a su esposa Calpurnia, que le había rogado que no fuese a la curia aquel día, por haberle visto la noche precedente, en sueños, acribillado de muchas heridas. El caso de Calpurnia pudo representarse muy bien en la mente de Pilatos. En todo caso, él, ya definitivamente implicado en el proceso de aquel justo, recibió sin duda en el aviso de su mujer una nueva confirmación de su idea de que debía hacer cuanto pudiese en pro del inculpado.

588. Había entre tanto cesado la perplejidad, y la muchedumbre de servidores vociferantes había recibido órdenes de sus señores y había resuelto obedecer más a éstos que al fondo honrado de su conciencia: Los sumos sacerdotes y los ancianos persuadieron a la turba de que pidiesen a Barrabás y perdiesen a Jesús (Mateo, 27, 20).

Comenzaba, pues, de nuevo la batalla, habiendo ambos combatientes recibido refuerzos: el procurador, el del mensaje de su mujer; la multitud, el de las instigaciones de los sanhedritas. Dirigiéndose de nuevo a los acusadores, Pilatos repitió la pregunta: ¿A quién de los dos queréis

que os liberte? Todos respondieron al unisono: ¡Barrabás!

Asombrado ante la elección, Pilatos no se preocupó más del delincuente escogido, sino del inocente eliminado, e instintivamente preguntó: ¿Qué haré entonces de Jesús, el llamado Cristo? Los instigadores hicieron gritar a la muchedumbre: ¡Sea crucificado! El procurador insistió: Pero, ¿qué mal ha hecho? Evidentemente, su mentalidad jurídica exigía una justificación a la gravisima pena solicitada, justificación que le fué dada y consistió en el grito renovado una y otra vez: ¡Sea crucificado! (Mateo, 27, 22-23).

Este modo de razonar dejó a Pilatos, no precisamente dolorido, pero sí cohibido, desconcertado, asqueado. Imposible discutir con aquellos vociferadores: el hombre de ley hablaba en lengua que ellos no comprendian. Y hasta materialmente hubiera sido difícil hacerse entender, porque el continuo y vivo griterio hubiese ahogado la voz del orador. Pilatos quiso hacer saber que no compartía los propósitos sanguinarios manifestados por las curbas, y a tal fin substituyó la comunicación verbal con un acto representativo perceptible mediante la vista. Y haciéndose llevar un lebrillo lleno de agua, se lavó allí las manos en presencia de la multitud, mientras ésta pedía a grandes voces la muerte del inculpado. La acción de lavarse las manos asumía espontáneamento un sentido simbólico tanto entre los hebreos (Deuteronomio, 21, 6-7) como entre otros pueblos antiguos (Herodoto, 1, 35; Eneida, 11, 719; etc.). Y en aquel caso mostraba que el procurador rechazaba toda responsabilidad en la petición que le dirigían, fuese la que fuera la conclusión de aquel asunto. Y un momento después, cuando el clamoreo disminuyó algo, Pilatos, para explicar mejor el sentido simbólico de su acto, gritó: Soy inocente de esta sangre. ¡Vosotros veréis! Sus palabras fueron oídas por muchos y la contestación fué dada con prontitud y seguridad absolutas: ¡La sangre de él (caiga) sobre nosotros y sobre nuestros hijos!

589. Este augurio o voto invita a una breve y elemental reflexión, no extraña, por lo demás, al proceso de Jesús. El augurio fué expresado concordemente por los guías coprimedas del judaísmo y por una amplia representación del pueblo de Jerusalem. Por lo tanto, constituia una presentativa vox populi, un voto estrictamente oficial que resumía tanto

los deseos de la cabeza como de los miembros, del Sanhedrín como del pueblo. Y el augurio o voto se dirigía, no ciertamente al procurador romano, sino a un juez mucho más alto, a aquel juez tantas veces invocado en las sagradas Escrituras de Israel, único que podía hacer que aquella sangre en discusión cayese sobre las cabezas de los lejanos hijos. Sólo aquel supremo juez podía transformar la vox populi en vox Dei, acogiendo aquel voto y mostrándolo cumplido en la historia. Si todo esto ha realmente sucedido o no, el historiador moderno puede averiguarlo ateniéndose a la historia, y no sólo a la antigua, sino a la moderna.

Y tanto es así, que incluso en nuestros días ha vuelto a ser examinada la cuestión precisamente por los hijos de que habla el voto. No existiendo hoy el Sanhedrín que hace diecinueve siglos condenó a Jesús y expresó el voto de que su sangre cayese sobre los más lejanos hijos de Israel, esos hijos instituyeron en Jerusalem, en 1933, un tribunal oficioso, compuesto de cinco insignes israelitas, para que examinase de nuevo la antigua sentencia del Sanhedrín. El veredicto pronunciado por este tribunal, con cuatro votos en favor y uno en contra, fué que la antigua sentencia del Sanhedrín debía ser retractada, ya que la inocencia del inculpado estaba demostrada, y su condena fué uno de los más terribles errores que los hombres hayan cometido jamás, error cuya reparación honraría a la raza hebrea (1).

590. En este punto del proceso, Pilatos se halló en condiciones de ánimo harto contradictorias. Personalmente convenciásimo de la inocencia de Jesús, habíale reforzado en su persuasión el misterioso aviso de su mujer, y además la puntillosidad y antipatía del gobernador hacia sus gobernados le daba aquí una oportuna ocasión de infligirles uno de los desprecios en que tanto se complacía, y que esta vez habría estado justificado por la equidad y la ley. Pero, por otra parte, la pertinacia de los acusadores, lejos de aminorar, iba en aumento y, de ser contradicha de modo total y decisivo, podía provocar uno de aquellos incendios populares que eran el terror de todos los gobernadores romanos de Judea. El miedo a semejante consecuencia, así como el miedo a quejas elevadas a Roma en contra suya, inducían a Pilatos a reflexionar muy cuidadosamente sobre la decisión a tomar y, nublando cada vez más ante sus ojos la austera visión de la justicia, la substituían poco a poco con los rasgos, más lisonjeros, del oportunismo político.

Trató, pues, de rodear el obstáculo recurriendo a añagazas y queriendo casi engañar a los adversarios mediante concesiones menores. En primer término, acogió la petición de la multitud e indultó a Barrabás, y a más, siempre con la esperanza de ablandar a los acusadores, hizo ejecutar la precedente promesa de mandar azotar a Jesús.

⁽¹⁾ Así se expresa la relación aparecida en la revista francesa Jérusalem, 1988, mayo-junio, pag. 454.

591. Entre los romanos, la flagellatio precedía ordinariamente a la crucifixión; pero a veces constituía una pena por sí sola y podía realizarse en substitución de la pena capital. La ejecutaban los soldados. El paciente, después de desnudado, era atado a un palo por las muñecas, para



Fig. 114 — Fragmento de la Columna de la Flagelación

que presentase la espalda encorvada. Los golpes no eran asestados con vergas, reservadas al ciudadano romano condenado a muerte, sino con un instrumento especial, el flagellum, que era un robusto látigo con muchas colas de cuero agravadas por varias bolitas de metal y aun armadas de agudas puntas (escorpiones). Así como entre los judíos la flagelación legal estaba limitada a un número preciso de golpes (§ 61), entre los romanos no la limitaba otro número que el albedrío de los flageladores o la resistencia del paciente. El flagelado, sobre todo si estaba destinado a la pena capital, era considerado como un hombre sin nada de humano, como un huero simulacro del que la ley no se preocupaba ya, como un cuerpo en el que cabía ensañarse a placer. En realidad, quien padecía la flagelación romana quedaba generalmente convertido en un monstruo aterrador y repugnante. A los primeros golpes, cuello, espalda, costados, brazos y piernas se amorataban y

luego se cubrían de líneas azuladas y de tumefacciones. Gradualmente, piel y músculos se desgarraban, rompíanse los vasos sanguíneos y todo el cuerpo chorreaba sangre. Al fin el flagelado se tornaba en un amasijo de carnes sanguinolentas, desfigurado en todos sus rasgos. A menudo se desmayaba bajo los golpes, y hasta con frecuencia perdía la vida (1). Horacio, aunque no tuviera en verdad el corazón muy blando, llamaba al instrumento de aquella pena horribile flagellum.

⁽¹⁾ Estos datos no son fantásticos ni exagerados, sino recogidos, aquí y allá, en indicaciones de escritores romanos. Baste como prueba citar el siguiente pasaje de Cicerón, donde describe, no ya la flagellatio sino la verberatio (que era algo menos grave) que Verres hiciera aplicar en Lilibeo (Sicilia) al ciudadano romano Servilio. Mientras Servilio habla en el tribunal para exculparse, le circundan seis lictores robustísimos y muy expertos en pegar y golpear hombres; le sacuden cruelisimamente con las vergas, y al fin el primer lictor, Sestio, de quien he hablado a menudo, tirando el bastón, comenzó a patear con suma vehemencia los opos del misero. Este, teniendo llenos de sangre el rostro y los ojos, cae al suelo; mas, no obstante todo, se le patean los costados también después de caído, para que por fin diga que (In Verrem, II, 5, 54).

A esta pena sometió Pilatos a Jesús, aunque tendiendo, con la nueva concesión, a librarle de la ejecución capital.

592. Concluída la flagelación, Jesús permaneció todavía algún tiempo más en poder de los soldados que le habían azotado y que realizaron con él cuanto era usual con los condenados a muerte. Con éstos, como ya borrados del género humano, todo estaba permitido: cualquier ludibrio, cualquier chanza brutal, cualquier befa inhumana. Por esto, cuando los verdugos concluyeron de azotar a Jesús y fueron a vestirle de nuevo, llamaron a los demás soldados de la cohorte y reuniéndose alegremente en torno a la víctima, la cubrieron de una clámide roja, de las usadas por los triunfadores después de una victoria. Después tejieron una corona de espinas y se la pusieron en la cabeza a guisa de diadema, y entre las muñecas atadas le colocaron una caña que debía figurar como cetro de mando.

¿No se había proclamado rey de los judíos? Pues que apareciese como tal a las miradas de los soldados, con su clámide. diadema y cetro. Y con tanto mayor gusto debían desfogarse en aquel escarnio los soldados cuanto que, no siendo legionarios, sino auxiliares de las cohortes, debían estar reclutados en su mayoría entre las poblaciones vecinas de los judíos y hostiles a éstos, especialmente entre los sirios y sobre todo entre los samaritanos, enemigos mortales de los judíos, pero fidelísimos a Roma (véase Flavio Josefo, Guer. jud., 11, 52, 69, 96; etc.). Para todos éstos era una diversión, en verdad gustosa, cubrir de ludibrios y befas al rev de aquellos bribones judíos.

Y como además a los triunfadores militares se les reservaban particulares honores, aquellos escarnecedores comenzaron a desfilar ante Jesús inclinándose y diciéndole, humildes y obsequiosos: Salve, rey de los judíos. Pero inmediatamente después, incorporándose, le escupían en la cara y arrancándole la caña de entre las manos le golpeaban con ella sobre la corona de espinas (1).

⁽¹⁾ La índole de los soldados y el título de rey atribuído a Jesús explican fácilmente tales escarnios. Pero esta explicación pareció demasiado sencilla a algunos eruditos, amantes de dificultar lo fácil y de exhibir una erudición fuera de lugar. Por lo tanto, encontraron numerosos sobreentendidos en el episodio de las befas a Jesús. Algunos hallaron en ello la imitación de una fiesta persa, la de los Saceos - recordada por Beroso y especialmente por Dion Crisóstomo --, en la que se tomaba un condenado a muerte, se le hacía objeto de mofas como a un rey burlesco y al fin se le azotaba y mataba. Otros, en cambio, pensaron en la usanza de las Saturnales, en las que figuraba un rey burlesco, como de carnaval, que luego era muerto. Otros incluso sacaron a luz los mimos o bufones de teatro, que encarnaban, parodiándolo, un determinado tipo genérico o un individuo histórico concreto de la época. El caso recordado más a menudo fué el de un pobre idiota de nombre Caraba, a quien la plebe de Alejandría, para ridiculizar a Herodes Agrippa I, proclamado rey poco antes, paseó por la ciudad disfrazado de rey, con una diadema de papiro en la cabeza y una caña en la mano. entre un cortejo real bufonesco (Filon, In Flaccum, 5-6). A estas analogías, doctas, pero fuera de lugar, basta contestar que hechos semejantes han ocurrido entre todos los pueblos y en todos los tiempos, porque los sugiere la índole misma de la naturaleza humana, y en nuestro caso no demuestran cosa alguna. Pero quien concreto debidamente las cosas fué Salomon Reinach. Este israelita moderno encontro que los antiguos escritores israelitas se habían engañado casi todos; pero por fortuna él se sentía capaz de corregirles con toda certeza. Erró

593. En el curso de todos estos hechos había transcurrido bastante empo. Desde la primera presentación de Jesús a Pilatos, sucedida al lborear (§ 576), habían pasado no menos de cuatro horas entre discuones del gobernador con la multitud, envío a Herodes y retorno, flagención y befas de los soldados. De modo que debían ser las diez o las once e la mañana, según nuestro cómputo. Pilatos entre tanto meditaba en el nodo de hacer una última tentativa en pro de Jesús, mientras el gentío, lamoroso y pertinaz, esperaba fuera del pretorio.

Pilatos no atribuyó importancia alguna a los escarnios subsiguientes la flagelación, no habiéndolos ordenado ni prohibido; en cambio insistió n el efecto jurídico y moral de la flagelación. Cuando Jesús, desfigurado por los golpes y disfrazado bajo sus vestiduras burlescas, fué conducido de nuevo a presencia del procurador, éste decidió emplear este último argunento esperando de la impresión que causaría aquel sangriento harapo numano. Salió, pues, del pretorio haciendo que le siguiera el flagelado, y munció la aparición de éste con las siguientes palabras: He aquí que le conduzco fuera para que conozcáis que ninguna culpa encuentro en él.

Jesús, con las piernas temblorosas, vacilando al andar, fué empujado el umbral del pretorio y apareció, como dice el testigo ocular (Juan, 19, 5), levando la corona de espinas y la veste purpúrea. Entonces, señalándole con el dedo a sus inflexibles y clamorosos acusadores, Pilatos exclamó: Ecce homo!

Esta exclamación equivalía en griego a nuestro: «He aquí ese tal», y no tenía, cierto, un sentido conmiserativo, pero, con todo, invitaba implícitamente a los acusadores a reflexionar si era aún el caso de maltratar a un hombre reducido a semejante condición. Y es aquí oportuno reflexionar que quien hacía tal invitación era un adorador de Júpiter y Marte y que los invitados eran los adoradores del espiritual Dios Jahvé.

594. La escena subsiguiente a esta invitación es descrita por el testigo con palabras insubstituíbles: Cuando le vieron los sumos sacerdotes y los sirvientes, gritaron, diciendo: «¡Crucificalo, crucificalo!». Diceles Pilatos: «Tomadle vosotros y crucificadlo, porque yo no encuentro culpa en él». Respondiéronle los judíos: «Nosotros tenemos una ley, y según la ley debe morir, porque se hizo hijo de Dios» (Juan, 19, 6-7). Las palabras de Pilatos no significaban, en efecto, que permitiese a los acusadores crucificar a su guisa al inculpado, sino que les invitaba de nuevo a reflexionar una vez más en que él no podía, en conciencia, pronunciar la sentencia

Filón llamando Caraba al idiota de Alejandría, que en rigor se llamaba Barrabás, como el prisionero indultado en vez de Jesús. Erraron los cuatro evangelistas narrando que Jesús fué muerto en vez de Barrabás. No: Jesús fué muerto cual Barrabás, o sea como protagonista de una fiesta popular análoga a la de los Saceos o a las Saturnales. Naturalmente, todas estas «correcciones» las dictaba el amor a la verdad histórica, no un tendencioso espíritu apologético, mas en el campo de la crítica histórica, aunque afirmadas por un Salomón, no fueron consideradas como salomónicas y sólo muy pocos las tomaron en serio.

capital exigida, y por tanto el inculpado no podía ser ejecutado, ya que los acusadores no tenían facultad para hacerlo. Los acusadores, penetrando sutilmente en el pensamiento del procurador, con su réplica, que apelaba a la Ley hebrea, atraían al magistrado a un campo ya no suyo, el religioso, en el cual Roma se había mostrado siempre muy respetuosa con los sometidos judíos. En esencia, insinuaron a Pilatos la amenaza de que, si no consentía en la sentencia capital, sería considerado favorecedor de sacrílegos e impíos.

Tampoco aquí cabe substituir la narración del evangelista testigo: Cuando Pilatos oyó este discurso, se espantó todavía más. Y entró nuevamente en el pretorio y dice a Jesús: «¿De dónde eres?» Probablemente el desconcertado Pilatos esperaba que la respuesta de Jesús le diese algún nuevo elemento para prolongar el proceso y formular alguna nueva objeción contra los acusadores. Pero Jesús no contestó a la nueva pregunta. Dícele, pues, Pilatos: «¿No me hablas? ¿No sabes que tengo potestad de libertarte y tengo potestad de crucificarte?». Repuso Jesús: «No tendrías ninguna potestad contra mí si no te hubiese sido dada de lo c!to; por esto quien me ha entregado a ti tiene mayor pecado».

Tras esta contestación, Pilatos se encontró del todo solo en su resistencia. El inculpado no le ofrecía ayuda alguna que permitiera salvarle, en tanto que los judíos insistían cada vez más en exigir la condena. El procurador sólo se sentía sostenido en su resistencia por la convicción de la inocencia de Jesús y por el deseo de no ceder a los judíos; pero lo primero no tenía eficacia alguna contra los acusadores y lo segundo no debía participárseles, por prudencia. Titubeante, sin ver manera de salir de la situación, y a la par sin querer ceder, se hallaba en un estado de ánimo que el evangelista resume en estas palabras genéricas: Desde este (momento), Pilatos buscaba libertarle (Juan, 19, 12).

Los acusadores entrevieron el peligro y para conjurarlo recurrieron a un argumento que no podía dejar de ser eficacísimo sobre el procurador, y comenzaron a gritar: ¡Si libras a ése, no eres amigo del César! ¡Quien se hace rey contradice al César!

595. Ante aquel grito, Pilatos, hombre de carne y hueso, magistrado romano ignaro de cualquier preocupación religiosa y sólo interesado por su posición en Roma y por su carrera política, no podía permanecer vacilante por más tiempo. Sin embargo, aun no estaba dispuesto a ceder.

Cansado de verse cada vez más vencido por aquellos sus aborrecidos gobernados, que chillaban como monos, enojado por todo el desarrollo del proceso, confió una vez más en lo ignoto y quiso afrontar directamente la conclusión del proceso parlamentando de nuevo con los acusadores.

Poco antes le habían amenazado con considerarle favorecedor de impíos y sacrílegos si liberaba a Jesús. Pero, ¿acaso no se había el acusado proclamado rey espiritual de los mismos acusadores? El, gobernador político, no quería inmiscuirse en cuestiones religiosas, pero precisamente

por esta razón no quería obrar contra quien se atribuía una supremacía que no tenía nada de político y era puramente religiosa. ¿Acaso le constaba si tras el acusado no había una larga hilera de secuaces — una especie de confraternidad como la de los Esenios (§ 44) — dispuestos a aceptar aquella su realeza religiosa? ¿Podía matar al jefe de una confraternidad religiosa y luego dedicarse a perseguir a todos sus miembros? No: él, como magistrado laico, era neutral y se hallaba obligado a respetar y hacer respetar la realeza religiosa del acusado. A juicio de Pilatos, este argumento podía salvar aún a Jesús, y a él recurrió como última esperanza.

Era casi la hora sexta (Juan, 19, 14), o sea poco antes de nuestro mediodía. Viendo que había de llegar a una conclusión y pronunciar la sentencia definitiva, Pilatos hizo montar en el Lithostrotos, en presencia de los acusadores, su «tribunal» con la silla curul (§ 577); luego salió fuera haciéndose llevar junto a él al acusado y, una vez en la silla curul, se reanudó la discusión. Señalando a Jesús, exclamó: He aquí vuestro rey. ¿Qué pensaban los acusadores de esta realeza del acusado? No era ciertamente una realeza política, como resultaba indudablemente claro para el magistrado competente en la materia. ¿Era realeza religiosa? En esto Pilatos no intervenía, ni quería inmiscuirse. Respondiéranle, pues, los acusadores.

Las palabras del procurador sonaron a la multitud como un sarcasmo, y todos contestaron a gran voz: ¡Fuera! ¡Fuera! ¡Crucificalo! Pilatos insistió: ¿Crucificaré a vuestro rey? Esta vez la contestación fué dada, como recuerda expresamente el evangelista testigo, por los sumos sacerdotes, quienes gritaron: No tenemos rey sino César.

Pilatos vió cerrado el último camino. La realeza del acusado no podía ser tomada en serio por el juez ni por los acusadores. Estos, y precisamente los más insignes entre ellos, no reconocían a Jesús realeza alguna y proclamaban tener como rey único y exclusivo el César de Roma. Evidentemente, el representante del César de Roma no podía manifestar opinión diversa y, además, para no herir los sentimientos religiosos de los acusadores, debía crucificar a aquel falso rey.

Tal fué, sobre poco más o menos, el razonamiento íntimo que debió formularse Pilatos, y entonces, concluye el evangelista, se lo entregó a ellos para que fuese crucificado.

596. Al fin quedaban satisfechos los acusadores; pero quedaba satisfecho también un voto suyo al que no concedieron mucha importancia, aunque tuviese tanto históricamente como su precedente voto de que la sangra de Josús cousse sobre la livia.

sangre de Jesús cayese sobre los hijos venideros (§ 589).

Para triunfar en su intento habían proclamado no tener rey sino César, y esto lo proclamaron precisamente los sumos sacerdotes, los cuales conocían las sagradas Escrituras hebreas y sin duda habían leído en ellas con cuánto «celo» el Dios Jahvé quería ser único rey de Israel y cuán de mala gana había tolerado que fuese elegido un hombre como primer rey israelita en la persona de Saúl (I Samuel, 8). Y ahora, aquellos repre-

sentantes oficiales de Israel no sólo no pensaban en su rey divino, y no sólo no echaron de menos la existencia de sus antiguos reyes humanos o de sus descendientes, sino que proclamaron entusiásticamente como su rey a aquel hombre que se llamaba Tiberio Claudio Nerón Julio César, extranjero de raza, incircunciso de carne, idólatra de espíritu. Y por tanto también en esto fueron satisfechos, porque tuvieron por reyes efectivos a Tiberio y a sus sucesores, los cuales, empero, sólo ejercitaron plenamente su soberanía cuarenta años más tarde, cuando destruyeron para siempre el Templo, la ciudad y la nación de aquellos súbditos suyos.

El historiador moderno hará bien en meditar también en estos acontecimientos, tanto más cuanto que son realidades históricas imposibles de poner en duda por ninguna teoría crítica.

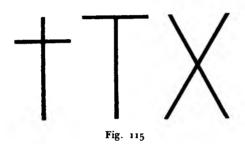
LA CRUCIFIXION Y LA MUERTE

597. La sentencia había sido dictada y no faltaba sino cumplirla. El representante de Roma había complacido a los acusadores dictando una condena romana, ya que cuando los judíos pedían a Pilatos: ¡Crucificalo, crucificalo!, exigian en realidad una pena que originariamente no era hebrea y sí romana. En virtud de la imputación de blasfemia hecha por el Sanhedrín a Jesús, la pena hebrea normal habría sido la lapidación, que en efecto fué aplicada a Esteban poco después. Con todo, la crucifixión, en tiempos de Jesús, había entrado hacía muchos años en los usos del judaísmo palestino, habiéndose introducido en la época de sus primeras relaciones con los romanos, en especial cuando, el año 63 a. de Jesucristo, Pompeyo el Grande expugnó Jerusalem y dió una nueva organización política a toda la región. Antes de aquella época, el judaísmo había conocido el empalamiento, pena muy común en los antiguos imperios de Babilonia y de Asiria y del que más tarde derivó la verdadera crucifixión. Porque también en la Roma antigua la crucifixión no fué original, sino importada. Muchos años antes que en Roma, la crucifixión se practicaba en Grecia, en Egipto y en bastantes otras regiones mediterráneas, donde la difundieron probablemente los fenicios, atrevidos navegantes e infatigables mercaderes.

Roma tuvo siempre verdadero espanto a la crucifixión. Tal es lo menos que cabe decir, incluso ciñéndose sólo a las frases empleadas por Cicerón cuando alude a ella en sus discursos contra Verres (especialmente en 11, 5, 62-67), llamándola, ora «el más cruel y tétrico suplicio», ora «extremo y sumo suplicio de la esclavitud», ora de otros modos semejantes. Era, en efecto, la pena reservada ordinariamente a los esclavos y sólo por delitos harto graves, al punto de que el esclavo era llamado a veces irónicamente «portador de cruz» (furcifer), así que uno de ellos podía exclamar cómicamente: Sé que la cruz será mi sepulcro. Allí están colocados mis ascendientes, padre, abuelo, bisabuelo, tatarabuelo (Plauto,

Miles gloriosus, 2, 4, 372-373). Ningún ciudadano romano podía ser crucificado legalmente, a juicio de Cicerón, quien exclama, horrorizado: Que un ciudadano romano sea atado, es un abuso; que sea golpeado, es un delito; que sea matado, es casi un parricidio: ¡qué diré, pues, si es suspendido en cruz? ¡A cosa tan nefanda no se puede dar en modo alguno un apelativo suficientemente adecuado! (In Verrem, II, 5, 66). Sin embargo, resulta que de hecho más de una vez fueron crucificados ciudadanos romanos, y hasta parece que, incluso legalmente, los libertos y ciertos provincianos podían, aunque fuesen ciudadanos romanos, ser condenados a la cruz.

598. Prescindiendo de las formas más antiguas, la cruz, en tiempos de Jesús, tenía las tres formas siguientes:



La primera, a la izquierda, se llamaba cruz immisa o rematada, refiriéndose a su parte superior, o remate; la segunda, o commisa, era la única que tenía tres brazos, hallándose privada de remate; la tercera, poco empleada, era la decussata o aspada, llamada vulgarmente cruz de San Andrés (1). Entre las dos primeras formas, la cruz rematada tiene muchas mayores posibilidades que la otra de haber sido la empleada en el suplicio de Jesús (§ 606).

Distinguíanse en ella dos partes: el palo vertical, llamado stipes o staticulum, que se plantaba en tierra, y el palo horizontal, llamado pa-

⁽¹⁾ Se ha notado que la «cruz de San Andrés» sólo se recuerda en los documentos del siglo x en adelante, apareciendo en la iconografía más tarde aun, de lo que se ha concluído que tal tipo de cruz no fué usado nunca. La conclusión no parece legítima. Flavio Josefo dice que, durante el asedio de Jerusalem, los soldados romanos capturaban muchos fugitivos judios y, en su irritación por la inútil resistencia de los sitiados, clavaban (en cruz)... por irrisión a los capturados, unos en una posición y otros en otra (δλλον δλλω σχήματι), y por la mucha multitud, faltaba tanto terreno para las cruces como cruces para los cuerpos (Guerr. Jud., v, 451). La diferente posición (σ χήμα) está sin duda en relación con la forma de las cruces, la cual podía variar con cierta amplitud para encarnizarse, pero si no se usaba la cruz de San Andrés sólo quedaban las otras dos formas (ya que otras son materialmente imposibles), y con solas dos formas la amplitud para encarnizarse no existía ni se habria podido decir seriamente: unos en una posición y otros en otra, porque la posición del crucificado era la misma en ambas formas de cruz.

tibulum o antenna (1), que sólo se unía en un segundo tiempo con el palo vertical. Pero el palo vertical no era totalmente liso y plano, sino que hacia su mitad sobresalía un tosco y robusto madero llamado en griego pegma y en latín sedile, en el que se apoyaba a horcajadas el cuerpo del crucificado. Justino mártir y Tertuliano recuerdan aquel saliente, con mucha propiedad, como un cuerno en general y más particularmente como el del rinoceronte. Tal sostén era necesario, porque habría sido, si no, materialmente imposible que el cuerpo del crucificado se mantuviera pendiente de cuatro clavos solamente, ya que el desproporcionado peso habría hecho que se desgarrasen las manos. La razón es tan evidente. que hubo artistas cristianos antiguos que representaron la cruz de Jesús con un suppedaneum, en el que se apoyan y están clavados los pies. Este suppedaneum, del que no se encuentra indicación alguna en los documentos antiguos, es arqueológicamente falso y en la práctica no habría bastado para sostener el cuerpo. No obstante, el error arqueológico demuestra la necesidad del sedile, arqueológicamente justo.

599. Una vez pronunciada una sentencia de crucifixión, se preparaba, de no estar dispuesto ya, el lugar de la ejecución plantando en tierra el palo vertical o stipes, falto aun del horizontal. El palo vertical no era ordinariamente muy alto, ya que los pies del condenado solían distar del suelo la altura aproximada de un hombre o aun menos, de modo que todo el

poste no podía ser más elevado de cuatro o cinco metros.

Como lugar se escogía uno muy visible y frecuentado, porque se contaba con el efecto ejemplar que el espectáculo debía producir en los esclavos y en otros abyectos individuos merecedores de la cruz. Elegíanse, pues, lugares de mucho tránsito, extramuros de la ciudad, pero muy cerca de alguna de sus puertas, y, de ser posible, entre tumbas, lo que se desprende, además de otros testimonios, del burlesco relato de la matrona de Éfeso que se halla en Petronio el Árbitro (Satiricón, 111-112). En Roma, por ejemplo, el lugar habitual de las crucifixiones era el campus Esquilinus, fuera de la muralla de Servio Tulio (agger) y cercano a la porta Esquilina. En este campus, correspondiente poco más o menos a la moderna plaza de Vittorio Emmanuele, había también muchísimas tumbas de patricios y esclavos y en el aire revoloteaban los siniestros pájaros del Esquilino, recordados por Horacio, a los que atraían los cadáveres de los crucificados, que permanecían insepultos.

La crucifixión iba precedida de la flagelación del condenado, que a veces se infligía por el camino hacia el lugar del suplicio. El condenado

⁽¹⁾ El nombre patibulum deriva del hecho de que en tiempos antiquísimos se usaba para castigar a los esclavos un palo que se aplicaba a la puerta de la casa para barretearla y el cual quitado la puerta se abría (patebat). Para semejantes castigos, los primitivos habitantes del Lacio habían usado también la furca u horca empleada para apuntalar los grandes carros agrícolas. De aquí que a menudo, hasta en tiempos tardíos, furca apareciese prácticamente como sinónimo de patibulum, aunque originariamente significase cosa muy diversa.

(cruciarius) era entregado a los soldados, habitualmente en número de cuatro (quaternio), al mando de un centurión que tenía el cargo de certificar la muerte del crucificado (exactor mortis). A la espalda del condenado se ponía, y a veces se ataba, el palo horizontal de la cruz (patibulum). Un ministro de la justicia llevaba ante él una tablilla (titulus) en la que iba escrito en caracteres bien visibles el delito motivador de la sentencia. En ocasiones, la tablilla pendía del cuello del condenado. Camino del lugar del suplicio, el cortejo pasaba preferentemente por las calles más frecuentadas y populosas (celeberrimæ eliguntur viæ, dice Quintiliano al respecto), siempre para dar publicidad a la ejecución.

A lo largo del camino, el reo, aunque no sufriese entonces la flagelación, recibía igualmente toda clase de escarnios por parte del populacho curioso y feroz. El reo no era un hombre, sino un fuera de la ley, un

muladar ambulante.

600. Ya en el lugar del suplicio, el condenado era acercado al palo plantado en tierra y se le despojaba de sus ropas, si no estaba ya desnudo por haber recibido la flagelación por el camino. La total desnudez del crucificado era de uso común en Roma, pero puede ocurrir que entre pueblos más escrupulosos sobre tal punto el reo fuese cubierto quizá, por pudor, con el primer harapo que se tenía a mano. Los judíos eran, en tal sentido, más escrupulosos que los romanos (v. Sanhedrin, vi, 1-4) y es probable que su delicadeza fuese respetada por sus gobernantes; pero ello no está comprobado históricamente.

Ya desnudo, el reo era tendido en tierra con el rostro hacia arriba, de modo que tuviese bajo la espalda y los brazos abiertos el palo horizontal de la cruz que había llevado él mismo. En tal posición, las manos eran clavadas al palo. Ejecutada esta primera etapa, el reo — probablemente mediante una cuerda que le ceñiría el pecho y correría por las extremidades del palo vertical plantado en tierra — era elevado sobre el stipes para ser colocado a horcajadas sobre el sedile. Sólo teniendo en cuenta el conjunto de estas maniobras pueden explicarse adecuadamente ciertas frases usadas a menudo por los escritores romanos, como ascendere crucem, excurrere in crucem, inequitare cruci o, irónicamente, requiescere in cruce. Que esta «ascensión» a la cruz se efectuaba después de que el reo estaba parcialmente clavado, lo demuestra, entre otros testimonios, la frase: patibulo suffixus, crudeliter in crucem erigitur (Firmico Materno), donde patibulum designa con exactitud técnica el palo horizontal.

Alzado el condenado de esta manera, el palo horizontal se unía con el vertical mediante clavos o cuerdas, y al fin se clavaban los pies. Para esto, naturalmente, se empleaban dos clavos, no uno solo como ha imaginado muy frecuentemente el arte cristiano, ya que los pies, a causa de la postura del reo a horcajadas del sedile, terminaban hallándose casi a ambos lados del palo vertical y no hubieran podido sobreponerse el uno sobre el otro. Este último momento de la crucifixión lo ejecutaban fácil-

mente los verdugos irguiéndose en pie, ya que, como dijimos, las extremidades inferiores del condenado estaban a la altura aproximada de una persona.

601. En tal situación, el crucificado esperaba la muerte. Expuesto como se hallaba en un lugar frecuentado, veía durante horas y horas pasar ante él gente de toda especie: patricios que no le dirigían una mirada, niños que contemplaban con curiosidad el cuerpo lívido y tumefacto, atareados mercaderes que se detenían un momento, plebeyos y esclavos que se divertían en examinar las muestras de sufrimiento del infeliz. A lo sumo, podía apreciarse algún signo de compasión en el rostro de algún pariente o algún antiguo cómplice de delitos, que se obstinaban en permanecer al pie del crucificadó; pero era siempre una compasión estéril, porque los soldados que se hallaban al pie de la cruz impedían acercarse a todo el que quisiese aportar un alivio cualquiera. Lo único que podía llegar a aquel despojo humano clavado en la cruz era la pedrada lanzada desde lejos por algún chiquillo o algún antiguo rencoroso rival en robos.

La muerte podía sobrevenir por desangre, por fiebre vulneraria, por los estragos del hambre o más aún de la sed, o por etras causas fisiológicas. Con frecuencia el fin no se hacía esperar mucho, a causa de la terrible flagelación que precedía a la crucifixión, pero había organismos más robustos que resistían a veces días enteros en la cruz, extinguiéndose poco a poco en una espantosa agonía. En ocasiones, los verdugos aceleraban adrede la muerte, ora produciendo con fuego un denso humo en torno a la cruz, ora traspasando de una lanzada el cuerpo del crucificado, ora practicándole el crurifragio romano, que consistía en quebrar los fémures del agonizante a golpes de clava.

Ocurrida la muerte, el cadáver, en los tiempos más antiguos, permanecía en la cruz hasta la descomposición y hasta el total descarnamiento que producían los perros saltando desde abajo y las aves descendiendo desde el aire; pero en los tiempos próximos a Augusto. el cadáver solía entregarse a los amigos o parientes que lo reclamaran para sepultarlo.

Las examinadas hasta aquí eran las normas generales ejecutadas en todas las crucifixiones, y por tanto también en la de Jesús.

602. Cuando el procurador hubo dictado sentencia y fijado el texto en la tablilla (titulus, § 599), aquélla adquirió valor oficial. Y como debía ser transcrita en los archivos del gobierno para ser comunicada después al emperador de Roma, también debía ser ejecutada sin dilación. Por lo demás, ejecutar una sentencia de crucifixión requería pocos preparativos: un palo vertical estaba preparado siempre en el sitio destinado a tal suplicio, o, en caso necesario, se plantaba en pocos minutos. El palo horizontal que debía llevar el condenado se tenía con aserrar simplemente un madero cualquiera. No faltaba, pues, más que reunir la escolta de soldados, entregarles al reo y conducir a éste al lugar establecido.

El lugar elegido para crucificar a Jesús respondió a las normas que conocemos. Al norte de la ciudad, muy cerca de la muralla, había un pequeño saliente rocoso, que se elevaba escasos metros sobre el terreno circundante. A causa del aspecto de aquella prominencia, la gente la llamaba familiarmente Calavera, de modo que quien hablaba latín decía Calvaria y quien hablaba arameo decía Golgotā (hebraico Gulgoleth). Aquel lugar era muy idóneo para crucifixiones, ya que su escasa altura bastaba para poner el reo a la vista de todos y, por hallarse a muy poca distancia de una de las puertas de la ciudad, pasaba por allí mucha gente. Además, junto al montículo había una tumba, y acaso más de una (§ 617), circunstancia que también concordaba con la norma de crucificar en lugares destinados a sepultura.

Desde el siglo i d. de J. C., la ciudad se extendió continuamente hacia el norte, y las radicales transformaciones que experimentó en el siglo il hicieron desaparecer tanto la prominencia de la Calavera como las cercanas murallas de la ciudad y el foso que las separaba de aquel montículo. Los trabajos ordenados por Constantino en el siglo iv, a fin de construir la basílica del Santo Sepulcro, nivelaron aún más todo el contorno, salvo una pequeña parte del promontorio que fué incorporada y encerrada en la construcción. Pero el nombre del montículo se ha conservado hasta hoy, con la tenacidad característica de la toponomástica oriental, y hace pocos años ha sido descubierto, bajo la forma árabe de Rās (cabeza), en el lenguaje de viejos indígenas del barrio, para designar la zona que rodea la basílica.

A este lugar fué conducido Jesús para ser crucificado. Desde la Torre Antonia, punto de partida, el camino no debía ser largo, porque tampoco en aquellos tiempos no podía pasar de un kilómetro por el camino más breve. Sin embargo, no sólo aquel día los caminos estaban muy concurridos a causa de la solemnidad pascual, sino que probablemente se siguieron adrede las calles más largas y frecuentadas, por la norma ya conocida de dar la máxima publicidad a la ejecución. Los más interesados en esto eran los sumos sacerdotes y los otros miembros del Sanhedrín, que seguían, triunfantes, al condenado y no querían dejar escapar la ocasión de prolongar ante la muchedumbre su triunfo y la humillación de Jesús.

603. Sin embargo, experimentaron desde el principio un grave sinsabor. Al iniciar la marcha hacia el lugar del suplicio, formóse el cortejo, compuesto de los soldados, el reo principal, que era Jesús, y otros dos condenados, que eran ladrones comunes e iban también conducidos a la cruz. A cada condenado le acompañaba su tablilla legal, que proclamaba públicamente el delito cometido por él. La tablilla de Jesús — escrita en las tres lenguas más usadas en la región, es decir, hebrea (aramea), griega y latina — contenía en esencia (§ 122) este texto dictado por el mismo Pilatos: Jesús el Nazareno, el rey de los judlos. Los atentos sanhedritas leyeron fugazmente este texto en el curso del camino y pudieron contem-

plarlo más claramente cuando la tablilla fué fijada en la cruz de Jesús, y, como minuciosos juristas que eran, encontraron en ella un enorme error. En efecto, aquel reo era crucificado, no porque fuese el rey de los judíos, como parecía resultar de la tablilla, sino por haberse proclamado

el rey de los judíos sin serlo en realidad. Tocados en lo vivo. corrieron. pues, solicitamente al procurador y con mucha insistencia le hicieron observar el error, que debía absolutamente ser corregido en interés del gobierno, ya que el pueblo podía ofenderse leyendo en un documento oficial que había sido crucificado el rey de los judíos, tanto más cuanto que una hora antes aquel mismo fidelísimo pueblo había declarado pública y solemnemente reconocer por su único y amado rev al César de Roma (§ 595).

Decian, pues, a Pilatos los sumos sacerdotes de los judios: «No escribas "el rey de los judios", sino que él dijo: "Soy rey de los judios"». Respondió Pilatos: «Lo que he escrito he escri-



Fig. 116. — QUINTA ESTACIÓN DE LA VÍA DOLOROSA

to» (Juan, 19, 21-22). Pilatos recuperaba parcialmente su carácter. Ahora que no temía denuncias a Roma, se vengaba de la derrota sufrida y contestaba con desprecio y hostilidad a las exhibiciones de lealtad política de los miembros del Sanhedrín.

Y este fué el primer sinsabor de los triunfadores, quienes en todo aquel día, al relcer la tablilla oficial redactada por el representante del César, oyeron repetir por escrito que Jesús moría en cruz porque era efectivamente el rey de los judios.

604. Desde la Antonia, el cortejo avanzaba con lentitud por las calles llenas de la multitud en fiesta. Muchos de los componentes de la

turba que vociferara ante el pretorio debían haber regresado a sus casas para hacer los preparativos de la cena pascual. Los miembros del Sanhedrin, no necesitando va su clamoreo, los habían dejado libres. Pero varios notables seguían el cortejo para cerciorarse de que todo terminaba



Fig. 117. — SEXTA ESTACIÓN DE LA VÍA DOLOROSA

bien y de que se llegaba de una vez a la conclusión final. Las burlas y sarcasmos que la chusma dirigía a los condenados no faltaron ciertamente a lo largo del camino, pero los escarnios más exquisitamente sañudos fueron dirigidos a aquel a quien el ademán despectivo de los notables señalaba principalmente a la ferocidad del vulgo: el Rabí galileo era mucho más merecedor de aquella grosera irrisión que los dos ladrones.

Jesús, cargado con el palo transversal de la cruz, caminaba dando tropiezos. Era ya mediodía (§ 595) y desde la media noche anterior había atravesado una incesante serie de pruebas físicas y morales de incomparable violencia: primero la amorosa y doliente despedida de los apóstoles en el cenáculo; luego Gethsemaní,

después el prendimiento, el proceso ante el Sanhedrín, los escarnios en casa de Caifás. el proceso ante Pilatos y, en fin, la espantosa flagelación le habían quitado todo resto de fuerzas. Vacilaba, pues, bajo el peso del madero, tropezaba a cada paso, podía caer de un momento a otro para no levantarse más. El centurión que mandaba la escolta sintióse preocupado por aquel hecho, que podía impedir que llegase a término la tarea que le asignaran, o bien que se retrasase mucho, lo que le valdría seguros reproches. Y entonces recurrió al empleo de la «requisa», que ya conocemos (§ 327, nota primera).

Pasaba casualmente por allí un tal Simón de Cirene (1), que Marcos se complace en señalar a sus lectores de Roma como padre de Alejandro y Rufo (§ 133). Simón venía del campo, donde sin duda había estado trabajando (§ 537), y se encaminaba a su casa; pero el centurión, dada la necesidad, le «requisó» y le ordenó que llevase el madero que Jesús no podía ya soportar. Nada nos induce a creer que este Simón conociese a Jesús o fuese discípulo suyo, de modo que la orden recibida debió distar mucho de complacer al «requisado»; pero, puesto que su hijo Rufo fué más tarde persona insigne ante la cristiandad de Roma, y la mujer de Simón fué llamada por Pablo, en muestra de veneración, madre (§ 133), cabe concluir que el servicio prestado a desgana a Jesús produjo, de manera que ignoramos, óptimos efectos.

605. Pero Simón no fué el único en ayudar a Jesús. Otro consuelo, y éste espontáneo, lo proporcionaron al reo las mujeres, y quien lo cuenta es únicamente Lucas, el evangelista de la piedad femenina (§ 144). Acaso precisamente cuando Jesús fué descargado del palo y pudo erguirse, un tanto aliviado, viera, entre la multitud hostii y ociosa que le seguía, un grupo de mujeres que lloraban y se lamentaban por él. Eran hijas de Jerusalem, es decir, ciudadanas de la capital, aunque pudiesen haberse unido a ellas algunas de las mujeres galileas que acompañaban ordinariamente a Jesús (§ 343). Según una noticia rabínica (Sanhedrin, 43 a), parecería resultar que se había formado en Jerusalem una especie de piadosa asociación de nobles mujeres para asistir en algún modo a los condenados a muerte, en particular suministrándoles vino abundantemente con alguna mezcla de incienso, bebida que se consideraba estupefaciente y anestésica. Quizá aquellas hierosolimitanas que iban al encuentro de lesús pertenecieran a tal asociación, y si conocían a Jesús, al menos de fama, cumplirian el acto benigno aun más cordialmente.

Su piedad fué recompensada por Jesús con otra de igual género. Dirigiendo nuevamente la mirada a la próxima destrucción de Jerusalem (§§ 454, 526), Jesús contempló el dolor de mujeres y madres durante aquella catástrofe y se unió, por compasión, al dolor materno, previniendo a las futuras víctimas. Dijo, pues, a sus consoladoras: Hijas de Jerusalem, no lloréis por mi, sino llorad por vosotras mismas y por vuestros hijos, porque he aqui vienen días en que se dirá: «Bienaventuradas las estériles, y los vientres que no engendraron, y los pechos que no amamantaron». Entonces se comenzará a decir a las montañas: «Caed sobre nosotros», y a las colinas: «Cubridnos» (v. Oseas, 10, 8). Porque, si en un leño húmedo se hacen estas cosas, en uno seco, ¡qué sucederá? (Lucas. 23, 28-31). Si en aquel condenado inocente ocurrían aquellas cosas que las compasivas mujeres deploraban en aquel día, ¿qué sucedería cuarenta años después, cuando

la catástrofe de Jerusalem hubiese arruinado a una nación pecadora, un pueblo cargado de iniquidad, una estirpe de malvados, hijos de perdición,

como se había expresado Isaías (1, 4)?

Cuando la comitiva llegó al lugar de la Calavera, procedióse sin más a la crucifixión de los condenados. A Jesús, y sin duda también a los dos ladrones, les fué ofrecido vino mezclado con mirra (1), que se juzgaba brebaje idoneo para entorpecer los sentidos; pero apenas él hubo puesto los labios en él. lo rehusó, queriendo apurar hasta la última gota el cáliz que le asignara el Padre celestial.

606. Los tres reos fueron luego despojados de sus vestidos. Es posible, por las razones ya aducidas, que se permitiese algún pequeño reparo a su pudor (§ 600). Las vestiduras de los crucificados pertenecían después a los soldados de escolta, quienes se las repartían siempre. Así hicieron con las de Jesús, y el testigo ocular puede narrarnos cómo se produjo aquella repartición.

La indumentaria usual de un judío se componía de dos partes principales: la externa, o manto (ξμάτιον), y la interna, o túnica (χιτών). El manto estaba formado de varias piezas de tela cosidas juntas. En cambio, la túnica podía carecer de costuras (ἄρραφος) y estar tejida de una sola pieza. Tal era el caso de la túnica del sumo sacerdote de que habla Flavio Jo-

sefo (Ant. jud., III, 161) y tal fué el caso de la túnica de Jesús.

Los soldados, pues, cuando hubieron crucificado a Jesús, tomaron sus vestiduras (suária) e hicieron cuatro partes, una parte para cada soldado, y (tomaron) la túnica (yetwa). Pero la túnica carecía de costuras (apparos, inconsútil) y estaba tejida desde arriba de una pieza. Dijeron, pues, entre sí: «No la dividamos, sino echemos a suerte de quién será» (Juan, 19, 23-24). El manto podía, en efecto, ser dividido sin grave daño siguiendo sus costuras, pero la túnica, toda de una pieza, habría perdido así casi todo su valor al cortarla en cuatro partes. Por eso los soldados resolvieron asignarla a aquel de entre ellos que fuese favorecido por los dados que habían llevado consigo para entretener las horas de guardia ante las tres cruces. Y en esto que hicieron los soldados, el evangelista descubre el cumplimiento de la profecía mesiánica contenida en el Salmo 22, 19 (hebr.): Se repartieron mis vestidos entre si y sobre mi vestidura echaron la suerte.

Una vez despojado de sus ropas, Jesús fué tendido en tierra. Extendiéronle los brazos sobre el madero que había transportado y claváronle las manos en él. Así sujeto, su cuerpo fué izado al palo vertical antes plantado en el suelo, ajustósele a horcajadas sobre el sedile y al fin le

clavaron los pies (§ 600).

⁽¹⁾ Marcos, 15, 25, habla de vino mirrado, que parece la expresión más exacta. Mateo, 27, 34, dice vino mezclado con hiel, lo que acaso fuese una expresión genérica para designar cualquier amargor, incluso el de la mirra. Quizá también el traductor griego del Mateo arameo cambiase mora (mirra) por merorah (hiel), pudiendo haber influído en el cambio el recuerdo del Salmo mesiánico 69, 22 (hebr.).

La cruz de Jesús estaba en el centro, y a los lados las de los ladrones. Sobre la cruz fué fijada la tablilla de condena. Si la tablilla, como parece resultar de Mateo (27, 37), fué colocada en lo alto del palo vertical, la cruz era immisa y no commisa (§ 598).

Las operaciones de la crucifixión terminaron poco después de mediodía.

607. Sobre este último punto parecería existir contradicción entre lo que dice Juan de que Pilatos pronunció la condena a la hora casi sexta, o sea poco antes de nuestro mediodía (§ 595), y lo que dice Marcos (15, 25): Era la hora tercia y le crucificaron.

Se proponen varias hipótesis para conciliar estas dos noticias. San Jerónimo, seguido por algunos modernos, supone que en la transmisión de los dos números, expresados en griego con las letras del alfabeto, se produjo, por culpa de los amanuenses, un cambio entre la letra gamma (que expresaba el 3) y la digamma (que expresaba el 6), de modo que en Marcos habría de leerse hora sexta, como en Juan. Pero si esta solución es abstractamente posible desde el punto de vista paleográfico, desde el documental no la sufragan los códices en modo alguno. Otros eruditos supusieron que Juan cuenta las horas desde media noche, según el cómputo civil de los occidentales, y Marcos desde las primeras luces del alba, según el cómputo de los orientales. Pero esta solución tiene también pocos adeptos, porque, aparte otras cosas, era natural que Marcos, que escribía en Roma, siguiese el cómputo occidental, y Juan, que escribía en Oriente, el oriental.

La solución más razonable parece ser la que se atiene a la época y a los usos del país. El intervalo del alba al ocaso se dividía en doce horas de amplitud variable según las estaciones, pero esta división era más teórica que práctica, y en países como Judea, donde los aparatos mecánicos para medir el tiempo eran extremadamente raros, la gente se atenía ordinariamente a las indicaciones de la luz solar y por ello había terminado reagrupando las doce horas diurnas en cuatro períodos que dividían el día solar en cuatro partes iguales, dos anteriores al mediodía y dos posteriores. Cada período, más largo que cada hora aislada, tenía la ventaja de poder distinguirse bastante fácilmente del período inmediato por la intensidad de la luz solar. Así, desde el alba hasta las nueve de nuestro cómputo corría siempre la mañana, o período de la hora prima; de las nueve al mediodía, el período de la hora tercia; del mediodía hasta las tres de nuestro cómputo, el período de la hora sexta; de nuestras tres de la tarde al ocaso, el período de la hora nona. Rarísima vez los sinópticos van más allá de esta denominación (Mateo, 20, 1-6). Juan, en cambio, nombra otras de las doce horas intermedias (Juan, 1, 39; 4, 6.52; 11, 9), porque, como de costumbre, quiere precisar, y por tanto abandona los amplios períodos o grupos de horas y señala las horas aisladas numéricamente. Según toda verosimilitud, la discordia entre Marcos y Juan respecto a la hora de la

crucifixión de Jesús radica en eso: en que Marcos habla de la hora tercia en cuanto grupo o período de horas, extendiéndola por tanto hasta la sexta o mediodía, mientras Juan se refiere a la hora sexta numéricamente, o sea el mediodía preciso.

608. Mientras se desenvolvían las operaciones de la crucifixión, Jesús parece haber conservado un silencio absoluto. Su cuerpo desfigurado y deshecho, apenas conservaba energía física y su mente estaba absorta en el pensamiento del Padre celestial a quien estaba ofreciendo el sacrificio de sí mismo. Sin embargo, la primera frase pronunciada por él que nos es transmitida es un pensamiento que, aun cuando dirigiéndose al Padre que está en los cielos, se preocupa de los que están en la tierra y le rodean; acaso mientras le clavaban las manos o los pies, exclamó: Padre, perdónalos, porque no saben lo que hacen (Lucas, 23, 34) (1). Aquellos a quienes se refiere en su perdón, no son tanto los soldados inconscientes que están martilleando sus clavos, como aquellos que conscientemente habían preparado cuanto estaba sucediendo. También para éstos solicita Jesús el perdón del Padre y otorga el propio, porque no saben ahora lo que antes se han negado a saber, y la consecuencia de la culpa pasada es benignamente aducida como excusa del delito presente.

Una vez izado en el palo vertical, Jesús, con ojos desfallecientes, pero aun penetrantes, continuó mirando lo que sucedía a sus pies y en torno suvo. Abajo, los sumos sacerdotes y otros miembros del Sanhedrín alardeaban de triunfadores. Habría sido de más urgencia para ellos regresar a sus casas, a fin de ocuparse, como buenos israelitas, en los preparativos de la cena pascual; pero preferían aplazar la vuelta para permanecer algún

tiempo más, alegres y exultantes, en el lugar de su triunfo.

Pasaban. pues, y repasaban entre las tres cruces, ora lanzando despreciativas miradas a la cruz del centro, ora señalándola, desdeñosos, a aquellos de sus conocidos que transitaban por allí, y luego, con las manos cruzadas a la espalda, se plantaban ante el crucificado y le apostrofaban: ¡Eh! ¡El que derriba el santuario y en tres días (lo) reconstruye! Sálvate tú mismo, si eres hijo de Dios, y desciende de la cruz. Las gentes, intimidadas por la autoridad de quienes les habían parado, repetían el apóstrofe y renovaban las befas.

Otros sanhedritas preferían un argumento ad hominem, que a la par quería ser una apología de su propia obra: Salvó a otros; no se puede salvar a sí mismo. Es rey de Israel; descienda ahora de la cruz y creeremos en él. Ha confiado en Dios. Líbre(le Dios) ahora si se complace en él (v. Salmo 22, 9, hebr.). Porque dijo: «Soy hijo de Dios». Pero de aquella

⁽¹⁾ La frase falta en varios y autorizadísimos códices, incluso el Vaticano; pero la mayoría de las ediciones críticas modernas dan la frase, y con razón. No es imposible que se suprimiese en ciertos códices antiguos porque pareciera favorecer usos abusivos de los heréticos. Nótese, en efecto, su benignidad suma, así como que sólo la cita Lucas. el scriba mansuetidinis Christi (§ 198).

cruz no descendió el apostrofado, ni tampoco respuesta alguna, ya que ambos descendimientos habrían sido inútiles para convencer a los apostrofantes.

- 609. A los lados de Jesús estaban los ladrones crucificados, y también de ellos partían injurias. Mateo y Marcos hablan, en plural, de ladrones que injuriaban, pero se trata de un «plural de categoría» (§ 625, nota), para significar que también partían injurias de la categoría de los ladrones, sin precisar si esto lo hacía la categoría entera o sólo una parte. Lucas, en cambio, concreta que el uno injuriaba y el otro se encomendaba a Jesús. El ladrón injuriador, acaso para vengarse en alguien de aquel modo de terminar su existencia, acaso por despecho al ver desvanecerse quién sabe qué vaga esperanza, repetía a Jesús: ¿No eres tú el Cristo? ¡Sálvate a ti mismo y a nosotros! Pero el otro ladrón no compartía tales sentimientos, antes reprobaba a su compañero, diciéndole: ¡Ni siquiera temes a Dios, tú que estás en la misma condena? Y nosotros, además, (estamos) justamente, pues que recibimos cosas dignas de cuanto hicimos, mas este nada hizo de malo. La fuerza del reproche descansa en aquel temes a que se refiere el ni siquiera (οὐδὲ φοβη σύ): Si no tienes reverencia a Dios, ten al menos temor, ya que sufres igual suerte que el inocente Jesús. — Probablemente el buen ladrón conocía de fama a Jesús de Nazareth y había oído hablar de su bondad, de sus milagros y del reino de Dios predicado por él. Además, tenía sin duda, pese a sus culpas, un resto de conciencia honrada. Ante la inminencia de la muerte, aquel resto sube a la superficie y cubre todo el pasado: el moribundo se ase a la última esperanza que le queda y que ve representada por aquel justo injustamente condenado. Volviéndose, pues, a él, le dice: Jesús, acuérdate de mí cuando estés en tu reino, esto es, cuando vengas gloriosamente reinante en aquel reino por ti anunciado. Jesús le responde: En verdad te digo que hoy estarás conmigo en el paraiso. Aunque no sea fácil determinar con precisión el sentido que se daba a la palabra paraiso en tiempos de Jesús (1), es cierto que designaba la morada de las almas de los justos después de la muerte, siendo análogo por tanto al seno de Abraham (§ 472).
- 610. Entre las personas que Jesús veía desde lo alto de la cruz, sólo un pequeño grupo situado a pocos pasos de él le procuraba algún consuelo. ¿Consuelo, o más bien aumento de dolor? El grupo estaba formado de parientes y amigos a quienes la ley romana no prohibía asistir a la escena, siempre que no se acercasen para ofrecer socorros al crucificado, lo que habría sido impedido por los soldados de guardia. Los nombres de las gentes de aquel pequeño grupo próximo a la cruz nos han sido transmitidos por el testigo ocular, quien sin embargo prescinde de su propio nombre, designándose como el discipulo que (Jesús) amaba (§ 155). Además de Juan, componían el grupo su madre (la de Jesús) y la hermana

⁽¹⁾ Véase al propósito Strack y Billerbeck, op. cit., 11, págs. 264-269; 1v, págs, 1016-116e

de la madre de él, María de Cleofás (Alfeo), y María la Magdalena (Juan, 19. 25) (1). A su vez, los Sinópticos, después de relatar la muerte de Jesús, recuerdan que había presente otro grupo, más numeroso, pero más lejano, formado por mujeres que lloraban y se lamentaban: las mujeres que habían asistido a Jesús en su ministerio (§ 343) y le habían seguido de Galilea a Jerusalem (Mateo, 27, 55-56; Marcos, 15, 40-41). Entre las mujeres de este segundo grupo son nombradas María la Magdalena (como en el primer grupo), María la madre de Santiago el Menor (§ 313) y de José (también esta María aparece en el primer grupo como María de Cleofás), y además una Salomé y la madre de los hijos de Zebedeo (§ 496). Estas dos últimas son una misma persona. Que dos mujeres al menos sean nombradas en ambos grupos, no debe asombrar, porque es diverso el momento en que cada grupo es nombrado — antes de la muerte de Jesús el más vecino, y después de la muerte el más lejano — y en el intervalo algunas habían podido pasar de un grupo al otro.

En el grupo más cercano estaba, pues, junto al discípulo predilecto, la madre de Jesús. ¿Constituía su presencia un consuelo para el crucificado? Así como a ella le impedían aproximarse los soldados, a Jesús los clavos le impedían dirigir a su madre signo alguno. Sólo podían comunicarse con la mirada: a María le cortaba la voz el llanto y a Jesús su extrema debilidad. La madre miraba al hijo, acaso pensando que aquellos miembros se habían formado en su seno de virgen de manera única en el mundo para convertirse ahora en objeto de sumo espanto; el hijo miraba a la madre y quizá pensara que aquella mujer había sido proclamada bendita entre las mujeres para convertirse ahora en objeto de suma lástima. En cierto momento, el crucificado, reuniendo las fuerzas que pudo, hizo ademán a la madre con la cabeza y dijo: Mujer (§ 283), he ahí tu hijo. Y luego, con una señal a su discípulo predilecto, añadió: He ahí tu madre. En este su testamento el moribundo unía sus mayores afectos terrenos: la mujer de Bethlehem y el joven cuyo corazón había sentido latir junto al suyo en la última cena. Desde aquel día Juan recibió a

611. El crucificado declinaba rápidamente. Y en torno a él comenzó también a declinar de improviso la luz solar. Desde la hora sexta se hicieron tinieblas sobre toda la tierra hasta la hora nona (Mateo, 27, 45), o sea desde el mediodía hasta las tres. La expresión toda la tierra designa aquí la Judea, como otras veces en la Biblia hebrea.

María en su casa (§ 156).

No se nos dice cómo sucedió este obscurecimiento del día. No pudo ser un eclipse solar, que no cabía que se produjera en período de luna

⁽¹⁾ Se ha discutido muchísimo si esta lista incluye cuatro mujeres o tres, es decir, si María (esposa) de Cleofás debe considerarse una continuación del precedente hermana de la madre de él, o si designa una mujer distinta. La antigua versión sirlaca enumeraba aquí cuatro mujeres, lo que parece lo más probable, entre otros motivos, por el de que María de Cleofás, de haber sido hermana de la madre de Jesús, habría tenido el mismo nombre que ella.

llena, como ocurría ser entonces. Esto fué indicado ya en la antigüedad por Orígenes, Jerónimo y Juan Crisóstomo. Cierto que el pseudo Dionisio Areopagita relata haber asistido él mismo en Heliópolis al obscurecimiento de todo el mundo cuando la muerte de Jesús, explicando aquel obscurecimiento por un movimiento anormal de la luna, que habría retrocedido v colocádose ante el sol (Epist. VII, ad Polycarpum); pero su narración es pura fantasía, puesto que hoy estamos seguros de que aquel ignorado autor no escribió antes del siglo v y su explicación tiene el defecto de desconocer las sensatas observaciones de los escritores antes mencionados. El eclipse señalado por Flegon, liberto de Adriano, y recordado por algún Padre (Origenes, Contra Celsum, 11, 33), ocurría el año 32, y por tanto no puede entrar en discusión. Los evangelistas, sin duda, consideran aquel obscurecimiento como un hecho milagroso sucedido a causa de la muerte de Jesús, en correspondencia con los signos milagrosos que habían señalado su nacimiento; pero no es posible decir si el obscurecimiento se produjo mediante un denso nublado que interceptase la luz, o de otra manera.

En medio de aquella obscuridad de la naturaleza física, Jesús se extinguió lentamente en una agonía de unas tres horas, sobre la cual tienden los evangelistas un velo de reverente misterio. El cuerpo perdía incesantemente sangre y fuerza vital a través de las heridas de pies y manos y de las vastas laceraciones producidas por la flagelación; la cabeza estaba acribillada de punzaduras de espinas, y en la posición a que forzaba la cruz, ningún músculo encontraba reposo. Los tormentos aumentaban, se acumulaban, cada vez más atroces, sin un punto de descanso.

En aquel tenebroso océano de angustias, sólo la más elevada cima del alma permanecía serena, sublimada en la contemplación del Padre.

El agonizante guardaba silencio.

612. De pronto, cerca de la hora nona, Jesús profirió un fuerte grito, diciendo, en arameo: 'Elī, 'Elī, lĕmā shĕbaqtanī. Más que una exclamación propiamente dicha, estas palabras eran una cita, ya que constituyen el principio del Salmo 22 (hebr.) y precisamente con arreglo a la versión aramea del Targum (salvo lĕmā en vez de mĕtul māh). Su significado, como añaden en griego también Mateo y Marcos, es: Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has abandonado? Como cita que son. su pleno sentido queda dado por la composición entera de que son comienzo. Aquel salmo, en efecto, se refiere al futuro Mesías, cuyos supremos dolores predice, y Jesús, recitando el principio desde la cruz, se lo aplicaba a sí mismo. El antiguo salmo decía, entre otras cosas:

Dios mío, Dios mío, ipor qué me has abandonado?

Lejos de mi salvación están los acentos de mi lamento.
¡Dios mío! Grito de día y no respondes;
también de noche y no hay reposo para mí.

Y yo soy un gusano, y no un hombre;
oprobio de la gente y abyección del vulgo.
Todos aquellos que me ven hacen moja de mi,
abren los labios, sacuden la cabeza (exclamando):
"Dirijase a Yahvé: él lo libre,
él lo salve, puesto que se complace en él».

Si, me han circundado perros; un grupo de malvados me ha rodeado; horadaron mis manos y mis pies, y puedo contar todos mis huesos. Ellos me contemplan, me miran, se reparten mis vestidos entre si y sobre mi vestidura echan suertes.

Jesús, pues, al afirmar nuevamente con su exclamación que es el Mesías, ofrecía nueva prueba de ello en el cotejo entre la profecía citada

y el cumplimiento que de ella se mostraba en su persona.

Pero las primeras palabras de la exclamación: Eli, Eli, ocasionaron un equívoco. Los doctos escribas presentes reconocieron, de cierto, la cita de¹ salmo, mas no así otros menos expertos, que entendieron tales palabras como una invocación al antiguo profeta Elías (§ 404), si es que no fingieron entenderlas de tal manera para burlarse una vez más del agonizante suponiéndole caído en delirio. Y comenzaron a exclamar, entre curiosos y sarcásticos: He aquí que éste invoca a Elías.

613. Durante la espera, el crucificado pronunció otra palabra: Tengo sed. La sed. en las condiciones de desangre y agotamiento en que estaba Jesús era un hecho muy natural; pero no todo se reducía a esto, porque también el salmo citado por Jesús había dicho:

Se ha secado como tiesto mi paladar (léase hikkī), y mi lengua está pegada a mis fauces.

Así que también la sed entraba en la visión del Mesías paciente, y por ello Juan (19, 28) hace notar que Jesús, a fin de que se cumpliese la Escritura, dijo: «Tengo sed».

La suprema súplica del agonizante encontró esta vez un corazón piadoso dispuesto a acogerla, y fué el de uno de los soldados de guardia ante las cruces. Los soldados romanos acostumbraban apagar la sed, a falta de cosa mejor, con una mezcla de agua y vinagre, usada con frecuencia aun hoy por los segadores italianos, y cuyo nombre latino, posca, ha sobrevivido en algunas regiones de Italia. Previendo una larga guardia al pie de las cruces, los soldados romanos se habían provisto de un recipiente de posca. Al oír la imploración del crucificado, uno de ellos impregnó en

posca una esponja y, fijando ésta en una lanza (1), la acercó a los labios del sediento crucificado. La acción del soldado no agradó a los que habían hablado de Elías, y quisieron disuadirle, exclamando: Deja: veamos si viene Elías a salvarle (Mateo, 27, 49). En el pensamiento de aquellos hombres, Elías, como salvador, habría provisto también a la sed del salvado. Parece que la misma exclamación fué repetida del soldado en contestación a los que le disuadían (Marcos, 15, 36: Dejad: veamos, etc.), como para mostrar que más bien convenía confortar al crucificado en espera del advenimiento de Elías.

Jesús, que algunas horas antes rechazara el vino mirrado, ahora chupó el líquido de la esponja. Con particular intención, los evangelistas llaman a aquel líquido vinagre, mirando al pasaje del Salmo 69, 22 (hebr.), que dice: En mi sed me hicieron beber vinagre (§ 605, nota). Cuando hubo chupado la posca, Jesús murmuró: Se ha terminado.

A poco, el agonizante tuvo un estremecimiento, y prorrumpiendo en una gran voz, exclamó: Padre, en tus manos encomiendo mi espíritu (v. Salmo 31, 6 hebr.). Luego inclinó la cabeza.

Había muerto.

614. En la ciudad sumida en tinieblas ocurrieron en aquel momento hechos extraordinarios. En el interior del Templo pendían dos grandes cortinas recamadas: una más exterior (māsak), que separaba el vestíbulo del «santo», y otra más interior (pāroketh), que separaba el «santo» del «santo de los santos» (§ 47). Ambas servían como de recuerdo de la inaccesibilidad e invisibilidad del Dios que moraba en el «santo de los santos». Sobre la hora de nona, cuando Jesús expiraba, una de esas cortinas (probablemente la más interna) se rasgó en dos de arriba a abajo, como si quisiera significar que su misión había concluido, quedando abolida la inaccesibilidad del Dios invisible.

Se produjeron también sacudidas telúricas, las rocas se hendieron y las tumbas se abrieron, y muchos cuerpos de los santos dormidos se despertaron, y salidos de las tumbas después de la resurrección de él, entraron en la ciudad santa y se aparecieron a muchos (Mateo, 27, 51-53). Esta resurrección de los difuntos probablemente es narrada aquí con anticipación y parece haber sucedido después de la resurrección de Jesús, con la que está relacionada. Como consecuencia de la sacudida telúrica, se mostraba ya en el siglo iv (Luciano mártir, Cirilo de Jerusalem) una hendidura, visible aún hoy, a lo largo de la parte rocosa de la Calavera, in-

⁽¹⁾ Esta lanza es llamada caña en Mateo y Marcos, mientras Juan (19, 29) dice que la esponja sué puesta en torno a un hisopo (ὕσσώπφ περιθέντες), lección muy extraña si se recuerda que el hisopo es una planta minúscula, de ramas muy sutiles, aun en las matas mayores, e incapaces de sostener una esponja impregnada. Es posible que en el texto de Juan haya un error, y deba leerse: ὕσσῷ, etc., es decir, en torno a un asta (lanza militar), el pilum de los romanos. En tal caso, el término caña de los dos Sinópticos no tendría su estricto significado botánico, sino el más genérico de asta, bastón, palo y otros semejantes, incluso referible a instrumentos metálicos y no sólo de madera.

corporada a la basílica del Santo Sepulcro. Esta hendidura mide sobre 1,70 m. de largo y unos 0,25 de ancho, y, contrariamente a las grietas sísmicas normales, que corren a lo largo de las vetas de la roca, corre transversalmente a ellas.

El centurión y los soldados de guardia, al ver tanto los hechos extraordinarios que acompañaban a aquella muerte como el modo insólitamente rápido y tranquilo con que había tenido lugar, recordaron la singular actitud de Jesús durante el proceso y, poniendo ambas cosas en relación mutua, se convencieron de que un inculpado de aquel género no sólo era inocente, sino también una persona extraordinaria, y en consecuencia exclamaron: Realmente este hombre era justo (Lucas, 23, 47), y, refiriéndose particularmente a la imputación que había sido discutida a Jesús, añadieron: Verdaderamente este hombre era hijo de Dios (Marcos, 15, 39).

Tambien la gente mudó de actitud. Muerto Jesús, los miembros del Sanhedrín, que habían alardeado de triunfadores bajo la cruz del reo, no tenían ya nada que temer, al menos de momento, y por tanto se encaminaron a sus casas para preparar la cena pascual. Así, la muchedumbre no tuvo ya quien le sugiriera imperiosamente befas y escarnios contra el crucificado, y, libre de su temor reverencial, pudo manifestar sus sentimientos verdaderos. Además, también sobre la gente hicieron impresión el día entenebrecido y el temblor de tierra, y así, pensando en cuanto había ocurrido durante el proceso, la multitud se alejaba lentamente de la cruz golpeándose el pecho (Lucas, 23, 48).

Los dos grupos de personas parientes o amigas de Jesús — el más cercano a la cruz y el más apartado — experimentaron cambios después de la muerte del crucificado, pasando varias personas de un grupo a otro

(§ 610).

615. De vuelta a sus moradas, los miembros del Sanhedrín recordaron una prescripción legal. Repetíanse a sí mismos que habían ejecutado una santa acción haciendo crucificar a Jesús; pero tal santidad no sería perfecta si el cadáver del crucificado permanecía pendido y expuesto durante la noche siguiente. No: debía ser descendido del patíbulo y sepultado aquella misma tarde, antes de la puesta del sol, como prescribía la Ley (Deuteronomio, 21, 23), tanto más cuanto que al ponerse el sol comenzaba la solemnísima Pascua. Por lo tanto, sin tardanza, dirigiéronse a la morada del procurador y le invitaron a mandar cumplir aquella prescripción, sugiriéndole a la vez el modo más sencillo: bastaba practicar en los crucificados el «crurifragio» (§ 601), y con esto, en pocos minutos, los tres estarían listos para la sepultura.

La invitación de los miembros del Sanhedrín fué casi simultánea a otra dirigida al procurador por un sanhedrita aislado. La muerte de Jesús había tenido como primer efecto el de infundir algún valor en los desanimados discípulos. Figuraba entre éstos un tal José, natural de Arimatea (la antigua Ramathaim, hoy Rentis, al nordeste de Lydda), hombre

rico y estimado, miembro del Sanhedrín y a la vez discipulo de Jesús, pero oculto, por temor a los judíos (Juan, 19, 38). Espiritualmente, pues, parecíase algo a Nicodemo, miembro también del Sanhedrín (§ 288). Sin embargo, José había osado disentir de sus compañeros cuando éstos condenaron a Jesús (Lucas, 23, 51). Esta vez aun se atrevió a más, porque, acaso cediendo a súplicas de los parientes y amigos de Jesús, que recurrieron de buen grado a su autoridad, se presentó a Pilatos y le pidió el cadáver de Jesús para sepultarlo, según lo permitía la ley romana (§ 601). Pilatos atendió la demanda, si bien maravillado de que el reo hubiese muerto tan pronto, cuando cabía esperar una agonía más larga. Llamó, pues, al centurión exactor mortis, y, cuando éste le certificó la defunción. concedió el cadáver.

616. Casi a la vez, llegaron los otros sanhedritas, y Pilatos, acogiendo también su petición, envió otros soldados, distintos de los que aun hacían guardia ante las cruces, para que practicasen el «crurifragio» en los crucificados y los descendiesen de las cruces. Quien estaba presente al llegar los soldados, narra el hecho así: Y vinieron los soldados y quebraron las piernas del primero y del otro crucificado junto con él. Empero, llegando después a Jesús, como le vieron ya muerto, no le quebraron las piernas, mas uno de los soldados le hirió con la lanza el costado y satió luego sangre y agua (Juan, 19, 32-34). Los dos ladrones sobrevivieron, pues, a Jesús y fueron rematados mediante el «crurifragio», lo que no se hizo con Jesús porque estaba evidentemente muerto, lo que evitó a los soldados un cierto trabajo. No obstante, uno le asestó una lanzada hacia el corazón, para no dejar duda alguna acerca de su muerte. La herida de la lanzada fué muy ancha y profunda, tanto que casi cabía una mano en ella (cfr. Juan, 20, 25, 27), y de ella salió sangre y agua.

Doctos fisiólogos ingleses creyeron explicar la salida de sangre y agua suponiendo una rotura del corazón anterior a la lanzada, ya que en caso de tal rotura se produciría una hemorragia interna en el pericardio y una sucesiva descomposición de la sangre, cuyos glóbulos rojos se posarían abajo, mientras el suero acuoso quedaría suspendido arriba, de modo que, cuando el pericardio se abriera a poco de la muerte, el elemento sanguíneo y el acuoso saldrían separados entre sí. Por tanto, en opinión de tales fisiólogos, la rápida muerte de Jesús se explicaba por una rotura del corazón producida por causas morales. Jesús habría muerto con el corazón destrozado de dolor en sentido verdadero.

Sea lo que fuere de esta explicación, el evangelista testigo descubre razones arcanas más profundas en ambos acaecimientos: Y estas cosas ocurrieron para que se cumpliese la Escritura (que dice): «No será quebrado en él hueso alguno», y además otra Escritura (que dice): «Mirarán al que traspasaron». La primera cita es del Exodo, 12, 46 (Números, 9, 12) y se refiere al cordero pascual, al que los judíos no debían quebrantar ningún hueso cuando lo comían en la cena de Pascua. El evangelista ve

en esta prescripción una confirmación de que Jesús fué la verdadera víctima redentora simbolizada por el antiguo cordero pascual. La segunda cita es de Zacarías, 12, 10, quien ve en el futuro a la nación judía haciendo duelo por un traspasado como se hace por la muerte del unigénito.

El evangelista no menciona el nombre del soldado que traspasó el pecho de Jesús, pero la levenda cristiana le ha dado un nombre inconfundible, llamándole Lancero. En griego lanza se dice lonche, y de aquí

que al soldado se le llamara Longino.

617. La lúgubre tarea de los soldados debió desarrollarse cuando José de Arimatea estaba ya en el lugar, pronto a servirse del permiso que le concediera Pilatos. La petición del cadáver de Jesús se inspiraba en el desco, común a José y a cuantos le habían impelido a obrar, de que los venerados restos no fuesen arrojados a la fosa común de los ajusticiados, junto con los cadáveres de los dos ladrones. Obtenido el cadáver, José se preparó a proporcionarle decorosa sepultura. La operación de sepultar al muerto debía quedar terminada antes de la puesta del sol, hora en que comenzaba el reposo legal (§ 537).

José fué ayudado en su trabajo por otros, entre los que se menciona su hermano espiritual. Nicodemo, que vino... trayendo una mezcla de mirra y áloe de cerca de cien libras (Juan, 19, 39). Fácil es imaginar que en la piadosa tarea los dos hombres serían asistidos por las mujeres presentes a la muerte de Jesús, y en primer término por la madre del crucificado, la cual no renunció sin duda al doloroso gozo de acoger el cadáver entre sus brazos, apenas fué descendido de la cruz. Mientras Nicodemo llevaba los aromas que habían de esparcerse sobre el cadáver, José, para envolverlo, había comprado una sábana (§ 561), término que no debía tener aquí su sentido técnico de la ligera vestimenta nocturna, sino el más genérico de amplio manto (casi de sábana, según nuestra acepción) hecho de fino lino.

Como el tiempo apremiaba. la preparación del cadáver fué sumaria. Tomaron, pues, el cuerpo de Jesús y lo ligaron con vendas, junto con los aromas, como es costumbre de sepultar entre los judíos (Juan, 19, 40) y como, en efecto, se había practicado ya con el cadáver de Lázaro (§ 491). El cadáver, así dispuesto, fué envuelto en la sábana. El mismo apremio de tiempo impedía sepultar a Jesús en una tumba lejana, dado el peligro de que les sorprendiera la puesta del sol y el descanso legal durante el transporte de los restos. Pero esta dificultad fué vencida gracias a la generosidad de José, que cedió al efecto su propia tumba. Poseíala, precisamente, en la Calavera, donde había un jardín, y en el jardín un sepulcro nuevo en que ninguno había sido puesto aún (ibíd., 41). El jardín se extendía al pie de la Calavera y el sepulcro había sido excavado en la roca (Marcos, 15, 46), roca que constituía una prolongación de la que formaba el montículo. Así como José se había preparado allí la tumba, también se la habrían preparado en la misma zona otros ricos habitantes de Jeru-

salem, lo que concuerda óptimamente con la norma de elegir de preferencia entre las tumbas los lugares de crucifixión (§ 599).

618. La tumba cedida por José para el cadáver de Jesús tenía la disposición habitual en las tumbas hebreas (§ 491). Entrando desde el exterior, se encontraba primero el atrio y luego la cámara fúnebre con el lóculo para el cadáver. Atrio y cámara comunicaban entre sí por una pequeña puerta siempre abierta, mientras el atrio comunicaba con el exterior a través de una abertura que se cerraba siempre aplicando una voluminosa piedra circular, semejante a una enorme muela de molino. Esta piedra se apoyaba en la abertura impidiendo el acceso; pero cuando se quería entrar bastaba hacer girar la piedra a izquierda o derecha, no sin considerable esfuerzo. Dicha piedra se movía sobre una canal practicada en la roca, a izquierda o derecha de la abertura.

José, asistido de los demás, llevó a término el sepelio de Jesús antes de la puesta del sol. Habiendo sucedido la muerte hacia las tres, todo estaba cumplido hacia las seis, cuando José, girando una gran piedra a la puerta del sepulcro, se fué (Mateo, 27, 60).

Pero la tumba no quedó desde luego solitaria. Estaban, pues, allí María la Magdalena y la otra María (la madre de Santiago y José) sentadas frente a la tumba (ibíd., 61). También las demás piadosas mujeres se acercaron a ver el sepulcro y la deposición de los venerados despojos, y de vuelta a la ciudad aprovecharon los últimos restos del día laborable y prepararon aromas y ungüentos (§ 537). Evidentemente, su devoción no consideraba bastante la copiosa provisión de aromas llevada por Nicodemo y se proponía atender mejor la presurosa preparación del cadáver y volver

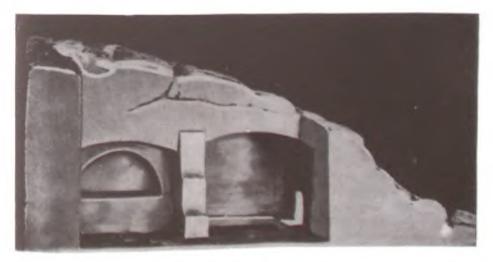


Fig. 118. — Tipo de tumba palestinense en la época de Jesús

al sepulcro cuando hubiese transcurrido el sábado y su reposo legal (Lu-

cas, 23, 55.56).

En el curso de estas piadosas atenciones no es mencionado apóstol alguno. Sólo Juan, a pesar de la reserva de su escrito, se entrevé fácilmente mientras asiste a la madre de Jesús y la conduce a su propia morada para atenderla como hijo adoptivo.

Y alli esperaban los dos.

619. La noche del viernes al sábado fué espléndida para los triunfantes miembros del Sanhedrín. Así, celebraron la cena pascual, no sólo con la tradicional alegría exterior, sino también con una particular satisfacción interior, aunque ésta no tuviese — o al menos en apariencia parecía no tener - ninguna relación con la solemnidad pascual.

Aquel galileo habia desaparecido. ¡Estaba muerto, y bien muerto! Ya no existia el peligro de oir sus invectivas y verse desprestigiados por él ante el pueblo. Aquellos cuatro discípulos que él había llevado consigo se dispersarian a la muerte de su Maestro, y ninguno hablaría más de él. Todo había resultado bien, no tanto merced a la ayuda de Moisés o de Elías como a la del incircunciso Pilatos. En todo caso, con circuncisión o sin ella, el éxito había sido admirable, y el pensar en él parecía mejorar

el sabor de la cena pascual.

No obstante, a fuerza de pensar, aquellos astutos judíos observaron que en el brillante cristal de su triunfo aparecía una pequeña mácula. Cosa secundaria, sí, pero que no debía descuidarse. Recordaban, en efecto, que Jesús, cuando vivía, había predicho su resurrección al tercer día (§ 446). Claro que tal predicción era mera jactancia, lo que les parecía tanto más notorio cuanto que, saduceos convencidos como lo eran en gran parte, juzgaban imposible la resurrección de los muertos (§ 515)-Pero aquella falsa predicción podía motivar imposturas, habladurías y otras enojosas consecuencias. Era, pues, oportuno prevenir el mal eliminando aquel pequeño elemento perturbador. Así que algunos de ellos, al día siguiente, aunque era Pascua, realizaron un breve y lícito paseo para buscar a Pilatos y darle un consejo utilisimo: Señor, nos acordamos que aquel impostor (πλάνες) dijo estando vivo aún: «Dentro de tres días resucito». Manda, pues, que la tumba sea custodiada hasta el tercer día, no sea que por casualidad vayan los discípulos y lo arrebaten y digan al pueblo: «Resucitó de entre los muertos», y (así) el último enredo (πλάνη) sea peor que el primero. Pilatos contestó rudamente: Tenéis (un cuerpo de) guardia; id y asegurad como sabéis.

La rudeza del procurador era sólo aparente y no real, sirviendo sólo para disimular ante sí mismo una nueva concesión que hacía. En realidad cedió a la nueva petición y permitió también esta vez a los sanhedritas servirse del (cuerpo de) guardia que él solía poner a su disposición y que estaba formado por soldados romanos (Mateo, 28, 14; v. Juan, 18, 12). En realidad, el procurador, aunque hablaba siempre con aspereza, decía siempre que sí a cuanto le pedían los miembros del Sanhedrín. Estos no necesitaron más y aquel mismo sábado condujeron los soldados a la entrada del sepulcro.

Aquellos insignes judíos mostraron que nadie habría podido superarles en sagacidad, porque se previnieron contra un caso en que otros habrían pensado difícilmente: el de que los soldados, aun permaneciendo de guardia ante el sepulcro, se dejasen sobornar por los discípulos de Jesús, permitiéndoles la entrada en la tumba. ¡Nunca sabía uno lo que podía suceder! Cuando sus dos compañeros del Sanhedrín, Nicodemo y José, habían llevado su audacia al extremo de cuidarse de sepultar al crucificado, cabía esperar que ambos imitasen al Sanhedrín comprando a fuerza de siclos a los soldados de guardia como el Sanhedrín había comprado a Judas. Pusieron, pues, sus sellos en la piedra circular giratoria de la entrada y la sujetaron con ellos a la roca viva.

Con esta prudente precaución, nadie podría entrar sin romper los sellos, de lo que serían responsables los soldados; y el muerto no resucitaría jamás.

LA SEGUNDA VIDA

620. Los mismos documentos, los mismos testimonios históricos que han narrado hasta aquí los hechos de Jesús, no se detienen en su muerte, sino que, con la misma autoridad y con el mismo grado de información que antes, prosiguen narrando una resurrección y una segunda vida suya.

Esto es más que suficiente para que aquellos que no admiten la posibilidad de lo sobrenatural — y no sólo los modernos, sino también los antiguos (v. Hechos, 17, 32) — rechacen sin más por entero esta segunda parte del relato evangélico. Haciéndolo así, esos negadores se muestran lógicos, dados los principios filosóficos de que parten, pero es importante hacer resaltar bien que los motivos que les determinan a la negación son única y exclusivamente los principios filosóficos de que parten, no las deficiencias o inseguridad de los documentos. Los documentos existen realmente y proceden de los mismos informadores de antes; pero como contradicen más que nunca los principios mencionados, los documentos deberán ahora «interpretarse» a la luz de los principios, es decir, subordinándolos a éstos. Por lo demás, la labor practicada en torno a la segunda vida de Jesús no es más que una prolongación, en sentido más radical, de la realizada en torno a la primera vida. Respecto a la primera vida, la tarea consistía en verificar una selección de los hechos de Jesús, aceptando una de sus predicaciones o uno de sus viajes en barca como cosas naturales, pero rechazando la curación de un ciego de nacimiento o la resurrección de un muerto como cosas sobrenaturales y por tanto imposibles. En cambio, acerca de la segunda vida no hay nada que seleccionar, puesto que todo es sobrenatural y por tanto imposible, y la tarea se limita a explicar cómo surgió en los discípulos inmediatos de Jesús la fe en una segunda vida de éste.

Pero este método, aunque lógico, no es bastante lógico, puesto que se detiene a mitad del camino y no saca las últimas y más decisivas consecuencias de sus principios filosóficos. De querer ser verdaderamente lógicos hasta el fin, sería menester negar, no sólo la segunda vida de Jesús, sino también la primera, y afirmar que Jesús no existió jamás sobre la faz de la tierra. Así han principiado a hacer algunos recentísimos críticos a los que de cierto se acercarán cada vez más los del porvenir. Hablando

de estos recentísimos (§ 221), ya señalamos su actitud dialéctica y aludimos a las razones por las que, cuando se quiere subordinar en estos asuntos la realidad documental a ciertos principios filosóficos, se termina lógicamente por negarlo todo. Aquí queremos sólo recordar las respectivas posiciones de los críticos, porque el tema que acometemos exige más que nunca atribuir unicuique suum a la historia lo que es historia y a las teorías filosóficas lo que procede de ellas.

También en el relato de la segunda vida de Jesús los cuatro evangelistas proceden según ese método suyo que hemos hecho notar varias veces. No pretenden dar una relación integral y minuciosa de los hechos, ni seguir un riguroso orden cronológico, sino que eligen de la serie de hechos sólo aquella parte que les parece más oportuna, y, no sin transposiciones cronológicas, la disponen de la manera que mejor se adapta al objeto de cada uno. Al relatar cómo se halló vacía la tumba de Jesús, los dos primeros sinópticos. Mateo y Marcos, se muestran bastante paralelos entre sí, como se podía presumir. Lucas es más reticente respecto a los nombres, pero no se aleja mucho del relato de Marcos. Juan, finalmente, es esquemático porque, presuponiendo como de costumbre ya conocidos los relatos de los Sinópticos, quiere también aquí precisar y suplir sólo algunos puntos con su peculiar autoridad de testigo de los hechos.

LAS APARICIONES EN JUDEA

621. En el acto de la resurrección, Jesús no fué visto de nadie. Ningún evangelista refiere de qué manera salió del sepulcro. Uno de ellos hace conocer implícitamente que la salida del sepulcro ocurrió permaneciendo intacta y en su puesto la piedra circular que cerraba la abertura, aun siendo acompañada la resurrección de signos extraordinarios: He aquí, sucedió un gran terremoto. Y un ángel del Señor, descendiendo del cielo, y acercándose, hizo rodar la piedra de allí y se sentó encima. Y su aspecto era como relámpago y su vestido blanco como nieve (Mateo, 28, 2-3). La piedra, pues, fué quitada por el ángel, pero el sepulcro estaba ya vacío, y precisamente por eso fué quitada, como objeto inútil.

Los cuatro evangelistas sitúan el descubrimiento del sepulcro vacío en las más tempranas horas del domingo. Los soldados puestos allí por el Sanhedrín llevaban de guardia dos noches y un día, y sin duda a aquella hora matinal estaban tendidos en torno, durmiendo. La sacudida sísmica e inmediatamente después la visión del ángel y del sepulcro abierto, les desconcertaron a tal punto, que se dieron a la fuga, precipitándose por la más cercana puerta de la ciudad. Ya en lugar habitado y un tanto repuestos de su terror, comprendieron que su huída constituía un abandono del puesto, punible con las más severas penas según la disciplina militar romana (v. Guerr. jud., v., 482). Entonces pensaron en el modo de salvarse y comprendieron sagazmente en seguida que la mejor protec-



Fig. 119. --- ENTRADA A LA IGLESIA

ción estaba en los miembros del Sanhedrín, los más interesados en la cuestión. Y en consecuencia se apresuraron a ir a parlamentar con ellos (§ 627).

El sepulcro no permaneció largo tiempo solitario. Un grupo de piadosas mujeres había salido ya de la ciudad para dirigirse a la tumba: las mujeres que al declinar del viernes habían preparado aromas para cuidar aún mejor de los venerados restos una vez que cesase el reposo sabático (§ 618). Aquí, por uno o por otro de los evangelistas son nombradas María la Magdalena, la otra María, madre de Santiago, Salomé, Juana y las otras juntas con ellas (Lucas, 24, 10). En cuanto al momento en que fueron al sepulcro es indicado de modo muy curioso por Marcos (16, 2): Muy temprano (λίαν πρωί), en el primer (día) de la semana (es decir, el domingo), van al sepulcro habiendo (ya) salido el sol. Es difícil a primera vista concordar la indicación muy temprano con la otra de habiendo salido el sol, porque la primera se refiere a la inicial claridad del alba, o sea poco más de nuestras cuatro de la madrugada. mientras la segunda se refiere a bastante después: las seis como mínimo. Pero este es uno de los casos usuales en que abunda el estilo tosco y duro de Marcos (§ 132), quien ha condensado aquí excesivamente los conceptos. Todo en efecto queda claro si, añadiendo de modo explícito un concepto sobreentendido, se lee:

Muy temprano... van al sepulcro (y llegan) habiendo salido (ya) el sol. La distancia hasta el sepulcro no era, de cierto, muy larga; pero la razón de que las mujeres invirtiesen bastante tiempo en realizarlo nos es comunicada por el propio Marcos (16, 1) inmediatamente antes, al decir que las piadosas mujeres, transcurrido el sábado, es decir, en la misma mañana del domingo, compraron aromas para ir a ungirle. Su devoción no se satisfacía con los aromas que algunas de ellas habían preparado ya dos tardes antes y otras quisieron acrecer por su cuenta la provisión, empleando cierto tiempo en las compras.

622. Estas tardanzas femeniles resultaron demasiado pesadas para la más generosa y ardiente de aquellas mujeres, María la Magdalena, la única de quien habla Juan y la primera nombrada por los tres Sinópticos. Esta mujer, pues, en un momento dado, se separó de sus compañeras, atareadas y lentas, y, llevada de su afecto, corrió sola hacia el sepulcro. Allí llegó, según nos dice Juan, de pleno acuerdo con la primera indicación de Marcos, temprano (magai), habiendo aún oscuridad (Juan, 20, 1). Pero quedó consternada de lo que vió al llegar. Nada sabía de los soldados puestos allí durante el sábado y por tanto no se maravilló de su ausencia; mas halló que la piedra del sepulcro había sido quitada y que la entrada estaba abierta. Acaso, en su ardor, se acercase a la entrada



Fig. 120. — DISCO DE PLATA, EN LA IGLESIA DEL SANTO SEPULCRO, QUE INDICA EL LUGAR DONDE ESTUVO CLAVADA LA CRUZ

y le bastó una mirada fugaz desde fuera para reconocer que estaba vacío.

¿Qué había sucedido? ¿Quién podía informarla? No, de cierto, las compañeras retrasadas, dispersas por la ciudad en busca de aromas a la sazón inútiles. Había que dirigirse a los discípulos. Quizá ellos, y especialmente Pedro y Juan, supieran cómo había sido abierto el sepulcro y arrebatado el cadáver. Corre, pues, y va

a Simón Pedro y al otro discipulo a quien Jesús amaba, y les dice: «Quitaron al Señor del sepulcro y no sabemos dónde lo pusieron» (Juan, 20, 2). Aquel plural sabemos que nos transmite Juan constituye un magnifico enlace entre él y los Sinópticos, porque éstos hablan de más mujeres dirigiéndose al sepulcro y él sólo de María la Magdalena, pero haciéndole emplear el plural sabemos, que confirma implícitamente cuanto di-

cen los Sinópticos. María hablaba también en nombre de sus compañeras rezagadas.

623. Entre tanto, las que habían terminado sus compras de aromas se encaminaron ya directamente hacia el sepulcro. Pero en esta parte del camino recordaron otra dificultad en que antes no habían pensado y decian entre si: «¿Quién nos quitará la piedra de la puerta del sepulcro? (Marcos, 16, 3). Ya sabemos que esas piedras circulares eran grandes y pesadas, y las mujeres solas no habrían podido sin duda mover la del sepulcro de Jesús. Pero llegando allí y habiendo mirado, ven que la piedra ha sido quitada, ya que era muy grande (ibíd., 4). No menos estupefactas que María la Magdalena, pero menos fogosas que ella, se dirigen al interior, y entradas en el sepulcro vieron un joven sentado a la derecha y envuelto en una vestidura blanca, y se turbaron (ibíd., 5). Lucas, más minuciosamente, dice que la aparición consistía en dos hombres... con vestiduras resplandecientes (Lucas, 24, 4).

El joven de Marcos dice a las mujeres: No os turbéis. Buscáis a Jesús el Nazareno, el crucificado: resucitó, no está aquí. He aquí el lugar donde le pusieron. Id, pues, y decid a sus discípulos y a Pedro que os precede en Galilea. Allí le veréis, según os dijo (Marcos, 16, 6-7; comp. c. Mateo, 28, 5-7). Palabras semejantes, con mayor amplitud en el último concepto, dicen los dos aparecidos de Lucas; pero el resultado es diferente. Según Marcos, las mujeres huyeron del sepulcro, porque las había acometido temor y aturdimiento. Y a ninguno dijeron nada, porque temían. Y con este porque temían se interrumpe bruscamente el relato de Marcos y allí termina su evangelio, salvo un breve apéndice que no enlaza directamente con el relato anterior. En cambio, según Lucas, las mujeres tornadas del sepulcro anunciaron todas estas cosas a los once y a todos los demás, lo que es confirmado por Mateo (28, 8).

Probablemente el relato de Marcos se refiere sólo a la primera impresión sentida por las mujeres, quienes, desconcertadas, se encerraron al principio en absoluto silencio. Pero si el relato de Marcos, en vez de experimentar una brusca interrupción, hubiese tenido un desenvolvimiento regular, probablemente el narrador habría añadido alguna precisión, especificando que las mujeres, repuestas de su primera impresión, hicieron cuanto narran los otros dos Sinópticos. De todos modos, la noticia que las mujeres debían comunicar había de exponerlas, sin duda, a acogidas muy poco agradables, lo que es otra razón para el silencio que, según Marcos, guardaron al principio. En efecto, cuando ellas, volviendo a la ciudad, decian a los apóstoles estas cosas, a ellos les parecieron estos discursos delirios y no las creian (Lucas, 24, 11).

624. Mayor impresión, sin embargo, produjo en Pedro y Juan la comunicación que entretanto habían recibido de María de Magdala. Apenas oído el relato de la agitada y anhelante mujer, salió Pedro y el otro dis-

cípulo e iban al sepulcro. Y corrían los dos juntos. Y el otro discípulo corrió delante antes que Pedro y llegó primero al sepulcro, e inclinándose vió en el suelo las vendas, mas no entró. Vino, pues, también Simón Pedro detrás de él, y entró en el sepulcro, y vió las vendas y el sudario — que había estado sobre la cabeza de él (Jesús) — no en el suelo, junto con las vendas, sino plegado aparte en cierto lugar. Y entonces entró también el otro discípulo, que había llegado primero al sepulcro, y vió... Y se fueron de nuevo los discípulos a su casa (Juan, 20, 3-10). Lo que ambos vieron bastó para convencerles de que el cadáver no había sido robado, como María de Magdala había supuesto y les había anunciado, ya que en caso de robo no había motivo alguno para librar el cadáver de las vendas o para plegar cuidadosamente el sudario y ponerlo aparte. Comprendiendo, pues, que nada les quedaba que hacer en la tumba, y reflexionando sobre cuanto habían visto, los dos tornaron en seguida a la ciudad, deseosos de consultar el caso con los demás discípulos.

625. María de Magdala, que había vuelto al sepulcro con los dos discípulos o poco después, no se fué con ellos, sino que estaba junto al sepulcro, fuera, llorando (Juan, 20, 11). Después de un rato se inclinó para dirigir una mirada más al nicho de la cámara fúnebre a través de la estrecha abertura que comunicaba la cámara con el atrio, ya que su desolado afecto la impetía a esperar aún lo inesperable; pero inesperadamente esta vez vió dos ángeles, sentados el uno a la cabecera y el otro a los pies del nicho donde había sido colocado el cadáver. Y ellos le dijeron: Mujer, spor qué lloras? Ella respondió: Quitaron a mi Señor y no sé dónde lo pusieron. Y dicho esto, volvióse a otro lado, como para buscar más, y vió, en pie, un hombre en el que ni siquiera fijó la mirada, absorta como estaba en sus pensamientos, creyéndole el jardinero de aquel lugar. El hombre le dijo: Mujer, spor qué lloras? A quién buscas? Ella contestó: Señor, si tú lo has llevado, dime dónde lo pusiste y yo lo tomaré. El hombre era Jesús.

Le dice Jesus. «Maria». Y volviéndose ella, le dice en hebreo: «¡Rab-

boni!», que quiere decir: «¡Maestro!»

Era la primera vez que el resucitado había sido visto y reconocido por una persona humana, salvo que se hubiese aparecido ya a su madre, si

bien los evangelistas nada nos dicen de esa aparición.

Reconociendo al Maestro, María se lanza a abrazarle los pies, pero Jesús le dice: No me toques. Porque aun no he ascendido al Padre. Pero vete a mis hermanos y diles: «Asciendo a mi Padre y Padre vuestro, y Dios mio y Dios vuestro» (Juan, 20, 17). Urgía advertir a los discípulos de Jesús, a quienes él llamaba hermanos, de que en breve él ascendería al Padre y Dios de él y de ellos, y por tanto la justa efusión de afecto no debía ser prolija, para que el anuncio a los hermanos no sufriese demora (1).

⁽¹⁾ Este relato de Juan tiene su equivalencia en Mateo (28, 9-10), donde, empero, pareceria relacionado con la primera visita de las piadosas mujeres al sepulcro (comp. 28, 1: María la Magdalena y la otra María). Pero, en realidad, con el vers. 9 comienza un episodio

La orden sué ejecutada sin tardanza: Viene María la Magdalena anunciando a los discipulos: «He visto al Señor», y aquellas cosas que dijo a ella (Juan, 20, 18). Pero el esecto de gozoso anuncio sué al principio humillante: Ellos, osdo que (Jesús) vive y que sué visto de ella, no prestaron se (Marcos, 16, 11).

626. Las mujeres, en efecto, tuvieron siempre pésima acogida, como testigos de la resurrección de Jesús, entre los primeros cristianos. Cuando las piadosas mujeres, de vuelta del sepulcro, refirieron haberlo encontrado vacío y repitieron el anuncio de los ángeles, sus palabras fueron consideradas un delirio (§ 623). Y cuando María de Magdala refiere haber visto a Jesús y haberle hablado, no obtiene tampoco crédito alguno. Y todavía más adelante, cuando los apóstoles y toda la Iglesia estuvieron oficial e inquebrantablemente convencidos de la resurrección de Jesús, quedó siempre cierta inclinación a no apelar a testimonios de mujeres. Ninguna mujer, en efecto, es citada en el célebre pasaje en que Pablo menciona, no todos, desde luego, pero sí muchos testigos de la resurrección del Cristo: Resucitó al tercer día, según las Escrituras, y sué visto de Cesas y luego de los doce. Después sué visto por más de quinientos hermanos juntos, de los cuales los más son supervivientes hasta hoy, mientras algunos se durmieron. Después fué visto por Santiago y luego por los demás apóstoles, y, último entre todos, como por un abortivo, sué visto también por mi (I Cor., 15, 4-8). Todos son testimonios de varones, ninguno de mujer. Es probable que esta actitud de la Iglesia oficial se debiese a una estricta prudencia para no dar a judíos e idólatras la impresión de que se había creído muy a la ligera en testimonios de mujeres fantasiosas y visionarias.

De todos modos, es cierto que los mismos discípulos inmediatos de Jesús, como se verá mejor a continuación, distaban mucho de ser proclives a prestar fe a quien aseguraba—fuese mujer u hombre—haber visto redivivo a Jesús.

627. Por el contrario, los miembros del Sanhedrín a quienes se presentaron los soldados huídos del sepulcro (§ 621) se mostraron asaz prontos a creer. En el relato hecho por los soldados aun jadeantes por la carrera y sobresaltados por el pavor, aquellos notables judíos no hallaron nada de inverosímil, y prestaron plena fe; pero, naturalmente, también ellos, como antes los soldados, pensaron en los medios de salvarse a sí mismos y a los soldados. Como solían, se apresuraron a velar el sol con cortinas para que no penetrase la luz. Los sumos sacerdotes, reunidos con los ancianos y tomado consejo, dieron muchas (monedas) de plata a los solda-

distinto, el de la sola María de Magdala, aunque Mateo emplee aun el plural, como hace en otros casos (el «plural de categoría», v. § 600) (*).

^(*) Nos parece oportuno advertir que la hipótesis aqui sostenida por Ricciotti está desprovista de todo fundamento. Dividir en dos episodios distintos el relatado en Mateo, 28, 1-10, y tratar como un plural de calegoría los plurales reiteradamente expresados en los vv. 9 y 10, es absolutamente arbitrario. (Nota del Revisor.)

dos, diciendo: "Decid: "Sus discípulos, venidos de noche, lo robaron mientras nosotros dormíamos". Y si esto es oido del gobernador, nosotros le persuadiremos y haremos que no os molesten». Ellos, entonces, tomadas las (monedas) de plata, hicieron como les había sido enseñado. Y se divulgó este dicho entre los judíos hasta el día de hoy (Mateo, 28, 12-15).

La sugestión de los miembros del Sanhedrín a los soldados huidizos lo robaron mientras nosotros dormiamos, no era un portento de sagacidad. Es, pues, aun hoy, decisiva la réplica de San Agustín, quien dirigiéndose en forma oratoria al Sanhedrín le pregunta jocosamente: ¿Cómo? ¡Traes testigos dormidos? Mucho más eficaces fueron las monedas de plata, extraídas de los mismos cofres de que procedían las de Judas. De todos modos, la calumnia creció y en la época en que escribía Mateo se había convertido entre los judíos en la explicación oficiosa del sepulcro vacío. Es más, en ella cabe ver el primer germen de aquella floración de calumnias que en los siglos sucesivos proporcionó materiales al judaísmo oficial para la biografía de Jesús (§§ 88-89).

628. ¿Existe en los documentos profanos algún fundamento de esta calumnia? En 1930 fué publicada una inscripción griega que lleva el título: Rescripto de César (Διάταγμα Καίσαρος) y que en substancia tiende a impedir el delito de la violatio sepulchri. En ese documento, el emperador dispone que las tumbas permanezcan perpetuamente inmutables, y que todo el que ponga manos en tumbas o exhume cadáveres, o los haya transportado a otros lugares por dolo malvado (δίλω πονηρώ), o haya qui-acua inscripciones, sea citado a juicio. Termina con esta conclusión: Absolutamente a nadie sea lícito hacer traslaciones (μετακεινήσαι). De otro modo quiero que éste sea condenado a muerte por violación de sepulcro. Li inscripción, que antes formaba parte de una colección privada (la de Froehner), está en París, y, según el inventario manuscrito del difunto coleccionista, resulta que fué enviada desde Nazareth el año 1878.

El nombre de Nazareth y el contenido de la inscripción dieron lugar a una seductora hipótesis. El innominado César sería Tiberio, quien enviaría instrucciones a Judea a propósito de un caso particular. Este caso, delicado y peligroso, sería el del sepulcro de Jesús hallado vacío, porque según la calumnia sanhedrita, los discípulos habían robado el cadáver. Apenas difundida la calumnia, que podía acarrear graves consecuencias políticas, Pilatos enviaría una relación detallada a Tiberio (com. Justino, I Apol., 35; Tertuliano, Apol., 21; Eusebio, Hist. eccl., 11, 2) sobre el proceso de Jesús y la desaparición del cadáver. La relación de Pilatos provocaría como contestación el rescripto imperial, que sería grabado en mármol y expuesto en Nazareth, patria de Jesús.

La hipótesis, ya lo dijimos, es seductora; pero por ello mismo es preciso guardarse de las lisonjas de la seducción. Apenas la inscripción y estas sus interpretaciones fueron publicadas, comenzaron las discusiones, se examinaron minuciosamente razones en pro y en contra y se descubrió que

la hipótesis presupone como seguros y demostrados varios puntos que están muy lejos de serlo.

En primer lugar, ¿procede la inscripción precisamente de Nazareth? Sólo nos lo dice así una breve anotación del difunto coleccionista Froehner. lo que es harto poco para fiarse ciegamente. La inscripción sería

enviada a Europa desde Nazareth, pero el verdadero lugar de su hallazgo pudo muy bien ser otro cualquiera, ya que sabemos por experiencia que los beduínos de Palestina trasladan de un lugar a otro los antika caídos en sus manos hasta hallar un comprador. Y además, ¿quién es el César del rescripto? Ciertamente un emperador que gobierna provincias propias en contraposición a las senatoriales, y por tanto no puede e montarse a más allá del 27 a. de J. C. (§ 20); pero desde esta fecha en adelante puede descenderse en larga escala, sin que ninguna alusión del texto o la forma de las letras esculpidas ofrezcan un argumento sólido para fijar la edad de la inscripción. ¿El César es Augusto, Tiberio, Calígula, Claudio? Todos estos emperadores han sido nombrados al res-



Fig. 121. — La losa de mármol que cubre el sepulcro de Jesús

pecto, y hasta Vespasiano y Adriano, alegándose en pro de cada nombre razones más o menos fundadas. Por eso, y sin entrar aquí en discusiones técnicas sobre el carácter del epígrafe, parece muy arriesgado querer atenerse sólo al nombre de Tiberio, y a la sola Nazareth, y al solo caso del sepulcro de Jesús. Abstractamente hablando, la inscripción puede tener muchas interpretaciones, todas verosímiles, pero no proporciona, ni mucho menos, elementos para concretar la única interpretación verdadera.

629. Corría, pues, el domingo siguiente a la muerte de Jesús, y en el ir y volver del sepulcro de las diversas personas mencionadas habían pasado dos o tres horas. En el intervalo, entre los discípulos de Jesús que habían afluído a la ciudad con motivo de la Pascua y se hallaban aún temerosos y acobardados por la dolorosa muerte del Maestro, se había difundido la voz de que las pías mujeres que acudieron temprano de mañana al sepulcro lo habían hallado vacío, viendo ángeles en él. El testimonio de María la Magdalena, que aseguraba haber visto a Jesús y hablado con él, no se había propagado todavía, por falta de tiempo.

Pero todo ello era una habladuría de mujeres (§ 623) a la que no convenía dar crédito alguno. Por otra parte, la festividad pascual no retenía a los peregrinos durante toda la octava y muchos en aquel día 16 de Nisan siguiente a la Pascua emprendían ya el camino de vuelta a sus hogares. Esta fué la determinación adoptada aquella mañana por dos de los discípulos de Jesús, uno de los cuales se llamaba Cleofás, y que, desconfiados a causa de cuanto había sucedido, se pusieron, juntos, en camino para Emmaús, donde habitaban. Debían ser las nueve de la mañana. El relato que el psicólogo Lucas hace de su viaje es de finura tal, que parece un idilio y el substituirlo constituiría grave error (1).

Caminando, conversaban entre si de todas aquellas cosas que habian ocurrido. Y ocurrió, mientras ellos conversaban y discutían, que el mismo Jesus, acercándose, caminaba junto con ellos, pero sus ojos estaban retenidos para que no le reconociesen. Dijoles, pues: «¿Qué conversaciones son eval qui sosteneis mutuamente, caminando?» ¿Quién sería el extraño viajero que les hacía tal pregunta, tocándoles la herida viva? La sorpresa

I precisar a qué lugar moderno corresponde el Emmaús de Lucas, es cuestión برر. aunque rejuvenecida en estos últimos años. Desde la época de las Cruzadas hay al menos cuatro lugares que se atribuyen el honor de ser el Emmaús evangélico, mas hoy sólo sostienen la porfía dos: Nicópolis y el-Qubeibeh. Antes de las Cruzadas, el único lugar que se atribuia tal honor era Nicópolis, apoyado especialmente por la tradición palestina representada por hombres como Origenes, Eusebio de Cesarea, Jerónimo, Hesiquio de Jerusalem y Sozomeno, aparte de los itinerarios de peregrinos. Además, Nicópolis es nombre impuesto sólo en el siglo III d. de J. C., habiéndose conservado a su lado hasta hoy el de 'Amwas, derivado evidentemente de Emmaús, sin que ningún otro de los aludidos lugares tenga este argumento toponímico a su favor. La dificultad documental contra Emmaús-Nicópolis es que la distancia del Emmaús evangélico a Jerusalem es dada con dos diferentes lecciones por Lucas, 24, 13. Seis rédices griegos unciales y algunos minúsculos la fijan en 160 estadios (casi 30 km.), mientras casi todos los demás documentos la reducen a 60 estadios (unos 11 km.). ¿Como existe esta diferencia? La letra griega representativa del centenar ¿ha sido quitada de la lección primitiva, obteniéndose así la cifra 60, o ha sido añadida, resultando la cifra 160? De Jerusalem a Emmaús Nicópolis se iba antiguamente por varios caminos, que medían, respectivamente, unos 144, 152 y 160 estadios, mientras desde Jerusalem a el-Qubeibeh hay unos 13 kilómetros (sobre 70 estadios). Otra dificultad contra Emmaús-Nicópolis es su distancia de Jerusalem, ya que se ha hecho observar que los dos discípulos no podían realizar en un solo día los dos viajes de ida y vuelta, que sumaban en junto 320 estadios (unos 60 km.). Pero la dificultad no es insuperable, porque en el segundo viaje los dos discípulos pudieron tomar el camino más corto (144 estadios, ó 26'500 km.) y servirse también de cabalgaduras: el ardiente desco de llegar pronto les sostendría en esta marcha forzada, como otros motivos sostuvieron las marchas forzadas que se señalan en Hechos, 25, 25, 51-55, y en Guerr. Jud., 11, 551-554).



Fig. 122. — Fragmento del mosaico llamado "Carta de Mádaba", que muestra un antiguo plano de la región de Jerusalem. Se halla en la iglesia griego-ortodoxa de Madaba

interrumpió un momento su marcha. Y se pararon, contristados. Empero respondiendo uno, de nombre Cleofás, le dijo: «¡Tú solo eres forastero en Jerusalem, y no sabes las cosas que han acaecido en ella en estos días?» Y (Jesús) les dijo: «¿Cuales?» Ellos le dijeron: «Los hechos de Jesús el Nazareno, que sue hombre proseta potente en obra y palabra ante Dios y todo el pueblo, y cómo los sumos sacerdotes y nuestros jefes lo entregaron a condena de muerte y le crucificaron. Y nosotros esperábamos que el habria sido aquel que ha de libertar (λυτρούσθαι) a Israel». ¿En que liberación pensaba Cleofás? Es difícil excluir el sentido mesiánico-nacionalista en virtud del cual Jesús habría debido liberar — con la intervención taumaturgica del Dios de Israel — al pueblo santo de toda dominación extranjera. Mas con la muerte de Jesús se desvanecía toda esperan-7a. Y Cleofás prosigue: Y con todo esto es el tercer dia desde que estas cosas acontecieron. Y nos sobresaltaron algunas mujeres de entre nosotros que habiendo ido temprano al sepulcro y no habiendo encontrado el cuerpo de él, vinieron a decir que habían visto también una aparición de áneles, los cuales afirman que él está vivo. Fueron, pues, al sepulcro algunos e los que están con nosotros y encontraron (las cosas) como dijeron tamién las mujeres; empero no le vieron a él.

63(). Estas últimas palabras prueban que los dos discípulos habían artido de Jerusalem antes de que María de Magdala anunciase haber visto Jesús, ya que, si no, también este anuncio habría sido mencionado, unque sólo fuese para desacreditarlo. Pero cuando Cleofás hubo termiado, el desconocido viajero cambió repentinamente de actitud y de ignorante que había parecido hasta entonces, se mostró informadísimo. El les dijo: «¡Oh, estultos y lentos de corazón en creer todas las cosas le que hablaron los profetas! ¿No debía acaso padecer estas cosas el Cristo (así) entrar en su gloria?» Y comenzando por Moisés y por todos los proetas, o sea por las dos primeras partes de la Biblia hebrea, les interpreó en todas las Escrituras las cosas que se referian a él. Así, el interés que nuestran todos los evangelistas en general, y en particular Juan y Mateo, m hacer notar en los hechos de Jesús el cumplimiento de las antiguas profecías bíblicas, no es en realidad más que la continuación de cuanto nizo Jesús en aquella lección peripatética.

La lección fué larga, como largo era el camino, pero a ambos oyentes para y otro les parecieron cortos cuando llegaron al fin. Prosigue así el



Fig. 123. - El Santo Sepulcro en la actualidad

relato: Y se avecinaron a la población a que se encaminaban, y él hizo ademán de proseguir más allá, mas le hicieron fuerza, diciendo: «Quédate con nosotros, porque se hace tarde (πρὸς ἐσπέραν ἐστίν) y ya ha declinado el día». Y entró para quedarse con ellos. No es menester pensar que cayesen ya las sombras de la noche. La expresión se hace tarde podía emplearse desde el mediodía (comp. Jueces, 19, 9, con 14). Y si los dos habían partido hacia las nueve de la mañana y habían recorrido una treintena de kilómetros, debían ser las dos o tres de la tarde. Y ocurrió, mientras él estaba reclinado (a la mesa) con ellos, que tomado el pan, lo bendijo y, partiéndo(lo), se lo daba. Y se abrieron los ojos de ellos y le reconocieron, y él hízose invisible a ellos. Y dijeron entre sí: «¿Acaso no ardía nuestro corazón en nosotros cuando nos hablaba por el camino, cuando nos declaraba las Escrituras?» La circunstancia de que los dos discípulos reconocieran a Jesús al partir éste el pan, fué alguna vez relacionada en el pasado con la frase «partir el pan» que en la Iglesia primitiva designaba la Eucaristía, y de ello se concluyó que Jesús había renovado en Emmaús aquel rito. Pero la consecuencia no está justificada históricamente, ya que no resulta claro que los dos discípulos supiesen que Jesús había instituído la Eucaristía tres días antes, que Jesús les hubiese hablado de ello en el camino, ni que estuviese dispuesto a celebrar el rito ante quienes no tenían idea de tal cosa. Ateniéndonos a la letra del relato, los discípulos reconocieron a Jesús en el acto de partir el pan. o sea antes de comer, si es que realmente comieron luego bajo la impresión de asombro por haberlo reconocido.

631. La maravilla y conmoción fueron tan grandes, que los dos discípulos se pusieron nuevamente en camino: Y levantándose en aquella misma hora, retornaron a Jerusalem, y encontraron reunidos a los once y a los que estaban con ellos, los cuales decian: «Realmente resucitó el Señor y fué visto de Simón». Ellos, pues, relataron las cosas (ocurridas) en el camino y cómo (Jesús) fué conocido de ellos al partir el pan (Lucas, 24. 14-35). Si los discípulos partieron de Emmaús entre las dos y las tres de la tarde, tomando el camino más corto, acaso usando cabalgaduras, pudieron estar de nuevo en Jerusalem entre ocho y nueve de la noche.

En la ciudad no les fué fácil encontrar a los apóstoles, porque nadie había visto a éstos ni sabía dónde estaban. Al fin los de Emmaús los descubrieron en un bien seguro escondrijo, donde se hallaban con las puertas cuidadosamente atrancadas por temor de los judios (Juan. 29, 19). Mas no obstante la temerosa cautela externa, los de dentro estaban excitados y conmovidos. Apenas entraron los dos viandantes cubiertos de polvo y seguros de dar una noticia desconcertante, quedaron más bien cortados y ni siquiera tuvieron tiempo de hablar; todos se acercaron a ellos, comunicándoles a porfía: Realmente resucitó el Señor y fué visto de Simón. Así, pues, en aquel mismo día, después de la partida de los discípulos hacia Emmaús, y después de la aparición a María de Magdala, Jesús se había

parecido también a Simón Pedro, quien se apresuró a dar la noticia a nostoles y discípulos, infundiéndoles así aquella fe que no les infundiera

anuncio de María de Magdala.

Esta aparición de Jesús a Simón Pedro en el domingo que siguió a la uerte no es narrada con detalles por ningún evangelista; pero es de erto aquella a la que Pablo alude, poniéndola primera en la serie de apaciones del resucitado (§ 626). Lucas, discípulo de Pablo, ha tomado la oticia de su maestro, quien a su vez la había tomado, a más de otros, del ropio Pedro cuando, nuevo aún en la fe, había subido a Jerusalem para er a Cefas (Gal., 1, 18). La Piedra de la Iglesia había sido privilegiada ntre los demás apóstoles en razón a su oficio, y el negador de Jesús había do perdonado merced a aquel llanto que había faltado a Judas.

Cuando los dos viajeros pudieron hablar, narraron a su vez la apaición vista por ellos; pero, contra lo que cabía esperar, su anuncio fué cogido con frialdad. Fuese en virtud de cierta desconfianza que se tuiese por los dos moradores de Emmaús, fuese por cierta envidia de ver lue dos simples discípulos habían recibido el mismo privilegio concedido Simón Pedro v negado hasta entonces a los apóstoles, lo cierto fué que, i no todos, al menos muchos de los presentes ni aun a ellos prestaron fe Marcos, 16, 12). Es fácil suponer que entre los dos que insistían en lo riste y los otros que negaban, surgirían vivas discusiones que se prolon-

rarian aquella noche.

632. Pero aquel día debía cerrarse, no con tales discusiones, sino con una certidumbre general. Y mientras hablaban de estas cosas, (Jesús) e presentó, de pie, en medio de ellos y les dijo: «Paz a vosotros». Confusos , atemorizados, creian ver un espíritu. Y (él) les dijo: «¿Por qué estáis turbados y por qué surgen en vuestro corazón pensamientos (de duda)? Mirad mis manos y mis pies, porque soy yo mismo. Palpadme y ved, porque un espiritu no tiene carne y huesos como veis que tengo yo». Y dicho esto mostróles las manos y los pies. Empero, como no creían aún por la alegria y estaban admirados, les dijo: «¿Tenéis aqui alguna cosa que comer?" Entonces ellos le dieron una porción de pez asado y (él), tomándo(lo), comió ante ellos (Lucas, 24, 36-43). Recuérdese que esta escena es narrada por un médico y un psicólogo. La misma escena relatada por Juan (20, 19-23) no concede tanto campo a tales observaciones experimentales, que parecen propias de un laboratorio de física, ni hace observar sutilmente que los apóstoles no creian por la alegría, o sea por el temor de engañarse, ya que lo que agrada se cree demasiado fácilmente. Las dudas son disipadas por la realidad física: Jesús, en su segunda vida, tiene el mismo cuerpo que en la primera y puede comer lo mismo que antes. No es una sombra vaporosa sobrevenida de la Sheol (§ 79): es un cuerpo físico resucitado y unido a su alma.

Asegurado el presente, Jesús provee al futuro, y de ello nos habla especialmente Juan: «Como el Padre me envió a mí, yo os envío también a vosotros». Y dicho esto, sopló (ἐνεφύσησεν) y les dice: «Recibid el Espíritu Santo. Siempre que a algunos perdonéis los pecados, les quedan perdonados, y siempre que (los) retengáis, quedan retenidos» (Juan, 20, 21-23). La antigua promesa hecha a los apóstoles para el futuro gobierno de la Iglesia (§§ 397, 409) era aquí mantenida.

633. Pero aquella noche, en aquel cauto retiro de los apóstoles, no estaba presente Tomás, el hombre incrédulo y desconfiado (§§ 372, 489). ¿Era su ausencia una nueva manifestación de su carácter? ¿Desdeñaba hasta el discutir las afirmaciones de María de Magdala y de Pedro y evitaba por ello verse con los otros apóstoles? No lo sabemos, y cualquier contestación sería conjetural. Lo cierto es que cuando poco después se encontró con los apóstoles y ellos le aseguraron: Hemos visto al Señor, sacudió la cabeza, casi escandalizado, y dijo con la mayor energía: Si yo no veo en sus manos las huellas de los clavos y pongo mi dedo en el lugar de los clavos y meto mi mano en su costado, no creeré.

¡Había que ser razonable!! ¿Cómo podía resucitar un hombre crucificado, reducido a un amasijo de carnes laceradas y desgarradas con las manos y los pies agujereados y abierto el pecho? ¿Que le había visto María de Magdala? Pero, ¿qué fe merecía una histérica cualquiera, una mujer de la que habían salido siete demonios nada menos? (§ 343). ¿Que le habían visto los demás apóstoles, y examinado sus manos y sus pies? Bien: aquellos apóstoles eran buena gente, pero tenían el cerebro calenturiento e imaginaban con harta facilidad ver lo que les agradaba. Pero Tomás, hombre sereno y ponderado, era exprofeso para juzgar ciertos casos; y en casos como aquél no bastaba ver — o mejor dicho, imaginar ver —, sino tocar, palpar, hundir el dedo. Sólo con esta condición había de creer él.

El príncipe de los positivistas y de los hipercríticos se mantuvo inflexible durante ocho días, sin que razonamiento alguno de los demás apóstoles lograse modificar su opinión. Mas ocho días después, nuevamente estaban dentro los discípulos de él (Jesús), y Tomás con ellos. Vino Jesús, estando atrancadas las puertas, y púsose de pie en medio y dijo: «Paz a vosotros». Luego dice a Tomás: «Mete tu dedo aqui y ve mis manos, y trae tu mano y méte(la) en mi costado y no seas incrédulo, sino crevente». Respondió Tomás y le dijo: «¡Señor mío y Dios mío!» Le dice Jesús: «¡Porque me has visto has creído? Bienaventurados los que no vieron y creyeron». ¿Mantuvo Tomás su propósito de palpar el cuerpo del resucitado? Todo induce a creer que no. Su positivismo e hipercrítica se devrumbaron, como sucede siempre, no tanto a causa de disquisiciones intelectuales cuanto de modificadas condiciones de ánimo.

AS APARICIONES EN GALILEA

634. Las apariciones de Jesús narradas hasta aquí ocurrieron todas i Jerusalem o sus contornos, es decir, en Judea. Otras, narradas igualiente por los evangelistas, sucedieron poco después en Galilea. Las reordadas por Pablo (§ 626) debieron suceder parte en Judea y parte en alilea.

La diversidad de la región tiene cierta importancia. Los ángeles aparecidos en el sepulcro habían encomendado a las piadosas mujeres el enargo de ordenar a los discípulos y a Pedro que se dirigiesen a Galilea, onde verian al resucitado (§ 623). Esto narran concordemente Mateo y farcos, los cuales, efectivamente, se atienen a este mandato y por tanto blo refieren apariciones en Galilea (excepto Mateo, 28, 9, 10, y el apénice de Marcos, 16, 9-20). La orden dada a los discípulos no es, en cambio, itada por Lucas ni Juan, por lo que refieren ampliamente apariciones caecidas en Judea, sin omitir, no obstante, las de Galilea (por ejemplo, uan, 21). La preferencia por una u otra región no es más que una con-



Fig. 124. — EL MAR DE GALILEA

secuencia del objeto particular perseguido por cada evangelista. En rea lidad, las apariciones del resucitado ante grupos más numerosos de testigos v en las que fueron comunicadas normas más amplias y disposiciones más fundamentales acerca del reino de los cielos, ocurrieron en Galilea (comp. Mateo, 28, 16-17, y I Cor., 15, 6), y a éstas aluden, más que na rrarlas explícitamente, Mateo y Marcos. Por tal motivo, ellos, queriendo llamar la atención del lector sobre aquellas apariciones, ponen precedentemente la cita dada por los ángeles a los discípulos para verse en Galilea. Pero esta preferencia de los dos primeros Sinópticos no excluye la tradición de las apariciones en Judea elegidas para su objeto por Lucas y en parte por Juan. Sabemos, en efecto, por antigua experiencia que ningún evangelista pretende agotar el tema, y de esto tenemos aquí una muy clara confirmación en Lucas, quien, después de relatar las apariciones del domingo de la resurrección (Lucas, 24, 1-49), pasa a relatar sin separación cronológica alguna la ascensión del resucitado (ibíd., 50-53). De modo que leyendo sólo su evangelio se podría lícitamente concluir que la ascensión se produjo el mismo día de la resurrección, sino que el mismo Lucas, a poco del evangelio, escribe también los Hechos, donde (1, 3) recuerda distintamente que Jesús, después de la resurrección, se apareció a los apóstoles mostrándose vivo con muchas pruebas y hablándoles durante cuarenta días del reino de Dios. Tenemos, pues, dos tradiciones reflejadas en el Nuevo Testamento: una sobre las apariciones en Judea v otra sobre las de Galilea. Ninguna de ambas quiere agotar el tema, y mucho menos excluye la otra, sino que cada escritor prefiere una u otra y a veces (Pablo, Juan) las emplea promiscuamente (1).

635. Terminado el ciclo de las fiestas pascuales, los apóstoles volvieron a Galilea, retorno a que les impelía, además de la orden de Jesús (§ 623; Mateo, 26, 32), el pensamiento de que allí estarían lejos de la vigilancia inmediata del Sanhedrín y por tanto más libres en la espera

⁽¹⁾ Muy diversa es la explicación dada por los racionalistas, que encuentran en la doble tradición una traza de la elaboración a través de la cual pasó el mito del Cristo resucitado. Sería más antigua la tradición de las apariciones en Galilea y más reciente la de Judea. La primera nacería de este modo: apenas muerto Jesús, los apóstoles huven, aterrados, a su Galilea natal, donde su terror se calma un tanto y donde piensan sin cesar y con afecto en su Maestro, sin lograr persuadirse de que los ha abandonado en realidad. Imbuídos de esta idea (ciertamente que Tomás no parece muy imbuído, ni aquellos otros que en Galilea continuaban yendo a pescar tranquilamente, como habían hecho antes; pero todo esto son ficciones), imbuídos, decimos, de esta idea, un día comienzan a hablar del Maestro resucitado, se persuaden de su resurrección, incluso hasta imaginan verlo y así queda establecida la resurrección. Huídos, en efecto, los apóstoles a Galilea después de la tragedia de Jerusalem, la excitación, y casi podría decirse el sobresalto de su fe, que provocó las visiones, creó la fe en la resurrección (Loisy). Establecido así el «hecho» de la resurrección, más tarde se procuró reforzarle y perfeccionarlo transportando el campo de las apariciones a los contornos del sepulcro, y de tal modo se formó la tradición de las apariciones en Judea. ¡Explicación excelente, tanto desde el punto de vista histórico como desde el crítico! En realidad, todos saben que también los leales grognards de la Guardia Vieja liberaron lo menos cien veces a Napoleón de Santa Elena después de 1815 y le hicieron resucitar de la tumba lo menos mil veces después de 1821... En efecto, después de Waterloo y del 5 de mayo, la excitación, y casi podría decirse el sobresalto de su fe, etc.

que el resucitado se mostrase cuando y como quisiera. La promesa de sús había fijado el lugar, mas no el tiempo, y en consecuencia había que perar. Quizá la marcha de Jerusalem se produjese pocas horas después la aparición a Tomás, que pudo ocurrir cuando los apóstoles estuviesen reunidos en caravana, para partir. Algunos días después, se hallaban nuevo a orillas del lago de Tiberíades Simón Pedro, Tomás, Nathanael artolomé), Santiago, Juan v otros dos apóstoles innominados, que acaso

eran Andrés v Felipe.

El pequeño grupo vivía probablemente de un fondo común, como tando acompañaba a Jesús y cuando Judas guardaba la caja común. Pudo turrir que en aquellos días, después de la fuga de Judas con la caja y de s gastos hechos en Jerusalem y en el viaje, el grupo atravesase penurias tonómicas. De todos modos, aquellos pescadores no sabían permanecer riosos a orillas del lago, y así, esperando de un día a otro la reaparición el resucitado, reanudaron sus antiguas ocupaciones para procurarse el istento. Una noche Simón Pedro dijo a los otros: Voy a pescar. Y le resondieron: Vamos también nosotros contigo. La pesca nocturna era más rovechosa cuando la realizaban muchos brazos, porque se podía pescar l arrastre. Pero, embarcados y largadas las redes, la noche fué desastrosa al despuntar el alba no habían conseguido nada. Por otra parte, Simón 'edro había conocido antaño noches parecidas (§ 303). Se acercaron, pues, la orilla para desembarcar.

Cuando se hallaban a unos doscientos codos, o sea a un centenar de netros, entrevieron en tierra, entre la bruma, una figura que aun no se listinguía bien, pero que parecía la de un hombre que les esperase, acaso in revendedor que quisiera comprarles el pescado. Llegados a alcance de toz, el hombre preguntó: Muchachos, itenéis algo de comer? Tras una noche de estériles fatigas, la pregunta sonaba a chanza, y así los de la parca, nada complacidos, contestaron con un seco ¡No! que no admitía réplica. Pero la réplica se produjo y el hombre gritó a través de la bruma natutina: Echai las redes a la derecha de la barca, y encontraréis.

¿Quién era aquel desconocido que daba consejos con tanta seguridad? ¿Hablaba porque sí o por experiencia? Ambos casos eran posibles; pero tantas veces los pescadores expertos saben deducir preciosas indicaciones de mínimas señales del agua, y tal vez el desconocido hubiese visto un buen signo desde la playa. En cualquier caso, una nueva tentativa después de tantas inútiles, costaba poco, y se hizo. La red fué largada donde el desconocido dijera, y no conseguían sacarla por la multitud de los peces.

El resultado hizo aflorar antiguos recuerdos a la mente de los pescadores (§ 303). Tras un instante de anhelosa incertidumbre, el discípulo a quien Jesús amaba saltó hacia Pedro y gritó, señalando con el índice al desconocido: ¡Es el Señor! Y entonces todo se hizo clapo y natural para aquellos hombres.

636. Simón Pedro, oído que es el Señor, se ciñó en torno el camisón (τὸν ἐπενδύτην διεζώσατο), porque iba desnudo, y se arrojó al mar. Empero los otros discípulos vinieron con la barca, porque no estaban lejanos de la tierra, sino sólo a unos doscientos codos, arrastrando la red con los peces. El fogoso Pedro, de acuerdo con su carácter, no puede esperar y se arroja al agua para llegar más pronto, y a fin de nadar más fácilmente se aprieta bien a la cintura el amplio camisón que llevaba sobre el cuerpo durante el trabajo, en vez de la túnica. Estaba, pues, desnudo (γυμνές), por cuanto carecía de la túnica habitual, pero tenía puesto el camisón que al oír el grito de Jesús se ciñó al talle para poder nadar. El nadador venció en pocas brazadas el centenar de metros que le separaban de la orilla y presto se halló a los pies del resucitado; mientras, los demás venían más despacio en la barca, en razón a que debían arrastrar un enorme peso.

Cuando desembarcaron vieron en la orilla un fueguecillo encendido, con peces asándose y pan preparado. Diceles Jesús: «Traed de los peces que cogisteis ahora». Pedro saltó a la barca y, ayudado por los otros, sacó a tierra la red, que contenía 153 grandes peces (1), y (aun) siendo tantos no se rompió la red. Diceles Jesús: «Venid a almorzar». Ninguno de los discípulos osaba interrogarle: «¡Tú quién eres?», sabiendo que era el

Señor.

Aquellos hombres sentían un cierto temor reverencial, casi un pudor místico, que les impedía dirigir al Maestro resucitado pregunta alguna acerca de su persona. De que era él, no cabía duda, mas ellos le hubiesen hecho de buen grado preguntas como estas: ¿Cómo has resucitado de la muerte? ¿Dónde has estado todos estos días? ¿Cómo has venido aquí? ¿Dónde estás cuando no estás con nosotros?

Pero la reverencia impedía estas preguntas y ninguno osaba interrogarle.

637. La reverencia, sin embargo, no impidió el apetito y todos comieron alegremente el pan y el pescado que les distribuyó Jesús. Refocilados los estómagos, se pasó a los espíritus. Y cuando hubieron al-

^{(1) ¿}Por qué ese número 153? Evidentemente, porque los peces, una vez contados, como suelen hacer los pescadores, resultaron ser 153. Los antiguos expositores encontraron en el número arcanos significados místicos, y dado el objeto edificativo de sus exposiciones, nada hay que objetar a ellas. San Agustín observa que 153 es la suma de todos los números que van de uno hasta 17 (1 + 2 + 3... = 153); por esto es la suma de los primeros diez que representan el decálogo y los sicte restantes que representan los dones del Espíritu Santo que ayuda a observar el decálogo. Otros ven en el número la conversión de los gentiles (100), más la de los judíos (50) y añaden la fe en la Trinidad (3). Esto decían los antiguos, místicamente. Pero los críticos modernos, que no ven en el 11 Evangelio sino alegorías, tendrían en esta cifra otra buena ocasión para demostrar su tesis, como en el caso de los maridos de la Samaritana o de los pórticos de la piscina de Bezetha, o de los hermanos del rico condenado (§ 478, nota); pero no han hecho nada. O, mejor dicho, han hecho demasiado, porque son tantas y tan disparatadas las soluciones propuestas, que los recientes han concluído, con más razón, que se trata de una cifra enigmática. Siempre se encuentran enigmas cuando se rechazan las explicaciones razonables.



Fig. 125. - LA LLANURA DE GENEZARETH, CON EL LAGO AL FONDO

morzad, dice Jesús a Simón Pedro. «Simón (hijo) de Juan, ¿me amas (ἐγιπῆς) más que éstos?» Dice'e (Pedro): «Si, Señor; tú sabes que te quiero (φιλῶ)». Dicele (Jesús): «Apacienta mis corderos». Y dicele de nuevo por segunda vez: «Simón (hijo) de Juan, ¿me amas?» Dicele: «Si, Señor; tú sabes que te quiero». Dicele: «Apacienta mis ovejas». Y dicele por tercera vez: «Simón de Juan, ¿me quieres (φιλεῖς)?» Pedro se entristeció porque le dijo por tercera vez: «¿Me quieres?», y dijole: «Señor, tú (lo) sabes todo; tú sabes que te quiero». Le dice Jesús: «Apacienta mis ovejas...» La triple pregunta de Jesús no hacía alusión al pasado por caritativa delicadeza; pero estaba harto vinculada con un doloroso pasado por la triple repetición: tres veces había Pedro negado al Maestro en la hora de las tinieblas. y ahora le profesaba amor tres veces, en compensación, en la hora de la luz.

Mas también por otra razón se relacionaba con el pasado la triple pregunta. El día de Cesarea de Filipo, el mismo Simón había sido proclamado, por Jesús, Piedra fundamental de la Iglesia, con el encargo de regirla como un pastor rige su rebaño (§ 397). Pues bien: Simón Pedro debía recordar ahora que tal misión era una misión de amor, una consecuencia del afecto que ha profesado a Jesús. El pastor supremo va a alejarse de su rebaño, pero no lo dejará falto de custodia, sino que establecerá en su lugar un pastor vicario, quien debe proceder con igual amor y por igual amor con el que ha obrado el pastor supremo.

El pastor supremo ha sido sacrificado por aquel amor, y por tanto

es posible que la misma suerte corresponda al pastor vicario. Para Pedro personalmente, esta suerte es predicha como segura por Jesús, quien, en consecuencia, prosigue: «...En verdad, en verdad te digo que cuando eras más joven te ceñías tú mismo, como había hecho Pedro en realidad poco antes para lanzarse al agua, y caminabas a donde querías; mas cuando hayas envejecido, extenderás tus manos y otro te ceñirá y conducirá donde no quieras». Y dijo esto significando con qué muerte glorificaría a Dios. Cuando Juan escribía esta última proposición, hacía bastantes años que Pedro había muerto por la fe de Jesús y por amor de la misión que Jesús le confiara; otros en realidad le habían ceñido de ligaduras y conducídole al suplicio, haciendo así que el pastor vicario siguiese también en la muerte al pastor supremo. Por esto Jesús concluye su discurso a Pedro diciéndole, a guisa de exhortación y consuelo: Sigueme.

638. Pero ésta, y de cierto otras apariciones de Jesús en Galilea, no tuvieron la solemnidad de aquella a la que alude Mateo (28, 16 y sigs.). Ocurrió ésta sobre una montaña, la cual, como se nos dice aquí ocasionalmente, había sido señalada por Jesús como lugar de cita de los apóstoles. Con esta sola noticia es, naturalmente, imposible reconocer de qué montaña se trata. Que era la de las Bienaventuranzas, es decir, la del Sermón de la Montaña (§ 316), sólo podría conjeturarse en virtud de la analogía entre las dos escenas. Es muy posible que al principio o al fin de esta aparición, que debió ser larga, estuviesen presentes otros discípulos de Jesús además de los apóstoles; pero es del todo incierto que aluda precisamente a ella Pablo cuando recuerda incidentalmente que el resucitado fué visto por más de quinientos hermanos juntos, de los cuales los más son sobrevivientes hasta hoy (§ 626).

Las particularidades de la aparición esta vez no se nos relatan, y por eso no sabemos a qué circunstancias de la escena o a qué personas se refiere la alusión: y algunos dudaron (εί δὲ ἐδίστασαν). Quizá los que dudaran no fueran los apóstoles, y, de ser ellos, su duda no se referiría al hecho de la resurrección, sino a algunas circunstancias que debían garantizar la identidad del resucitado. Reconocido con certeza por los apóstoles, Jesús les dijo: Me fué dada toda potestad en el cielo y sobre la tierra. Id, pues, y haced discípulos (μαθητεύσατε) a todas las gentes, bautizándolos en el nombre del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo, y enseñándoles (διδάσκοντες) a observar todas las cosas que os mandé a vosotros. Y he aquí que yo estoy con vosotros todos los días hasta el fin del mundo (συντελείας τοῦ αἰῶνος; v. § 525).

La Iglesia fundada por Jesús entraba, pues, en un nuevo período, que se prolongaría hasta el fin del mundo. En lugar del pastor supremo quedaba el pastor vicario, y la grey debía estar formada por gentes de todas las regiones y estirpes, y no sólo por la nación elegida de Israel. Todos los nuevos entrados en la grey serían discipulos de Jesús, como lo habían sido los discípulos inmediatos que le conocieron en persona. En tal grey se debía

entrar por medio de la fe y del bautismo en el nombre del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo. Era deber de los nuevos discípulos observar cuanto Jesús había mandado a los viejos discípulos; sobre todo, además, la grey sería asistida y protegida por el pastor supremo, quien de modo invisible, pero no menos eficaz, permanecería entre sus futuros discípulos hasta el fin del mundo.

De modo que aquí termina la vida de Jesús y comienza la de la Iglesia: se cierra la historia del Cristo según la carne y comienza la del

Cristo mistico (Efes., 5. 23; Colos., 1, 18).

LA ASCENSIÓN

639. Imbuídos por esta idea de que la historia del Cristo según la carne es meramente el primer capítulo de la historia de la Iglesia, los evangelistas dan muy escaso relieve a su desaparición material de la tierra, o sea a su ascensión. La materialidad visible, en efecto, era poca cosa cuando estaban seguros de su presencia invisible y de su asistencia desde lo alto de los cielos. De aquí que hallemos que la ascensión de Jesús no es narrada por Mateo; en Marcos (16, 19) es fugazmente aludida en el apéndice y en Juan es sólo recordada en forma de predicción (20, 17). El único evangelista que la narra con cierta amplitud es Lucas (24, 50 y sigs.); precisamente porque él, terminando en su evangelio la historia del Cristo según la carne, se ha propuest escribir después la historia del Cristo mís-



tico. Y, en efecto, sus Hechos de (los) Apóstoles son una historia episódica de la Iglesia y por tal causa empiezan repitiendo la ascensión (Hechos, 1,

1-11), como con la ascensión se había cerrado su evangelio.

La ascensión sucedió en Jerusalem, sobre el monte de los Olivos, en las cercanías de Bethania, cuarenta días después de la resurrección. Dado que los apóstoles marcharon de Jerusalem a Galilea transcurridos no menos de ocho días desde la resurrección (§ 635) y se encontraron en Jerusalem poco antes de la ascensión, su permanencia en Galilea hubo de ser menor de un mes. A esa etapa van asignadas las otras muchas apariciones aludidas vagamente por Pablo (§ 626) y también por Lucas cuando dice que el resucitado se apareció a los apóstoles demostrándose vivo con muchas pruebas, hablando del reino de Dios y tratando habitualmente con ellos (Hechos, 1, 3-4). Trasladándose de nuevo a Judea, sin duda por mandato de Jesús, allí tuvieron la última cita y allí el resucitado comunicó sus últimas disposiciones, entre ellas la de que no se alejasen de la ciudad para esperar allí la promesa del Padre, que oistes de mí. Porque Juan bautizó en agua, pero vosotros seréis bautizados en Espíritu Santo no muchos días después de éstos (Hechos, 1, 4-5).

640. La promesa se refería a lo que sucedió poco después, el día de la Pentecostés judía (§ 76), con el descendimiento del Espíritu Santo. Pero también en esta su última cita con el Maestro resucitado, los apóstoles sentían vagamente que estaba para producirse algo extraordinario. Y por ello volvieron a florecer en sus mentes las caras ideas de mesianismo nacionalista, tan arraigadas en aquellos espíritus judíos que en ellos se conservaron en parte aún después de los sucesos de la muerte y la resurrección.

Los reunidos se acercaron a Jesús, plenos de esperanza, y, con dulce sonrisa invitatoria, como para obtener una confidencia desde largo tiempo atrás anhelada, le preguntaron: Señor, ¿acaso en este tiempo restablecerás (ἀποκαθιστάνεις) el reino a Israel? El pobre Israel, en efecto. llevaba hartos años privado de todo poder político y sometido primero a aquellos bastardos de Herodes y luego a los incircuncisos romanos. El de entonces, en consecuencia, sería tiempo oportunísimo de crear un espléndido reino cuyo monarca hubiera sido, naturalmente, el mismo Jesús, quien se serviría de los apóstoles como de ministros. Con una organización de tal género sería muy fácil enviar ejércitos a las cuatro partes del mundo para batir a los romanos y a la vez predicar la doctrina de Jesús. ¿Qué mal podía haber en cumplir juntamente las dos misiones, la de conquistadores políticos y la de nuncios del evangelio, espada en mano? El antiguo salmo había Slorificado a los santos de Israel, que tenían

las alabanzas de Dios en su boca y una espada de dos filos en su mano. (Salmo 149, 6.) Y Jesús, que había resucitado de entre los muertos, bien podía cumplir otro milagro resucitando a nueva vida de gloria política el Israel ya muerto

Pero, sin embargo, la contestación del divino resucitado fué, como tantas otras dadas antes de la muerte sobre este tema, muy adecuada para helar al instante los ardientes ánimos de los apóstoles: No corresponde a vosotros conocer los tiempos o los momentos que el Padre estableció con su poder; sino que recibireis potencia, sobrevenido que sea sobre vosotros el santo Espíritu, y me sereis testigos tanto en Jerusalem como en toda la judea y Samaria y hasta la extremidad de la tierra (Hechos, 1, 7-8). Los apóstoles no deben preocuparse del triunfo ostensible del reino de Dios: la hora de este triunfo está establecida por el Padre celestial y llegará cuando él quiera. En vez de pensar en altisonantes conquistas políticas, los apóstoles deben proponerse conquistar el mundo entero a la doctrina de Jesús, v no sólo el mundo hebreo, sino también el no hebreo, conquista que obtendrán, no por medio de ardides militares o políticos, sino tinicamente en virtud de aquella potencia que recibirán cuando descienda sobre ellos el Espíritu Santo.

Esta recomendación fué la despedida final de Jesús a sus predilectos. Terminado que hubo de hablar, salió con ellos de Jerusalem y les condujo a lo largo del tan conocido y amado camino que llevaba a Bethania. Cuando llegaron cerca de la cumbre del monte de los Olivos, Jesús les reunió en torno a sí y alzó la mano para bendecirlos, y ocurrió que, mientras él los bendecia, se alejó de ellos y era llevado arriba, al cielo (Lucas, 24, 51). Y estando ellos mirando, fué elevado y una nube le substrajo a sus ojos (Hechos, 1, 9).

Los cuatro biógrafos oficiales de Jesús no suben más allá de la tierra y terminan con la ascensión o poco antes. Tan sólo el apéndice de Marcos (16, 19) dirige una fugaz mirada al cielo y afirma que Jesús fué ascendido al cielo y se senté a la diestra de Dios. Estas últimas palabras con que se anuncia que el hombre Jesús fué asociado a la gloria y potencia del Padre celectial resultan dictadas, más que nunca, por el sensus Ecclesiæ; pero este sensus que nos ha transmitido los cuatro bosquejos de la biografía terrestre de Jesús ha rehuído el delinear una biografía celeste del mismo, enunciando tan sólo el tema genérico con la afirmación: Se sentó a la diestra de Dios.

OJEADA RETROSPECTIVA

Jesús constituye la paradoja más grandiosa que conoce la historia. Aparece en una región secundaria del Imperio romano, dentro de una nación a la que los dominadores de entonces definían de buen grado como la más triste de todas (Tácito) y perniciosa a las otras (Quintiliano), considerándola como una despreciabilisima colección de esclavos (Tácito). No sale jamás en su vida de entre esta su gente, ni muestra deseo de conocer el mundo de los sabios, de los estetas, de los políticos y de los guerreros que dominaban la sociedad civil de entonces. Dentro de su mismo país pasa al menos las nueve décimas partes de su vida retirado en una humildísima aldea sólo conocida proverbialmente por su mezquindad. Allí no frecuenta escuelas, no maneja doctos pergaminos, no mantiene relaciones con lejanos sabios de su nación: trabaja únicamente de carpintero. Durante treinta años nadie sabe quién es, salvo dos o tres personas tan calladas como él mismo.

De pronto, pasados los treinta años, se presenta en público y empieza a obrar. No dispone de medios humanos de ningún género: no tiene armas, ni dinero, ni sabiduría académica. ni potencia estética, ni argumentos políticos. Anda casi siempre entre gente pobre, pescadores y campesinos, y busca con particular solicitud a los publicanos, las meretrices y los demás desechos de la sociedad decorosa. Opera entre esta gente milagros en gran número y de varios géneros. Se asocia un grupito de pescadores que le siguen constantemente como sus particulares discípulos. Y actúa durante menos de tres años.

Su actividad consiste en predicar una doctrina que no es filosófica ni política, sino exclusivamente religiosa y moral. Esta doctrina es lo más inaudito que jamás se ha predicado en el mundo. Dijérase una doctrina formada con lo repudiado concordemente por todas las filosofías humanas, con lo que el mundo entero, en todos los países, ha arrojado lejos de sí. Lo que para el mundo es mal, para Jesús es bien: lo que para el mundo es bien, para Jesús es mal. La pobreza, la humildad, la sumisión, el soportar silenciosamente las injurias, el apartarse para dejar paso a los demás, cosas que son sumos males para el mundo, son sumos bienes para Jesús, y, al contrario, las riquezas, los honores, el dominio sobre los demás y todas

las otras cosas que forman la felicidad para el mundo, representan para Jesús un daño, o al menos un peligro gravísimo. Jesús es la antítesis del mundo.

El mundo, en efecto, sólo ve lo que se percibe; en cambio Jesús afirma ver también lo que no se puede percibir. El mundo ve sólo la tierra, y la ve desde abajo. Jesús ve especialmente el cielo y contempla la tierra desde el cielo. Para Jesús, la tierra no tiene sentido en sí misma y es un episodio doloroso y transitorio que no tiene en sí mismo una resolución adecuada. Para él, la tierra se resuelve adecuadamente en el cielo y sólo del cielo recibe sentido. La vida terrestre posee únicamente valor en cuanto es preparación a una vida futura; es una morada trabajosa e inestable, pero que tiene valor como punto de apoyo desde donde levantar el vuelo a una morada gloriosa y estable. Los inquilinos de la morada inestable que ponen todas sus esperanzas en ella y no quieren apartarse de ella, constituyen el reino del mundo. En cambio, los inquilinos que moran en ella sólo por resignación, pero anhelando la morada estable y preparándose a alzar el vuelo hacia ella, constituyen el reino de Dios.

Entre los dos reinos hay guerra implacable, tanto en el presente como en el futuro. Ninguno de ambos cesará de guerrear sino cuando haya vencido al otro. La fuerza de ambos reinos consiste en dos amores por dos objetos diferentes. Los súbditos del reino del mundo se aman solamente a sí mismos. o a lo que les es útil o agradable; para todos los demás seres de la tierra y del cielo tienen, u odio formal, o fría indiferencia. Los súbditos del reino de Dios aman en primer lugar a Dios y luego, descendiendo a lo largo de las categorías de los seres, sienten particular amor por los hombres maléficos o inútiles, y tratan de hacer el bien a quien hace el mal o no sabe hacer el bien. Para ellos, el dar es ganar y por eso no conocen el odio, que es la avaricia suma. Jesús es el nuncio de este reino de Dios cuya fuerza radica en el amor de Dios y de los hombres.

El reino de Dos es el prenunciado por los antiguos profetas de Israel y cuyo instaurador sería el Mesías prometido al pueblo escogido. Jesús, al predicar su doctrina antimundana tiene consciencia de obrar como Mesías. Sin embargo, no se proclama tal desde el principio para evitar que las turbas, vibrantes de esperanzas mesiánico-políticas, le acojan como conductor nacional e interpreten su doctrina como una proclama política. Dificilísima, pues, es su misión: debe guiar turbas a base de argumentos que serán indudablemente entendidos de otra manera, ya que cuando hable de victorias sobre el mal las turbas entenderán victorias sobre los romanos y cuando nombre el reino de Dios entenderán el reino de Israel. Y, no obstante, debe hablar de tales temas y usar esos precisos términos, porque están fijados en las sagradas Escrituras del pueblo de Dios, y Jesús, como Mesías, ha venido a cumplir aquellas Escrituras, no a abolirlas; a integrar y no a abatir. Su misión es dirigida inmediatamente al solo pueblo elegido, depositario de las antiguas promesas de Dios. No obstante,

una vez cumplidas aquellas promesas, los efectos de su misión se difundirán sobre todos los pueblos de la tierra.

Con tal objeto instituye una sociedad estable: la Iglesia.

Pero la mayoría del pueblo elegido no acoge su predicación, y los más hostiles a ella son precisamente los directores de ese pueblo, o sea los sumos sacerdotes del Templo y los fariseos de las sinagogas. En Galilea, su actividad produce escasísimos frutos, y entonces abandona la región y se traslada a Judea y a su capital, Jerusalem. Los frutos aquí no son mayores que en Galilea y en cambio son harto mayores las hostilidades encontradas. Los sumos sacerdotes y los fariseos están convencidos de la potencia taumatúrgica del predicador y en muchos puntos de su doctrina no disentirían de él; pero no le perdonan su franqueza al delatar las hipocresías de los círculos dirigentes y su firmeza en condenar el vacuo formalismo que aridece la vida religiosa. Después de tolerarle a regañadientes durante algún tiempo, le prenden a traición, le condenan ante el tribunal nacional por imputaciones religiosas y le hacen condenar de nuevo en el tribunal del representante de Roma por imputaciones civiles.

Jesús muere crucificado.

A los tres días, los condenadores están convencidos de que ha resucitado. Los discípulos, al principio, no se convencen, pero luego se rinden a la evidencia, habiéndolo visto y tocado con sus propias manos varias veces y habiendo hablado con él como habían hecho antes de su muerte.

* * *

Pero la paradoja de Jesús continúa, tal como antes, después de su muerte. Así como en su primera vida ha sido la antítesis del mundo, la institución fundada por él continuará siendo, del modo más inverosímil, la negación del mundo.

Ninguna resonancia ha dejado Jesús en los altos círculos de la sociedad contemporánea. En todo el Imperio romano, los historiadores le ignoran, los sabios no conocen su doctrina, los hombres de gobierno lo más que han hecho ha sido anotar en los registros la muerte de Jesús como la de un esclavo revolucionario, sin pensar más en él. Los mismos notables de su nación, satisfechos de su desaparición, están dispuestos a olvidarle del todo. La institución creada por él parece hallarse en el estado de agonía en que su fundador se encontrara clavado en la cruz, y el mundo está ante la institución de Jesús contemplando triunfalmente aquella agonía, como habían estado, triunfantes, los sumos sacerdotes ante la cruz de Jesús.

Y he aquí que, con un impulso repentino, la institución agonizante se levanta y abarca con sus brazos el mundo entero. Pasan tres siglos entre persecuciones y matanzas, tres siglos que parecen prolongar la agonía de la cruz o renovar los tres días de la morada en el sepulcro. Pero a partir del tercer siglo la sociedad civil es ya oficialmente seguidora de Jesús.

El reino del mundo no está, empero, vencido y la guerra prosigue

con tácticas un tanto variadas, pero con la misma tenacidad de antes. Jesús, es decir, su Iglesía, conviértese más cada vez, en el curso de la historia de la sociedad humana, en el «signo de contradicción». Su paradójica y pesadísima doctrina es aceptada por infinitos hombres y practicada por ellos con amor inmenso y hasta el último sacrificio. Otros infinitos hombres la rechazan con inflexible tenacidad y la odian con aversión furibunda. Se diría que en torno a este «signo de contradicción» se han concentrado los esfuerzos de la parte más civilizada del género humano: los unos para exaltarlo; para aniquilarlo los otros.

En la furiosa batalla se producen también insidias y simulaciones. A menudo aparecen huestes que enarbolan estandartes copiados del «signo de contradicción», y lanzando gritos a tono con los preceptos de Jesús proclaman a los súbditos del mundo fraternidades y altruísmos ignorados. Pero la insidia no persiste largo tiempo y la simulación termina por reve-

lar su diversidad de acento y de voz.

Lo cierto es que Jesús, hoy, está más vivo que nunca entre los hombres. Todos necesitan de él, o para amarle, o para blasfemar de su nombre. Pero no pueden desinteresarse. Muchos hombres fueron amados intensamente en los tiempos pasados: Sócrates de sus discípulos, Julio César de sus legionarios. Napoleón de sus soldados. Mas hoy esos hombres están inexorablemente olvidados, ningún corazón palpita por sus personas, nadie daría su vida, ni aún sus riquezas por ellos, aunque sus ideales sean propugnados por otros. Y aunque no se compartan sus ideales, nadie piensa en blasfemar de Sócrates, ni de Julio César, ni de Napoleón, porque las personas de éstos no tienen eficacia y han perecido. Jesús, no: Jesús sigue siendo amado y sigue siendo blasfemado; aun se renuncia a las riquezas y hasta a la vida, ora por amor suyo, ora por odio contra él.

No hay ser viviente tan vivo como Jesús.

* * *

Es «signo de contradicción» incluso como hecho histórico. Cierto que los grandes historiadores del mundo oficial de entonces le ignoran, y ello es normal, porque aquellos historiadores, deslumbrados por el fulgor de la Roma de Augusto, no tenían la agudeza visual, ni siquiera los documentos históricos necesarios para hallar las huellas de un obscuro bárbaro perteneciente a una despreciabilísima colección de esclavos. Pero esto no quiere decir que la figura de Jesús esté históricamente menos documentada y sea menos segura que la de Augusto y la de sus más famosos contemporáneos. Cierto que sería hoy nuestro más ardiente deseo saber de él más cosas de las que sabemos; pero si son pocas para nuestro deseo las cosas narradas, en cambio los escritores que las narran gozan de elevadísima autoridad. De estos cuatro escritores, dos son testigos oculares que permanecieron al lado de Jesús día y noche durante casi toda su vida pública. Los otros dos conocieron e interrogaron ampliamente a testigos

análogos a los primeros. Los cuatro narran con sencillez y tosquedad encantadoras y con aquella «impasibilidad» ante los hechos, ya gratos, ya atroces, que no niega la adhesión pero sabe elevarse a más altura que ella. Sin duda los cuatro escritores persiguen un afán proselitista, puesto que tienden a hacer conocer la figura de Jesús y a difundir la fe en él; pero precisamente para alcanzar tal meta era preciso seguir el camino de la objetividad y la veracidad, puesto que podían surgir millares de testigos interesados y discutir aquellas narraciones si hubiesen sido fantásticas o tendenciosas. La garantía histórica que tenemos respecto a los hechos y doctrinas de Jesús no es igualada ni siquiera por la que tenemos respecto de Augusto y sus más famosos contemporáneos.

Pero también aquí, como en todo lo demás, el «signo de contradicción» es contradecido. El Jesús presentado por los cuatro historiadores no es verdadero ni puede serlo, porque es sobrenatural: hay que reducir racionalmente la figura que de él nos trazan los evangelistas a proporciones naturales, despojándola de lo milagroso. Es el programa de la crítica racionalista.

Comienza Reimarus, quien afirma que los evangelistas son meros charlatanes y mentirosos. Sigue Paulus y defiende a los evangelistas: ellos escribieron con perfecta buena fe, sólo que eran entusiastas e inexpertos y no comprendieron bien lo que percibieron. Continúa Strauss: los evangelistas no pretendieron relatar verdadera historia, sino exponer mitos. conceptos abstractos expresados en forma de hechos históricos. Baur estima las cosas diversamente: los relatos evangélicos son el resultado de choques en la vida social de la Iglesia y contienen muy poco de histórico. Y no sólo esto, sino que, como añade a poco el propio Baur, no contienen en efecto nada de histórico y Jesús no ha existido jamás, y es una creación mítica. Sigue después la Escuela liberal, para la que Jesús es una especie de pastor protestante, benéfico predicador de una moral de piedad para con los hombres y de sentimiento religioso para con Dios. Pero luego se presenta la Escuela escatológica y halla que Jesús es un visionario exaltado que veía inminente el fin del mundo y por ello predicaba su paradójica doctrina de renuncia y abnegación. Vuélvese, en fin. a la idea de Baur y se afirma que Jesús es un ser mítico, que no ha existido jamás sobre la faz de la tierra.

Pues bien: todas estas varias interpretaciones surgen inexorablemente de la reacción de la una contra la otra. y la posterior reniega de lleno de cuanto ha dicho la anterior. En un solo punto concuerdan perfectamente entre sí, y es en sostener que los relatos evangélicos no responden a la realidad histórica y que por lo tanto el Jesús de la tradición es falso.

De aquí se desprende una consecuencia práctica asaz elocuente. Si el Jesús de la tradición es falso, y si por otra parte no se ha encontrado aún el modo de demostrar en qué modo y medida es falso, resulta que hoy no se puede escribir una biografía histórica de Jesús. Y de hecho así sucede: las grandes Vidas de Jesús en que fué fecunda la Escuela liberal

ya no aparecen hoy, y a lo más se trazan brevísimos bosquejos de la vida de Jesús, en los que los rasgos ciertamente históricos son reducidos casi a la nada, quedando un Jesús histórico evanescente e impalpable semejantísimo en la práctica al Jesús totalmente mítico. Tal es la última palabra de la crítica racionalista aplicada a los evangelios.

Todo esto no es sino un episodio de la milenaria lucha entre Jesús y el mundo. Dijimos que la lucha no cesaría sino cuando uno de los adversarios hubiera vencido totalmente al otro, y por eso el mundo debela a Jesús en el campo histórico intentando borrar su figura tanto como puede.

La táctica es antigua. También los fariseos querían borrar de Jesús todo lo posible: hechos, doctrinas, instituciones. Hasta de su frío cadáver tuvieron temor y lo sellaron en la tumba, colocando guardias ante ella. Después de los fariseos, Jesús ha sido borrado de la faz de la tierra y sellado en la tumba otras mil veces, y, según los tiempos, se han colocado ante su tumba, para montar la guardia, el Estado o la Religión, la Filosofía o la Ciencia, la Democracia o la Aristocracia, el Proletariado o la Nación.

Pero ¿qué sucedió en el pasado? ¿Y qué sucederá en el futuro?

* * *

Los evangelios relatan que el Jesús sellado en la tumba por los fariseos, resucitó. La historia narra que el Jesús muerto sucesivamente mil veces se ha demostrado cada vez más vivo que antes. Y por lo tanto, y tratándose de igual táctica. es de creer que lo mismo sucederá con el Jesús crucificado por la crítica histórica.

Porque estos críticos carecen de toda originalidad y no hacen sino seguir la misma e identica táctica de antes, recopiar los idénticos y mismismos métodos. Han plagiado el método de los fariseos; han plagiado incluso al demonio.

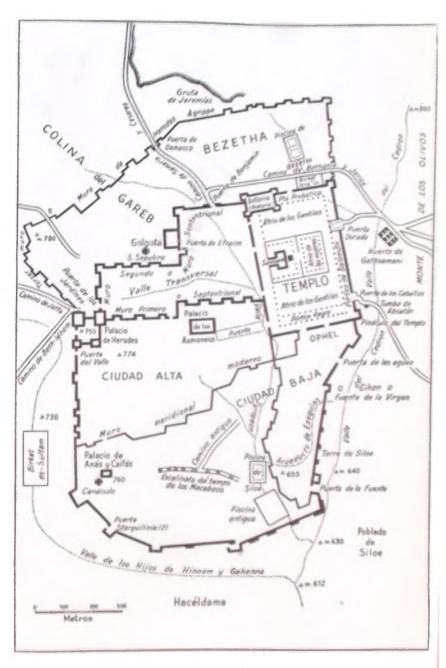
Renán, después de relatar la muerte de Jesús, se expresa así: Reposa en tu gloria, joh, noble iniciador! Tu obra está cumplida, fundada tu divinidad. No temas ver desplomarse por error alguno el edificio que erigiste: de ahora en adelante, inmune de fragilidad, asistirás desde las alturas de la paz divina a las consecuencias infinitas de tus actos... Durante millares de años el mundo te obedecerá. Bandera de nuestras contradicciones, tú serás el signo en torno al que se libre la más fiera batalla. Mil veces más vivo, mil veces más amado después de tu muerte que en los días de tu paso por la tierra, serás la piedra angular de la humanidad, a tal punto que arrancar tu nombre del mundo sería lo mismo que sacudirlo en sus cimientos. Entre Dios y tú no se distinguirá ya, etcétera, etc.

Mas todo esto es pura retórica, mera perorata oratoria carente de sinceridad y sentimiento verdaderos. O, mejor aún, la perorata es un plagio, y un plagio precisamente del demonio. Narra, en efecto, Lucas (4, 41) que al mandato de Jesús salían demonios de muchos, gritando y diciendo. «¡Tú eres el hijo de Dios!» Dilúyase esta sobria y substanciosa declaración del demonio en unos cuantos períodos de prosa alambicada y se obtendrá la perorata retórica de Renán.

Entre ambos, en este caso, es preferible el demonio. El «padre de la mentira» es harto más competente que Renán y, sobre todo, más sincero.

* * *

Y la lucha en torno al «signo de contradicción» continuará mientras subsistan en este mundo los hijos del hombre.



PLANO DE JERUSALEM



LA PALESTINA



ÍNDICE DE CAPÍTULOS	737
	Pays.
Institución de la Eucaristía (§§ 544-548) .	616
Anuncio de la negación de Pedro (§ 549) .	622
Los últimos coloquios (§§ 550-553).	624
La semana de Pasión: El viernes.	629
Gethsemani (§§ 554-557)	629
El prendimiento (§§ 558-561)	6 3 5
El proceso religioso ante el Sanhedrín (§§ 562-569)	642
Los ultrajes. La negación de Pedro. El fin de Judas Iscariotes (§§ 570-575).	651
El proceso civil ante Pilatos y Herodes (§§ 576-596)	657
La crucifixión y la muerte (§§ 597-619) .	675
La segunda vida (§ 620)	699
Las apariciones en Judea (§§ 621-633)	700
Las apariciones en Galilea (§§ 634-638)	714

La ascensión (§§ 639-640) Ojeada retrospectiva . . .

INDICE DE ILUSTRACIONES

			-
1 — El río Jordán cerca de Jericó .			20
2. — Un rincón del lago de Tiberíades			21
3. — Samaría y su colina			27
4. — La Ciudad Santa, antigua y moderna, vista desde el a	ire		29
5.— Una vista general de Jerusalem			33
6. — Cesarea marítima: ruinas del antiguo puerto			39
7.—Judíos de hoy con sus trajes típicos			43
8.—Una típica calle de Jerusalem			49
9. — Plano medieval de Jerusalem, en tiempos de Jesucristo		-	53
g. = Figure Medieval de Jerusalem, en tiempos de Jesucristo	•	•	
o. — Una calle de Jerusalem	•	•	59 63
12. — El Templo de Herodes, desde el angulo SE.			-
13. — Reconstrucción del Templo de Ezequiel, según Perrot y			
En primer término la grandiosa puerta de Oriente			
14. — Angulo NO. interior de la explanada del Templo. Los			
de la derecha descansan sobre el macizo rocoso que	sirv	ió de	
fundamento de la torre Antonia		•	71
15.—La fortaleza Antonia			73
16. — La antigua sinagoga de Cafarnaum			79
17 Puerta de la antigua sinagoga de Keft Bir'im (Galilea)			. 83
18. — Típica escena en un aljibe, en el recinto del Templo de J	erus	alem	. 85
19. — El valle del Cedrón, llamado también, desde los tiempos	s del	Cris	-
tianismo, Valle de Josafat, cubierto de millares de	sep	ulcro	s
judíos			. 89
20. — Sepulcros rupestres del Valle de Josafat (torrente Ced	rón)		. 95
21. — Papiro Egerton	. ′		. 103
22. — Los "Logia" de Jesús (papiros de Oxyrhynchos, N. 654	-655)	١.	. 107
23 Parte del Fragmento Muratoriano	- 33/		. 139
24 — La dependencia de los Cuatro Evangelios	-		. 155
25 Papiro que contiene los pasajes de Juan 18, 31 38	(Pr	imer	a
mitad del siglo 11)	(. 164
26. — Una vista general de Nazareth	•	•	. 943
97 Marayath, I. France 1 1 YE	•	•	248
28. — El árido desierto de Judá			253
, seasons de juda ,			. 455

29. — Vista general de Bethlehem desde el Santuario de la Natividad 30. — Típica morada bethlehemita que evoca la gruta del Nacimiento	ÍNDICE DE ILUSTRACIONES 7	39
29. — Vista general de Bethlehem desde el Santuario de la Natividad 30. — Típica morada bethlehemita que evoca la gruta del Nacimiento	ry	400.
30. — Típica morada bethlehemita que evoca la gruta del Nacimiento 31. — Vista parcial de Bethlehem. Al fondo el Santuario de la Natividad. 32. — Una calle de Bethlehem		_
31. — Vista parcial de Bethlehem. Al fondo el Santuario de la Natividad. 32. — Una calle de Bethlehem	30. — Típica morada bethlehemita que evoca la gruta del Nacimiento	-
32. — Una calle de Bethlehem 33. — Escena característica en la entrada de una casa de Bethlehem 34. — Plaza del mercado en Bethlehem 35. — La llamada «Tumba de Raquel», en el camino de Bethlehem 36. — Restos de construcciones herodianas en lo alto del Herodium 37. — La región de la ruta caravanera entre Palestina y Egipto 38. — El árido desierto de Idumea, al Sur de Bersabee 39. — El desierto de arena en las cercanías de El-Arish 282 40. — Un alto en el desierto de arena para cocer la comida 41. — El árbol de la Virgen, en Matarieh, donde según la tradición descansó la Sagrada Familia en su huída a Egipto. Es un magnifico sicomoro, hoy casi completamente seco, cuyo tronco mide siete metros de circunferencia 42. — Capilla construída en el lugar donde la tradición sitúa la carpintería de San José 43. — El Jordán en el lugar tradicional del bautismo de Jesús 44. — Otra vista del Jordán en el lugar del bautismo de Jesús 45. — El monte de la Cuarentena 46. — El pináculo del Templo (ángulo SE) dominando el torrente Cedrón. 47. — La llanura de Jericó vista desde lo alto del monte de la Cuarentena. 48. — El Uadi-el-Quelt, que alimenta la llanura de Jericó: a la derecha los contrafuertes del monte de la Cuarentena; a la izquierda, en lo alto, la antigua carretera de Jerusalem 505. — Cafarnaum: el antiguo puerto 510. — Cafarnaum: el antiguo puerto 511. — Tipo de judío de Jerusalem que evoca la figura de Nicodemo		
33. — Escena característica en la entrada de una casa de Bethlehem . 370 34. — Plaza del mercado en Bethlehem . 278 35. — La llamada «Tumba de Raquel», en el camino de Bethlehem . 278 36. — Restos de construcciones herodianas en lo alto del Herodium . 280 37. — La región de la ruta caravanera entre Palestina y Egipto . 281 38. — El árido desierto de Idumea, al Sur de Bersabee . 282 39. — El desierto de arena en las cercanías de El-Arish . 282 40. — Un alto en el desierto de arena para cocer la comida . 283 41. — El árbol de la Virgen, en Matarieh, donde según la tradición descansó la Sagrada Familia en su huída a Egipto. Es un magnífico sicomoro, hoy casi completamente seco, cuyo tronco mide siete metros de circunferencia . 284 42. — Capilla construída en el lugar donde la tradición sitúa la carpintería de San José . 290 43. — El Jordán en el lugar tradicional del bautismo de Jesús . 293 44. — Otra vista del Jordán en el lugar del bautismo de Jesús . 293 45. — El monte de la Cuarentena . 200 46. — El pináculo del Templo (ángulo SE.) dominando el torrente Cedrón 202 47. — La llanura de Jericó vista desde lo alto del monte de la Cuarentena . 204 48. — El Uadi-el-Quelt, que alimenta la llanura de Jericó: a la derecha los contrafuertes del monte de la Cuarentena; a la izquierda, en lo alto, la antigua carretera de Jerusalem . 304 49. — Caná de Galilea (Kefr Kenna) . 311 50. — Cafarnaum: el antiguo puerto . 315 51. — Tipo de judío de Jerusalem que evoca la figura de Nicodemo . 320		-
34. — Plaza del mercado en Bethlehem		•
55. — La llamada «Tumba de Raquel», en el camino de Bethlehem . 278 36. — Restos de construcciones herodianas en lo alto del Herodium . 280 37. — La región de la ruta caravanera entre Palestina y Egipto . 281 38. — El árido desierto de Idumea, al Sur de Bersabee . 282 39. — El desierto de arena en las cercanías de El-Arish . 283 40. — Un alto en el desierto de arena para cocer la comida . 283 41. — El árbol de la Virgen, en Matarieh, donde según la tradición descansó la Sagrada Familia en su huída a Egipto. Es un magnifico sicomoro, hoy casi completamente seco, cuyo tronco mide siete metros de circunferencia . 284 42. — Capilla construída en el lugar donde la tradición sitúa la carpintería de San José . 297 43. — El Jordán en el lugar tradicional del bautismo de Jesús . 298 45. — El monte de la Cuarentena . 290 46. — El pináculo del Templo (ángulo SE.) dominando el torrente Cedrón . 290 47. — La llanura de Jericó vista desde lo alto del monte de la Cuarentena . 304 48. — El Uadi-el-Quelt, que alimenta la llanura de Jericó: a la derecha los contrafuertes del monte de la Cuarentena; a la izquierda, en lo alto, la antigua carretera de Jerusalem . 305 49. — Caná de Galilea (Kefr Kenna) . 311 50. — Cafarnaum: el antiguo puerto . 315 51. — Tipo de judío de Jerusalem que evoca la figura de Nicodemo . 320	34. — Plaza del mercado en Bethlehem	•
36. — Restos de construcciones herodianas en lo alto del Herodium . 380 37. — La región de la ruta caravanera entre Palestina y Egipto . 381 38. — El árido desierto de Idumea, al Sur de Bersabee . 382 39. — El desierto de arena en las cercanías de El-Arish . 282 40. — Un alto en el desierto de arena para cocer la comida . 283 41. — El árbol de la Virgen, en Matarieh, donde según la tradición descansó la Sagrada Familia en su huída a Egipto. Es un magnifico sicomoro, hoy casi completamente seco, cuyo tronco mide siete metros de circunferencia . 284 42. — Capilla construída en el lugar donde la tradición sitúa la carpintería de San José . 290 43. — El Jordán en el lugar tradicional del bautismo de Jesús . 297 44. — Otra vista del Jordán en el lugar del bautismo de Jesús . 298 45. — El monte de la Cuarentena . 300 46. — El pináculo del Templo (ángulo SE) dominando el torrente Cedrón . 302 47. — La llanura de Jericó vista desde lo alto del monte de la Cuarentena . 304 48. — El Uadi-el-Quelt, que alimenta la llanura de Jericó: a la derecha los contrafuertes del monte de la Cuarentena; a la izquierda, en lo alto, la antigua carretera de Jerusalem . 305 305 306 — Caná de Galilea (Kefr Kenna) . 311 350. — Cafarnaum: el antiguo puerto . 315 315 310 — Tipo de judío de Jerusalem que evoca la figura de Nicodemo . 320	35. — La llamada «Tumba de Raquel», en el camino de Bethlehem	
37. — La región de la ruta caravanera entre Palestina y Egipto	36. — Restos de construcciones herodianas en lo alto del Herodium	
38. — El árido desierto de Idumea, al Sur de Bersabee		
39. — El desierto de arena en las cercanías de El-Arish	38. — El árido desierto de Idumea, al Sur de Bersabee	
40. — Un alto en el desierto de arena para cocer la comida	30. — El desierto de arena en las cercanías de El-Arish	
41. — El árbol de la Virgen, en Matarieh, donde según la tradición descansó la Sagrada Familia en su huída a Egipto. Es un magnífico sicomoro, hoy casi completamente seco, cuyo tronco mide siete metros de circunferencia		
nífico sicomoro, hoy casi completamente seco, cuyo tronco mide siete metros de circunferencia		J
mide siete metros de circunferencia	cansó la Sagrada Familia en su huída a Egipto. Es un mag-	
42. — Capilla construída en el lugar donde la tradición sitúa la carpintería de San José	nífico sicomoro, hoy casi completamente seco, cuyo tronco	
tería de San José	mide siete metros de circunferencia	84
43. — El jordan en el lugar tradicional del bautismo de Jesus	42. — Capilla construída en el lugar donde la tradición sitúa la carpin-	
43. — El jordan en el lugar tradicional del bautismo de Jesus	tería de San José	90
45. — El monte de la Cuarentena	43. — El Jordán en el lugar tradicional del bautismo de Jesús	7
46. — El pináculo del Templo (ángulo SE.) dominando el torrente Cedrón	44. — Otra vista del Jordán en el lugar del bautismo de Jesús) 8
Cedrón		ю
47. — La llanura de Jericó vista desde lo alto del monte de la Cuarentena	46. — El pináculo del Templo (ángulo SE.) dominando el torrente	
Cuarentena		2
48. — El Uadi-el-Quelt, que alimenta la llanura de Jericó: a la derecha los contrafuertes del monte de la Cuarentena; a la izquierda, en lo alto, la antigua carretera de Jerusalem		
los contrafuertes del monte de la Cuarentena; a la izquierda, en lo alto, la antigua carretera de Jerusalem		4
en lo alto, la antigua carretera de Jerusalem		
49. — Caná de Galilea (Kefr Kenna)		
50. — Cafarnaum: el antiguo puerto		_
51. — Tipo de judío de Jerusalem que evoca la figura de Nicodemo . 320		
51. — I ipo de judio de jerusaiem que evoca la ngura de l'ilcouemo 320	50. — Cafarnaum: el antiguo puerto	
	51. — I ipo de judio de Jerusaiem que evoca la ngura de Nicouello 32.	_
Ke — Siquem: el pozo de la Samaritana	52. — Mujer samaritana de noy	
55. — Siquem: el pozo de la Samaritana	39. — Siquem: el pozo de la Salitatitatia.	9
Garizim		,
55. — Magdala, a la orilla occidental del lago	Mandala a la orilla occidental del lago	
55. — Magdata, a la orina occidental del lago	25. — Maguata, a la Offila Occidental del lago.	_
57. — Lago de Tiberíades: escena de pesca		
58. — Cafarnaum: la Sinagoga y otras ruinas; en el fondo, el lago . 369	8. — Cafarnaum: la Sinagoga y otras ruinas; en el fondo, el lago . 36	

59. - La aldea actual de Naim: en el fondo, el monte Tabor .

61. — Basamento de una antigua torre en la cima de Maqueronte .

68. - La fortaleza de Maqueronte, sobre el fondo del mar Muerto.

60. - La región desértica de Maqueronte

371

393

395

396

53. — El punto donde el Jordán entra en el lago de Tiberíades, cer	ca
de Bethsaida-Julias	٠
de Bethsaida-Julias 4. — Llanura meridional de Bethsaida-Julias	٠
6s. — Bethsaida-Iulias (el-Tell): ruinas de la parte oriental	•
66. — Una típica calle de Tiberíades	•
57 — La Sinagoga de Cafarnaum	
68. — Cafarnaum: capitel de la antigua Sinagoga con candelabro	de
siete brazos	
60. — Reconstrucción de la piscina de Bezetha con sus cinco pórtico	s.
70. — Un moderno arrabal de Bezetha	
71. — Cesarea de Filippo: la roca.	
72. — Cesarea de Filippo: antigua puerta	
78. — El monte Tabor dentro de un marco idílico	
74. — Restos de antiguas construcciones en la cima del Tabor.	
75. — Moderna fiesta de los Tabernáculos en una casa judía	de
Jerusalem	
76 El torrente Cedrón en invierno	
77. — El pueblo de Siloé sobre el Cedrón; en el fondo del valle,	
fuente de Gihon	
78. — La piscina de Siloć	
70. — Vista de Nablus (Naplusa), capital actual de Samaría	
80. — La llamada «Casa del mal rico», hoy cuarta estación del V	
Crucis en Jerusalem	
81. — El más antiguo acto de repudio matrimonial judaico	
82. — Bethania	
82. — Bethania	
84. — Interior de la tumba de Lázaro	_
85 Vista de Taiybeh, la antigua Efrem, con las ruinas de la igle	·sia
bizantina edificada sobre una antigua basílica cristiana	del
siglo vi	
86. — Campamento de beduínos en la región desértica de Jericó.	
87. — El lugar de la Jericó herodiana.	
88 Vista de la moderna Jericó: en el fondo, el monte de	ia
Cuarentena	14
89. — Jerusalem vista desde el Monte de los Olivos. En primer térmi	
la gran explanada del Templo	, HO,
la gran explanada del Templo	
91. — Una típica calle de Jerusalem	
92. — El «muro de las lamentaciones», restos del Templo de Jerusal	
ante cuyas piedras los indíce vez e la emplo de Jerusal	em
ante cuyas piedras los judíos van a llorar	
93.— Los principales lugares de la Pasión de Jesús. 94.—Parte superior del Canácula.	
94. — Parte superior del Cenáculo 95. — Exterior del Cenáculo.	
95. — Exterior del Cenaculo.	

ÍNDICE DE ILUSTRACIONES	741
96. — Sacerdote samaritano pronunciando las oraciones rituales de la	Págs.
cena pascual en el monte Garizim	6
97. — Las flechas indican la dirección de la vista respecto a la posición	610
de los comensales. Los círculos sobre la mesa indican las fuen-	
tes comunes para los manjares.	613
98. — El interior del Cenáculo (restauración del siglo xiv).	617
99. — Jerusalem: La ciudad alta y el barrio del Cenáculo.	623
100.— Jerusalem: Antiguo camino en escalones que conducía desde la	023
ciudad alta al Tiropeon	630
101. — El Monte de los Olivos con Gethsemaní a sus pies.	631
102. — Aspecto actual del Huerto de los Olivos	692
103. — Un olivo secular del Huerto de Gethsemaní.	633
104. — Gethsemani: Gruta de la Agonia	635
105. — Entrada al Huerto de Gethsemaní	636
106. — Pórtico de la moderna Basílica de Gethsemaní, con el huerto	,
al fondo	637
107. — Vista parcial del Huerto de los Olivos; en el fondo, los muros	٠,
del Templo de Jerusalem	638
del Templo de Jerusalem	639
109. — El llamado «Camino de la Cautividad» cruzando el Cedrón en	
dirección a Gethsemaní	641
110. — Jerusalem: Sector de la ciudad baja, sobre el Ofel, convertido	
en huertos; al fondo, Siloé	642
en huertos; al fondo, Siloé	643
112. — La llamada «Torre de David», donde se hallaba emplazado el	
palacio de Herodes	658
113. — Otro aspecto de la «Torre de David»	659
114. — Fragmento de la columna de la Flagelación.	670
115. — Las tres formas de la cruz, en tiempos de Jesús.	676
116 — Jerusalem: Trayecto de la Vía Dolorosa	68 ı
117. — Jerusalem: Otro aspecto de la Vía Dolorosa.	682
118. — Tipo de tumba palestinense en la época de Jesús.	695
119. — Vista parcial de Jerusalem desde la cúpula del Santo Sepulcro	701
120. — Ingreso de un sepulcro palestinense con la piedra giratoria.	702
121. — El «Rescripto de César» proveniente de Nazareth	707
122. — Fragmento del antiquísimo plano en mosaico de Palestina lla mado «Carta de Mádaba», correspondiente a la región de Jeru-	
salem y el Jordán; en el ángulo inferior derecho se halla	
el nombre de Nicopolis	709
123. — Vista de Emmaús.	710
184. — Pescadores del mar de Galilea	714
125. — Repasando las redes a orillas del lago de Genezareth.	718
125. — Repasando las fedes a officia del lago de	780

MAPAS FUERA DE TEXTO

	Fronte a la página
Plano de Jerusalem	730
Palestina	730
Carta panorámica de Palestina	730